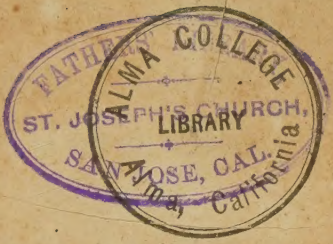


TRATADO DE LA PERFECCION

EN TODOS LOS ESTADOS DE LA VIDA

DEL CRISTIANO.

III.

TRATADO DE LA PERFECCION

EN TODOS LOS ESTADOS

DE LA VIDA DEL CRISTIANO

POR EL

VENERABLE P. LUIS DE LA PUENTE,

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

DE LA PERFECCION DEL CRISTIANO

EN EL ESTADO SEGLAR.

TOMO PRIMERO.

ALMA COLLEGE
248.4
LIBRARY
P777
Alma, California

FATHERS' LIBRARY
JOSEPH'S CHURCH,
SAN JOSE, CAL.

ALMA COLLEGE
LIBRARY
Alma, California

PRÉVIA CENSURA Y APROBACION DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA.

BARCELONA.

LIBRERIA CATÓLICO-CIENTÍFICA DE LA V. E H. DE J. SUBIRANA.

CALLE DE LA PUERTA FERRISA, NÚM. 16.

1873.

48176

Es propiedad de los Editores.

Barcelona.— Imp. de Magriñá y Subirana, calle de Santa Ana, 11 y 13.— 1873.

Aprobacion del Padre Maestro Fray Cristóbal de Fonseca, Religioso del Orden de San Agustin, de la segunda parte de estados.

Por mandato de V. A. he visto un libro del P. Luis de la Puente, de la Compañía de Jesus, intitulado *Segunda parte de la Perfeccion Cristiana;* tiene doctrina muy sana y devota, y de mucho provecho para todos los estados, y no he hallado en él cosa que no huela á mucha santidad, piedad y virtud; y así podrá V. A. dar licencia para que se imprima. Fecha en San Felipe, en once de Abril de mil seiscientos y doce años.

Fray Cristóbal de Fonseca.

De la perfeccion del cristiano, en el estado seglar; tiene cinco tratados.

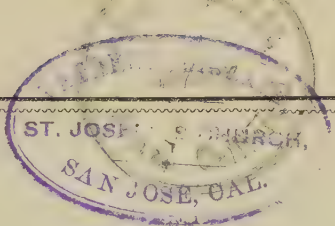
Tratado primero: de la providencia de Dios en el repartimiento de los estados, oficios y maneras de vida, que hay en la república cristiana, y de la perfeccion propia de cada uno.

Tratado segundo: de la providencia de Dios acerca de las tentaciones contra la perfeccion en todos los estados, y de los medios para vencerlas.

Tratado tercero: de la perfeccion de la república en el trato comun entre mayores, menores, é iguales, y en el gobierno de las familias.

Tratado cuarto: de la perfeccion en los estados y oficios mas insignes de los que gobiernan la república cristiana, especialmente la seglar.

Tratado quinto: de los estados de matrimonio, y viudez, y de la perfeccion propia de cada uno.



AL CRISTIANO LECTOR.

Aunque es muy admirable la traza de la providencia paternal de nuestro Señor Dios en la justificacion de los pecadores, y en el aprovechamiento, y perfeccion de los justos; la cual realiza con sus divinas vocaciones, por medio de los cinco sacramentos, de que se ha tratado en los dos primeros tomos; no es menos admirable la que tiene en la institucion de los estados, oficios y maneras de vida, que hay en la Iglesia, y república cristiana, que es la mas excelente de cuantas ha habido, y habrá hasta la fin del mundo. Porque la república, como lo declara san Agustin [1], es una reunion de muchos hombres, enlazados con algun vínculo de amistad y participando todos de unos mismos bienes; y cuanto este vínculo es mas fuerte, y los bienes mas excelentes, tanto ella es mas excelente. Y de aquí es que la república cristiana, en cuanto es cristiana, es excelentísima; pues no puede haber vínculo mas fuerte que el bautismo, con la fe, y caridad, y ley evangélica, que liga á sus

[1] Lib. 15, de Civit. Dei, cap. 8

ciudadanos; ni se pueden imaginar bienes mas grandes, y duraderos, que los de gracia y gloria, que ofrece á todos. Esta república comprende dentro de sí otras tres muy insignes; conviene á saber, la eclesiástica, que se funda en la union de un mismo sacramento de órden, con varios ministerios para el culto de su Dios; la religiosa, que se apoya en la union de tres votos, de pobreza, castidad y obediencia, con varios institutos y reglas para seguir la perfeccion evangélica; y la seglar, cuyas partes se juntan en la sola religion cristiana, con varias leyes humanas para su especial gobierno; y en todas tres resplandece admirablemente la divina providencia en repartir entre diversas personas varios estados, y oficios y modos de vivir, con varias inclinaciones y talentos, y con variedad de vocaciones y medios para alcanzarlos, y para buscar la perfeccion en ellos. Todo lo cual será argumento del primer tratado.

Mas porque Satanás quiere imitar las trazas de Dios en su gobierno, tiene tambien él otras tres congregaciones, ó repúblicas de tentadores, con que hace guerra á las divinas vocaciones, y á la perfeccion que se profesa en todos los estados; aunque por muy astutos y terribles que sean los demonios, no pueden salir del órden de la divina providencia, á quien toca permitir sus tentaciones y ponerles límites, y proveer de armas y remedios contra ellas. Y de todo esto se hablará en el segundo tratado, declarando las tentaciones mas comunes á todos los cristianos en varios

estados, dejando las mas particulares para los tratados de cada estado.

En el tercer tratado se expondrá la perfeccion de la república cristiana, especialmente la seglar, en todo lo que pertenece al trato de unos con otros, entre mayores, menores, é iguales, y en el gobierno de las familias, poniendo varios avisos para los criados y señores, para los súbditos y superiores y padres de familias, y para todos los ciudadanos en sus estados y oficios, á fin de que se alcance y conserve la virtud, santidad, justicia, y la paz de unos con otros.

Esto se declarará mucho mas en el cuarto tratado, que versará sobre la perfeccion en los estados, y oficios mas insignes de los que gobiernan la república, como son los reyes, príncipes, y grandes señores, sus consejeros, y jueces, y otros gobernadores de particulares ciudades, declarando las virtudes mas excelentes en que han de señalarse para ser perfectos en sí mismos y para gobernar con perfeccion á los demás, de modo que alcancen el fin de su gobierno, que es hacerlos buenos.

El quinto tratado será del estado de matrimonio, que tambien es sacramento, declarando el modo de escogerlo, y toda la perfeccion en varias virtudes, que pertenecen á los casados entre sí, y en la crianza de sus hijos, y con sus deudos. Y porque del matrimonio resulta la viudez, declararémos tambien aquí la perfeccion de este estado, dejando lo que pertenece á la continencia para el tomo siguiente, porque la

profesan los estados principales de la república eclesiástica, y de la religiosa, de que allí se tratará mas á la larga; aunque tienen tanta semejanza en algunas cosas los estados, y oficios de estas tres repúblicas, que lo que se dijere de los unos, servirá tambien para los otros, y en los tratados de la república seglar hallará el religioso muchas cosas de muy alta perfeccion para su estado; y en los de la religion hallará el casado otras muchas, que le ayuden á ser perfecto en el suyo.

TRATADO PRIMERO.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN EL REPARTIMIENTO DE LOS ESTADOS, OFICIOS Y MANERAS DE VIDA QUE TIENE LA REPÚBLICA CRISTIANA, Y DE LA PERFECCION PROPIA DE CADA UNO.

CAPÍTULO PRIMERO.

COMO LA DIVINA SABIDURÍA HA DISPUESTO GRANDE VARIEDAD DE ESTADOS Y OFICIOS EN LA IGLESIA, Y EN LA REPÚBLICA CRISTIANA PARA EL BIEN COMUN Y PARTICULAR DE LOS FIELES.

Una de las cosas en que resplandece grandemente la sabiduría, y providencia de Dios nuestro Señor, es en la variedad de estados y oficios, que ha dispuesto para gloria suya dentro de la Iglesia; la cual, como reina soberana, *está sentada á la mano derecha de su celestial esposo, rodeada de esta variedad* [1], con tanto órden y concierto, que quien atentamente lo considere, no podrá dejar de admirarse mucho mas que la reina de Sabá, cuando vió el órden de los criados, que en varios oficios servian en casa del rey Salomon [2]: porque aquel órden, y concierto excede tanto á este, cuanto excede la casa del rey eterno á la de un rey terreno,

[1] Psalm. 44, v. 10.—[2] III Reg. 10, v. 5

y cuanto es mayor la sabiduría del mismo Dios, que la que tuvo Salomon.

Para cuya inteligencia se ha de presuponer, que aunque es una la Iglesia universal, y una la república cristiana, contiene dentro de sí tres repúblicas, que podemos llamar civil, eclesiástica, y religiosa, y comunmente llamamos estado seglar; eclesiástico, y religioso; pero en cada uno hay grande variedad de estados y oficios, y varios grados y modos de vida, como los declara el angélico doctor Sto. Tomás [1], hablando en su rigor teológico como suele: Porque estado propiamente dice firmeza y estabilidad en algun modo de vida, ora proceda esta firmeza de alguna causa natural ó forzosa, ora de alguna obligacion voluntaria, pero tal, que despues de contraida, no se pueda fácilmente mudar. De esta manera el esclavo tiene estado de servidumbre, y el libre estado de libertad, y el bautizado estado de cristiano. Entre estos estados tres son los mas señalados, figurados por aquellos tres esclarecidos Varones, de quien dijo Dios por Ezequiel [2]: *Si estuvieren en medio de la tierra estos tres varones, Noé, Daniel, y Job, ellos con su justicia salvarán sus almas.* El primer estado, figurado por Job, que pertenece á la república seglar, es el de los casados los cuales están obligados con un vínculo indisoluble á vivir perpétuamente juntos, llevando, las cargas del matrimonio, y guardando sus leyes. El segundo, figurado por Daniel, es el de los continentes, que están dedicados al divino servicio, en que se señalan mas los religiosos, que por votos especiales se han obligado á guardar los consejos evangélicos. El tercero, figurado por Noé, es de los obispos y prelados que gobiernan la Iglesia, con perpétua obligacion de no dejarla, y á este se reducen los

[1] 2. 2. q. 181, art. 1.—[2] Ezech. 14, v. 14.—D. Bern. serm. in id. Psalm. 83. Audiam quid loquatur.—D. Bonav. libr. de Eccles. Hierarch. p. 1.

sacerdotes, diáconos, y subdiáconos, que por razon del órden sagrado tienen perpétua obligacion de ser ministros de Dios en su Iglesia; aunque por razon del voto solemne de castidad, pertenecen al segundo. A estos tres estados se pueden reducir otros, que comunmente llamamos con este nombre por la semejanza que tienen con ellos en la firmeza perpétua, ó por largo tiempo, como son: el estado de doncella, de viuda, de rey, y otros tales.

Oficio propiamente, segun la sentencia del mismo doctor angélico [1], significa una firme obligacion al ejercicio de algunas obras virtuosas, aunque no perpétua, sino es que esté anexa al estado; porque en tal caso corren á la par la obligacion dẽ uno, y otro. Y por esta causa estos nombres suelen atribuirse á una misma cosa. Estos oficios son casi inumerables en las repúblicas de la Iglesia, y en todos sus estados; y así los unos como los otros tienen sus grados; porque unos son mayores, otros medianos, y otros menores. de los cuales se compone la jerarquía eclesiástica; en la cual hay un sumo pontífice, muchos patriarcas, arzobispos, obispos, sacerdotes, y otros ministros inferiores; y lo mismo pasa en las repúblicas civil y religiosa. Y finalmente entre los justos, dice tambien, Sto. Tomás [2], hay tres estados, ó grados de su estado, uno de principiantes, otro de los que aprovechan, y el tercero de los perfectos; y cada uno tiene su obligacion al grado de virtud proporcionada á su estado.

Pero como advierte el mismo doctor [3], no es lo mismo perfeccion que estado de ella, ni andan siempre juntas estas dos cosas; antes bien puede suceder, que algunos tengan la perfeccion cristiana sin el estado, y otros el estado sin la perfeccion. Porque estado de perfeccion comprende una obli-

[1] In art. 3, loc. sup. citat.— [2] In art. 4.— [3] 2. 2. q. 184, art. 4.

gacion perpétua de seguir los consejos del evangelio propios de la perfeccion cristiana en algun modo de vida aprobado por la Iglesia universal, y por el sumo pontífice vicario de Cristo en la tierra; y así como entre los hombres no se llaman esclavos todos los que sirven, ni los que están obligados á servir por un año, sino solamente los que sirven con obligacion pública, y estable para siempre sin que la puedan revocar por su propia autoridad; ni llamamos cristiano al catecúmeno, aunque crea todas las cosas de la fe, y guarde los mandamientos de la ley; porque todo esto lo hace libremente sin que pueda forzarle la Iglesia, hasta que reciba el bautismo, por el cual recibe estado de cristiano, con obligacion de guardar perpétuamente la ley de Cristo y los preceptos de la Iglesia; así tambien el que sin obligacion alguna guarda los consejos Evangélicos de pobreza, castidad y obediencia, aunque por este camino podrá ser perfecto, no tendrá estado de perfeccion hasta que se obligue á todo esto con voto; ni basta cualquier voto, sino es voto público aprobado por la Iglesia, á quien corresponde señalar la solemnidad, ó condiciones que han de tener los votos para que tengan firmeza de estado de perfeccion; el cual es de dos maneras [1]. Uno para aprenderla, propio de los religiosos; los cuales se obligan á pretender la perfeccion por los medios señalados en su religion. Otro para enseñarla, propio de los obispos; los cuales, como dice S. Dionisio [2], tienen el supremo grado de la jerarquía eclesiástica, para purificar, alumbrar y perficionar á los fieles que están á su cargo, con obligacion perpétua, y solemne de nunca dejar su iglesia, y oficio, y con determinacion de ejercitar el mas alto grado de caridad, que es dar la vida como buen pastor por

[1] D. Thom. 2, 2, q. 184, art. 5 et 186, art. 1.— [2] Cap. 5, de Ecclesiast. Hierach. D. Thom. 2. 2, q. 184. art. 5, 6, et 7.

sus ovejas. Y como ninguno puede enseñar alguna ciencia, sino es perfecto en ella; así el estado de los obispos, no solamente pide que pretendan la perfeccion como el de los religiosos, sino que la tengan y que sean perfectos en la santidad que han de enseñar á los demás. A este estado se acerca el de los otros prelados, y predicadores, y maestros, que tienen por oficio gobernar particulares rebaños de Cristo, y el de aquellos religiosos que profesan ayudar á la salvacion y perfeccion de los prójimos, predicando, leyendo, confesando y ejerciendo otros ministerios en bien de las almas, ayudando con ellos á los obispos. Todo lo cual mas extensamente se declarará en sus lugares propios.

§ I.

De la excelencia de esta disposicion.

Esta es en suma la variedad de estados, y oficios que ha dispuesto la sabiduría de Dios en su Iglesia, cuyo órden y concierto son un vivo retrato del órden y concierto que ha puesto en la máquina de estos cielos corpóreos en donde puso el sol, y luna con muchedumbre de estrellas diferentes en magnitud y hermosura, y en otras varias virtudes, para que de tal manera adornasen al cielo, que aprovechasen con sus influencias á los que viven en la tierra. Pues de este modo en el cielo espiritual de la Iglesia ha puesto Dios nuestro Señor muchedumbre de estados, oficios, y grados para su adorno, y hermosura. y para provecho de los hombres. Por lo cual dijo de ella [1], que *caminaba como la mañana, hermosa como la luna, escogida como el sol, y terrible como ejército de escuadrones muy ordenado*, significando por estas semejanzas la variedad de estados que se han dicho. Porque los que viven en

[1] Cant. 6, v. 9.

estado de matrimonio, que es estado de salvacion, aunque imperfecto, caminan como la mañana, mezclando con la luz de las virtudes algunas tinieblas de imperfecciones. Los continentes, y religiosos tienen la hermosura de la luna llena, mirando siempre al sol de justicia, de quien reciben su resplandor. Los prelados son escogidos como el sol para gobernar, y alumbrar al mundo con la luz de su vida y doctrina; y todos juntos forman un ejército de muchos escuadrones muy ordenado, á semejanza del ejército de las estrellas resplandeciendo con grande variedad en sus oficios.

Y si subimos sobre estos cielos corpóreos, hallarémos tambien, que en la Iglesia triunfante crió Dios tres jerarquías de ángeles, y en cada una tres órdenes, ó coros, empleados en diversos oficios y ministerios para su gloria, y provecho de los hombres; á cuya semejanza quiso que en la Iglesia militante hubiese los tres estados que se han puesto, para que el uno fundase la república civil, el otro la religiosa, y el tercero la pastoral, y en cada estado puso varios órdenes, y coros de ministerios, que imitan á los de los ángeles; porque los prelados hacen oficio de tronos cuando juzgan, de querubines cuando enseñan, y de serafines cuando encienden, y perfeccionan á los súbditos. Los continentes en su estado hacen oficio de Potestades cuando resisten á los demonios, de virtudes cuando ejercitan obras muy excelentes, y de Dominaciones cuando alcanzan señorío de sí mismos, y victoria de sus pasiones. Los seglares en su república hacen oficio de Angeles cuando guardan, y rigen sus casas, y familias, de Arcángeles cuando atienden á cosas mayores, y de Principados cuanda gobiernan reinos y provincias.

Y finalmente, como dice S. Gregorio [1], tambien tiene Dios en la tierra hombres angelicales, en quien res-

[1] Hom. 34. in Evangelia.

plandecen las virtudes de estas jerarquías, la obediencia de los ángeles, la prudencia en gobernar de los principados, la destreza en pelear de las potestades, la magnanimidad de las virtudes, la libertad espiritual de las dominaciones, la paz y discrecion de los tronos, la ciencia y contemplacion de los querubines, y la caridad y celo de los serafines. Y unos se señalan en unas virtudes, y otros en otras, para que con esta apacible variedad la Iglesia de la tierra sea hermosa y resplandeciente, y en ella sea glorificado su divino esposo, como lo es en la del cielo.

Además, fué tambien necesaria esta variedad de estados y oficios para conservacion y aumento de la misma Iglesia, y para el bien universal de las almas que Cristo nuestro Señor redimió con su sangre; el cual, como dice S. Pablo [1], puso en su Iglesia *primero apóstoles,* como cabezas de ella, *despues profetas,* que descubriesen las cosas secretas, y *evangelistas* que predicasen el evangelio, *pastores* que rigiesen las ovejas racionales de su rebaño, *y doctores* que las enseñasen. Y á este tenor ordenó otros oficios para varios ministerios en bien de los prójimos, y para aumento y perfeccion de su cuerpo místico; el cual es semejante al cuerpo natural del hombre, con una maravillosa proporcion; porque como este tiene diversos miembros, dispuestos con admirable órden y concierto en diversos lugares, para diversos oficios en provecho de todo el cuerpo; para cuyo bien los ojos ven, los oidos oyen, los piés andan, y las manos palpan. Y aunque los ojos son mas principales que los piés, no son los piés menos necesarios que los ojos; y si los unos faltan, los otros padecen, y el cuerpo quedaria feo, manco y desproporcionado sin ellos; así tambien en el cuerpo místico de la Iglesia es necesaria esta variedad de estados y oficios

[1] I Cor. 12, v. 28. — Ephes. 4, v. 11.

que se ha referido. Porque si todos fueran religiosos, ¿quién criara hijos para el cielo? Y si todos fueran casados, ¿quién se dedicara á solo Dios? Si todos fueran contemplativos como María, ¿quién hiciera las obras de misericordia con el prójimo? Y si todos fueran activos como Marta ¿quién contemplara las obras del Criador? ¿*Por ventura*, dice S. Pablo [1], *han de ser todos apóstoles, ó todos profetas*, ó pastores, *y doctores?* Si esto fuera así, ¿cómo se ejercitarian otros ministerios necesarios á los fieles? Luego importante es que haya casados y continentes, religiosos y seglares, contemplativos y activos, prelados y súbditos, para que unos ayuden á otros con amor; y lo que uno por sí no puede, lo alcance por medio del otro. Y todos con cuidado atiendan al bien de cada uno, y cada uno al bien de todos, como partes de un mismo cuerpo, unidas en un espíritu que da vida á todas.

De aquí es, que esta variedad de estados, y oficios, está fundada tambien en la necesidad que tienen unos hombres de otros para remediar sus necesidades espirituales, y corporales; para lo cual son necesarios todos y es imposible que uno solo pueda abarcarlos. Y por esto dijo el Apóstol [2]: *Llevad unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo;* en las cuales palabras presupone S. Pablo, que todos tenemos algunas cargas que llevar, ó en el alma, ó en el cuerpo, ó por razon del estado y oficio, que nos ha caido en suerte; y es temeridad pensar que podrémos llevarlas solos sin que otros nos ayuden; por lo cual añade [3]: *Si alguno piensa que es algo siendo nada, él se engaña á sí mismo.* Que es decir: ningun hombre por alto, y encumbrado que esté, puede presumir de sí que es algo y que puede conservarse sin la ayuda de otro, porque aunque sea cabeza, tiene necesidad de los piés;

[1] I Cor. 12, v. 29. — [2] Gal. 6, v. 2. — [3] Ibid. v. 3.

y si otra cosa piensa, él se engaña, y sentirá presto el castigo, probando por experiencia su miseria, y dando con toda la carga en tierra, hasta que otro le ayude á llevarla. Porque la divina providencia, para que todos sean humildes, ha dispuesto que tengan necesidad unos de otros; y para que todos sean caritativos, quiere que unos lleven las cargas de los otros, haciendo cada uno su oficio bien hecho en provecho de su prójimo. Así los buenos prelados llevan las cargas de los súbditos; y los buenos súbditos ayudan á llevar las cargas de los prelados; y el primero entre todos desfallecerá con la carga de su oficio, sino es ayudado del postrero con el suyo. Como lo declara maravillosamente S. Agustin [1] con el ejemplo de los siervos, de quienes se cuenta, que cuando pasan grandes rios, como todos tienen grande carga en sus cabezas, unos las arriman sobre las espaldas de los otros; y el primero, como no tiene á quien arrimarse, cuando se vé cansado y á punto de perecer, deja su lugar, y hácese postrero, cargando su cabeza sobre las espaldas del que era último; y el último, que antes iba muy holgado, no resiste, ni rehusa la carga, sino que de buena gana la lleva. De esta manera, como todos tenemos alguna carga pesada que llevar, no podrémos pasar por el rio impetuoso de este mundo, sin ser ayudados de otros; y el que tiene el primer oficio, ha de ser ayudado del que tiene el postrero; y el que vive descansado, porque otros le alivian, cuando es necesario, ha de aliviar á los demás, y no rehusar el llevar sus cargas: de otra manera haria agravio á quien le ayudó llevar las suyas. Y como en las cosas corporales unos oficiales llevan las cargas de los otros y de los demás ciudadanos, proveyendo este de vestido, aquel de comida, y el otro de casa; uno hace las medicinas; otro cura las enfer-

[1] Lib. 83, qq. q. 21. tom. 4 et in Psalm 129.—Ex Plin. libr. 8, c. 32.

medades; este aboga en los pleitos; y aquel da sentencia en ellos; así tambien, dice S. Basilio [1], en las cosas espirituales: unos nos quitan la carga de los pecados y errores; y otros nos ayudan á llevar las cargas de las aflicciones y tentaciones; y como los ricos alivian la necesidad temporal de los pobres, así los pobres alivian la necesidad espiritual de los ricos; y el que hoy está sano para curar el enfermo, otro dia está enfermo y ha de ser curado del que ya está sano. De esta manera andan juntos los oficios y ministerios en bien de todos; y si los miembros del cuerpo místico tuviesen la union que tienen los del cuerpo natural, seria suave llevar las cargas de todos y cumplir la ley de Cristo, que es la caridad, la cual *todas las cosas sufre, todas las lleva, y sobrellera* [2]; y como dice S. Agustin [3]: *Qui non habent charitatem, graves sunt sibi: qui autem habent charitatem portant se;* los que no tienen caridad, son pesados é insoportables unos á otros; pero si hay caridad, todos se sufren, ayudan y sobrellevan sus cargas; porque el precepto de la caridad es amar al prójimo como á sí mismo; y pues yo quiero que otro me ayude á llevar mis cargas, tambien querré ayudarle á llevar las suyas.

De aquí se sigue, que esta variedad de estados y oficios, no solamente fué necesaria para el bien universal de la Iglesia, sino tambien para el provecho particular de los fieles, que viven en ella; porque las inclinaciones de los hombres suelen ser tan diversas, como las complexiones y las habilidades y talentos son tan diferentes como los rostros. Y así unos se inclinan á un estado, y otros á otro muy diverso: unos tienen talento para un oficio, y otros para otro muy diferente; y sino hubiera mas que un estado ó un oficio, ó

[1] Reg. 129, ex fusis: Portare est vel auferendo onus, vel adjuvando utportetur. — [2] I Cor. 13, v. 7. — [3] In Dict. psalm. 129.

modo de vida, muchos no pudieran vivir en él con provecho, ni negociar la vida eterna con seguridad. A uno por razon de su complexion importa casarse por no abrasarse; á otro está mejor abstenerse de casamientos para vivir en quietud y salvarse con perfeccion. Uno tiene natural talento para gobernar, ó para ejercicios de letras. Otro no es mas que para obedecer, y para obras mecánicas. Unos, como pondera S. Gregorio [1], son tan bulliciosos, que no tienen actitud para la vida contemplativa; y otros son tan quietos y reposados, que no pueden aplicarse á negocios exteriores. Luego muy conveniente fué que hubiese diversidad de estados y oficios, para que todos hallasen alguno proporcionado á su caudal en que pudiesen negociar su salvacion y perfeccion en el grado que cada uno puede alcanzarla.

Y si quieres ver una figura admirable de esta disposicion, acuérdate, que el carro de la gloria de Dios, era llevado, como dijo Ezequiel [2], por cuatro animales, con cuatro rostros muy diversos, pero muy unidos, ayudándose unos á otros á llevarle con gran conformidad, porque un mismo espíritu los movia á todos. Al lado derecho estaba el rostro de leon y de hombre, que son el estado seglar, y el eclesiástico con grande union; porque el seglar con su fortaleza defiende á la Iglesia con sus armas materiales, y el eclesiástico le rige y ayuda con sus medios espirituales. Al lado izquierdo, como mas humilde en sus ojos, está el rostro de buey, que representa el estado de los continentes, que ofrecen sus cuerpos á Dios en hostias vivas, refrenando los deleites sensuales. Y sobre todos se levanta el rostro de águila, que es el estado de los obispos y prelados, que tienen mejor vista por la contemplacion, y atienden al gobierno de los otros con

[1] Libr. 6, Mor. c. 17. —[2] Ezech. 1, vv. 4, 5, 10 et 12 – Eccli. 49, v. 10

gran discrecion. Y á todos mueve un espíritu de Cristo, que los une en caridad, y los mueve en conformidad á las obras propias de su estado, como una misma alma mueve diversos miembros de su cuerpo. Y aunque no faltan batallas y contradicciones, ó por la contrariedad de las complexiones, ó por la rabia y envidia de los enemigos; pero el divino Espíritu conserva esta union en su Iglesia, de modo, que nunca faltarán en ella los estados, ni la concordia en las personas mas aventajadas que los profesen. Y por esto con grande admiracion dicen los ángeles [1]: *¿Qué veréis en la Sulamitis, sino coros, reales y ejércitos?* Los coros significan muchedumbre de cantores, ó danzantes, que con grande concordia y alegría ejecutan su música, ó danza; y los ejércitos son la muchedumbre de soldados, que con grande conformidad, aunque no sin temores y sobresaltos, pelean contra sus enemigos. Pues ¿qué veréis en la esposa del verdadero Salomon, que es la Iglesia, cuyo nombre es Sulamitis, que quiere decir *la pacífica*, como su esposo? Todo son coros de vírgenes, de religiosos y eclesiásticos, que se ocupan en cantar y alabar á Dios; y escuadrones de obispos predicadores y maestros que se emplean en defenderla de sus enemigos. Y en todos los estados tiene algunos muy unidos y concordes para ejercitar santas obras, unas veces con grande paz, que es fruto de su victoria, y otras con grande guerra, pero tal, que no quita la verdadera paz, porque no son vencidos en ella.

§ II.

De la disposicion de Dios en la república seglar.

Todo esto que se ha dicho de la Iglesia universal, y república eclesiástica, declararémos tambien en la república seglar; la cual por traza de la divina provi-

[1] Cant. 7, v. 1.

dencia, está repartida en varios estados y oficios, que son tan necesarios para su buen ser, conservacion y aumento, que, como prueba Sto. Tomás [1], en el mismo estado de la inocencia hubiera tambien alguna desigualdad de mayores y menores, y de superiores y súbditos, aunque no hubiera la diferencia que hay ahora de señores y esclavos, de ricos y pobres necesitados, ni otra variedad de oficios mecánicos, que se han introducido despues del pecado original, por cuya causa mandó nuestro Señor la manera de su gobierno. Porque primeramente, como muchos hombres habian de ser viciosos, perturbadores de la paz y de la justicia, ordenó, que unos hiciesen oficio de gobernadores y jueces, con facultad de hacer leyes justas, que reprimiesen á los malos y enderezasen á los buenos, y con potestad de castigar y reprimir á los insolentes; y por consiguiente, quiso que otros fuesen súbditos é inferiores, con obligacion de obedecer y sujetarse á los mayores. Y como se levantasen muchas guerras entre diversas familias y ciudades, comenzó el arte militar con la diversidad de oficios que tiene. Porque es fuerza, que no todos los soldados sean iguales, ni se gobiernen por su propio juicio, sino que tengan capitanes á quienes obedezcan, y estos algun capitan general á quien se sujeten. De donde procedieron los estados de emperadores, reyes, y príncipes, y los oficios de duques, condes, y marqueses, y otros grandes de la república; los cuales son trazados por la divina providencia, conforme á lo que dice S. Pablo [2]: *Todo hombre está sujeto á las potestades superiores, porque no hay poder que no proceda de Dios, y las cosas que hay en este mundo son ordenadas por Dios. Y el que resiste á la potestad, resiste á la divina ordenacion; y el príncipe es ministro de Dios para loa de los buenos, y para tomar ven-*

[1] 1 p. q. 96, art. 3 et 4. — [2] Rom. c. 13, vv. 1, 2 et 4.—I Petr. 2, v. 14.

ganza de los malos; pues no sin causa lleva consigo el cuchillo, que es instrumento para castigar al malo.

Tambien despues del pecado crecieron las necesidades corporales de los hombres, en cuanto á la habitacion, casa, vestido, comida y otras cosas innumerables; por lo cual la divina providencia inspiró diversas artes y oficios, disponiendo que unos fuesen carpinteros, otros sastres, otros labradores y otros hortelanos; porque de todas estas cosas teníamos necesidad. Y como no es posible que todos aprendiesen todas estas artes; porque no todos tienen actitud para ejercerlas, ni se pudieran cargar de tantos cuidados como piden los instrumentos y medios con que se ejercen, quiso la divina providencia repartirlas entre muchos, dando á unos aptitud, é inclinacion para unas, y á otros para otras; remediando de esta manera con suavidad y eficacia las necesidades de todos; porque uno provee á otros de vestido, y él recibe de ellos el trigo; otro da el trigo, y recibe el calzado; y los unos fabrican los instrumentos de que se sirven los otros en sus oficios. Y en esto resplandece la divina sabiduría, que, como dijo el Sabio [1], *alcanza de un fin á otro con fortaleza, y dispone todas las cosas con suavidad*, disponiendo que nunca falten personas que puedan suavemente ejercer estos oficios para que se conserve la república de los hombres. Ponderó esto admirablemente el Eclesiástico [2], contando los contínuos trabajos de los labradores que se ocupan en cultivar la tierra; de los canteros y escultores que esculpen varias figuras en piedra, ó madera; de los herreros que labran el hierro; y de los alfareros que hacen varios vasos de barro. «Todos estos, dice, son sabios en su arte, y procuran que «sus obras sean muy perfectas: *Et sine his omnibus non «ædificatur civitas, et in Ecclesiam non transilient.* Y sin

[1] Sap. 8, v. 1. — [2] Eccli. 38, vv. 26-37.

«todos estos oficiales no se puede edificar, ni conservar «la ciudad, aunque no son aptos para oficios, y dig- «nidades altas de la Iglesia, ó de la república, sino para «los negocios de este siglo, á que Dios los ha aplicado.»

De aquí tambien han procedido despues del pecado las diversas suertes de ricos, y pobres, trazadas por la divina providencia para varios fines; siendo de los mas principales, para que se conserve la variedad necesaria que se ha dicho; pues sin la diversidad en riquezas, y pobreza apenas pudieran ejercerse oficios, y artes tan diversas; porque la pobreza es causa de que los pobres se apliquen al oficio en que han de ganar el sustento necesario para sí, y para su familia; y las riquezas son necesarias, para que los ricos puedan atender á otros ministerios mas importantes del gobierno, y para que provean á los pobres de lo que han menester para ejercer sus oficios; sin que tengan de que engreirse, porque mayor necesidad tienen los ricos de los pobres, que los pobres de los ricos; pues de poco les sirviera tener muchas tierras, y viñas, y ganados, sino hubiera pobres, que por sus intereses se las cultivaran, y guardaran. Y ¿de qué les aprovechara el oro, y la plata, sino hubiera quien les trajera la comida, y les hiciera el vestido, y fabricara la casa? Y ¿cómo tuvieran este oro y plata, sino hubiera pobres que se lo sacaran de las minas, y oficiales que se lo labraran y acuñaran? Y los pobres ¿cómo pudieran gozar algo de esto, sino hubiera ricos que surcaran los mares, llevando y trayendo en sus navíos las cosas que hay en diversas regiones? Y ¿cómo el señor del navío pudiera gobernarle, sino hubiera otros muchos pobres y necesitados que le ayudaran á ello? Y así ordenó la Divina providencia esta desigualdad en las riquezas y pobreza, para que todos pudiesen gozar de todas las cosas, y ayudarse unos á otros, este con el dinero, aquel con la industria, y el otro con su trabajo.

De esta desigualdad ha nacido tambien la que hay entre señores y esclavos, amos y criados, para que unos ordenen y manden, y otros sirvan y obedezcan, disponiéndolo así la Divina providencia para dividir entre los hombres las cargas de los cuidados, y las de los trabajos corporales, de modo, que los señores llevasen las unas, y los criados las otras. Y aunque la carga de los trabajos corporales es mas penosa para el cuerpo; pero la de los cuidados es mas penosa para el espíritu; porque el señor ha de andar cargado con el cuidado de proveer á su familia de todas las cosas necesarias para el vestido, comida y otras mil necesidades anexas á estas; pero el criado está libre de esta carga, y solamente anda cargado con la del trabajo corporal haciendo lo que le mandan, ó con la parte de los cuidados que le encomiendan.

De aquí finalmente han procedido las diversidades que hay en los linages, siendo unos nobles y otros plebeyos, unos señores y otros pecheros, con las demas diferencias que nacen de las naciones, y sus comarcas. Porque aunque nuestro Señor [1]: *Fecit ex uno omne genus hominum,* hizo de uno solo todos los linages de los hombres, para que en esto fuesen iguales; como lo son en la concepcion y nacimiento, muerte y corrupcion del cuerpo; pero despues ha sido precisa esta division de linajes mas ó menos nobles, nacida de los hechos heróicos de unos hombres, y de los pecados enormes de otros. Por lo cual fué preferida la descendencia de Adan por Seth á la descendencia por Cain, que pereció toda en el diluvio [2]. Y aunque no quiso nuestro Señor que en el Arca de Noé entrasen esclavos, ni criados, sino solo él y sus tres hijos y sus mugeres, de quienes naciesen los demás para conservar la igualdad en todos; pero despues, la descenden-

[1] Act. 17, v. 16.—[2] Genes. 7, vv. 7, 21, 22 et 23.

cia de Noé por Sem, fué preferida á la que sucedió por Cam. Y tambien el mismo Dios escogió de este linage de Sem á Abrahan, y prefirió sus descendientes por Isaac á los que descendian por Ismael; y en los de Isaac, dejó á Esaú, y escogió á Jacob, y á las doce tribus que procedieron de sus doce hijos. Y entre ellos prefirió en lo espiritual el linage de Leví, y en lo temporal el de Judá; por donde se vé, que esta desigualdad, así como las otras, ha sido ordenada y aprobada por la divina providencia para los fines y provecho que irémos diciendo en particular de cada una.

CAPÍTULO II.

COMO CRISTO NUESTRO SEÑOR TIENE ESPECIAL PROVIDENCIA DE LOS ESTADOS, Y OFICIOS DE SU CUERPO MÍSTICO, QUE ES LA IGLESIA; COMO ES DECHADO DE LA PERFECCION DE CADA UNO; Y CUAL SEA ESTA.

—

Como Cristo nuestro Señor verdadero Dios y hombre, es autor y fundador de la Iglesia y república cristiana, y de los estados y oficios que son propios á ella, en cuanto cristiana; así tambien tiene particular providencia y cuidado de mirar por la conservacion, aumento y perfeccion de todos ellos, en los fieles que son miembros de esta Iglesia, que es su cuerpo místico. Porque como el alma tiene naturalmente providencia de los miembros de su cuerpo natural, mirando por el bien de los ojos y de las manos y piés, y aun de las uñas y cabellos, procurando la comida y bebida con que sustentarlos, defendiéndolos de los daños y peligros, curándolos cuando están enfermos, y solicitando todo lo que pertenece al aumento y perfeccion de todos; porque los ama como á cosa propia,

y el amor natural la solicita á tener esta providencia; así Cristo nuestro Señor, que, como dijo S. Pablo, [1] *ama sumamente á su Iglesia, y se entregó á la muerte por ella para hacerla hermosa, sin mancha, ni arruga, ni fealdad alguna,* tiene muy especial providencia de ella como de cuerpo místico suyo, mirando por él como por cosa propia; de tal manera, que, como dice por un profeta [2], *quien toca á uno de sus escogidos, le toca á él en las niñas de los ojos.* Y cuando Saulo perseguia á sus fieles, se quejaba de que le perseguia á él [3], porque era una cosa con ellos. Con esta providencia les proveyó de admirable sustento de medicinas muy eficaces, y de otros varios medios para su conservacion y aumento. Y particularmente como cabeza suprema, inunde la santidad, y perfeccion de las virtudes en sus miembros estando unido á ellos de un modo muy admirable, por ser, no solamente hombre sino Dios inmenso. Y así como el alma racional está unida inmediatamente con todos los miembros, y partes de su cuerpo natural, comunicándoles dos modos de ser, vida, una comun á todos, con que se sustentan, conservan y aumentan, y otro especial, segun los particulares oficios á que se ordenan para bien de todo el cuerpo, dando á los ojos la facultad de ver, á los oidos de oir, y á los piés de andar; así tambien el Verbo divino encarnado está unido con los miembros de este cuerpo místico, y les comunica otros dos modos de ser y vida espiritual. Uno comun á todos los cristianos, infundiendo en ellos las virtudes de fe y esperanza, y en los justos tambien la caridad y religion, con las demás virtudes infusas, ayudándoles á practicar sus actos, para que cumplan las obligaciones del cristianismo, y alcancen la vida eterna. Otro especial, segun los particulares estados y oficios que tienen en la Iglesia, y república

[1] Ephes. 5, vv. 25 et 27. — [2] Zach. 2, v. 8. — [3] Act. 9, v. 4.

cristiana, infundiéndoles la gracia y ayuda necesaria para hacerlos con perfeccion. Ayuda á los pontífices y obispos, y á los reyes y señores seglares en su gobierno, á los continentes y religiosos y sacerdotes en sus ministerios, y á los demás cristianos en sus oficios y ejercicios, inspirando á cada uno lo que ha de hacer para alcanzar el grado de perfeccion que le conviene. Y á todos se propone por dechado y ejemplar de esta perfeccion, porque tuvo con eminencia la que está repartida en todos los estados. Fué pobre para ejemplo de los pobres; y oficial de carpintero para ejemplo de los oficiales. Fué predicador, maestro, obispo y pontífice sumo de la Iglesia para dechado de los que habian de hacer semejantes oficios. Fué vírgen, de quien aprendiesen las vírgenes y continentes; y con el desposorio que celebró con la Iglesia, enseñó la perfeccion á los casados. Fué religioso para dechado supremo de religiosos; y legislador para ejemplo de legisladores: y universal bienhechor de todos para ejemplo de los ricos y poderosos.

Y de aquí es, que como todos los cristianos generalmente son llamados para imitar á Cristo nuestro Señor, del modo que se declaró en el primer tomo [1]; así los que por vocacion y ordenacion de Dios tienen algun estado y oficio, ó ministerio en la Iglesia y república cristiana, son tambien llamados para alcanzar aquel grado de perfeccion que les conviene, imitando al mismo Cristo, cuya excelente santidad en sus miembros se representó al evangelista S. Juan en esta forma. *Ví* dice [2], *á uno semejante al hijo del hombre, vestido con una vestidura sacerdotal hasta los piés, y ceñido por los pechos con un ceñidor de oro: su cabeza, y cabellos eran blancos como lana blanca, y como nieve: los ojos como llama de fuego; los piés semejantes al ton, ó*

[1] Trat. 2, c. 2.—[2] Apoc. 1, vv. 12-16.

cobre que está en el horno cuando arde: su voz era como de muchas aguas. Y en su mano derecha tenia siete estrellas, y de su boca salia un cuchillo de dos filos muy agudo: y el rostro estaba resplandeciente como el sol del mediodía. Y aunque en esta vision se representan principalmente las heróicas virtudes de Cristo nuestro Señor, y los admirables oficios que hace con los hombres; pero no sin misterio S. Juan dijo que vió no al hijo del hombre, sino: *Similem filio hominis*, á uno semejante al hijo del hombre, que era un ángel que le representaba, dándonos licencia para entender tambien en esta vision, no solo al mismo Cristo, sino á la congregacion de los justos que le son semejantes en varios estados y grados de perfeccion de que se compone su cuerpo místico; cuyos piés semejantes al cobre, cuando está en el horno encendido, son los seglares y casados. Los pechos ceñidos con cinta de oro son los continentes y religiosos. Los obispos son la mano derecha con siete estrellas. Los predicadores la boca con cuchillo de dos filos. Los jueces y gobernadores los ojos á modo de llamas. Los sabios y contemplativos el rostro resplandeciente como el sol. Los sumos pontífices y monarcas son la cabeza cana, como copos de nieve y lana. Y por estas semejanzas nos declara dos cosas muy notables. La una es la providencia especial que tiene de todos los fieles; porque ¿quién hay que no tenga cuidado de la vestidura que lleva puesta? ¿Del cinturon con qué está ceñido? ¿De la espada que lleva consigo? ¿De los anillos y piedras preciosas que adornan sus dedos? ¿Y de lo demás que pertenece á la hermosura y perfeccion de todos sus miembros? La segunda cosa que declara, es la santidad y perfeccion que conviene á cada uno de los fieles, segun su estado; imitando la que resplandeció en el mismo Cristo para ejemplo nuestro conforme se irá declarando.

§ I.

De la perfeccion comun á todos los estados.

La Santidad que ha de ser comun á todos en cualquier estado que tengan, abraza estas cuatro cosas; limpieza de culpas, mortificacion de pasiones, abundancia de buenas obras y perseverancia en ellas hasta la muerte. Todo esto significa el decirnos S. Juan, que vió á Cristo nuestro Señor vestido *podere*, que como dice S. Jerónimo [1], era una vestidura, ó túnica sacerdotal de holanda, ó tela muy fina [2], larga hasta los piés, y tan estrecha, que no tenia arrugas; para significar la santidad y perfeccion que resplandeció en su divina persona, y la que ha de resplandecer en su cuerpo místico, y en todos los justos, aunque tengan diferentes estados; porque todos han de ser gente santa y sacerdotes espirituales, y se han de vestir de la santidad y pureza, como de una vestidura talar, que cubra todo el cuerpo y resplandezca en todas sus obras; conforme á lo que dice el Eclesiástico [3]: *Si pretendes la justicia, alcanzarla has; et indues cuasi poderem honoris:* y vestiráste con ella, como con una vestidura larga de grande honra. Ha de ser larga; porque, como dice S. Gregorio [4], ninguna parte del cuerpo ha de dejar desnuda, ni descubierta al pecado. Y ha de llegar hasta los piés, porque ha de ser con perseverancia hasta el fin de la obra y hasta el fin de la vida, no dejando pasar ningun dia, sin que la vestidura de la santidad nos cubra con buenas obras [5]. Pero ha de ser vestidura estrecha, porque se ha de acompañar con la contínua mortificacion, caminando por *la senda* estrecha, y entrando por *la puerta angosta que lleva á*

[1] Epist. 127 ad Fabiolam, de veste sacerdotali.—[2] Exod. 28 v. 4.—[3] Eccli, 27, v 9.—[4] Lib. 19, mor. c. 16.—[5] Job 29, v. 14.

la vida eterna [1]; pues sin mortificacion, que nos estreche y apriete, no se puede conservar la santidad. De lo que resulta, que esta vestidura, ni puede tener mancha de culpa, ni arruga de tibieza; la cual dispone para ella. Lo cual ponderó maravillosamente san Agustin [2], diciendo, que como la vestidura de lino despues de lavada, para que no se arrugue, se estiende mucho sobre algun madero, como estienden al crucificado en la cruz: *crucifiguntur, ut rugam non habeant*, ponen en cruz á las túnicas para que no queden arrugadas; así la vida de los justos despues de lavada de las culpas graves, se ha de estender en cruz para que no quede con arrugas de culpas ligeras ó imperfecciones. Segun lo que dijo el Apóstol [3], que Cristo *murió por su Iglesia para santificarla, y la lavó con un lavatorio de vida, para que no tuviese mancha, ni arruga alguna.*

Esta es la vestidura de justicia, y santidad que han de conservar todos los justos en cualquier estado que tengan, á imitacion de la que llevó el mismo Salvador en su vida; el cual, como dices Isaías [4], siempre *estuvo vestido y rodeado de justicia*, hasta que murió en un madero por conservarla con suma pureza y perfeccion. Y cuando murió, no sin gran misterio quiso dejar sus vestiduras á los soldados que le crucificaron, dividiendo las exteriores *en cuatro partes, dando á cada soldado una parte: y la túnica inconsutil*, que era la vestidura interior *á uno solo por suertes, sin permitir que fuese dividida* [5]. En lo cual representó dos modos de santidad, que dejó por herencia á los hombres, por cuya redencion fué crucificado. Una santidad y justicia es interior, significada por la túnica; la cual consiste en la gracia y caridad con las virtudes morales

[1] Math. 7, v. 14.— [2] In Psalm. 132. — [3] Ephes. 5, vv. 25, 26 et 27. — [4] Isai. 61, v. 10.— [5] Joan 19, vv. 23 et 24.

infusas y dones del Espíritu Santo. Y esta es indivisible, y toda junta se da á todos los justos, que son como uno por la union del amor. Y dáse, como dijo san Pablo [1], *por suerte*, no humana, sino divina, que es la vocacion y eleccion de Dios. Y sin esta túnica y vestidura, que *es como ropa de bodas* [2], ninguno puede dignamente asistir á los convites de la Iglesia militante, ni entrar á gozar de los que se celebran en la Iglesia triunfante. Otra santidad hay, que aunque nace de lo interior, pero pide actos exteriores propios en que se remata, en los cuales puede haber division, figurada por las vestiduras exteriores de Cristo que se dividieron. Y á esta pertenece la santidad y perfeccion especial de los estados y oficios de la Iglesia, que no se dan todos á uno, sino, repartidos entre diversos fieles, á cada uno el suyo. Y dícese que los dividen entre sí, porque ordinariamente ellos lo escogen siguiendo sus inclinaciones, y por sus razones y motivos especiales, aunque no por eso se excluye, la vocacion de Dios. Antes, dice S. Márcos [3], que los soldados, hecha la division de las vestiduras en cuatro partes, *echaron suertes sobre cual parte cabia á cada uno;* para que se entienda, que tambien en estas divisiones tiene lugar la suerte de la divina vocacion y eleccion. Pero el primero, y el mas principal cuidado de todos ha de ser, que les quepa la dichosa suerte de la túnica inconsutil de la gracia y caridad, que es comun á todos los hijos de Dios, y propiedad de ellos solos: *de super contexta*, tejida desde arriba; porque con singular excelencia viene del cielo, de donde desciende toda dádiva buena, y todo don perfecto. Y como Cristo nuestro Señor primero se vistió esta túnica, que las otras vestiduras; así todos los cristianos deberian primero vestirse de la justicia, y santidad de

—[1] Eph. 1, v. 11.—[2] Matth. 22, vv. 11 et 12.—[3] Marc. 15, v. 24.

Cristo, y sobre ella añadir los especiales grados de perfeccion que pertenecen á los demás estados.

§ II.

De la perfeccion espiritual en varios estados.

Los grados de perfeccion especiales, que añaden algo sobre la que es comun á todos, pueden reducirse á siete, que se representan por las siete partes que cuenta S. Juan del cuerpo místico de Cristo.

1. El cual, *erat præcinctus ad mamillas zona aurea*, estaba ceñido por los pechos con un ceñidor de oro, para significar el estado de los continentes y religiosos, que están en medio de los prelados y de los casados; como los pechos tienen su lugar entre la cabeza y los piés. Y como son el asiento del amor, representan bien el estado de los que se dedican al puro amor de su Dios, trocando los desposorios y deleites sensuales por los espirituales, que se alcanzan con la union de amor al verdadero esposo de las almas castas; pero están ceñidos para denotar el exceso que tienen de perfeccion sobre los demás justos, los cuales, aunque anden vestidos con la vestidura estrecha de la justicia; pero no la traen tan ceñida, y apretada, que no gocen de los deleites lícitos del matrimonio, y de las riquezas y libertad que tienen en el mundo. Pero los continentes y religiosos llévanla mas ceñida con el voto de la castidad, y con los votos de pobreza y obediencia para conservar con mas pureza y excelencia la santidad cristiana, é imitar mas al Salvador, que se ciñó de esta manera. En figura de lo cual, los sacerdotes de la ley antigua ceñian esta túnica y las vestiduras sacerdotales con un cíngulo muy misterioso [1], como en otro lugar declaramos [2]. Pero el cíngulo de Cristo y de sus

[1] Exod. 28, v. 39. — [2] En la Guia trat. 4, c. 3, § 5º

hijos todo es de oro, porque esta mayor estrechura nace de amor, y tiene por fin el amor. La castidad no es forzada, sino elegida; la pobreza no es por necesidad, sino por voluntad; la obediencia no es de esclavos, sino de hijos con espíritu de *caridad, que es vínculo de perfeccion* [1]. Y de aquí es, que el cíngulo no se pone por medio del cuerpo, como le puso el ángel que se apareció á Daniel [2], sino por los pechos; porque no solo ciñe las obras, sino los afectos del corazon, cercenando los deseos desordenados de los deleites, riquezas y honras vanas. Y ciñéndose en todo otro amor que pueda impedir, ó entibiar el divino; de modo, que como el ceñidor está unido con el cuerpo; así ellos, como dice Jeremías [3], estén siempre unidos con su Dios, queriendo antes morir que apartarse de su dulce compañía.

2. Pasemos al estado de los justos seglares, que viven en el mundo ocupados en obras serviles, y en negocios y cuidados temporales; y son como piés de este cuerpo, porque andan mas cerca de la tierra, y llevan el peso y carga del trabajo corporal; cuya santidad consiste en lo que dice el Evangelista de los piés de Cristo, que eran: *similes aurichalco, sicut in camino ardenti;* semejantes al laton, ó cobre, cuando está en el horno muy encendido, porque como este metal tiene la dureza del hierro, y el resplandor del oro, y en el fuego está mas purificado y resplandeciente; así estos justos ponen su cuidado en que no se les peguen las cosas de la tierra, y en purificarse y perficionarse con el fuego del divino amor, con el cual las obras, aunque de su cosecha sean bajas, se hacen muy perfectas; y ellos son muy fuertes y constantes en el trabajo, y en resistir á los golpes del enemigo: Porque no son piés de barro, ni con mezcla de él, como los que tenia

[1] Col. 3, v. 14.—[2] Daniel 10, v 5.—[3] Jer. 13, v. 11.

la estátua de Nabucodonosor, que los derribó una chinica [1], sino de cobre, reforzado con el fuego del amor, en el cual no hace mella el demonio. Y si es verdad lo que dicen muchos doctores, que los piés de Cristo se comparan aquí al calcolíbano, que es un modo de incienso fuerte como cobre, echado en el horno de fuego; tambien en esto se descubre la necesidad que tienen los seglares de asemejarse á este incienso, juntando la fervorosa oracion con su exterior ocupacion, para que la purifique, y ayude á ser muy perfecta. Porque, como dice S. Gregorio [2], la una fortifica á la otra; y si la una falta, la otra corre peligro de faltar con ella. Finalmente, si Dios les mete en el horno de las tribulaciones y aflicciones, que son muy ordinarias en este estado, no se desconsuelan, ni desmayan; porque allí el cobre cobra color de oro resplandeciente, y el alma se hace mas pura y hermosa á los ojos de Dios, y mas semejante á su Redentor, que pasó por estos ejercicios corporales, y vivió lleno de trabajos, para confortar con su olor á los que se viesen en ellos.

3. El tercer estado, es, de los justos, que son jueces, y gobernadores de la Iglesia, y república cristiana, y los que tienen en ella alguna dignidad y preeminencia; y por esto son como los ojos de Cristo nuestro Señor, de los cuales se dice: *oculi eius tanquam flamma ignis,* sus ojos eran como llama de fuego. Porque la perfecion de estos justos consiste en velar con grande vigilancia para conocer todas sus obligaciones, tanto en órden á sí mismos, como en órden á los súbditos, y en arder con fuego del amor de Dios para procurar todo lo que le agrada, y en fuego de celo contra todo lo que le desagrada; procurando tambien abrasar y consumir todos los pecados propios y agenos, y preceder á los menores con su ejemplo, para que con su luz

[1] Dan. 2, vv. 33 et 34. — [2] Libr. 18, Mor. c. 15.

y ardor los alumbren y enciendan en el divino servicio. Pues por esto dijo el Eclesiástico [1]: *Cual es el juez, tales son los ministros: y cual es el que gobierna la ciudad, tales son los ciudadanos que moran en ella.* Y la misma alteza que tienen les ha de obligar á ser mas puros; pues ellos son los *siete ojos* que vió Zacarías [2] *en la piedra,* que es Cristo de quien recibirán firmeza y resplandor, si se hacen dignos instrumentos, por medio de los cuales Cristo vea, rija y perfeccione á los otros.

4. A este estado se asemeja el de los predicadores evangélicos, y de los maestros, y doctores, que son como boca de Cristo nuestro Señor, conforme á lo que dijo por Jeremías [3]: *Si apartares lo precioso de lo vil, serás como mi boca,* de la cual dice el Evangelista: *De ore eius gladius utraque parte acutus exibat,* salia de su boca un cuchillo ó espada aguda por ambas partes, que, como declara S. Pablo [4], *es la palabra de Dios; la cual es viva y eficaz, y mas penetrativa que cuchillo de dos filos, poderosa para dividir* cualquier cosa que esté muy trabada con otra. Y la perfeccion de los que tienen este estado, consiste en que con este cuchillo aparten primero en sí mismos, y despues en los otros, lo precioso de lo vil, y hagan guerra á los pecados y pasiones, haciendo division entre la carne y el espíritu, y lo que es de Dios y lo que es del demonio; no porque haga esto su palabra exterior, sino la palabra interior de Dios, que va envuelta en ella, y es aguda por dos partes para destruir, como dice Sto. Tomás [5], los pecados que llama el Apóstol manchas de la carne y del espíritu, y los santos llaman pecados carnales y espirituales. La eficacia de esta palabra se declara tambien por lo que dice el Evangelista: *vox illius tanquam vox aquarum multarum;* su voz es como sonido de muchas

[1] Eccli. 10 v. 1.—[2] Zach. 3, v. 9.—[3] Jer. 15, v. 19.—[4] Hebr. 4, v. 12. [5]— In epist. ad Hebr. 4.

aguas; porque sale con grande ímpetu y estruendo para despertar á los dormidos, espantar á los rebeldes, ablandar á los duros, y regar á los secos; y por su medio bajan del cielo avenidas de gracias celestiales con que se vivifican las almas. Pero han de tener en sí mismos lo que comunican á los otros, para que conforme á la doctrina del Salvador [1], *de la abundancia del corazon hable la boca*, recogiendo dentro de sí las aguas que han de comunicar á los demás.

5. Sobre este estado resplandece mas el de los obispos y prelados, por quienes dijo S. Juan: *Habebat in dextera sua stellas septem;* que tenia el Señor en su mano derecha siete estrellas; porque á ellos corresponde ser estrellas de la Iglesia, en cuanto tienen el mas alto lugar de ella por razon de su dignidad. Y por consiguiente han de ser altos en la santidad, y por la contemplacion han de tener su conservacion en el cielo supremo, y lucir con grande claridad, enseñando el camino de la virtud á los que viven en las tinieblas del pecado, teniendo grande firmeza en todo lo bueno, como estrellas fijas del firmamento, para que despues *resplandezcan*, como dijo Daniel [2], *por perpétuas eternidades*. Y en todo esto han de imitar al Señor que se llamó á sí mismo [3]: *Stella splendida, et matutina*; estrella resplandeciente de la mañana; porque es la primera guia, á quien han de seguir los demás; y es el primero que destierra las tinieblas de nuestros corazones, y da principio á la luz de la divina gracia. De aquí es, que estas estrellas están en la mano derecha de Cristo; porque él los conforta, ampara y endereza, y les da prósperos resultados en lo que pretenden, y los tiene unidos con su omnipotencia, y esculpidos *en su mano donde tiene escritos* [4] á los escogidos para no olvidarse de ellos.

[1] Math. 12, v. 34.—[2] Dan. 12, v. 3.— [3] Apoc. 22, v. 16.— [4] Isai. 49, v. 16.

Pero además de esto, ellos tambien son como mano derecha del mismo Señor, en cuanto por ellos obra cosas muy gloriosas, todas rectas y perfectas. Y por su parte han de procurar, que en su espíritu no haya cosa siniestra, ni flaca ó desconcertada, sino todo recto, fuerte y con sumo concierto; teniendo tambien á su modo esculpidas en su mano las siete estrellas, que son los siete dones del Espíritu Santo, para obrar con ellos obras muy excelentes.

6. En el sexto lugar ponemos el grado de los varones contemplativos, que han escogido la mejor parte y andan siempre en la divina presencia, de donde sacan con excelencia la perfeccion de todas las virtudes. Y estos son como el rostro de este cuerpo místico; porque como el hombre es conocido por el rostro; así por la virtud de estos justos se conoce la excelencia de Cristo nuestro Señor, de quien dijo S. Juan: *Facies eius sicut sol lucet in virtute sua:* su rostro es como el sol cuando luce en su mayor fuerza porque son singulares y escogidos en la santidad como el sol. Y no son como el sol de la mañana, que da luz y calor moderado; sino como el sol del mediodía, que echa el resto de su virtud, y arroja rayos de luz y calor con tan excesivo resplandor, que deslumbre á los que lo miran; porque es muy copiosa la luz, y fervor que tienen, alumbrando, encendiendo, y admirando á todos con sus raros ejemplos. Y esta grandeza alcanzan en la oracion y trato con Dios, á la manera que Cristo nuestro Señor orando se transfiguró, y su rostro se puso resplandeciente como el sol [1]; y Moisés subiendo al monte á tratar con Dios, bajó con tanto resplandor, que deslumbraba á los hijos de Israel. Aunque no sin misterio la luz del rostro de Moisés tenia la forma de dos cuernos [2], significando, que era como luz de luna

[1] Luc. 9, vv. 28 et 29. — Math. 17, vv. 1 et 2. — [2] Exod. 34, vv. 29 et 30.

menguante en comparacion de la luz de Cristo, autor de la ley nueva, cuyo rostro tenia el resplandor del sol cuando está en el fervor del dia, porque se le dió el espíritu sin medida, y lo comunica á sus escogidos con grande abundancia [1].

7. Finalmente el supremo grado es de los sumos pontífices, que son cabezas de la Iglesia, sucesores de S. Pedro, á quien Cristo nuestro Señor llamó *Cephas* [2], que quiere decir piedra, y cabeza, porque le hizo piedra fundamental de su Iglesia, y cabeza de los demás. Cuya santidad consiste en lo que el Evangelista dice: *Caput eius, et capilli erant candidi tanquam lana alba, et tanquam nix;* la cabeza, y cabellos eran blancos como lana blanca, y como la nieve; para denotar la venerable ancianidad, de la cual dijo el Sabio [3], que las canas, y *la senectud no está en la mucha edad, sino en la mucha santidad,* y gravedad de costumbres.

8. La cual se representa por los cabellos blancos, cuya blancura es comparada á la lana, que nace en la tierra, y á la nieve, que baja del cielo, dando á entender, que todos los pensamientos y obras de los que son cabezas de la república cristiana, han de ser puros con suma pureza, ora traten de cosas de la tierra, ora de cosas del cielo. Y siempre tienen grande union como copos de nieve y de lana; porque todos se dirigen á unirse con la suprema cabeza, Cristo, y con su último fin, que es Dios, á quien agradan tanto por esta union, que dice á su esposa la Iglesia [4]. *Llagaste mi corazon con una trenza de tus cabellos, que á modo de collar rodea tu cuello;* porque todos los pensamientos se han de ordenar á obedecer perfectamente á Dios, y sujetar el cuello al yugo de su santa ley, de donde les viene la blancura, limpieza y union que tienen.

[1] Abbas Joachim apud Vieg sect. 6.—[2] Joan. 1, v. 42.—[3] Sap. 4, vv. 8, et 9.—[4] Cant. 4, v. 9.

Pero ¿qué querrá decir la Esposa en los Cantares, comparando *los cabellos de su esposo*, no á la blancura de nieve, ó lana; sino á *las hojas de la palma, y á la negrura del cuervo* [1]? Esto envuelve otro misterio muy profundo, y provechoso para nuestro propósito. Porque Cristo nuestro Señor, por ser juez universal de vivos y muertos, ha de tener suprema autoridad, sabiduría y prudencia, significadas por las canas ó cabellos blancos, que son propios de los hombres ancianos, sabios y prudentes, y así le llamó Daniel [2] *el antiguo de dias* por ser eterno. Pero en cuanto juez tiene dos suertes de pensamientos y juicios que pertenecen á su oficio, en que han de imitarle los pontífices y reyes y todos los jueces y gobernadores de la república cristiana: unos son para premiar á los que guardan sus leyes; y otros para castigar á los que las quebrantan. Los primeros son, *sicut elatæ palmarum*, como hojas de palmas, que suben hácia arriba, y son figura de los premios; porque nuestro soberano Juez por la grandeza de su liberalidad y misericordia, desde el punto que justifica á los pecadores, comienza á hacer con ellos oficio de galardonador, premiando ya entonces sus buenas obras y merecimientos, con aumentos de nuevos grados de gracia, y virtudes, hasta que en la vida eterna pone á todos, como dijo S. Juan [3], sus palmas enteras en las manos, dándoles sus premios muy cumplidos. Mas los pensamientos que tiene para castigar á los malos, son *nigri sicut corvus*, negros como los cuervos, porque son terribles y espantosos, castigándolos con terribles tristezas y desconsuelos, y entregándolos en poder de sus crueles enemigos. Porque *los ojos que desprecian á su padre, justo es*, dice Salomon [4], *que sean* comidos, *y despedazados de los cuervos*. De este modo cumple Cristo nuestro

[1] Cant. 5, v. 11. — [2] Dan. 7, v. 9. — [3] Apoc. 7, v. 9. — [4] Prov. 30, v. 17.

Señor lo que dijo de él David [1]: *Con el Santo serás santo, y con el inocente serás inocente. Con el escogido serás escogido; y con el pervertido te habrás como él lo ha merecido;* porque con los que le imitan en los estados que tienen, y guardan las leyes propias de cada uno, será liberal en premiarlos; mas con los que andan al revés de lo que deben, andará él al revés de lo que deseaba, castigándole por su descortesía, aunque le pesa del castigo, porque su deseo era hallar ocasion de dar á todos el premio prometido. Y para significar esto, hablando de los buenos, dice tres veces, que será con ellos santo, inocente, y escogido; pero de los malos una sola vez dice, que será terrible con ellos, excitándonos á escoger la suerte, en la que desea descubrir la riquezas de su liberalidad y misericordia, y á huir de la otra, donde descubrirá los tesoros de su ira y de su rigurosa justicia.

CAPÍTULO III.

DE LA SECRETA PROVIDENCIA DE DIOS EN REPARTIR LOS ESTADOS, Y MODOS DE VIDA; Y DE LO MUCHO QUE IMPORTA SEGUIR SU ORDENACION EN NUESTRAS ELECCIONES.

Es tan secreta la disposicion de la divina Providencia en el repartimiento de los estados, oficios, y maneras de vida entre los hombres, que ningun otro que el mismo Dios puede dar bastante razon de ella. Como lo ponderó admirablemente S. Gregorio [2], declarando la pregunta que nuestro Señor hizo á Job, cuando le dijo [3]: *¿Por ventura conociste el órden del cielo, y sabrás dar razon de él en la tierra?* Orden del cielo, dice este santo Doctor, es la soberana disposicion de nuestro

[1] Psalm. 27, v. 26 et 27.—[2] Libr. 20, Mor. c. ult — [3] Job. 38, v. 33.

Dios en el gobierno de sus criaturas, y el concierto que el cielo espiritual de la Iglesia tiene en sus estados, oficios y grados, trazados por la divina Providencia, y repartidos entre los hombres por su ordenacion; escogiendo á unos para un estado, y llamando á otros para otro; encargando á este tal oficio, y modo de vida, y á aquel otro muy diverso, de lo cual ninguno puede dar razon en esta vida. «Porque ¿quién, dice, «sabrá decir, porque un hombre desea vivir en quie- «tud, y no lo alcanza, antes vive enredado en innu- «merables negocios y cuidados? Otro por el contrario «desea ocuparse en varios negocios, y se ve forzado á «vivir en quietud. Asímismo ¿por qué causa uno quie- «re, y puede alcanzar el estado de perfeccion; otro, «ni quiere, ni puede; y otro quiere, mas no puede; y «otro puede mas no quiere? Vemos que algunos hom- «bres y mugeres desean guardar continencia, y se ven «como forzados á casarse; otros deseando casarse, se «ven como forzados á vivir en continencia. Unos qui- «sieran ser religiosos, y no hallan traza como salir del «mundo; otros quisieran quedarse en el mundo, y se «hallan como necesitados á dejarle y ser religiosos. «Aquel pretende la prelacía y dignidad, y no lo alcan- «za; este la aborrece y es arrebatado para ella. Y de «dos que la pretenden, ó huyen de ella, á uno se cum- «ple su deseo; y otro no halla modo como cumplir- «le. Todo lo cual no sucede acaso, sino por disposi- cion y órden del cielo. Y de ello hay una vislumbre en el santo Evangelio, donde leemos [1], que dos hombres desearon seguir á Cristo y estar siempre en su compañía y los despidió diciendo al uno, *que no tenia donde reclinar su cabeza*, y al otro, *que se volviese á su casa, y contase las mercedes que Dios le habia hecho*. Y al contrario [2], á otros dos que daban escusas para no

[1] Luc. 9, vv. 57 et 58 et c. 8. vv. 38 et 39.—[2] Luc. 9, vv. 59-62.

seguirle ó dilatarlo para otro tiempo, no se las admitió, ni consintió, que el *uno volviese á enterrar á sus padres*, ni el otro á ordenar las cosas de su casa antes bien mandóles que *luego le siguiesen*.

De estos sucesos, y repartimientos, y otras cosas semejantes no puede el hombre saber la causa enteramente, ni conviene inquirirla temerariamente; bástanos saber que vienen dispuestos por la providencia de un Padre infinitamente sabio, poderoso y justo, que mira por el bien de sus hijos, para darles el estado, y modo de vida que les conviene, con mucho mayor amor que sus padres carnales pudieran mirar por ellos. Y por consiguiente es razon fiarnos de su bondad, y sujetarnos humilmente á todo lo que dispone en su Iglesia, y en los fieles que son miembros de ella. Y por esta causa la divina Escritura hablando de los cabellos de Dios, que significan sus altos pensamientos, como se dijo en el capítulo pasado, unas veces dice [1], *que son negros como el cuervo*, y otras [2] que *son blancos como lana limpia, y como la nieve*, para significar, como pondera Teodoreto [3], que sus disposiciones son para nosotros oscuras é incomprensibles; pero en sí mismas son puras y santas, y muy acertadas. Y aunque no podemos saber la causa, porque quiso que en su cuerpo mistico estos fuesen como piés, aquellos como ojos, y otros como cabeza; pero sabemos que en esta distribucion es santo, sabio y acertado; porque con su infinita sabiduría conoce todos los estados, y modos de vida que pueden tener sus hijos, así los provechosos como los dañosos; y con su omnipotencia puede con la misma facilidad darles los unos, y los otros: y pues los ama como Padre, pueden esperar de su infinita caridad, que les dará el estado y oficio que mas les conviene, especialmente si se lo piden con es-

[1] Cantic. 5, v. 11.—[2] Apoc. 1, v. 14.—[3] In Cant. 5.

ta confianza, y si son fieles, y rendidos á los designios de su amorosa providencia. Y aunque es verdad que en esta distribucion atiende no solamente al bien particular de cada uno, sino al bien universal de la Iglesia y de la república, porque es universal gobernador, y general proveedor de todos los estados, oficios y ministerios; y así le corresponde escoger, y llamar gente apta para ellos; pero sin embargo, es tan soberana su providencia, que sin faltar al bien comun, mira por el bien particular; y sin faltar al bien particular, mira por el bien comun. Y de tal manera tiene cuidado del provecho universal de la Iglesia, que no es con daño de los particulares de ella: y de tal manera cuida del provecho de los particulares, que no es con daño del universal de la Iglesia; y así podemos tener cierta confianza de que los secretos juicios de la divina Providencia, no solamente son justos en sí mismos, sino tambien provechosos para nosotros, si nos sujetamos á ella, dejándonos guiar por el camino que nos señala. Mas no solo serán provechosos, sino tambien suaves, y acomodados á la inclinacion y caudal con que nos previene. Porque como el guante se hizo para la mano, y la vaina para la espada; así el estado y oficio y modo de vida, que el mismo Dios reparte, es ajustado y cortado á la medida y talle del que le recibe para bien de su alma, si coopera con la divina Providencia; pues como conoce bien lo que arma, y cuadra á cada uno, dáselo con grande liberalidad y misericordia; y como á ninguno carga sobre sus fuerzas, á todos da tanta abundancia de gracia y dones celestiales, cuanta es menester para cumplir enteramente todo lo que pertenece al estado, y oficio que les encarga. Por lo cual la divina Escritura, como advierte Sto. Tomás [1], á muchos santos, desiguales en los estados y oficios, como

[1] 3 p. q. 7, art. 10.

fueron nuestra Señora, S. Juan Bautista, S. Estéban, los apóstoles, y otros tales los llama *llenos de gracia, y de Espíritu Santo;* porque todos reciben la plenitud de gracia, y ayuda que exigen su estado y oficio para obrar en ellos como conviene, segun despues verémos. Y todo esto es objeto de la divina predestinacion en los escogidos; la cual como se dijo al principio del primer tomo, es una disposicion de todos los medios, por los que el predestinado alcanza la vida eterna, entre los cuales uno muy principal, es el estado, oficio, ó modo de vida, que ha de tener en la Iglesia, y república cristiana; y así se lo procura por varios caminos, como se verá por muchos ejemplos, que pondrémos en el decurso de estos tratados.

§ I.

Cuanto importa seguir el órden de la divina providencia.

De esta doctrina que se ha expuesto, se han de sacar los principales documentos y avisos de esta materia, tomando por fundamento, que entre todas las cosas humanas, que están sujetas á nuestra eleccion, y libre voluntad, ninguna hay que con mayor acuerdo se deba tratar, ninguna sobre que mas tiempo convenga velar, que el estado, y modo de vida, que debemos seguir; procurando por todas las vias posibles conocer lo que Dios quiere, y seguir el órden de su providencia en la vocacion con que nos llama; conformando nuestra voluntad con la divina y rindiendo nuestro juicio á los secretos juicios de Dios, aunque no alcancemos el fin y profundidad de ellos. Porque si bien se mira, del acierto en esta eleccion depende grandemente la alegría de nuestro corazon, la paz de nuestra conciencia, el aprovechamiento de nuestro espíritu, el concierto de nuestra vida, la perseverancia en la virtud y por

decido todo de una vez, nuestra misma salvacion; y por el contrario, si en esto se yerra, toda la vida irá sembrada de tristezas y turbaciones, de vicios y desconciertos, con peligro grande de nuestra condenacion.

1. Sino dime ¿qué cosa hay mas peligrosa, que tomar sobre sí una carga muy pesada, sin las fuerzas y ayudas necesarias para llevarla? Oh ¿qué se puede esperar de un grande edificio, si está levantado sobre falsos cimientos? Pues ¿qué cordura es tomar estado, que no diga bien, ni cuadre con la calidad de tu persona, ni con el caudal de tus fuerzas, de donde no se pueda esperar otra cosa, sino dar con la carga en tierra, y con el edificio en el suelo, con pérdida de la vida eterna?

2. Porque siendo verdad lo que decíamos, que nuestro Señor llama á los fieles para el estado, y oficio, que con su providencia paternal les señaló, como medio de su salvacion, ofreciéndoles caudal y fuerzas para sus cargas y obligaciones: si resistes al divino llamamiento, y echas por otro camino, tú mismo te cierras la puerta del cielo, y cortas el hilo de los medios, que la divina providencia habia dispuesto para salvarte; y si tomas estado diferente del que Dios con su vocacion te ofrece, cargarte de lo que quizá no podrás llevar; porque aunque es verdad que Dios á ninguno niega las ayudas necesarias para su salvacion; pero hablando á nuestro modo como hombres, podríamos decir, que no está Dios obligado á dar fuerzas para llevar la carga que él no impone, ni á dar caudal para el estado á que no le ha llamado. ¿Con qué confianza podrás pedir á Dios ayuda para llevar los trabajos, y aflicciones, que te sobrevinieren en el estado que tomaste contra su voluntad por seguir la tuya? Oh ¿cómo tendrás ánimo para decirle, que te saque de los peligros que tuvieres en el oficio que escogiste por tu sola

ambicion, sin hacer caso del divino llamamiento? Con mucha razon podrá decirte, que vayas á pedir ayuda al que te llamó, y que te libre en el tiempo de la angustia quien te puso en ella. Así sucedió á los israelitas, cuando se quejaban de él, diciéndole [1]: *Dios mio, conocido hemos tu santo nombre; ¿*por qué nos desamparas en nuestras angustias? A los cuales respondió por su profeta Oseas: *Despreciaron el bien, y por esto les perseguirá el enemigo. Ellos reinaron, y no por mi disposicion: eran príncipes, y no lo supe*, ni aprobé yo. En cuyas palabras se queja nuestro Señor juntamente del pueblo, porque escogió reyes sin consultarlo con él, y sin saber primero su divina voluntad; y de los reyes, porque tomaron el gobierno por tiranía, y ambicion, sin ser llamados, ni escogidos por su órden. Y esto da por causa de no favorecerlos en sus angustias, ni librarlos de los peligros que los oprimian. Y lo que mas admira es, que uno de los reyes, contra quien se dan estas quejas, era Jeroboan, á quien el profeta Ahías de parte de Dios nombró por rey de las diez tribus de Israel, dejando solas dos al hijo de Salomon [2]; y sin embargo, dice de él, que no reinó por su consejo: porque, como advierte S. Cirilo [3], unas cosas hace Dios disponiéndolas, y ordenándolas con su providencia, porque le agradan, y gusta de ellas; como escogió á David por rey de Israel, y á los apóstoles para el apostolado: y los que de este modo son llamados, no entran por su voluntad, sino por la del Señor, que los escogió y llamó, y á estos ayuda, y favorece, y da el caudal que han menester para cumplir con su vocacion. Pero otras cosas hace Dios no mas que permitiéndolas, en castigo de pecados, como permitió para castigar los pecados de Salomon, que las diez tribus escogiesen por rey á Jeroboan, el cual lo aceptó por su

[1] Osee. 8, vv. 2, 3 et 4 — [2] III Reg. 11, vv. 29-39. — [3] In Osee. 8.

propia voluntad; y si Dios le designó por rey, fué condescendiendo con su tiranía y soberbia, para el fin dicho. De este modo entran muchos en diversos estados, y oficios, así eclesiásticos, como seglares, no por eleccion y vocacion propia de Dios, ordenada por su providencia, sino permitida en castigo de pecados propios, ó agenos, condescendiendo con sus ambiciones, codicias y sensualidades para su condenacion. Y los que van así elegidos, aunque parece que Dios los elige, no es así; antes ellos se entremeten, y por su voluntad y consejo propio entran en el estado y oficio, y de su cuenta va todo el mal que les sucediere; el cual de ordinario es muy grande, porque como no entran por la puerta del divino llamamiento, sino por la de la ambicion, y carnalidad, ó avaricia, aunque cubiertas con velo de religion y honestidad, ó con capa de necesidad; dentro de poco tiempo arrojan estas máscaras y apariencias de virtud, y á velas desplegadas navegan tras el cumplimiento de sus malos deseos, hasta que vienen á dar en la roca de algun desgraciado suceso, fruto de su ciega eleccion.

4. No quiero detenerme en contar el infeliz éxito, que han tenido casamientos realizados por sola aficion desordenada, y gobiernos usurpados con tiranía, y oficios pretendidos por sola ambicion; porque las historias, así sagradas, como profanas, están llenas de los desastres con que castiga Dios tales elecciones; y la experiencia de cada dia nos abre los ojos para palpar muchos de ellos. Y en el tratado de las tentaciones [1] veremos los inumerables daños, que acarrea la ambicion en estas pretensiones. Solamente ponderemos ahora, que si es verdad, como lo es, que algunos de los que han sido llamados y escogidos por Dios, y recibido de su mano el estado y oficio, con el caudal

[1] Cap. 17.

para cumplir sus obligaciones, han venido á perderse por su culpa, como se perdieron Saul, Judas el traidor, y otros semejantes; ¿qué maravilla es que se pierdan los que lo toman por su antojo, sin consultar á Dios, ni á la razon? Lo que podemos temer de estos es, que no les comprenda aquella sentencia del Salvador, que dice [1]: *Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será arrancada.* Porque, como dijo la divina Sabiduría [2], *las plantas adulterinas,* que no se fundan en verdad, sino en mentira, *no echarán hondas raices;* y así fácilmente serán arrancadas los tales del lugar donde se fijaron, movidos de su adúltera aficion.

Bien sé que la misericordia de nuestro Dios es muy grande, y que de nuestros males sabe sacar bienes, y aciertos de nuestros yerros; y así creo que algunos han entrado con mal pié en el estado y oficio, los cuales cayeron en la cuenta de su yerro, y mudando la voluntad fueron ayudados por Dios, y amparados por su misericordia. Mas no es cordura hacer á ciegas esta eleccion confiando en esta misericordia; porque lo comun y ordinario es, que entre los llamados y escogidos por Dios para estos estados, los mas se aprovechan; y entre los que no son así llamados, los mas se pierden. Sabemos, que *entre doce apóstoles, escogidos por Cristo, un solo Judas se trocó en demonio* [3]; mas de doce escogidos por el demonio para sus estados, apenas habrá, uno que se vuelva á Cristo. De siete diáconos, nombrados por los apóstoles, uno solo, Nicolás, apostató de la verdad; mas de siete nombrados locamente por el mundo para sus oficios, apenas uno acertará. De lo que infiero lo que al principio propuse, que en ninguna cosa hemos de velar con mas cuidado y diligencia, que en la eleccion del estado y modo de vida que debemos seguir, para que sea acertada con-

[1] Matth. 15, v. 13. — [2] Sap. 4, v. 3. — [3] Joan. 6, v. 71.

forme á la divina voluntad, y á la vocacion con que nos llama.

§ II.

En qué consiste el seguir el órden de la divina providencia.

Resta que declaremos en suma las cosas que debemos hacer de nuestra parte, para seguir el órden y disposicion de la divina providencia, reduciéndolas á tres mas principales.

1. La primera es, tener pura y sana intencion en la eleccion de los estados y oficios, pretendiendo en ellos, no algun mal fin de nuestra ambicion, ó codicia, ó sensualidad, sino siempre algun buen fin para gloria de Dios, y para nuestra salvacion y provecho, ó de nuestros prójimos.

2. La segunda es, aplicar siempre buenos medios, excluyendo todos los ilícitos y prohibidos en las leyes divinas y humanas, procurando tomar aquellos que son conformes á lo que Dios quiere, y la razon y prudencia dictan.

3. La tercera es, proceder en todo esto con buen modo, no con temeridad y arrojo, ó con pasion y aficion vehemente, que cause desórden y turbacion del alma, sino con reposo, prudencia y madurez, cumpliendo lo que dice la Divina Escritura [1]: *Juste quod justum est persequeris, ut vivas:* proseguirás justamente lo que es justo, para que vivas dichosamente la vida temporal, y la vida de gracia, y alcances la vida eterna. Cuando hubieres guardado estas tres cosas en tus elecciones y pretensiones, el éxito que tuvieres en ellas puedes tomarlo por señal de la divina voluntad,

[1] Deut. 16, v. 20.

y por disposicion de su providencia para contigo. Pues él ha dicho [1]: *Buscad primero el reino de Dios, y su justicia; y todas estas cosas temporales se os darán por añadidura.* Porque si pretendes algun estado, oficio, ó dignidad en la república, ó alguna hacienda, ó bien temporal para pasar la vida, y principalmente lo ordenas á que Dios reine en tí por gracia, y tú reines con él en la gloria; y los medios que pones, y el modo de ponerlos, todo es conforme á la justicia de este reino, esto es á sus leyes, preceptos y consejos, bien puedes confiar que Dios concederá buen éxito á tu pretension, si te conviene para alcanzar el cielo: y aunque todo el mundo, y el infierno quieran estorbarlo, no serán poderosos para ello, si Dios ha dispuesto concedértelo: y si lo estorbaren será señal de que Dios gustó de no concedértelo, porque no te convenia; y por esto no atajó, ni impidió el estorbo.

1. Esto se verá claramente con algunos ejemplos memorables de la Divina Escritura. Pretendia Jacob casarse con Raquel, y puso para esto los medios, que entonces se acostumbraban, ofreciéndose á servir á su padre Laban siete años, porque se la diese por muger [2]. Pasados los siete años, engañóle Laban y dióle por muger otra hija, llamada Lia, permitiendo nuestro Señor este engaño, porque entonces le convenia este casamiento, y no el otro que pretendia. Volvió segunda vez á servir otros siete años por Raquel, y tuvo efecto su pretension, porque vió nuestro Señor que entonces le seria provechosa.

2. Poco despues, pretendiendo el mismo Jacob [3] ganar alguna hacienda para el sustento de sus hijos y familia, convino con Laban que le serviria algunos años, si apartando todo el ganado, que tenia de un solo color, blanco ó negro, le diese por jornal el que naciese

[1] Matth. 6, v. 33. — [2] Genes. 29, v. 18 — [3] Genes. 30, v. 32.

de él con varios colores. Admitido el pacto, tomó Jacob por medio el poner unas varas descortezadas delante de las ovejas al tiempo que habian de concebir. Y dió nuestro Señor tan buen éxito á este medio, que cuando ponia las varas, todo el ganado nacia manchado con esta variedad. Arrepintiéndose Laban del pacto, y haciendo otro contrario, de que fuese de Jacob el ganado, que naciese con solo un color blanco [1], cesaba este de poner las varas descortezadas, y nacia el ganado blanco. Y andando Laban en estas mudanzas diez veces, todas diez veces sucedió como lo deseaba Jacob, y por este camino, *ditatus est ultra modum*, vino á ser Jacob muy rico, porque habia dispuesto la divina providencia enriquecerle; y como pretendia las riquezas con buen fin, y con buenos medios, poniendo en Dios su confianza, tuvo su pretension próspero resultado.

3. Pero en estos ejemplos resplandece una cosa de grande consuelo para los justos, á los cuales nunca dañan los pecados agenos, como no tengan parte en ellos; ni son poderosos para impedir los intentos de la divina providencia en favor suyo; antes bien suele esta convertir los dañados intentos de los pecadores en medios para ejecutar sus designios en favor de los justos; como se aprovechó de los engaños, y disputas de Laban para hacer bien á Jacob. Esto se verá mucho mejor con otro esclarecido ejemplo del patriarca José, á quien la divina providencia tenia designado desde toda la eternidad para virey de Egipto, y siendo mozo se lo reveló en sueños [2]; y como él contase esta revelacion á sus hermanos, tomaron de ella ocasion para impedir por envidia las trazas de la divina providencia, procurando venderle como esclavo en Egipto. Mas, segun pondera S. Gregorio [3], los medios que ellos to-

[1] Genes. 31, v. 8.—[2] Genes. 37. v. 9.—[3] Lib. 6, Mor. cap. 12.

maron para hundirle, convirtió nuestro Señor en medios para entronizarle; y la malicia, y envidia de los hermanos no dañó á José, sino que sirvió á la divina providencia para salir con lo que pretendia. Como lo entendió bien el mismo José, y lo confesó, cuando les dijo [1]: *No por vuestro consejo, sino por voluntad de Dios fuí traido á Egipto. Vosotros trazasteis contra mi grande mal, y Dios le convirtió en bien para ensalzarme,* como lo veis de presente, dándome el trono, y riquezas de que gozo.

4. Pero ¿de dónde le vino tanto bien á este santo patriarca, sino de haberse fiado de la divina providencia, y dejándose guiar de ella? Porque nunca quiso tomar, ni aceptar malos medios para alcanzar la dignidad que Dios le habia revelado, y por esto Dios le ponia en las manos, sin el pretenderlo, los que habian de ser eficaces para alcanzarla. Como lo da á entender la Divina Escritura, cuando dice [2]: *José en tiempo de su angustia guardó los mandamientos de Dios, y por esto vino á ser señor de Egipto.* Como si dijera: porque siguió la traza de la divina providencia, con obediencia muy perfecta, alcanzó el señorio que Dios le habia revelado. Lo mismo sucedió con grande excelencia al rey David, el cual con saber que Dios le habia escogido por rey despues de Saul, y con ver la enemistad que este le tenia, y que le perseguia, y queria quitar la vida, con todo esto nunca quiso usar de malos medios para salir con sus intentos y aunque tuvo muchas ocasiones para matar á Saul, y sus soldados se lo aconsejaban, no quiso hacerlo, remitiéndolo todo á la divina providencia [3]. Y aunque sus émulos en las persecuciones le tentaban, y decian. *Vade, servi diis alienis;* vé, y sirve á los dioses agenos de los gentiles, nunca consintió en ello, perseverando fielmente en el divino

[1] Genes. 15, v. 8, c. 50, v. 20.—[2] I Mach. 2 v. 53.— [3] I Reg. 26, vv. 8-23.

servicio, hasta que le puso Dios en las manos el reino, por los medios que el menos pensaba, sin faltar en hacer lo que debia.

5. Pero es bien que advirtamos, que estos dos esclarecidos varones, José y David, tuvieron necesidad de mucha paciencia y longanimidad, porque la divina providencia suele andar muy despacio; y despues que promete el oficio y dignidad, suele tardar mucho en darla, permitiendo á veces, que de la misma promesa se tome ocasion para dilatar el cumplimiento de ella, con las contradiciones que se levantan por su causa: y quien trata con nuestro Señor, y pretende alcanzar de su mano alguna cosa, no ha de andar muy apresurado, sino muy resignado, y rendido á pasar por las dilaciones, y aplazamientos que ordenare, acordándose de lo que dijo el profeta Habacuc [1]: *Si tardare, aguárdale, porque el vendrá, y no tardará*, pues vendrá en el tiempo que conviene. *Y el que cree*, dice Isaías [2], *no se apresure;* porque *quien se apresura*, exclama Salomon [3], *tropieza*, y tropezando corta el hilo de la carrera, y suele perder la joya. Y además de esto, el tiempo es gran maestro, y descubre muchos medios, que antes estaban ocultos; ó por mejor decir, Dios con el tiempo los va descubriendo, porque quiere que todas las cosas se hagan con reposo. Y por esto dijo el Eclesiastés [4]: *Todo negocio tiene su tiempo, y oportunidad; pero grande es la aflicion del hombre*, porque quiere sacar las cosas de su tiempo, y coyuntura: y cortando el fruto por madurar, no será de provecho; sino para causarle dentera, y amargura. Porque como la divina providencia ha señalado ciertos tiempos, en que los árboles lleven sus frutos maduros, así los tiene señalados para concluir los negocios, que están determinados para gloria suya, y bien de sus escogidos.

[1] Abac. 2, v. 3.— [2] Isai. 28, v. 16. — [3] Prov. 19, v. 2.— [4] Eccles. 8, v. 6.

Finalmente, por lo que se ha dicho consta tambien, que aquellos resisten al órden de la divina providencia, que faltan en alguna de las tres cosas, que nos conforman con ella, ó pretendiendo fines malos y torcidos, ó usando de medios ilícitos y prohibidos, ó con mal modo, dejandose arrastrar de su pasion y aficion desordenada, faltando por esto en las circunstancias que han de acompañar nuestras obras: y los que van por este camino, en cuanto es de su parte, impiden el bien que la divina providencia pretendia concederles, y caen en gravísimos daños, que la misma providencia ordena, ó permite en castigo de sus pecados. Como se puede ver por los desgraciados éxitos, que tuvo Saul en sus pretensiones, á causa de haber usado de malos medios para conservar su reino, dejando los designios de Dios por seguir las de su juicio propio. Porque mandándole el profeta Samuel de parte de Dios, que le aguardase en Gálgala con el pueblo siete dias, y que allí ofrecerian sus holocaustos, él viendo que Samuel no habia llegado el dia séptimo, y que el pueblo se le iba, ofreció su sacrificio, y al punto llegó el profeta, que le dijo estas palabras [1]: *Neciamente lo has hecho, y no has guardado los mandamientos de tu Dios: y si no hubieras hecho esto, el Señor estableciera tu reino sobre Israel para siempre. Pero no permanecerá, porque el Señor ha buscado otro varon, conforme á su corazon, á quien mandará que sea capitan de su pueblo, porque tú quebrantaste su mandamiento.* De suerte, que si Saul siguiera la disposicion de la divina Providencia, Dios perpetuara su reino, como lo tenia determinado: mas porque se apartó de ella, siguiendo su propio parecer, y rindiéndose á los temores humanos de que el pueblo le dejaria, fué desechado de Dios y vino á ser dejado del pueblo, cayendo en el mismo daño que temia, el

[1] 1 Reg. 13, vv. 7, 14.

cual hubiera impedido nuestro Señor si él hubiese obedecido y seguido la órden que le habia dado: y el que habia aguardado casi los siete dias, quiso abreviar el tiempo, que Dios tenia señalado para el holocausto, y ofrecerlo sin aguardar á Samuel; y como se apresuró, tropezó, y de este tropiezo vino á caer, de modo que nunca mas levantó la cabeza. Lo mismo habia dicho nuestro Señor al sumo sacerdote Heli, con estas temerosas palabras [1]: *Yo habia ordenado que los de tu familia, y los sucesores de tu padre hiciesen oficio de sacerdotes para siempre: Absit hoc a me; pero no será ya así sino al que me honrare, honraré, y los que me desprecian serán despreciados. Yo levantaré otro sacerdote fiel, que proceda segun mi corazon, y mi alma, y este hará el oficio para siempre delante de mi Cristo.* Y ¿qué fué esto sino decir, que nuestras rebeldías, y desobediencias son causa de que Dios mude sus designios? No porque haya mudanza en Dios, sino porque la hay en nosotros. Por cuanto su designio es darnos el estado y oficio honroso, y conservarnos en él, con tal condicion, que nosotros nos sujetemos á su ordenacion, y cumplamos en todo su voluntad; y cuando por nuestra malicia, y ambicion nos apartamos de ella, muda Dios la disposicion en castigo de nuestra culpa; porque como honra á los que le honran, así con justicia desecha á los que le desechan. Pues si Dios es Señor absoluto de todos los estados, oficios y dignidades de la república, mucho mas que todos los reyes y monarcas del mundo, y en su mano está repartir el estado alto y el bajo, y el oficio honroso y el humilde, y conceder éxito próspero, ó adverso, por los medios que él dispusiere; ¿qué locura puede ser mayor, que resistir á la voluntad de un Dios tan poderoso, y atropellar el designio que él señala? ¿Por ventura piensas tú saber, ó poder mas

[1] I Reg. 2, vv. 30 et 35.

que Dios? ¿O imaginas que tus designios son mejores que los suyos? ¿O qué podrás prevalecer contra ellas? ¿*Quién* dice Job [1], *resistió á Dios, y tuvo paz?* ¿Y quién podrá huir de su divina Providencia? Porque si huyes de lo que favoroce á los buenos, cogerte ha la que castiga á los malos; y si no te rindes á la que tiene de tí como padre, mal que te pese caerás en la que tendrá como juez, tomando venganza de tu protervia, y rebeldía.

CAPÍTULO IV.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN EL REPARTIMIENTO DE LAS INCLINACIONES, TALENTOS Y VOCACIONES PARA VARIOS ESTADOS.

—

Admirable es la divina Providencia en los medios que emplea para repartir entre los hombres los estados, oficios y modos de vida, que tiene la Iglesia y república cristiana. Estos medios suelen ser muy diversos; unos naturales, que pertenecen al cuerpo, ó alma; otros sobrenaturales, añadidos á la naturaleza por la divina misericordia; y asimismo, unos tienen alguna dependencia de nuestro libre albedrío y de nuestra industria; otros la previenen, porque la providencia de nuestro Dios suele tomar la carrera muy de atrás, previniendo á los hombres desde el nacimiento con las cosas que disponen para los estados y oficios que piensa darles. Entre las cuales dos son las mas señaladas, y mas universales; conviene á saber, inclinacion, y talento, aplicacion, y habilidad para lo que pretende, *disponiendo todas las cosas*, como dijo el Sabio [2], *con suavidad*, mediante la inclinacion, y con fortaleza, mediante el talento.

[1] Job. 9, v. 4.—[2] Sab. 8, v. 1.

1. De aquí es que en cuanto autor de la naturaleza, reparte entre los hombres diversas inclinaciones y talentos naturales, para que se apliquen á diversos estados y oficios de la república, y los hagan por una parte con gusto, por ser conformes á su inclinacion, y por otra parte con suficiencia y perfeccion, por tener talento y caudal para ellos. Y aunque sean hermanos de un vientre, como Esaú y Jacob, saldrán con diversas inclinaciones y habilidades, para que se apliquen á diversos ejercicios, unos altos y generosos, otros bajos y mas humildes [1]; porque no hay arte mecánica, ni oficio, por vil ó trabajoso que sea, para el cual el sapientísimo gobernador y padre universal de las familias del mundo, no tenga dispuestas personas, que con gusto é industria los ejerciten. Lo cual es tan propio de solo Dios, que ningun príncipe de la tierra puede hacerlo; porque los reyes aunque pueden forzar á que se tome algun estado, ú oficio, necesarios para su república; no pueden cambiar las inclinaciones naturales de los hombres, ni darles el caudal de ingenio, habilidad, é industria, que la naturaleza les negó. Solo Dios es el que con su infinita sabiduría alcanza de un fin á otro, y de un polo á otro, sin que nada se le escape, disponiéndolo todo, *fortiter, et suaviter* [2], ó como dice el texto griego, *utiliter*, fuerte, suavemente, y provechosamente. Y como dijo el santo Job [3], *da su peso á los vientos, y su medida las aguas: pone ley á las lluvias, y da camino á las aguas del mar;* para que todas las cosas criadas, siguiendo sus inclinaciones y talentos naturales, que son el peso y medida, ley y camino de cada una, acudiesen á todo lo que es necesario para la conservacion del mundo; y así á unos hombres dió inclinaciones generosas, y talentos privilegiados

[1] Genes. 25, vv. 22, 23, 24, 25 et 27. — [2] Sab. 8, v. 1. — [3] Job. 28, vv. 25 et 26.

para ejercicios altos y principales de la república, y á modo de vientos y nubes aspiran á levantarse de la tierra, y parece que nacieron para ser señores y gobernadores de los otros, ó para ser grandes letrados y maestros. Pero á otros dió inclinaciones, y talentos mas rastreros, y como aguas de los rios y mares se inclinan á cosas mas bajas, y parece que nacieron para ser oficiales y trabajadores y para ser criados de los otros; y como unos y otros siguen sus inclinaciones, todos viven contentos, y se precian de sus oficios, y sobresalen en cumplirlos. Y de aquí ha procedido, como dice la Sagrada Escritura [1], que unos han sido inventores de un arte, y otros de otro alcanzando el primor, que podia por entonces haber en ellas.

§ I.

Y si de lo natural subimos á lo sobrenatural, hallarémos tambien, que el mismo Dios, en cuanto autor del ser de gracia, para que estén bien provistos los estados y oficios de la Iglesia, y república eclesiástica y religiosa, comunica á los hombres otras dos cosas semejantes, que son como señales de la divina vocacion y eleccion, á saber, inclinacion y talento, gusto y caudal, ganas y fuerzas para el estado, oficio y ministerio á que los llama; en lo cual suele proceder de dos maneras.

1. Porque primeramente como un mismo Dios es autor de la naturaleza y de la gracia, suele algunas veces echar los cimientos de la primera, conforme al edificio que traza y piensa lavantar en la segunda, para que las dos se ayuden una á otra, y unidas entre sí, con mayor suavidad y eficacia alcancen la perfeccion. Este órden guardó nuestro Señor con los ángeles, co-

[1] Genes. 4, vv. 20, 21 et 22.

municando, como dice Sto. Tomás [1], mayores dones de gracia á los que eran mas perfectos en la naturaleza; y aunque con los hombres no guarda siempre este órden, como el mismo Santo lo aprueba [2], y la experiencia lo enseña; no se puede negar que algunos dones sobrenaturales se avienen bien con otros naturales, que tienen semejanza y proporcion con ellos. Por lo cual se comparó nuestro Señor á un hombre, que repartió los talentos entre sus criados [3]: *unicuique secundum propiam virtutem*, á cada uno segun su propia virtud y fuerzas; cuyo primer sentido es, que reparte entre los fieles los estados y oficios de la Iglesia, y las otras gracias, *gratis datas*, que aquí llama talentos, acomodándolos á la virtud, inclinacion y fuerzas naturales de cada uno, para que los ejerciten con mayor suavidad, perseverancia y firmeza. A los casados da un talento con caudal para cumplir los divinos preceptos y las cargas de su estado. A los continentes, y religiosos da dos talentos con caudal para aventajarse mas, cumpliendo no solamente los preceptos, sino tambien los consejos de perfeccion. A los prelados, y obreros evangélicos añade otros tres, que son la ciencia que han de enseñar como maestros, y la prudencia de gobernar como pastores, y el don de hablar y persuadir y mover los corazones como predicadores. Y ordinariamente los acomoda á sus buenas inclinaciones, porque no vivan siempre remando contra el raudal de ellas cuando no son malas, pues lo violento no es perpétuo; y así, cuando es perpétuo el estado y oficio, suele fundar la vocacion sobre cimiento natural proporcionado para que sea de mayor dura [4]. A los que de su natural son magnánimos, y de corazon generoso, suele tomar por instrumentos de grandes empresas,

[1] 1, p. q. 62, art. 6. — [2] 2, 2, q. 24, art. 3 — [3] Matth. 25, v. 15. — [4] Ex de Greg. lib. 6. Mor. cap. 25,

como á Moisés y á Saulo. Y á los que son tímidos y cobardes, no los quiere para la guerra, sino para que se ejerciten en obras de virtud dentro de su casa. A los que por su natural son inquietos y bulliciosos, no los llama para ejercicios de vida contemplativa, porque la quietud seria su cuchillo, sino para los ministerios de la vida activa, donde vivan con descanso; como al contrario, á los que de su natural son quietos y reposados, llama para las obras de la contemplacion, que les pueden entrar en provecho. Finalmente, como dijo Cristo nuestro Señor [1], que ningun hombre cuerdo *echa el mosto*, que está hirviendo, *en vasija de cuero viejo, porque se echarian á perder ambos, rompiéndose la vasija, y derramándose el mosto; sino que el vino nuevo se echa en cuero nuevo*, y el vino añejo en cuero viejo, *para que ambos se conserven;* así tambien nuestro Señor acomoda los estados y ministerios á la inclinacion y caudal de las personas, que llama para ellos, porque de otra suerte seria en vano el oficio, por cumplirse mal, y condenaríase el que le tiene por no hacer aquello á que está obligado. Sino, dime, ¿qué cosa es estado de prelado y oficio de juez en hombre naturalmente muy tímido y de corto juicio, flojo y descuidado, ó estado de sacerdocio y continencia, en quien por su complexion, se abrasa y no puede resistir á los ímpetus de su carne, sino mosto en cuero viejo, que despedaza al que lo recibe, y es ocasion de que se condene?

2. Pues si procedemos por solas conjeturas naturales, dejando otras inspiraciones mas superiores háse de presumir, que Dios no llamará á estos para estado tan desproporcionado á su caudal y fuerzas; sino para otro que no pida tanto fervor y perfeccion, en el cual, así el oficio, como quien lo ejerce, marcharán bien; pues el oficio irá bien cumplido, y quien lo ejerce se salvará por medio del mismo.

[1] Matth. 9, v. 17.

§ II.

3. Mas como todo el caudal de la naturaleza es muy corto para estos estados y ministerios de la Iglesia, y república cristiana, y Dios N. S. no quiere ceñirse á estas solas leyes naturales, de aquí es, que, en cuanto autor de la gracia, tiene otro medio mas excelente y levantado, con maravillosa suavidad y eficacia, comunicando sobrenaturalmente la inclinacion y el talento, el gusto y el caudal, con sus celestiales ilustraciones é inspiraciones, y con otros socorros y ayudas sobrenaturales, con que previene y favorece á los que llama para algun estado y oficio, ó ministerio. De modo, que si tienen inclinacion y aptitud natural para él, se la perficiona mucho con la gracia; y si les falta, se la añade con la misma vocacion; porque la gracia de la divina vocacion trae tales ayudas, que dan ganas y fuerzas para las obras á que se ordena, y vence las repugnancias de la naturaleza, y la hace que se incline á lo que repugnaba, y que pueda lo que por sí sola no podia. Por lo cual dijo Sto. Tomás [1], que quien es llamado de Dios á religion, no puede dudar del caudal y fuerzas para vivir en ella, porque Dios las da al que él llama; y quien confía en su gracia, *mudará*, como dice Isaías [2], *la fortaleza, cobrará alas de águila* para volar, *correrá sin trabajo, y andará sin desfallecimiento*. Y en este sentido reparte Cristo nuestro Señor entre los fieles los talentos de estos estados [3]: *unicuique secundum propriam virtutem*, á cada uno segun la propia virtud; no segun la propia virtud natural que él se tenia, sino segun la virtud y caudal que el mismo Señor le comunica, y con que le previene para no cargarle mas de lo que puede llevar, segun sus fuerzas: y los que

[1] 2, 2, q. ult. art. ult.—[2] Isai. 40, v. 31.—[3] Matth. 25, v. 15.

recibieron cinco talentos, y los que dos, ó uno, si por ellos no queda, siempre tendrán todo el favor que es menester para negociar con los mismos, porque la gracia suplirá lo que falte á la naturaleza; y la divina inspiracion añadirá la inclinacion sobrenatural, cuando falte la natural, y comunicará fuerzas divinas con que no hagan falta las humanas [1]. Y por esta causa Dios nuestro Señor, para mostrar las inestimables riquezas de su gracia, suele llamar con estas inspiraciones para algunas empresas heróicas á los que no tienen partes naturales para ellas, y da magnanimidad á los que naturalmente son tímidos, sosiego á los bulliciosos, y castidad á los que sienten inclinacion á la lascivia. Y como antiguamente para insignes victorias escogia capitanes valerosos, y soldados esforzados, pero tambien algunas veces elegia mujeres flacas, como Débora [2], y Judith [3], y soldados visoños y cobardes, como eran los mozos de espuelas del ejército [4]; así ahora para fundar y reformar religiones, y para otras empresas esclarecidas, escoge unas veces personas de grandes partes naturales en ingenio, juicio, letras y nobleza; mas otras veces escoge mujeres flacas, y personas idiotas y de pocas partes, conforme á lo que dice S. Pablo [5]: *Mirad vuestra vocacion, hermanos, porque muchos* de aquellos, por quienes habeis sido llamados, *no son sabios, segun la carne, ni poderosos, ni nobles; antes escogió Dios á los ignorantes, para confundir á los sabios: escogió á los flacos, para confundir á los fuertes; y á los despreciados, que son tenidos en nada, para destruir á los que son estimados en algo, para que ninguno se glorie en su presencia.* Mas esto que los apóstoles no tenian por su caudal natural, tuviéronlo por la gracia del divino Espíritu, que los trocó cuando los escogió, y

[1] Ex. D. Th. 2. 2, q. 24, art 3, ad 1.— [2] Judith, 4, v. 9.— [3] Judith, 16, v. 8.— [4] III Reg. 20, v. 14.— [5] 1 Cor. 1 vv. 26-29.

levantó á tan alto oficio para descubrir su omnipotencia. Como lo declaró el profeta Amós por una maravillosa comparacion, diciendo [1]: *El que llama las aguas del mar, y las derrama sobre la tierra tiene por nombre el Señor* Dios todo poderoso [2]. Que fué decir: Como Dios, en cuanto autor de la naturaleza, muestra su omnipotencia en sacar aguas dulces, no solo de los rios, sino tambien de las aguas salobres del mar, calentándolas con los rayos del sol, y convirtiéndolas en vapores de agua muy sutiles; los cuales levantados en alto se hacen nubes, y llevados de los vientos por toda la tierra, la riegan y fertilizan. Y esta obra se dice llamamiento de las aguas del mar, porque en ella obedecen á su Criador; así tambien, dice S. Jerónimo [3], el mismo Dios, en cuanto autor de la gracia, muestra su omnipotencia en trocar la naturaleza como le parece, y de un contrario saca otro, llamando y entresacando del mar de este mundo á personas de su condicion groseras y toscas, bulliciosas é impacientes; á las cuales con los rayos de su luz celestial muda en otros varones, y los levanta á una vida muy alta y mas que humana, para que como nubes, llevadas del viento del Espíritu Santo, rieguen con su doctrina los corazones terrenos, y les hagan producir frutos de santas obras.

4. Siendo, pues, tan grande el poder de nuestro Dios, y tan maravillosa la eficacia de su gracia, cualquiera que tuviere ciertas señales de que es llamado con vocacion especial para algun estado, oficio, ó empresa muy levantada; aunque sienta en sí falta de partes naturales, no ha de dudar en obedecer al divino llamamiento, confiando en que el Señor que le llama, mostrará su omnipotencia en darle lo que la falta; y esto es muy conforme á todas las reglas de la prudencia cristiana. Porque si un hombre cuerdo *quiere edi-*

[1] Amos 5, v. 8. — [2] LXX ad dunt *Deus omnipotens*. — [3] In hunc loc.

ficar una torre, que le importa mucho, *cuando mira el caudal que tiene para ello, (para que no se mofen de él si la comienza, y no la acaba)* no solo considera el caudal de su propio patrimonio, sino el que espera adquirir de sus amigos por donacion, ó limosna; y si este es muy copioso, aunque el patrimonio sea corto, puede prudentemente comenzar su edificio [1]; así tambien, quien desea comenzar algun modo de vida muy árduo y perfecto, primero ha de mirar el caudal de su propia naturaleza, esto es, las inclinaciones y habilidades ó partes naturales que tiene; pero teniendo presente que este caudal, que es á modo de patrimonio propio, aunque ayuda algo, no basta para edificar la torre de la perfeccion cristiana: empero aunque se halle muy defectuoso para la grandeza de la empresa que pretende, si tiene prendas de que nuestro Señor le dará tan copiosa ayuda de gracia, que supla lo que le falta de su natural, bien puede alentarse á comenzar su edificio. Y estas prendas tiene el que es llamado y prevenido por Dios con inspiraciones fuertes, y toques celestiales, porque la gracia de la divina vocacion trae consigo semejantes ayudas. Y la experiencia enseña dice S. Gregorio [2], que á los naturalmente reposados y amigos de quietud, suele nuestro Señor infundir un espíritu de amor y celo, que les hace con mucho gusto salir de su retiro para ayudar á los prójimos; y á otros, naturalmente bulliciosos, suele infundir un espíritu de temor tan fuerte, que como áncora los tiene quietos en su lugar. Por esta misma causa á su manera no han de desmayar los que por herencia, ó sucesion se hallan constituidos en dignidades y oficios de la república, que exceden á su caudal y á las disposiciones naturales que Dios les ha dado; porque habiendo verificado esta coincidencia por providencia divina, á

[1] Luc. 14, vv. 28, 29 et 30.—[2] Lib. 6, mor. cap 26.

ella toca favorecer á los que están necesitados á no dejar sus estados, sino tienen aptitud para ellos; y así lo hace por uno de dos caminos. Unas veces concediendo por medio de oraciones el caudal que falta, como dió al rey Salomon el caudal de la sabiduría para gobernar su reino [1]. Otras veces dándoles un corazon dócil, inclinado á tomar consejo y parecer de otros, que puedan dárselo con acierto, y deparándoles buenos consejeros, que suplan con su industria lo que ellos no tienen de su cosecha. A la manera que el sumo sacerdote Joiada ayudaba al rey Joás, que por su niñez no era capaz del gobierno; el cual mientras siguió el parecer de tan buen consejero, tuvo siempre próspero éxito en todo [2].

CAPÍTULO V.

DE TRES MEDIOS ESPECIALES POR LOS QUE NUESTRO SEÑOR DESCUBRE SU VOLUNTAD, Y ELECCION ETERNA PARA ALGUNOS ESTADOS, ESPECIALMENTE DE GOBIERNO.

—

Presupuesto el fundamento, que asienta nuestro Dios, en cuanto autor de la naturaleza y de la gracia, será bien que descubramos los medios que toma su divina providencia para repartir efectivamente entre los hombres los estados y oficios de la Iglesia y república cristiana, declarando la eleccion, que él tiene hecha en su eternidad, para que los fieles se conformen con ella. Como lo ordenó á su pueblo hebreo, para cuando quisiese escoger rey que le gobernase, como le tenian las demás naciones diciéndole [3]: *Tomarás al que tu Señor Dios eligiere de entre tus hermanos.* Como quien dice: No has de escogerle por solo tu antojo,

[1] III Reg. 3, v. 12. — [2] IV Reg. 12, v. 2. — [3] Deut. 17, v. 15.

sino procura saber mi voluntad y la eleccion que yo tengo hecha en mi eternidad, para aceptarla. Y cuando los apóstoles quisieron escoger uno en lugar de Judas, nombraron dos, diciendo á nuestro Señor [1]: *Ostende quem elegeris ex his duobus*. Muestra al que has escogido de estos dos para que suceda en el apostolado. Dando á entender, como pondera S. Juan Crisóstomo [2], que ya nuestro Señor tenia hecha en su eternidad la eleccion, y que deseaban saber su voluntad para conformarse con ella. Mas porque esta voluntad está escondida en su divino pecho, suele manifestarla por varios medios, de los cuales pondrémos aqui tres, que sirven principalmente para los estados y oficios mas altos, respecto de los cuales nuestra eleccion es mas dificil, porque el talento y caudal son dudosos, y la inclinacion muy sospechosa; pues pensando que procede del autor de la naturaleza y de la gracia, procederá de nuestra ambicion y codicia, que desean el oficio y estado, no por el bien del alma, sino por la honra ó intereses que les acompaña.

§ I.

De la eleccion por revelacion, ó precepto.

El primero de estos tres caminos es milagroso y extraordinario, y tiene lugar revelándolo Dios expresamente, como reveló á Moisés, que le escogia por caudillo de su pueblo [3]; y despues le reveló, que Josué debia ser su sucesor en el mismo oficio [4]. Y por medio de ángeles revelaba antiguamente la eleccion de algunos jueces de Israel, como la de Gedeon [5]. Y otras veces revelaba á los profetas los que habian de ser elegidos por reyes: como reveló á Samuel la eleccion de Saul,

[1] Act. 1, v. 24. — [2] Hom. 3, in Act. Apostolorum — [3] Exod. 3, v. 10. — [4] Num. 27, v. 18. — [5] Judic. 6, v. 14

y de David [1]. Y en la ley evangélica el mismo Cristo Señor nuestro declaró á S. Pedro, como le escogia para pastor universal de su Iglesia [2]. Y á S. Pablo, que era vaso escogido para llevar su santo nombre por todo el mundo [3].

Esta revelacion solia nuestro Señor hacer otras veces por algunas señales milagrosas, que manifestaban la persona á quien escogia para tal oficio, ó dignidad, ó para alentarle á que lo aceptase, significando de paso con ella el caudal que le daba, ó le habia dado para que obrase con perfeccion. De esta manera manifestó á Moisés su eleccion para sacar al pueblo hebreo de Egipto, y ser su gobernador por el desierto, estando en la *zarza, que ardia, y no se quemaba* [4]; para que entendiese, que aunque de su cosecha fuese miserable como zarza, no se consumiria con el fuego de los trabajos y fatigas, que hallaria en el oficio que le encargaba, antes resplandeceria mas en medio de ellos. De este modo tambien escogió á Aaron, y sus decendientes para la dignidad del sacerdocio antiguo con aquel famoso milagro de florecer su vara seca y llevar frutos [5]; en señal de que los llamados y escogidos por Dios para semejantes oficios y ministerios, aunque de su cosecha sean como varas secas, por la divina vocacion recibirán tal virtud y caudal, que puedan producir frutos de excelentes obras con que cumplan sus obligaciones. De donde tomó S. Pablo ocasion para decir [6], *que ninguno tomaba para sí* debidamente *la honra* de Pontifice, *sino era llamado de Dios como Aaron*. Sobre cuyas palabras dice Sto. Tomás [7], que en la primitiva Iglesia era muy ordinario declarar nuestro Señor esta vocacion y eleccion por alguna señal milagrosa, bajando del cielo algun rayo de luz ó columna de fuego, ó alguna paloma

[1] I Reg. 9. v. 17, et cap. 16, v. 12. — [2] Joan. 21, vv. 15-17. — [3] Act. 22 vv. 14 et 15. — [4] Exod. 3, v. 2. — [5] Num. 17, v. 8. — [6] Hebr. 5, v. 4. — [7] In hunc loc.

ó cosa semejante. Mas estos milagros ya cesaron, ni los pide allí el Apóstol, para que nos conste de la divina vocacion; sino que solamente pretende, que ninguno entre en la dignidad, si no es llamado como Aaron.

Pero en esto resplandece la admirable providencia de Dios con estos santos varones, los cuales como humildes huian de semejantes dignidades y oficios, teniéndose por indignos é insuficientes para ellos, y temiendo su propio peligro si faltaban á lo que pedia tan alto estado. Y el mismo Dios por una parte les inspiraba la huida, y la aprobaba y gustaba de ella, para conservarlos en humildad, y para que no entrasen en el oficio por su propia voluntad; y por otra parte como conocia los grandes talentos, que tenian encubiertos y los que pensaba darles, con estas señales se los manifestaba y descubria, para que fuesen elegidos, y aceptasen. A la manera que lo hizo con Moisés en su eleccion, mandándole que echase á la tierra la vara que tenia en la mano, *la cual se convirtió en culebra, de modo que huia de ella;* pero volviéndole á mandar, que la tomase por la cola, *luego se convirtió en vara* [1], con la que hizo grandes maravillas en Egipto. Para que entendiese por esta señal, que la vara del gobierno tiene apariencia de serpiente, por ser peligrosa y ocasionada á pecados, cuando se junta con la aficion á las cosas de la tierra. Y por esto los Santos huyen de ella, como huyó Moisés, pidiendo á Dios que nombrase otro para este oficio, alegando su insuficiencia. Y tambien huyó Saul, y se escondió dentro de casa [2], cuando le eligieron por rey, porque entonces era humilde y temia no se le convirtiese la vara en culebra, como despues le sucedió por su descuido: mas si por eleccion de Dios se acepta este oficio, y se

[1] Exod. 45, vv. 3 et 4.– [2] I Reg. 10, v. 22.

toma en la mano, acompañándole con vigilancia y diligencia, pierde esta apariencia, y es vara de la divina omnipotencia para hacer obras muy grandes por ella.

2. Mas porque este medio de revelaciones es muy extraordinario y poco usado, pasemos al segundo, muy cierto y seguro, que es el precepto del mismo Dios por medio de los vicarios, y superiores, que tiene en su iglesia y en la república, los cuales pueden obligar á que se tome alguno de estos gobiernos para el bien de la república civil, ó eclesiástica, ó religiosa; pues de todas se entiende lo que dijo Cristo nuestro Señor [1]: *El que á vosotros oye, á mí oye: y el que á vosotros desprecia, á mí desprecia.* Y en tal caso seria culpa resistir á la divina vocacion; porque la humildad y la obediencia no pueden ser contrarias. Y, como dice S. Gregorio [2], los justos, aunque tengan talentos y dones de Dios para gobernar á otros, deben con humildad huir de tales oficios; mas en mandándoseles que los tomen, no han de ser pertinaces en contradecir á la voluntad de su superior, sino que deben obedecerle y rendirse, aunque sea contra su propio gusto. Porque, como pondera bien Sto. Tomás [3], la humildad, que antes inclinaba á huir del oficio honroso, ahora inclina á negar el juicio propio, y sujetarlo al ageno por obedecer; y la caridad, que por su propio bien espiritual rehusaba tales cargos, los acepta por el bien de los prójimos, confiando en la bondad del que se los encarga que no perderá su propio aprovechamiento, por cuidar del ageno; ni se menoscabará el bien particular, por atender al bien universal.

Verdad es, que la perfecta obediencia suele inclinar á cumplir la voluntad de los superiores, no solo cuando ponen precepto de alguna cosa, sino tambien cuando

[1] Luc. 10. v. 16. — [2] I Par. Pastor. cap. 16. — [3] 2. 2. q. 185, art. 2.

dan solas señales de querer, ó desear que se haga. Pero esto se entiende, como advierte el mismo S. Gregorio [1], cuando las cosas que se han de hacer son humildes y penosas contra la inclinacion de nuestra carne; mas cuando son por una parte onerosas á la conciencia, y por otra parte honrosas y con comodidades temporales, no es contra la perfeccion resistir hasta que expresamente nos obliguen. Como lo hicieron S. Malaquías, S. Antonino de Florencia, y otros Santos que resistian, hasta que les pusieron precepto, y aun excomunion, sino aceptaban el episcopado. Y en nuestra compañía [2] todos los profesos hacen voto especial de no pretender estas dignidades, ni admitirlas cuando fueren elegidos para ellas, sino los obliga la obediencia del que se lo puede mandar so pena de pecado. El cual voto, como dice Sto. Tomás [3], es muy loable, porque en él se promete lo que á cada uno está bien hacer para no entrar por sola su voluntad en semejantes dignidades. Mas porque no es siempre necesario este precepto tan riguroso, tambien se puede tener por eleccion de Dios la que hacen los prelados supremos, cuando conocen bien la calidad de los que son elegidos, los cuales pueden aquietarse con el buen parecer de tan buenos superiores. A la manera que Dios nuestro Señor mandó á Moisés, que escogiese setenta varones de los que él conocia por suficientes; y en habiéndolos escogido, vinieron al tabernáculo del Señor, y bajó luego el mismo Dios en una nube, y les infundió parte del espíritu, que habia comunicado al mismo Moisés, para que se entendiese, que aprobaba aquella eleccion, y daba caudal bastante para cumplir con el oficio. En señal de esto comenzaron luego á profetizar; y lo que mas admira es, que dos de los nombrados, que se ha-

[1] Lib. 35, Mor. c 13.—[2] In constit. pars. 10, § 6. — [3] 2. 2. q. 185, art. 2, ad. 3.

bian quedado en los reales escondidos, teniéndose por indignos de oficio tan alto, comenzaron tambien á profetizar [1], en señal de que Dios tambien aprobaba su eleccion, y los tenia por tanto mas dignos, cuanto ellos en sus ojos eran mas pequeños, y por humildad huian de aquellos oficios.

§ II.

De la vocacion por eleccion de otros.

El tercer camino, por el cual descubre nuestro Señor su voluntad en estas elecciones, es inspirando y moviendo con eficacia el corazon de los electores, á quien pertenece proveer estas dignidades y oficios, para que elijan á las personas, que el mismo Señor tiene elegidas para ellos, sin que las tales los pretendan, ni codicien, antes bien huyan de los mismos. De suerte, que con admirable providencia inspira por una parte á sus escogidos que huyan de tales cargos, y por otra parte inspira á los electores que se los den, sin que aquellos los pretendan; conduciendo las cosas de tal manera, que sale Dios con sus intentos, por donde los hombres menos pensaban. Esta traza soberana quiero declarar mas extensamente para consuelo de algunos, que viven en el siglo, ó en la religion, quejosos de verse olvidados y arrinconados, siendo otros promovidos á estas dignidades y oficios, por medios tramados con su ambicion y astucia: y aunque estas quejas suelen ser indicios de poca humildad; como tambien lo son de poca fe y confianza en la divina providencia, sin duda cesarian, si de veras entendiesen que todas estas elecciones no suceden por acaso, sino por designio de nuestro gran Dios y Señor, *en cuyas manos*, como dice

[1] Num. 11, vv. 16, 17, 24-27.

David [1], *están nuestras suertes*, esto es, los sucesos prósperos y adversos de nuestra vida.

1. De modo, que por su divina ordenacion, y disposicion nos viene la suerte próspera y adversa, el estado alto y bajo, el oficio honroso y humilde; lo cual es tan cierto, que cuando estas dignidades y oficios, así eclesiásticos, como seglares, se proveyesen por suertes, que es la cosa mas casual que hay en el mundo, en órden á la divina providencia no sucederian acaso, sino con grande acuerdo; porque como dijo Salomon [2]: *Las suertes se echan en el cántaro, mas Dios es el que las rige*, y en aquel cae la suerte á quien Dios quiere que le venga. Y de esto hay testimonios bastantes en la Escritura Sagrada, declarando nuestro Señor la secreta eleccion, que habia hecho de Saul para rey de Israel por medio de suertes, haciendo que la suerte cayese en su persona [3]. Y lo mismo sucedió en la eleccion de S. Matías para el apostolado, cayendo en él la suerte [4]. Lo cual no cito, porque piense ser lícito usar de estas fuerzas sino esen loscasos, que Sto. Tomás [5], y los doctores enseñan, sino para que se vea, que cuando se usa de ellas en la eleccion de algunos oficios de la república, Dios es el que las rige; y por consiguiente, que en su mano están estas elecciones, y por su providencia suceden siempre. Además, en las manos de Dios están las voluntades de todos los hombres, á quienes toca repartir estos oficios; y aunque sean abominables y pertinaces, puede moverlas é inclinarlas á todo lo que él quisiere, haciendo que den su voto á la persona que en su eterna disposicion tiene escogida. Esto pretendió significar el Sabio, cuando dijo [6]: *El corazon del rey está en las manos del Señor, como el repartimiento de las aguas, y le inclinará á donde él quisiere*. Que es decir: así como en la mano, y poder de

[1] Psalm. 30, v. 16. —[2] Prov. 16, v. 33. —[3] I Reg. 10, v. 21. —[4] Act. 1 v. 26. —[5] 2, 2, q 95, art. 8. —[6] Prov. 21, v. 1.

Dios está repartir las aguas de la tierra y cielo hácia donde quisiere, haciendo con su providencia que los rios corran á esta parte, ó á la otra y que las nubes lluevan en este lugar, ó en aquel; así tambien está en la mano, y poder de Dios el corazon y voluntad del rey, que es como un rio, ó nube, donde están recogidas las gracias, favores, dignidades y oficios que reparte entre sus vasallos: y aunque los reparte á su albedrío, porque es Señor de su voluntad; con todo esta voluntad está en las manos de Dios, y por su providencia es movida para que quiera en este repartimiento lo que Dios quiere; y cuando le permite errar, y proveer mal estas cosas, tambien es providencia en castigo de pecados; y cuando quiere otra cosa, luego lo ataja, y convierte en bien de sus escogidos. Pues si el corazon de los reyes, que suelen ser muy voluntariosos, está en las manos de Dios, y por su disposicion se mueve, del modo dicho, para dar los oficios de su reino; tambien estarán en sus benditísimas manos los corazones de los pontífices y prelados, cuando proveen los beneficios; y los de los estudiantes, cuando votan en las cátedras; y los de los colegiales y comunidades, cuando hacen eleccion de personas; y á donde Dios quisiere los podrá inclinar con tanta suavidad y eficacia, que siguiendo ellos su inclinacion, sirvan á la disposicion eterna. ¿Quién no se admira de lo que sucedió en la eleccion de S. Ambrosio para obispo de Milan, tomando nuestro Señor la voz de un niño, que dijo: *Ambrosiò obispo*, para concertar innumerables voluntades muy discordes; moviendo los corazones de un pueblo dividido en bandos, para que todos á una pidiesen que Ambrosio fuese su obispo, porque Dios habia determinado que lo fuese?

2. Pero mas admirable es lo que cuenta la divina Escritura [1] del capitan Jehú, estando en campaña con

[1] IV Reg, 9, vv. 5, 6, 11, 12 et 13.

otros muchos capitanes y soldados y criados del inícuo rey Joran ; porque á esta sazon le llamó un hijo de los profetas, enviado por Eliseo, y tomándole aparte en una sala secreta le ungió por rey. *Vuelto Jehú á sus compañeros, preguntáronle : ¿Qué te dijo aquel loco? Respondióles : por ventura conoceis á este hombre, y sabeis lo que me dijo. Falso es dicen ellos, cuanto te dijo ; mas cuéntanoslo.* Contóles Jehú lo que habia pasado, y en el mismo punto movió Dios y trocó las voluntades de todos los capitanes, y soldados, y *haciendo de sus capas un trono, pusieron sobre él á Jehú,* y levantáronle por rey. ¡Oh designios incomprensibles de la divina providencia! ¡Oh eficacia inefable de la celestial inspiracion! ¿Quién sino Dios pudiera hacer que un ejército de capitanes, y soldados, teniendo rey legítimo, diera crédito á un capitan, y soldado como ellos, que sin otro testimonio mas que su palabra, afirmaba que Dios le habia escogido por rey de Israel? ¿Quién supiera mudar sus entendimientos para que creyesen ser profeta aquel á quien poco antes llamaban loco, y tuviesen por verdadero lo que acababan de calificar de falso? ¿Quién les persuadió que Jehú no los engañaba, y que su dicho no era trama de su ambicion para reinar sobre ellos? ¿Quién los enseñó aquel nuevo modo de trono, quitándose las capas, y poniéndolas á los piés de su igual y compañero? Todas estas son invenciones de la sabiduría de Dios, y testimonios de su omnipotencia, para persuadirnos que están en su mano los corazones de los hombres, y la distribucion de los reinos, prelacías y dignidades, dándolo á quien quisiere por cualquiera disposicion que tomare.

3. Aun mas adelante pasa esta soberana providencia de Dios, el cual es tan sabio y poderoso, que á pesar de los mismos hombres los da á quien quiere, sirviéndose para esto de los mismos medios, que ellos emplean para resistir á su divina ordenacion. Como

consta de lo que se dijo arriba [1] de la eleccion de José para virey de Egipto, en la cual los ardides de la envidia fraterna sirvieron á la caridad y ordenacion divina para salir con lo que pretendia, y siguiendo los hombres sus dañadas pretensiones, iban haciendo lo que Dios disponia para salir con las suyas. «Porque «como dice S. Gregorio [2], Dios nuestro Señor dispo«ne las cosas de los hombres de tal manera, que unas «las concede propicio, y otras las permite por estar «enojado; pero de tal modo las permite, que usa de «ellas para llevar á cabo sus consejos, y disposiciones; «y de un modo maravilloso lo que se hace sin la «aprobacion de Dios, no es contrario al principal in«tento de Dios; pues convirtiendo el mal en bien, «lo que repugnaba al divino consejo sirve para que se «ponga por obra. Por lo cual dijo Salomon [3], que *no «hay sabiduría, ni prudencia, ni consejo, que pueda pre«valecer contra el Señor*, impidiendo lo que con reso«lucion tiene decretado.» Y de aquí es tambien, que si los verdaderamente humildes, para su mayor seguridad, huyen de semejantes cargos, pueden fiarse de la divina providencia, que si les convienen, sabrá y podrá procurárselos por los medios que menos piensan; y sino lo hace, es señal que no les conviene; con lo cual pueden estar contentos en su bajo lugar, hasta que les diga Dios que suban al mas alto.

Mas como no todos penetran esta doctrina, ni atinan con el secreto de la divina providencia, provienen de aquí grandes dudas y perplejidades. Primeramente, los humildes y temorosos aunque se vean elegidos sin haberlo pretendido, temen aceptar, porque dudan si la eleccion fué por inspiracion de Dios, que quiso escogerles, ó por alguna persuasion humana que intervino en ello: y cuando fuese Dios, no saben si es

[1] Cap. 3. — [2] Lib. 6, Mor. cap 12. — [3] Prov. 21, v. 30.

designio de Dios misericordioso para provecho de su alma, ó si es permision de Dios airado para castigar sus pecados secretos, ó para premiarles algunos servicios en esta vida habiendo de ser por sus culpas excluidos de la gloria. Dudan tambien si tienen aptitud bastante para tales cargos, y si se engañaron los electores en pensar que la tenian; y aun cuando la tengan, dudan si sabrán bien usar de ella, puestos en la ocasion del estado y oficio honroso. Y como Cristo nuestro Señor, *cuando entendió que querian elegirle rey, huyó* y se escondió en el desierto [1]; así ellos, cuando presienten estas elecciones, huyen y se esconden para no aceptarlas. Por otra parte se levantan no pequeñas dudas en los que no quieren abrazar tanta perfeccion que huyan de estas pretensiones, sino que las tienen del modo que lícitamente pudieren; porque ven á simple vista que ordinariamente los hombres pretenden estas dignidades y oficios, y salen con ellos; unos por fines y medios muy torcidos y otros por medios lícitos; y que los que no los pretenden, especialmente en la república seglar, y aun en la eclesiástica, se quedan sin ellos. Y pues la divina providencia no excluye nuestra industria, no quieren aguardar á que mueva las voluntades de los electores, sino que ponen medios para moverlas; porque la providencia de Dios usará de estos medios para salir con sus intentos. Estas son las dudas de la gente temerosa, las cuales quedarán desvanecidas, si en lo que pretendieren, ó aceptaren, procuran saber la divina voluntad por los medios ordinarios que hay para conocerla, y sirven para todos los demás estados, como se dirá en el capítulo que se sigue.

---

[1] Joan. 6, v. 15.

CAPÍTULO VI.

DE LAS DILIGENCIAS Y CONSULTAS, QUE SE HAN DE HACER PARA COOPERAR CON LA PROVIDENCIA DE DIOS, Y CONOCER SU VOLUNTAD EN LAS ELECCIONES DE LOS ESTADOS Y OFICIOS.

—

Los tres medios, que se esplicaron en el capítulo pasado, para conocer la divina voluntad, y la disposicion de su alta providencia, aunque son ciertas señales de ella, no pueden servir para todos los estados y oficios de la república cristiana, porque seria temeridad desear revelaciones y señales milagrosas para la seguridad de nuestras elecciones; y no siempre es necesario, ni aun conveniente, para tomar estado, que haya precepto de ello, porque á cada uno es lícito escoger el estado de matrimonio, ó continencia, ó religion, y el oficio que mas le cuadrare, si por alguna especial razon no le estuviere prohibido; ni siempre es conveniente poner la eleccion totalmente en voluntad de otros, esperando que les inspirará Dios lo que nos conviniere, porque no ha querido atarnos en esto á la voluntad agena, sino que tambien usemos libremente de la nuestra; pero como la divina providencia nunca falta en lo necesario, en lugar de estos medios, suele servirse de otros tres, con los que nos descubre su santa voluntad, ayudando el uno al otro para darnos mayor certeza y claridad.

1. El primero es, por ilustraciones, é inspiraciones muy fervorosas y fuertes, que descubren al entendimiento la conveniencia del estado y oficio, y aficionan con vehemencia la voluntad á que le escoja, previniendo con estos sentimientos á nuestros discursos ordinarios. Pero este medio no es universal, porque re-

gularmente no comunica nuestro Señor tan fuertes inspiraciones, sino es para estado de religion, ó continencia, y para oficios humildes y trabajosos; y casi nunca para los estados de prelacías, y dignidades eclesiásticas; y mucho menos para las seglares, antes bien, como se ha visto, inspira á huir de ellas. Ni es estilo ordinario de la divina providencia encaminar con semejantes impulsos las elecciones del matrimonio y de los oficios seglares, sino alguna vez, cuando ha precedido el segundo medio, el cual consiste en el discurso de nuestro entendimiento, ilustrado con la razon natural, y con la luz de la fe en las cosas reveladas, siendo prevenido tambien y ayudado de nuestro Señor con las comunes ayudas de su gracia; porque el dictámen de estas dos lumbreras, razon y fe, cuando han hecho con diligencia su oficio, es dictámen de Dios y llamamiento suyo, y como tal debe ser aceptado y obedecido. Por lo cual, quien se aplica á buscar la divina voluntad por medio de estas dos luces, suele recibir la tercera de la divina ilustracion, que como relámpago viene á socorrerlas, y como voz suave suena en los oidos del alma, y acaba de manifestarle lo que Dios quiere de ella, aunque unas veces se hace esta manifestacion inmediatamente al mismo que trata de escoger el estado, y otras al consejero espiritual, prudente y santo, de quien toma parecer sobre ello.

2. Para esto importa sumamente quitar todos los impedimentos que hubiéremos para que se nos descubra la divina voluntad, que son los pecados y pasiones, ó aficiones desordenadas á las cosas de esta vida; procurando suma limpieza de corazon, y una perfecta indiferencia de nuestra voluntad tocante á las cosas que se han de elegir, sin inclinarnos mas á una parte que á otra; sino solamente á querer lo que entendiéremos ser voluntad de Dios, resignando totalmente la nuestra voluntad en ella, con firme determinacion de cum-

plirla en conociéndola, aunque sea contraria á la nuestra. Esta indiferencia es muy necesaria cuando la eleccion ha de ser de algun estado, oficio, ó ministerio en que hay honra, interés, ó deleite, que lleva tras sí nuestro corazon; ó al contrario, cuando es de alguna cosa árdua, y difícil, que causa horror á nuestra carne: porque en lo primero, es menester que nuestra voluntad se resigne y ofrezca á carecer de lo que gusta, si Dios no gustare de ello; y en lo segundo, que se ofrezca á abrazar lo que es contra su gusto, si es conforme al gusto de Dios. Este aviso, con los buenos resultados que da, espone S. Juan Clímaco, en estas palabras [1]: «Algunos hubo, que deseando saber la vo-«luntad de Dios, procuraron primeramente apartar su «voluntad de todo género de aficion, sin inclinarse mas «á una parte que á otra, y sin tener mas cuenta con «el sí, que con el nó; y presentada al Señor su ánima, «desnuda de toda propia voluntad, por medio de una «ardentísima oracion, vinieron despues de cierto tiem-«po á tener conocimiento de lo que era mas agradable «á la divina voluntad; ó por medio de alguna secreta «inspiracion con que Dios los alumbró; ó con quitar «perfectamente de su alma una de las dos opiniones, «que les tenian perplejos; ó por los impedimentos y «contradicciones, que no les dejaron salir con lo que «pretendian, entendieron que no era esta la voluntad «de Dios; ó al contrario, favoreciéndoles un tiempo «próspero, y sobreviniéndoles un súbito, y no espera-«do socorro, tomáronlo por conjetura de ser esta la vo-«luntad de nuestro Señor, acordándose que es general «condicion suya ayudar, y obrar juntamente con aquel «que se dispone á hacer lo que debe.» En lo dicho S. Juan Clímaco nos declara tambien los modos que tiene Dios de descubrir su voluntad, y la disposicion

[1] Grad. 26.

que nos hace dignos de entenderla, que es la resignacion espresada, mortificando los deseos propios, que nos pueden apartar de lo que Dios quiere; porque como la tabla, que está escrita, ó pintada, no puede recibir otra nueva figura, sino se borra la que tenia; así nuestra voluntad, cuando está llena de sus propias aficiones y quereres, si primero no lo mortifica, no está bien dispuesta para recibir las impresiones y luces del cielo, que estampan en ella el conocimiento y amor de la divina voluntad: y quien pretende este conocimiento sin resignacion, antes bien con inclinacion esclusiva á una parte, fácilmente será engañado pensando que es inspiracion de Dios lo que es instinto de su propio espíritu, inclinado á lo que le da gusto. Como cuenta S. Agustin [1] de su madre Sta. Mónica, que cuando deseaba mucho el casamiento de su hijo, le sucedia tener visiones y revelaciones acerca de ello, nacidas de su deseo, y no del divino Espíritu, como en otro lugar se dijo [2].

3. Quitados estos estorbos, es gran medio para conocer la divina voluntad, la oracion humilde, importuna y confiada; reconociendo la cortedad de nuestro discurso y la falta que tenemos de la luz celestial, que nos saque de estas dudas, esperando que nos la dará aquel Señor, que da su sabiduría liberalmente á los que se la piden con esta confianza [3]. A lo cual nos exhorta por su profeta, diciendo [4]: *Pídeme, y yo te oiré, y te descubriré cosas muy grandes, y muy ciertas, que tú no sabes.* Y por esta causa el rey Ezequías le dijo [5]: *Cuando no sabemos lo que hemos de hacer, un solo remedio nos queda, que es, levantar á tí nuestros ojos.* Y aunque para todas cosas aprovecha este medio de la oracion, pero mas especialmente para este de que tratamos; porque muchas veces, como apunta S. Gregorio [6], la

[1] Lib. 6, confes, cap. 13. — [2] Guia, trat. 1, c. 24. — [3] Jacob. 1, v. 5. — [4] Jer. 33, v. 3. — [5] II Par. 20, v. 12. — [6] Lib. 1, Dialog. 18.

divina providencia ha dispuesto darnos el estado y el oficio que nos conviene, por medio de oraciones propias ó agenas; y así quiere ser solicitado con ellas para poner en ejecucion sus designios; como descubrió la eleccion de S. Matías por la oracion de los demás apóstoles [1]. Y S. Francisco á fuerza de muchas oraciones alcanzó el conocimiento de lo que Dios queria de él, así tocante á la fundacion y estado de su religion, como en cuanto al oficio de predicar y tratar con los prójimos.

§ I.

De las cosas que se han de meditar para hacer bien la eleccion.

Para que la oracion tenga el efecto que se desea, es muy importante juntar con ella la meditacion y consideracion de algunas verdades que dispongan para recibir el conocimiento cierto de la divina voluntad, tomando tiempo y lugar desocupado y quieto, y atendiendo á solo esto con gran cuidado. Así lo aconsejó S. Bernardo [2] á uno que trataba de elegir estado, diciéndole: «Si deseas oir la voz del cielo, mas dulce que «la leche y miel; y si quieres disponer bien el oido in«terior, huye del bullicio exterior, para que puedas «decir con Samuel [3]: *Habla, Señor, que tu siervo oye.* «Mira que esta voz no suena en la plaza, ni se oye en «público, porque el consejo secreto pide audiencia se«creta; y si la oyeres como debes, dará á tu oido gozo «y alegría.» De este modo se preparaba David, cuando dijo [4]: *Oiré lo que hable á mi el Señor, porque hablará paz á los que se convierten á su corazon;* dando á entender, que no habla á los que andan fuera de su cora-

[1] Act. 1, vv. 24 et 26. — [2] Epist. 107. — [3] I Reg. 3, v. 10. — [4] Psal, 84, v. 9.

zon, derramados en las cosas exteriores, sino á los que se recogen á pensar las interiores.

En este recogimiento puedes meditar dos suertes de cosas, pertenecientes al estado, unas generales y otras especiales. Entre las generales, la principal es, considerar bien el verdadero fin de nuestras elecciones y de todos los estados y oficios de esta vida, al cual has de enderezar todos los medios y disposiciones que tomares, regulándolas segun este fin, que es la mayor gloria de Dios, tu propia salvacion, tu mayor aprovechamiento espiritual y el bien universal de la Iglesia y de tus prójimos por la parte que te corresponde; pero de tal manera, que siempre, en materia de salvacion, el bien propio se ha de anteponer al ageno; pues de poco te aprovecharia ganar todo el mundo, si tu alma padeciese detrimento [1]: ni quiere nuestro Señor que por salvar á otros, te condenes tú; aunque si puedes alcanzar ambos bienes, seria el fin mas glorioso. De donde se sigue, que aquel estado, y oficio has de escoger, que atendidas todas las circunstancias de tu persona, puede ayudarte mejor para alcanzar este fin, asegurando mas tu salvacion.

1. Y para que no te cieguen los bienes de esta vida, es admirable consejo en este tiempo poner los ojos en la hora de la muerte, y en la cuenta estrecha que Dios te ha de tomar, cuando entre contigo en juicio, segun se declaró en el primer tomo [2]. Y habiendo bien meditado esto, procurarás desnudarte de todas las aficiones demasiadas á las cosas temporales, como si luego hubieses de dejarlas, y como quisieras estar desnudo de ellas en aquella hora tan amarga: y con este desapego é indiferencia ponderarás luego, para cuando te veas en aquella hora, qué opinion y parecer quisieras haber tenido, y qué estado y oficio quisieras haber es-

[1] Matth. 16, v. 26. — [2] Trat. 1. cap. 15.

cogido; persuadiéndote de que el parecer de aquella hora es el mas acertado, y de que te conviene escoger aquel modo de vida en que quisieras te hallase la muerte. Y pues quizá el dia en que hicieres la eleccion de tu estado será el postrero de tu vida, razon es hacerla tal, que entonces no te pese de haberla hecho; y si consideras atentamente los pareceres y sentimientos de los que están en aquel trance, hallarás muchos casados, que quisieran haber sido religiosos; muchos príncipes, que tuvieran á buena dicha haber sido como uno de los plebeyos; y muchos prelados, que tienen por mejor suerte la de los que fueron súbditos; y al contrario, muchos religiosos y continentes que vivieron en estados humildes, que están muy contentos con su suerte en la cual vivieron con provecho, y mueren con alegría: y aprovechándote de estos ejemplos, será gran cordura escoger tal modo de vida, que no te arrepientas entonces de haberla escogido; antes bien te alegres, y glorifiques á Dios por ella. Con estas consideraciones persuadia S. Gregorio á un noble varon, deseoso de que el emperador le ocupase en oficios públicos, que mirase bien lo que escogia, y escogiese lo mas seguro para su salvacion; y así le decia [1]: «¿Por «qué, oh hijo, no consideras, que el mundo anda ca- «minando á acabarse, y que todos caminamos muy «aprisa hácia la muerte, y á dar cuenta al juez eter- «no? Pues, ¿cómo podemos tener otro pensamiento, «que de su venida á juzgar, y de la cuenta que nos ha «de tomar? Acuérdate que nuestra vida es semejante «á la navegacion, porque como quien navega, ora es- «té sentado, ora en pié, ora echado, siempre camina «en su nave; así nosotros velando y durmiendo, ca- «llando, hablando y andando, queramos ó no quera- «mos, todos los momentos del dia caminamos hácia la

[1] Lib. 6, registri, cap. 190.

«muerte: pues cuándo llegare este último dia, ¿qué «será de los bienes que con tanto cuidado buscamos, «y con tanta solicitud allegamos? Por tanto, si desea- «mos bienes, sean aquellos que para siempre han de «durar; y si tenemos males, sean los que nunca se «han de acabar. Considera además cuanto trabajo es «servir al príncipe terreno, y cuán ocupado anda el «corazon con el deseo de alcanzar su privanza, y con «el temor de perderla; por lo cual te persuado, que «en este breve tiempo de tu peregrinacion escojas una «vida quieta y pacífica, atendiendo á la sagrada lectu- «ra, y meditacion de la ley de Dios y encendiéndote «en el amor de la eternidad; porque vivir tal vida, es «tener ya parte en la eterna. Esto te aviso, por lo mu- «cho que te amo; y porque te veo en medio de la «tempestad, procuro con mis consejos tornarte al puer- «to; y si me oyeres, cuando llegues al fin verás los «peligros de que te has librado y los gozos que has «atesorado.»

2. Mas porque todas estas razones son muy gene- rales, es necesario considerar tambien las señales par- ticulares, que puede haber para conocer la vocacion de Dios y su divina voluntad tocante á lo que se ha de escoger. Estas son muchas y muy diversas; unas tie- nen su fundamento en la condicion y complexion na- tural; otras en la crianza y educacion de la niñez; y otras en varias necesidades que ocurren, y en espe- ciales gracias y talentos é inclinaciones naturales ó so- brenaturales, que nuestro Señor ha comunicado, con- forme se dijo en los capítulos pasados. Y de aquí es, que procediendo por via de discurso, es buen indicio de que Dios no llama para el estado y oficio á que tie- ne el hombre natural aversion y horror, con falta de aplicacion y talento, y sin caudal para lo que pide tal estado, sobre todo si es perpétuo; y cuando no hay este caudal, ni prendas ó esperanzas de tenerlo, es

señal cierta de que no quiere Dios que se escoja; y por esto ha declarado la Iglesia, que no son capaces del matrimonio los que son naturalmente impotentes para la generacion, que es el fin propio de este estado. Y el Espíritu Santo dice [1], que ninguno escoja el oficio de juez, sino siente caudal y virtud para combatir la maldad, porque quizá temerá el rostro del poderoso, y será escándalo para su alma, perdiendo la rectitud, y entereza que tenia. Pero al contrario, si hay inclinacion y aplicacion, con el talento y caudal que se ha dicho, es buena conjetura, entre otras, de ser llamado para aquello á que su buena inclinacion le lleva.

Esto declaró admirablemente S. Ambrosio, por estas palabras [2]: «Cada uno procure conocer su ingenio «y caudal, y aplíquese á lo que mejor le está, y mas «le conviene. Primero considere muy despacio lo que «ha de escoger y seguir; y no solo atienda á conocer «sus buenas, sino sus malas cualidades, esto es, co«nozca sus inclinaciones virtuosas, y viciosas, para «que como juez recto de sí mismo, siga lo bueno y se «aparte de lo malo. Y como no todos tienen una mis«ma inclinacion y talento, porque uno es mas apto «para la lectura y estudio, otro se inclina á ministe«rios exteriores, y otros se aficionan á diversos oficios, «todo esto ha de considerar el prelado, para dar á ca«da uno el oficio para que es mas apto; porque *Quo «unumquemque suum ducit ingenium, aut quod officium «decet, id majore implet gratia;* con mayor gracia y pri«mor hace cada uno lo que es conforme á su inclina«cion é ingenio, y cumple mejor con el oficio, que «mejor le conviene, y dice mas con su persona.» Esto va fundado en el consejo del Eclesiástico, que dice [3]: *Hijo, en tu vida tienta tu alma: y si hallares que es ma-*

[1] Eccli. 7, v. 6. — [2] Lib 1, de officiis, cap. 44. — [3] Eccles. 37, v. 30.

la, no le des libertad. O como dice otra letra [1]: *Mira lo que es malo, y no se lo des, porque no todas las cosas convienen á todos, ni todo género de cosas agrada á toda suerte de personas;* que es decir: Tienta, y examina con varias pruebas y experiencias la inclinacion, caudal y fuerzas de tu alma; y si vieres que es mal inclinada, no la dejes en libertad, sino dále estado y ocupacion que la enfrene; mira bien lo que para ella es perjudicial, y no se lo des, y en esto no te engañes con apariencia de bondad; porque aunque muchos estados y ocupaciones sean buenos, mas no todos cuadran, ni convienen á todos [2], y vate mucho en escoger la que mas te ha de aprovechar.

De este principio que se ha puesto saca S. Ambrosio [3] dos advertencias, contra los abusos que hay en estas elecciones. La primera es, que ningun hombre cuerdo ha de elegir estado y oficio solamente porque sus padres, y antepasados lo tuvieron, por cuanto los hijos no siempre tienen las mismas inclinaciones y talentos que sus padres; y muchas veces lo que está bien al padre, estará mal al hijo; y lo que cuadra á un hermano, no cuadrará al otro, aunque sean de un mismo parto, como Esaú y Jacob. Y aunque no se puede negar, que la crianza de los hijos, y las costumbres en que sus padres les forman desde pequeños, y el ejemplo que ven en ellos les aficionan á que lo sigan; mas cuando no se inclinan al estado y oficio de sus padres, antes bien están inclinados á otro, con talento y caudal para tenerle, no han de ser cumplidos á ir contra su buena inclinacion, sino ayudados para que la cumplan; porque si les fuerzan á tomar el estado contra la misma, aunque sea de suyo muy santo, como son los de religion, ó sacerdocio, es de temer que ten-

[1] Non enim omnia omnibus expediunt, et non omnia animæ omne genus placet. — [2] I Cor. 6, v. 12. — [3] Loc. cit.

drán éxito desgraciado. Por lo cual el Concilio Tridentino [1] impuso pena de excomunion á los que fuerzan á sus hijos, ó á cualesquiera doncellas ó viudas, á que entren en religion, ó sin causa justa les impiden el buen deseo que tienen de ello. Y la misma pena impone [2] á los que fuerzan á sus súbditos, ó á otras personas, á casarse contra su voluntad, por temerse el mismo daño.

La segunda advertencia es, que para estas elecciones no se han de poner los ojos principalmente en el aplauso, y estima de los hombres, ni en el deleite, y gusto de los sentidos, sino en la mayor conveniencia del estado y oficio para nuestra salvacion, aunque no sea tan estimado, ni nos dé tanto gusto. «Muchos, dice «S. Ambrosio ya citado huyen de algunos oficios de la «Iglesia, ó porque les amedrenta la gravedad de los «ejercicios, ó porque en la edad juvenil es dificultosa «la templanza, ó porque se desdeñan de seguir el modo «de vida que tienen por humilde, y se inclinan á los «estudios, y ejercicios, que en el mundo logran mas «aplauso, y honra, anteponiendo las cosas presentes á «las que están por venir: mas nosotros vamos por ca«mino muy diferente, porque nos dedicamos á lo que «está por venir, sin hacer tanto caso de lo presente; «y cuanto es mayor nuestro negocio, tanto ha de ser «mayor nuestro cuidado.» Se confirma con aquella sentencia del Salvador, que dice [3]: *Mas vale ir al cielo con un ojo, que bajar al infierno con ambos:* Como si dijera: Mas vale salvar tu alma, viviendo en estado humilde y trabajoso, que condenarte en estado honrado, y muy de tu gusto. Considera, pues, que todos los estados y oficios de esta vida se acaban en la muerte, y entonces comienzan otros dos estados eternos, uno

[1] Ses. 25, de reformat. cap. 18. — [2] Ses. 24, de matrimonio, c. 9. — [3] Matth 18, v. 9.

lleno de infinitos bienes en el cielo, y otro lleno de infinitos males en el infierno, y aquella será buena eleccion, con la cual escogieres en esta vida el estado y oficio temporal, que puede mas ayudarte para negociar el estado eterno dichoso, y escaparte de su contrario. Pero sin embargo de esto, en segundo lugar puedes y debes considerar los provechos temporales de hacienda, honra y descanso en el grado que conviene para pasar la vida, segun la calidad de tu persona.

4. Finalmente, para concluir tu eleccion por este camino, despues que hubieres ponderado bien las dotes que tienes, en cuanto á la inclinacion, complexion, fuerzas y talentos, naturales ó adquiridos, y habiendo tambien considerado los provechos, y daños espirituales y temporales, en órden al fin principal de tu salvacion, has de poner en una balanza los provechos, y en otra los daños y peligros, mirando á que parte se inclina el fiel de la razon ilustrada con la fe; y lo que esta juzgare ser mas conforme á la divina voluntad y mas conveniente para tu salvacion, esto debes escoger. Para lo cual tambien ayudará cuando fueres considerando las razones de la conveniencia, daño del estado y oficio, ponderar juntamente los sentimientos y afectos que van causando en tu corazon, por la fuerza que tienen las razones en el hombre desapasionado y resignado, para mover la voluntad, y llevarla tras sí, acudiendo tambien la divina gracia, que por este medio suele moverla con sus inspiraciones; y aquellas razones han de ser preferidas, que causan los efectos, que suelen ser propios de la divina inspiracion, á saber, paz de conciencia, alegría espiritual, aliento del corazon y confianza en Dios, que en tal estado y oficio vivirás con provecho y alcanzarás la vida eterna, guiándote en esto por las reglas que se dieron en el libro de la Guia Espiritual [1]. Solamente añado, que

[1] Trat. 1, cap. 24.

cuando el estado y oficio es peligroso y ocasionado á caer en pecados, son menester mas fuertes razones y mayores señales de la voluntad de Dios para elegirle; y al contrario, cuando es seguro y perfecto, bastan menos: y por consiguiente, como solia decir nuestro Padre S. Ignacio, muchas mas razones son menester para persuadirnos ser voluntad de Dios que nos quedemos en el mundo con riquezas, regalos y honras, guardando solamente los divinos preceptos, que para salir del mundo y ofrecernos á guardar tambien los consejos; porque para esto segundo tenemos muchos generales testimonios y señales de la voluntad de Cristo nuestro Señor, que en su Evangelio nos exhorta á ello; y así ninguno de los que andan en estas dudas, debe creer, sin mucho fundamento de fuertes razones, que á él en particular está mejor quedarse en el mundo y que la voluntad de Dios es, que escoja el estado de suyo mas peligroso.

§ II.

Del consejo que se ha de tomar, y con qué personas.

Las diligencias que se han dicho no son tan bastantes para el acierto en las elecciones, que no tengan necesidad de ser ayudadas con la direccion de consejeros santos, prudentes y experimentados; los cuales son el tercer medio é instrumento de la Divina Providencia, para descubrirnos la voluntad de Dios acerca del punto que les consultamos; y gusta él de que en cosas tan graves é importantes no nos guiemos por nuestro solo juicio, sino por el parecer de los que tiene puestos en su Iglesia para guiar y enderezar á los otros. Porque si antiguamente mandaba á los Israelitas, que en sus dudas y preplejidades acudiesen á los sacerdotes y levitas, certificándoles que por su medio les descubriria la verdad, que de-

seaban conocer [1], mucho mas cierto es que la descubrirá por los sacerdotes, y ministros del Evangelio, que son de mayor excelencia, entre los cuales están repartidas las gracias, que S. Pablo llama manifestadoras del espíritu, para provecho comun de la Iglesia; y entre ellas la que llama discrecion de espíritus [2], cuyo fin es descubrir el espíritu que nos mueve en lo que deseamos y pretendemos.

Y presupuesto lo que arriba [3] se dijo de los confesores que se han de escoger sábios y santos, añadirémos lo que á este propósito dice el Eclesiástico con estas palabras [4]: *Todo consejero dá su propio consejo, pero algunos le dan para su provecho: guarda tu alma del que se convida á ser tu consejero; y primero que trates con él tus cosas, considera las necesidades y pretensiones que tiene porque no sea que en lo que, dice, mire mas á su provecho, que á tu remedio, y te aconseje á tiento, poniéndote á riesgo de perderte; diciéndote por una parte, que vas bien en lo que haces; y por otra parte, estando á la mira de lo que te sucede*, como quien no supo lo que te aconsejaba: *con el hombre profano no tomes consejo, de lo que pertenece á la religion: ni con el injusto, de cosas de justicia: ni con el cobarde, de lo que toca á guerra: ni con el envidioso, de lo que es agradecimiento: ni con el cruel, de lo que es piedad: ni con el deshonesto, de lo que toca á honestidad: ni con el perezoso, de cosas que sean de trabajo. Con todos estos nunca te aconsejes, sino llégate al varon santo, y al que sabes que vive en temor de Dios, cuya vida es conforme á la que tú tienes, ó desees tener, el cual se compadecerá de tí, cuando en algo deslizares*, por que quien tropieza en las tinieblas, no tendrá esta compasion. *Procura juntar contigo un corazon de buen consejo, porque no hallarás cosa mas preciosa que esta,*

[1] Deut 17. vv, 8 et 9.— [2] I Cor. 12, vv. 7 et 10— [3] Tom. primero en el trat. 3.° cap. 8.—[4] Eccli. 37, vv. 8. 19.

creyendo que el alma del varon santo suele atinar con la verdad mejor que siete atalayas, que están en alto para ver las cosas de léjos : y en todas estas cosas haz oracion , suplicando al Altísimo que enderece en verdad tu camino. De aquí consta lo mucho que importa escoger por consejero á un hombre sábio, santo, desapasionado y desinteresado, que no busque sus propios intereses, ni su honra ó comodidad, sino la verdad pura, el bien de las almas que con él se aconsejan, la gloria y honra de Dios, el conocimiento cierto de su divina voluntad y el cumplimiento de ella, y que profese la virtud que nosotros profesamos, ó deseamos profesar, ó mucho mayor. «Tal, dice S. Ambrosio [1], ha de ser «el que da consejos á otros, que les sea tambien ejem«plo de santas obras en doctrina, en entereza, en «gravedad, cuya palabra sea saludable é irreprensi«ble, la vida honesta y la sentencia agraciada»; por que aconsejarte en materia de espíritu y de religion con los mundanos, será como dice S. Gregorio [2], *de causa vitæ consilium á fautoribus mortis quærere,* en negocio de la vida tomar consejo con los favorecedores de la muerte, los cuales como no estiman sino las cosas temporales, aconsejaránte que te vayas tras ellas, aunque sea con peligro de perder la verdadera vida y caer en la muerte. No negamos que sobre casamientos y oficios temporales, es bien tomar parecer con los padres, deudos y amigos, y con otras personas sábias y discretas del siglo; mas en estados y modos de vida que tocan á perfeccion, no han de ser estos los principales consejeros, como verémos en el tratado del estado religioso, sino hombres espirituales, que te aconsejen lo que ellos estiman. Pero han de ser tales, que tengan *Cor boni consilii,* un corazon de buen consejo, á quienes Dios haya comunicado este don de saber

[1] Lib 2. offic. sap. 17. — [2] Lib. 1, epistol. 33. D. Thom. 2, 2. q. 189. art. 10,

aconsejar, en quienes resplandezcan los dos ojos de la sabiduría humana y divina, con santidad en la vida, los cuales ven mas que cien, y que mil sábios del mundo. Y cuando topares persona semejante, estímala como cosa muy preciosa, y dale cuenta clara y dstinta como dijo S. Ambrosio [1], de lo que pretendes y de las inclinaciones y caudales que tienes para ello, guardando la indiferencia que arriba se dijo, porque no has de pedirle su parecer con deseo de que te aconseje lo que tú quisieras, persuadiéndole que lo apruebe. Y mucho menos has de ir con determinacion de no hacer lo que te aconsejare, sino es conforme á tu gusto; porque en tal caso como pondera S. Doroteo [2], permitirá nuestro Señor que seas engañado, y que el consejero no atine con la verdad, en castigo del mal ánimo que llevas. Como lo amenaza nuestro Señor por el profeta Ezequiel, diciendo [3]: Que si algun hombre de Israel viniese con corazon dañado á preguntar alguna cosa á los profetas, le responderia por boca de ellos, conforme á su dañado corazon, para que quedase cogido en la respuesta. Lo cual suele suceder por una de cuatro maneras, permitiendo nuestro Señor, que el consejero hable de su cabeza, condescendiendo con la voluntad del que le pregunta; ó que no se informe enteramente de todo lo que era menester para responder lo que convenia; ó que responda con palabras tan dudosas, que no descubran lo que siente, ó cegando al que pregunta para que no crea ni siga la respuesta. Como sucedió al perverso Rey Acab, el cual consultó con el profeta Miqueas, si daria una batalla; pero con resolucion de darla, y con deseo de que le respondiese conforme á su gusto; y como lo entendió el profeta, respondió con palabras breves y dudosas, diciéndole: [4]: *Vé, y camina prósperamente,*

[1] Lib. 1 de offic. c. 44.— [2] Serm.— [3] Ezech. 14, vv. 4 et 5.—[4] III Reg 22, v. 15.

el Señor la entregará en las manos del rey. Como si dijera: Ojalá vayas, y camines prósperamente, y te entregue Dios tus enemigos como deseas. Y viése bien el mal ánimo del que preguntaba, porque conjurando segunda vez al profeta, que le dijese la verdad, cuando se la dijo claramente no quiso creerla; antes dió crédito á los falsos profetas. Los cuales, movidos del espíritu mentiroso del demonio, le dijeron, que fuese como deseaba á la batalla, y que alcanzaria victoria, pero salió tan al revés, que salió de ella destrozado y muerto. Para que veas por este ejemplo, lo mucho que importa en semejantes consultas ir con verdadera indiferencia, resuelto solamente á hacer lo que el profeta de Dios, que es su ministro, en su nombre te dijere, como lo ponderó bien S. Juan Clímaco, diciendo así [1]: «Los que en verdad desean sa-«ber cual sea la voluntad de Dios, trabajen primero «con toda diligencia por motificar la suya, y tras esto, «haciendo oracion con fe y sinceridad, y preguntando «con suma humildad y sin preplejidad el parecer «de los padres, reciban como de boca de Dios lo que «ellos santamente le aconsejan, aunque las tales co-«sas sean contrarias á su intencion: y aunque los «que son preguntados no sean muy espirituales, ni «muy perfectos, porque no es Dios injusto para que «consienta ser engañadas aquellas almas, que con fe, «y pureza humilmente se sujetaron al juicio, y con-«sejo del prójimo, que está en su lugar, entendien-«do que la humildad echa gran cargo á aquel Se-«ñor, que es maestro de los humildes, y dá sabidu-«ría á los pequeñuelos para no dejarlos errar.» Lo dicho es de S. Juan Clímaco.

Concluyamos este capítulo, con avisar á los confesores, y prelados, á quien pertenece aconsejar, ó re-

[1] Grad. 26.

partir varios oficios entre los súbditos, que en sus consejos ó en sus repartimientos atiendan, como dijo S. Ambrosio[1], á las inclinaciones y talentos de los que están á su cargo, aconsejándoles, ó dando á cada uno ordinariamente lo que es mas conforme á su buena inclinacion y talento; porque como es necesario no condescender con las malas inclinaciones, sino mortificarlas y negarlas, así es bien favorecer y alentar á las buenas y condescender con ellas. Al modo que Cristo nuestro Señor, cuando llamó á S. Pedro, y á San Andrés, y á los hijos del Zebedeo, como los vió inclinados á la pesca, les dijo [2], que les haria *pescadores de hombres*. Como quien dice: No os quitaré del todo ese oficio, á que teneis tanta inclinacion, sino que os perfeccionaré en él haciéndoos pescadores, no de peces, sino de hombres. A este propósito solia decir nuestro padre S. Ignacio, como tan ilustrado de Dios en la suavidad y eficacia de su gobierno, que presupuesta de parte del súbdito la obediencia y entera resignacion á lo que sus prelados le mandasen, tenia experiencia que era muy provechoso condescender con sus buenas inclinaciones, cuando juntamente tenian caudal para aquello á que se inclinaban; y así cuando queria distribuir estos oficios, y otras ocupaciones graves, procuraba saber la inclinacion de cada uno, ó por medio de algun amigo suyo, que con disimulo se enterase de ella, ó encomendando al mismo que tuviese oracion, meditando estos tres puntos. El primero si estaba aparejado para ir donde la obediencia le mandaba. El segundo, si sentia inclinacion á ir. El tercero, si le dejasen en su libertad, qué escogeria. Y por este camino averiguaba la buena disposicion, é inclinacion de los súbditos, para tener eficacia, y suavidad en el gobierno de ellos. Finalmente, todo lo que se ha dicho para

[1] Lib. 1, offic. cap. 44.—[2] Matth. 4, v. 19.

escoger estado y oficio, por via de discursos y razones, no ha de perjudicar á la divina vocacion, que se manifiesta por vehementes inspiraciones, ó por obediencia de los superiores; porque ninguno se ha de casar tanto con su inclinacion natural, aunque sea buena, que si siente vehemente inspiracion é impulso de Dios á otro estado, ú oficio contrario, deje por eso de obedecerla, precediendo la consulta conveniente para certificarse de ella. Y lo mismo es cuando el superior mandase algun oficio contrario á esta inclinacion; porque como la providencia de Dios es tan suave y nunca pone carga sobre las fuerzas, ni manda cosas imposibles; si llama con tal suerte de inspiraciones, él dará otra inclinacion sobrenatural de gracia con que rinda á la naturaleza, y le dará tambien el caudal que para ello fuere necesario, como arriba queda dicho.

CAPÍTULO VII.

COMO TODOS HAN DE ESTAR CONTENTOS CON EL ESTADO QUE TIENEN POR LA DIVINA PROVIDENCIA Y COMO EN ÉL PUEDEN ALCANZAR LA PERFECCION USANDO BIEN DE SUS TALENTOS.

—

Despues que se ha hecho la eleccion del estado y oficio, conforme á lo que se entiende ser voluntad de Dios, y órden de su providencia, cada uno ha de estar muy contento con la suerte que le hubiere cabido, y con los talentos que Dios le hubiere dado, procurando negociar con ellos toda la perfeccion, que le fuere posible en su estado, segun el caudal que ha recibido. Ambas cosas encomendó el Apóstol, cuando dijo á los de Corinto [1]: *Todos han recibido de Dios su propio don,*

[1] I Cor. 7, vv. 7, 17, 20-24.

uno de esta manera, y otro de la otra. Por tanto, cada uno como Dios le llamó, así camine: y lo que digo á vosotros, enseño tambien á todas las iglesias de Cristo para que todos permanezcan en la vocacion á que han sido llamados. Si eres llamado á la fe, siendo esclavo, no te dé cuidado: y aunque puedas negociar tu libertad, gusta mas de servir; porque quien es llamado de Dios, aunque sea esclavo de los hombres, es liberto de Jesucristo. Y el que es llamado siendo libre, téngase por esclavo de Cristo, porque todos habeis sido comprados con el precio de su sangre; y no habeis de ser siervos de los hombres con mala servidumbre; así que cada hermano permanezca delante de Dios en aquello á que ha sido llamado. En estas palabras del Apóstol enseña á los que han sido llamados de Dios para recibir su santa fe, que perseveren en el estado que tienen, como no sea contrario á la misma fe. A los casados dice, que permanezcan en su estado de matrimonio, porque tambien es don de Dios, como el estado de continencia. A los esclavos, y á los demás, que tienen estado y oficio bajo, avisa que no pongan su cuidado en trocarle, y tomar otro mas alto sino que se conserven en su humilde llaneza, y en ella procuren alcanzar la libertad del espíritu, y la grandeza espiritual, que no les será negada. Mas á los libres, y á los que tienen estado y oficio honroso, aconseja que no se envanezcan, ni desprecien á los demás sino que se humillen y vivan como fieles siervos de Cristo, no abajándose á ser siervos del pecado, y esclavos del mundo y de su honra y pompa vana.

1. Pero particularmente se han de ponderar dos razones, que toca el santo Apóstol. La una, es de parte del mismo Dios, cuyo don es cualquier estado y suerte, que vengan por su providencia, sean altos ó bajos, y esto basta para recibirlos de buena gana; porque á quien nada le deben, honra le hacen con cualquier don que le den, y no tiene de que quejarse porque sea

pequeño. *¿Por ventura,* dice S. Pablo [1], *el vaso de barro dirá al ollero: por qué me hiciste de esta manera? ¿Por ventura, no tiene el ollero potestad para hacer de una misma masa un vaso de honra, y otro de desprecio?* Pues ¿cuánto mas de la masa del género humano tendrá Dios poder para hacer á uno rico y señor, y en todo grande, y á otro pobre, trabajador, siervo, y en todo pequeño? Por ventura podráste quejar de Dios, diciéndole: ¿Por qué me hiciste de esta manera? Porque si pudiera no criarte, dejándote olvidado para siempre en el abismo de la nada, harta merced te hizo en criarte de cualquier modo que le pareciese: y es razon que estés contento con lo que te dió, anteponiendo la eterna disposicion del Criador á tu propio gusto y antojo.

2. Y no es de menos consideracion la segunda razon del Apóstol, porque todos, dice, habeis sido comprados con el precio de la sangre de Jesucristo Dios y hombre verdadero, cuyos esclavos sois por dos títulos, uno de la creacion, y otro de la redencion. Pues ¿qué señor hay, que no tenga facultad de ocupar á su esclavo en lo que él quisiere? ¿Por ventura el esclavo puédese quejar de su señor, porque se sirve de él en este oficio, y no en el otro? Y pues somos esclavos de Dios y de Cristo, tengamos á buena dicha la suerte que nos hubiere dado en su casa, estando muy contentos con ella, y gustando de servirle en cualquier cosa que él nos señalare; porque así como el criado no da contento á su señor, por hacer lo que á él se le antoja, aunque sea mejor, sino por hacer lo que su señor le manda, séase lo que se fuere; y por esto dice nuestro proverbio: Haz lo que tu amo te manda, y comerás con él á la mesa; así tambien con ninguna cosa puedes dar tanto gusto á Dios como con estar contento en el lugar donde él te ha puesto, y hacer allí lo que te

[1] Rom. 9, v 20, et 21. Eccli. 33, v. 13.

manda sea alto ó bajo, porque con esto le ganarás la voluntad y comerás con él á la mesa del cielo adonde él dijo [1] que sentaria á los que fuesen fieles en su servicio.

§ I.

3. Pues si levantas los ojos á las jerarquías, y coros de los ángeles, que reconocen bien la sujecion que deben á su Criador, hallarás que todos están contentísimos en el lugar y grado que Dios les ha señalado y en el oficio que les ha encargado, cumpliéndolo con altísima perfeccion, porque tienen á buena dicha que se quiera servir de ellos en cualquier cosa, por baja que sea; aunque no se puede llamar baja, sino muy alta y muy gloriosa la que Dios quiere y manda: y por esto, ni los mayores desprecian á los menores, ni los menores tienen envidia de los mayores; ni uno quiere usurpar el oficio del otro, porque cada uno está muy contento con el suyo. Y así el Santo Angel Rafael, con ser uno de siete principales que asistian delante de Dios, con igual gusto estaba en la corte del cielo, y bajó á servir á Tobías en los oficios mas humildes, que hacen los criados y esclavos con sus señores, sin desdeñarse de esto, porque tenia por suma honra hacer lo que Dios le mandaba [2]. Y con tanto contento guardan los ángeles al Negrillo de Guinea, como al príncipe de la tierra; y á un hombre particular, como á todo un reino, porque ponen su gusto en lo que Dios les ha mandado.

4. Y el mismo Dios hecho hombre, para ejemplo de todos los hombres, tenia tanto contento en hacer el oficio de carpintero, como cuando hizo el de predicador, y maestro, porque ambos los hacia por cum-

[1] Luc 22, v. 30. — [2] Tobiæ 12, vv. 15 et 18.

plir la voluntad de su Eterno Padre, en la cual habia puesto todo su contento: y si con estos ojos miras el estado, oficio, y suerte de vida, que te ha cabido por disposicion de la divina providencia, no dejarás de vivir contento, procurando en él tu salvacion, pues para este fin se te ha dado.

5. A esto tambien va enderezada aquella maravillosa semejanza de que usa el apóstol, cuando dice [1]: Que todos somos miembros de un cuerpo, dándonos á entender, que como los piés están contentos con el lugar ínfimo que tienen y hacen diligentemente su oficio, sin tener envidia de los ojos, ni indignarse, ó levantarse contra ellos: y á estos, aunque están en lugar mas alto, no desprecian á los piés, antes hacen su oficio con cuidado, mirando por ellos, y por todo el cuerpo. Y á este modo los demás miembros están quietos, y contentos en sus puestos, atendiendo á sus oficios en bien de los otros. Pues de esta misma manera los fieles, que son miembros de una Iglesia, y los religiosos que son parte de una religion, y los ciudadanos, que son de una ciudad, ó reino, todos han de estar contentos en el estado, oficio, ministerio y suerte que Dios les ha dado, procurando esmerarse cada uno en hacer con excelencia lo que está á su cargo, sin que el menor tenga envidia del mayor, ni codicie con ambicion la mayoría para que no es llamado; ni el mayor se engria, y desprecie al menor, faltando en lo que debe á su estado.

6. Y si te acordases que por tus pecados te hiciste hijo del demonio, miembro de Satanás, y merecias formar ya parte de aquella república infernal cuya cabeza es Lucifer, y que eres indigno de ser miembro del cuerpo místico de la Iglesia, cuya cabeza es Cristo, tendrias á buena dicha ser parte de este cuerpo, aun-

[1] 1 Cor. 12, vv. 14, 20 et 27.

que seas pies; pues ha de venir tiempo en que todo él, en cuanto á la congregacion de los justos, con sus pies y con sus ojos, sea trasptantado al cielo, haciendo un cuerpo místico glorioso con la república de las jerarquías celestiales, á donde los piés resplandecerán mucho mas que las estrellas, y todos estarán contentísimos con la suerte que les ha cabido, por traza del que los escogió para ser parte de este reino. Y pues no conviene que en la Iglesia, y república de la tierra todos sean ojos, ni todos manos, alaba y glorifica á Dios, que te hizo parte de este su cuerpo, y te dió prendas de que lo serás tambien en el cielo; y gózate de las trazas de su eterna disposicion, y voluntad, la cual has de amar, y estimar en mas que toda la honra y provecho, que te pudiera venir de otro estado mas alto.

7. A lo que hemos dicho se añade, que no solo para el bien particular de cada uno, sino tambien para el bien universal de la Iglesia, y de la república, y cualquier comunidad, es muy necesario que todos estén contentos con el estado y oficio que tienen, y en él procuren su perfeccion, porque con esto se conserva la paz, y union del cuerpo místico, sin la cual no podrá durar el bien de los particulares; así como la paz, y salud de todo el cuerpo natural depende de que todos los miembros estén unidos entre sí, y cada uno en su lugar. Lo cual quiso significar S. Pablo cuando dijo [1]: *Ruégoos, hermanos, que camineis dignamente en la vocacion, con que habeis sido llamados, con toda humildad, y paciencia, sufriéndoos unos á otros con caridad, cuidadosos de guardar la unidad del espíritu con el vínculo de la paz, pues sois un cuerpo, y un espíritu, así como sois llamados en una misma esperanza de vuestra vocacion.* En cuyas palabras enseña el Apóstol, lo mucho que importa para con-

[1] Ephes. 4, v. 1-4.

servar la perfecta paz y union de los cristianos, que cada uno viva dignamente en su vocacion, procurando que la vida se conforme, y ajuste á ella. De suerte, que los eclesiásticos, religiosos, y seglares, cumplan perfectamente con las obligaciones de sus estados y oficios, abrazando la humildad entera y perfecta, que llama el Apóstol, *toda humildad*, cuyo oficio es, conservar á cada uno con quietud y contento en el lugar donde Dios le ha puesto; porque si el lugar es bajo, es conforme á su inclinacion, que siempre va á lo postrero, como la tierra al centro; y si el lugar es alto, nunca apetece otro mayor, antes de este se tiene por indigno; y así conserva la union con todos, en cuanto á ninguno hecha del lugar que tiene, sino convidándole con otro mejor.

8. Y de aquí es, que como todas las enfermedades, y dolores del cuerpo natural, nacen de alguna desunion de los miembros, ó por estar fuera de sus lugares, ó por algun exceso de los humores; así tambien casi todas las miserias de las tres repúblicas cristianas, proceden de la poca union que tienen los que forman parte de ellas, ó por no hacer bien sus oficios, segun lo que pide su vocacion, ó por desear para sí lo que es propio de los otros, no contentándose con la suerte propia, sino suspirando por otra, aunque sea con daño de tercera persona. Porque ¿cómo no habrá turbacion, si el menor quiere igualarse con el mayor? ¿Oh si el mayor pretende oprimir demasiado al menor? ¿Oh si cada uno quiere usurpar para sí la suerte que cupo al otro? ¿Oh mejorar la suya con daño de la agena?

9. Finalmente, si deseas la perpetuidad de la república, cuyo miembro eres, acuérdate que la Iglesia, como decíamos arriba, se llama *terrible, como ejército de muchos escuadrones bien concertado* [1]; porque como

[1] Cantic. 6, v. 9.

la fuerza del ejército consiste en que cada soldado guarde su puesto, peleando valerosamente hasta morir antes que dejarlo; así la fortaleza de la Iglesia, y de sus repúblicas, está en que todos los fieles estén muy unidos con amor, conservando, como dijo el Eclesiastes [1], el lugar, y suerte que les ha cabido, haciendo en ella lo que deben con suma perfeccion. De donde resulta una armonía celestial, como música de muchas voces muy concertadas [2], con tanta fortaleza y perseverancia, que dijo nuestro Señor á Job [3]: *¿Quis enarrabit cœlorum rationem, et concentum cœli quis dormire faciet?* ¿Quién sabrá contar el órden de los cielos, y de sus estrellas y planetas? Y ¿quién hará que duerma, y cese la armonía que tienen en sus movimientos tan concertados? Pues como ninguno hay en la tierra que pueda hacer esto, así tampoco hay quien pueda entender perfectamente el órden admirable que Dios ha puesto en el cielo de la Iglesia, y en los estados, oficios y ministerios, que abraza para su conservacion, y aumento; ni todo el poder del mundo, ni del infierno bastará para impedir este órden, y la armonía que presenta la sucesion de unos fieles tras otros en estos estados, y oficios hasta la fin del mundo; porque aunque este órden falte en una provincia, ó reino, por sus pecados, no faltará en otros muchos reinos: y cuando el Anticristo pretenda echar del mundo á la *mujer*, que estaba *vestida del Sol, coronada de Estrellas, y de piés sobre la Luna*, que era figura de la Iglesia, huirá al lugar que Dios le tiene preparado [4], sin que sea posible desnudarla del adorno celestial que lleva, ni hacer dormir el movimiento con que Dios la mueve. Y pues esto es así, justo es que de tu parte, como miembro de esta Iglesia, no turbes este órden, ni hagas dormir, ni cesar esta música y armonía del

[1] Eccles. 10, v. 4 — [2] Cantic. 7, v 1.— [3] Job. 38, v. 37.— [4] Apoc. 12, vv. 1, et 14.

cielo, dejando el lugar en que Dios te ha puesto y echando á otros del suyo, ó no cumpliendo con la obligacion que tienes; porque el supremo gobernador de esta máquina celestial tomará venganza del desórden que causares, y será para tu daño el dejar tu puesto, y no le faltará otro que entre en tu lugar. Pues por esto dijo en el Apocalipsis [1]: *Ten lo que tienes, para que no reciba otro tu corona.*

§ II.

Como en cualquier estado se puede alcanzar gran perfeccion.

10. Por última razon de consuelo, para los que tienen bajo estado, asentemos esta verdad, que en estado imperfecto puede haber vida perfecta, y en oficio humilde vida sublime, y en grado bajo vida muy alta; porque dado caso que el estado de la perfeccion, y el oficio y ministerio espiritual ayudan mucho para alcanzar muy grande santidad; pero muchas veces la falta de estas cosas se suple con la copiosa gracia y favor de Dios, y con la mucha diligencia del hombre, prevenido y ayudado de la misma gracia. De modo, que teniendo estado menos perfecto, venga á ser mas excelente en la santidad, que los que tienen estado de mayor perfeccion. Porque, como dijo S. Pedro [2]: *Por experiencia verdadera conocemos, que no es Dios aceptador de personas: sino que en todas las naciones del mundo, cualquiera que le teme, y obra lo que es justo, le es acepto:* y si el pequeño en su bajo estado temiere mas á Dios, y obrare con mas diligencia lo que es justo, serále mas acepto que el grande en su estado alto. Por lo cual, ni has de amilanarte por tener pocas dotes, ni

[1] Apocal. 3, v. 11. — [2] Act. 10, vv. 34 et 35.

engreirte por tenerlas muy grandes, porque con lo poco podrás ser muy santo, confiando en la divina gracia; y con lo mucho serás muy imperfecto, si te apoyas en tí mismo; pero lo uno y lo otro será de provecho, si te conformas con lo que Dios ha dispuesto, y cooperas á ello.

Esto declaró admirablemente S. Gregorio [1], por una semejanza de que usa Salomon, diciendo [2]: *La lagartija se apoya en sus manos, y mora en los palacios del rey*. Muchas veces, dice, sucede que las aves, que tienen alas para volar, y subir al lugar alto, andan volando por lo bajo, y hacen sus nidos entre los espinos, y duermen en las aberturas de la tierra; y al contrario, las lagartijas sin tener alas, apoyándose en sus manos, trepan por las paredes, y suben á los tejados de los palacios reales, adonde no suben las aves. De esta misma manera sucede, que los hombres de grandes dotes, que tienen alas de ingenio, juicio, letras y nobleza, y otros talentos aventajados, con que podrian fácilmente volar y subir á la perfeccion y ejercitarse en obras muy excelentes, no lo hacen, antes por su negligencia y tibieza, permitiéndolo nuestro Señor en castigo de alguna soberbia secreta, viven una vida rastrera, empleando su discurso en cosas vanas, y anidando entre los espinos de cuidados terrenos, sepultados en el abismo de sus codicias y pretensiones mundanas; y al contrario, las lagartijas, que son las personas de humilde condicion, con ser idiotas y toscas, y carecer de semejantes alas, apoyándose en sus manos; esto es, en las obras que hacen en sus oficios bajos y humildes, se animan á trepar y subir cuesta arriba contra el ímpetu de sus inclinaciones, y llegan á la alteza de la perfeccion cristiana, y hacen su nido y morada en la cumbre de ella, alcanzando grande privanza con el rey del cielo;

[1] Lib. 6, Mor. cap. 5. —[2] Prov. 30, v. 28.

porque no es Dios aceptador de personas, y desecha al soberbio, aunque tenga tan grandes dotes y talentos, como al primer ángel, y admite al humilde, aunque le falten todas, como al mas vil esclavo. Si esto bien se mirase, ni el que es ave se envaneceria de sus alas, ni el que es lagartija se amilanaria por la falta de ellas; y ambos procurarian venerar la divina providencia en la suerte que les señaló, procurando con su caudal y talento negociar la vida eterna y la perfeccion á que son llamados, volando el que tiene alas, ó trepando el que no tiene sino manos.

3. Finalmente, son tan heróicos y provechosos los actos de virtud, en que se ejercitan con ocasion del estado y oficio bajo y humilde, que ha trazado la divina providencia el repartimiento de los dones y talentos naturales y sobrenaturales entre los hombres para no hacer á ninguno grande, y alto en todos, sino que en alguna cosa sea pequeño, y bajo para que tenga ocasion de ejercitarse en estos heróicos actos.

1. Entre los cuales la fe marcha delante creyendo con firmeza, que la misma bondad, y caridad de Dios, que reparte las cosas grandes, da tambien las pequeñas, y con el mismo amor da lo poco y lo mucho. Con esta fe has de rendir tu juicio, y cautivar tu entendimiento en el servicio de Cristo, con el caudal que te hubiere dado, aunque sea pequeño.

2. Luego entra la virtud de la esperanza, esperando en la divina providencia, que por el estado y suerte que te ha dado, te ha de guiar al puerto de la perfeccion y salvacion eterna: y aunque no alcances la disposicion de sus medios, has de fiarte de su divina sabiduría y omnipotencia, á la manera que se dice de Abrahan [1], que *creyó*, y se apoyó *en la esperanza contra la esperanza;* esto es, sobre todo lo que podia esperar la razon humana.

[1] Rom. 4, v. 18.

3. De aquí has de subir á los actos de la caridad, amando á tu Dios y su eterna ordenacion, mas que los dones que son para tu provecho, gustando mas de ser pequeño, porque él gusta de ello, que de tener todas las grandezas del mundo; porque quien tiene lo que es mas, no hace caso de lo que es menos: y pues Dios vale infinitamente mas que los demás dones criados, conténtate con tener á Dios contigo: y si le amas, ya le tienes: y si le tienes ¿qué te falta? Y si algo te falta, y él quiere que te falte, eso basta por consuelo; pues lo dispone así el que te ama.

4. De aquí han de nacer los actos de agradecimiento, dándole contínuas gracias por lo mucho y por lo poco, por lo que te ha dado y por lo que no te ha dado; pues en todo procede como padre que mira por el bien de su hijo, y por todo ha de ser alabado y glorificado, mirando mas al amor del dador, que al don: cuanto mas, que es gran beneficio dar algo al que nada merecia, antes ha desmerecido todo lo que le han dado.

5. De aquí has de pasar á los actos de humildad, reconociendo tu propia indignidad y que no mereces lo que tienes, y gustando de lo poco para tener ocasion de andar humillado; porque si fuera mucho, quizá fueras muy soberbio, y quisieras anteponerte á todos; pues aun con tener la pequeñez que te ha cabido, con dificultad te humillas á otro.

6. Finalmente, has de ejercitarte en los heróicos actos de resignacion y obediencia, con gran conformidad de tu voluntad con la divina, ofreciéndote no solo á tener contento con la suerte pequeña, sino tambien á carecer de todo lo demás que tuvieres, si el Señor gustare de quitártelo; fundando en esta conformidad la pura y alta intencion de servirle, por quien él es, y por lo que merece, sin poner la mira en premios, ni en castigos, ni en otros intereses de beneficios, sino

dirigiendo estos fines al fin principal de la gloria del mismo Dios, cuya bondad y santidad, por sí mismas, merecen ser amadas, veneradas y obedecidas, teniendo por suma dicha obedecerle en lo que te mandare, alto ó bajo, solo porque él lo quiere y es digno de ello. Si te ejercitas en estos seis actos con fervor, ellos bastarán para hacerte perfecto, y serán como seis alas, que te levantarán al grado de serafin en el espíritu [1], aunque seas muy pequeño en el estado.

Ni habla contra esto que se ha expuesto lo que dice la parábola de los talentos [2], que *quien recibió cinco, negoció otros cinco ; y el que recibió dos, negoció otros dos; y el que recibió uno, le escondió en la tierra*, como si la causa total de esta diferencia hubiese sido la diversidad sola de los talentos. Antes la verdad católica nos enseña, que los prelados y grandes varones que han recibido muchos talentos, pueden por tibieza y negligencia enterrarlos, y no negociar con ellos, como lo hizo el que recibió uno solo; y en tal caso serán condenados, como él lo fué y castigados con mayor pena, porque se pide mucho al que recibió mucho: y cuanto mas crecen los dones, tanto mas dice S. Gregorio [3], crece le obligacion de dar buena cuenta de ellos. Y al revés, quien recibió un talento y caudal corto, puede si quiere no enterrarle, sino con diligencia negociar con él, como los que recibieron muchos talentos. Y como hay algunos mercaderes muy industriosos, que comienzan á negociar con pequeño caudal, y en breve tiempo lo aumentan, y vienen á ser mas ricos que otros, que comenzaron con caudal mayor; así puede suceder, que quien no recibió mas que un talento, se dé tanta prisa á negociar, ayudado de la divina gracia, que gane tanto, como los que recibieron cinco y aun los deje atrás, trocándose las suertes por la diferente coopera-

[1] Isai. 6, vv. 2 et 3. — [2] Matth. 25, vv. 16, 17 et 18. — [3] Hom. 9, in Evang.

cion á ellas, conforme á lo que dijo Ana, madre de Samuel, contra su émula [1]: *El arco de los fuertes fué vencido, y los flacos fueron ceñidos de fortaleza. Los que antes estaban hartos, trabajaban para ganar un poco de pan, y los hambrientos estuvieron hartos. La que era estéril, engendró muchos hijos; y la que tenia muchos hijos, se hizo estéril, y quedó sin ellos.* Porque en la negociacion de la vida eterna y perfeccion cristiana no mira nuestro Señor tanto á los muchos ó pocos talentos, que reparte de pura misericordia, cuanto á la mayor ó menor diligencia que ponemos de nuestra parte, cooperando á su gracia: y si la diligencia, y fervor es igual, aunque sean desiguales los talentos y oficios, será el premio igual; porque el merecimiento no está en recibir los talentos, sino en el buen uso de ellos. En testimonio de lo cual al que con dos talentos negoció otros dos, se dió el mismo premio que al que negoció cinco con otros cinco, porque fué igual su diligencia, y la caridad y fervor que puso en su industria; y como negoció dos, negociara cinco, si hubiera recibido cinco. Y así con las mismas palabras dijo el Señor á ambos [2]: *Levántate, siervo bueno, y fiel; y pues fuiste fiel en lo poco, yo te daré poder sobre mucho; entra en el gozo de tu Señor.*

«Todo esto nos da á entender mas claramente la «otra parábola [3] de las *diez minas* de moneda, *que re-* «*partió un hombre noble entre sus criados*, dando una «á cada uno; pero fué desigual la ganancia porque «fué desigual la diligencia, y así lo fué el galar- «don. *El uno negoció con ella diez*, y en premio «le dieron *diez ciudades: otro negoció cinco*, y le «premiaron con *cinco ciudades; y el otro la enterró* «sin negociar con ella, porque se dejó llevar de su pe- «reza.» En lo cual se ve la admirable sabiduría de

[1] I Reg. 2, vv. 4 et 5.—[2] Matth. 25, vv. 21 et 23.—[3] Luc. 19, vv. 12 13, 16-20.

Cristo nuestro Salvador en proponer estas dos parábolas; porque en la primera de los talentos, enseña lo que de razon debia pasar en sus buenos y fieles criados, á saber, que las diligencias se ajusten con los talentos; y si ellos crecen, crezcan ellas. De modo, que si han recibido cinco talentos, no se contenten con usar de los cuatro, sino de todos cinco; y los que han recibido mas altos estados, y dones mas esclarecidos, sean mas cuidadosos en usar bien de ellos para que se aumente la ganancia y premio de ellos. Mas para que no desmayen los que han recibido menos, enséñanos en la segunda parábola, que en un mismo estado y oficio, y con unas mismas gracias, *gratis datas*, pueden unos medrar mas que otros, y ganar diez con lo que otros ganan cinco, subiendo unos á la cumbre de la perfeccion, significada por el número diez, y otros á la mitad de ella, figurada por el número cinco; así como pueden unos obreros ganar tanto en una hora como otros en todo un dia [1], con tal condicion de que crezca el fervor del espíritu, y la diligencia por su parte, apoyándose principalmente en la divina gracia, sin la cual nada se puede negociar y la que á nadie se niega. Por lo cual dijo el Apóstol [2]: *Mas he trabajado que todos; no yo, sino la gracia de Dios conmigo;* porque yo he sido como un instrumento y Dios con su gracia ha sido el principal autor de las obras que por mí ha hecho. Y así los fieles criados dijeron á su Señor [3]: *Mna tua fecit decem, vel quinque mnas.* Tu mina á ganado diez, ó cinco minas. No dicen nosotros hemos ganado, por no atribuir así el fruto de esta ganancia, sino la mina y talento que nos diste lo ganó, porque con ello vino la gracia de la vocacion, y las ayudas necesarias para esta negociacion; previniéndoles la divina misericordia y acompañándoles en su trabajo para que tuviese tan próspero resultado.

[1] Matth. 20, v. 9.—[2] I Cor. 15, v. 10.—[3] Luc. 19, vv. 16 et 18.

§ III.

Contra los que entierran los talentos.

Pero no pasemos en silencio el castigo riguroso de los perezosos, que escondieron el talento y mina que les cupo en suerte, no queriendo negociar con ellos; porque esto nos alentará tambien á usar bien de los nuestros. Mas veamos primero la gravedad de la culpa, y por ella se entenderá la terribilidad de la pena.

1. Pues estos miserables no se contentaron con esconder como quiera el talento, sino con sepultarlo debajo de tierra; porque unas culpas hay de ignorancia ó inadvertencia, ó de alguna tentacion ó pasion arrebatada, faltándose en las obligaciones del estado por descuido ó flaqueza; y los que esto hacen, aunque por entonces esconden el talento, empero no lo entierran; antes bien lo tienen á mano para usar de él, pasada aquella borrasca. Pero otras culpas hay de malicia, y costumbre muy arraigada, con dureza de ánimo, y con resolucion pertinaz de perseverar en ellas: y quienes así obran entierran el talento por el aborrecimiento que tienen al trabajo, no queriendo ni aun verle con sus ojos. Y si lo entierran ¿con qué lo amortajan? El otro de la mina dijo, que la habia envuelto en un sudario. Sudario dice Teodoreto [1], es un lienzo con que cubren el rostro á los muertos cuando los entierran; y envolver en él la mina, es mortificarla y matarla, tratando al estado y al oficio como cosa muerta, no sirviéndose de ellos para obras vivas del divino servicio. Amortajado y enterrado tienes el talento de prelado ó de súbdito, sino haces cosa de las que tu oficio te encarga, dejando el gobierno ó la sujecion, como

[1] D. Thom. apud cateno.

sino te tocara ni obligara. Y aun mas misterio tiene este sudario, que es tambien el lienzo con que suele enjugarse el sudor del rostro, y como toca con que cubren la cabeza los trabajadores que sudan mucho. Y ¿qué maravilla que entierre la mina con el sudario, quien no tiene necesidad de este, por estar resuelto á nunca trabajar, ni sudar en su oficio? Tales son los perezosos, que no quieren pasar por la ley que impuso Dios á Adan, cuando le dijo [1]: *Con el sudor de tu rostro comerás tu propio pan.* Pero dime, ó perezoso, ¿de qué piensas vivir? Y cómo piensas ganar la comida para el alma? Porque esta no se gana, sino trabajando con el talento que Dios te ha dado. Dirásme por ventura, que alcanzarás, mendigando, lo que habias de ganar trabajando, porque Dios es muy misericordioso y limosnero, y en cualquier hora que le pidan la limosna la da con mucha largueza. Mas ¿no ves ó miserable, que los que enterraron el talento, aunque oyeron la reprension y la sentencia del Señor, estuvieron tan mudos, que no pudieron abrir la boca para pedir misericordia y perdon de su culpa? Porque quien en vida no quiere trabajar, en la muerte no acierta á orar; y no merece que Dios oiga sus ruegos quien tiene siempre enterrados los talentos. Conforme á lo que dijo Salomon [2]: *El perezoso no quiso arar por temor del frio, mendigará en el estío, y no habrá quien le socorra.* No dice que dejó de arar por no ser labrador de oficio, ó por no tener arado; sino porque temió tanto el frio, que se sepultó en la cama de su pereza, y enterró el arado por no verle, aborreciendo la cruz y mortificacion por el miedo que le pone.

2. Justo, pues, será que cuando llegue la hora de la muerte, y el estío del juicio, aunque mendigue y pida limosna, como las vírgenes necias [3], no halle

[1] Genes 3, v. 19.—[2] Prov. 20, v. 4.—[3] Matth. 25, vv. 8 et 9.

quien se la dé. Y pues escondió el talento debajo de tierra, sea sepultado en el calabozo eterno, que está debajo de ella, con perpétuas tinieblas exteriores, en donde por falta de luz no podrá ya trabajar, ni merecer, ni tener consuelo; sino que derramará eterno llanto, crujiéndole los dientes, con el temblor del frio eterno, porque temió tanto el frio temporal. Y además de esto, le quitarán el talento que tuvo tan enterrado, dándoselo al que recibió cinco y usó bien de ellos; porque los justos fervorosos reciben tambien particular honra y gloria cuando son comparados con los tíbios; y tanto mas quedan glorificados, cuanto menos quisieron amar la pereza de que se dejaron llevar sus compañeros.

CAPÍTULO VIII.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN REPARTIR LAS DOTES DEL CUERPO, LOS LINAJES, NACIONES, Y OTRAS SUERTES TEMPORALES, Y COMO TODOS HAN DE ESTAR CONTENTOS CON LA SUYA.

—

Como resplandece la Providencia de Dios en el repartimiento de los estados y oficios de la república cristiana, y de las inclinaciones y talentos para ellos; así tambien brilla mucho en la distribucion de varios dones y bienes naturales y sobrenaturales, que disponen para las elecciones de estos estados y oficios, ó para vivir perfectamente en ellos. Estos bienes pueden reducirse á cinco suertes mas principales. Unos son como dotes del cuerpo desde su nacimiento, como la salud, hermosura y fuerzas. Otros son bienes exteriores, que vienen por herencia, como la nobleza; ó tambien por la propia industria, como las riquezas; y otros pertenecen á la perfeccion del entendimiento, como

son las habilidades y las ciencias. El cuarto lugar ocúpanlo las gracias, que se llaman *gratis datas*, para el bien de la república cristiana, y provecho de los fieles. Y el quinto, las virtudes en sus varios ejercicios, que se distribuyen entre muchos, para la perfeccion de los mismos que las reciben. En el repartimiento de estos cinco talentos tan diversos muestra muy admirable la divina Providencia de la cual originariamente proceden, como se puede ver mas claramente en los dos primeros, conforme dijo el Eclesiástico [1]: *Los bienes, y los males, la vida y la muerte, la pobreza, y la riqueza, son de Dios. En cuyas manos,* como dice David [2], *están nuestras suertes,* y él reparte los bienes del alma y cuerpo, y los que llaman de fortuna, y los males de miseria y penalidad, que sobrevienen sin culpa; dando á cada uno lo que quiere, conforme al designio de su infinita sabiduría. *Yo,* dice por Isaías [3]: *soy el Señor, y no hay otro Dios fuera de mí: yo formo la luz, y crio las tinieblas: hago la paz, y crio tambien el mal.* Y con gran misterio usa de este vocablo criar, cuando dice, que causa las tinieblas de las adversidades y los males que no son culpas; para que se entienda, que aunque es verdad que muchas veces los envia en castigo de pecados; otras muchas los cria de nada, y los envia sin haber precedido deméritos en los justos, porque pretende con ellos purificarlos y hacerlos mas santos: así como tambien envia la luz de las prosperidades, y la paz de la bonanza temporal, unas veces por merecimientos y otras sin ellos, comenzando á ejecutar sus designios en los escogidos desde el mismo nacimiento. Los cuales por su providencia nacen sanos ó enfermos, en estado de bajeza ó de nobleza, en pobreza y sujecion, ó en riquezas y señorío, heredando todo esto de sus padres. Conforme á lo que dijo San

[1] Eccli. 11, v. 14. — [2] Psalm. 30, v. 16. — [3] Isai. 45, vv. 6 et 7.

Pablo, hablando de la eleccion que hizo Dios de Jacob para ser sucesor en la casa y mayorazgo de su padre, desechando á Esaú, que era el mayor [1]: *Antes que naciesen, hubiesen hecho algo malo ó bueno, no por sus obras, sino por la vocacion de Dios, se dijo, el mayor servirá al menor.* Y el mismo patriarca Jacob, siendo ya viejo, teniendo á su mano derecha á Manasés, que era el mayor, y á la izquierda á Efrain, que era el menor, para bendecirlos, cruzó las manos por inspiracion de Dios, poniendo la derecha sobre el menor y profetizando que habia de ser mayor [2]; para que se entienda, que no acaso, sino por la eterna disposicion de Dios se distribuyen estas suertes temporales, y á uno cabe la de servir, y á otro la de mandar; uno tiene la mano derecha en el mundo, y otro la izquierda; uno sucede en la herencia y riquezas de su padre, y otro carece de ellas: y aunque está en mano de los hombres usar bien ó mal de estas suertes, y por esto son comunes á buenos y malos; pero el fin de nuestro Señor en este repartimiento, no es sino que todos usen bien de ellas para que alcancen la vida eterna, como en efecto la alcanzarán los escogidos por estos caminos tan diversos.

§ 1.

De las dotes del cuerpo.

Comenzando por los bienes y dotes del cuerpo, no hay duda que Dios nuestro Señor, con su particular providencia, reparte los cuerpos sanos y bien dispuestos, ó enfermos y achacosos, fuertes y robustos, ó flacos y muy débiles, hermosos y de gentil talle y disposicion, ó feos y mal conformados, enteros en todas sus

[1] Rom. 9, vv. 11, 12 et 13.—[2] Genes. 48, vv. 13, 14, 19 et 20.

partes ó mancos en alguna de ellas, con buena ó mala complexion sanguínea ó malancólica, flemática ó colérica, con voz clara ó ronca, con buen oido ó malo, y con otras mil variedades, de donde suelen resultar varias inclinaciones, segun las diversas complexiones y disposiciones de los cuerpos. Y tambien resultan varias elecciones de diversos estados y oficios, por razon de la aptitud ó ineptitud que hay para ellos de parte de los cuerpos, que son instrumento del alma para ejercer sus actos, como se ve claramente en las enfermedades que inhabilitan para algunos estados y oficios, ó hacen mudar las elecciones que no son de cosas perpétuas. Todo lo cual no sucede acaso en el mundo, ni viene por voluntad de los padres que engendran á los hijos, sino por disposicion y voluntad del supremo Gobernador, que cria el alma y forma el cuerpo con la disposicion que quiere y para el fin que pretende en bien de sus escogidos; y esto deberia bastar para que todos estuviesen contentos con la suerte que les hubiere dado. Pues no sin causa, antes que dijese nuestro Señor que formaba la luz y criaba las tinieblas, dijo: *Yo soy el Señor, y no hay otro Dios fuera de mí.* Para que entendiésemos, que basta ser Dios y Señor universal de todos, para que veneremos lo que hace, y aceptemos la suerte que nos repartiere en lo corporal, como largamente se dijo en el tratado de las enfermedades [1]. Porque las razones que allí se adujeron, sirven tambien para consolarnos en la suerte que nos hubiere cabido, de fealdad ó hermosura, y de pequeñez ó grandor corporal; atribuyéndolo á este Señor, que mide los codos que ha de tener cada cual, sin que haya *quien pueda añadir*, como dijo el Salvador [2], *uno solo á su estatura;* y á pequeño cuerpo puede dar grande corazon, y mayor santidad; y no hace caso de estas

[1] Tom. 1, trat. 5.—[2] Matth. 6, v. 27.

dimensiones, porque tiene otros ojos que los nuestros, como lo avisó á su profeta Samuel cuando al serle presentado Eliab, hijo mayor de Isaí, pensó que aquel era el que Dios tenia escogido por rey en lugar de Saul; pues luego le hizo ver su error, diciéndole [1]: *No mires á su rostro, ni á lo alto de su estatura, porque le he desechado: ni juzgo yo por lo que juzga la vista del hombre, porque los hombres ven lo que parece por defuera, mas yo veo el corazon.* Como quien dice: No juzgues de la altura y belleza como los hombres, por lo que tiene el cuerpo; sino por la grandeza y hermosura que está escondida en el alma. Acuérdate que escogimos por rey á Saul, que era mas alto que todos los del pueblo, y ahora es tan altivo, que ha despreciado mis mandamientos. Vamos por otro camino en esta eleccion y escojamos á David, que es el menor y mas pequeño, porque este me agradará, y será en mis ojos grande.

No niego que es dádiva de Dios tener venerable preferencia en lo exterior; pues en castigo de sus pecados dijo á Jesusalen, que quitaria de ella al *hombre de venerable rostro*[2]: mas como los hombres se envanecen con estas apariencias, suele Dios quitarlas á sus escogidos, para que vivan mas humildes y seguros. Por esto, dice S. Pablo [3], *escogió Dios* para Apóstoles *á los plebeyos, y despreciados en el mundo*, para que no atribuyesen los hombres la grandeza de sus obras á las grandes dotes naturales.

1. Si te asalta la tristeza por verte pequeño y feo, respóndele [4]: *No me hize yo á mi mismo, sino que me hizo Dios:* y si yo me hubiera de hacer, y supiera lo que Dios sabe, no me hiciera otro del que me hizo; porque espero en su misericordia, que me hizo tal en el cuerpo, cual me convenia ser para bien de mi alma.

[1] I Reg. 16, v. 7. — [2] Isai. 3, v. 3. — [3] I Cor. 1, v. 28. — [4] Psalm. 99, v. 3.

2. Dí tambien aquello de laEsposa [1]: *No repareis en que soy morena, porque el sol me ha quitado el color*. Que es decir: No hago caso de ser negra ó fea en el cuerpo, porque el Sol de justicia me quitó la blancura y hermosura corporal para comunicarme la espiritual, porque quizá me faltara esta, si tuviera la otra. Mas quiero alma hermosa en cuerpo feo, que cuerpo hermoso con alma fea. Bellísimo era Absalon en el cuerpo, pero su hermosura le despeñó en tanta soberbia é insolencia que vino á morir colgado de una encina [2].

3. Hermosísima era Jezabel; pero de costumbres tan feas, que por ellas su cuerpo tan hermoso fué manjar de perros [3]. Mira que Satanás hace lazo de la hermosura para tentar fuertemente á los justos que la tienen. Por ella fué tentado Joseph de su señora [4], y Susana de los viejos [5]: y aunque estos Santos no fueron vencidos, quizá vió el Señor que tú lo serias, y por esto te quitó este tropiezo.

4. Mas vale asegurar la castidad y la belleza del alma y la hermosura eterna de que se gozará en la gloria, que ponerlas en peligro por la hermosura temporal, que como dijo Salomon [6], *es vana y engañosa*, porque la enfermedad la obscurece, el tiempo la marchita, y la muerte la deshace, y convierte en fealdad horrenda.

5. Levanta luego los ojos á Jesucristo Señor Nuestro, que fué *mas hermoso que todos los hijos de los hombres* [7], pero hizo tan poco caso de esta hermosura, que al tiempo de su pasion la convirtió en estremada fealdad: *No tenia*, dice Isaías [8], *hermosura, ni resplandor, ni buen parecer á la vista; desconocímosle por verle desfigurado*. Si se consuela el que tiene hermosura, porque se parece á Cristo hermoso, tambien

[1] Cantic. 1, v 5.— [2] II Reg. 14, v. 25, et cap. 18, v. 9.— [3] IV Reg. 9.vv. 30, 35 et 36 — [4] Genes. 39, vv. 6, et 12.— [5] Dan. 13, vv. 2, 19 et 20.— [6] Prov. 31. v. 30.— [7] Psalm. 44, v. 3.— [8] Isai. 53, v. 2.

puede consolarse quien tiene fealdad, porque es semejante á Cristo afeado. Ambas figuras tomó el Salvador, para que hermosos y feos hallasen en él consuelo.

6. Acuérdate tambien de la hermosura increible, que darán al cuerpo glorificado, las cuatro dotes de gloria de que será vestido; porque con esta memoria, ni harás caso de tu hermosura, que en comparacion de aquella es fealdad; ni te aflijirás de tu fealdad, pues se ha de convertir en tan extremada hermosura, si la acompañas con la del alma.

7. Finalmente, aquella hermosura has de estimar y procurar, que no es comun á buenos y malos, sino propia de los justos; con la cual parecerás bien á Dios y á sus Angeles; que está en tu mano con el divino favor pretenderla y alcanzarla; y que ninguno te puede quitar, si tú no quieres borrarla: y sola aquella fealdad has de aborrecer, que depende de tu libertad admitirla, y te hace mas negro que el carbon y feo como el demonio: y si quieres deshacer la rueda de tu belleza, mirate como el pavo real á los pies, considerando tus malos afectos y peores pasos, cuyo fin es la muerte amarga; y entonces podrás decir como Noemi [1]: *No me llameis hermosa, sino amarga, porque el Señor me ha llenado de amargura;* considerando el fin amargo en que ha de parar esta belleza, y la amargura de culpas y penas á que me inclina, y la que mi Salvador sufrió en la Cruz para librarme de ellas. Estas son en suma las razones en que has de fundar tu consuelo la suerte que te hubiere cabido en cuanto al cuerpo, y por las mismas has de aceptar de buena gana todo lo que necesariamente se sigue de ella; por que si Dios te hizo ciego, tambien quiso que no fueses Sacerdote, ni lo demás que se sigue de la cegue-

[1] Ruth. 1, v. 20.

ra ; y si te dió voz ronca , quiso que no fueses predicador , pues te quitó la voz y pecho para ello ; pues si te quisiera para este oficio , no te quitara el instrumento. Con esto se escusaba S. Bernardino [1] , cuando le importunaban para que predicase ; hasta que nuestro Señor le aclaró la voz , dando esto por señal de que le escogia para su predicador , pues le añadió la voz que le faltaba.

§ II.

De las naciones , y linajes.

Entre las suertes de los bienes temporales figuran mucho las varias naciones , lenguajes , y linajes que hay entre los hombres , cuyo primer orígen es por designio y disposicion de la Divina providencia , ejecutada por el nacimiento , y descendencia de padres á hijos. Para cuya inteligencia se ha de presuponer , como todos los descendientes de Noé , y de sus tres hijos , que eran inumerables , tenian un mismo lenguaje [2] ; usando de las mismas palabras , y del mismo tono y modo de pronunciarlas y que Dios nuestro Señor , con providencia especial y milagrosa , repartió entre ellos diversas lenguas , dando á cada familia de las principales (que segun algunos doctores , eran 72 ,) una lengua especial , de modo que no entendiese la de la otra ; y así les fué forzoso separarse unas de otras estableciéndose en diversas regiones , y provincias , de lo que han resultado las varias naciones que hay en el mundo. Pero desde entonces no sin designio de la divina providencia , como arriba se comenzó á decir [3] , se han multiplicado , y señalado unas naciones mas que otras , por haber sido mas podero-

[1] In ejus vita.—[2] Genes 2 , v. 1 et 7.—[3] En el cap. 1 § 3.

sas ó mas ricas, ó mas discretas y sabias, y haber tenido mejor gobierno, por lo cual han sido mas estimadas y gloriosas en el mundo. Y por la misma razon cada nacion tiene algunas familias, y linajes mas esclarecidos, porque el tronco de ellos fueron personas muy insignes. Y de aquí ha procedido la desigualdad que hay en estos linajes, y los privilegios especiales que tienen algunos para ser admitidos á cierta clase de dignidades y oficios honrosos, de que son excluidos otros que no tienen tal nobleza.

Presupuesto este fundamento por mayor, lo que ahora hace á nuestro propósito es, que la ley evangélica, y la perfeccion cristiana se extiende igualmente á todas las naciones y linajes del mundo, que quieren recibir la fe, y religion de Cristo. En testimonio de lo cual el dia de Pentecostés, cuando se publicó, estaban en Jerusalen hombres de todas las naciones que hay debajo del cielo, y el Espíritu Santo, que habia dividido las lenguas, las unió y recogió todas en los Apóstoles, para que pudiesen hablar con todos, y publicar á cada nacion en su lengua la ley y perfeccion cristiana [1]. Y la primera vez que el Espíritu Santo se comunicó á los gentiles, dijo el apóstol San Pedro [2]: *En verdad he visto que Dios no es aceptador de personas, sino que todo género de gente que le teme, y obra justicia, le es acepto.* Y lo mismo confirmó el Apóstol S. Pablo, diciendo [3], que *la gloria, honra y paz se dará á todos los que obran bien, sean judíos, ó sean griegos, porque Dios no es aceptador de personas; y* [4] *que en Cristo Jesus no vale nada la circunscision, ni el prepucio, sino la fe, que obra por la caridad, y la nueva criatura, esto es* [5], *el hombre que está renovado por el bautismo, á semejanza* del hombre nuevo *Cristo Jesus, de quien se*

[1] Actor. 2, v. 5-12 — [2] Actor. 10, v. 34, et 35. — [3] Rom. 2, vv. 10, et 11. — [4] Gal. 5, v. 6, et c. 6, v. 15. — [5] Gal. 3, vv. 27, et 28. — Col. 3, v. 10 et 11.

viste, sin que en esto haya diferencia *de judío ni de griego, de bárbaro ó de escita, esclavo ó libre, varon ó hembra, porque Cristo en todos es todas las cosas*, supliendo las faltas de las naciones y linajes, ó lenguajes de los hombres, con la unidad de la fe, y caridad, que los hace á todos como uno en cuanto á los bienes que tocan á las almas; en las cuales despues de justificadas, no hay mas que una nacion de hijos de Dios con unas mismas costumbres, que son las verdaderas virtudes, conforme á lo que dijo el Eclesiástico [1]: *Los hijos de la sabiduría son la Iglesia, y congregacion de los justos: su nacion es obediencia, y amor.* Y por consiguiente, todos traen un mismo traje, porque andan vestidos de un mismo Cristo, y de la vestidura de la gracia y caridad. Todos hablan un mismo lenguaje, porque profesan unas mismas verdades, conforme á la promesa que hizo Dios por Sofonías, diciendo [2]: *Daré á los pueblos un labio escogido, para que todos invoquen el nombre del Señor, y le sirvan con un mismo hombro;* esto es, sintiendo, hablando, y obrando con gran conformidad todo lo que pertenece á su servicio.

2. Y de aquí es, que todos han de estar contentos con la nacion, y linaje que les ha cabido en suerte por disposicion de la divina providencia, sin que el noble se envanezca por su nobleza, ni el menos noble se aflija por la falta de ella, pues en Cristo Jesus todos pueden ser nobles, y muy esclarecidos, conforme á lo que dijo S. Pedro [3]: *Vosotros sois linaje escogido, Sacerdocio Real, gente santa, pueblo adquirido,* y redimido con la sangre del Cordero, para ser trasplantado al cielo entre las jerarquías de los ángeles, con suma honra y gloria, cual las tienen ellos. En figura de lo cual mostró nuestro Señor á S. Pedro *una sábana limpia, que estaba llena de bestias, serpientes, y aves: y*

[1] Eccli. 3, v. 1. — [2] Sophon. 3, v. 9. — [3] I Petr. 2, v. 9.

habiéndole dicho una voz, que matase, y comiese, fué recibida la sábana con todo su contenido en el cielo [1]: para significar, que todas las naciones del mundo, que muriesen al pecado, y se incorporasen en la Iglesia con fe y caridad, entrarian en la vida eterna, sin que fuese parte para estorbarlo la bajeza de la nacion, ó la vileza del linaje, ó la barbarie de la lengua, y la condicion oscura de la persona: y aunque el noble por su nobleza tenga aptitud para ser admitido á mas gloriosas dignidades y oficios en la Iglesia, y república cristiana, de poco le servirá si por falta de virtud es desechado de la gloria; así como el menos noble recibirá poco daño, por ser excluido de tales oficios y dignidades en la tierra, si por sus mayores virtudes es admitido á mayor gloria en el cielo.

3. Y supuesta la disposicion de la Divina Providencia, ni el noble ha de despreciar al que no lo es, sino alabar á Dios por este bien temporal, que le concedió sin haberle merecido: y el que no lo es, no ha de tener tristeza de su suerte, ni envidia de la mas gloriosa; persuadiéndose que aquella le conviene para ganar y conservar la nobleza de los hijos de Dios, la cual quizá perdiera, si tuviera la nobleza de los hijos de este siglo. Y por esto, como dijo San Pablo [2], Cristo nuestro Señor no escogió para el apostolado á los nobles, deseando que fundasen en humildad la alteza de su estado. Y en su linaje, segun la carne, como pondera San Jerónimo [3], quiso que hubiese tambien algunas estrangeras y pecadoras, para darnos confianza que de cualquier sangre que nazcamos podrémos por la fe, y caridad ser sus miembros vivos. No fué Ruth del noble linaje de los Israelitas, sino de los Moabitas, que eran abominables, y con todo esto fué puesta en este Catálogo; porque no daña el mal naci-

[1] Actor. 10, v. 11, 12, 13 et 16. — [2] I Cor. 1, vv. 26 et 27. — [3] Refertur in decr. de 56, c. Dñs. Matth

miento temporal, cuando florece la fe por el nacimiento espiritual. Y al contrario, de poco le aprovechó al Rey Acaz, y á otros grandes pecadores la nobleza de su linaje, y ser progenitores del Mesías, pues la mancharon con maldades tan horrendas. «La verdadera nobleza, «dice san Juan Crisostomo [1], es hacer la voluntad de «Dios. Y ¿de qué te aprovecha la sangre ilustre, si «tienes costumbres de infame? O ¿qué daño te hace «haber nacido de padres oscuros, si estás adornado de «grandes virtudes? Cam hijo fué de Noé, segun la «carne; mas en el ánima se hizo esclavo, y fué mal«dito de su padre. Y ¿qué daño hizo á Timoteo haber «nacido de padre gentil, ó á Abraham de Tharé, que «fué idólatra? Mejor es que tus padres se precien de «tenerte á tí por hijo, que tú de tenerlos á ellos por «padres. Si fueses feo, dice una Santa, contentaríaste «con decir, que tu padre fué muy hermoso. Y si te «oliese mal la boca, dirias que quien te engendró des«pedia de su cuerpo un olor muy suave. Y si te lla«masen cobarde, responderias que tus abuelos fueron «animosos, y vencieron grandes enemigos.» Pues de esta manera no te contentes con la nobleza de tus antepasados, si la afeas con vicios; porque si alguna cosa buena hay en la nobleza, es como dice Boecio [2], imponer cierta necesidad á los nobles de que imiten á sus pasados, y no desdigan de la virtud y grandeza que ellos les dejaron. De esta se aprovechaba Isaías para alentar á los justos de su pueblo, diciéndoles [3]: *Atended á la piedra de donde fuisteis cortados, y á la abertura del lago de donde salisteis: atended á Abrahan nuestro padre, y á Sara que os parió.* Como quien dice: Pues sois hijos de tan nobles y santos padres, imitad siempre su fe, su obediencia y santidad, sin desdecir un punto de ella. Esto es lo que mas claramente dijo nues-

[1] Hom. 45, in cap. 12. Matthæi.- Hom. de nomine Abraham, tom. 1. — [2] Libr. 3, de consol. — [3] Isai. 51, vv. 1 et 2.

tro Señor á los Judíos, que se preciaban de que Abrahan era su padre [1]: *Pues si sois hijos de Abrahan, haced las obras de Abrahan;* no os precieis solo del nombre, y de vuestro noble linaje, sino conformad la vida con vuestra nobleza, porque de otra manera de poco os servirá que la raiz sea santa, si el ramo es seco, y estéril. *Y al contrario, no os fieis,* dijo S. Juan Bautista [2], *de que sois hijos de Abrahan; porque poderoso es Dios para sacar hijos de Abrahan de estas piedras toscas,* haciendo que hombres de vil linaje, por su nacimiento sean ilustres y nobles por sus obras. Preciaos de ser hijos de vuestras obras, como lo fué Abrahan, y lo fueron vuestros padres, y entonces podréis preciaros de ser sus hijos. No pretendo por estas razones quitar la diferencia que hay en la república cristiana entre los nobles é ilustres, y los que no lo son; pues como se ha dicho, viene por disposicion de la divina providencia, y la ley evangélica no quita las disposiciones del autor de la naturaleza; el cual como quiere que en la república haya reyes, gobernadores, y señores, así quiso que hubiese nobles, y esclarecidos varones, premiando las hazañas de los antepasados, no solo en sus personas, sino en las de sus descendientes, para que en ellos se perpetúe su memoria, y para que los mismos descendientes se animen á engrandecerla mas con la nobleza de semejantes obras.

§ III.

Con la variedad de las naciones tienen relacion muy íntima las tierras, y lugares de su habitacion, y morada; los cuales reparte tambien la divina providencia encaminándolos por uno de cuatro caminos.

1. El primero, es por el nacimiento, disponiendo

[1] Joan 8, v. 39. —[2] Matth 3, v. 9.

que unos hombres nazcan entre cristianos, y otros entre paganos, ó herejes; y los que nacen entre cristianos, unos en lugares populosos y urbanos, donde hay gran doctrina y enseñanza, y grandes medios y ocasiones para alcanzar la perfeccion y vida eterna; y otros en montañas, y aldeas muy destituidas de todos esto bienes.

2. Fuera de esto, suceden algunos cambios de lugares, por cautiverios, destierros, guerras, hambres, pestes, ó persecuciones y otros varios infortunios.

3. Otros acaecen por mandato de reyes, y príncipes, ó de los prelados de la Iglesia y religiones, que envian á sus súbditos á diversas provincias para ejercer varios oficios y ministerios en bien de ellas, ó por otros santos fines.

4. Y otros finalmente, por las mismas inclinaciones y pretensiones honestas de los hombres, que los aficionan á estos cambios; como los que salen de sus tierras con ocasion de los estudios, ó de la milicia, ó comercio, y otros varios negocios: y de cualquier manera que sucedan dispone la divina providencia admirables sucesos en bien de los escogidos, que ponen su confianza en Dios y se rinden á su santa voluntad, y ordenacion: y los que resisten á ellas echando por camino contrario, experimentan gravísimos daños, como lo probarémos largamente con varios ejemplos en el tratado del estado religioso, en el cual resplandece mas la divina providencia acerca de estas mudanzas, y allí podrán ver los seglares la parte que les toca de ellas.

CAPÍTULO IX.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN DISTRIBUIR LAS SUERTES DE RIQUEZA Y POBREZA, COMUNICANDO CONSUELO Y PERFECCION POR AMBAS, Y COMO ALCANZARÁN ESTA POBRES Y RICOS.

—

Maravillosos son los designios de la divina sabiduría y providencia, no solo en distribuir las suertes de la pobreza y riqueza entre sus escogidos, sino mucho mas en guiarlos á un mismo puerto de la santidad por medio de ambas; con ser tan diversas, y en algunos efectos muy contrarias. No quiero detenerme en contar los secretos que tiene en la distribucion de estas suertes, ya por herencia, ya por industria propia, porque mucho de esto se ha tocado en los capítulos pasados. Y la experiencia nos enseña, que algunos naciendo pobres, por mas diligencias que hagan, nunca llegan á ser ricos, antes bien, como dice el Sabio [1], *las riquezas toman alas de águila*, y huyen de ellos con estraña ligereza, deshaciéndose sus planes como sal en en el agua, por los caminos que menos piensan; mas otros con poca industria que ponen, se les entran las riquezas por sus puertas, y en tendiendo la red, se les viene á entrar la casa por ella. Unos naciendo de padres ricos se empobrecen, y pierden cuanto heredaron, sin saber de donde les viene este trabajo. Otros conservan y acrecientan su rico patrimonio con cualquiera industria que añadan; todo lo cual no sucede acaso, sino por disposicion del cielo. Pero lo que mas admira es, que á sus escogidos los haga Dios santos y perfectos por caminos al parecer tan encontrados

[1] Prov. 23, v. 5.

como son la pobreza con sus miserias y trabajos, y las riquezas con sus grandezas y descansos. ¿Quién no se admirará de ver á un Lázaro pobre, lleno de llagas, acudiendo los perros á lamérselas, y tan desamparado de los hombres, que, deseando algunas migajas de pan para remediar su hambre, no hubo quien se las diese, con ponerse en la presencia de un rico, que celebraba banquetes muy espléndidos en su casa? Pero este pobre, habiendo subido por este camino á gran santidad, fué llevado cuando murió por los ángeles con grande honra al lugar del descanso, donde estaba otro que habia sido rico, poderoso y muy afortunado, que era el patriarca Abrahan; el cual por este camino tan diferente en lo exterior, subió á tanta alteza de perfeccion, que como pondera S. Gregorio [1] el lugar de este descanso tomó su apellido del rico y se llamó seno de Abraban; entrando el pobre en el seno del rico á gozar de su descanso, para que los ricos por una parte tiemblen de su condenacion, viendo la del rico avariento, que no se compadeció de Lázaro, y por otra se animen á pretender la santidad, mirando la del rico Abrahan, que fué preferida á la del pobre.

§ I.

De la suerte de la pobreza.

1. Mas no tienen los pobres por que desconsolarse, de que el seno de Abrahan rico sea descanso del pobre Lázaro, porque en la ley evangélica se ha trocado y mejorado el apellido de nuestro descanso, despues que el Hijo de Dios, que está en el seno de su eterno Padre, viendo, como dice S. Bernardo [2], que la pobreza estaba muy abatida en la tierra, quiso ennoble-

[1] Lib. 10, mor. cap. 17.—[2] Serm. 1, in vigil. Nativitatis.

cerla con hacerse pobre y mendigo, cargándose de las miserias de Lázaro para recibir en su seno á todos los que imitasen su pobreza; con lo cual queda la suerte de los pobres, tanto mas honrada, cuanto es mas gloriosa la imitacion de Cristo, que es Dios verdadero, que la imitacion de Abrahan que fué su esclavo.

2. Y para alentarlos mas á tener su suerte por dichosa, siempre se preció de favorecer el partido de los pobres, recompensando la falta que tienen de riquezas temporales con abundancia de riquezas espirituales; y por esto comenzó su predicacion diciendo [1]: Que *todos los pobres serian bienaventurados*, con tal condicion, que lo fuesen *de espíritu*, haciendo de la necesidad virtud, y aceptando con mucho gusto la suerte que les cupo, como si por su voluntad la hubieran escogido. Y á esta pobreza prometió el reino de los cielos, porque la hizo instrumento y medio para alcanzar el *reino de Dios, que es justicia, paz, y gozo en el Espíritu Santo* [2], con los tesoros de todas las virtudes y con prendas muy seguras de que será su premio el reino eterno.

3. Y aunque estas dos razones bastan para darte sumo contento con tu suerte, si eres pobre; empero oye otras dos, que acabarán de llenar tus senos de alegría, creyendo firmemente, que la pobreza no te ha venido acaso, sino por ordenacion y voluntad de tu Padre celestial; la cual has de anteponer á todos tus gustos y deseos, amando sumamente el ser pobre, porque Dios quiere que lo seas, conformando en esto tu voluntad con la divina. *En la cual*, como dice David [3], *está la vida*, y la honra, y el contento, y la verdadera dicha temporal y eterna, y entonces serás en verdad rico, cuando tuvieres esta voluntad tan conforme con la divina; porque, como dice S. Gregorio [4]: *Nihil est ditius bona voluntate;* no hay cosa mas rica, que una

[1] Matth. 5, v. 3. — [2] Rom. 14, v. 17 — [3] Psalm. 29, v. 6. — [4] Hom.5, in Evang.

buena voluntad, con la cual vienen todos los bienes, que enriquecen las almas; y por esto dijo Salomon [1]: *Hay uno que es como rico, con no tener nada;* porque vive tan contento como si tuviera mucho, y esto es suma riqueza; y S. Agustin: *Si es rico quien tiene mucho oro en el arca, ¿no será rico quien tiene á Dios en el alma?* Y aunque te haya venido la pobreza por malicia de los demonios, ó de tus enemigos, como á Job y aunque sea castigo de tus pecados; siempre has de reconocer el fin mas alto de la divina Providencia, y aceptar esta pena, porque él la quiere, y ordena, diciendo como el mismo Job [2]: *El Señor lo dió, y el Señor lo quitó; sea su nombre bendito para siempre:* basta que él haya querido que yo sea pobre, para que lo tenga por bueno, y me alegre de ello.

4. Para fortificar mas esta razon, has de apoyarla con otra, persuadiéndote que te da Dios la pobreza, no solo porque quiere y conviene para el órden general del mundo, que unos sean pobres y otros ricos, sino en especial, porque te conviene mas á tí para tu salvacion, y para que te sirva de medio para tu mayor perfeccion en todas las virtudes; porque con su altísima sabiduría echó de ver, que quizá el camino de las riquezas seria para tí peligroso y ocasionado á caer en los innumerables pecados que nacen de ellas: y así, por el amor que te tiene, quiso dirigirte por la senda estrecha de la pobreza, que para tí era mas segura, aceptando de buena gana todos los efectos que la acompañan, gustando de servir como pobre, y de ganar la comida con trabajo como pobre, y de hacer los demás oficios y padecer las demás miserias que siguen á los pobres; porque de este modo la abrazó el Señor, que dijo [3]: *Pobre soy, y criado en trabajos desde mi mocedad; en siendo ensalzado, fuí humillado y maltratado.* Aunque

[1] Prov. 13, v. 7.—[2] Job. 1, v. 21.—[3] Psalm. 87, v. 16.

no será contra el órden de la divina Providencia pretender algunos bienes temporales, como sea con fin santo y por medios lícitos y con la moderacion conveniente; pero en tal caso, has de quedar contento con cualquier suceso, tomándole por señal de lo que Dios quiere y ordena para tu mayor provecho y poniendo toda tu confianza en la providencia paternal de tu Dios.

5. El cual quiso que hubiese pobres, para mostrar en ellos la suavidad y eficacia de su gobierno en remediar sus necesidades, y sacar grandes bienes de sus miserias. ¡O pobreza soberana, cuán amada serias de los pobres, si conociesen el arrimo, y protector que tienes en tu Dios! *Los pobres, y mendigos* dice David [1], *alabarán al Señor;* porque libres de los cuidados penosos que traen las riquezas; experimentan la providencia de Dios en remediar sus necesidades, y con esto multiplican las alabanzas, y crecen en el fervor de las virtudes. *No quieras*, dijo Tobías á su hijo [2], *temer, ni acongojarte; porque aunque vivimos vida pobre tendrémos grandes bienes, si temiéremos á Dios, y nos apartáremos del mal, y obráremos bien.* Si tuvieras un grande amigo muy rico, no te afligieras tanto por ser pobre, por la esperanza que tendrias, de que sabiendo tu pobreza, la remediaria; pues si tienes por amigo á Dios, cuyas son todas las riquezas del mundo ¿de qué te afliges por verte pobre? El te remediará sin duda, si te conviniere, por los caminos que menos piensas, como se declaró en el primer tomo [3], con el ejemplo de las dos pobres Ruth, y Noemi: y si te dejare padecer, no te aflijas, teniéndole contigo; porque, como dice S. Gerónimo [4]: *Affatim dives est, qui cum Christo pauper est;* harto rico es, quien con Cristo es pobre; y sobrado tiene, quien tiene consigo á Cristo.

[1] Psalm. 73, v 21. — [2] Tob 4, v 23. — [3] Trat. 2, cap. 10. — [4] In Reg c. de paupertate.

Y si dijeres, que Lázaro murió desamparado de los pobres, te diré que por esto fué amparado de los ángeles; y nunca el rico avariento tuvo contento tan cordial con sus regalos y riquezas, como lo tuvo Lázaro con sus llagas, y miserias: y por toda la eternidad estarán trocadas las suertes, viviendo el rico en eternos tormentos, y el pobre en eternos descansos.

§ II.

De la suerte de las riquezas.

1. Si te ha cabido la suerte de las riquezas, que en el mundo es mas estimada, y juntamente deseas ser perfecto, no has de fundar el contento que tienes con ella en la mayor honra, ó provecho, ó regalo, que trae consigo; sino en que nuestro Señor con su paternal providencia te la ha dado; de tal manera, que si él quisiera darte la suerte de la pobreza, la aceptaras de buena gana: y si en adelante quisiere hacerlo, estés dispuesto á conformar tu voluntad con la suya, teniendo por suma riqueza tener la suerte que Dios te diere, séase la que se fuere.

2. Y si tienes tal disposicion, juntamente puedes creer que la soberana providencia de tu Padre celestial quiso encaminarte por el camino de las riquezas; porque echó de ver, que serian medio de tu salvacion, usando de ellas del modo que te inspiraria, favoreciéndote con su gracia para ello. Y por solo este fin has de gustar de tener las riquezas temporales, para ganar con ellas las espirituales y eternas, estando dispuesto á repartirlas, ó dejarlas siempre y cuando que fuere menester para dar gusto á Dios y salvar tu alma: y de esta manera las hermanarás con la pobreza de espíritu, y serás tambien bienaventurado, teniendo parte en

el reino de los cielos, que se prometió á los pobres [1].

3. Y aunque no imites en la pobreza corporal al Salvador, puedes imitarle en el afecto á ella, atribuyendo con humildad la suerte que tienes á tu flaqueza, con la cual condescendió nuestro Señor en no querer hacerte pobre, porque quizá dieras en los peligros de la pobreza forzada, que siempre es codiciosa.

4. Demás de esto has de entender, que Dios, como dice Job [2], *no aborrece á los poderosos, porque él es poderoso;* y tampoco, por ser rico, aborrece á los ricos. Y, como dice S. Gregorio [3]: *Non est sensus in crimine, sed afectus.* No es culpable la hacienda, pues Dios la crió y la reparte, sino el mal afecto que hay á poseerla; y si este mortificas, y usas bien de ella, serás semejante al mismo Dios, que es tan santo como rico; aunque sus mayores riquezas son las espirituales y celestiales con las que desea mejorar á sus escogidos. Y de aquí es, que cuando por especial providencia les comunica las riquezas de la tierra, es con el fin de que por ellas alcancen las del cielo, poniéndolas en primer lugar como cosa de mayor estima; en lo cual se diferencian los justos de los pecadores, y los que se salvan de los que se condenan, porque á estos tambien da Dios riquezas temporales; pero ellos las estiman tanto, que las anteponen á las espirituales y eternas; como lo dió á entender, segun pondera S. Bernardo [4], el patriarca Isaac, cuando con espíritu profético dió la bendicion á sus dos hijos Jacob y Esaú, usando de las mismas palabras, pero trastrocadas; porque bendiciendo á Jacob, le dijo: *Dète Dios abundancia del rocío del cielo, y de la grosura de la tierra;* pero bendiciendo á Esaú, dijo: *Tu bendicion será en la grosura de la tierra, y en el rocío del cielo* [5]; para significar, que aunque Dios nuestro Señor bendice á los escogidos figurados por Jacob y á los ré-

[1] Matth. 5, v. 3.— [2] Job. 36, v. 5.— [3] Lib. 10. Mor. c. 17.— [4] Serm. 33 ex parvis.— [5] Genes. 27, vv. 28 et 39.

probos figurados por Esaú, ofreciéndoles ambas riquezas; ellos no reciben del mismo modo la bendicion. Porque los escogidos siguen el órden de la divina Providencia, sin apartarse de ella, poniendo en primer lugar la bendicion que se les da en bienes celestiales y en las riquezas espirituales; y tomando solamente por añadidura las temporales, sin reparar en que sean muchas, ó pocas, porque no sirven á Dios porque se las dé, ni dejarán de servirle aunque se las quite; ni ponen su contento en ser ricos, ni le perderán por ser pobres, como agraden á Dios, y reciban de él los dones celestiales; pero los réprobos como Esaú, truecan el órden de la divina Providencia, y ponen la mira principalmente en los bienes de la tierra, sin hacer mucho caso de los del cielo, ni de las virtudes, sino es en cuanto les parece que serán medio para salir con sus intentos; y así vienen á perder unos y otros, porque dan rienda á sus codicias, y con la muerte se acaban todas sus felicidades.

5. De aquí podemos subir al fin mas alto que tiene nuestro gran Dios, en querer que algunos de sus escogidos sean ricos, para mostrar su omnipotencia y sabiduría inmensa en juntar santidad y excelencia de virtudes con posesion de riquezas, hermanando las temporales con las espirituales, que es cosa rara y muy maravillosa; como lo dió á entender el Eclesiástico, cuando dijo [1]: *Bienaventurado el rico que fué hallado sin mancha, y no se fue tras el oro, ni esperó en los tesoros del dinero. ¿Quién es este, y alabarémosle? porque hizo cosas maravillosas en su vida;* como si dijera: Bienaventurado es el varon, que teniendo riquezas, no se mancha con culpa alguna con ocasion de las mismas, porque verdaderamente mortificó la codicia de ellas; pues ni su corazon se fué tras el oro, amándolo con demasía,

[1] Eccli. 31, vv. 8 et 9.

ni puso en él su confianza, mas que si no lo tuviera. Pero ¿quién será tan perfecto, que llegue á tal mortificacion, y alcance tan buena dicha? Rara cosa será hallar entre muchos ricos uno de estos; pero si se hallare, será digno de singular loa, porque favorecido de la divina gracia ha hecho cosas raras, y maravillosas en su vida. Y ¿cuántas y cuáles serán estas? El mismo Eclesiástico pone tres muy excelentes, en que consiste la suprema perfeccion de los ricos.

1. La primera es, vencer al que vence, y triunfa de los mortales, no amando, ni estimando el oro que ellos tanto aman y estiman, por cuya codicia y posesion muchos se rinden á su servicio, y le adoran como á su Dios: y aunque diésemos que sea fácil despreciar el dinero cuando no se tiene, y no hacer caso de las riquezas cuando no se poseen; es muy difícil tenerlas y despreciarlas, poseerlas y no hacer caso de ellas, guardando el consejo de S. Pablo, que dice [1]: *Los que compran sean como sino poseyesen*, poseyendo lo que compran, con afecto tan libre de codicia, como sino fueran señores de ello.

2. Y de aquí nace la segunda maravilla, que consiste en tener tan generoso corazon, que no se envanezca con las riquezas, ni ponga su confianza en ellas, mas que sino las tuviera; porque no es de maravillar que el pobre sea humilde y desconfie de su poca posibilidad; mas es cosa rara que el rico no sea soberbio, presuntuoso y muy confiado. Y por esta causa el Apóstol avisa á su discípulo Timoteo [2], que *mande á los ricos de este siglo, que no sean altivos, ni confien en la incertidumbre, y mutabilidad que tienen sus riquezas*. Estas dos maravillas son la piedra de toque para conocer la perfecta virtud del rico, de quien dice el Eclesiástico, que fué probado y examinado en el crisol del

[1] I Cor. 7, v. 30. — [2] I Tim. 6, v. 17.

oro, y salió perfecto y entero de esta prueba; porque pudiendo fácilmente quebrantar la ley de Dios, no quiso quebrantarla; y teniendo potestad con el dinero para hacer muchos mâles, no quiso hacerlos; venciendo con el favor de Dios los ímpetus furiosos de su codicia. Lo cual es *grande señal* de que la caridad; *es en él muy perfecta* pues como dice S. Agustin [1], la perfeccion de la caridad es carecer de toda codicia: y como *ninguno puede servir á dos señores, ni tampoco á Dios y al dinero* [2], quien totalmente desprecia el dinero, señal es que ha tomado á Dios por su único Señor.

3. Y de aquí procede la tercera excelencia, como efecto y fruto de las demás, no contentándose con no usar mal de las riquezas como pudiera, sino usando muy bien de ellas para provecho de muchos; dando con liberalidad á los amigos, prestando sin interés á los necesitados, y socorriendo con misericordia á los pobres y mostrándose tan liberal en esto, que *toda la Iglesia*, dice *cuenta sus limosnas*, alabándole por la piedad y largueza que muestra en ellas. Y el mismo Dios tambien le alabará y engrandecerá, asegurando y confirmando sus riquezas por emplearlas en tan buenas obras, y despues le premiará con gloria eterna por ellas.

4. Entre estos ricos tan excelentes resplandecen mas algunos, á quienes nuestro Señor con especial providencia escoge para que hagan oficio de limosneros suyos; á la manera que los reyes, y príncipes suelen tener sus limosneros mayores, á quienes entregan alguna parte de sus rentas, para que las repartan en limosna á los pobres, segun la direccion que les dieren para ello. Así tambien el rey del cielo quiere tener sus limosneros mayores en este mundo, dándoles de su inmenso patrimonio grandes riquezas, para que en su

[1] Lib. 83, qq. q. 36. — [2] Matth. 6, v. 24.

nombre las distribuyan entre los pobres, aficionándoles con especiales inspiraciones á estas obras de misericordia para que hallen sumo gusto en practicarlas, y á este fin suele quitarles los estorbos que podrán tener; porque si son casados, no les da hijos, ó despues de dados se los quita, para que hagan herederos á los pobres; á otros quita los sobrinos, que eran desaguaderos de sus bienes; á otros pone en algunos aprietos, para que negocien su remedio con largas limosnas. Y sobre todo, les quita la aficion demasiada del dinero, y les da á probar con experiencia la verdad de aquella promesa [1]: *Dad, y daros han.* Y de la otra, que dice [2]: *El que da limosna al pobre, da á logro á Dios;* porque cuanto son mas liberales en dar limosnas, tanto es Dios mas liberal en darles mayores riquezas, y con una santa porfía andan con su Dios, dando por él y recibiendo de él. Como lo probaron dos grandes limosneros [3], Tiberio II, emperador de Constantinopla, y S. Juan, patriarca de Alejandría; los cuales, cuando pensaban vencer á Dios en lo que daban por su amor á los pobres, se hallaban vencidos por él, por ser mucho mas lo que les daba. Y no es maravilla que venza Dios en esta lucha, porque como él mismo es el que recibe la limosna en el pobre, hállase como obligado á volver por ella mucho mas al rico; y como le ha tomado por su limosnero, dále mucho, para que tenga mas que dar en su nombre á los necesitados.

De aquí es, que la casa y hacienda de estos ricos, es como hospital donde se curan los enfermos, posada donde se recogen los peregrinos, mesa donde se hartan los hambrientos, tienda donde se visten los desnudos, tesoro donde hallan libertad los presos, redencion los cautivos, sepultura los muertos y descanso las almas de los difuntos. Y como á todos hacen bien,

[1] Luc. 6, v. 38. — [2] Prov. 19, v. 17. — [3] Torres; Filosofía moral, lib. 2, cap. 12.

cúmplese en ellos lo que dijo el Eclesiástico [1]: *Eleemosynas illius enarrabit omnis Ecclesia sanctorum;* toda la Iglesia de los santos tendrá que contar de sus limosnas. Y ¿qué Iglesia es está, sino los templos que edifica y adorna? ¿los monasterios y hospitales que funda? ¿los religiosos que sustenta? ¿las viudas y huérfanas que remedia? ¿los enfermos á quienes visita y regala? ¿los desnudos que viste? ¿los hambrientos que harta? ¿y todos los necesitados á quienes socorre? Porque su casa y hacienda es un seno de Abrahan en la tierra, donde todos los pobres hallan descanso, favoreciéndoles del modo excelente que se declaró en el primer tomo [2], por lo que hizo Booz con Ruth en sus trabajos.

§ III.

Del temor, y confianza que han de tener los ricos.

Menester es que pongamos lastre al navío de los ricos, que navega cargado de tantas riquezas, y con tanta prosperidad en el uso de ellas para que no perezca en su navegacion. Quizá por esto el Eclesiástico, contando las virtudes del rico, dijo [3]: *¿Quién es este, y alabarémosle?* Dando á entender, que son muy pocos los que llegan á ser perfectos, para que ni el pobre desee ser rico presumiendo que será uno de estos pocos, ni el rico se crea seguro con pensar que puede ser perfecto, porque tiene grandes dificultades para serlo. Como lo dijo el Salvador, con ocasion de un mancebo, que se tenia por justo [4]: *¡Oh cuán difícil es que los hombres acaudalados entren en el reino de Dios!* Y admirándose los apóstoles de oir sentencia tan rigurosa, añadió luego [5]: *Hijuelos ¡cuán dificultoso es los que confían*

[1] Eccli. 31, v. 11. — [2] Trat. 3 cap. 12 — [3] Eccli. 31, v. 9. — [4] Luc. 18, v. 24. — [5] Marc. 10, vv. 24 et 25. — Matth. 19, vv. 23 et 24.

en sus dineros entrar en el reino de Dios! Mas fácil es entrar un camello por el ojo de una aguja, que un rico en este reino. Consuélense, pues, los pobres por verse mas léjos de esta dificultad tan peligrosa, y tiemblen los ricos de verse dentro de ella. Porque como dice S. Gregorio [1], por sentencia del Salvador: *Cosa es muy rara, que los que poseen mucho oro lleguen al eterno descanso.* Mas para que ninguno desconfíe de alcanzar las excelencias que se han dicho, y de entrar por ellas en el reino de Dios, añadió Cristo nuestro Señor [2]: *Lo que es imposible á los hombres, es muy posible á Dios.* Como si dijera: Lo que no puede la naturaleza, puédelo mi gracia, y es fácil á mi omnipotencia cuando yo quiero usar de ella. Yo puedo hacer que entre un camello fácilmente por el ojo de una aguja, y un rico en el cielo por la puerta muy estrecha. Y no sin causa hizo mencion del camello, el cual como podera el mismo Santo á este propósito [3], en algo es semejante á los animales, que en la ley vieja eran tenidos por inmundos, en cuanto no tiene la uña del pié hendida; y en algo es semejante á los que eran llamados limpios, por cuanto rumia: dando á entender, que la posesion de las riquezas tiene algo del mundo, y algo de Dios; algo que desliza de la observancia de la ley divina, y algo que puede ayudar á cumplirla; porque por una parte es ocasionada á muchos pecados, y por otra parte puede serte ocasion de grandes bienes; si procuras que el afecto interior, significado por la uña del pié, no esté totalmente pegado á los bienes de la tierra, sino dividido, dando al cuerpo lo que es del cuerpo, y al espíritu lo que es del espíritu; y juntamente si, como animal que rumia, meditas y rumias los peligros en que vives para huir de ellos, y los bienes que puedes hacer para ser diligente en practicarlos, y los

[1] Lib. 4, Mor. cap. 3. — [2] Marc, 10, v. 27. — Luc. 18, v. 27. — [3] Lib. 1, mor. cap. 13, circa id: Fuit possessio ejus tria millia camelorum.

premios que puedes alcanzar para pretenderlos. Y si animado con estas consideraciones te humillares como el camello, para recibir sobre tí la carga de la ley de Dios, con propósito de entrar por la puerta estrecha de su observancia, aunque fuese menester para esto desnudarse de las riquezas que tienes; bien puedes tener confianza de que entrarás por el ojo estrecho de esta aguja, y por consiguiente en la gloria. Esto declaró mas Teodoreto [1], diciendo, que la palabra camello en el griego, significa la maroma de que está asida el áncora del navio, por la semejanza que tiene con este animal, la cual podrá entrar por el ojo de la aguja, si se desteje y descompone en hilos muy delgados; así el rico, que por sus grandes riquezas tenia puesta el áncora de su esperanza en la tierra, podrá entrar en la gloria y alcanzar con excelencia la perfeccion cristiana, si desteje la tela de sus aficiones desordenadas, y se vá deshaciendo de las riquezas, repartiéndolas entre los pobres para poner las áncoras de su esperanza en el cielo, conforme al consejo del Salvador, que dice [2]: *Ganad, amigos, con las riquezas de maldad, para que cuando fallecieres, halleis quien os reciba en las moradas eternas.* Y por consiguiente, cuando dijo que los ricos difícilmente entrarian en estas moradas, habla, como dice Santo Tomás [3], de ricos, soberbios y escasos, no de los humildes y misericordiosos; de los cuales se entiende, como declara san Jerónimo, lo que dijo Isaías [4], que muchedumbre de camellos y dromedarios, cargados de ricos dones, entrarian por las puertas de Jerusalen para ofrecer á Dios incienso y oro, juntando con el oro de la limosna el incienso de la oracion y devocion; la cual desprende el corazon del oro, y le convierte en instrumento del divino servicio.

[1] Apud D. Thom. in catena super Marcum. — [2] Luc. 16, v. 9. — [3] 2, 2, q 18. — [4] Isai. 60, v. 6

CAPÍTULO X.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN REPARTIR LAS INCLINACIONES, INGENIOS, Y TALENTOS PARA DIVERSAS CIENCIAS, Y COMO SE HAN DE JUNTAR CON LAS VIRTUDES.

—

Entre los repartimientos admirables, que ha hecho la divina providencia de las inclinaciones y talentos de los hombres, resplandecen grandemente los que pertenecen á las ciencias y artes liberales; porque la experiencia nos enseña, que muchos nacen con grande inclinacion y aplicacion al estudio de estas ciencias, y con grande ingenio y talento natural para aprenderlas, trazándolo así la divina providencia, por ser ambas cosas muy necesarias para alcanzarlas, pues sirve de poco la inclinacion si falta la habilidad, y hace poco la habilidad si falta la aplicacion: y en lo uno y en lo otro hay una variedad admirable. Porque unos ingenios hay naturalmente agudos, discursivos, é inventores de cosas nuevas; pero menos resueltos, y acertados en el juicio de ellas: otros al contrario son tardos en el discurrir, y acertados en juzgar: otros lo tienen todo; y otros están faltos de todo. Unos son inconstantes en sus resoluciones y muy variables, porque profundizan poco: otros son muy firmes y pertinaces en sus propios pareceres; y otros son dóciles, y se rinden á la razon, donde quiera que se les descubra. Unos naturalmente son bulliciosos, inquietos, y argumentadores con sofisterías, porque en todo hallan dificultades, y tienen espíritu de contradecir á los demás: otros son mesurados y reposados, poniendo la mira en aclarar las cosas para dar con las verdades: y aunque todos estos ingenios caen debajo la divina providencia, por la parte que son naturales, y descansan en

las complexiones; mas no pretende que los hombres se vayan sin freno tras los defectos naturales, sino que se aprovechen en mortificarlos, y se humillen por lo que les falta, sujetándose á quien lo tenga y supliendo la falta del propio ingenio con la industria del ageno. Y cuando no quieran hacerlo, sabrá sacar la divina providencia otros provechos para sus intentos; porque como de la guerra y contrariedad que tienen los cuatro elementos, con sus calidades, calor, y frio, sequedad y humedad, saca muchos provechos para bien de todo el universo, así tambien de la guerra y contrariedad que tienen estos ingenios, suele sacar grandes provechos para bien universal de la Iglesia, y de las mismas ciencias; apurando, y aclarando mas por este camino las verdades ocultas, y reduciendo á órden y regla las desordenadas y confusas: y, como los muy agudos, y bulliciosos espolean, y avivan á los mas tardos y reposados; así estos reprimen y moderan el demasiado orgullo de los otros; y no faltan á la Divina providencia medios para que esta guerra y contrariedad de los ingenios no sea con daño de las virtudes, como verémos cuando se trate de las disputas.

No es menos admirable la variedad que hay en las inclinaciones, porque con ser tantas las ciencias, en todas hay discípulos que con gusto las estudien, y maestros que las enseñen, para que no falten en la república personas eminentes en todas las ciencias, por la mucha necesidad que hay de ellas. Unos se inclinan mas al estudio de varias lenguas: otros al de la filosofía, ó medicina; otros al de las leyes, ó cánones, ó al de la sagrada teología. Y es de mucha importancia dejar seguir á cada uno su buena inclinacion y talento, y su aplicacion y habilidad, como prendas y señales de la divina vocacion, porque de esta manera con mayor suavidad y provecho saldrá con su intento,

y será eminente en el estado y oficio para que la divina Providencia le tiene escogido en bien de toda la comunidad, favoreciendo á los talentos de la naturaleza con algunos socorros de la gracia. Pues como dijo el Eclesiástico [1]: *Toda sabiduría nace de Dios, y él la reparte entre los hombres y con mas particularidad la dá á los que le aman,* escogiendo algunos que desde niños aprendan las ciencias, de modo que vengan á ser lumbreras de la Iglesia. A quienes cuadra lo que está escrito en el libro de Esther [2]: *Una pequeña fuente creció hasta ser como un rio, y se convirtió en luz y en sol, de donde salieron aguas muy copiosas.* Porque la divina Providencia levanta en su Iglesia, y en las religiones fuentecicas de mancebos hábiles, ingeniosos y bien aplicados; los cuales con el favor que les comunica vienen á ser rios caudalosos, luces y soles del mundo, llenos de copiosas aguas de ciencias y gracias celestiales para bien de muchos. Y como el rey Nabucodonosor [3] se preciaba de tener *en su palacio mancebos hermosos* en el cuerpo, *enseñados en toda sabiduría, diestros en toda ciencia, y bien instruidos en toda disciplina; á los cuales mandaba enseñar las letras caldeas* para servirse de ellos en su corte, y emplearlos en el gobierno de varias provincias, como lo hizo con Daniel, y sus compañeros; así tambien las cabezas de las repúblicas cristianas por inspiracion de Dios han instituido escuelas, y universidades, donde se instruyen semejantes mancebos en todo género de ciencias, para que despues que hayan crecido, vengan á ser maestros, gobernadores, y jueces, y á desempeñar otros altos oficios y ministerios en provecho de sus repúblicas. Mas porque ni los pontífices, ni los emperadores pueden darles la habilidad é inclinacion necesarias, el mismo Dios se las da, y

[1] Eccli. 1, v. 1, et 10.—[2] Esther. 10, v 6.—[3] Dan. 1, v. 4.

con ellas como con dos alas los lleva volando á las universidades, y les hace volar en la adquisicion de las mismas ciencias.

§ I.

Del contento que han de tener todos con su suerte.

1. En este fundamento de la divina Providencia ha de descansar principalmente el contento que has de tener con la mucha ó poca habilidad y capacidad que te hubiere cabido en suerte, persuadiéndote que nuestro Señor te ha dado la que mas te convenia, como quien sabia el riesgo que corrias de perderte con la contraria; porque si te cupo en suerte la cortedad de ingenio y la poca aptitud para las letras, puedes consolarte con el peligro, que suelen traer las grandes habilidades, y las muchas ciencias, como lo puedes ver en el primer ángel, á quien Ezequiel llama querubin, que quiere decir, plenitud de ciencia; y con estar en medio del paraiso, y vivir entre las piedras de fuego, que eran los serafines ardientes y encendidos en el divino amor, él se heló con su soberbia: *Et perdidisti sapientiam in decore tuo*[1]; perdiste la verdadera sabiduría, porque te pagaste de tu hermosura, y te ensoberbeciste con ella. Pues si tú fueras semejante á Lucifer en la sabiduría, quizá tambien le imitaras en la soberbia, y por consiguiente en la pena que le vino por ella.

2. ¿No sabes la astucia de esta serpiente infernal que como conoce la inclinacion natural que tienen los hombres á saber, si los ve con caudal para ello, allí les arma el lazo, como lo armó á los primeros padres, diciéndoles, que si comian del árbol vedado serian *como dioses, que saben el bien, y el mal*[2]? Y pues tus

[1] Ezech. 28, vv. 13, 14, 16 et 17.—[2] Genes. 3, v. 5.

padres fueron engañados con este cebo, quizá lo fueras tú; y quiso Dios privarte de lo que habia de ser ocasion al tentador para destruirte.

3. Muy sabio fué Salomon con sabiduría que le comunicó Dios liberalmente; pero no cayera en tan pública lujuria, sino hubiese deslizado en secreta soberbia, y esta quizá nació de su mucha ciencia; aunque no por culpa de la ciencia, sino de la persona que se envanece ó presume mucho de ella. Y por esto dijo S. Pablo [1]: *la ciencia hincha, y la caridad edifica.* Y en contraponer la una á la otra da á entender, que la ciencia sin el peso de la caridad hincha con soberbia, y su hinchazon es como de hidropesía; porque segun dice el mismo Salomon [2], *ni el ojo se harta de ver, ni el oido de oir.*

4. Y á la ocupacion demasiada en saber muchas cosas con curiosidad llamó, *pesima* [3], muy mala, por ser muy trabajosa y penosa, y ocasionada á muchos pecados, dejándonos ir tras ella, sin el freno del amor y temor de Dios; porque como la ciencia bien enfrenada con estos frenos es arma de Dios, poderosa para destruir todos los vicios; así cuando está desenfrenada, se convierte en arma de Satanás para destruir todas las virtudes, y hacernos deslizar en innumerables pecados. Como sucedió á los sabios, de quienes dijo S. Pablo [4], que *se desvanecieron en sus pensamientos,* permitiendo nuestro Señor, que por su soberbia cayesen en vicios muy abominables. Pues ¿qué sabes si te cupiera la suerte de la ciencia, de qué modo la trajeras enfrenada? Bien puedes presumir que la trajeras sin freno, y que como caballo desbocado te despeñaras con ella; y fué gran misericordia de Dios quitarte el brio, porque vió cuan mal habias de tomar el freno.

5. Sentencia es igualmente del mismo Salomon [5]:

[1] I Cor. 8, v. 1.—[2] Eccles. 1, v. 8.—[3] Eccles. 1, v. 13.—[4] Rom. 1, v. 21.—[5] Eccles. 1, v. 18.

Que en la mucha sabiduría hay mucha indignacion: y el que aumenta la ciencia, aumenta el dolor, *y el trabajo.* Porque con el talento de la ciencia crece la obligacion de la buena vida, y es mayor la indignacion de Dios si es mala, porque *el siervo que sabe la voluntad de su Señor, y no la cumple,* es digno *de mayor castigo* [1]. Y tambien cuando es mucha la ciencia, es ocasion de recibir otras mayores cargas de oficios, que causan mayor trabajo y congoja para dar buena cuenta de ellos; de todo lo cual está libre el que no recibió estos talentos.

6. Y si alguna pena siente, por carecer de ellos en esta vida, sentirá mayor alivio cuando llegue la hora de la muerte; en la cual, si se mira á lo exterior, es verdad lo que dijo el Eclesiastes [2]: Que *de un mismo modo mueren el letrado, y el idiota.* Mas si el letrado muere sin caridad, ¿de qué le aprovechará su ciencia, sino de acrecentar su pena eterna? ¿De qué le servirá dejar en la tierra fama de gran letrado, si donde está su alma está terriblemente afrentado y atormentado? Pero si el idiota muere con mucha caridad ¿qué le dañará la falta de ciencia, pues en el cielo le han de llenar de ella? Porque á la medida del amor se dará el conocimiento y la vista de Dios, en que está la suma ciencia. Pues, como dijo S. Gregorio [3], ¿qué no ve, quien ve á Dios que lo ve todo? Ten, pues, un poco de paciencia en sufrir la falta presente; que si eres justo, vendrás á ser muy sabio: y cuanto mas aventajado fueres en la caridad, tanto mas lo serás en la sabiduría. Y por esto dijo el Eclesiástico [4]: *No busques las cosas mas altas que tú, sino piensa siempre en las cosas que Dios te manda;* porque si estas sabes y cumples, vendrás á saber las cosas mas altas que deseas.

7. Y porque no pienses que todo lo remitimos á la

[1] Luc. 12, v. 47. — [2] Eccles. 2, v. 16. — [3] Lib. 4, Dialog. cap. 33, et lib. 2, Mor. cap. 3. — [4] Eccli. 3, v. 22.

otra vida, en esta te darémos las manos llenas de otra ciencia mucho mejor que la que te falta; porque si eres verdaderamente humilde, y estás contento con tu suerte, tienes mucho andado para que nuestro Señor te dé *la ciencia de los santos* [1], que es la ciencia mística del espíritu, y el don de la contemplacion, y el trato familiar con tu mismo Criador; la cual muchas veces se niega á los letrados, por ser poco humildes y muy discursivos y curiosos en sus pensamientos; y al contrario, mas ordinariamente se da á los sencillos, por ser mas humildes y menos curiosos, cumpliéndose en ambos lo que dijo el Salvador [2], cuando dió gracias á su Padre: *porque escondiste*, diciéndole, *estos misterios á los sabios, y prudentes, y los revelaste á los pequeñuelos; así se ha hecho, Padre, porque así te ha agradado.* No estudió David las ciencias humanas que estudian los sabios, y con todo esto, por su grande humildad y sinceridad, vino á ser mucho mas sabio que ellos, y en la ciencia de los santos fué mas eminente que su hijo Salomon. *Yo*, dice, *como no sabia letras, entraré en las potencias del Señor, y acordaréme de sola su justicia* [3]. *Entendí mas que los viejos, porque busqué tus mandamientos. Supe mas que los que me enseñaban, porque meditaba en tus preceptos* [4]. *Y tú, Señor, me manifestaste las cosas oscuras, y ocultas de tu infinita sabiduría* [5]. Todo esto alcanzó David, no estudiando, sino obedeciendo; porque no se entregó al estudio de las ciencias, sino al de las virtudes.

8. Y el mismo Salvador del mundo, aunque estuvo lleno de los *tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios* [6], por convenir así á la gloria del Hijo unigénito; durante los treinta años primeros de su vida quiso encubrir la ciencia, y no dar muestras de letrado, ni aprender las letras [7], donde acudian los demás sabios; para con-

[1] Sap. 10, v. 10.—[2] Matth. 11, vv 25 et 26. [3] Psalm. 70, vv. 15 et 16. —[4] Psalm. 118, vv. 99 et 100.—[5] Psalm. 50, v. 8.—[6] Colos. 2, v 3.—[7] Joan. 7, v. 15.

suelo de todos aquellos á quien negó este talento, quitándoles el trabajo de encubrirle con humildad, que es dificilísimo á los sabios, cuyo deseo es manifestarse; porque como dijo un poeta [1]: *Scire tuum nihil est, nisi scire hoc te sciat alter;* no pienses que sabes algo, mientras no sabe otro que lo sabes. Pero en verdad mejor te está que sepan otros que no sabes, para que no tengas de que tener vanidad, y alcances delante de Dios la gracia que da por la humildad.

9. De aquí has de tomar la suprema razon de consuelo, fundada en la ordenacion de la divina Providencia, cuya voluntad ha de ser preferida á todas las ciencias del mundo; y ella sola ha de ser mas parte para consolarte, que cualquier falta de ingenio, y ciencia para afligirte; pues basta que Dios lo quiera para que gustes de la rudeza y cortedad que él te envia; y si no te tomare por instrumento para cosas grandes de su servicio, por la cortedad de tu talento, basta que te tome por instrumento para hacer lo que él quisiere, mucho ó poco; pues en esto consiste la suma grandeza como arriba se dijo. Cuanto mas, que, como dice San Pablo [2], bien sabe Dios por los rudos enseñar á los sabios, y tomarlos por instrumento para confundirlos.

Estas son en suma las razones con que se han de consolar los que carecen de habilidades y ciencias, y las mismas han de servir de freno para reprimir á los que están dotados de ellas; los cuales ordinariamente viven contentos con su suerte, por ser noble y generosa, y conforme á la inclinacion natural del hombre, y hacerles muy semejantes á Dios y á sus ángeles; y porque la santa rusticidad, como dijo S. Agustin, á sí sola aprovecha; mas la ciencia virtuosa puede aprovechar á muchos. Porque ella dilata el conocimiento y gloria de Dios por el mundo; publica la fe, y religion

[1] Persio.—[2] I Cor. 1, v. 27.

cristiana; defiéndelas de sus enemigos con razones; ayuda á la salvacion de las almas y á que se pueblen los cielos. Ella hace jueces que administren bien la justicia, médicos que curen los cuerpos y las almas, gobernadores que conserven y acrecienten el buen sér de la república en tiempo de paz y la socorran en tiempo de guerra. Porque, como dijo Salomon [1], *mejor es la sabiduría que la fortaleza; y la ciencia, que la artillería*. Dejo otras muchas causas que tienen para estar contentos, por ser muy sabidas, aunque ninguna les ha de dar contento mas verdadero y cordial, que la divina voluntad y la ordenacion de su soberana Providencia, por la cual les ha cabido esta suerte; confiando que se la dió, no para su condenacion, sino para su salvacion y perfeccion, ayudándoles para atajar los peligros que se han apuntado; porque siendo la ciencia don de Dios y dádiva tan gloriosa y tan necesaria para el bien universal de la Iglesia, y de la república cristiana, á la providencia de Dios pertenece comunicarla de manera que no aproveche menos al que la recibe, que á los otros, para cuyo bien se ordena; antes bien es su voluntad, como dijo Salomon [2], que el sabio beba primero el agua de su fuente, y se harte y aproveche de ellas, y de lo que le sobra reparta á los demás, aprovechándolos sin que él reciba detrimento.

§ II.

Cómo se han de juntar las ciencias con las virtudes.

De este mismo fundamento que se ha puesto hemos de sacar la soberana providencia de Dios en adornar á su esposa la Iglesia con los dos atavíos y joyas mas preciosas que tiene, que son ciencias y virtudes; pero

[1] Eccles. 9, vv. 16 et 18.—[2] Prov. 5, vv. 15 et 16.

de tal manera, que á muchos reparte las virtudes sin las ciencias, porque ellas solas bastan para hacerlos sus amigos y herederos de su reino: mas á nadie en cuanto está de su parte, quisiera dar la ciencias sin las virtudes, sino ambas cosas juntas, como las dió á los ángeles en el cielo y al primer hombre en el paraiso. Y cuando Salomon le pidió el don de la sabiduría, juntamente le dió aquella, que le hiciese por entonces sabio y santo: y como le agrada mas la virtud que la ciencia, quiere que sea mas estimada y pretendida, cuadrando á estas dos hermanas lo que se dijo por los dos hijos de Rebeca, que *el mayor serviria al menor:* y como Jacob, echando la bendicion á sus dos nietos, *puso la mano derecha sobre el menor*, anteponiéndole al mayor [1]; así tambien, aunque la ciencia y la virtud son hijas de Dios, y la ciencia es mas antigua, en cuanto el entendimiento precede á la voluntad, y el conocimiento al afecto; con todo en esta vida ha de servir á la virtud, y esta ha de tener la mano derecha, y ha de ser el principal adorno del alma, y sobre ella se ha de labrar cualquier esmalte de ciencia. Como lo dió á entender el celestial Esposo, cuando dijo á su esposa la Iglesia [2]: *Haremos para ti cadenillas de oro, labradas de gusanillo de plata.* O como dice otra version: *Fabricarémos para ti zarcillos, y collares de oro, con varios esmaltes de puntos menudos de plata.* En cuyas palabras enseña la maravillosa union, que se ha de hacer de las virtudes, significadas por las cadenas y collares de oro, con las ciencias, figuradas por las labores de gusanillo de plata, dando admirables avisos cerca de ellas.

1. Y el primero es, que las virtudes han de ser mas estimadas, por ser mas preciosas, como el oro es mas precioso que la plata; y ellas han de ser el principal

[1] Genes. 25, v. 23, et c. 48, v 14.—[2] Cantic. 1, v. 10.

atavío del espíritu, y la mas rica pieza del arnés del alma y su mayor tesoro, por lo cual dijo Cristo nuestro Señor á un obispo [1]: *Persuádote que me compres oro encendido, y purificado para que seas rico.* Pero las ciencias han de ser como esmaltes y labores, que se fijan encima de las virtudes, para mayor hermosura del que las tiene, y para lucir mas con ellas á gloria del Señor que se las dió.

2. De aquí es, que las virtudes han de estar encadenadas, y todas se eslabonan unas con otras en los justos, unidas con la *caridad, que es vínculo y lazo de la perfeccion* [2]; pero las ciencias no tienen esta trabazon, antes unos poseen una ciencia y otros otra. Y á esto se refiere la traslacion de los setenta Intérpretes, que dice: Harémoste cadenillas de oro: *Cum distinctionibus, vel punctis argenti*, con sus distinciones y puntos de plata, sembrados por la cadena; para denotar, que con la union de todas las virtudes en los justos, hay distincion de las ciencias entre ellos.

3. Y de aquí viene, que las virtudes han de ser muchas, y deben procurarse sin tasa, creciendo todo lo posible en ellas; mas las ciencias no pueden ser tantas, sino con la moderacion que aconseja S. Pablo, diciendo [3]: *No querais saber mas de lo que conviene, sino sabed con moderacion.* A esta cooperan señaladamente cinco virtudes, ayudándose las unas á las otras en esta obra, cuyo cimiento pone la humildad con dos insignes actos.

4. El uno es, reconocer la nada que tienes de tu cosecha, persuadiéndote que toda virtud y ciencia te han de venir de la primera fuente, que es Dios, sin cuyo favor nada puedes. Y esto significa aquella palabra, *faciemus*. No dice harás tú ó haré yo, sino haremos; para significar, como advierte Sto. Tomás, que

[1] Apocal. 3, v. 18.—[2] Col. 3, v. 14.—[3] Rom. 12, v. 3.

el principal autor de esta obra es Dios, á quien por excelencia llama la Escritura sagrada: *Señor de las virtudes* [1], *y Señor de las ciencias* [2], de quien proceden unas y otras. Pero no hace él solo toda la obra, porque tambien toma oficiales, que sean *coadjutores* [3] en ella, como son los maestros del espíritu, que guian en las virtudes, y los doctores que enseñan las ciencias. Y aunque el mismo hombre con su industria se ayuda para unas y otras, no quiso hacer mencion aquí de lo que tú has de hacer, sino del adorno que has de recibir; para que te fundases en profunda humildad, y reconocieses, que la virtud y la ciencia no las tienes de tu cosecha, sino por favor de Dios y de los que él señalare para tu ayuda [4]. Pero mas adelante pasa la verdadera humildad, reconociendo ser casi nada lo que tiene, y no estimándose, ni presumiendo por ello. Y esto quiso advertirnos el divino Espíritu, diciendo, que la labor de estas cadenillas era de gusanillo, que es símbolo de la humildad, ó con puntos de plata, que son la menor cosa del mundo; para que entiendan los sabios, que aunque resplandezcan como plata, por la grandeza de su ciencia; en comparacion de Dios y de sus ángeles, *son como gusanos* [5], y es casi nada lo que tienen, de modo que pueden decir como aquel gran sabio Salomon [6]: *El mas ignorante soy de todos los varones, y no tengo la ciencia de los hombres.* Y cuando se pusieren en este punto de humildad, tendrá sólido fundamento su ciencia. Conforme al consejo del apóstol, que dice [7]: *Si alguno pretende ser sabio, hágase necio para que sea sabio.* Y ¿qué es hacerse necio, sino entender que todo lo que sabe es como nada, y no estimarse por ello? Y por este camino se alcanza la verdadera *sabiduría, la cual,* como dijo Salomon [8], *está donde hay verdadera humildad.*

[1] Psalm. 23, v. 10.—[2] I Reg 2, v. 3.—[3] I Cor. 3, v. 9 —[4] Faciemus tibi.—[5] Psam, 21, v. 7.— [6] Prov. 30, v. 2.— [7] I Cor. 3, v. 18.— [8] Prov. 11, v. 2

5. A esta soberana virtud ayudan otras dos, figuradas por estas, *murenulas*, que S. Gregorio [1], y S. Bernardo [2] llaman zarcillos, adorno de las orejas. Una es la fe, que como dice S. Pablo entra *por el oido* [3], *y es sustancia, y fundamento de las cosas que esperamos, argumento, y testimonio de las que no vemos* [4], *ni experimentamos con los sentidos*, ni alcanzamos con la lumbre natural de nuestros entendimientos, *los cuales cautivamos en servicio de Cristo* [5], negando el propio juicio, que es maestro de errores y semillero de ilusiones. Sobre esta fe se han de fundar las virtudes, *porque el justo vive de la fe* [6], y tambien las ciencias, porque escrito esta [7]: *Si no creyereis, no entendereis.* Y el Proverbio dice [8]: *Oportet addiscentem, credere.* Quien desea aprender, ha de creer; porque quien no cree á buen maestro, nunca saldrá buen discípulo ni será letrado. Y, como dice S. Bernardo [9], quien se hace maestro de sí mismo, tomando por guia su propio juicio, hácese discípulo de un gran necio. Y, como dice S. Gregorio [10], quien se desdeña de ser discípulo de hombres, será maestro de errores. A esta fe pertenece la inclinacion á oir, y ser enseñado, porque la ciencia entra por semejante oido. Y por esto Salomon comenzó sus sentencias, diciendo [11]: *El sabio oyendo será mas sabio.* Y si el sabio es humilde, como le parece poco lo que sabe, siempre gusta de oir para aprender, y está aparejado á ser enseñado, para ser mas sabio. Como lo estaba S. Agustin [12] cuando era viejo, para ser enseñado de cualquier obispo mas jóven.

6. La otra virtud, que entra tambien por el oido, es la obediencia, que como dice David [13], cumple lo que Dios manda *al punto que lo oye*, y es figurada co-

[1] In Cant. 1. — [2] Serm. 41, in Cant. — [3] Rom. 10, v. 17. — [4] Hebr. 11, v. 1. — [5] II Cor. 10, v. 5. — [6] Habac. 2, v. 4. — [7] Isai. 7, v. 9. — [8] Juxta LXX. — [9] Epist. 27. — [10] Lib. 1, dialog. cap. 1. — [11] Prov. 1, v. 5. — [12] C. si habes, 24, q. 3. — [13] Psalm. 17, v. 45.

mo nota S. Gregorio [1] por los zarcillos, los cuales no adornan las orejas á la manera que las demás joyas, como son el collar, ó el anillo, que solamente se ponen por defuera, sin penetrar en la carne, y por esto fácilmente se quitan y ponen; mas los zarcillos entran por las orejas, penetrando la carne agujereada, aunque sea con dolor y derramando sangre, y por esto con dificultad se quitan despues que se han puesto; para significar que la perfecta obediencia á la divina voluntad no ha de ser superficial y solamente exterior y de cumplimiento, sino tan interior, que penetre alma y corazon [2], y se pegue con firmeza. Cual fué la obediencia del Salvador, que dijo de sí, hablando con su Padre: *Aures autem perfecisti mihi* [3]; perficionástesme las orejas. O como dice el Hebreo: *Perforasti*, agujereástelas, poniéndome en ellas unos zarcillos de obediencia tan perfecta, que cumpla tu voluntad con suma firmeza, y entereza [4]. A cuya imitacion has de procurar otros zarcillos de semejante obediencia, que se entrañe en tu corazon, aunque sea punzándole con la mortificacion y abnegacion de tí mismo, de tu juicio y voluntad propia, y aunque sea menester derramar la sangre por cumplir lo que Dios quiere; porque la virtud y la ciencia con sangre entran. Y esta obediencia como dice S. Gregorio [5], es admirable medio para alcanzar la ciencia, conforme á lo que dice el Eclesiástico [6]: *Hijo, si deseas la sabiduría, guarda los mandamientos, y el Señor te la dará.*

7. Todas estas virtudes han de ir acompañadas con otra, que pone el sello á la perfeccion y moderacion de las ciencias, que es la caridad, figurada mas principalmente por el oro, de que se hacen los zarcillos de la obediencia, cuyo primor está en que sea como dice la Escritura, obediencia de puro amor [7]. Y así el Após-

[1] Lib. ult. mor. c. 10. — [2] Ephes 6, v. 6. — [3] Psalm. 39, v. 7. — [4] Isaí. 50, v. 5. — [5] 4 mor. cap. 28. — [6] Eccli. 1, v. 33. — [7] I Petr. 1, v. 14.

tol [1] como poco ha decíamos contrapuso la caridad á los desórdenes de las ciencias, dando á entender, que el edificio, que estriba en sola ciencia, es edificio de viento que para en aire y se deshace como humo, porque todo es vanidad y soberbia; mas que la caridad da firmeza á la ciencia y á todas las virtudes, y lo que ella edifica es sólido y maciso y de mucha duracion.

8. Para lo cual se sirve mas principalmente de una virtud, que Sto. Tomás [2] llama estudiosidad, cuyo oficio es, moderar el apetito de las ciencias de modo que se concierte con las demás obras virtuosas, en la forma que se dirá mas adelante cuando tratemos del oficio de los doctores y maestros.

CAPÍTULO XI.

DE LA SECRETA PROVIDENCIA DE DIOS EN REPARTIR LOS GRADOS DE LAS VIRTUDES, Y LAS GRACIAS PARA HACER OBRAS GRANDIOSAS Y MILAGROSAS, Y COMO LA CARIDAD ESTÁ SOBRE TODAS.

—

Pasemos ya de lo natural á lo sobrenatural, y de lo ordinario á lo extraordinario y milagroso, en que resplandece mucho mas la soberana providencia de nuestro Dios, repartiendo entre los hijos de la Iglesia los dones de su gracia. En los cuales el apóstol S. Pablo [3], como declara Sto. Tomás [4], señaló tres suertes de divisiones y distribuciones, que el Espíritu Santo hace entre los fieles. Una es de gracias, para cosas extraordinarias y prodigiosas, como es la de hacer milagros y echar demonios; otra de ministerios y oficios de la Iglesia, como es la de gobernar y predicar. La tercera

[1] I Cor 8, v. 1. — [2] 2, 2, q. 166 et 167.—[3] I Cor. 12, vv. 4-6.— [4] In hunc loc. I Cor. lect. 1.

se llama *operationum*, de obras insignes en todo género de virtudes, raras y extraordinarias, como la gracia de singular abstinencia ó paciencia, que resplandeció en muchos monjes y mártires. Y debajo de estas se encierran otras muchas, que salen del curso ordinario, cuya distribucion es propia de solo Dios, y tan secreta, que no hay entendimiento que pueda rastrearla. Porque ¿quién sabrá decir, porque un Santo hace muchos milagros, otro pocos, y otro ninguno? Y ¿por qué este tiene don de profecía, aquel don de lenguas, y otro muchos raptos y revelaciones, y otros carecen de ello? Y ¿por qué unos son prevenidos con favores extraordinarios, para que suban á muy altos grados de santidad, y otros quedan mas bajos y van por caminos ordinarios? Todo esto no reconoce otra causa, sino la voluntad graciosa del mismo Dios y de su divino Espíritu [1]: *Dividens singulis prout vult*, que reparte las gracias, y dones sobrenaturales, á quien quiere y como quiere, en el tiempo y lugar que quiere, y porque así lo quiere con su libre voluntad, que siempre es justa. Cuyos secretos declaró el Eclesiástico con admirables semejanzas, á manera de preguntas, diciendo [2]: *Quare dies diem superat, et iterum lux lucem; et annus annum á sole?* ¿Por qué un dia excede á otro dia, y una luz á otra luz, y un año á otro año, haciéndolos á todos un mismo sol? Que es decir: ¿Por qué razon, siendo un mismo sol el que causa con su luz y movimiento todos los dias y los años, vemos en ellos tan notable diferencia? Porque si miramos á lo natural, unos dias son claros y calurosos, y otros nublados y frios; unos años son fértiles, y otros muy estériles, habiendo mil variedades en los inviernos, y veranos. Pues si miramos á lo moral, hallarémos que unos dias son de trabajo, y otros de fiesta; unos muy solemnes,

[1] I Cor. 12, v. 11.—[2] Eccli. 33, v. 7.

y otros no tanto. Y pues el sol es siempre el mismo, y no hace mas que obedecer á lo que Dios le manda, claro está que la divina sabiduría causa esta diversidad tan grande en los dias [1]: *Ex ipsis exaltabit, et magnificabit Deus, et ex ipsis posuit in numerum dierun;* á unos dias ensalzó, y á otros dejó en el número ordinario de los dias de trabajo. Como se vió en los dias solemnes, que instituyó en la ley vieja, y en los que ahora celebramos en la ley nueva, cada semana, cada mes, y cada año; lo cual no procede de que unos dias sean mejores que otros en lo natural; pues en cuanto á esto, tan bueno es el dia del viernes, como el del domingo, y este no es mas que el lunes; y tan buen dia es el de la vigilia, como el de la fiesta, y pascua, porque todos tienen un mismo principio que es el sol. Y pues esta diferencia no es acaso, háse de reducir á la sabiduría de Dios, que la trazó para su mayor gloria, queriendo que unos dias estuviesen dedicados á su divino culto, otros á obras de penitencia, y otros al trabajo corporal. Pues de esta manera dice el Eclesiástico [2], aunque todos los hombres son de una misma masa de tierra, y cuanto á esto son iguales; mas nuestro Señor, con la muchedumbre de su sabiduría los separó, y mudó sus caminos, haciendo que se aplicasen á diversos ejercicios y modos de vida [3]: *Et ex ipsis benedixit, et exaltavit: et ex ipsis sanctificavit, et ad se aplicavit;* á unos bendijo y ensalzó, y á otros santificó, y aplicó para sí, porque graciosamente los llamó y previno con bendiciones de dulzura; ensalzólos con dones muy esclarecidos de su gracia, haciendo que resplandeciesen con milagros en el mundo; santificólos con excelentes y heróicos actos de caridad y santidad muy aventajada; y aplicólos para sí, dedicándolos y consagrándolos á cosas muy gloriosas de su servicio. Pero á otros

[1] Eccli. 33, v. 10. — [2] Ibid. v. 11. — [3] Ibid. v. 12.

hombres de la misma masa puso en estado y modo de vida mas mediano, previniéndoles con menores favores; y á otra muchedumbre ha dejado en el estado comun y ordinario de los hombres, con las comunes ayudas de la gracia, deseando que todos se salven, aunque en efecto muchos por su culpa no lo alcanzan, y quedan, dice [1], malditos, humillados, y apartados de la congregacion de los justos. Y aunque esta maldicion, y apartamiento es justicia, en castigo de sus pecados, como se les dirá en la sentencia del juicio final; mas la prevencion tan excelente de los escogidos es pura gracia, en que descubre nuestro Señor la grandeza de su misericordia para ser glorificado en ellos, como lo es en los dias que escogió para ser solemnes. Y de aquí es, que quien ha sido prevenido con grandes y extraordinarios dones, no tiene de que envanecerse, sino mucho porque humillarse y mostrarse agradecido: y el que es prevenido no mas que con los dones ordinarios, no tiene de qué quejarse ni congojarse, pues con lo ordinario puede ir al cielo, si por él no queda. Y, como dijo Tomás de Kempis [2]: ninguna cosa, Señor, tanto debe alegrar al que te ama, como tu santa voluntad, y el buen contento de tu eterna disposicion; y mas se debe contentar con esto, que con todos los beneficios recibidos y que puede recibir, cuanto mas, que en esta vida hay mil mudanzas; y como el dia de lunes, que este año era fiesta muy solemne, otro año será dia de trabajo; y el martes, que este año es de trabajo, otro año será dia muy solemne; así puede suceder, que el que hoy tiene grandes dones de Dios, mañana se vea humillado y trabajado; y el que hoy está humillado con trabajos, mañana se vea engrandecido con los dones que el otro tenia, para que cada uno viva con humildad y cautela, como quien está pendiente de la divina providencia.

[1] Ibid. —[2] Lib. 9, de contemptu mundi, cap. 23.

2 Esto mismo declara mas la segunda semejanza del Eclesiástico, cuando dice: *Por qué una luz escede á otra luz?* Esto es, ¿por qué sobrepuja el sol á la luna, y la luna á las estrellas, y unas estrellas á otras en la luz y claridad, ó en el sitio y grandor? Cierto es que este exceso originariamente procede de la eterna sabiduría de Dios, que de nada, ó de una misma materia hizo esta variedad de estrellas, sin que se pueda dar otra razon de la preeminencia natural que tiene una sobre otra. Pues de este modo entre los escogidos, á quienes S. Pablo [1] comparó á las estrellas, la divina providencia ha trazado una diversidad maravillosa, llamando y previniendo con especiales inspiraciones á los que él quiere, para que sean mas excelentes que otros en la santidad y en los dones de su gracia. Y á unos hace como soles en la Iglesia, poniendo en cada ciudad ó religion ó familia uno que dé resplandor á todos. Otros son como lunas, que aunque grandes, tienen necesidad de ser guiados de los que son como soles. Otros son como estrellas del firmamento, resplandeciendo con firmeza en varias gracias; y aunque en el discurso de la vida van trabajando con su industria para llegar á tanta gradeza; pero esto mismo nace de aquella especial eleccion y vocacion con que el Señor quiso hacerles esta gracia y prevenirles con tan copiosa ayuda; como se vió en los patriarcas y profetas, en los apóstoles y otros esclarecidos Santos. Y lo que mas admira es que un mismo Santo en diversos tiempos siente esta variedad; y un dia de repente se siente prevenido, ilustrado y levantado á grandes dones de Dios, y otro dia se vé dejado en su curso ordinario, sin que se pueda dar otra causa, que la secreta ordenacion y larga liberalidad del Señor. Y por esto con gran misterio pregunta el

[1] I Cor. 15, v. 41.

Eclesiástico [1]: *Quare lux lucem superat, et sol solem?* ¿Por qué el sol se excede á sí mismo en comunicar la luz de diverso modo en diversos dias? La causa es, porque el sol de justicia hace lo que quiere por su secreta providencia, para que entiendan todos que están pendientes de ella.

§ I.

De las varias gracias para bien de otros.

Mas para que se vean las riquezas que tiene Dios escondidas en los tesoros de su infinita sabiduría y providencia, declararémos en breve la variedad de estas gracias sobrenaturales [2], reduciéndolas á dos órdenes: unas que se dan principalmente para nuestro aprovechamiento; y otras para provecho de otros, que los teólogos llaman *gratis datas*, y son unas facultades sobrenaturales, que comunica el Espíritu Santo para algunas obras muy gloriosas, cuyo fin declaró el Apóstol, diciendo [3]: *Unicuique autem datur manifestatio spiritus ad utilitatem;* á cada uno se le concede la manifestacion del espíritu para algun provecho, dando á entender, que el oficio de estas gracias es manifestar y declarar la virtud y santidad del Espíritu Santo, no solo la que él tiene en sí mismo, sino la que infunde á las personas en quienes mora. Unas veces manifiesta la verdadera fe y santidad de su esposa la Iglesia, y á este fin suelen concederse tales gracias, no solo á los justos, sino tambien á los pecadores, cuales fueron aquellos de quienes dice el Salvador, que el dia del juicio le dirán [4]: *¿Por ventura, Señor, no profetizamos en tu nombre, y echamos los demonios, y obramos muchos milagros?* Y con todo esto les dirá: *Apartaos de mí, obradores de*

[1] Ita legitur in quibusdam libris, ut refert Jansenius.—[2] I Cor. 12, v. 4-6. —[3] I Cor. 12, v. 7.— D. Thom. ibi lect. 1 —[4] Matth. 7, vv. 22, 23.

maldad, porque esas obras fueron para provecho de otros, y no tratasteis del vuestro propio. Otras veces por estas gracias se manifiesta la santidad de personas á quienes se conceden, y á este fin nunca se dan sino á personas de excelente virtud; pero en ambos casos son *ad utilitatem*, para provecho comun de los fieles, para que se confirmen en la fe y en la virtud y se aprovechen de los ejemplos de aquellos en quienes resplandece con tantas gracias, cuyo número reduce S. Pablo á nueve principales. Las tres son para persuadir las verdades y virtudes de la religion cristiana.

1. La gracia de la sabiduría, es para enseñar y declarar las cosas mas altas, y secretas de los divinos misterios.

2. La gracia de la ciencia, para persuadir las grandezas de Dios, que brillan en las criaturas, que son obras de sus manos.

3. La gracia de la fe, es para persuadir los artículos y verdades ordinarias, que se proponen á todos. De suerte, que estas tres gracias ilustran el entendimiento del que las recibe con tales resplandores celestiales, que puede manifestar lo que siente á otros, para dárselo á entender y sentir del modo que les conviene. Mas porque estas cosas son tan altas y apartadas de nuestros sentidos y discursos, que no se pueden confirmar bastantemente con razones humanas, añade el Espíritu Santo para esta confirmacion otras cuatro gracias, que son como sellos reales de la Divinidad de donde proceden y testimonios certísimos de que el Espíritu Santo es autor de la verdad y santidad que confirman.

4. La gracia de curaciones confirma la fe, sanando á los enfermos de un modo milagroso, y con el beneficio que en esto les hace.

5. La gracia de los milagros la confirma, haciendo cosas prodigiosas que admiran al mundo.

6. La gracia de la profecía, revelando y descubrien-

do con certeza las cosas que están por venir, aunque dependan del libre albedrío. Porque esto, como dijo Isaías [1], es propio de solo Dios.

7. La gracia de discernir los espíritus, descubriendo los secretos que pasan en el corazon del hombre; lo que es tan propio de Dios, como saber lo futuro. Y estas cuatro gracias tambien sirven para remediar algunas necesidades de los fieles, cuando faltan en la tierra otros remedios, mostrando nuestro Señor su omnipotencia en suplir lo que falta á la naturaleza.

Finalmente, añade el Espíritu Santo otras dos gracias para quitar los estorbos para manifestar y persuadir estas verdades y virtudes, á saber el de la diversidad de los lenguajes, que se quita con el don de hablar en diversas lenguas para ser entendido de todos, y el de la oscuridad de las divinas Escrituras, que se quita con el don de interpretarlas y de aclarar las cosas oscuras que Dios revela á los hombres en sueños ó por otros mil caminos.

De aquí infiere el santo Apóstol la division que hace el Espíritu Santo de los ministerios de la Iglesia, haciendo á unos apóstoles, á otros profetas, y á otros pastores y doctores, con varias gracias de las que se han dicho, y concluye que las reparte entre todos como quiere; de modo, que ni las dá todas á todos, ni todas ordinariamente á uno; sino unas á unos y otras á otros, no por merecimientos de ellos, sino por su sola voluntad. De donde procede, que las concede á unos Santos y no á otros; y á veces las da á los menos perfectos, previniendo á sus escogidos, como luego verémos, con tanta humildad y plenitud del Espíritu Santo, que puedan usar de las mismas en bien de los prójimos, sin que ellos reciban daño. A la manera que S. Lúcas, primero dice, [2] que S. Estéban *estaba*

[1] Isai. 41, v. 23.—[2] Actor. 6, v. 8.

lleno de Espíritu Santo y de fe *y gracia;* y luego añade, que *hacia grandes prodigios y milagros en el pueblo.*

§ II.

De la caridad y sus varias obras.

Mas para que ninguno desmaye si se viere destituido de estas gracias *gratis datas*, contarémos las que se dan para nuestro provecho[1], que S. Pablo llama *operationes*, y son muy mas excelentes, como lo declara él mismo diciendo, despues que contó las otras[2]: *Æmulamini charismata meliora, et adhuc excellentiorem viam vobis de monstro;* pretended las mejores gracias, y ahora os descubriré otra mas excelente que las pasadas, que es la caridad y las obras que de ella nacen. Y en confirmacion de esto pone tres admirables propiedades en que las excede.

1. La primera es, ser como alma, vida y perfeccion de las demás gracias, sin la cual ninguna cosa valen para merecer la vida eterna. *Si* tuviere, dice[3], el don de todas las lenguas, y *hablare, no solo como los hombres, sino con la excelencia que hablan los ángeles; si me falta la caridad, seré como metal que suena, y como campana que retumba*, cuyo sonido no es voz viva, sino cosa muerta; y aunque despierta á los otros y los mueve á ir á lo que el sonido significa; ella no se mueve de donde está: así mi voz y mi predicacion para mí no serán obra de vida, ni mereceré por ello; y aunque despierte á los pecadores y los mueva á penitencia, y avive á los justos y los mueva á santas obras; yo quedo sin vida espiritual, y sin dar paso adelante en ella: y *si tuviere el don de la profecía* para revelar las cosas futuras; y si con el don de

[1] IIa D. Thom. in I. Cor. 12.—[2] I Cor. 12, v. 31.—[3] I Cor. 13, vv. 1, 2.

la sabiduría *conociere todos los misterios; y si estuviere dotado de todo género de ciencia, y tuviere tan perfecta fe, que pase los montes de una parte á otra, si no tengo caridad, nihil sum, nada soy*, y todo esto para mí es como nada, pues me quedo en pecado, y el pecado es nada y menos que nada: y aunque estos dones en sí sean algo, comparados con el sér que dá la caridad, son como nada; y sin ella son como cuerpo sin alma, como higuera con hojas y sin fruto; hablan, y no obran lo que dicen; no truecan el monte del corazon terreno, ni le mudan de malo en bueno, ni le pasan de la tierra al cielo. Solamente puede esto la caridad, por la cual el hombre deja de ser nada, y se trueca de hijo de tinieblas, en hijo de luz, y de reo condenado al infierno, en heredero del Paraíso. La caridad sola, dice S. Agustin [1], hace diferencia entre los hijos de Dios, y los hijos del demonio. La verdadera virtud, dice S. Gregorio [2], está en el amor, no en milagros; porque el Salvador no dijo [3], *en esto conocerán que sois mis discípulos*, si hiciereis grandes prodigios, sino *en que os ameis unos á otros.*

Mas adelante pasa la loa del Apóstol: Si fuere dice [4], excelentísimo en hacer bien á los prójimos, ó en padecer trabajos, de modo *que dé toda mi hacienda para sustento de los pobres, y entregue mi cuerpo para que arda en llamas, si no tengo caridad: Nihil mihi prodest, nada me aprovecha.* Y aunque aproveche á otros, cuyas necesidades remedio, yo me quedo sin provecho para merecer el cielo, porque me quedo en pecado; y aunque arda en llamas el cuerpo, está helado el corazon, y por esto no agrada á Dios mi ofrenda. La caridad, dice S. Agustin [5], es la que hace diferencia entre las obras, que por defuera parecen escelentes; las cuales si se hace vanamente por parecer bien á los hombres,

[1] Trat. 5, in Epist. Joan.— [2] Lib. 20. Mor. c. 9.— [3] Joan 13, v. 35.— [4] I Cor. 13, v. 3. — [5] Trat. 7, in Epist. 1, Joan.

son vanas y viciosas; pero si nacen de caridad son santas y perfectas. La caridad es la que da el corazon á Dios, cuando das limosna al pobre; y ella enciende el alma con llamas de santos afectos, cuando el cuerpo se abrasa con llamas de tormentos.

2. De aquí procede su segunda escelencia sobre las demás gracias, porque la caridad es principio de todas las obras santas y perfectas y muerte de todos los vicios: *La caridad*, dice S. Pablo [1], *es paciente, y benigna. La caridad no tiene envidia, ni obra mal; no es hinchada, ni ambiciosa; no busca las cosas que son suyas; no se indigna, ni piensa mal contra alguno; no se alegra de la maldad; gózase de la verdad: todas las cosas sufre, todas las cree, todas las espera, y no se cansa.* Porque como prueba Sto. Tomás [2], trae consigo encadenadas todas las virtudes, y como reina las manda, y todas la obedecen ejercitando sus actos. Las demás gracias que se han dicho no tienen nada de esto por sí mismas, no hacen al hombre virtuoso, paciente y benigno; no le quitan el ser ambicioso y soberbio, sino se lo comunica la caridad; la cual de un modo mas glorioso hace para su propio provecho lo que ellas hacen para bien de otros. La caridad tiene su propio don de lenguas, no de carne, sino de fuego; no lenguas solamente de hombres, sino de Ángeles, con las cuales *dentro del corazon*, como dice el mismo Apóstol [3], *habla con su Dios con cánticos espirituales, con alabanzas*, y accion de gracias, y otros afectos muy tiernos; y cuando ha de hablar con los prójimos, mueve tambien la lengua para que hable palabras encendidas; y siendo una, habla las lenguas de todos, porque la rige el Espíritu Santo para que se acomode á las necesidades de todos. La caridad tiene tambien su don de sabiduría y ciencia para penetrar los divinos misterios; porque ¿á

[1] I Cor. 13, vv. 4-7. — [2] 1, 2, q. 65, art. 3, et D. August. serm. 46, de tempore. — [3] Ephes. 5, v. 19.

quién ha de descubrirlos Dios, sino á *sus amigos* [1]? Y ¿quiénes son sus amigos, sino los que tienen caridad? *Los que temeis á Dios*, dice el Eclesiástico [2], *amadle, y serán alumbrados vuestros corazones* para conocer mucho mas sus grandezas; porque cuanto mas ardientemente amarémos á Dios, tanto, dice S. Agustin [3], le verémos con mas certeza. Y ningun bien puede ser perfectamente conocido, sino es perfectamente amado. El amor, dice Hugo de S. Victor [4], sobrepuja á la ciencia, y es mayor que la inteligencia, y entra en lo mas secreto de Dios, quedándose la ciencia afuera; porque tiene mayor confianza, y sentido mas agudo para penetrar con los ojos de la contemplacion lo que está mas escondido. La caridad tambien trae consigo la gracia de hacer milagros, no tanto corporales, como espirituales, moviendo á obras milagrosas, que admiran á los hombres, y parecen imposibles é increibles á los que no aman. Trastorna, dice S. Juan Crisóstomo [5], las naturalezas de las cosas y el orden que vemos en el mundo; porque el mundo estima las riquezas y el amor las desprecia. El mundo busca las honras, y dignidades; el amor huye de ellas. El mundo desea el descanso, y se alegra con las prosperidades; mas el amor desea el trabajo, y se goza en las adversidades. El mundo ama la salud, y la larga vida; el amor abraza la enfermedad, y no teme la muerte, y ofrece su vida y sangre por los que ama. Estos son los milagros de la caridad, con los cuales se confirma la verdad de nuestra fe, y la escelencia de nuestra religion, y resplandece la gloria de Jesucristo en todo el mundo. No busques, dice, este santo doctor [6], hacer milagros, ni resucitar muertos; porque si nuestra vida fuese tal,

[1] Joan. 15, v. 15. — [2] Eccli. 2, v. 10. — [3] Lib. 8, de Trinit cap. penult. [4] Lib. 85, qq. q. 37. Super c. 7, Angelicæ Hierarch.—Vide D. Bonav. opusc. de 7, itinera itinere 4. — [5] Hom. 32, in 1, ad Corinth. — [6] Hom. 33. in Matth. prope finem.

como la pide el Evangelio, mas se admirarian los gentiles de nosotros, que de los que hacen milagros. Acuérdate que cuando S. Pablo dijo [1]: *Quieroos mostrar otro camino mas escelente*, no les contó milagros. sino la caridad, y sus obras: *Hæc maxima miracula sunt, hæc signa eximia.* Estos son los supremos milagros, estos son los insignes prodigios, por los cuales serémos muy ilustres delante de Dios y de sus ángeles.

3. A esto se añade la tercera escelencia de la caridad sobre las otras gracias, que es ser perpétua; porque como el alma racional no perece, aunque el cuerpo perezca, así *la caridad* dice el Apóstol [2], *nunca perece. Acábase la profecía, cesa el don de las lenguas, y destruirse ha el don de la ciencia,* cuanto á lo imperfecto que tiene, porque acá todo nuestro saber, y nuestro lenguaje es como de niños, que no saben sino deletrear y hablar tartamudeando; y cuando son ya hombres, dejan lo que usaban cuando niños. Así las ciencias de esta vida están llenas de obscuridad, y de otras muchas imperfecciones, que se acaban en entrando en la gloria, donde se vé á Dios, no con espejo, ni al traves de la niebla, sino cara á cara con suma evidencia. Pero la caridad, que comienza en esta vida, no se acaba con la muerte, sino dura para siempre en la vida eterna, y allí ama con mayor fervor al Señor, que ve con mayor claridad. «Por tanto, hermanos, dice S. Agustin [3]: *Tene te dilectionem Dei, ut quomodo Deus est æternus, ita et vos maneatis in æternum: quia talis est quisque, qualis ejus dilectio est;* estad firmes en el amor de Dios, para que como Dios es eterno así vosotros vivais por toda la eternidad; porque tal es cada uno, cual es su amor. Si amas la tierra, serás tierra. Si amas á Dios, ¿qué diré? serás Dios. No me atreviera, dice, á dicirlo por mí mismo, sino

[1] I Cor. 12, v. 31.—[2] I Cor. 13, v. 8. — [3] Tract. 2, in Epistolam I Joan, ad finem.

«dijeran las Escrituras [1]: *Yo dije: dioses sois vosotros, é hijos del Altísimo.* Y si el amor te hace Dios por «participacion, tambien te dará las propiedades de «Dios con la eternidad que tiene Dios. Amando serás «sábio como Dios, santo como Dios, poderoso y eterno «como Dios. Amando al que siempre es hermoso, te ha«rás hermoso como él; y cuanto crece en tí el amor, «tanto mas crece la hermosura; porque la caridad es «la hermosura de tu alma participada de la hermosura «de Dios [2].

4. «Y por decir de una vez [3] cuanto se puede decir «de la caridad, basta saber que el mismo Dios es ca«ridad. Breve alabanza; grande alabanza: breve en la «palabra; grande en el sentido: *Quien está en cari«dad, está en Dios, y Dios está en él* [4]. Sea Dios tu casa, «y tu fe casa de Dios. Dios está en tí para que no pe«rezcas, y tú estás en Dios para que no caigas. Si tie«nes contigo la caridad, contigo tienes á Dios, y con «él tienes todos los bienes, pues su caridad es fuente de «todos.» ¡Oh caridad, gracia de las gracias, reina de las virtudes, principio de las santas obras, raiz de los merecimientos, fuente que salta hasta la vida eterna, á donde llevas el alma, y la transformas en Dios, haciéndola un mismo espíritu con el suyo! ¡Oh Dios, que eres caridad, reparte con quien quisieres las demás gracias, y dáme á mí esta gracia mayor que todas, que te ame perpetuamente con perfecta caridad.

Concluyamos con la infinita liberalidad de la divina providencia en el repartimiento de sus gracias, que con haber determinado de no dar las demás á todos los fieles, aunque las deseen y pretendan, sino á pocos y sin pretenderlas; ha querido ofrecer esta suprema gracia de la caridad á todos los que la quisieren y se dispusieren para recibirla, sin escluir á ninguno, y sin

[1] Psalm. 81, v. 6 — [2] Tract. 9.— [3] Tract. 8, ad finen, et tract. 9.—[4] I Joan. 4, v. 16.

ponerle tasa en el aumento y perfeccion de ella, mientras le durare la vida. La caridad, dice S. Agustin [1], nace para que crezca, y creciendo se perficione con buenas obras. Y en estando perfecta ¿qué dice? *El vivir para mí es Cristo, y el morir es ganancia* [2]. *Deseo ser desatado y estar siempre con Cristo*, gozando de él y con él de los frutos de la caridad, por todos los siglos de los siglos. Amen.

CAPÍTULO XII.

COMO NUESTRO SEÑOR REPARTE LAS VOCACIONES PARA LOS MODOS ESTRAORDINARIOS DE SANTIDAD, Y Á QUE SUERTE DE PERSONAS ESCOGE PARA ELLOS.

—

Las dos obras mas propias y mas insignes de la caridad, en que está la perfeccion sustancial de la vida cristiana, son el amor de Dios y del prójimo, de donde proceden las dos vidas, que los Santos llaman contemplativa y activa; las cuales como dice Sto. Tomás [3], consisten en obras, y se llaman vidas porque son obras vivas de la caridad. Las de la contemplativa nacen del amor de Dios, y las de la activa del amor del prójimo, y son la materia principal de la division, que S. Pablo llama *operationum*, repartiéndolas el Espíritu Santo con especiales vocaciones, por dos caminos. El uno es ordinario en ejercicios y obras comunes á todos los cristianos, con las vocaciones de que tratamos en el primer tomo, aunque en ellas tambien tiene su division, y repartimiento con admirable providencia; llamando á unos para los oficios de la vida activa en obras de misericordia, corporales ó espirituales: y á otros para las de la vida contemplativa en ejercicios de ora-

[1] Tract. 5—[2] Philip. 1, v. 21, 23.—[3] 2.2, q. 17, art. 9.

cion vocal ó mental, siguiendo todas las leyes comunes y ordinarias de la gracia, de que hasta aquí se ha tratado. Pero no quiere nuestro gran Dios atar su providencia con tan fuerte vínculo á estas leyes, que algunas veces no escoja, y llame á los fieles por sola su misericordia para que sigan algunos modos de vida nuevos, singulares y extraordinarios, así en cuanto á los dones interiores de la oracion y comtemplacion, como en cuanto á las obras exteriores de la vida activa, para descubrirnos la eficacia de su gracia, la alteza de su sabiduría y la grandeza de su omnipotencia, y para movernos á que hagamos con fervor las cosas comunes y ordinarias siquiera por el ejemplo de los que hacen cosas tan difíciles y extraordinarias. Para este fin escogió, y llamó al gran Bautista para un modo de vida tan estraño al comun de los otros hombres, que bastase, como pondera S. Juan Crisóstomo [1], por milagro para convertirlos, y hacerlos perfectos. Y para que se viese que no le desagradaba tal modo de vida por ser raro y milagroso, el mismo Salvador quiso practicarlo por espacio de cuarenta dias despues del Bautismo, dando ejemplo de singular abstinencia, oracion y retiro á los anacoretas que despues habian de imitarle en modos de vida tan prodigiosos, que sin vocacion y mocion especial de Dios no fuera lícito, ni posible salir con ellos. ¿Quién no se admira de las vocaciones de aquellos dos insignes Simeones, á quienes llamaron, *Stylita, y Salo;* porque el uno estuvo muchos años sobre una columna, con un modo de vida tan espantoso que no parecia hombre, sino puro espíritu; y el otro hacia cosas tan estrañas para el juicio humano, que de todos era tenido por loco? Pero en ambos se echó de ver el Espíritu divino que los movia, por los grandes milagros que hacian y por el fruto de

[1] Hom. 20, in Matth. D. Thom. 3, p. q. 40, art. 2, ad 1.

los pecadores que convertian, tomando nuestro Señor aquellas demasías y locuras por instrumento de su omnipotencia para cosas milagrosas en provecho de muchos. Pues ¿qué dirémos de los escesos del glorioso S. Francisco, y de la novedad de sus llagas, en las cuales ha sido escogido como el sol, para resplandecer con esta singularidad nunca vista en el mundo? ¿Qué de la vida de Sta. Catalina de Sena, que casi fué toda nueva, rara y singular, con admiracion de toda la Iglesia? No hay para que cansarnos en traer muchos ejemplos, porque las vidas de los Santos están llenas de ellos.

§ I.

Cómo se comunican estas vocaciones extraordinarias.

1. Acerca de estas vocaciones tan gloriosas y extraordinarias, se han de advertir algunas cosas de importancia. Y la primera sea, que cuando son del divino Espíritu, siempre van ordenadas á producir rara y singular santidad, ó la traen consigo, comunicando con gran excelencia las virtudes interiores y la observancia de los divinos preceptos y consejos, y la humildad y paciencia en los trabajos; porque siempre los dones exteriores de Dios presuponen los interiores, para que la *gloria de la hija del rey*, que ha de resplandecer *en la orla de su vestido* [1], nazca de tanta hermosura interior, cuanta ha de ser la belleza del resplandor exterior. Y en esto se diferencia la vocacion é inspiracion de Dios de las sugestiones del demonio, cuando mueven á estas cosas que parecen tan admirables; porque el Espíritu de Dios siempre comienza por lo interior del espíritu, llenándole de esclarecidos dones; y de allí salen á lo exterior para que sean vistos de los

[1] Psalm. 44, v. 14.

hombres para los fines que se han dicho. Primero esconde el fuego en el seno del alma, de donde brotan las llamas que abrasan el vestido, y hacen resplandecer el cuerpo [1]. Primero se *pone como sello en el corazon* [2], imprimiendo en él la figura de las virtudes celestiales, y despues se pone *como sello sobre el brazo*, comunicando singular fortaleza para heróicas obras exteriores. Mas el espíritu del demonio todo su estudio pone en las cosas exteriores, sin hacer caso de la reformacion del espíritu, ni de las verdaderas virtudes interiores. Hace que el cuerpo resplandezca con apariencia de grandes fervores; pero en el seno del alma no arde fuego, sino de codicias. Pone sobre el brazo el sello de Cristo y las señales de sus llagas, mas sobre el corazon pone el sello del mundo y la imágen de sus vicios y vanidades. Y de aquí es, que cuando viéremos estas cosas exteriores con tanta apariencia de santidad, ni se han de reprobar por ser nuevas y singulares, ni tan poco se han de aprobar por ser tan resplandecientes y admirables; sino con discrecion se ha de mirar la raíz y espíritu interior de donde proceden y la virtud sustancial en que se funda las que son de Dios, ó la falta de ella que acompaña á las que son del demonio; porque *el edificio* de Dios, como es él tan sabio, va siempre *fundado sobre peña viva;* el del demonio *sobre arena movediza* [3]. Aquel se funda en la perfecta imitacion de Cristo y en el desprecio verdadero de todas las cosas temporales, regalos, honras y pompas mundanas; pero este siempre va mezclado con la arena mudable de las cosas terrenas y de los planes propios. Y si subiere á ser tan alto y prodigioso como la estátua de Nabucodonosor, la tentacion que no faltará dará con ella en tierra y descubrirá que no era santidad verdadera, sino aparente; ni era virtud maciza,

[1] Prov. 4, v. 9. —[2] Cantic. 8, v. 6. —[3] Matth. 7, v. 24.

sino hueca y vana, ó estátua ó sombra de ella; pero la que es de Dios, está firme, y con la tentacion descubre la verdad y preciosidad que encierra.

2. De aquí procede, que las divinas vocaciones para cosas extraordinarias exteriores regularmente andan acompañadas con otras para cosas interiores, tambien extraordinarias en el trato y comunicacion con nuestro Señor por la oracion y contemplacion, con raras ilustraciones de las cosas celestiales, ó por hablas interiores, ó por vistas con figuras é imágenes impresas en el alma, ó por abundancia de luz muy superior que ilustra el entendimiento, ó por el don de la profecía, ó por otras revelaciones, y varios modos extraordinarios con que suele nuestro Señor tratar con sus escogidos. Y cuando estas cosas se quedan en lo secreto del corazon, son menos peligrosas, y menos ocasionadas á vanidad que cuando se muestran con señales exteriores de raptos, suspensiones, elevaciones del cuerpo y otras cosas admirables, que salen de la interior fuerza del espíritu, y las toma nuestro Señor como medios para levantar á extraordinaria santidad; la cual pocas veces se halla sin algunos de estos favores, por la grande eficacia que tienen para causarla; como se puede ver casi por todas las vidas de los Santos, que están sembradas de estos prodigios con que llegaron á la alteza de la santidad que tuvieron. De aquí procedió la fe tan cierta con que creian los divinos misterios, como si los vieran con sus ojos; la esperanza tan segura con que esperaban en las divinas promesas, como si ya las poseyeran; la confianza tan firme en la oracion, que pedian lo que era de sola gracia, con tal firmeza como si se les debiera de justicia; la obediencia tan pronta en cosas muy difíciles y amargas, como si fueran muy fáciles y suaves; la paciencia tan invencible, que llevaban con grande ánimo trabajos que sobrepujaban á sus fuerzas; la misericordia tan abundante y compasiva,

que daban cuanto tenian por remediar las necesidades de sus prójimos; el celo tan ferviente de las almas, que no perdonaban trabajos, ni fatigas hasta derramar la sangre por ellas; y finalmente, el amor tan encendido de su Dios, que se deshacian en sí mismos para agradarle, y se ofrecian á crueles martirios para no ofenderle, y para honrarle. Tiende los ojos por las vidas de los Santos del Viejo Testamento y del Nuevo, y hallarás varios ejemplos de todo esto.

Por este camino creció tanto el primer padre de los creyentes Abraham, y su nieto el patriarca Jacob, á los cuales nuestro Señor hablaba con rara familiaridad y se les aparecia en varias figuras, descubriéndoles sus secretos; y con esto les alentaba á los heróicos actos de obediencia, paciencia y longanimidad en que se ejercitaron. Buen testimonio de esto es lo que dijo á Abrahan, cuando queria destruir á Sodoma [1]: *¿Por ventura podré yo encubrir á Abrahan lo que pienso hacer, habiendo de ser padre de muchas gentes, y enseñarles que guarden mis mandamientos?* Como si dijera: descúbrole mis secretos, y hágole tan grandes favores, porque le tengo escogido para grandes obras en provecho de muchos. Por aquí tambien comenzó Moisés, mostrándosele Dios en la zarza y *hablando con él como un amigo habla con otro* [2] y llamándole con especial vocacion para subir al monte, en donde se le mostró con extraordinaria luz celestial. Y todo esto fué menester para alentarle á los excesivos trabajos que padeció sacando á su pueblo de Egipto, y gobernándole en el desierto. Y para que se entendiese que no hacia estos favores á Moisés solo, quiso que en su compañía Aaron y sus hijos y otros setenta ancianos y escogidos de Israel viesen tambien la misma gloria del Señor y el trono y estrado de sus piés, que era *quasi opus lapidis*

[1] Genes. 18, vv. 17, 19. — [2] Exod. 33, v. 11.

saphirini, como de ladrillos ó adobes de záfiro [1], que es una piedra preciosa; para significar que los hombres, que de su cosecha son tierra y están ocupados como los israelitas en hacer adobes de barro, serán levantados por la divina gracia á una vida celestial y divina, con la hermosura y preciosidad como de záfiro. Tales fueron las vidas de David, Elías, Daniel y de otros profetas, y santos del Testamento Viejo, creciendo siempre los servicios con los favores interiores que les alentaban.

Pues ¿qué dirémos de los santos del Testamento Nuevo? ¿Cómo pudiera el precursor de Cristo estar en el desierto, desde sus tiernos años con tan rigurosas penitencias y sin tratar con hombres, sino tuviera muy estrecha familiaridad con Dios y con sus ángeles? Y el mismo Salvador quiso para nuestro ejemplo dar señales de estos favores, cuando habia de comenzar obras muy excelentes. En el Bautismo [2] *se le abrieron los cielos, sonó la voz del Padre, bajó el Espíritu Santo en figura de paloma, y luego se fué al desierto*, donde con ayuno extraordinario fundó la vida eremítica y penitente, *acudiendo los ángeles á servirle*, cuando tuvo necesidad de comida. Y en el monte Tabor [3] *se transfiguró* con extraordinario resplandor, acudiendo *Moisés y Elías* á hacerle compañía, *hablando del exceso* de la pasion, *que habia de padecer en Jerusalen*, como quien animaba á su carne con estos favores para padecer tan terribles trabajos. Por este camino llevó nuestro glorioso capitan á sus primeros soldados, los apóstoles y discípulos y los primitivos cristianos, como consta de lo que cuenta S. Lúcas [4] de los hechos de S. Pedro y San Pablo y de S. Estéban y por las maravillosas revelaciones de S. Juan Evangelista [5], y era esto tan frecuente en aquel tiempo, que cuando vino el Espí-

[1] Exod. 24, vv. 9, 10.—[2] Matth. 3, vv. 16, 17 et c. 4, vv. 1, 2, 11.—[3] Matth. 17, vv. 1-3.—Luc. 9, vv. 28-31.—[4] Actor. cc. 2, 6, et 9.—[5] In Apocalipsi.

ritu Santo sobre los fieles en forma de viento vehemente y de lenguas de fuego, declaró S. Pedro [1] esta venida por la profecía de Joel, que dice [2]: *En los dias postreros derramaré dice el Señor, mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas. Vuestros mancebos verán visiones, y vuestros viejos soñarán sueños.* Dando á entender, que nuestro Señor se comunicaria con abundancia de dones muy esclarecidos á toda suerte de personas. Y así lo ha proseguido haciendo en las demás edades de la Iglesia, de donde provino el poblarse los desiertos [3] de ermitaños y monges, haciendo vida mas angélica que humana, con tales asperezas, que sin semejantes favores no fuera posible perseverar en ellas. ¿Cómo pudiera estar Santa Maria Magdalena treinta años en una cueva, si los ángeles no la subieran cada dia siete veces á oir los cánticos del cielo? Y ¿cómo estuviera S. Pablo, primer ermitaño, sesenta años en otra cueva, y S. Antonio veinte años en un sepulcro, si el mismo Dios en esta soledad tan áspera no les hiciera dulce compañía? Pues ¿qué dirémos de los gloriosos patriarcas de las religiones, Benito, Bernardo, Domingo, Francisco, Ignacio y de otros muchos hijos suyos? Los cuales fueron prevenidos con admirables favores celestiales para subir á los altos grados de santidad que tuvieron y fundar los admirables institutos que fundaron. Y hasta el dia de hoy no cesa nuestro Señor de hacer tales favores á los que quiere hacer tambien muy santos. Y en muchos rincones del mundo tiene personas escogidas con quienes trata, y á quienes se comunica con familiaridad extraordinaria, dando de ello algunas veces señales exteriores para ejemplo de los buenos: aunque otras veces quiere que todo sea secreto, á causa de la envidia y malicia de los incrédulos; á los cuales pode-

[1] Actor. 2, v. 17.—[2] Joel 2, v. 28.— [3] Isai. 35, v. 1.

mos bien decir [1]: ¿Por ventura háse agotado la divina Sabiduría, ó entibiado su caridad, ó limitado su liberalidad, ó menoscabado su omnipotencia, para que no sepa, quiera y pueda, y en efecto comunique tales favores á los presentes, como los comunicó á los pasados? Y si esto no se puede decir, porque Dios siempre es el mismo, de creer es que tiene ahora muchos amigos en su Iglesia, con los cuales trata y comunica con la familiaridad á que le inclina su inefable caridad: y si el demonio con su astucia procura desacreditar las verdaderas revelaciones; y visiones con otras falsas y fingidas, y pretende oscurecer las virtudes heróicas con otras aparentes, quien por esto es incrédulo y condena todas las cosas extraordinarias, que llegan á su noticia, ya es vencido por Satanás; pues niega lo verdadero á causa de lo falso, sin hacer diferencia entre el espíritu bueno y el malo, y sin mas exámen lo condena todo. *No querais*, dice S. Juan [2], *creer á todo espíritu;* pero tampoco no condeneis á todo espíritu, *sino primero examinad los espíritus, para ver cual es de Dios*, y cual del demonio; pues cuan cierto es que el demonio hace caer en engaños extraordinarios á los soberbios, tan cierto es que Dios dispensa favores extraordinarios á los humildes.

§ II.

A qué personas se dan, ó niegan estos favores.

1. Mas para que se vea en qué personas estas cosas extraordinarias proceden de la eleccion y vocacion de Dios, se ha de presuponer que su infinita caridad y liberalidad algunas veces suelen salir de su curso ordinario, y que comunica estos favores extraordinarios á los grandes pecadores, como los comunicó á Saulo,

[1] Isai. 59, v. 1.—[2] I Joan 4, v 1.

perseguidor de su Iglesia, cercándole con una grande luz y arrebatándole en tres dias que estuvo sin vista del cuerpo, para ver cosas admirables con la vista del alma [1]. Y esto lo hace por muchos motivos, mirando por el bien del mismo á quien llama de esta manera, mostrando la grandeza de su misericordia con hombre tan necesitado y envejecido en sus malas costumbres ó tibiezas, que si no fuera por favores extraordinarios, se perdiera y quedara para siempre anegado en sus miserias; y tambien para que se alienten con este ejemplo los demás pecadores, los flacos y tibios, confiando en la divina misericordia que querrá favorecerlos. Conforme á lo que S. Pablo dijo de sí mismo [2]: *Alcancé misericordia para que Cristo Jesus descubriese en mí principalmente toda su paciencia para enseñanza, y aviso de los demás, que han de creer en él, y alcanzar la vida eterna.* Y con esto tambien descubre á los justos la grandeza de su caridad y omnipotencia, por la cual puede todo lo que quiere y sin hacer agravio á unos, usa de muy grandes misericordias con otros: para que entiendan todos que no han de atribuir estos dones á sus industrias ó merecimientos, sino á la liberalidad del dador, humillándose cuando los reciben y rindiendo su juicio cuando se les niegan; porque nuestro Señor hace de una via muchos mandatos; pues haciendo bien á un pecador indigno, prueba la humildad, paciencia y caridad del justo. Como se verá admirablemente figurado en la historia del hijo pródigo, á quien su padre hizo muchos favores extraordinarios, de los cuales fuera razon que el hermano mayor se alegrara, así por ver la mucha caridad de su padre, como por la buena suerte de su hermano. Pero estuvo tan léjos de esto, que tocado de la envidia, descubrió su imperfeccion, y las causas justas porque su padre no le regalaba con semejantes favores. Y ¿qué es lo

[1] Actor. 9, vv. 1, 2, 3, 9. —[2] I Tim. v. 16.

que le dice? *Ha tantos años que te sirvo, sin quebrantar tu mandamiento, y nunca me diste un cabrito para que convidase á mis amigos: y á este hijo tuyo, que desperdició su hacienda con malas mujeres, en viniendo á tu casa, le hiciste un convite con una ternera muy gruesa* [1]. En las cuales palabras descubrió cinco notables imperfecciones, las cuales resulta, que los justos, aunque hayan servido á Dios muchos años, no sean dignos de recibir estos favores extraordinarios.

1. La primera es, una secreta soberbia y presuncion por sus largos servicios, y antigüedad que tienen en la casa de Dios, y por la obediencia que siempre han tenido, pareciéndoles que tienen muy obligado á nuestro Señor, y que debe hacerles tales favores. Esto significan aquellas palabras: *Ecce tot annis servio tibi.* Como quien dice. ¿No te acuerdas, Señor, de los muchos años que he gastado en servirte, sin jamás dejar de obedecerte? Pues ¿cómo regalando al que te ofende, te olvidas del que te sirve? Pero bien se ve la falta de humildad: porque el verdadero humilde, despues que ha hecho todo lo que su Padre celestial le ha mandado, dice como Cristo nuestro Señor lo avisa [2]: *Siervo soy sin provecho, lo que estaba obligado á hacer, eso hice*, no merezco que Dios me haga tal merced: y si quisiera hacérmela, será de pura gracia.

2. Tambien descubrió notable falta de pureza en el amor, el cual no era tan puro y desinteresado, como debia tenerle hijo tan antiguo sirviendo á tal padre, pues da á entender que no le sirve puramente por ser su padre, sino para que le de el cabrito de los favores y regalos sensibles. Y no sin misterio, habiendo el padre dado un banquete al hijo pródigo con una ternera gruesa, él no pedia sino un cabrito, que es figura de los que el dia del juicio estarán *á la mano izquierda* del

[1] Luc. 15, vv. 29 30. — [2] Luc. 17, v. 10.

Juez[1]; para significar, que estos favores extraordinarios y regalos sensibles, no sirven al que está tocado de vanidad, para tener santidad y devocion verdadera, antes bien le son ocasion de soberbia y de ser contado entre los réprobos, por usar mal de estos dones.

3. Y esto se ve por la tercera falta, que descubre en la pureza de la intencion con que pretende estos favores, pues no los quiere para servir mas á su Dios con ellos, sino, *ut epularer cum amicis meis*, para dar público banquete á sus amigos, con vana ostentacion y jactancia, manifestando á todos los dones que recibe, para que le tengan por hombre que priva con nuestro Señor, y es tan favorecido y estimado de él, que le regala de esta manera; y aunque colorea esta pretension con decir que quiere los favores para aprovechar con ellos á sus prójimos, pero en verdad mas se busca á sí que á ellos.

4. Cuya señal evidente es la otra falta que descubrió contra la caridad fraterna, pesándole con envidia de los favores y regalos que recibia su hermano, despreciándole y condenándole por indigno de ellos; habiendo de holgarse con caridad de verle remediado y de que su Padre celestial sea tan bueno que haga tales favores al indigno. Y aun mucho mas descubrió su falta, porque alegrándose los criados de su padre, por la conversion del hijo pródigo y por los favores que le hacia, él solo se entristeció y enfadó por ello; para significar, que muchas veces los sencillos é imperfectos se huelgan de estos buenos sucesos, por el bien que de ellos resulta á sus prójimos y por la gloria que Dios recibe con ellos; y los que presumen de perfectos se entristecen porque no alcanzan otros tales.

5. Y todo esto, finalmente, procede de la falta de resignacion que tienen las disposiciones de Dios, no

[1] Matth. 25, v. 33.

rindiendo su propio juicio á ellas; pareciéndoles que habian de ir por otro camino y diciendo, que no es razon regalar á los hijos pródigos y dejar á los obedientes; dar ternera gruesa á los que han gastado muchos años en ofenderle, y no dar ni un cabrito á los que se han ocupado siempre en servirle. Y de aquí proceden las quejas y murmuraciones interiores, y los tédios y enfados contra su propio padre celestial, hasta venir á cansarse de la obediencia, y faltar á veces en la perseverancia.

Estas son las principales causas, porque niega nuestro Señor estos favores á muchos justos que le sirven largos años, guardando sus preceptos; como este hijo que hemos referido, á quien su padre no respondió. Engañaste en decir, que ha muchos años que me sirves y siempre me obedeces; porque decia verdad en lo sustancial; sino que corrigió su imperfeccion, para que se hiciese digno de recibir otros dones mucho mayores, que los que imperfectamente deseaba. ¿Y qué dones eran estos, sino el mismo Dios, y todas sus cosas? Y por esto le dijo: *Omnia mea tua sunt.* Como quien dice: No pongas los ojos en estos favores que hago á tu hermano, sino en los dones que te tengo guardados; y los hallarás en mí solo, si me sirves á mí y por mí, y no por tí, porque en mí lo hallarás todo; y teniéndome á mí, tendrás todas las cosas que te convinieren, y lo que vale mas que el cabrito y que la ternera y que cuantos dones fuera de mí, puedes recibir, y yo te puedo dar. De aquí es, que de ley ordinaria nuestro Señor concede estos favores extraordinarios á las personas que le sirven con tanta perfeccion, que carecen de las cinco imperfecciones que se han dicho y están adornadas con las perfecciones contrarias; ó sino las tienen todas, los mismos favores les ayudan para ganarlas y ser excelentes en ellas; conviene á saber, profunda humildad,

teniéndose por indignos de los dones de Dios, juzgando que no se les deben regalos, sino castigos; amor puro de Dios por sí mismo, sin otros intereses de cosas criadas, teniendo por sumo gozo, y premio, amarle y darle contento; intencion sincera de agradar á Dios, sin respetos vanos de agradar á los hombres, ó ser estimados de ellos, encubriendo con el secreto los dones que tienen caridad y amor grande para con los prójimos, alegrándose de los bienes que estos reciben, aunque reciban mucho mas que ellos, y aunque sean mas nuevos en el servicio de Dios y en lo exterior parezcan mas indignos; y finalmente, perfecta resignacion de su juicio á todo lo que Dios ordene, teniendo esto por lo mejor y mas acertado, gustando tanto de carecer de estos dones, como de tenerlos, cuando Dios así lo quiere, porque su divina ordenacion y voluntad han de ser mas estimadas que todos los otros dones, pues con tener á Dios los tendrán todos.

Estas cinco cosas son tambien señales ciertas, de que las vocaciones á cosas extraordinarias, que las acompañan son de Dios; y aunque no es seguro pretenderlas como luego verémos, pero es bien no hacerse indignos de ellas; y esto se alcanza poniendo en práctica las virtudes ordinarias, con las cinco condiciones que se han dicho; las cuales disponen para recibir las estraordinarias, dejando la distribucion de ellas á nuestro Padre celestial, cuya caridad no sabe tener tasa en dar, si hay disposicion para recibir. Y así dijo una vez á Santa Angela de Foligno [1]: No es menor el amor que ahora tengo á los hombres, que en tiempo de mis siervos Domingo y Francisco; y si hallase ahora semejante disposicion en algunos, no les haria menores favores que á ellos. Y quizá por es-

[1] En su vida.

to dijo Ricardo de S. Víctor [1], que la tibieza de nuestra vida, y la imperfeccion de nuestro amor, es causa de no sentir los excesos anagógicos sobrenaturales, que nuestro Señor suele comunicar á sus fervorosos amigos.

CAPÍTULO XIII.

DEL PELIGRO QUE TIENEN LOS MODOS DE VIDA EXTRAORDINARIOS, Y COMO NUESTRAS ELECCIONES HAN DE SER DE LOS ORDINARIOS.

—

Aunque los modos de vida extraordinarios, de que se hizo mencion en el capítulo pasado, tienen las grandezas que se han referido, no hay duda que de suyo son mas peligrosos y ocasionados á grandes ilusiones y engaños de *Satanás; el cual se transfigura en Angel de luz* [2], para engañar á los soberbios, y llevarlos al infierno por alguna senda no usada, que ellos tenian por mas corta, y dejando el camino real y trillado, que era mas seguro. Por esta senda caminan los que son amigos de nuevas revelaciones, suspensiones y raptos; y los que inventan nuevas asperezas, no usadas en el vestido y comida y en el trato con los hombres, para traerlos admirados y ser honrados de ellos; y todos los demás, que guiados de su propio espíritu, so pretexto de mayor santidad, se apartan del camino trillado por seguir el nuevo, que su juicio altivo y soberbio ha inventado. Cuya perdicion está figurada en aquel lastimoso caso, que cuenta el profeta Jeremías [3], *de ochenta hombres, que salieron de tres ciudades, Siquem, Silo y Samaria, con trage extraordinario de penitentes, las barbas rai-*

[1] Lib. 4, de grat. contempl. cap. 16, et lib. 5, cap. 3.—[2] II Cor. 2, v. 14. — [3] Jer. 41, vv. 5-8.

das, las vestiduras rasgadas y sucias, y con dones é incienso en las manos para ofrecerlos al Señor en su templo. Y cuando el perverso Ismael los vió de léjos, salióles al encuentro *llorando* y gimiendo como ellos, y convidándolos á que fuesen á ver á *Godolías*, gobernador de los caldeos en Masphath mas cuando los tuvo en *medio de la ciudad los pasó á cuchillo, á escepcion de diez que se libraron*, diciéndole, *que tenian grandes tesoros escondidos en el campo.* Son estos hombres figura muy propia de los que presumen caminar por veredas singulares con vana ostentacion de sus virtudes. Raen las barbas con humillaciones exteriores; rasgan las vestiduras con ayunos y penitencias corporales; llevan dones é incienso en las manos, haciendo sus obras y oraciones en público para ser vistos de todos; con lo cual ellos mismos provocan contra sí á los demonios. Porque como dice S. Gregorio[1]: *Deprædari desiderat qui thesaurum publice portat in via:* desea ser robado quien lleva el tesoro descubierto en el camino, provocando con su vana ostentacion á los ladrones, que son los tentadores, para que le tienten, y derriben en graves pecados; lo que á veces hacen con astucia, fingiéndose sus amigos y compañeros, é induciéndoles á cosas que parecen mas gloriosas, para despeñarlos en el abismo de la soberbia y confianza propia; y cuando los tienen á su parecer mas seguros, entonces los pasan á cuchillo, dando con ellos en el infierno, sino es que nuestro Señor con luz del cielo les abra los ojos en medio de su peligro; como á los diez varones que se libraron, diciendo que tenian tesoros escondidos en el campo. Y qué tesoros son estos, dice S. Gregorio[2], sino las obras de la verdadera penitencia, la cual como no se vé con los ojos del cuerpo, está como escondida en la tierra del co-

[1] Hom. 11, in Evang.—[2] Lib. 1. Mor cap. 19.

razon, y por ella son librados los que caen en la cuenta de sus yerros.

Mas si queremos decir, que estos ochenta varones con santa intencion llevaban este hábito de penitentes y sus ofrendas, en esto mismo se representa el peligro de que tratamos, porque ellos caminaban muy seguros por su camino al templo del Señor, que solia estar en Jerusalen; porque aun no sabian que le hubiesen destruido los Caldeos [1]; pero el falso Ismael los sacó del camino y los llevó á Masphath, donde habia un oratorio ó altar particular, diciéndoles que alli podrian ofrecer sus dones, y tratar de sus negocios con Godolías; y entonces con engaño les quitó la vida. ¿Y qué tragedia es esta, sino la de aquellos, que caminando por el camino real y verdadero de la penitencia y oracion, enderezando sus pasos al templo de Dios, que está en su Iglesia, son engañados de Satanás so color de algun bien aparente, llevándolos á oratorios particulares y á modos de vida singulares, para poder mas á su salvo destruirlos? Por esto cuadra bien á este tentador el nombre de Ismael, que quiere decir: *Exauditio Dei*, ser oido de Dios, porque encubre sus engaños con decir, que el camino que él enseña, es el mejor para que Dios les oiga, y acepte el incienso y dones que llevan en sus manos. Pero mas cuerdos fueron que él los diez varones, que viéndose extraviados, quisieron volverse al camino por donde habian venido, diciendo que en sus tierras tenian tesoros escondidos en el campo, que son los medios ciertos y seguros de la penitencia y religion cristiana, que Cristo nuestro Señor comparó al *tesoro escondido en el campo* [2], porque en la exterior es como el campo, que es comun para todos; pero en lo interior es rara y preciosa, por la singular santidad que en sí

[1] Ita multi ex doctoribus hebræis. — [2] Matth. 13, v. 44.

encierra. Con el exterior comun conserva la humildad, y con el interior precioso acrecienta la santidad; y quien rehusare de ir por este camino, sin duda será engañado del demonio, pues ya lo está de su espíritu soberbio, que desprecia las cosas ordinarias y comunes por seguir las desusadas, y extraordinarias, que escoge para ser alabado y estimado por ellas.

§ I.

Pondera bien esto que dijo S. Gregorio Nacianceno[1], en una famosa homilia, que hizo contra los ingenios altivos y presuntuosos, que inventan cosas nuevas y nunca usadas ó dichas por otros, así en la doctrina, como en las costumbres, despreciando las antiguas que siguieron los antepasados, ó que siguen los demás fieles; porque les parece poca virtud la comun que practican todos, y poco ingenio contentarse con las verdades ya sabidas de otros: y como los soberbios del mundo no se contentan con los vestidos y trajes ordinarios, que traen las demás personas de su calidad, sino que inventan nuevos trajes y libreas para señalarse sobre los otros; así estos soberbios y vanagloriosos no se contentan con las costumbres y doctrinas comunes y trilladas, canonizadas con la antigüedad y uso de los mayores, sino que inventan modos de vivir y de sentir desusados, en que puedan sobresalir respecto de los demás, imitando al Fariseo que decia: *No soy yo como los demás hombres*[2], porque hago muchas cosas que no hacen ellos; en lo cual como dice el Nacianceno desprecian y tienen en poco á los demás.

1. Y por aquí ha de comenzar la curacion de su soberbia[3]: *Noli*, inquit, *ignominia afficere consueta: no-*

[1] Homilia de modest. in disput. observanda. — [2] Luc. 18, v. 11 — [3] D. Gregór. etiam, lib. 5, Mor. cap. 18.

li venari nova , quo inter plurimos excellas. Melior est portio parva cum securitate,quam magna cum anxietate. No quieras afrentar las costumbres antiguas, y las virtudes y doctrinas aprobadas y usadas; ni te desdeñes de seguirlas yendo tras todos. No andes á caza de novedades para ser estimado mas que los otros; porque mejor te está tener poco con seguridad, que mucho con ansias y congojas de muerte, por el peligro en que te pones de perderte. Acuérdate de lo que dice el Eclesiastes [1]: *No quieras ser muy justo, ni saber mas de lo que es necesario,* ne obstupescas, *para que no desvaries.* Que es decir: Si por deseo vano de excelencia no te contentas con la justicia y ciencia comunes y ordinarias, pretendiendo ser mas justo y sabio que los otros, darás en desvaríos, acudiendo el demonio á engañarte, y permitiendo Dios este engaño en castigo de tu soberbia.

2. Además, ¿qué hombre hay, si es cuerdo, que pudiendo hacer su jornada por un camino real y trillado, cierto y muy seguro, por donde van todos los caminantes, quiera ir solo por una senda despoblada y peligrosa, por donde nunca caminó persona, pues esto es querer perderse, y trabajar en vano? Pues si puedes ir al cielo por camino real, y trillado de verdades y costumbres antiguas, por donde caminaron los Santos, y doctores de la Iglesia, ¿para qué buscas nuevas veredas? *Tu quid salute majus quæris?* ¿Qué otra cosa buscas mayor, ni mejor, que la propia salvacion? Si buscas tambien tu honra, perderás lo uno y lo otro; y si unos te envanecieren con lisonjas, otros te aterrarán con murmuraciones, tachándote de hipócrita é iluso, porque vas por camino poco trillado, y muy dificultoso, cuyo paradero quizás será el infierno. Mejor te será ir por el camino real, por

[1] Eccles. 7, v. 17.

donde muchos se han salvado, y alcanzado grandes dones de Dios: *Qui egregia donat, et per communia salvare novit*, el cual suele conceder preciosas dádivas y salvar por las cosas comunes, enriqueciendo mucho por ellas, de modo que por ser comunes no dejen de ser muy preciosas [1].

3. Y si quieres ver esto claramente pon los ojos en los principales sacramentos, donde puso el Salvador todo nuestro remedio. ¿Qué cosa hay mas comun en el mundo, que un poco de agua natural, como se saca de la fuente, ó de algun pozo? Pues con esta, y no con otras aguas de ángeles se hace el sacramento del bautismo, por el cual Dios te justifica, y te admite al derecho de su gloria. Y qué cosa hay mas ordinaria, que un poco de pan y vino, que es comun sustento de todo el pueblo? Pues debajo de sus accidentes está escondida la cosa mas preciosa que tiene Dios en el cielo, y en la tierra, que es el cuerpo y sangre de su Hijo unigénito, por quien te sustenta, y perfecciona con ilustrísimos dones de su gracia. Pues ¿qué es esto, sino avisarte, que no desprecies las cosas comunes y ordinarias, donde Dios ha depositado tantas excelencias?

4. Acuérdate tambien, que no sin misterio dijo el Eclesiástico [2]. *No dejes al amigo antiguo porque el nuevo no será como él. El amigo nuevo, es como el vino nuevo*, y como el mosto, que no está cocido, ni se sabe qué tal será. Suele al principio estar dulce, y poco despues volverse vinagre. Pero el amigo antiguo es como vino añejo, que está ya hecho y sazonado, y puede gustarse con provecho. Y ¿quiénes son los amigos viejos, sino los Santos Padres y doctores de la Iglesia, que nos han precedido? Y ¿qué es el vino añejo, sino las costumbres y doctrinas antiguas

[1] Ex Nacianceno.—[2] Eccli. 9, vv. 14, 15.

que ellos guardaron, las cuales están sazonadas y apuradas, y sin peligro pueden ser guardadas? Mas las nuevas son como vino nuevo, porque al principio parecen dulces, verdaderas y santas, y despues se convierten en vinagre de vicios y falsedades. ¿Quién hay, dice el Salvador [1], que si tiene vino añejo que beber, quiera tomar el nuevo, porque dirá, *mucho mejor es el añejo*. Pues si tú puedes beber el vino añejo de la verdad y santidad, ¿para qué embriagarte con el vino nuevo que te saque de sentido? No quieras ser justo con demasía. *ne obstupescas*, para que no pierdas el sentido con esta bebida, y te cause dentera, ó acidez que atormente tu conciencia. No quieras, dice Salomon, traspasar los mojones antiguos y los límites que señalaron tus padres.

5. Nuestros padres fueron los apóstoles y doctores, y los fundadores de las sagradas religiones; los cuales señalaron á sus hijos el modo de sentir y obrar que habian de guardar. No quieras inventar otros nuevos, porque no yendo por donde fueron ellos, no llegarás á donde ellos están. ¿Quién te ha hecho tan atrevido, que quieras inventar nuevos reglamentos para tu vida? *Noli esse lege legalior, nec regula æquior, nec mandato sublimior*, dice el Nacianceno; no quieras ser mas legal que la ley, mas regulado que la regla, ni mas excelente que el precepto. Mejor es ajustarte con la ley, regularte con la regla, acomodarte al precepto y seguir el modo de vida que te enseña el Evangelio, sin inventar nuevas leyes y reglas que te aparten de las verdaderas, so pretesto de señalarte mas en ellas.

6. Mira tambien la division que causas con estas novedades en la comunidad donde vives. «Porque los «tales, dice S. Bernardo [2], son destructores de la

[1] Luc. 5, v. 39.— [2] Serm. 3, de Resurrect.

«union, enemigos de la paz, están vacíos de caridad «y llenos de vanidad, son hombres que se pagan de «sí mismos, y se tienen por grandes ignorando la «verdadera santidad, hacen ellos otra nueva. Y ¿qué «mayor soberbia, que anteponer un hombre su juicio «al de toda la comunidad, despreciando el modo co- «mun de todos por seguir el que á él le parece, co- «mo si él solo tuviera espíritu de Dios para llevar tras «sí á todos? ¡Ay de estos que se hacen como idóla- «tras de su propio juicio, venerando el modo de vida «que han escogido como cosa divina, siendo diabó- «lica y mundana, engañando á los sencillos para que «se vayan tras ellos! Por lo cual serán terriblemente «castigados, como aquel pueblo á quien dijo Dios por «Amós profeta [1], que no perdonaria sus graves «pecados, *porque dividió las preñadas de Galaad «para ensanchar sus términos y linderos.* ¿Quiénes, dice «S. Gregorio Papa [2], son las mujeres preñadas de Ga- «laad, sino las almas sencillas de la Iglesia, que es- «tán preñadas de santos deseos y de grandes propósi- «tos de servir á Dios de veras? A estas divides con «tus palabras y ejemplos de singularidad, por la di- «sension y discordia que pones entre ellas; porque «donde hay novedades, siempre hay parcialidades y «bandos; y faltando la union de la caridad, síguese «la division del corazon y la muerte del alma, y todo «será por tu cuenta.»

§ II.

De todo lo dicho se concluye, que cuando hubieres de hacer eleccion de algun estado, ó suerte y modo de vida, no has de poner los ojos en las cosas extraordinarias, que no podrás alcanzar ó serán para tu daño,

[1] Amos 1, v. 13.— [2] 3. p. Pastor. admonit. 25.

sino en las que están recibidas y aprobadas en la Iglesia, y estado donde vives, conforme al consejo del Sabio, que dice [1]: *No levantes los ojos á las riquezas que no puedes alcanzar, porque tomarán alas, como de águila, y subiránse al cielo.* Por tanto [2], *prudentiæ tuæ pone modum* [3], pon moderacion en tu prudencia, pretendiendo solamente aquellas riquezas espirituales de ciencias ó gracias y dones que ordinariamente suele nuestro Señor conceder á los diligentes y prudentes en pretenderlas, porque de otra manera hallarte has burlado y fatigado sin poder alcanzarlas, y quedarás perdido por haberlas vanamente pretendido. Pon los ojos en las vidas de los Santos, á quienes nuestro Señor ha comunicado semejantes gracias, y glorificándole por los favores extraordinarios que les hizo, imita sus virtudes; porque este es el camino para alcanzar la rara virtud y santidad que alcanzaron ellos. Son, dice San Bernardo [4], las vidas de los Santos, como los banquetes de los grandes señores, en que se sirven manjares regalados y vinos muy preciosos en platos y copas de oro y plata. Los manjares y vinos dánse á los convidados, para que los coman y beban y se sustenten con ellos; mas no se les permite que tomen las vasijas de oro y plata; ni se ponen para eso; sino para que se admiren y recreen con su hermosura, reconociendo la grandeza del príncipe que les convida; así tambien las virtudes de los Santos sirven de manjares y vinos preciosos, para que las incorporemos con nosotros y las imitemos y medremos con ellas; mas los milagros y dones extraordinarios que tuvieron, solamente son para que nos admiremos y glorifiquemos al Señor que así les favoreció y nos alentemos á servirle con gran fervor, esperando de su liberalidad que, cuando conviniere para nuestra salvacion, con el manjar nos da-

[1] Prov. 23, v. 5.—[2] Beda hic.—[3] Prov. 23, v. 4.—[4] In serm. D. Martini.

rá tambien el plato de plata; y con el vino la copa de oro, pues tan fácilmente puede dar lo uno como lo otro: y si no lo hiciere, no será por escasez, sino por otros fines de su mayor gloria. Cuanto mas, que algunas veces suele nuestro Dios en platos de barro, y en vasos de vidrio dar manjares y vinos mas preciosos, que en los de plata y oro, para mostrar la profundidad de su sabiduría en dar santidad muy heróica en lo interior, por medios ordinarios y comunes en lo exterior, siguiendo los pasos de nuestro Salvador, que nos enseñó un modo de singularidad, que todos debemos desear; porque fué singular en las virtudes interiores y en las obras que pertenecian á la observancia de la ley divina y consejos evangélicos, en que está la suma perfeccion; pero en lo exterior escogió un modo de vida semejante al comun de los demás, hombres en el vestido, comida y trato con ellos. Cumpliendo, como pondera Sto. Tomás [1], el consejo que aprendió de él su apóstol, cuando dijo [2]: *Acomodeme á todos en todas las cosas, para ganar á todos, y hacerlos salvos.* Pues de este modo has de acomodarte en lo exterior á la manera de vida comun y ordinaria, que guardan las demás personas de tu calidad, procurando ser excelente y singular, en cuanto á las virtudes interiores y á las obras en que consiste la perfecta observancia de la ley evangélica conforme á tu estado, con una santa singularidad y novedad, que admire á los ángeles y á los hombres, por verte ejercitar en las cosas comunes de un modo singular. Como aquel gran sacerdote, de quien se dijo [3]: *No se halló otro semejante á él que así guardase la ley del Señor.* Y como decia David de sí [4]: *Singulariter sum ego, donec transeam.* Mientras me durare la vida seré singular en ella, no solo singular en apartarme de la congregacion de los malos, sino tam-

[1] 3 p. q. 40, art. 2. — [2] I Cor. 9, v. 22. — [3] Eccli. 44, v. 10. — [4] Psalm. 140, v. 10.

bien en huir de la congregacion de los tíbios é imperfectos, para que pueda ser *escogido como el sol* [1], que es singular entre las estrellas. Esta singularidad es camino muy seguro, y causa grande confianza en Dios, con prendas de perseverar hasta la muerte. Conforme á lo que dijo el mismo salmista [2]: *En paz recogido dentro de mí, dormiré y descansaré, porque tú, Señor, me has puesto singularmente en la esperanza,* premiándome el cuidado que he tenido de servirte con singular santidad, con darme una singular confianza de que tengo de ir á reinar contigo. Amen.

CAPÍTULO XIV.

CONTIENE UN CATÁLOGO DE TODOS LOS MEDIOS ORDINARIOS PARA ALCANZAR GRAN SANTIDAD EN CUALQUIER ESTADO.

Por fin de este tratado, para consuelo de los que desean alcanzar singular santidad en su estado, pondrémos un catálogo de los medios ordinarios mas eficaces para ello, fundándole en lo que dijo S. Juan [3] de la celestial Jerusalen, que tenia doce puertas á las cuatro partes del mundo, oriente, septentrion, mediodía y occidente. A cuya semejanza podemos decir [4], que la santidad tiene muchas puertas para entrar en lo mas interior de ella, repartidas en cuatro órdenes.

1. Porque lo primero, tiene su oriente, que es la fe, por la cual el Sol de justicia comienza á comunicar la luz de su doctrina, ilustrándonos con tres conocimientos en que está la vida eterna [5], el de Dios trino, y uno, el de Cristo, Dios y hombre, Salvador nuestro, y el de nosotros mismos y nuestras miserias; á los cuales se entra como por puertas, y por los tres ejer-

[1] Cantic. 6, v. 9.— [2] Psalm 4, vv. 9 et 10.— [3] Apoc. 21, vv. 12, 13.— [4] D. Gregor. hom. 15, in Ezech.— [5] Joan. 17, v. 3.

cicios que esclarecen la fe, y disponen para la contemplacion; conviene á saber oir sermones, leer buenos libros, y meditar los divinos misterios, procurando que el conocimiento de las verdades aficione la voluntad á la pretension de las virtudes.

2. Y porque suele haber pérdidas en la santidad tiene su septentrion, que es la penitencia, cuyas tres puertas son las tres partes, que llamamos contricion, confesion y satisfaccion, acompañando la contricion con fervorosos propósitos de renovar la vida, la confesion con frecuente exámen de conciencia y la satisfaccion con ayunos y otras obras penosas que domen la carne.

3. De aquí se ha de pasar al mediodía de la santidad, que es el fervor de la caridad, cuyos tres actos principales son: amor de Dios sobre todas las cosas, amor de los prójimos, amigos y enemigos, y celo contra todos los pecados, mostrando el amor y celo con las obras. A este fervor se entra por tres insignes puertas que son: trato familiar con Dios por oracion mental y vocal, frecuencia de comunion y asistencia al santo sacrificio de la Misa, donde está el mismo Cristo para regalar y enfervorizar á sus escogidos.

4. Finalmente, como la perfecta caridad consiste en la muerte de toda codicia, tiene tambien la santidad su occidente, que es la perfecta mortificacion de sí mismo, muriendo al mundo y al amor propio; y sus tres puertas son las tres insignes mortificaciones de los tres deseos de regalos, riquezas y honras vanas, aceptando tambien con humildad y paciencia la cruz, que en todas tres cosas nos pusiere la malicia de los hombres.

Estas son en suma todas las puertas de la heróica santidad, de las cuales dijo David [1]: *Abridme las puer-*

[1] Psalm. 117, vv. 19, 20.

tas de la justicia, y en entrando por ellas confesaré al Señor: esta es la puerta del Señor, y los justos entrarán por ella. Imaginaba este devoto rey, que la santidad y perfeccion eran como un gran templo con muchas puertas, pero cerradas; y deseando entrar dentro daba voces, para que se las abriesen, á fin de emplearse con seguridad en las divinas alabanzas, en compañía de los demás justos; y aunque las puertas son muchas, dijo luego: *Hæc porta Domini;* esta es la puerta del Señor. Dando á entender, que todas doce se reducen á una, que es el perfecto cumplimiento de la voluntad de Dios en todas las cosas [1], y la perfecta imitacion de Cristo nuestro Señor, que dijo de sí mismo [2]: *Yo soy la puerta, si alguno entrare por mí, será salvo.* Tambien todas doce se llaman una, por la grande union y trabazon que tienen entre sí, porque la entrada por la una es disposicion, ó fruto de la entrada por la otra; y quien bien entra por una, entrará bien por todas; y quien aborrece alguna, no hallará fácil entrada por las demás. Y si deseas ser justo, has de entrar por ellas; porque *justi intrabunt per illam.* No hay otro camino para la justicia y santidad que por estas puertas, con la union que se ha dicho; procurando siempre entrar mas y mas en lo interior de todas. Cada dia has de entrar por algunas, señalando hora para la leccion y oracion vocal y mental y para el exámen de la conciencia y para oir misa, comulgando espiritualmente en ella. A ciertos tiempos has de entrar por otras puertas, frecuentando los sacramentos de confesion y comunion. Siempre y en toda hora has de estar aparejado para entrar por las puertas de la mortificacion, cumpliendo los preceptos penosos que se ofrecieren, y aceptando los trabajos que te vinieren, teniendo por dicha que se te ofrezcan muchas ocasiones

[1] Matth. 7, v. 21 et cap. 19, v. 17.—[2] Joan. 10, v. 9.

en que ejercitar la paciencia. Y todas estas obras no han de hacerse superficialmente, pagándote de solo lo exterior; porque eso no seria entrar dentro de las puertas de la justicia sino quedarte fuera de ellas, por cuanto las obras exteriores no son mas que fachada de la casa de la santidad; y quien se contenta con ellas solas, quédase á la puerta, sin entrar en lo interior de la virtud, en lo que consiste principalmente *la gloria de la hija del Rey del cielo* [1], y la santidad perfecta.

1. Para esto has de guardar tres avisos importantes, que el Profeta Rey da en estas palabras. El primero es, fundarte en profunda humildad, reconociendo que estas puertas de la santidad están para tí como cerradas, y que no puedes por tus fuerzas abrirlas si Dios no te las abre, por ser innumerables los estorbos que el demonio, mundo y carne ponen en cada una de ellas. De donde vino á decir Cristo nuestro Señor [2], que *la puerta de la vida era estrecha, y la senda muy angosta, y que pocos entraban por ella;* y si has de ser del número de los pocos, has de humillarte, y con humildad decir á Dios como David: *Abridme, Señor, las puertas de la justicia,* ayudándome á entrar por todas. Unas veces te imaginarás muy léjos de ellas por tus pecados, como un delincuente, que huye de la justicia, que le va siguiendo para prenderle; y cuando llega á la Iglesia, si halla las puertas cerradas, da voces y golpes, pidiendo que se las abran para entrar dentro y librarse de aquel peligro; así tú viéndote perseguido de tus vicios y pasiones, si quieres huir de los castigos con que la justicia de Dios te amenaza, has de acogerte á las puertas de la santidad, especialmente á los sacramentos, pidiendo que te las abran para entrar dentro, y alcanzar remedio. Otras veces imaginarás que por tus tibiezas estás á la puerta de la santidad

[1] Psalm. 44, v. 14. —[2] Matth. 7, v. 14.

por defuera, porque toda tu virtud es exterior y de cumplimiento por respetos humanos; y avergozado de esto clamarás á Dios, que te abra la puerta para que entres á tratar de la santidad interior y perfecta; pues aunque hayas entrado muy adentro, es tanto lo que te falta por entrar, que puedes imaginarte como á la puerta. Y por esto dijo el Eclesiástico [1]: *Cuando el hombre acabare, entonces comenzará.* Y como los estorbos suelen renovarse, así siempre has de clamar á Dios, que de nuevo abra estas puertas para tí, diciéndole: *Aperite mihi.* ¡O Dios trino y uno, aunque las puertas de la justicia están abiertas para todos los que quieren entrar por ellas; yo las miro como cerradas para mí por mis grandes culpas y flaquezas! Abridlas, Señor, para mí, ayudándome á entrar con fervor por todas.

2. De aquí es, que con esta humildad has de juntar una grande confianza en la providencia y liberalidad de este Dios, que te las abrirá con mucho gusto, cumpliendo la promesa que nos dió, cuando dijo [2]: *Llamad, y abriros han.* Dios es el principal portero de estas puertas, y en sus manos tiene las llaves con que se abren, que son las inspiraciones é ilustraciones celestiales. Y como se escribe en el Apocalipsis [3] *Cuando él abre, no hay quien cierre: y cuando él cierra, no hay quien abra.* Yo, dice el Señor [4]: *abriré delante de tí las puertas, sin que haya quien pueda cerrártelas. Yo te guiaré, y humillaré á los soberbios de la tierra que te impiden: quebrantaré las puertas de bronce, y los cerrojos de hierro, quitando los estorbos que tienes, y te descubriré los tesoros escondidos* dentro estas obras; por tanto anímate á entrar para gozar de ellos. Con esta confianza, cada vez que comenzares alguno de estos ejercicios, has de pedir al Señor, que te abra la puer-

[1] Eccli. 18, v. 6.—[2] Matth. 7, v. 7. —[3] Apocal. 3, v. 7. —[4] Isai. 45, vv. 1, 2, 3.

ta para entrar en el interior de él, enviando del cielo alguna inspiracion, que como llave la abra, y te entre en lo mas secreto de la oracion y comunion y de los demás ejercicios del espíritu: y cuando te diere tal inspiracion, al punto has de obedecerla y entrar á cumplir lo que te inspira. Al modo que dice S. Juan [1], *que vió en el cielo una puerta abierta, y oyó una voz que le decia: Sube acá, y mostraréte las cosas que están por venir. Y al punto subió allá con el espíritu* para ver lo que querian mostrarle; enseñándonos, que no ha de haber tardanza en entrar por la puerta que Dios abre, para que no se enoje, y la cierre en castigo de nuestra pereza; pues muchas veces la buena ocasion que se pierde, tarde se recobra; y quien no obedece á la divina inspiracion, hácese indigno de ella: y si cuando *está Dios llamando á las puertas,* [2] de tu corazon para entrar dentro de tí, tú no se las abres con el consentimiento, no será mucho que cuando tú le pidas que te abra las puertas de la santidad, se haga del sordo, y no quiera abrirlas con el favor especial que deseas.

Pero es bien que adviertas, que no quiere nuestro Señor hacer siempre á solas el oficio de portero, sino tambien se ayuda de otros dos; conviene á saber, los ángeles de la guarda, los cuales con sus impulsos nos mueven y ayudan á entrar por estas puertas, quitando los estorbos que ponen los demonios. Y por esta causa dice S. Juan [3], *de las doce puertas de la celestial Jerusalen, que sobre cada una estaba un ángel*, que era como portero, y tenia por oficio guardarla y abrirla á su tiempo. Tambien son porteros los prelados de la Iglesia, los predicadores y confesores y padres espirituales, por cuya industria y direccion abre nuestro Señor estas puertas, y en manos de los sacerdotes y

[1] Apocal. 4, vv. 1, 2.— [2] Apocal. 3, v 20.— [3] Apoc. 21, v. 12.

confesores ha puesto las llaves del cielo para perdonar los pecados, consagrar su cuerpo, y repartirle entre los fieles. A todos estos porteros se ha de enderezar la peticion, que hace David: *Abridme las puertas de la justicia*, acudiendo con humildad y confianza á ellos, para que en nombre de Dios te ayuden á entrar con provecho por las puertas de estos santos ejercicios, poniendo tu principal esperanza en Dios, que obra por medio de sus ministros.

5. Finalmente, cuando entrares por alguna de estas puertas, has de hacer lo que dice David: *Ingressus in eas, confitebor Domino;* tomando por fin de la entrada, y de todos tus ejercicios la gloria de tu Dios y de su perpetua alabanza, sin mezcla de otro fin terreno, deseando que sea Dios alabado en tí y por tí y por todas las criaturas, y que tu vida sea tal, que todos le glorifiquen por ella: y cuando hubieres recibido algun favor en la entrada, has de alabarle por él, atribuyendo todo el bien que tienes y recibes, no á tus diligencias como tuyas, sino á la divina misericordia y liberalidad, que se compadecieron de tu miseria, haciendo nuevos propósitos de tornar á entrar por las mismas puertas sin cesar, hasta que al fin de la vida entres por las puertas de la celestial Jerusalen á ver á Dios y gozarle en su gloria, por todos los siglos de los siglos. Amen.

TRATADO SEGUNDO.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS

ACERCA DE LAS TENTACIONES CONTRA LA PERFECCION

EN TODOS LOS ESTADOS Y DE LOS

MEDIOS PARA VENCERLAS.

CAPÍTULO PRIMERO.

EN QUE SE PONE UNA SUMA DE LAS TENTACIONES DEL DEMONIO, Y OTRA DE LAS AYUDAS QUE DA LA DIVINA PROVIDENCIA CONTRA ELLAS.

Admirable es la divina providencia acerca de las batallas y tentaciones, que se levantan contra la vocacion y perfeccion cristianas, así en el comun estado de todos los cristianos, de que se trató en el primero y segundo tomo, como en los particulares estados, y oficios de las tres repúblicas seglar, eclesiástica y religiosa, de que vamos tratando; porque Satanás, enemigo de Dios y de los hombres, tiene tambien sus tres repúblicas, de donde saca ejércitos de soldados para hacer guerra á los escogidos. La primera y principal, es la república del infierno, de donde salen innumerables demonios, tentadores de todos los vicios.

La segunda, es la república del mal mundo, cuyo príncipe se llama, donde tiene gran número de hombres carnales y mundanos, que le sirven de soldados para sus intentos. La tercera, es algo metafórica dentro del mundo abreviado del hombre y de su carne, estragada con la culpa original, donde hay gran tropel de imaginaciones y pasiones, que hacen guerra á las virtudes. Pero la divina providencia se muestra muy admirable, así en permitir estas batallas, porque sin su licencia y permision no pueden salir al campo los tentadores, como en proveer de grandes ayudas contra ellas; pues tambien tiene sus tres repúblicas de donde saca soldados, una de ángeles en el cielo, otra de ministros muy escogidos en la Iglesia, y la tercera de virtudes recogidas en el espíritu del mismo justo, ayudándolos en la batalla con sus poderosas inspiraciones.

Y para que se vea el modo como pasa todo esto, se ha de presuponer, que las tentaciones de que tratamos, son todas las cosas que se dicen ó hacen ó pasan dentro del alma, ó fuera de ella, para provocarnos á pecar ó á resistir á la divina vocacion, ó á no perseverar ó no crecer en el bien comenzado; y en este sentido seria gran blasfemia decir, que Dios tienta á los hombres. Porque como dice Santiago apóstol [1], *Dios no es tentador de malos, y á ninguno tienta,* inclinándole á cosa mala, ó por fin malo; y si semejantes tentaciones se le atribuyen en la Sagrada Escritura, es porque justamente, por las causas que despues verémos, las permite, y da licencia al demonio; el cual en la misma Escritura se llama por excelencia *el tentador* [2], *y el que tienta* [3]: para significar, que este es su propio oficio, en que perpetuamente se ocupa con grande astucia y fiereza; la cual nos declara compa-

[1] Jacob. 1, v. 13. —[2] Matth. 4, v. 13. —[3] I Thesal. 3, v. 5.

rándole á diversas fieras, cuya crueldad y sagacidad imita, ó cuyas figuras suele tomar para combatirnos; como tomó figura de serpiente para tentar á nuestros primeros padres. Unas veces dice S. Gregorio [1], le compara á *Behemoth*, que es un animal fiero de la tierra; otras á *Leviathan* [2], que es un gran pez del mar; y otras á *las aves, que vuelan por el aire* [3], para denotar, que persigue á todo género de hombres, y tienta de toda suerte de vicios, tomando ocasion de todas las cosas que hay en estos elementos. Si andas en la tierra entretenido en las cosas necesarias para pasar la vida, ahí hallarás á *Behemoth, que reposa á la sombra en lo secreto del cañaveral, y en los lugares húmedos* [4], inclinándote á los deleites sensuales de la carne y de sus sentidos, encubriéndote el deleite con sombra de necesidad. Si surcas el mar, buscando mayores riquezas, allí toparás con Leviathan, *de cuya boca salen llamas de fuego* [5], *que arden como tea* para atizar tu codicia, y abrasarte con ella. Y si vuelas por el aire, buscando honras, y dignidades, tras tí volarán estas aves de rapiña, para tentarte de soberbia, y derribarte en el abismo de la culpa, y en todas tres figuras hace cruel guerra á las divinas vocaciones; porque siempre, como dijo un profeta [6], *come el manjar mas escogido*, deseando tragar á los que Dios escoge, para depositar en ellos los tesoros de su gracia; y cual es la comida, tal es la bebida; porque este fiero Behemoth dice Dios [7] no se paga *de beber un rio, antes bien tiene confianza de tragar al mismo Jordan*. Por cuanto como declara S. Gregorio [8], hace poco caso de tragar á los infieles y á los que caminan por los caminos anchurosos de la perdicion, y ha puesto su deseo en tragar tambien á los que se acercan al Jordan del bautismo, y

[1] Lib. 33, mor. cap. 14.—[2] Job. 40, vv. 10 et 20.—[3] Matth. 13, vv. 4 et 19. —[4] Job 40, vv. 10 et 16. —[5] Job. 41, v. 10. —[6] Habac. 1, v. 16. —[7] Job. 40, v. 18. —[8] Libr. 33, mor. cap. 6.

de la penitencia, para lavarse de las manchas de sus pecados; pues apenas han comenzado á tocar las aguas, cuando este maldito pez Leviathan, que estaba allí escondido, sale á tragarlos, como el otro pez, que quiso tragar á Tobías, cuando se llegó á lavar los piés en el rio Tigris [1]; porque el ruido de los sollozos y lágrimas, que causa la divina vocacion en los que se convierten, despierta á esta fiera, de quien dice el mismo santo [2], que duerme y reposa con quietud en los pecadores, que están dormidos con el profundo sueño de sus pecados. Mas cuando el toque de Dios los despierta para que resuciten á nueva vida, con esto provocan á Leviathan para que él despierte, y con fuertes tentaciones procure detenerlos en su servicio. Pues ¿qué diré de la presteza con que estos enemigos que el evangelio [3] llama aves del cielo, porque cayeron de allá, y andan por este aire van siguiendo los pasos del divino sembrador, y cuando ven que ha sembrado en el corazon del hombre la semilla de su divina palabra, que es la inspiracion, procuran luego arrebatarla con los picos de su maldita sugestion, para que no lleve fruto con ella?

Pero sobre todo, ¿quién contará los varios modos que tiene Satanás para dar estos asaltos y combates? Porque sin duda son inumerables, aunque los mas ordinarios son dos, que se declaran como advierte S. Agustin [4], por otros dos nombres, que le dá la Sagrada Escritura, llamándole leon, y dragon. Es leon en el ímpetu, y dragon en la astucia. Cuando amenaza con persecuciones, es enemigo público como leon: y cuando asecha con engaños, es enemigo secreto como dragon; pero mas ordinariamente junta ambas cosas. Por lo cual dijo David [5]: *Que acecha en lo escon-*

[1] Tob. 6. vv. 1, 2. — [2] Lib 4 Mor. cap. 31, in id. Job. 3, v. 8. — Qui parati sunt suscitare Leviathan. 3.— [3] Matth. 13, vv. 4, et 19. — [4] Prefat. in Psalm. 69. — [5] Psalm. 9, v. 9.

dido como leon en su cueva. Dando á entender, como declara S. Gregorio [1], que pelea contra los escogidos con potencia, y con engaño; con amenazas de tormentos para vencer á los flacos, y con razones, y milagros fingidos para engañar á los sencillos. Y de este modo, como dijo S. Pedro, [2] *rodea el mundo con bramidos, buscando á quien tragar* para poblar los infiernos. Y pues nuestro espíritu, que como Rey preside sobre sus potencias y sentidos, trae continua guerra contra este rey de los hijos de la sorberbia, bien será, conforme al consejo de Cristo nuestro Señor [3], mirar bien los soldados que tiene, y las armas y pertrechos de guerra con que nos combate; y considerar juntamente el número, valor y esfuerzo de los soldados que hay de nuestra parte, y las armas ofensivas y defensivas que tenemos para resistirle y defendernos; porque si echamos bien la cuenta, no será menester hacer paces con este enemigo, sino acometerle con grande ánimo; pues si sus fuerzas naturales son mayores que las nuestras, las nuestras sobrenaturales son mayores que las suyas, y si son muchos los vencidos, es por no querer aprovecharse de ellas.

§ I.

Estas dos reseñas están maravillosamente figuradas en dos famosas visiones, que tuvo S. Juan Evangelista [4]. En la una vió á Lucifer, que por otro nombre se llama Satanás, en figura de *dragon grande, y encarnado, con siete cabezas coronadas, y diez cuernos, cuya cola derribó en tierra la tercera parte de las estrellas*, dándonos á entender, que este fiero príncipe de las tinieblas es dragon, no solo por la astucia, como se ha dicho, sino tambien por la ponzoña que tiene para

[1] Libr. 32, Mor. c. 12. — [2] I Petr. 5, v. 8. — [3] Luc. 14, v. 31. — [4] Apoc. 12, vv. 3, 4. Numer. 9, D. Gregor. 22. mor. c. 12.

matar las almas; y es grande por la altivez con que se precia de reinar sobre todos los soberbios; y es encarnado por la crueldad con que derrama sangre de hombres, para beber sangre de pecados y tragar á los pecadores. La manera de su gobierno, los instrumentos de sus tentaciones, y los soldados que saca de sus tres malditas repúblicas, están bien representados por la forma de su mostruoso cuerpo.

1. Las siete cabezas representan la muchedumbre de espíritus malignos, de quienes se sirve para tentarnos, porque procura imitar el gobierno de Dios señalando como dicen los Santos Padres [1] un demonio que tienta á cada hombre, y especiales demonios que tienten con mayor furia de especiales vicios; ayudándose unos á otros para vencer á los hombres. Y entre estos son mas principales los siete que tientan de los siete vicios capitales, con que hacen mayor risa; y porque alcanzan muchas victorias, traen la cabezas con coronas. A unos vence por la soberbia, y vana gloria; á otros por la gula, ó carnalidad, ó por la ira, ó avaricia; y de otros triunfa por la envidia y pereza, tragándolos por las bocas de estas siete cabezas, y metiéndolos en su infernal vientre para tenerlos mas seguros, y atormentarlos despues con eternos tormentos. Con estas siete cabezas hace tambien guerra á las siete virtudes principales de la vida cristiana. Unas veces lanza su veneno contra las tres virtudes teologales, tentando con pensamientos de infidelidad y dudas contra la fe, ó con desalientos y desconfianzas contra la esperanza, ó con rencores, y disgustos contra la caridad. Otras veces vomita la ponzoña contra las cuatro virtudes cardinales, para oscurecer la prudencia, desordenar la justicia, desconcertar la templanza, y amilanar la fortaleza. Con estas siete ca-

[1] D. Thom. 1. p. q. 114. art. 1. Cassian. collat. 8. cap. 17. et collat. 7, et. 20.

bezas hace tambien cruel guerra contra los siete sacramentos, y contra las vocaciones, que nos mueven á recibirlos. A los infieles tienta para que no reciban el bautismo, á los demás pecadores, para que aborrezcan la penitencia: á los justos, para que tengan hastío de la comunion: á los enfermos, para que tengan horror á la Extremauncion; y á otros fieles para que yerren en la eleccion de sus estados, y usen mal de los Sacramentos, que se ordenan para ellos. Finalmente, este espíritu maligno pelea contra los siete dones del Espíritu Santo, arrojando por estas siete bocas saetas de palabras interiores dentro del corazon, para que sus malditas sugestiones impidan el bien que hacen las divinas inspiraciones.

2. Pero no se contenta el dragon con hacernos guerra con sus demonios, sino tambien se arma con diez cuernos, que significan los instrumentos de violencia y tiranía que tiene para tentar contra los diez mandamientos, de la ley de Dios, aprovechándose para esto de los reyes y príncipes y poderosos del mundo, por medio de los cuales con amenazas y promesas, con tormentos y regalos, con deshonras y honras vanas, y con otros mil géneros de violencias espanta á los pequeñuelos, para que atropellen los divinos preceptos; porque no son otra cosa las tentaciones, sino cornadas de esta fiera, que á semejanza del bravo toro, los maltrata y cerca para que dejen el bien que han comenzado, y por este medio tambien alcanza muchas victorias. Y por esta causa, dice S. Juan [1], de otro mónstruo semejante á este, que traia *diez coronas sobre sus diez cuernos:*

3. Pero su mayor fuerza tiene el dragon en la cola, que representa como dice S. Gregorio [2] los últimos instrumentos que tiene para engañarnos con razones

[1] Apoc. 13, v. 1. — [2] Libr. 32 Mor. c. 14.

aparentes, con milagros fingidos y vicios difrazados, aprovechándose para esto de aquel linaje de hombres, que S. Juan [1] llama *Anti Christos*; porque á semejanza del postrer Anti Cristo, mueven guerra y contradiccion al verdadero Cristo en sus siervos, procurando destruirlos con sus falsas doctrinas y perjudiciales hipocresías: y es tan grande el estrago que hace, que derriba la tercera parte de las estrellas, venciendo á muchos, que resplandecian como estrellas del Firmamento.

4. Mas no pasemos en silencio otro género de armas, que tiene el dragon encerradas dentro de su vientre porque de él dice S. Juan [2], que *arrojó por la boca un rio de agua contra la mujer* que huía de su presencia: luego señal es, que dentro del vientre tiene copiosas aguas, que arroja á sus tiempos por sus siete bocas para perseguir y combatir por las espaldas á los que van huyendo de sus encuentros manifiestos. Y ¿qué aguas serán estas, sino las presecuciones, tribulaciones y tentaciones, que en tropel arroja contra los justos, para anegarlos con ellas, acometiendo á traicion y por las espaldas á los que no ha podido vencer á cara descubierta? Y para esto se sirve unas veces del tropel del pueblo; porque los muchos *pueblos* dice S. Juan [3], son muchas *aguas*, levantando la voz comun en favor del vicio, calificándole de virtud. Otras veces se aprovecha de sus muy grandes amigos, los que tiene dentro de su vientre unidos consigo y encendidos con el calor de su infernal fuego; los cuales se hacen maestros de su abominable sabiduría, y dándola á beber como agua, ahogan con ella. Finalmente, no hay quien se escape de sus furiosas tentaciones; porque á los tibios, que andan por la tierra, muerde con sus bocas, ó hiere con sus cuernos; á los

[1] 1 Joan 2. v. 18. et. c. 4, v. 3. —[2] Apoc. 12, v. 15. — [3] Apoc. 17, v. 15

que están mas altos, como estrellas del cielo, sacude con la cola furiosa, para derribarlos en el suelo; y tras los que huyen de su presencia, arroja de golpe un rio vehemente de tentaciones, para detenerlos en su carrera, ó ahogarlos en medio de ella. Esta es la horrenda figura de Lucifer, y de su cuerpo místico, que es la congregacion de los demonios y de los insignes pecadores que son ministros suyos para tentar y pervertir á los demás hombres. Y con todo este aparato de guerra *se puso* como dijo S. Juan [1], *delante de una celestial mujer*, que representaba la Iglesia, y congregacion de los fieles, *y estaba de parto*, dando voces por parir, pretendiendo dos cosas; conviene á saber, amedrentar á la madre para que no se atreviese á parir, juzgando ser este menos mal, que no parir hijo que fuese luego manjar de dragon tan fiero; y no pariendo, salia él con su intento; pues es forzoso morir el hijo, que se queda en el vientre de su madre, muriendo tambien ella por esta causa. Pero *en caso que pariese*, *pretendia luego tragar al hijo*, de modo, que en saliendo del vientre de su madre le trasladase al suyo, tragándole por alguna de sus siete bocas; para que se entienda el intento de Satanás en sus tentaciones contra las vocaciones de Dios, que son la semilla en cuya virtud el hombre concibe y engendra espiritualmente dentro de su alma á Cristo, para que viva dentro de él por viva fe con caridad, ó tambien en algun estado de perfeccion; y entonces le pare, cuando manifiesta su buen concepto y sentimiento interior con las buenas obras exteriores. Mas como todo esto se hace con gemidos, y dolores de parto, azórase esta fiera para impedir este fruto, de modo que no salga á luz, ó se acabe presto. Y á los mismos ministros evangélicos, cuyo oficio es como dice S. Pablo [2] en-

[1] Apoc. 12, v. 4. — [2] Gal. 4, v. 19.

gendrar *hijos espirituales*, *formando á Cristo dentro de sus almas*, tambien los amedrenta para que cesen en su oficio, ó le hagan mal hecho para huir de las persecuciones que levanta contra ellos, cono en otro lugar se dijo. [1]

§ II.

Pero veamos el aparato de guerra con que la divina providencia nos ha prevenido, y armado para resistir al dragon, del modo que se representa en la misteriosa mujer, que hemos dicho, la cual estaba *en el cielo, cubierta del sol, coronada de doce estrellas, y de pié sobre la luna* [2], para significar con este ornato, los soldados, armas y ayudas espirituales, que tiene el cuerpo místico de Cristo nuestro Señor, que son sus fieles, para resistir á los demonios.

1. Porque si el dragon es grande, tambien esta santa mujer es grande en los ojos de Dios, y tan alta, que su morada está en el cielo, y teniendo los pies sobre la luna, llega con la cabeza al cielo estrellado, adornándola su esposo con admirables grandezas, no terrenas, sino celestiales en todo género de virtudes.

2. Y si el dragon está cubierto con el pellejo rojo de su fiera naturaleza, ella está cubierta de pies á cabeza, como con un manto del mismo sol de justicia, cuya proteccion le sirve de arnés á propósito contra todos las embestidas, y golpes de sus enemigos. Y pues dijo el santo Job [3]: *Pónme, Señor, cabe ti, y pelee quien quisiere contra mí*; ¿cómo temerá al dragon quien está tan cerca de Dios, que le cubre como manto: ¿cómo podrá herirle la saeta de la tentacion, si la divina proteccion le sirve de cota con que resistirla? ¿cómo temerá los diez cuernos del dragon, quien está ampa-

[1] En la Guia. tratad. 4, cap. 22.—[2] Apoc. 12, v. 1.—[3] Job. 17, v. 3.

rado por el sol, cuyos rayos son como de fuego? *Yo*, dice el Señor [1], *seré su muro de fuego al rededor, y su gloria en medio de ella.* ¿Qué enemigos podrán entrar en la ciudad, cuyo muro no es de tierra, ó piedra, sino de terrible fuego? Pues si Dios es para tí tal muro, él será en tí glorificado por tu victoria.

3. Pues ¿qué dirémos de la corona de doce estrellas, que significa el ejército de innumerables ángeles, que cercan, y amparan á los justos, y los hacen triunfar del dragon, alcanzando coronas muy gloriosas? En testimonio de lo cual, dice S. Juan [2], que S. *Miguel y sus ángeles salieron á pelear en favor de la mujer, y echaron del cielo á sus enemigos.* Y David dice [3], que *los ángeles* nos ayudan para *pisar el áspid, y el basilisco, al leon y al dragon;* esto es, para vencer cualquier género de demonios, á los que cierran nuestros oidos interiores, como áspides, y á los que tientan de curiosidad, como basiliscos, ó de soberbia, como leones, ó de hipocresía, como dragones; porque contra todos estos enemigos inspiran remedios con que salgamos vencedores. Tambien coronan á la Iglesia otras doce estrellas, que son los varones apostólicos, cuyo oficio es ayudar á los tentados, y con sus avisos y oraciones defenderlos y alentarlos para que salgan victoriosos; porque si el *lecho de Salomon cercaban por todas partes setenta varones fuertes de los mas esforzados de Israel* [4], siendo el alma del justo lecho donde Cristo reposa, ¿qué maravilla es que la cerquen los ejércitos de los ángeles y apóstoles, que se llaman de Israel, porque ven, ó contemplan á Dios, y son fuertes delante de él? Demás de esto, coronan su cabeza otras doce estrellas, que son el ejército de todas las virtudes celestiales, poderosas para destruir el ejército de los vicios y alcanzar en esta batalla muy gloriosas coronas. Y

[1] Zachar. 2, v. 5. — [2] Apoc. 12, v. 7. — [3] Psalm. 90, v 11-13. — [4] Cantic. 3, v. 7

aunque los vicios son fuertes enemigos, por estar como connaturalizados con la carne; pero de suyo mas fuertes son las virtudes, por ser como naturales al espíritu, fortaleciéndolas Dios con otras sobrenaturales, que proceden de la divina gracia [1]: y aunque la cola del dragon llega á derribar la tercera parte de las estrellas, no tocará á las doce de que está coronada la cabeza de la Iglesia, que es Cristo nuestro Señor, como dijo S. Pablo [2]; el cual se corona de estos insignes varones, y de todos los justos que le imitan con perfeccion: porque los buenos discípulos como dice el mismo apóstol [3], son gloria, y corona de su maestro. Y ¿quién hay que no defienda la corona que tiene puesta? Y si este Señor quiso ser en esta vida coronado con espinas fijas en su cabeza, para significar la firmeza de su reino, cuánto mas querrá que los justos, que son su reino vivo, que ganó con la sangre de estas espinas, sean como estrellas fijas, sin que la furia del dragon llegue á derribarlas? Pues por esto dijo de los que su Padre le dió, que *ninguno se los arrebataria de la mano* [4]. Procura tú ser corona de Cristo, viviendo como él vivió, y él te amparará contra el dragon, y los combates y empellones que te diere.

4. Mas si quieres ver otra firmeza de esta mujer misteriosa, mira el pedestal, y fundamento sobre que tiene puestos los pies, que es la luna, apoyándose en ella; la cual, por la parte que es hermosa y llena y durará para siempre, es símbolo del trono de Jesucristo, de quien dijo el Eterno Padre por boca de David [5]: *Tu Trono será en mi presencia como el sol, y como la luna perfecta para siempre.* Y ¿quién será este trono de Cristo, sino la Vírgen Sacratísima, en cuyo vientre estuvo el Hijo de Dios encerrado nueve meses, y la que en sus brazos le trajo muchos dias? Y hace

[1] D. Thom. 1, 2, q. 63, art. 1. — [2] Ephes. 1, v. 22. — [3] Philip. 4, v. 1. — [4] Joan. 10, v 28 — [5] Psalm. 88, v. 38.

oficio de luna con la Iglesia sosteniéndola y fortaleciéndola, como la base sostiene la columna que está sobre ella; porque con su intercesion negocia la firmeza contra las tentaciones, sin que puedan derribarla del lugar que tiene. En esta Vírgen se apoya la firmeza de los justos, y en ella ponen los pies de sus afectos, y todas sus esperanzas para salir bien de los peligros; y es grande honra de esta Señora hacer tal oficio con la Iglesia, pues la sostiene en la tierra para trasladarla al cielo, y con su ayuda conserva la rica vestidura y corona de que está adornada.

5. Mas no se acaba con esto el aparato, y adorno de esta celestial mujer para resistir al dragon; porque como hay algunas tentaciones, que se han de vencer huyendo, no por cobardía, sino porque este es el modo de la pelea y de la victoria, para esto tambien tiene sus armas; pues dice el Evangelista [1], que *le dieron dos alas de águila grande con que huyó al desierto, al lugar que Dios la tenia preparado* para estar segura. Y ¿qué dos alas son estas, sino las dos noticias y conocimientos, que son principio de todas las buenas obras, y de las victorias contra las tentaciones? Conviene á saber, el conocimiento de Dios, y de Cristo nuestro Salvador, y de las grandes ayudas que tenemos en ellos; y el conocimiento de nuestra propia flaqueza, y de todas nuestras miserias, con lo poco que valemos para remediarlas sin el favor de Dios, que es el único remediador de todas, de donde proceden los afectos de humildad y desconfianza propia, con grande confianza en la divina misericordia y omnipotencia. Con estas dos alas huyen del dragon los justos, cuando conviene huir para vencerle, huyendo de las ocasiones de pecar que hay en el mundo, y volando al desierto y soledad espiritual de la vida quieta y

[1] Apoc. 12, v. 14.

apartada de malas compañías: y á veces huyen á la soledad de la vida religiosa, por la mayor seguridad que hay en ella. Mas porque el dragon no les coja por hambre, y por esta parte les venza, tambien la divina providencia provee á esta valerosa mujer de sustento: *Ubi alitur á facie serpentis;* allí dice, es sustentada contra la furia de esta serpiente, porque la pone dos mesas muy regaladas; conviene á saber la mesa de la Sagrada Escritura, cuyas verdades como dijo David [1], valen mucho *contra los que nos* persiguen y *atribulan;* y la mesa del Santísimo Sacramento del altar, cuya comida, como dijo S. Juan Crisóstomo [2], nos hace fuertes como leones, terribles á los mismos demonios.

6. Finalmente, como el remedio de los pobres, flacos y afligidos es pedir ayuda á los poderosos, tambien nuestro Señor ha provisto de este remedio á la Iglesia; porque abriendo su boca con la oracion para pedirle ayuda, siempre se la envia muy copiosa. Y por su mandamiento *la tierra* como dice S. Juan [3], *ayudó á la mujer, que huia del dragon, y tragó el rio de agua que habia lanzado contra ella,* porque todas las criaturas obedecen al Criador, y se sirve de ellas para ayudar á los escogidos, y librarlos de las persecuciones y tentaciones con que andan afligidos: y cuando no bastaren los medios naturales, añadirá otros milagrosos, haciendo si es menester, que se abra la tierra, y trague vivos á sus perseguidores y tentadores, para que quede libre y segura de ellos.

Con tales ayudas como estas, ¿qué maravilla es que la mujer, sin temer al dragon, para el hijo que tenia en sus entrañas [4]? Y ¿cómo no estará el hijo seguro, pues antes que el dragon pueda empecerle, le arrebata Dios para su trono? Y ¿qué es esto, sino decirnos, que los justos, fortalecidos con tales ayudas,

[1] Psalm. 22, v. 5. — [2] Hom. 61, ad popul. — [3] Apoc. 12, v. 16. — [4] Ibid. v. 5.

ponen por obra los buenos propósitos que han concebido, sin acobardarse por los espantajos que el demonio les pone? Porque saben que Dios tiene cuidado de ellos, y ampara sus buenas obras, y las toma para sí y á su cargo están para premiarles por ellas en el trono de su gloria; y si tienen por oficio ayudar á la salvacion de los prójimos, tampoco se amilanan por los miedos del dragon; antes bien procuran engendrar los varones muy perfectos, por la confianza que tienen de que su Padre Eterno mirará por ellos, y los pondrá en lugar firme, donde no sean vencidos, aunque sean combatidos.

Estas son las dos sumas de las tentaciones de Satanás, y de las ayudas que tenemos para vencerlas, cuya declaracion mas extensamente, se pondrá en el decurso de este tratado. Pero concluyamos este capítulo con un aviso muy importante, que da S. Diadoco, obispo Focense[1], diciendo, que todas estas tentaciones y persecuciones del demonio y de sus ministros son un segundo martirio de los confesores, que sucede al primer martirio de los antiguos mártires. Porque el mismo demonio, que por boca de los tiranos y verdugos decia á los mártires, que negasen á Cristo, afligiéndoles con terribles tormentos sino lo hacian, este nos dice por sus secretas sugestiones y por boca de los mundanos que le neguemos con las obras, afligiéndonos con varias tribulaciones, para que dejemos, sino la fe, á lo menos la caridad y perfeccion cristiana. Por lo cual, dice es muy importante que con grande cautela y paciencia, suframos el martirio de nuestra conciencia, siendo muy constantes en dar buen testimonio de Cristo en medio de tantas tentaciones. Pues tambien en estos casos es verdad lo que dijo[2]: *Quien me confesare delante de los hombres; yo le confesaré, y*

[1] Lib de perfect. spirituali, cap. 94.— [2] Matth. 10, v. 32.

honraré delante de mi Padre, y de los ángeles. Porque si fué grande gloria de Cristo, que los mártires confesasen su fe delante de los tiranos, perdiendo sus haciendas, honras y vidas por no negarle; tambien es grande gloria del mismo Salvador, que los justos conserven la fe y caridad con grande lealtad, á pesar de los demonios y de sus ministros, queriendo perder todas las cosas y si es menester, la misma vida, por no negarle con la obra; por lo cual merecerán ser honrados delante de Dios y de los ángeles; como por el contrario, serán afrentados y reprobados los que faltaren por cobardía en este martirio y confesion tan gloriosa.

CAPÍTULO II.

COMO LAS TENTACIONES DEL DEMONIO VIENEN REGISTRADAS POR LA PROVIDENCIA DE DIOS PARA GRANDES BIENES DE LOS ESCOGIDOS, Y QUÉ BIENES SEAN ESTOS.

—

La fiereza del demonio y la terribilidad de las tentaciones, que se ha dicho, suele ser ocasion de otra nueva tentacion, quejándose los tentados de Dios nuestro Señor porque permite á dragon tan astuto y fiero, con instrumentos y armas tan horribles, que haga guerra á hombres tan flacos; pues la experiencia enseña, que son innumerables los vencidos y muy pocos los vencedores. Mas no será difícil deshacer el fundamento de esta queja, sentando esta verdad, que todas las tentaciones de esta fiera vienen registradas por la providencia paternal de nuestro Dios, mostrando en ello su infinita sabiduría, omnipotencia y caridad. Por lo cual no puede haber yerro, ni pecado, ni crueldad, ni desamor, ni desórden, ó falta alguna en la licencia y permision, que pasa por su registro;

pues esta falta no puede proceder de ignorancia, por ser Dios infinitamente sabio, á quien están patentes las astucias de Satanás y sus muchas fuerzas, y tambien las pocas que nosotros tenemos para resistirle, y las ayudas que puede darnos para vencerle; y que no dejará de darnos por flaqueza, por ser infinitamente poderoso para todo cuanto quisiere, sin cuyo poder los demonios, por muy fuertes que parezcan, no pueden nada, y con su poder los hombres muy flacos lo pueden todo. Y con tanta facilidad puede el flaco vencer al fuerte, como el fuerte al flaco; de modo que un pastorcico desarmado, vence á un gigante muy armado, y con una sola piedra derriba una torre de carne, y con su mismo alfanje le corta la cabeza [1]. Y porque aprovecha poco el poder donde falta el querer, no puede faltar en Dios la voluntad de dar á todos su ayuda, por ser infinitamente bueno y amoroso, á cuya bondad corresponde, cuando permite las tentaciones, dar bastantes socorros para vencerlas y para sacar provecho de ellas. Porque como dice S. Agustin [2], es tanta la bondad de Dios, que no permitiera estos males, sino supiera y pudiera sacar de ellos mayores bienes para los escogidos. Y por esto dijo el Apóstol [3]: *Fiel es Dios, que no permitirá seais tentados sobre vuestras fuerzas, antes bien con la tentacion os dará tal ayuda, que la podais sufrir con ganancia.* Y dice, que Dios es fiel en esto, porque hace como quien es, y lo que debe á su bondad y á la palabra que de esto nos ha dado: y á esta fidelidad corresponde, que no dé al demonio la licencia que le pide con toda la extension que él desea, permitiéndole tentar á todos los que él quiere, y en el tiempo y lugar y del modo que quiere, sino con la tasa y limitacion que el mismo Señor le permite. Como se vió claramente cuando le

[1] I Reg. 17, vv. 45, 49, 51. — [2] In Enkir tom. 3, c. 11. [3] I Cor 10 v. 13.

pidió licencia para tentar y perseguir al santo Job, y se la limitó dos veces; y en el modo de pedirla descubrió que tenia atadas las manos, porque dijo á Dios [1]: *Extende paululum manum tuam;* extiende un poco tu mano. Como quien dice: Con tu mano tienes apretada la mia, y con tu poder tienes estrechado el mio; extiende un poco tu mano, para que la mia quede libre y pueda tentarle, y verás *si te bendecirá como solia.* Y la respuesta que el Señor le dió la primera vez, fué concederle que extendiese su mano para quitarle todo lo que poseia, con tal, que no la extendiese para tocar á su persona, porque para esto se la ataba. De donde infiere S. Agustin [2], que la voluntad del demonio siempre es mala; pero su potestad siempre es buena; porque es mano del Señor y potestad concedida por el mismo Dios, con su providencia secreta, pero justa. Y por esto Cristo nuestro Señor corrigió la soberbia de Pilatos, cuando dijo, que podia crucificarle, diciéndole [3]: *No tuvieras potestad alguna contra mí, sino te fuera concedida de arriba.* Y lo mismo confirma S. Gregorio, diciendo [4]: *El querer de Satanás siempre es injusto, porque lo tiene de suyo, y pretende nuestro daño, mas el poder siempre es justo, porque es concedido de Dios para grandes fines de su gloria.* Y siendo esto así: *Formidari non debet, qui nihil nisi permissus valet;* no ha de ser temido el que nada puede, sino le es permitido. Aquel ha de ser temido, venerado y servido, cuyo es el poder, y á quien el demonio obedece y sirve en lo que le permite. No tienes porque temer con demasía al dragon, porque sin voluntad de Dios, ni puede morder con las bocas de sus siete cabezas, ni herir con sus diez cuernos, ni menear su fiera cola, ni arrojar rios de aguas por la boca: para todo está atado por la divina omnipotencia,

[1] Job, 1, v. 11. — [2] In præfat super enarrat. 2, Psalm. 29. — [3] Joan. 19, v. 11. — [4] Lib. 2, Mor. cap. 6.

y esta ha de ser temida, para que no la suelte para tu daño, en castigo de tu mala vida. Si estuviese cabe tí un fiero gigante, con un alfanje envainado, y por otra parte un amigo tuyo, mucho mas poderoso que él, le tuviese asido del brazo, de modo que ni pudiese desenvainar el alfanje, ni moverse de donde estaba, no habrias de temer al gigante, sino procurar conservar la amistad de tan poderoso amigo. Pues tal es el poder del fiero Behemoth, de quien se dice en el libro de Job [1]: *Ipse est principium viarum Dei qui fecit eum aplicabit gladium ejus;* el que le crió aplica su espada. Que es decir: Aunque es grande la potestad que tiene, por la naturaleza tan generosa, y fuerte que recibió del Criador, mas toda ella es como espada envainada; y sin licencia de su Criador no puede desenvainarla, ni usar de ella, no solo para hacer mal á los hombres, que son imágen de Dios; pero ni aun para tocar al rebaño de los puercos [2]. No entres tú en este rebaño por la imitacion de la vida bestial, y no tendrás porque temerle, pues á Dios toca el enfrenarle, y darle licencia de sacar la espada, para hacer guerra á los hombres, con la tasa que su divina providencia le señalare [3]. Mas porque esta resplandece diferentemente en los varios sucesos de estas tentaciones, declararémos en particular los mas principales.

§ 1.

Comencemos por los justos, escogidos para el cielo, figurados por Jacob, de quien dice el Sabio, que *le puso Dios en una lucha muy fuerte, para que venciese, y conociese por experiencia, que la divina sabiduría era mas poderosa que todos los enemigos* [4], pues con tanta

[1] Job. 40[, v. 14.— [2] Matth. 8, v. 31.— [3] D. Greg lib. 32, Mor. c. último. — [4] Sap. 10, v. 12.

facilidad los vence por hombres flacos, fortificados con su gracia, cuya fortaleza, como la tiene muy conocida, quiere sea probada para que se haga mas perfecta; y como el demonio no se atreve á tentarlos, porque teme salir vencido, suele el mismo Señor en alguna manera provocarle á que le pida licencia para desenvainar su espada contra ellos, porque sabe que han de salir victoriosos. A este fin iban enderezadas aquellas palabras, que dijo á Satanás [1]: *¿Consideraste á mi siervo Job, que no hay otro semejante á él en la tierra?* ¿Y que fué esto, sino decirle, has adquirido por ventura prueba de la santidad de mi siervo Job, ó quieres que te dé licencia para adquirirla, acometiéndole con tus tentaciones para que veas sus grandes virtudes? Bien sabia nuestro Señor dice S. Gregorio [2], que el Santo Job saldria victorioso de esta batalla, y por esto le alabó delante de su enemigo, para que movido de su acostumbrada envidia, desease hacerle cruel guerra, y con esta ocasion quedase Job mucho mas medrado con la victoria.

1. Y no es pequeño medro, dice Casiano [3], hacerse diestro en pelear á una y otra mano, siquiera porque no diga Satanás [4]: *¿Por ventura Job sirve á Dios de balde?* No le sirve por ser Dios, sino porque le regala, y llena de muchos bienes. Pues para que el demonio se desengañe, y el justo descubra la intencion con que sirve á Dios, ó la purifique y perfeccione, permite que sea tentado y perseguido; porque perseverando firme en el servicio de su Criador, descubre que le ama y sirve, no porque le regala, sino por lo que él merece.

2. Y tambien, porque con esta guerra se funda mas en humildad, y conoce la necesidad que tiene de Dios, y cuan pendiente está de su misericordia, y echa de ver su propia flaqueza. Porque, como dice

[1] Job I, v. 8.—[2] Lib. 2, Mor. cap. 5.—[3] Collat. 4, cap. 6.—[4] Job. 1, v. 9.

S. Gregorio [1], ninguno conoce sus fuerzas en la paz; y si faltan batallas, no se adquiere experiencia de las virtudes. Y poco diestro es el soldado que se tiene por fuerte, sin haberse ejercitado en pelear. Y por esto se dice en Job [2], que cuando *la carne se seca, se descubren los huesos que estaban encubiertos;* porque afligido el justo con las tentaciones, manifiesta la firmeza de sus ocultas virtudes; especialmente, de algunas que no pueden manifestar sus heróicos actos, sino en medio de las tentaciones.

3. La fina castidad resplandece entre las llamas; la heróica confianza en los peligros; la firme fortaleza en los temores; la profunda humildad en los desprecios; y la invencible paciencia en récios trabajos, y todo esto acarrean las tentaciones: y lo que mas es, ayudan notablemente para ganar con mayor excelencia las mismas virtudes. Y por esto dijo nuestro Señor á Sta. Catalina de Sena [3], que cuando alguno le pedia la castidad, ú otra virtud, permitia que fuese muy tentado contra ella, porque la tentacion le provocaba á orar y buscar varios medios, y ejercitar los actos con que mas brevemente la alcanzaba.

4. Pues ¿qué diré de la ciencia experimental de muchas cosas importantes, que se aprenden en estos combates? Por lo cual dijo el Eclesiástico [4]: El que no es tentado, ¿qué sabe? ¿Cómo sabrá aconsejar á los tentados, prevenir sus peligros, y ayudarles, compadeciéndose de ellos? Pues el mismo Salvador del mundo quiso pasar por las tentaciones, como dijo S. Pablo [5], para aprender en ellas como habia de ayudar á los tentados, no porque él tuviese necesidad de estas experiencias, sino para que entendiésemos nosotros la necesidad que tenemos de ellas, y creyésemos que se compadece de nuestras

[1] Libr. 23, Mor. c. 18. —[2] Job. 33, v. 21.—[3] In ejus vita.—[4] Eccli. 34, v. 9, et 11. —[5] Hebr. 2, v. 18, et c. 4, v. 15.

tentaciones, por lo que él pasó en las suyas. Y por esta causa pondera la divina Escritura [1], que dejó Dios las naciones de los filisteos en la tierra de promision: *Ut erudiret in eis Israelem*; para enseñar con ellos á Israel la ciencia de las virtudes, y para que aprendiesen á orar y á confiar en Dios, y para que sacudiesen la ociosidad y fuesen diestros en pelear por librarse de tales enemigos, porque estos, y otros grandes provechos cesarian, si cesasen las batallas, y no sin gran peligro de perder lo que han ganado.

5. Porque la demasiada paz engendra mucha seguridad, y esta es madre de la negligencia, y con ella entra la tibieza y viene la perdicion. Como se experimentó muchas veces en el principio de la Iglesia, que con la paz aflojaba el fervor, y con las tentaciones crecia, y la virtud era muy mas perfecta.

6. Todo esto declaró admirablemente el mismo Señor por el profeta Zacarías, diciendo [2]: *Si se perdieren las dos partes de la tierra, pasaré por fuego á la tercera parte que quedare. Quemarélos como se quema la plata, y probarélos como es probado el oro, por lo cual cuando me llamaren, yo los oiré, y les diré: Tú eres mi pueblo. Y él responderá: Tú eres mi Dios.* Y ¿qué es todo esto, sino enseñarnos, que si las dos partes de los hombres se perdieren por su culpa, la tercera parte de los escogidos se salvará, purificándola primero en el fuego de las tentaciones y tribulaciones, como se purifica la plata y el oro para que salgan mas puros y resplandecientes, de tal manera, que entre ellos y Dios haya grande comunicacion por medio de la oracion, y Dios se precie de tenerlos por su pueblo y de tratarlos como cosa suya, y ellos se precien de tenerle por Dios y dedicarse totalmente á su servicio? ¡O dichoso fuego el de las tentaciones, en el cual el justo se

[1] Judic. 3, v. 1. — [2] Zach. 13, vv. 7, 8.

acendra, y perfecciona como el oro, apartando de sí la escoria de los vicios; y se derrite como plata, enterneciéndose con afectos fervorosos; y se ofrece á Dios en holocausto [1], consumiendo en sí las aficiones desordenadas de las criaturas, para dar todo su amor al Criador, subiendo como incienso á lo alto, para tener su conversacion en el cielo! *Pruébame, Señor, y tiéntame: abrasa mi corazon, y mis riñones* [2], porque muy bien me está ser tentado, y pasar por este fuego [3], pues me sacas de él para tanto alivio. Con *todo gozo me gozaré*, como dice tu apóstol [4], *cuando me viere tentado con varias tentaciones*, pues sé que las ordenas para que sean *prueba de mi fe, causa de mi paciencia*, medio de mi pureza, *y atajo para alcanzar mi perfeccion.*

1. Mas no todos los escogidos alcanzan luego estos bienes con las tentaciones, porque algunas veces nuestro Señor da licencia á Satanás para que los tiente, cuando vé que han de ser vencidos; pero con fin de que saquen de aquí mayores provechos. Como se puede ver por lo que el Salvador aviso á S. Pedro la noche de su pasion, diciéndole [5]: *Mira que Satanás ha deseado zarandearos como á trigo; pero yo he rogado por tí, para que tu fe no desfallezca: y cuando te convirtieres, confirma á tus hermanos.* En las cuales palabras dió á entender, como dice S. Ambrosio [6], que el demonio habia pedido licencia para tentar á los apóstoles, trayéndolos de una parte á otra con grande ímpetu, como quien zarandea el trigo para limpiarlo del polvo; y que esta licencia se le habia concedido, aunque muchos de ellos habian de ser vencidos. Mas el Señor, que por sus secretos juicios no rogó por ellos, para que no fuesen tentados y esparcidos con el escándalo que recibieron, oró para que la tentacion se convir-

[1] Sap. 3, vv. 5, 6. — [2] Psalm 25, v. 2. — [3] Psalm. 65, v. 10. — [4] Jacobi 1, vv. 2-4. — [5] Luc. 22, v. 31, 32. — [6] Lib. 2, de vocat. gent. cap ult. — D. Ciprian. lib. 4, epist. 4.

tiese despues en su mayor provecho, sirviéndoles de criba para que fuesen mas purificados; porque de ella se levantó S. Pedro mas humilde y recatado, mas cuidadoso de mirar por sí y de huir de las ocasiones, mas zeloso de servir al que le habia perdonado, mas compasivo de sus hermanos, ayudando á los caidos para que se levantasen con mayor firmeza. Semejantes provechos sacaron los demás apóstoles de este aventamiento, excepto Judas; porque los pecadores reprobados, *son como el polvo que se lleva el viento* [1], y quedan perdidos, y excluidos de la Iglesia para siempre; mas los justos son grano macizo, y permanecen como dijo el profeta Amós [2], dentro de la criba con mayor pureza; y si sufren alguna pérdida por breve tiempo, esta misma se convierte despues en mayor entereza. Cumpliéndose en ellos lo que dijo Dios por Isaías [3]: *Por un punto, y en cosas pocas te desamparé, y con grandes misericordias te recogeré. Por un momento me enojé, y escondí mi rostro de tí; mas compadeceréme de tí con misericordia sempiterna.* Porque el desamparo duró poco tiempo, para que conociesen su flaqueza; pero la misericordia fué perpetua, levantándoles á mayor firmeza. El esconder su rostro con enojo fué breve; pero mezclado con misericordia, pues se ordenaba á que echasen de ver la miseria que tenian de su cosecha, y se aficionasen mas al Señor, que podia sacarles de ella.

2. De aquí podemos sacar otra causa admirable de permitir nuestro Señor las tentaciones, para que los escogidos, aunque sean de suyo muy flacos, vengan á hacer escarnio y burla del demonio, sacando tanto provecho de lo que intentaba para hacerles daño. Como lo dijo el mismo Señor, hablando con el Sto Job [4]: *¿Por ventura harás tú burla de Leviathan, cazándole*

[1] Psalm. 1, v. 4. — [2] Amós 9, v. 9. — [3] Isai. 54, vv. 7, 8. — [4] Job. 40, vv. 24-27. — Psalm. 103, v. 26.

como á ave? ¿O harás que le maniaten las esclavas de tu casa? ¿Podrán destrozarle los amigos, ó dividirle entre sí los negociadores? ¿O llenarás tu red de su pellejo, ó la nasa de su cabeza? ¿O atreverte has á poner sobre él tu mano? Como quien dice: Esto que es imposible, á los hombres, segun sus fuerzas, es muy fácil con las mias. Yo, yo soy el que crié al dragon para que hiciesen burla de él, no solo mis esclavos, que son los varones fuertes, sino tambien mis esclavas, que son las almas flacas [1]. Estas con mi ayuda domarán su orgullo, y cazarán al que venia á cazarlas, y harán burla del que venia á burlarse de ellas, convirtiendo la fiereza de sus tentaciones en materia de coronas muy gloriosas. Mis amigos y los negociantes de mi Iglesia, le destrozarán y se enriquecerán con sus despojos, sacando de sus combates riquezas de heróicas virtudes; y con la red de la predicacion, sacarán tambien de su poder las almas, que tenia tragadas, y unidas consigo, como miembros de su maldito cuerpo, dejando burladas todas sus esperanzas: y si quieres saber el modo como traza esto la divina providencia, veráslo muy al vivo figurado en el suceso maravilloso del jóven Tobías, cuando hubo de hacer una jornada, y por consejo de su padre salió á buscar un compañero que le guiase en ella, y por disposicion del cielo topó con S. Rafael en figura de caminante, el cual se ofreció á acompañarle en el camino [2]. El primer dia, en la primera estacion que hizo cerca del Rio Tigris, queriendo lavarse los piés, salió de repente un grande pez, abierta la boca para tragarle; y como tuviese gran temor, dió voces al compañero, diciéndole estas solas palabras: *Domine, invadit me.* Señor, que me acomete. Dijo el ángel: *Cógele por las agallas, y sácale a tierra.* Con esto cobró tanto ánimo,

[1] D. August. conc. 4, in Psalm. 140.— [2] Tob. 5, vv. 5, 6, 15, 20.

que lo hizo, y por mandado del mismo ángel abrió el pez; y sacando la hiel, y el corazon, los guardó: y asando lo demás, comió parte de ello, y otra parte echó en sal para lo restante del camino [1]. De suerte, que el pez que venia á tragarle, quedó tragado y burlado, siendo sustento del mancebo, aprovechándose despues de la hiel para dar vista á su padre [2], y del corazon para reprimir la furia del demonio [3]. ¿Por ventura fué acaso este suceso? ¿O tiene en su corteza encerrado algun misterio? Tiénele sin duda muy grande, enseñándonos el cuidado que tiene nuestro Señor con los que caminan las jornadas de la perfeccion cristiana; á los cuales con particular providencia guia por sí mismo, y por medio de los ángeles de la guarda, y de los ministros de su Iglesia; porque es cierto, que el mismo dia que tratas de lavarte con el agua de la penitencia y lágrimas, limpiando tus piés del lodo, y polvo que se pega con los negocios de esta vida, luego á la primera estacion y en los primeros pasos de tus buenos ejercicios, sale el gran pez Leviathan con la boca abierta, para tragarte con gran rabia. Pero ¿de dónde sale? Del mismo rio donde querias lavarte; porque del mismo rigor de las obras de penitencia, y de la corriente de los ejercicios virtuosos toma ocasion para tentarte, infundiéndote grandes temores con la terribilidad y aspereza que en ellos te representa. A no ser que digamos, que sale del Rio Tigris, figura tambien de este mundo transitorio y variable, cuyos bienes perecederos le sirven de ocasion para tentar á los que se acercan á ellos con amor desordenado. Pero no se descuida entonces la divina providencia, porque con el mismo temor que te pone la tentacion, te aviva y despierta, y te inspira que clames á Dios y acudas á tu ángel y al que te guia para que te ayu-

[1] Tob. 6. v. 2-6. — [2] Ibid. 11, v. 13-15. — [3] Ibid. 7, v. 2, 3.

den, y por estos medios te habla al corazon una palabra, que es su fuerte inspiracion, con la cual quita los temores que pone el demonio, pacifica el alma, y la esfuerza, no solo para que no huya, sino para que le acometa y le desentrañe y desmenuce, sacando tambien de las tentaciones admirables provechos. Porque la hiel de las amarguras, que sientes con las tentaciones, esclarece tus ojos interiores, para que veas por experiencia tus miserias y el cuidado que tiene Dios de remediarlas, para que lo uno te humille, y lo otro te aliente; y el corazon del pez que es la aficion desordenada que te hace arrojado, esta te provoca á buscar brasas encendidas de fervorosos actos de caridad que la consuman y deshagan, levantando un humo oloroso de fervorosas oraciones, que hace huir á los demonios, y es causa de que el ángel los ate, para que no vuelvan mas á tentarte, ni á hacerte daño. Y finalmente, las victorias de las tentaciones serán sustento y refeccion espiritual de tu alma, dándole nuevos alientos para otras muchas; y la memoria de ellas, salada con la sal de la santa discrecion, irá continuando este sustento, provocándote á los varios ejercicios de virtudes que se han dicho; y de este modo la divina providencia convierte en tu provecho lo que intentan los demonios para tu daño.

3. Por última razon de consuelo en estas batallas, has de creer firmemente que nuestro Señor las toma por suyas, por cuanto Satanás pelea contra los justos, por el ódio y rabia que tiene contra el mismo Dios, queriendo vengarse de él en los criados de su casa, y en las criaturas que hizo á su imágen y semejanza, con capacidad de alcanzar la gloria, que él perdió por su culpa. Y como nuestro Padre celestial sabe esto, toma nuestra causa por suya, y sale en nuestra defensa, tomándonos bajo su proteccion, y trazando el modo de socorrernos para que salgamos con la victoria.

En esta confianza se fundó aquel animoso guerrero que con ser un pobre pastorcico y desarmado, hizo cara á un fiero gigante, que espantaba con solo verle; y huyendo los demás capitanes, él le acometió en el nombre del Señor, diciendo [1]: *Ipsius enim est bellum.* Porque esta guerra no es mia, sino suya; por causa de Dios se hace, y su honra le va en ayudarme para que salga con la victoria; pues suya ha de ser la gloria de ella. A cuya imitacion has de acudir en tus batallas á este rey del cielo, diciéndole como el mismo David [2]: *Levántate, Señor, y juzga tu causa:* defiéndeme de mis enemigos, pues me tientan y persiguen, por el ódio que tienen. Criatura tuya soy, y para tu servicio me criaste; pero Satanás pretende hacerme esclavo suyo, para darte enojo; confunde su soberbia, y líbrame de su tiranía, volviendo en esto por tu honra. Y está cierto, que si haces esto con gran confianza, volverá Dios por su gloria, como lo hizo con *Moisés y Aaron, cuando siendo perseguidos por el pueblo, huyeron al tabernáculo, pues en entrando les cubrió una nube, y bajó la gloria de Dios* á su defensa [3], porque era suya la causa. Así tambien si en tus tentaciones y tribulaciones huyes al tabernáculo de Dios y te acoges debajo de sus alas, bajará luego la nube de su proteccion para ampararte, mostrando Dios su gloria en defenderte.

---

[1] I Reg. 17, v. 47. — [2] Psalm. 73, v. 22. — [3] Num. 16, vv. 42. 43.

CAPÍTULO III.

DE OTRAS CAUSAS POR LAS CUALES NUESTRO SEÑOR PERMITE LAS TENTACIONES, AUNQUE MUCHOS SEAN VENCIDOS, Y EL PORQUÉ UNOS VENCEN Y OTROS SE PIERDEN.

Como son tantos los que caen en las tentaciones, sin jamás levantarse de su caida, es menester que volvamos por la honra de nuestro Dios, como él volvió por ella, despues que contó á Job la fiereza de Leviathan, y los pocos que le vencen. *Yo,* dice [1], *no le despertaré como cruel. Y ¿quién podrá resistir á mi rostro? O ¿quién me dió algo primero para que yo se lo pague? Todas las cosas que están debajo del cielo son mias, y no le perdonaré, aunque me lo pida con palabras fuertes, y muy compuestas.* Estas son las principales razones con que nuestro Señor justifica su causa, y ataja las quejas de los ignorantes, cuando padecen tentaciones, ó cualesquier otras tribulaciones, de donde quiera que procedan.

1. La primera razon es, porque nuestro Dios es infinitamente misericordioso y justo en todas sus obras, y en esta permision no despierta al demonio, ni á las demás criaturas con espíritu de crueldad y saña, sino con espíritu de misericordia y justicia; porque es justo probar la lealtad de los hombres, que están obligados á servirle, para tener ocasion de premiar á los leales con mayores misericordias, castigando á los rebeldes como merecen sus delitos; pues tienen libre albedrío tan poderoso, que ni el demonio puede forzarle, ni el Criador quiere necesitarle. Antes bien, como dice el Eclesiástico [2], ha puesto en sus manos *la vida y la*

[1] Job. 41, vv. 1, 2, 3.—[2] Eccli. 15, v. 18.

muerte, el bien y el mal, y cada uno puede escoger lo que quisiere; y por su voluntad libre escoge la muerte y el pecado, rindiéndose á la tentacion del demonio; y por la misma, con el favor que tiene del cielo, puede escoger la vida y la virtud y ser fiel á su Criador: y para que se descubra esta fidelidad, permite estas contradicciones, como permitió falsos profetas, y dejó las naciones enemigas en la tierra de promision: *Ut in ipsis experiretur Israelem, utrum, audiret mandata Domini;* para probar á los israelitas, si eran fieles en guardar la ley del Señor, ó si la dejaban fácilmente por persuasion de sus contrarios [1].

2. Además, nuestro gran Dios es tan sabio y poderoso, que no hay hombre, ni demonio, ó ángel, que pueda resistir á lo que él ordena y quiere con eficacia. *Y ¿quién,* dice [2], *podrá resistir á mi divino rostro?* ¿Quién podrá entrar en mi presencia, y pedirme cuenta de lo que hago? ¿O hacerme cara y resistencia en ello? No hay quien pueda hacer esto, porque todos delante de él son como si no fuesen para impedir su designio: y si permite que haya tentaciones y desórdenes en el mundo, no es porque no pueda impedirlas, pues nadie puede resistirle; sino porque pretende con esta ocasion descubrir sus infinitas perfecciones y sacar otros grandes bienes para los mismos hombres. Porque si no hubiera malos ¿cómo mostrara Dios su caridad en amar á sus enemigos? ¿y su liberalidad en hacer bien á los ingratos? ¿y su misericordia en perdonar á tantos pecadores? ¿y cómo descubriera la alteza de su bondad en hacerse hombre mortal y padecer pasion y muerte tan terrible por los mismos hombres? Y si en el mundo no hubiera tantas miserias, ¿cómo se podrian ejercitar las heróicas virtudes en remediarlas ó sufrirlas? Y si no hubiera tiranos tan

[1] Deut. 13, v. 3. — Judic. 3, v. 4. — [2] Job. 41, v. 1.

crueles ¿cómo hubiera mártires tan insignes? Y si no hubiera demonios ¿cómo hubiera varones tan esforzados? Procura tú ser uno de ellos, y no resistas á la ordenacion de Dios, porque entonces nunca tendrás paz [1]. Resiste al demonio, porque luego huirá de tí [2], y Dios pacificará tu alma, y hará que las bestias del campo y todos tus enemigos no te hagan mas guerra, ó no te dañen con ella.

3. Pero mas se descubre la fuerza de esta razon, con otra que añade luego nuestro Señor, diciendo: *¿Quién me dió algo primero para que yo se lo pague?* Como si dijera: Yo soy la primera fuente de todos los bienes que hay en los hombres, y de que gozan todas las criaturas; y yo los distribuyo, no por deuda, sino de gracia, porque ninguno pudo primero darme algo con que me obligase á darle el sér, y el bien que tiene; y esto solo basta para que ninguno pueda con razon quejarse de mi gobierno, ni de cosa que yo haga, aunque vaya mezclada con algun trabajo. No pongas tú los ojos en que el demonio te tienta, ó el enemigo te persigue, ó en el mal que te sucede, para quejarte de Dios que lo permite; sino pónlos en los bienes, que por sola su misericordia te ha hecho, y en los males de que te ha librado y desea siempre librarte, si por tí no queda, para serle agradecido, y ser fiel en servirle, sin faltar en ello, por las persuasiones de tu enemigo: *¡Ay*, dice Isaías [3], *del que contradice á su Hacedor! Por ventura el vaso de barro dirá al ollero, ¿por qué me hiciste de tal masa? O ¿por qué me diste tal figura? ¿Por ventura no tiene el ollero facultad de hacer los vasos como quisiere, y para los fines que gusta?* Sujétate á tu Criador con humildad, porque es poderoso para poner tesoros admirables en vasos de barro, y conservarlos sin que se quiebren en las tentacio-

[1] Job 9, v. 4.— [2] Jacob. 4, v. 7. — [3] Isai. 45, v. 9. —Rom. 9, v. 20, 21.

nes, á pesar del enemigo, que pretende quebrarlos.

4. A esto va enderezada la cuarta razon, que es admirable. *Porque todas las cosas*, dice, *que están debajo del cielo son mias*, y por ser obras de mis manos no las aborrezco, antes las amo: y si permito que los hombres sean tentados y atribulados, no es por aborrecimiento, sino por amor, para que salgan mas perfectos. Esto es lo que dijo el Eclesiástico, en confirmacion de la semejanza pasada [1]: *Como el horno encendido prueba los vasos del ollero, así la tentacion prueba al justo.* Dando á entender, que como el ollero pone los vasos de barro en el fuego, no porque los aborrezca, ni para que se quiebren, porque esto seria perder su trabajo, sino para hacerlos bien y para que se cuezan y endurezcan, porque de otra manera no serian de provecho para el fin que los hizo (aunque sin embargo de esto algunos se quiebran, por el mal temple que tienen, no pudiendo resistir á la fuerza del fuego); así tambien, por designio de nuestro Señor, los hombres, que de sí mismos son vasos de barro, entran en el horno de las tribulaciones, no por cierto para que se quiebren y pierdan; porque esto fuera muy ageno de su bondad, y contra el fin que tuvo en criarlos y contra la intencion con que los llama para justificarlos, sino para que se mortifiquen, y deshagan todas las humedades y superfluidades de la vida terrena, purgándose con este fuego de los pecados que han cometido, y para que se hagan fuertes y constantes en las virtudes, y puedan retener con firmeza los licores de la divina gracia, y servir en varios ministerios de la Iglesia, y ser despues trasladados al cielo, y colocados como vasos de eleccion y de misericordia en la mesa de la gloria. Porque sino pasasen por tentaciones y tribulaciones, serian como vasos de barro por cocer, flojos, inútiles

[1] Eccli. 27, v. 6.

y de poca firmeza para todas estas cosas; y aunque no hubiera demonios que los tentaran, cayeran facilmente y se quebraran, por ser de masa frágil, quebradiza y mal preparada, como casa de barro cimentada sobre tierra, y como vestidura que consume la polilla [1]: y si muchos se quiebran en las tentaciones, es por culpa de su libre albedrío, espantándose de la estrechura del horno, de la terribilidad del fuego y de la espesura del humo, que los aprieta, aflige y ciega; y esto mismo redunda en mayor gloria de Dios y provecho de los justos que perseveran con entereza. Porque nuestro gran Dios, como dijo el Eclesiástico [2], *no codicia muchedumbre de hijos inconstantes y desaprovechados;* y mas se precia de pocos, perfectos y leales, que de muchos desleales y flojos; y mas gloria se le viene por la victoria de pocos animosos, que pierde por la caida de muchos cobardes; pues el caer es nuestro, y el vencer es suyo. Y es grande gloria del que pelea, que cayendo, como dijo David [3], *mil á su lado izquierdo, y diez mil al derecho,* él se tenga en pié con gran firmeza, poniendo debajo de sus piés al tentador, que puso tantos hombres debajo de los suyos; y viéndose levantado en medio de tantos caidos, mira lo que hará para no caer como ellos. Con lo cual los que eran vasos de barro por la naturaleza, se hacen vasos de oro por la gracia, y resplandecen mucho mas en todo el mundo. Y así dijo el Apóstol [4], *que convenia hubiese herejías* y cismas, y que faltasen algunos en la fe y caridad, para que los verdaderos y perfectos cristianos, cuya fe y amor no se mudan con semejantes tentaciones, resplandeciesen mas, y fuesen *conocidos* y honrados delante de Dios y de los hombres. Y hasta Plutarco [5], con ser gentil, vino á decir, que así como tocamos al cántaro de barro para conocer por el golpe si

[1] Job. 4, v. 19. — [2] Eccli. 15, v. 22. — [3] Psalm. 90, v. 7. — [4] I Cor. 11, v. 19 — [5] Lib. de discrimine adulatoris, et amici.

está quebrado ó entero, si está vacío ó lleno; así el toque de las tribulaciones y tentaciones descubre quien es vaso entero y sano, con virtud sólida, y quien está lleno de santidad verdadera; ó al contrario, quien es vaso hendido y quebrado, aunque parecia estar sano, porque suena á hombre impaciente y vacío de toda virtud, pues no la tuvo para resistir el golpe con que fué probado. Y siendo tantos los que dan este mal sonido, es muy glorioso el sonido de los perfectos, que suenan á lo que son, y descubren su perfeccion á todo el mundo.

5. Finalmente, concluye nuestro Señor su razonamiento con decir, que no perdonará á Leviathan, ni habrá ruegos poderosos para recabar el perdon. Como quien dice: De tal manera amo todas las cosas que son mias, que aborrezco á los demonios, y á los que están obstinados en el pecado como ellos, porque no puede agradarme lo malo, ni dejaré de castigarlo; y si permito que prevalezca contra algunos hombres, no es porque le ame ó favorezca, pues le tengo preparado terrible castigo. Por tanto escarmentad en cabeza agena, y no me provoqueis á ira, consintiendo con el tentador en lo que os pide; porque pasaréis por la misma pena: mas si fuereis vencidos por flaqueza, no perdais el ánimo; porque el haber sido tentados me mueve á que me compadezca de vosotros, y os ayude á levantar, para que venzais al que os venció. Esto nos dió á entender el mismo Señor, cuando entró en juicio con la serpiente que tentó y venció á Eva, alentando á Eva para que tornase á pelear, con esperanza de vencer. Mas á la serpiente no la perdonó, sino echóle su maldicion eterna, diciendo, que *pondria enemistad entre ella y la mujer*, de quien naceria uno que le *quebrantase la cabeza* [1]; porque en virtud de Cristo nuestro

[1] Genes. 3, v. 15.

Señor, que nació de la Vírgen, los flacos como mujeres quebrantan el orgullo de las serpientes infernales.

§ I.

Siendo, pues, verdad todo lo que se ha dicho, será bien declaremos las causas que hay de parte de los hombres, para que de unas mismas tentaciones unos salgan vencidos y se condenen, y otros salgan vencedores y se salven. Conforme á lo que dijo el Salvador, hablando de las tentaciones que habrá antes del juicio [1]: *Entonces dos mujeres estarán en el molino, y dos hombres en el campo, y dos en el lecho, y uno será escogido y otro desechado.* Y como advierte Remigio, por estas tres suertes de personas entiende los tres estados de matrimonio, continencia y prelacía, figurados por Job, Daniel y Noé, como arriba se dijo. Y como en todos hay tentaciones, unos vencerán, y los tomará Dios para su cielo, y otros serán vencidos y bajarán al infierno. De lo cual tenemos raros ejemplos en la divina Escritura, como se puede ver en los dos hermanos, Cain y Abel, en Esaú y Jacob, en los dos reyes, Saul y David, en el fariseo y publicano, que subieron á orar al templo, y en los dos ladrones, que estuvieron crucificados con Cristo. Pero entre todos sobresale el ejemplo que referimos en el primer tomo de la venerable Ruth, y su compañera Orfa, en que están retratados los espantosos juicios de Dios cerca de esta materia, porque ambas nacieron en una misma ciudad entre idólatras; y algunos dicen, como refiere el Abulense [2], que eran hermanas, sacándolo de lo que Noemi las dijo: *Volveos á casa de vuestra madre.* Y con decir madre y no madres, daba á entender que tenian una misma madre. Tambien ambas fueron

[1] Matth. 24, vv. 40, 41. — Luc. 17, v. 34. — [2] In Ruth. 1.

casadas con dos hermanos israelitas, y tuvieron vocacion de Dios para acompañar á Noemi y aceptar su ley, que era la verdadera. Ambas padecieron las mismas tentaciones, atrayéndolas el amor á sus tierras, padres, conocidos, y á los dioses que habian adorado. Mas el éxito fué diverso, porque Orfa, que era la mayor, quedó vencida y desechada, y Ruth salió victoriosa y fué escogida. Estos ejemplos, y otros semejantes cuenta la Sagrada Escritura para que los cobardes no se escusen con decir que pecaron, porque fueron tentados, pues tambien lo fueron otros compañeros suyos, y no cayeron. Y por consiguiente, la causa principal de su caida no fué la tentacion, sino su negligencia en resistirla. Como lo significó Cristo nuestro Señor [1] en la parábola del hombre sabio, que edificó su casa sobre piedra, y del necio que la levantó sobre arena: y siendo ambas combatidas de lluvias, rios y vientos, la casa del sabio permaneció, y la del necio se cayó. En lo cual, como dice Casiano [2], se descubre, que la casa ó conciencia del necio, no se cayó por haber sido combatida por las tentaciones, figuradas por las lluvias, rios y vientos; pues la del sabio fué combatida de las mismas, y no fué derribada; sino por la flaqueza del cimiento movedizo en que descansaba, y por la necedad del que la fundó sobre arena, sabiendo el peligro que corria: y por consiguiente, no difiere el cuerdo del necio y el justo del pecador, en que el uno es tentado y el otro no; sino que el sabio no es vencido de grandes tentaciones, por estar bien solidado en las virtudes; y el necio es vencido á veces de pequeñas por su mal cimiento; pues la tentacion, dice Tomás de Kempis, no hace al hombre malo, sino que descubre cual es; esto es, descubre cual es el cimiento de la vida, que á los ojos de los hombres está encubierto.

[1] Matth. 7, vv. 24-27.—[2] Collat. 18, cap. 13.

1. Y si quieres saber en particular la diversidad de estos cimientos, discurre por los ejemplos que hemos traido, y hallarás, que cayó la casa de Caín, combatida de la envidia, porque estaba cimentada en vano deseo de su honra y de que Dios le honrase autorizando su sacrificio; mas la casa de Abel permaneció, porque la tenia cimentada sobre una pura intencion de agradar á Dios y de darle lo mejor y mas precioso que tenia. La casa de Esaú dió en tierra, porque descansaba en cimiento de carne y en amor propio, vendiendo el mayorazgo por su regalo; la de Jacob estuvo firme, porque se apoyó en la confianza en Dios, acudiendo á él con oracion en todos sus trabajos. Perecieron la casa y reinado de Saul, porque los sentó sobre su propio juicio y propia voluntad, atropellando la obediencia con pretexto de sacrificio; mas la casa y reinado de David permanecieron porque los fundó sobre un corazon hecho á medida de la voluntad de Dios, resuelto á cumplirla en todas sus cosas. El edificio del fariseo fué derribado de los vientos, porque estaba levantado sobre viento de vanidad; el del publicano quédó en pié, porque le cimentó en verdadera humildad. Las olas de tentaciones y tribulaciones no pudieron desmoronar la casa del buen ladron en la cruz, porque la apoyó en el conocimiento de sus pecados, y en que era digno de aquellos castigos; mas asolaron la del mal ladron, porque quiso estar fijo en su obstinada voluntad. Y viniendo al caso de nuestra historia, unas mismas tentaciones combatieron las casas de Ruth y Orfa, como se ha visto; mas la de Orfa fué derribada, porque estaba levantada sobre la aficion desordenada de su tierra y de sus dioses, y en un propósito de solo cumplimiento con que se ofreció á acompañar á su suegra; mas la de Ruth permaneció sin daño, porque la sentó sobre un propósito firmísimo de acompañar á Noemi hasta su tierra, y de tomar por

Dios al Dios que ella adoraba. Y estando las dos en el molino de la infidelidad, la rueda de los pecados, que hace mover la idolatría, la una fué escogida para ser vaso de misericordia, en quien Dios depositó la fe y la divina gracia, porque ella tambien cooperó para recibirla; y la otra fué dejada en su miseria, como vaso de ira, reprobado de Dios por su culpa y resistencia.

2. De donde se infiere, conforme á estos ejemplos, que casi todos los medios para no caer en las tentaciones, se reducen á no levantar la casa de la conciencia sobre arena movediza; esto es, á no apoyarse en su flaca naturaleza, ni en sus solas fuerzas, ni en su propio juicio y parecer, ni en propósitos mezclados con aficion de cosas terrenas; sino á echar fuera del alma cualquier aficion desordenada de cosas perecederas, sean regalos, honras y riquezas, ó personas muy allegadas, á fundarse en la firme confianza en la bondad y omnipotencia de Dios, y en los merecimientos, ejemplos y palabras de la piedra viva, que es Cristo, en el consejo y parecer de sus mayores y padres espirituales, y en verdadera humildad de corazon, con recurso contínuo por la oracion al Padre de las misericordias, de quien depende el remedio de nuestras miserias y la perseverancia en el bien que él mismo comenzó en ti; persuadiéndote de que la diferencia de los sucesos que se han dicho no nace de solo el libre albedrío, como lo avisa el Apóstol, diciendo [1]: *¿Quis te discernit? ¿quién te diferencia de los demás? Y ¿qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorías, como si no lo hubieras recibido?* Que fué decir: Si otros son infieles, y tú cristiano; si otros son pecadores, y tú justo; y si otros como tíbios son vencidos de las tentaciones, y tú con fervor las vences; entiende que esta diferencia no nace de tu sola volun-

[1] I Cor. 4, v. 7.

iad y fortaleza, sino principalmente de la divina gracia, que previene y ayuda á tu flaqueza; y sin esta gracia fueras infiel y malo como los otros, y vencido como ellos. Mas en virtud de ella haces todo lo que te diferencia de los otros pecadores, á los cuales si quisieran, no les faltara gracia bastante para obrar bien y vencer. Porque *tuya es,* dice Dios [1], *la perdicion; pero de mi solo procede tu ayuda.* Por culpa de tu voluntad serás dejado en el molino, desechado en el lecho, ó en el campo; mas si fueres de allí sacado con victoria para el cielo, no á tu voluntad sola, sino á la gracia de Dios debes la gloria, por la cual tu voluntad pudo y quiso pelear, de modo que alcanzase la corona.

CAPÍTULO IV.

DE LAS ARMAS QUE SE HAN DE PREPARAR CONTRA LAS TENTACIONES, Y DE LA LUZ Y PRUDENCIA PARA CONOCER LAS QUE VIENEN ENCUBIERTAS Y DISFRAZADAS.

—

Los que comienzan á servir á Dios, y quieren no ser vencidos del demonio, es menester, como dijo el Eclesiástico [2], que aparejen sus almas para las tentaciones, previniendo contra ellas los remedios necesarios y las armas con que se han de defender, y ofender á los enemigos; porque como los israelitas salieron á la conquista de Jericó, con los sacerdotes que llevaban las trompetas del jubileo, y con el arca del Testamento, y además todos iban prevenidos y bien armados con varias armas para pelear contra los enemigos y destruirlos [3]; así tambien, para salir á las batallas del espíritu, has de acompañarte con los dos sacramentos de la confesion y comunion, de cuya

[1] Osee, 13, v. 9. — [2] Eccli. 2, v. 1. — [3] Josue 6. vv. 12, 13.

virtud para estas peleas ya se ha tratado y juntamente has de armarte con otras muchas armas espirituales, tomando las que son mas acomodadas á tu necesidad, condicion y estado; á la manera que David, cuando salió á pelear con el gigante Goliath, no aceptó las armas de Saul, sino su honda y cayado [1]. Porque si has de salir á campaña contra Satanás, no has de preparar armas, que sepan á vanidad y confianza propia ó que desdigan de tu pequeñez y profesion, sino solamente armas de Dios, dadas por su mano, y armas de Cristo, que con el báculo de la cruz venció al príncipe de este mundo; y estas has de prevenir con tiempo, conforme al consejo del Apóstol, que dice [2], *Armaos con las armas de Dios, para que podais prevalecer contra las asechanzas de Satanás; porque nuestra lucha, no solo es contra carne y sangre, sino contra los príncipes y potestades de las tinieblas. Por tanto, tomad con tiempo las armas de Dios, para que podais resistirlos en el dia malo*, que es el dia de la tentacion, estando firmes *en todo para ser perfectos*. Porque ningun soldado cuerdo, si está en campaña, ó en la frontera, dilata el apercibirse para cuando tocan al arma para dar la batalla, sino que con mucho tiempo se previene, para que no le cojan desapercibido. A la manera que el mismo David, antes de acometer al Gigante, *recogió de un arroyo cinco piedras muy limpias, y las puso en su zurron, y tomó en su mano la honda*, y con esta prevencion *salió á la batalla* [3], y ganó la victoria. Y pues ya es cierto que has de ser tentado del demonio, y salir á batalla con este fiero gigante, gran prudencia es aparejar con tiempo las armas necesarias para defenderte y ofenderle, recogiendo las piedras que has de arrojarle; porque de otra manera, mientras las buscas prevalecerá contra

[1] I Reg. 17, vv 38-40. [2] —Ephes. 6, vv. 11-13.— [3] I Reg. 17, v. 40.

ti el enemigo, y perderás la victoria que ganaras, si estuvieras apercibido. Por lo cual dijo Salomon [1], que hay tiempo de recoger piedras, y tiempo de arrojarlas; avisando con esto, que el tiempo de la tentacion no es tiempo de recoger, sino de arrojar las piedras que ya están recogidas. Pero si deseas saber qué armas son estas, y qué cinco piedras las que has de aparejar contra las tentaciones, digo, que son cinco cosas principales de nuestra fe, de las cuales dijo el mismo apóstol: [2] *Deseo que en la Iglesia se hablen cinco palabras, como yo las siento.* Y estas son, como declara Sto. Tomás [3]. *Credenda, agenda, vitanda, timenda, et speranda.* Las cosas que se han de creer, hacer, huir, temer, y esperar; creyendo todos los misterios que Dios revela; haciendo todas las obras que manda y aconseja; huyendo de todos los pecados, grandes y pequeños, que prohibe; temiendo los castigos con que amenaza; y esperando los premios de la gloria y los bienes de gracia que promete, haciendo lo posible para alcanzarlos, de la manera que señala. Estas cinco cosas son la suma de todas las verdades sobrenaturales, el fundamento de todas las virtudes, la materia de todas las meditaciones, y las armas de Dios contra todas las tentaciones. Son armas muy fuertes, defensivas y ofensivas, porque á manera de un arnés trenzado, y de un escudo de acero fortísimo, cubren de piés á cabeza, y defienden de todas las saetas, balas, y golpes de los demonios; cuyos primeros tiros van dirigidos á abollar, ó desmenuzar estas armas para matar al que está armado con ellas, persuadiéndote de que no creas con firmeza algo de lo que Dios dice, ó no cumplas con perfecta obediencia lo que te ordena, ó no huyas con presteza de lo que te prohibe, ó hagas poco caso de sus amenazas ó promesas. Pero á

[1] Eccles. 3, v. 5. — [2] I Cor. 14, v. 19. — [3] Ibi. lect. 4.

todas sus tentaciones has de resistir con gran valor, haciendo de estas mismas verdades armas contra el enemigo, arrojándoselas como dardos, ó como piedras muy limpias, para quebrantarle la cabeza, y domar su orgullo. Y si eres tan animoso y confiado como David, una sola bastará para dar con este fiero gigante en tierra. Unas veces has defenderte y ofenderle con la virtud de la fe, y con sus heróicos actos, ejercitándolos acerca de sus verdades, porque Dios así lo dice y no puede engañarse ni engañarte, por ser la suma verdad; mas el demonio padre de la mentira. Otra veces con actos fervorosos de obediencia, porque Dios lo manda ó lo prohibe, y esto basta; pues no es justo obedecer mas al demonio, que es tu enemigo, que á Dios, que es tu padre, y bienhechor infinito. Otras veces has de añadir actos de temor, para que no te castigue, y ejecute en tí sus amenazas, ó actos de esperanza, para gozar de sus promesas, ejercitando mucho esta virtud acerca de las ayudas, que te promete para vencer las tentaciones con que el enemigo te combate.

§ I.

Como estas armas se hallan en la Sagrada Escritura.

La armería y arroyo de donde has de sacar las armas y piedras que se han dicho es la Sagrada Escritura, especialmente la doctrina y ley evangélica, donde están mas expresadas las cosas que Dios ha revelado y ordenado, amenazado ó prometido; la cual como es Ley de gracia, comunícala con los Sacramentos que manda recibir, infundiendo por medio de ellos virtudes sobrenaturales, y especiales ayudas y socorros contra las tentaciones, como consta de lo que hemos dicho de ellos. Mas por que no todos sa-

ben, ni pueden escoger estas armas y aplicárselas, tiene otra segunda armería viva, que son los doctores, predicadores y confesores, en cuyas memorias están depositadas estas verdades, y de cuyas bocas las recibimos, y el mismo Dios las habla por ellos, y las aplica á nosotros, como son menester para nuestros intentos. Y de aquí es, que el *cuello de la Iglesia* es comparado [1] á la *torre de David*, *edificada con baluartes* para su defensa, *de la cual están colgados muchos escudos, y todo género de armas para los soldados fuertes*. Y ¿qué otra cosa dice S. Gregorio [2] significa el cuello de la Iglesia, sino las palabras de Dios, que habla por los profetas; apóstoles y evangelistas, y están en la Sagrada Escritura, que es como una torre para su defensa, con todos los medios que son posibles para pelear contra nuestros enemigos y vencer todo género de tentaciones? Porque allí se proponen los ilustres ejemplos de los Santos, las batallas que vencieron, y las armas con que pelearon. Allí están los preceptos y consejos de todas las virtudes, los remedios contra todos los vicios, los avisos para resistir á las tentaciones, los premios de los vencedores y los castigos de los vencidos. Finalmente, todas las verdades queDios ha revelado y las palabras que ha hablado son como mil escudos de defensa; mil, por su multitud y perfeccion; escudos, porque nos amparan contra las saetas y balas del enemigo; las cuales, aunque sean de fuego como dijo S. Pablo [3], pierden su fuerza en tocando los escudos de la fe, que cree con certeza estas palabras, con tal condicion, que los embrazemos con entera obediencia, y los arrimemos al corazon, con perfecta caridad, diciéndolas con el espíritu del Señor que las habló. De esta torre sacó Cristo nuestro Señor las sentencias con que venció al

[1] Cantic. 4, v. 4. — [2] Hom. 15, in Ezech. — [3] Ephes. 6, v. 16.

tentador en las tres tentaciones, que le puso en el desierto [1]. Y de este arroyo clarísimo de las divinas Escrituras escogió nuestro verdadero David las tres piedras que arrojó á este fiero gigante, y le hizo huir, vencido y corrido de su presencia; enseñándonos con su ejemplo como dice S. Agustin [2], á sacar de esta torre, y de este arroyo las verdades y remedios con que hemos de vencer todas nuestras tentaciones, porque con esta prevencion perderémos el miedo demasiado de ser vencidos. Conforme á lo que dijo el Salmista [3]: *La verdad de Dios te cercará como escudo, y no temerás el temor de la noche, ni de la saeta que vuela de dia, ni del negocio que se trata en tinieblas, ni del encuentro del demonio meridiano.* Que es decir: La proteccion de Dios, y su verdad y palabra, te cercarán y rodearán por todas partes, para que en virtud de ellas puedas prevalecer contra toda suerte de tentaciones. Contra las claras y descubiertas, que acometen de dia y á ojos vistas, y contra las que vienen ocultas y disfrazadas, como enemigos que acometen de noche y por las espaldas; ora sean repentinas, que pasan presto como temores que vienen de noche y como saetas que vuelan ligeramente por el aire; ora sean graves y duraderas, como negocios que se tratan detenidamente, y encuentros que suceden á propósito: y finalmente, contra las que se fundan en adversidades de cuerpo y espíritu, figuradas por la noche, ó en prosperidades corporales ó espirituales, ó en apariencia de virtudes, figuradas por la luz del mediodía. Contra todas estas tentaciones nos amparan las verdades y palabras de Dios, cubriéndonos como escudo de piés á cabeza. Ellas nos descubren las astucias de Satanás, esclarecen sus noches y tinieblas, y manifiestan los engaños de sus falsos dias, y nos enseñan

[1] Matth. 4, vv. 4, 7-10. — [2] Libr. 4. de Trinit. cap. 13 — D. Thom. 3. p. q. 41. art. 1. — [3] Psalm. 90, v. 5, 6.

como nos hemos de haber en las prosperidades y adversidades, y en todos los combates que nacen de ellas. Unas veces como dice S. Bernardo [1], son verdades de cosas altas y celestiales, que están representadas por la parte superior del escudo, ó adarga que es ancha; otras veces son verdades de cosas ásperas y terribles, que están representadas por la parte inferior, que es estrecha y puntiaguda; porque ya enfrenan con esperanza de premios, ya con temor de castigos; ya descubriendo la hermosura de las virtudes y la grandeza de los beneficios divinos y del Autor de ellos, ya manifestando la fealdad de los vicios y de sus malas raices y peores afectos.

Pero tiene gran misterio lo que pondera S. Gregorio [2] de esta torre, poniendo la diferencia bien sabida entre los muros y baluartes, y los escudos y las demás armas, porque los baluartes siempre están fijos en una parte, y desde allí son defensa de la ciudad y de sus ciudadanos; pero los escudos y otras armas puédense tomar y aplicárselas cada uno y llevarlas de una parte á otra para pelear con ellas. De esta manera, entre las cosas que cuenta la Sagrada Escritura de los divinos misterios, y de las vidas ejemplares de Cristo nuestro Salvador y de sus apóstoles, y otros Santos, unas son milagrosas y como muros, las cuales no podemos tomar para aplicarlas á nuestro uso; porque ni nos será posible hacer milagros, ni es seguro desear hacerlos. Pero con todo eso nos defienden y ayudan mucho en las tentaciones, confirmando nuestra fe, alentando la confianza y encendiendo la caridad con vivos deseos de agradar al Señor, que tanto puede. Pero las virtudes y hechos heróicos y los consejos de perfeccion son como las demás armas, que podemos y debemos aplicarlas á nosotros, y llevarlas

[1] Serm. 4 et, 5. in Psalm. Qui habitat. — [2] Ubi. supra.

adonde quiera que fuéremos para pelear con ellas contra los demonios, *embrazando el escudo de la fe, vistiéndonos la loriga de la justicia* [1], cubriéndonos con el capacete de la esperanza, poniéndonos en la cintura la espada de la castidad, y armándonos con el ejercicio de todas las virtudes, para hacer guerra á las pasiones de la carne y á las hinchazones y soberbias de la vida.

Mas para que veas en particular la práctica de lo que se ha dicho, oye los admirables avisos que da el Espíritu Santo en su Escritura, especialmente por boca del Eclesiástico, en habiendo exhortado á que nos aparejemos para la tentacion. *Humilla,* dice, *tu corazon* delante de Dios [2], porque á *los humildes da su gracia y fortaleza, y la quita á los soberbios* [3]: y si el pié de la soberbia no asienta en tu alma, no la derribará la mano del que la tienta [4]. Inclina tu oido á oir, y cumplir lo que Dios te manda, é inspira; porque el *varon obediente canta la victoria* [5]; conserva el temor de Dios, y envejece en él, porque el *Señor hace la voluntad de los que le temen, ayudándoles cuando se lo piden* [6]. No te congojes *en el tiempo de la tentacion, ni te apresures* demasiado por salir de ella; porque *quien mucho se apresura*, mas presto *tropieza. Sufre las dilaciones de Dios*, aunque te parezca que tarda, porque *él te ayudará en buena coyuntura. Júntate á Dios* [7] con union de amor; porque unido con el Todopoderoso, lo podrás todo. Pues por esto decia Job [8] *Ponme, Señor, junto á tí, y pelee quien quisiere contra mí. Recibe la parte de trabajos que Dios te aplicare, sufre los dolores y ten paciencia en las humillaciones; porque como el oro y plata son probados en el fuego, así han de pasar por el horno de la humillacion los que han de ser*

[1] Ephes. 6, v. 14, 16.—[2] Eccli. 2, v. 1.—[3] Jacob. 4, v. 6.—[4] Psal. 35, v. 12.—[5] Prov. 21, v. 28.—[6] Psalm. 144, v. 19.—[7] Eccli. 2, vv. 2, 3.—Prov. 19, v. 2.—Psalm. 9, v. 10.—[8] Job. 17, v. 3.

recibidos en el cielo. Fíate de Dios, y él te remediará: y si perdieres algo en la tentacion, *él te lo restituirá. Mira las naciones de los hombres, y verás que ninguno esperó en Dios, que fuese confundido. ¿Quién permaneció en sus mandamientos, que fuese desamparado? ¿O quién le llamó, que fuese desechado* [1]? Porque él dice [2] *Líbraréle, porque esperó en mí: defenderéle, porque conoció mi nombre. Llamaráme, y yo le oiré: con él estoy en la tribulacion, yo le libraré;* y él me glorificará, dándome la gloria de su victoria.

§ II.

De la preparacion contra las tentaciones encubiertas.

Mas como no basta saber los remedios de las tentaciones, sino hay luz para conocerlas; cuando vienen encubiertas es necesario otra preparacion que apuntó Salomon, cuando dijo [3]: *Por demás se tiende la red ante los ojos de los que tienen alas.* En cuyas palabras da á entender, que no hay medios mas eficaces para escaparse de las redes de las tentaciones, que tener ojos para conocerlas, y alas para volar y huir con presteza de ellas, y como servirian de poco las alas sin los ojos, así no bastarán los ojos sin las alas. Pero no han de ser ojos del cuerpo, sino del espíritu, ilustrados con la fe y luz del cielo, y con la prudencia y sabiduría del Espíritu Santo; como tampoco han de ser alas corporales, sino espirituales, con nervios, y plumas de virtudes y afectos muy arraigados y fervorosos. Como que se dice [4] de los santos cuatro animales que tenian ojos, *Ante, et retro, et intus*, por delante, y por las espaldas, y por dentro, y alas con que caminaban con ligereza, como relámpagos; para significar que los

[1] Eccli. 2, vv. 4, 5, 6, 11, 12.— [2] Psalm 90, vv. 14, 15.— [3] Prov. 1, v. 17. —[4] Apoc. 4, v. 6-8.— Ezech. 1, vv. 5, 12, 14.

Santos tienen luz celestial para ver los combates de los enemigos, que los acometen por delante y al descubierto, y los que vienen á traicion por las espaldas para no ser vistos, y los que persiguen dentro del corazon con las propias pasiones; y para defenderse de todos, tienen alas con que acometen ó huyen, como es menester, para vencerlos. Pero ¿quién tendrá tales ojos, que pueda conocerlos, cuando *Satanás se transfigura en ángel de luz* [1] para encubrirlos? Pretendiendo que los hombres, como dijo Habacuc profeta [2], *sacrifiquen á su red*, creyendo que la tentacion del mal espíritu, es inspiracion del bueno, y el viejo es virtud, y la pasion razon. Y aunque á los muy malos como dice S. Gregorio [3], tienta al descubierto, inclinándoles á la maldad de que ellos gustan; mas con los justos muy fervorosos cubre su rostro, y muda la voz para no ser conocido. ¿ *Y quién* dice Dios [4], *habrá que descubra el rostro de Leviathan, quitándole la piel con que está cubierto? O ¿quién entrará en medio de su boca*, para ver lo que se fragua dentro de ella? Como si dijera: Yo solo soy el que puedo revelar, y descubrir sus enredos, y quitarle la máscara con que cubre su propio rostro, para que no sea conocido. Yo solo soy el que puedo entrar dentro de su boca, y ver el artificio de sus palabras, y las argucias, y ardides de que usa para engañar con ellas. Y no sin misterio usa aquí la Escritura de este vocablo, *revelar*, para dar á entender, que sin revelacion ó instinto ó ilustracion del cielo, no se pueden saber estas astucias y enredos en particular; aunque en general bien sabemos que el dragon de siete cabezas tiene especiales velos con que cubre los rostros de los siete vicios capitales. La gula [5] y avaricia cubren el rostro con velo de necesidad para remediar su hambre ó su pobreza. La pereza cubre

[1] II Cor. 11, v. 14.— [2] Habac. 1, v. 16.— [3] Libr. 31, Mor. c. 22.— [4] Job 41, v. 4.— [5] D. Gregor. lib. 32 Mor. cap. 17.

el suyo con capa de fatiga, para tomar el alivio necesario. La soberbia y ambicion ponen por máscara la gloria y honra de Dios, y los provechos de las dignidades y oficios excelentes. La ira y envidia cubren su cara con velo de remediar su propio daño, ó atajar el ageno. Y con ser la lujuria tan desvergonzada, no le falta velo para cubrir el amor carnal, con apariencia de amor espiritual. Sobre estas apariencias y cubiertas funda el dragon sus astucias, y el encanto de sus razones y persuasiones, confirmándolas con lugares de la Divina Escritura, mal entendidas, ó con revelaciones fingidas, procurando que siempre sean muy agradables, como música de voces muy concertadas. Y por esto, hablando nuestro Señor [1] de los huesos de Behemoth, que están cubiertos con su carne, y piel, los compara á las flautas; dando á entender, como declara S. Gregorio [2], que las tentaciones mas fuertes del demonio son las encubiertas, las cuales á modo de flautas regalan el oido, y pervierten el corazon con engaño. Si vé que estás contento con lo que tienes, por refrenar la codicia, toca su flauta, diciéndote: ¿Por qué descuidas tanto de tí, y de lo que está por venir, pues no sabes lo que te ha de suceder? Ten cuidado de proveer desde luego, lo que quizá te faltará despues. Si, que bien puedes pretender los bienes de la tierra, sin manchar el alma con culpa alguna. Y si te vé resuelto de dejar todas las cosas por seguir á Cristo, toca la flauta con mas armonía, diciéndote: ¿De dónde á tí tanta presuncion, que pienses vivir sin tener nada? ¿Por ventura muchos no retienen su patrimonio, y con limosnas alcanzan el cielo? Si deseas ayudar á los prójimos, y tienes caudal para ello, toca su instrumento músico, diciéndote al oido: ¿Por qué te metes en cosas agenas? ¡Ojalá dieses buena cuenta

[1] Job 40, v. 13.—[2] Lib. 31, Mor. c. 17.

de las propias! ¿De qué te sirve aprovechar á otros, pues corres peligro de dañarte á tí? Con estas, y otras razones semejantes trama el dragon sus engaños; y si hacen presa en el corazon, son muy difíciles de remediar. Porque ¿quién resistirá al demonio, si le tiene por ángel? O ¿quién curará el vicio, si le tiene por virtud? No sin motivo, dice el mismo santo [1], añadió luego nuestro Señor, que las *ternillas de Behemoth eran como planchas de hierro*, en el que no hace mella el hierro de la lanza, ni el golpe de la saeta; porque los vicios que parecen virtudes, significados por las ternillas que parecen huesos, y no lo son, cuando se apoderan del alma, la endurecen como hierro para no sentir los toques del que quiere curarla, porque no se tiene por enferma, ni engañada, antes bien espera premio por aquello mismo por lo cual ha de recibir castigo.

Pero esto, que tan difícil es á los hombres de conocer y remediar, es muy fácil con el favor de Dios, que da su luz celestial y sabiduría á los humildes que se la piden con confianza, y de su parte se ayudan con la leccion y estudio de los Libros Sagrados y devotos; los cuales con ser armerías de la Iglesia, son tambien fuentes de la luz contra estos engaños, por la mucha noticia que dan de ellos. Pero debe acudirse tambien á los maestros y confesores hábiles á quienes el Salvador llamó luz del mundo y, que como dijo S. Pablo, conocen las astucias de Satanás, y avisan de ellas á los fieles. Y por esta causa *los ojos del divino esposo* se comparan [2] á *las palomas lavadas con leche, que residen cerca de las corrientes de las aguas:* en las cuales como advierte S. Gregorio, se lavan, y ven las sombras de las aves de rapiña que pasan por lo alto; y conociéndolas por las sombras, vuelan y se escapan

[1] Ubi supra. — [2] Cantic. 5, v. 12.

de sus uñas. Y ¿quiénes son los ojos del Esposo, sino los varones espirituales, que tienen luz para conocer sus peligros, y prevenir los remedios? Estos son como palomas, que tienen ojos sencillos, y alas ligeras para huir, siempre residen cerca de las aguas cristalinas de las Sagradas Escrituras, y de otros libros devotos, que como arroyos nacen de ellas; y con el contínuo ejercicio de la leccion y meditacion se llenan de la leche blanca y pura de su dulce doctrina, y con ella se lavan y purifican; y por las cosas que allí leen, como por sombra, conocen al enemigo y sus embustes, y al punto con sus alas huyen de ellos y se acogen al lugar seguro de sus nidos. Y el mismo aviso dan á los demás, como el profeta Eliseo descubria á los hebreos las emboscadas de los Sirios [1], para que no cayesen en ella.

CAPÍTULO V.

DE LAS TENTACIONES INTERIORES POR PARTE DE LA IMAGINACION, Y SENSUALIDAD, CON SUS PASIONES, Y EL MODO DE VENCERLAS.

—

Porque no basta saber en general las tentaciones del enemigo y las armas que hay para vencerlas, será bien que tratemos en particular de las mayores y mas ordinarias, y del modo como se han de jugar las armas contra ellas. Para lo cual se ha de presuponer, que hay dos suertes de tentaciones, unas interiores y otras exteriores. Las primeras [2] se fraguan dentro del corazon y de las dos potencias que se llama imaginacion, y sensualidad ó apetitos sensitivos. En la imaginacion hierven las feas representaciones y los malos

[1] IV Reg. 6, v. 9. — [2] D. Tom. 1, 2, q. 23

pensamientos ; y en la sensualidad los malos afectos, que llamamos pasiones, entre las cuales son cuatro las principales. Porque como el cuerpo tiene cuatro humores, de cuyo desconcierto nacen las enfermedades, así dice Ricardo [1], el alma tiene cuatro afectos de amor y aborrecimiento, de gozo y de tristeza, ó deseo y temor, de cuyo desórden proceden las enfermedades espirituales; y, como dice S. Bernardo [2], son como cuatro ruedas del carro del corazon, y como cuatro caballos furiosos que le despeñan, sino hay quien los enfrene y rija como conviene. Las tentaciones exteriores son las personas ó cosas de la tierra, que son materia y cebo de estas imaginaciones y pasiones, y nos mueven á querer el desórden que tienen, ó por la belleza que descubren, ó por el bien que nos hacen ó prometen, ó por el daño que nos causan ó con que amenazan. Ambas tentaciones suelen juntarse á combatirnos, al modo que dice S. Pablo de sí mismo [3]: *Foris pugnæ, intus timores;* por defuera tenemos guerra, y por dentro temores. Y el profeta Oseas dijo [4], que robaron á Samaria *ladrones de casa, y de fuera*; porque las pasiones, y las cosas en que se ceban, nos roban el corazon y las virtudes que hay en el alma, y de todas se aprovecha el demonio para hacernos cruel guerra; porque como pondera S. Diadoco [5] cuando uno trae guerra contra otro, y no puede prenderle, acércasele cuanto puede, y tírale saetas ó piedras para herirle, y matarle; y si no puede, ó no se atreve á acercarse mucho, desde léjos se las arroja con todas sus fuerzas para derribarle. Y el capitan, que no puede entrar dentro de la ciudad, procura tomar los arrabales, y desde allí bate los muros y abre portillos para entrar y saquearla. De esta manera el demonio, como no puede entrar inmediatamente den-

[1] De statu hominis interioris, c. 34.— [2] Serm. 35, parvorum.— [3] II Cor. 7, v. 5.— [4] Osee. 7, v. 1.— [5] Lib. de perfectione spirituali, cap. 82.

tro de nuestro espíritu, ni prenderle como desea, porque sin nuestro consentimiento ningun daño nos puede hacer procura acercarse todo cuanto le es permitido y entrar dentro de los arrabales que son las potencias y apetitos inferiores de la carne, y desde allí arroja saetas y piedras de terribles tentaciones para combatirle; porque como dice Sto. Tomás [1], el demonio, si Dios no ata su poder, tiénele bastante para mover nuestra imaginacion, y alterar los humores del cuerpo, de modo que los apetitos broten con furia sus pasiones. Y á estas tentaciones llama David [2]: *Immisiones, ó arrojamientos por los malos ángeles.* Al modo que Satanás arrojó en Judas el abominable pensamiento, y deseo de vender á su Maestro [3]. Mas porque no siempre tiene licencia de acercarse tanto como esto, procura entonces desde léjos arrojar sus saetas, y piedras, proponiendo cosas exteriores que puedan provocarnos á los afectos desconcertados que pretende. De este modo solamente tentó á Cristo nuestro Señor en el desierto, cuya tentacion como dice S. Gregorio [4], *Foris fuit, non intus,* fué por defuera, sin llegar á lo de dentro. Y de este modo tambien tentó la serpiente á los primeros padres en el paraíso, mostrándoles la apacibilidad de la fruta, y alegándoles falsas razones para inclinarles á comer de ella; porque en el estado de la inocencia no se levantarán tentaciones interiores, si el espíritu no se rindiera á las exteriores, revelándose con su libre alvedrío contra el Criador. Pero despues del pecado original, unas veces comienza el demonio por las unas, y otras veces por las otras, de varias maneras, como se irá declarando.

---

[1] 1. p. q. 111. art 2, et p. 12, q. 80, art. 2.— [2] Psalm. 77, v. 49.— [3] Joan. 13, v. 2.- [4] Hom. 36, in Evang.— D. Tho. 3, p. q. 41, art. 1. ad 32, 2, q. 265, art. 2, ad 2.

§ I.

De los malos pensamientos.

El modo mas ordinario de las tentaciones, comienza por las representaciones y pensamientos de la imaginacion, á la cual menea el demonio con las imágines que entran por las puertas de los sentidos, ó renovando la memoria de cosas pasadas, ó moviendo las figuras que dentro de sí tiene para despertar nuevas representaciones. Por estas solicita á la sensualidad para que brote sus malos deseos y afectos, y esta provoca á la voluntad para que consienta con ella, y entonces se fragua la culpa interior, de donde nacen las malas palabras y obras exteriores. De suerte, que como la serpiente, Eva y Adan concurrieron al pecado original, que es comun á todos los hombres, la serpiente tentando á Eva, y Eva provocando á Adan, sin cuyo consentimiento, no hubiera tal pecado en el mundo, así, dice S. Agustin [1], para el pecado actual de cada uno, concurren el demonio, la carne y el espíritu. Y todos tres como dice S. Bernardo [2], tienen *una bolsa comun* [3], que es el corazon, adonde cada uno pone su moneda. El demonio, moviendo la imaginacion, pone el mal pensamiento: la carne, con la sensualidad, pone el mal afecto: y el espíritu, con su libre voluntad, da el consentimiento; en el cual consiste el pecado interior, que es raiz de los exteriores; pero el pensamiento los va cebando todos. Al modo que Faraon proveia de pajas á los hebreos [4], y ellos amasaban el barro, y hacian los ladrillos y con las pajas encendian tambien el horno en que los cocian; así, dice S. Bernardo [5], el demonio provee de

[1] Lib. 12, de Trin. c. 12. — [2] Serm. 35, parvorum. — [3] Prov. 1, v 14. — [4] Exod. 5, v. 7 — [5] Serm. 34, parvorum.

pensamientos vanos y sensuales con que se fraguan las obras terrenas y se enciende el fuego de las codicias, y el corazon, blando como barro, viene á endurecerse como ladrillo, confirmándose en lo malo. Y como Faraon forzó despues á los hebreos, para que ellos mismos anduviesen por toda la tierra buscando estas pajas [1]; así el demonio, á los que tiene muy rendidos por esclavos, instiga con gran violencia á que anden vagueando por las criaturas, buscando en que cebar sus imaginaciones y aficiones desordenadas.

Pero mucho mejor se descubre esto en el desastroso caso de Absalon, cuya caida refiere la Divina Escritura [2], por cinco grados. Porque primero él mismo criaba sus cabellos muy largos y rubios, preciándose de ellos. Luego permitió nuestro Señor, que por ellos quedase *asido* y como ahorcado *de una encina, estando colgado en el aire*, sin poder desasirse. Y á este punto llegó el capitan *Joab, que le traspasó el corazon con tres lanzas:* y para acabarle de matar, *llegaron diez pajes de armas, los cuales* despues de muerto *le echaron en un grande hoyo, cubriéndole con un monton de piedras.* Y ¿qué es todo esto, sino una imágen del estrago que hacen las tentaciones en el hombre, descuidado de sí, procediendo por estos cinco grados? Porque primero la imaginacion, instigada del demonio, brota pensamientos supérfluos, ociosos, vanos y sensuales, entreteniéndose con mucho gusto en ellos; pero de los mismos hace luego Satanás sogas con que le ata, y tiene rendido á su voluntad, porque él mismo se pega y aficiona á los bienes perecederos de la tierra, y está colgado de ellos y como suspenso, sin pensar en otra cosa. ¿Quién dirá que el avariento no está suspenso, y colgado del dinero que tiene, ó pretende? ¿Y el ambicioso de la dignidad, qué busca? ¿y el des-

[1] Exod 5, v. 7. — [2] II Reg. 14, v. 26, et c. 18, v. 9, 14, 15-17.

honesto, de la persona que apasionadamente ama? Porque cada uno tiene su corazon adonde tiene la aficion[1]; y entonces llega el demonio con mayor seguridad, y le clava el corazon con las tres lanzas, que llama S. Juan[2], *concupiscencia de la carne, codicia de los ojos, y soberbia de la vida*, destruyendo con el pecado mortal la gracia y caridad, y la hermosura de las virtudes. Mas porque todavía le queda algo de vida, acuden en tropel los diez pajes de armas de Satanás, que son el ejército de los otros vicios y pasiones, que andan con las tres dichas, para acabar de matar á la miserable alma, derribándola en varios pecados contra los diez mandamientos de la ley de Dios, y destruyendo los demás hábitos de virtudes que quedaron, para que no quede señal de vida, porque voz es de Satanás, la que dice á los demás tentadores[3]: *Ex invanite, ex invanite usque ad fundamentum in ea;* No dejeis piedra sobre piedra, asolándola hasta los cimientos. Destruid todas las virtudes, hasta arrancar la fe y la esperanza, que son el cimiento de todas. Y entonces ¿qué se sigue, sino que la miserable alma sea hechada en la hoya profunda de la desesperacion, cubriéndola con las piedras de la dureza y obstinacion en sus pecados, para que eternamente permanezca en ellos? Estos son los escalones por donde van las tentaciones, despeñándonos en el abismo de las miserias, cuyo remedio consiste en resistir luego á los principios, atajando la furia de los malos pensamientos, antes que lleguen á tan miserables fines, porque, como dice S. Gregorio[4], no sin causa dijo nuestro Señor[5], que *la cola de Behemoth es dura como el cedro:* pero su cabeza es blanda como yerba; para significar, que la tentacion en los principios es fácil de arrancar, pero despues suele ser muy difícil de vencer, y por esto

[1] Matth. 6. v. 21. — [2] I Joan. 2, v. 16. — [3] Psalm. 136, v. 7. — [4] Lib. 32, Mor. c 16. — [5] Job 40, v. 12.

importa mucho quebrantarle la cabeza, esto es, su principio, cuando acomete con el mal pensamiento, antes que se endurezca y arraigue con la mala aficion y costumbre en la obra. Y así el Salmista, en oyendo la voz de los tentadores, que decian: Arráncala hasta el cimiento, luego respondió [1]: *Bienaventurado el que desmenuzare tus pequeñuelos en la piedra.* Como quien dice: Aquel se librará de estas furias infernales, que venciere sus tentaciones luego en los principios, cuando son pequeñas, desmenuzándolas en virtud de la piedra viva, que es Cristo, sin que quede rastro de ellas. No seas como Absalon, que criaba cabellos rubios, como de mujer, y guardaba un año para cortarlos [2]; sino corta luego los pensamientos vanos y afeminados, no admitiendo sino los que son dignos de varon. Acuérdate tambien, que los Nazarenos criaban grande cabellera, mientras duraba el voto de su consagracion, y despues la cortaban, y quemaban con el fuego del santuario [3]; para significar, como advierte S. Gregorio [4], que los fervorosos tambien suelen criar pensamientos vanos y presuntuosos, y tienen necesidad de hacer de cuando en cuando una rasura general, con la navaja de la perfecta mortificacion; y despues de cortados, no han de ser como Absalon, que guardaba sus cabellos con grande jactancia y estima de ellos, porque nunca mas se han de preciar de sus vanos y agudos discursos que serian ocasion de nuevas tentaciones, sino consumirlos y abrasarlos con el fuego del Santuario, que es el divino amor, cuyos pensamientos y afectos abrasan y hacen olvidar todos los que han nacido del amor propio.

[1] Psalm 136, v. 9. — [2] II Reg. 14, v. 26. — [3] Num. 6, v. 18. — [4] Lib. 1, Mor. c. 26.

§ II.

De las pasiones del apetito.

Mayor cuidado nos ha de dar la tentacion, cuando ha entrado en la sensualidad, y brota los movimientos de sus pasiones, porque va cobrando mayor fuerza, y es mucho mayor el peligro. Para cuya inteligencia se ha de presuponer, que, como dice Sto. Tomás [1], no hemos de pensar, que siempre el demonio sea el primer despertador de los malos pensamientos y afectos, sino que muchas veces nuestra misma carne, mal inclinada y estragada, los brota de sí misma, aunque no hubiera demonio que la tentara. Por lo cual dijo el apóstol Santiago [2], que *cada uno es tentado de su concupiscencia, y por ella concibe lo que pare, que es el pecado;* pero nuestro cruel adversario no pierde la ocasion, porque, como pondera S. Ambrosio [3], entonces mas nos acecha, cuando ve bullir en nosotros semejantes pasiones desordenadas, aplicando el cebo, y preparando sus lazos para cazarnos. Si nos ve alterados con ira, clava sus aguijones, trayéndonos á la memoria modos de venganza para que nos enredemos, y ahoguemos con el deseo de ella. Y para esto, dice S. Bernardo [4], la serpiente tiene mil artes con que descubrir sus astucias, *acechando á nuestro calcañar* [5], y mirando los afectos que nos mueven en nuestros pasos, y allí nos muerde y derrama su ponzoña; porque le cuadra bien lo que Jacob [6] profetizó de su hijo Dan, que seria *como culebra en el camino, y como la sierpe cerastes en la senda, mordiendo las uñas del caballo para derribar al caballero.* ¿Qué caballo es este, sino nuestro cuerpo, en quien va como caballero nuestro espíritu, rigién-

[1] 1, p. q. 114, art. 3, et 12, q. 80, art. 4. — [2] Jacobi. 1 vv. 14, 15. — [3] Lib. 1, offic. cap. 4. — [4] Serm. 5, in Cuadrag. — [5] Genes. 3, v. 15. — [6] Gen. 49, v. 17.

dole por el camino de los mandamientos de Dios, y por la senda de sus consejos? Mas el demonio escóndese como culebra en estos caminos, y como cerastes se encubre en estas sendas, acechando los pasos que da por ellas, y de repente muerde las uñas del caballo, haciendo presa en las aficiones de la carne, para dar en tierra con el espíritu. Porque como el caballo, mordido de la serpiente en la uña, da tantos saltos y brincos, que derriba al que va encima, sino es muy diestro; así la carne, instigada por el demonio, se altera y azora tan desenfrenadamente, que suele arrastrar al miserable espíritu, trayéndole á que consienta en el pecado, á menos que sea muy diestro en resistirla y enfrenarla. Pero como no puede tener esta destreza por sus fuerzas, sino por las de Dios, añadió Jacob [1]: *Esperaré, Señor, á tu Salvador.* Como quien dice: Para defenderme de estas asechanzas, y mordeduras, he puesto mi confianza, no en mi brazo, ni en mi industria, sino en el Salvador que Dios me ha de enviar, que es su Hijo unigénito, en cuya virtud espero alcanzar victoria.

1. Pero de nuestra parte hemos de reprimir y mortificar con presteza estas aficiones desordenadas, antes que el demonio haga presa en ellas, conforme á lo que dice el Sabio [2]: *No te vayas tras tus concupiscencias, y apártate de tu propia voluntad, porque si concedes á tu alma sus codicias, ellas te harán la risa de tus enemigos;* por cuanto de ellas harán sogas con que atarte como á Sanson, y sacaránte los ojos, y hacerte han moler en una tahona [3] como bestia, mofándose de tí, porque les diste armas para despeñarte en tantas culpas. Mas razonable es que tú te burles de ellos, y cuando la serpiente acechare á tu calcañar para morderte, revuelve contra ella, quebrantándole luego la cabeza,

[1] Gen. 49, v. 18. — [2] Eccles. 18, vv. 30, 31. — [3] Judic. 16, v. 13, 14, et 21.

resistiendo, como se ha dicho, á su tentacion en asomando.

2. Además de esto, como la culebra y la cerastes no pueden morder las uñas del caballo, cuando va caminando á todo escape y apenas asienta el pié en el suelo, sino cuando va corriendo poco á poco y asienta mas despacio el pié en la tierra; así el demonio no halla tan fácil ocasion para tentar al fervoroso, que con gran vehemencia corre por el camino de los divinos mandamientos; ni halla por donde asirle, porque no se pega con aficion á las cosas de la tierra, y solamente de paso toma lo necesario para la vida; pero con mucha facilidad muerde al tibio y apasionado, que asienta el pié de su aficion en las cosas terrenas; y muchas veces no cae en la cuenta de su peligro hasta que experimenta el daño, sucediéndole lo que está escrito en Job [1]: *Meterá sus piés en la red, y enredarse ha dentro de sus mallas: en la tierra está escondido su lazo, y en las sendas su ratonera.* Porque como los peces, sin saber lo que hacen, entran en la red, y las aves en el lazo, y los ratones en la ratonera; así los hombres entran y caen en la tentacion, sin reparar en lo que hacen hasta que han caido. Pero en esto mismo se descubre la sagacidad del tentador, porque como en las redes y lazos, y en los anzuelos y ratoneras se ponen diferentes cebos, acomodados á la inclinacion y gusto de los que han de ser cazados en ellos; así, dice S. Gregorio [2], el demonio arma sus tentaciones, poniéndonos delante por cebo las cosas exteriores á que somos inclinados, con cuya presencia se aviva y enciende el fuego del mal deseo, y por cumplirlo nos metemos en el lazo. Considera, dice S. Efren [3], nuestro adversario el vicio á que cada uno está inclinado, para que teniéndole atado con sus propias cadenas, y

[1] Job. 18. vv. 8, 9, 10.—[2] Lib. 14. Mor. cap. 17.—[3] Serm. de linguæ morbo, et aliis vitiis.

con prisiones agradables, gusto de permanecer en su servicio; porque sabe bien, que si nos ata con ataduras que nos disgusten, presto las romperémos y nos pondrémos en libertad. Y como el capitan, cuando tiene puesto cerco á una ciudad, mira la parte mas flaca de los muros para batirla por allí; así el demonio, dice Casiano [1], cuando cerca la ciudad de nuestra alma, mira bien la parte mas flaca de ella, si es la concupiscible inclinada á deleites, ó la irascible inclinada á venganzas, y allí asienta su artillería para destruirla con tiros de tentaciones, y muchas veces derribándola en un vicio de que gusta, la derriba en otros muchos muy abominables de que no gustara, sino fuera por el gusto del primero. De esta manera, viendo que los israelitas eran inclinados á deleites sensuales, instigó al rey Balac por medio del perverso profeta Balaan, á que enviase mujeres hermosas á sus tiendas, que les provocasen á deshonestidad, pidiéndoles por precio, que adorasen á sus falsos dioses y comiesen de los manjares sacrificados á sus ídolos, como con efecto lo hicieron [2]. Contra este ardid de Satanás te has de prevenir con lo que dijo el Salvador [3]: *Sed prudentes, como las serpientes*, aprendiendo de la astucia de tus enemigos la que has de tener para vencerlos; la cual consiste en tener bien conocidas tus malas inclinaciones y poner mayor cuidado en guardarte del mal á que te sientes mas inclinado, venciéndote con mas fervor en esta mala inclinacion que predomina en tu alma. Y como los enfermos, que tienen algun miembro muy debilitado, allí aplican mas remedios y precauciones, porque este, primero que los otros, padece y recibe mayor daño de cualquier excesivo calor ó frio; así, dice Casiano [4], los enfermos en el alma han de aplicar mayores y mas frecuentes remedios á la pasion y afi-

[1] Collat. 24, cap 17.—[2] Num. 25, vv. 1, 2 et c. 31, v. 16.—Apocal. 2, v. 14 —[3] Matth. 10, v 16.— [4] Ubi sup. et collat. 5 et 14.

cion desordenada, que mas les debilitan, y les ponen en mayor riesgo de perder la vida eterna, dirigiendo para su curacion los ayunos, vigilias, meditaciones, oraciones y exámenes de conciencia; porque aunque el enemigo sea como el gigante Goliath, podrá ser derribado con estas cinco piedras [1], y vencido este, que para nosotros es el mayor, huirán los demás, que son menores.

4. Finalmente, de ninguna pasion ó aficion desordenada, por pequeña que sea, has de descuidarte, porque esta basta como dice el mismo Casiano [2], para entregarte en poder de tu adversario, descubriéndole la puerta por donde puede entrar á saquear la Ciudad de tu alma. Un solo hombre, que salió de la ciudad de Bethel manifestó la entrada á los enemigos que la tenian cercada, y fué causa de que muriesen cuantos habia en ella [3]. Y aunque tu alma sea como Bethel, que quiere decir casa de Dios, si te descuidas dejando salir de ella alguna pasion, que se cebe en las cosas de este mundo, por ella los demonios hallan entrada para robarla; y pasar á cuchillo los moradores, que son las virtudes. Y como dice S. Doroteo [4], poco aprovecha al águila tener libre la cabeza y alas, si el cazador la tiene asida por una sola uña, pues basta esto para que le pueda arrancar las alas, y cortarle la cabeza; así tambien, aunque seas muy espiritual y contemplativo, si el demonio te tiene asido por una sola aficion desordenada, vives en peligro de perderte, porque con esta pasion te armará mil lazos con que te quite las alas de la oracion y contemplacion, y la vida de la gracia; ni has de tenerla en poco, por ser de cosa pequeña, porque bien sabrá el demonio trocarla muy presto en otra muy grande, puesto que un pensamiento ó afecto supérfluo y demasiado, por

[1] I Reg. 17, vv. 40, 49. — [2] Coll. 5. v. 11. — [3] Judic. 1. vv. 24, 25. — [4] Serm. 11.

la astucia de la serpiente infernal, se convierte fácilmente en culebra de pecado? Y pues el Sabio dice[1], que *huyas del pecado como de culebra*, huye de todo lo que la engendra, mortificando las pasiones pequeñas, que son principio de grandes caidas. Acuérdate, que como dice S. Jerónimo[2] el demonio se llama *Mirmicoleon*, hormiga leon; porque primero entra como hormiga, hurtando los granos de las virtudes; y en viendo la suya, como fiero leon traga las almas; pero si no quieres experimentar su fiereza, cuando es leon, impide sus pequeños hurtos, cuando es hormiga.

§ III.

De las representaciones espantosas.

Otro ardid tiene el tentador para molestarnos algo, diferente del pasado, no por via de regalos y deleites, sino de pena y tormentos dentro del corazon, porque revolviendo los humores, y movimiendo las imágenes interiores, suele producir terribles visiones, horrendas representaciones, profundas melancolías, iras furiosas, pensamientos abominables de infidelidades, desesperaciones, blasfemias y odios contra Dios y sus Santos, unas veces con hablas interiores pesadísimas, forzándonos á oirlas, y aun meneando la lengua, mal que nos pese, para decir otras tales, otra veces con figuras tristísimas y feísimas, haciendo que las miremos, y alterando varias partes del cuerpo con el horror de lo que pasa en el espíritu. Y lo que hizo con S. Antonio, y con otros grandes Santos en forma visible, tomando figuras de animales fieros, afligiendo sus ojos con visiones espantosas, sus oidos con voces

[1] Eccli. 21, v. 2. — [2] In id. Job 4, v. 11; Tigris perit.

horrendas y sus cuerpos con crueles heridas, hace ahora invisiblemente con muchos, no digo pecadores, sino muy justos; los cuales padecen todo esto contra su voluntad, resistiendo valerosamente con la parte superior de su espíritu; y de ello es bastante prueba la pena que reciben en sentir tales cosas y el cuidado que ponen en descecharlas y los clamores que levantan al cielo por el favor de la divina gracia; las cuales asiste, aunque no lo echan de ver. Porque como dijo nuestro Señor á Sta. Catalina de Sena, cuando padecia cosas semejantes[1]: *Porque yo estaba contigo, aunque escondido dentro de tu corazon, estas tentaciones no le penetraban, ni vencian*, cumpliendo lo que dije por David[2]: *Con él estoy en la tribulacion, yo le libraré, y le glorificaré*, convirtiendo su llanto en gozo, y la turbacion en grande paz, y alegría. Pero mientras dura la guerra, has de poner como dice Isaías[3], tu fortaleza en silencio y esperanza, callando sin trabar razones con el enemigo, ni responder á sus torpes hablas, no haciendo caso de ellas ni del que las profiere; porque como es soberbio, siente mucho ser despreciado y que no hagas caso de lo que finge para infundirte miedo. Mejor es mudar la plática y trabarla con nuestro Señor, pidiéndole amorosamente su ayuda, ofreciéndote con ánimo resignado á sufrir aquel tormento todo el tiempo que quisiere; creyendo que no es infierno de condenados, sino purgatorio de justos para purificarte de culpas pasadas y preservarte de otras futuras: y sino pierdes la confianza, cuando pensares que estás hundido y consumido, *saldrás* como se dice en Job[4], resplandeciente *como el lucero de la mañana*, renovado con nueva luz celestial y con el gozo del Espíritu Santo, gozando de la paz que sobrepuja á todo sentido; porque á la medida de las tribulacio-

[1] En la 1. part. de su vida, cap. 11. — [2] Psalm 90, v. 15. — [3] Isai. 30, v. 15. — [4] Job. 11, v 17.

nes, que afligen el corazon, reparte Dios los consue-los que le recrean[1].

Ultimamente, se ha de advertir, que algunas veces estas tentaciones suelen fundarse en abundancia de humor melancólico; y es bien que al médico espiritual se una el corporal, aplicando remedios que debiliten los humores y alegren el corazon; pues vemos que David[2], con la música de su arpa, hacia huir al espíritu malo, que afligia á Saul; porque quitaba la melancolía, que se apoderaba del cuerpo, no tenia en que hacer presa el demonio; y generalmente es de suma importancia vencer el espíritu de tristeza, que no es segun Dios, sino segun la carne, y segun el siglo, porque como dice Salomon[3], *el espíritu triste seca los huesos*, debilita las fuerzas pone tédio en las buenas obras, abre la puerta para las tentaciones, causa representaciones muy penosas, rinde los temores y sobresaltos, dispone para la desesperacion, *es ocasion de muerte*[4] y finalmente, es muy parecido al espíritu del demonio, que gusta mucho de este humor, porque le sirve para sus intentos. Y al contrario, aborrece el espíritu de alegria, que es segun Dios, porque hace la edad florida y vigorosa, da gran fervor de espíritu y grande aliento contra las tentaciones. Y por esto dijo Esdras[5] á su pueblo, *el gozo del Señor es nuestra fortaleza*. Y el apóstol Santiago dice[6], que *tengamos por sumo gozo ser combatidos de varias tentaciones*, alegrándonos por los grandes bienes que sacamos de ellas.

---

[1] Psalm. 93, v. 19. — [2] I Reg. 16, v. 23. — [3] Prov. 17, v. 22. — [4] II Cor. 7, v. 10. — [5] II Esdr. 8, v. 10. — [6] Jacobi 1, v. 2.

CAPÍTULO VI.

DE LAS BATALLAS CONTRA LOS TRES VEHEMENTES APETITOS DE DELEITES, RIQUEZAS Y EXCELENCIAS Y DEL MODO COMO CRISTO NUESTRO SEÑOR LOS VENCIÓ Y VENCE EN NOSOTROS.

Aunque son muchos y muy terribles los enemigos interiores y exteriores de la perfeccion cristiana, todos pueden reducirse á los tres vehementes apetitos de las tres cosas que mas aman los mundanos, que son deleites, riquezas y honras, en que se fundan *la concupiscencia de la carne, la codicia de los ojos y la soberbia de la vida* [1]: Estos son los principales soldados de que se sirve el demonio para impedir la conversion de los pecadores, como se vió en el primer tomo [2], y con estos mismos va prosiguiendo la guerra, para que vuelvan atrás en lo que han comenzado. Con estos derribó á Orfa, de quien dice el Texto sagrado [3]: *Reversa est ad populum suum, et ad Deos suos;* volvióse á su pueblo, y á sus dioses. Y ¿quiénes son estos dioses y este pueblo, á quienes se vuelven los que son vencidos del demonio, sino las cosas de esta vida, que antes amaban con desórden en compañía de otros pecadores? El primer dios falso es el vientre [4], á quien sirve el pueblo de los hombres carnales, glotones y deshonestos. El otro es el ídolo de las riquezas, á quien adora el pueblo de los avarientos y codiciosos. Y el tercero es el ídolo de la vana excelencia, á quien reconoce el pueblo de los soberbios y ambiciosos. Estos son aquellas tres congregaciones de pecadores que vió Ezequiel [5], como arriba se dijo [6], una de viejos,

[1] I Joan. 2, v. 16. — [2] Trad. I. en el cap. 16. — [3] Ruth. 1, v. 15. — [4] Philip. 3, v. 19. — [5] Ezech. 8, vv. 10, 11, 14 - 16. — [6] Tom. I, trat. 1, c. 16, § 1.

que incensaban á los ídolos pintados en la pared; otra de mujeres, que celebraban fiesta al amante de la diosa Vénus; y otra de varones que adoraban al sol cuando salia. De estos tres pueblos se sirve Satanás para tentar, y perseguir al pueblo de Dios, que es la congregacion de los discípulos de Cristo, contra el cual, como refiere S. Juan [1], salieron en campo tres caballeros enemigos suyos, con diversos trajes, sobre tres feroces caballos, uno rojo, otro negro y otro amarillo, que representaban las tres especies de estos pecadores, teñidos con colores de diferentes vicios; los cuales son como caballos de Satanás, porque él los rige, endereza y lleva adonde quiere con el freno y espuela de sus malditas sugestiones, y en ellos y por medio de ellos pelea contra la doctrina y ley evangélica, provocándoles á que resistan á ellas y las desechen, y despues los toma por instrumentos para tentar á los demás hombres. Mas no pudo prevalecer contra Cristo nuestro Señor, ni contra el pueblo de sus escogidos; antes bien triunfó aquel de todos tres con gloria grande [2]. Cuyo triunfo pinta el mismo S. Juan diendo[3], que *vió salir un caballero en un caballo blanco, con un arco en la mano, y luego le pusieron una corona;* porque, *Exivit vincens, ut vinceret, salió venciendo para vencer.* Como quien no se contentaba con vencer una vez, sino otras muchas; primero por sí mismo, y despues por medio de sus discípulos, hasta la fin del mundo. Era este caballero como dicen S. Jerónimo, y S. Ambrosio [4], y el Verbo divino, que bajó del cielo, y se juntó con su purísima humanidad, figurada por el caballo blanco [5], porque andaba en ella rigiéndola y obrando por ella cosas milagrosas, peleando contra sus enemigos, y ganando victorias muy esclarecidas. De modo, que en el mismo instante en que fué con-

[1] Apocal. 6, vv. 4, 5 - 8. — [2] Ex D. Thom. 1. 2. q. 77 art. 5. — [3] Apoc. 6, v. 2. — [4] In Isaiam 66, et in psalm. 40. — [5] Apoc. 19, v. 11, -13.

cebido, le pusieron una corona sobre su cabeza, porque no entró en el mundo como los hijos de Adan, que entramos vencidos por el demonio, y rendidos al pecado, sino como vencedor glorioso; despreciando los goces de la carne, y las riquezas y honras del mundo; *abrazando* como dijo S. Pablo [1], *la ignominia de la cruz*, con la probeza, desprecio y dolor que la acompañan; y de este modo venció al pecado y *nos ganó la santificacion.* Y la misma victoria siguió alcanzado mientras vivió en esta vida, teniendo por armas el arco de su predicacion y doctrina celestial, con el cual arrojaba saetas de sentencias admirables contra los deleites, riquezas y honras mundanas [2], y cuando el demonio en el desierto le tentó de estas tres cosas [3], con este arco le venció, como arriba se dijo. Pero al fin de la vida, para dar cima la victoria, tomó en sus manos el arco de la cruz, donde estuvo extendido con violencia, como la cuerda lo está de las puntas del arco; y muriendo venció á sus enemigos, como lo habia profetizado Habacuc, en el cántico que dedicó al vencedor, diciendo [4]; *Cornua in manibus eius. En sus manos tiene los instrumentos de la pelea* (que son la cruz, y clavos) *allí está escondida su fortaleza: de su presencia saldrá la muerte vencida, y el demonio irá huyendo delante de sus piés: los montes, y collados del siglo* (que son los ricos, y poderosos del mundo) *quedarán desmenuzados, por las jornadas, y obras que desde su eternidad dispuso por nosotros.*

Mas adelante pasaron la omnipotencia de este Señor y sus victorias; porque habiendo vencido por sí mismo, del modo que se ha dicho, quiso siempre ir venciendo por medio de sus apóstoles y discípulos y demás justos que les van sucediendo; los cuales están tambien figurados por el caballo blanco en que venia [5].

[1] Hebr. 12, v. 2, et. c. 10, v. 10.—[2] D. Aug. in id psalm. 7. Arcum. suum tetendit.—[3] Matth. 4, vv. 2, 6, 9.—[4] Habac. 3, vv. 4-6.—[5] Vide riberam, qui dicit esse communem expositionem.

Porque, como dice Orígenes [1], reciben de buena gana el freno de la disciplina del Señor, y son guiados por su divino Espíritu, dejándose llevar á una y otra parte, sin moverse por su voluntad propia, siguiendo la del Salvador, que les preside y que por medio de ellos pelea, y vence á sus enemigos, conforme á lo que dijo Zacarías [2]: *Púsolos como caballos de su gloria, aparejados para la guerra;* porque es gran gloria suya vencer por medio de ellos. Y por esto canta la Iglesia: *Tu vincis in martiribus*: Tú, Señor, vences en los mártires, y tambien vences en los confesores, y vírgenes; y todos los que vencen las tentaciones, por tí las vencen, en virtud de la victoria que tú ganaste para ellos. Y así has de creer, que en el dia de tu conversion, cuando saliste del pecado, ó de este mal mundo, si venciste las terribles tentaciones que te lo impedian, fué porque tu capitán Jesus venció en tí. Pero mira que comenzaste venciendo para vencer, porque no has de contentarte con esta primera victoria, sino siempre has de ir peleando contra los mismos enemigos, con grandes esperanzas de que los irás venciendo; porque el Señor que te dió la primera victoria, te dará la segunda y otras muchas; pues tan fácil le es darte mil victorias como una, si confías en la virtud que para tí gano con las suyas. Porque, como dice S. Ambrosio [3]: *Non sibi, sed tibi vicit;* no venció para sí, sino para tí. Como ni oró, ni ayunó para sí mismo, sino para tu provecho, comunicándote el fruto de su victoria. Anímate ó cristiano, dice S. Basilio [4], porque sigues á un rey victorioso, el cual quiere hacerte participante de su victoria; y confiando en él, saldrás con ella. *Confiad*, dice Cristo á sus discípulos [5], porque *yo vencí al mundo*, y á los tres vicios que en él reinan, y en mi virtud los venceréis, y yo los venceré en vosotros.

[1] Hom. 2, in Cant.— [2] Zach. 10, v 3.— [3] Lib. 4, in Luc.— [4] In Prologo uper ascetica.— [5] Joan. 16, v. 33.

Pero ¿con qué armas vence Cristo en nosotros? No cierto con otras, que con las dos cosas que su arco representa, trayéndonos á la memoria con gran viveza las palabras y sentencias que dijo en su Evangelio, contra los deseos desordenados de regalos, honras y riquezas, é imprimiendo en el corazon un grande amor á su cruz, y á los dolores, afrentas y desnudez que padeció por nosotros. Y esto hace con sus fuertes inspiraciones al tiempo que acomete la tentacion [1]; porque las palabras de Dios, que tú sacas de la aljaba de la Sagrada Escritura, si las arrojases con solas tus fuerzas, serian saetas de niño y de poco provecho para rendir al enemigo; mas las que salen con la inspiracion de Dios, *son saetas de flechero muy valeroso, agudas y penetrantes, como brasas encendidas* [2], con que se desbaratan las fuerzas de los enemigos. Mas porque no bastan palabras, inspira tambien Cristo nuestro Señor las obras que has de hacer, tomando el arco en la mano; porque, como dice S. Gregorio [3], *Arcus in manu est scriptura in operatione;* el arco en la mano es la divina Escritura, puesta por obra, creyendo lo que dice, y obrando lo que manda. Y tambien el arco en la mano es la cruz de Cristo y su mortificacion, puestas en práctica, ofreciéndote á padecer por su amor lo que él padeció por el tuyo, abrazando muy de corazon esta arma de la cruz, que tan poderosa es contra los demonios. Pues, como dijo S. Pablo [4], *la palabra de la cruz es virtud de Dios para los escogidos,* haciéndolos invencibles en las batallas. ¿Quién vencerá al que ama la cruz, y *crucificó en ella su carne y todos sus vicios y codicias* [5]? ¿Quién derribará al que *está clavado con Cristo en la cruz* para morir al mundo, y *vivir á solo Dios* [6]? Y ¿cómo no serán tus palabras saetas fuer-

[1] Psalm. 93, vv. 12, 13.— [2] Psalm. 119, v. 4, et Psalm. 44, v. 6.— [3] Lib. 19. Mor. c. 28 in Job. 29. v. 20.— [4] I Cor. 1, v. 18. — [5] Gal. 5, v. 24.— [6] Gal. 2, v. 19.

tes contra tus enemigos, si salen de corazon extendido en la cruz de Cristo? Porque como el arco, si tiene la cuerda floja, despide flojamente la saeta, mas si está tirante la despide con grande fuerza; así tambien, si eres flojo en la mortificacion, tus palabras y resistencias en las tentaciones, serán como saetillas de niños, de que no harán caso los demonios: mas si estás muy extendido en la cruz con generosa mortificacion, aunque sea violenta á la carne, arrojarás con tanto fervor las saetas, que alcances victoria de tus tentaciones.

Finalmente, has de preciarte mucho de ser como caballo blanco, y generoso de Jesucristo, por quién él pelee, y alcance victorias muy gloriosas, cuyas propiedades contó al santo Job, en estas palabras [1]: *¿Por ventura darás tu fortaleza al caballo, y adornarás su cuello con el relincho? ¿O levantarle has del suelo como langosta? La gloria é hinchazon de sus narices pone espanto, escarva la tierra con sus uñas, alégrase con osadía, y sale al encuentro á los armados, desprecia el temor, y no se rinde á la espada. Sobre él está el que trae la aljaba, blande la lanza, y embraza el escudo: con furor, y bufido sorberá la tierra, y no hará caso del estruendo de la trompeta; y en oyendo el clarin, dirá: vah, con alegria. Desde léjos huele la guerra, la exhortacion de los capitanes, y el alarido del ejército.* ¿Qué caballo es este, dice S. Gregorio [2], sino el justo, en quien está Cristo peleando las batallas del espíritu? Porque no se contenta con ser litera, trono, ó tálamo suyo, trayéndole dentro de sí como á rey, maestro, ó esposo, sino tambien se precia, mientras vive en esta *vida, que toda es una continua batalla* [3], de ser como caballo de su gloria, en quien esté su Dios como capitan, armado con saetas, lanzas y escudos, que son las ayudas que le da para pelear, y vencer las tentaciones. Y particu-

[1] Job. 39, v. 19-25 — [2] Libr. 31, Mor. c. 17. — [3] Job. 7, v. 1.

larmente le da estos seis avisos, que el mismo santo saca de las palabras propuestas.

1. Primeramente, si oyeres tocar al arma, y vieres asomar la tentacion, *Dic vah*, no te entristezcas, ni acobardes, sino cobra nuevo brío, y anímate con la esperanza de la ganancia, que sacarás de la pelea.

2. Y si el demonio te amenazare con terribles daños, si no consientes con lo que te dice, *Contemne pavorem*, desprecia sus amenazas, no hagas caso de sus espantos: *Gloria navium terror*. Ten por gloria el olor de las cosas terribles, mostrando tu fortaleza en ellas, procurandó sentir las eternas, con que amenaza Dios á los pecadores, para no hacer caso de las temporales.

3. Y si te persiguiere con pobreza y otras cosas amargas y afrentosas, *Exulta audacter et in occursum perge armatis*, no desmayes, sino con una osadía alegre sal al encuentro á tus enemigos, aunque vengan muy armados contra tí con todo género de trabajos, confiando en el capitan, que pelea en tí, y por tí, que saldrás bien de todos los peligros.

4. Y si el tentador te convidare con las cosas deleitables y apacibles de la tierra, *Ungula terram fode*, pisalas, desprécialas, y ponlas debajo de tus piés; cava en la sepultura, y verás como todo lo de acá es nada, *Fervens, et fremens sorbe terram;* y con gran fervor, y celo vuélvete contra él, y contra tu carne, castigándola y desmenuzándola, porque apetece tales cosas, consumiendo y desbaciendo todo lo terreno, que te puede ser ocasion de pecado.

5. Y si de repente te pusiere en algunas ocasiones y peligros de pecar, acude luego á Dios con la oracion, *Et suscitabit te sicut locustas*, y él te ayudará para que saltes como langosta, huyendo y arrancando ese hoyo, y barranco para librarte del peligro. Y como las langostas siempre andan á saltos, y en las mayores calores son los saltos mas frecuentes; así has de levantar

tu corazon á menudo á las cosas del cielo, con oraciones y santos afectos, para que no te pegues con demasía á las cosas de esta vida; y cuando te apretare el ardor de las tentaciones, has de dar mas á menudo estos saltos.

6. Finalmente, si el tentador te dejare algun tiempo vivir en paz, no te tengas por seguro, sino, *procul odorare bellum, exhortationes ducum, et ululatum exercitus*, desde léjos huele la guerra, y apercíbete para ella. Procura saber las razones, que suelen alegar los siete capitanes de los vicios, y está sobre aviso para conocer el tropel de las pasiones; porque el bien apercibido, no será vencido.

Estos son en suma los avisos, que nuestro capitan inspira á sus escogidos, cuando les rige en ellos, como á caballos generosos de su gloria, y con ellos pelea, y vence y alcanza la corona que trae sobre su cabeza; porque nuestra victoria mas es suya que nuestra. Y, como dijo el Apóstol [1], siempre que vencemos, hemos de dar *las gracias á Dios, que nos dió victoria por Jesucristo su Hijo*, á cuyos piés hemos de arrojar nuestras coronas, como lo hacian los ancianos del Apocalipsis, confesando, que el Cordero las ganó, y las puso á ellos sobre sus cabezas [2]. Y pues ha comenzado á vencer en nosotros, con deseo de proseguir venciendo, animémonos á pelear con su ayuda, aprovechándonos de los avisos que nos ha dado; aplicándolos á las tentaciones de los vicios particulares, especialmente de los siete capitales, del modo que se dirá en los capítulos siguientes.

---

[1] I Cor. 15, v. 57.—[2] Apocal. 4, v. 10, 11.

CAPÍTULO VII.

COMO LAS PRIMERAS BATALLAS SON CONTRA LA CONCUPISCENCIA DE LA CARNE, Y CONTRA LOS DELEITES, EN QUE SE CEBAN LA GULA, Y LUJURIA, Y EL MODO DE VENCERLAS.

El primer instrumento de Satanás para todas sus tentaciones, es la carne y su concupiscencia, de donde resulta la primera batalla y mas sangrienta, cuya fiereza pinta el evangelista S. Juan, diciendo [1], que vió *salir un caballo rojo, y el que venia encima traia una grande espada, y fuéle dada potestad para quitar la paz de la tierra, para que se matasen unos á otros.* En esta batalla hay dos clases de combatientes, porque la concupiscencia de la carne brota dos géneros de aficiones desordenadas, que son semilla de gravísimas tentaciones. Las primeras son los vehementes apetitos de los deleites sensuales, en que se ceban la gula y la lujuria, que S. Gregorio [2], llama vicios carnales, porque inclinan con vehemencia á los gustos de la comida y bebida, y á los feos deleites que son propios de la carne manchada con la sangre del pecado original. La cual, si atendemos al sentido místico es figurada por el caballo rojo, en que venia el primer tentador, por que él la rige, y de sus pasiones y sentidos se sirve para hacernos cruel guerra, y derribarnos en estos dos vicios carnales.

1. Cuyas batallas como dice S. Isidoro [3], son las primeras de la vida espiritual, y en ellas hemos de salir vencedores, si queremos vencer á los demás vicios. Como extensamente lo prueba S. Gregorio [4], di-

[1] Apocal. 6, v. 4. — [2] Libr. 31, Mor. c. 17. — [3] Libr. 2, de sumo bono cap. 22. — [4] Libr. 30 Mor. c. 26.

ciendo, que primero se han de vencer los enemigos que están dentro de la ciudad, y despues se ha de salir á pelear contra los que están fuera de ella; porque de otra manera, saliendo á pelear con los de fuera, será destruida por los que quedan dentro. Pues como la gula y la lujuria sean enemigos domésticos que pelean con las armas de nuestra propia carne inclinada á estos deleites, y nos persiguen, aun que estemos solos, y encerrados entre cuatro paredes; es necesario acometerlos primero, y procurar sujetarlos, antes de acometer á otros que andan mas por defuera.

2. Y además, quien no sabe pelear contra los enemigos visibles ¿cómo lo sabrá contra los invisibles? Y quien es cobarde en las batallas mas fáciles ¿cómo tendrá ánimo para pelear en las muy difíciles? Porque, segun dijo el profeta [1], quien no puede vencer corriendo con los enemigos de á pié, menos podrá corriendo con los de á caballo. Pues como los vicios carnales sean mas conocidos que los espirituales, y la gula sea mas fácil que los demás, quien es vencido de aquellos ¿cómo podrá acometer á los otros? Antes, como dice S. Gregorio: *Qui se parvis prosterni conspicit, confligere cum majoribus erubescit.* Viéndose rendido á enemigos pequeños, tiene empacho de entrar en campo con los mas grandes, y como se vé postrado de los enemigos visibles, tiénese por vencido de los invisibles. Pues, como dijo el Apóstol [2], *nuestra lucha no es solamente contra carne, y sangre, sino tambien contra los príncipes y potestades del infierno.* Y el mismo demonio, dice S. Basilio [3], cuando nos vence en lo poco, cobra grande ánimo para vencernos en todo.

3. A esto se añade, que si los demonios nos clavan la artillería, mal podrémos entrar con ellos en batalla; y como el cuerpo con sus potencias sea ins-

[1] Hier. 12, v. 5. — [2] Ephes. 6, v. 12. — [3] Serm. de abdic. rerum.

trumento del alma para todas las obras con que ha de pelear, y resistir á los enemigos, si este cuerpo está postrado y clavado con los vicios de la gula y lujuria, que notablemente le desordenan, é inhabilitan para las demás obras buenas, fácilmente nos derribarán en otros innumerables pecados. Y por esta causa, dice Sto. Tomás [1], que la gula, por los efectos que causa, sobrepuja mucho á los demás vicios, por abrir la puerta para todos, y mucho mas la lujuria, cuyos desórdenes son mas perjudiciales.

4. Pues ¿qué dirémos del estrago, que el tentador hace con estos dos vicios, cuando le ponen en la mano la espada, dándole licencia para que use de su maldita sugestion, y atize las pasiones de la carne? Luego comienza á quitar la paz de la tierra, y á poner miserable discordia y mortandad en ella. La gula dice S. Basilio [2], introdujo la culpa original en el mundo, y quitó la dichosa paz de que se gozaba en el paraiso, y fué causa de la muerte en que todos incurrimos, por haber Adan comido la fruta del árbol vedado. Esta, dice S. Juan Crisóstomo [3], le echó del paraiso á este valle de lágrimas y discordias, y soltó el freno con que estaba enfrenada la lujuria, comenzando á sentir la desnudez y rebeldía de su carne. Y las dos juntas fueron causa del diluvio, que anegó al mundo [4], y del fuego que abrasó á la desdichada Sodoma [5], y de las idolatrías, discordias, y muertes de innumerables Israelitas en el desierto; porque *sentándose un dia á comer y beber, se levantaron de allí para idolatrar* [6]; y juntándose otro dia con las mujeres moabitas, adoraron por esta causa los ídolos que adoraban ellas [7]. Pues, ¿qué mayor daño puede hacer este cuchillo de Satanás, que romper las paces con el verdadero Dios, ha-

[1] 2, q. 148, art. 3. — [2] Ubi supra. — [3] Hom. 13, in Matth. tom. 2. — [4] Genes. 6, v. 5, et c. 7, vv. 17, et seq. — [5] Ezech. 16, v. 49, 50. — [6] Exod. 32, v. 6. — [7] Núm. 31, v. 16.

ciendo que muchos con las obras nieguen el culto y adoracion que se le debe? Porque muchos hay dice el apóstol [1], que *son enemigos declarados de la cruz de Cristo*, y le hacen cruel guerra, *levantando por Dios al vientre*, y á los deleites de la carne, *cuyo fin será la muerte para su eterna confusion.*

5. A esto se añade aquella lamentable discordia, de la cual dijo el mismo apóstol [2], que *la carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, por que son contrarios*, y cada uno pelea para vencer y matar al otro; el espíritu para rendir las malas inclinaciones de la carne; y esta para vencer las buenas inclinaciones del espíritu. Y apenas dice Jeremías [3], ha visto la cosa deleitable, cuando relincha como caballo brioso, codiciando lo que la recrea, aunque sea con muerte de la pobre alma. Y en esta batalla tan reñida hay dos capitanes, que ayudan á los combatientes: el Espíritu Santo con sus inspiraciones favorece al espíritu, para que pelee contra la carne; pero el demonio, con la espada de sus malditas sugestiones, se pone de parte de la carne, para que resista fuertemente al espíritu, no tanto con violencias, cuanto con caricias; pero si él se ablanda y rinde, viene á perder la vida, y el Espíritu Santo le desampara. A la manera que Dalila, persuadida por los Filisteos, enemigos de Sanson, le engañó con alhagos, y fué causa de que el Espíritu del Señor huyese de él y los filisteos le prendiesen y le tratasen como á un vil esclavo [4].

6. Pero no paran en solo el espíritu los daños que hace el tentador con su espada, porque de rechazo causa otros no menores en la misma carne, y en los bienes que ella desea para su regalo; pues que si bien se mira, la gula y la lujuria suelen destruir las cinco

[1] Philip. 3, v. 18, 19. — [2] Gal. 5, v. 17. — [3] Jer. 5, v. 8. — [4] Judit. 16, vv. 5, 6, 10, 13, 15, 20, 21.

cosas que los hombres mas estiman en el mundo; conviene á saber, hacienda, honra, deleite, salud y vida. Destruyen la hacienda, porque la hacen gastar para cumplir sus gustos; como *Esaú dió su mayorazgo por una escudilla de lentejas, teniendo en poco haberle vendido por hartar su hambre* [1]: y el hijo pródigo *desperdició todo su patrimonio, viviendo lujuriosamente* con mujeres [2]. Destruyen la honra, haciendo al hombre despreciable, porque degenera de la nobleza humana, rindiéndose á los deleites que son comunes con las bestias, *haciendose*, como dice David [3], *semejante á los jumentos necios*, y bien necios, porque ambos vicios obscurecen el juicio de la razon, en que consiste la gloria del hombre. Y por esta causa la embriaguez es vicio infame entre hombres honrados. Y la gula como dijo Aristóteles [4], es vicio pueril, porque mira mas al gusto que al dictámen de la razon, y la lujuria cuando crece, causa grande infamia, y pone mancha en la honra. Pues ¿qué diré del deleite, que tanto ambas apetecen, y ellas mismas con su demasía le disminuyen? Y aunque al principio entra blando, al fin da cruel tormento. Pues por esto dijo Salomon [5], *No mires al vino cuando resplandece su color en la copa de vidrio, porque entrará con blandura, y despues morderá como culebra, y derramará su ponzoña como basilisco.* Como quien dice: Enfrena el apetito del deleite, que dan la gula y lujuria en su primera entrada, con la consideracion del tormento que causan despues de haber entrado; porque la demasiada comida se convierte en culebra, y la mucha bebida en basilisco. Y como se dice en el libro de Job, *el pan se convierte en hiel de áspides* [6] *y la dulzura deshonesta en gusanos* [7], porque todas estas cosas muerden, empon-

[1] Genes. 25, v. 34. — [2] Luc. 15, v. 13. — [3] Psalm. 48, v. 13. — [4] Ethic. c. ult. — D. Thom. 3. 2, q. 142, art. 2. — [5] Prov. 23, vv. 31, 32. — [6] Job. 20, v. 14. — [7] Job. 24, v. 20.

zoñan, agitan la conciencia, y la roen con terribles remordimientos y amarguras; y aun en el mismo cuerpo causan enfermedades penosas, dolorosas y á veces afrentosas, con las cuales paga de contado y siete veces mas el deleite, que recibe con el pecado, y queda el miserable como ahito y congojado: *Et omnis dolor irruet super eum* [1]; descarga sobre él todo género de dolor, para que se cumpla lo que dijo el Sabio [2], *que cada uno es atormentado por aquello en que peca.* De modo, que la gula y la lujuria sean verdugos del que las admite; y las que son instrumento del deleite, lo sean del tormento. Y lo que pone el sello es, que, como pondera S. Basilio [3], lo que crió Dios para conservar la vida, y dilatar el género humano, se convierte en veneno mortal, acarreando la muerte con enfermedades muy pesadas, ó con violencias. Como se vé en los hebreos que caminaron por el desierto, á los cuales preservó Dios de enfermedades [4]; pero en castigo de la gula y lujuria padecieron muertes violentas muy terribles.

De todo lo dicho se desprende, cuan fiero sea este primer tentador, que viene en el caballo rojo de la carne mal domada, cuando Dios le deja jugar su espada. Contra él entra en batalla nuestro capitan Jesus en sus escogidos, y en ellos, y por ellos entra, *vincens, ut vinceret,* venciendo para vencer, porque con sus inspiraciones les mueve, y ayuda valerosamente á vencer á los enemigos menores, para vencer á los mayores; venciendo á los vicios carnales, para vencer á los espirituales; venciendo la gula, para vencer la lujuria; y la lujuria, para vencer la ira y soberbia, y otros vicios de mayor cuantía. Pero la cosa que les inspira para vencer en estas batallas, es el conocimiento de su propia flaqueza, y la falta de fuerzas que tienen para vencer, si el mismo Señor no pelea y vence con ellos;

[1] Job. 20, v. 22. — [2] Sap. 11, v. 17 — [3] Interrog. 9. — [4] Psal. 104, v. 37.

á la manera que Salomon, con haber recibido de Dios alma bien inclinada, y cuerpo de buena complexion, confesaba, *que no podia ser continente, si el Señor no se lo diese* [1]. Pero mejor declaró esto el Apóstol, que en persona de todos decia [2]: *Siento una ley en mi carne, que contradice á la ley de mi espíritu, y me lleva cautivo arrastrando tras la ley del pecado. Oh desdichado hombre! ¿Quién me librará de este mortal cuerpo?* Pero luego se consuela á sí mismo, respondiendo: *La gracia de Dios por Jesucristo*. Este Salvador es el que ha de pelear, y vencer en mí, y por mí contra mi carne. Este es el que ha de domar este caballo rojo, y vencer al demonio que le rige, embotando los filos de su espada.

2. No temas, ó alma, de entrar en batalla contra este enemigo, abrazando la templanza y castidad de Cristo. Toma en la mano su arco, aprovechándote de sus palabras y ejemplos, de su doctrina y de su cruz, y arroja saetas contra tu carne, diciéndole. ¡O miserable y ciega! Tu Señor dice, que son bienaventurados los que lloran, y desdichados los que rien ¿y tú huyes del llanto, y amas la risa? El ayuna en el desierto ¿y tú quieres comer y beber con regalos? El está en la cruz en donde le dan hiel y vinagre ¿y tú buscas manjares y comidas de mucho precio? El arde con fuego de dolores y tormentos, ¿y tú quieres arder con fuego de deleites sensuales?

3. No ha de ser así de aquí en adelante; sino que como él tiene crucificada su carne con tres clavos, vertiendo arroyos de sangre por las heridas, así yo crucificaré la mia con ayunos, diciplinas, cilicios y otras asperezas, derramando, si es menester, mi sangre para mortificar todos sus vicios y concupiscencias, y con esto mudaré el tinte del color rojo que tiene para que no esté mas teñida con sangre de pecados, sino

[1] Sap. 8, v. 21. — [2] Rom. 7, v. 23-25.

con la sangre propia que derramare por ellos y con la *sangre del Cordero, en que los santos lavan y blanquean sus estolas* [1], que son sus cuerpos, y sus almas.

4. Y porque esta sangre está depositada en los santos sacramentos, con ellos me armaré contra los vicios carnales, especialmente con el Santísimo Sacramento del altar, donde está la carne castísima del Cordero sin mancilla y *el vino que engendra vírgenes* [2], cuya comida y bebida fortificará mi carne contra las tentaciones de gula y lujuria, y la hará templada y casta.

5. Con estas consideraciones y remedios has de procurar con destreza quitar al enemigo la espada de la mano, ó embotar sus filos, reprimiendo la fuerza de las representaciones que de repente te suscitare, ó tu imaginacion brotare de suyo, procurando en lugar de las malas poner otras buenas: porque como un clavo echa otro, así el buen pensamiento echa al malo, y la representacion de Cristo crucificado echará la del deleite vicioso, y la del fuego del infierno apagará la representacion del fuego lujurioso.

6. Además, así como Jacob, cuando se vió perseguido de su hermano *Esaú*, que quiere decir *el rojo* [3], acudió al remedio de la oracion, y con lágrimas luchó toda la noche con Dios, hasta que *le tocó el nervio de un muslo, y quedó seco,* y le trocó el *nombre de Jacob en Israel; porque quien es fuerte contra Dios, tambien lo será contra los hombres:* así tambien, cuando te vieres perseguido de tu carne, y de este caballo rojo y desbocado, toma en la mano el arco de la oracion, y arroja á Dios saetas de jaculatorias, que penetren su corazon, y dispárale tanta batería, que venga en tu ayuda, y seque el nervio de tu carne, que es el amor sensual y el apetito de deleites en que descansa su fuerza; porque si eres fuerte con Dios venciéndole

[1] Apocal. 7, v. 14. — [2] Zach. 9, v. 17. — [3] Genes. 25, v. 25.

con oraciones, serás fuerte contra tus enemigos, peleando él en tí y por tí para vencerlos.

7. Finalmente, porque el demonio tambien ha de venir contra tí en los caballos rojos de muchos hombres, ó mujeres carnales, glotones y deshonestos, para tentarte por su medio de estos dos vicios, acuérdate de lo que Dios nuestro Señor mandó al capitan Josué [1], cuando salió á pelear contra sus enemigos: *Equos eorum submervabis:* cortarás los nervios de sus caballos. Aquel, dice Orígenes, corta los nervios á los caballos del demonio, que con la espada de la mortificacion corta los nervios de las tentaciones, que son las pasiones de la carne y las ocasiones exteriores en que se ceban. Pues por esto dijo el Salvador [2], que si *el pié te escandaliza, le cortes* con presteza. Huye de tan mala compañía, y corta los nervios de tus aficiones con el cuchillo de la palabra de Dios y de las razones que hemos puesto. Corta tambien los nervios de la gula y de la lujuria, que son los manjares y salsas muy regaladas, los vinos muy preciosos y compuestos, los banquetes, saraos, comedias, juegos, vistas peligrosas, y otros entretenimientos profanos y ocasionados á tales pecados, y la ociosidad que es nervio de todos; y de esta manera vivirás mas seguro. Lo demás que pertenece á estos dos vicios, se dirá en el tratado especial que escribirémos de la continencia y castidad.

Concluyamos este capítulo con apuntar las otras aficiones desordenadas, que brota la concupiscencia de la carne entre padres é hijos, hermanos y parientes [3]; los cuales mas á la letra son figurados por el caballo rojo, en que venia el demonio con su espada para perseguir á Cristo nuestro Señor, y á sus discípulos, como él mismo lo avisó: y hasta el dia de hoy no cesa por este camino de tentar y perseguir á los que son

[1] Josue 11, v. 6. — [2] Matth. 18, v. 8. — [3] Matth. 10, v. 21. — Luc. 21, v. 16.

llamados por estado de religion, como se verá cuando tratemos de este estado, para donde reservo lo que toca á esta tentacion; porque entre cristianos, quienes mas la padecen, son los que tratan de ser religiosos.

CAPÍTULO VIII.

COMO LA CODICIA DE LOS OJOS, QUE ES EL DESEO CURIOSO DE SABER, Y EL PROPIO JUICIO, SON ORÍGEN DE MUCHAS TENTACIONES CONTRA LA FE Y PERFECCION CRISTIANA, Y EL MODO DE VENCERLAS.

—

Tras las batallas de la concupiscencia de la carne, se siguen las de *la codicia*, que S. Juan llamó *de los ojos* [1], la cual como dice Sto. Tomás [2], consiste en el deseo desordenado de alcanzar dos cosas, que se estiman mucho en el mundo, que son ciencias y riquezas. La primera codicia se llama curiosidad, aunque el nombre queda corto, y es el desconcierto de aquellos ojos que abrió el pecado, cuando la serpiente tentó á Eva, y le dijo [3]: *En cualquier dia que comiereis de este árbol, se abrirán vuestros ojos, y seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal.* Y en habiendo consentido en la tentacion, se apoderaron de ella dos codicias de ojos muy perjudiciales. La primera, de los ojos del cuerpo, deseosos de ver con curiosidad cosas nuevas, hermosas y apacibles, que recreen á los sentidos corporales. Y así añade la Escritura [4]: *Vió la mujer que el árbol era bueno para comer, hermoso á los ojos, y deleitable á la vista.* No sin causa dice Ruperto [5], se pone aquella palabra, *vió la mujer*, no porque antes no hubiese visto el árbol de la ciencia, sino porque entonces le vió con los ojos curiosos, mirando todo lo que habia en él

[1] I Joan. 2, v. 16.— [2] 1, 2, q 77, art. 5.— [3] Genes. 3, v. 5.— [4] Ibid. v. 6.— [5] Lib 3, de Trinitat. c. 9

para recrear la vista y el gusto y los demás sentidos. Y de aquí nace la segunda codicia de los ojos espirituales del alma, que desea saber el bien y el mal, como lo sabe Dios, apareciendo con soberbia singular excelencia en las ciencias para saber muchas cosas, sin reparar en que sean buenas ó malas, provechosas ó dañosas; y aunque la codicia va ordenada á abrir los ojos, mucho mas los ciega con grandes ignorancias y errores que la acompañan. Como sucedió á la miserable Eva en su tentacion, porque la serpiente, deseosa de engañarla, entró diciéndole [1]: *¿Por qué os mandó Dios que no comiesedes de todos los árboles del paraiso?* Como quien dice: No tengas los ojos tan cerrados, ni creas tan á ciegas lo que Dios te dice y manda, sino mira bien la causa que tuvo para ello; porque este astuto tentador no entra de golpe, diciendo: Falso es lo que la fe revela, ó malo es é insufrible lo que la ley manda, sino que primero infunde pensamientos de dudas, ó curiosidades, poniendo gana de saber las razones de los misterios ó preceptos, para que no hallándolas claras, entre la duda ó fastidio de ellos. A la manera que Eva, en oyendo la pregunta, comenzó á pensar en la respuesta, y dió entrada á la soberbia con deseo de libertad y con tédio de verse obligada á no comer de aquella fruta. Y luego el propio juicio la derribó en dos graves errores, que declaró en su respuesta, diciendo [2]: *Hános mandado Dios que no comamos de este árbol, ni le toquemos, porque quizá morirémos.* El primer yerro, dice S. Ambrosio [3], fué añadir al precepto de Dios algo que le hacia mas pesado, y desabrido; porque nuestro Señor solamente mandó, que no comiesen de la fruta. Ella añadió, que ni la tocasen. Como quien dice: Es tan pesado el precepto, que ni aun tocar el árbol nos es permitido; con lo cual co-

[1] Genes. 3, v. 1.—[2] Ibid. v. 3.—[3] Libr. de Adan, et Eva, sive de Paradiso, cap. 12.

menzó el propio juicio á hacer su oficio, brotando la primera mentira que se ha dicho en el mundo, fingiendo, como dice David [1], trabajo intolerable en lo que Dios manda, disponiéndose con esto para no cumplirlo. Luego añadió el segundo error mas perjudicial, declarando la pena del precepto, conforme á su propio juicio; porque comenzó á dudar, si la pena de muerte era sentencia absoluta, ó solamente amenaza para poner miedo: y como esto segundo era mas conforme á su deseo, inclinóse á creerlo. Y por esto dijo en su respuesta: *Porque quizá morirémos.*

2. Viendo, pues, la serpiente cuan bien le habia ido esta primera tentacion, determinó continuar la batalla con destreza para acabar de engañar á la miserable, que con su propio juicio dió principio á su engaño; y así le dijo: *No moriréis, antes sabe Dios, que en cualquier dia que comiereis de este árbol, se abrirán vuestros ojos, y seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal.* En cuyas palabras este padre de las mentiras profirió tres muy abominables; conviene á saber, que Dios era mentiroso en decir, que moririan comiendo de aquella fruta; y que era envidioso, porque habia dicho aquello por envidia de que no llegasen á tanta excelencia, que supiesen tanto como él sabia; y finalmente, que la comida de la fruta corporal era bastante para llenarles de tanta ciencia, que supiesen todas las cosas sin ignorar ninguna. Bien sabia Satanás que todo esto era mentira; pero, como pondera Ruperto Abad [2] hizo oficio de sofista, usando de palabras dudosas en dos sentidos: uno muy apacible y sabroso para Eva; y otro muy dañoso, pero encubierto. Verdad era que no moririan de muerte corporal, luego que comiesen la fruta prohibida; pero él pretendia darle á entender, que no moririan luego de

[1] Psalm. 93, v. 20. — [2] Lib. 31, de Trinit. cap. 7 et 8.

la muerte del alma, ni despues tampoco de la del cuerpo. Pero al contrario, no era verdad que serian como Dios, y sabrian el bien y el mal, como él lo sabe, aunque deseaba que Eva lo entendiese así pero él pretendia que realmente fuesen como dioses, esto es, como los espíritus angélicos, que eran los demonios, á cuya semejanza sabrian, no solamente el bien, sino tambien el mal, experimentando los males de culpa y pena que experimentan ellos.

Estas son las sofisterías y embustes de Satanás en las cuales le imitan muchos hijos de este siglo, usando de palabras que tienen muchos sentidos para engañar, sin que les cojan en mentira descubierta. Por lo cual dijo el Eclesiástico [1]: El que habla sofísticamente es aborrecible, y Dios permitirá, que como engaña sea engañado; aunque harto engaño es ser engañador de otros, haciendo oficio de demonio con ellos.

1. Pero veamos como salió Eva de estos engaños. Luego se mostró rendida á la codicia curiosa de sus ojos y á su propio juicio, creyendo al que le hablaba, y enseñaba aquella nueva doctrina, sin examinar primero quien era; porque fuera bien que averiguara si era sola serpiente que tenia ciencia de hablar, ó si hablaba otro espíritu por medio de ella; y si este espíritu era Dios, ó ángel; y si era ángel malo, ó bueno. Mas la curiosidad no dá lugar á estos exámenes, cuando el que habla le dice las cosas de que gusta; porque llega á tanto este vicio, que muchos quieren á ojos vistas tener al demonio por maestro, para que les enseñe la nigromancia y judiciaria y el arte de adivinar, ó les descubra alguna cosa secreta ó muy distante. Y por esto dice S. Agustin [2], muchos filósofos antiguos no quisieron admitir la fe cristiana, embaucados con la vana curiosidad de conversar con los demonios; y

[1] Eccli. 37, v. 23. — [2] Lib. de vera Relig. c. 4, tom. 1.

otros que ya tienen la fe, vienen á perderla por esta causa, acudiendo, como acudió Saul á la nigromancia, para que le descubriese lo que deseaba. Mas ¿qué maravilla, que quien está hecho á consultar sus cosas con el ídolo del propio juicio, llegue á consultarlas con el demonio? Y ¿qué mucho le dé crédito, si le habla lo que su propio juicio le habló primero?

2. De aquí resultó la segunda ignorancia de Eva, *creyendo de pronto, y con ligereza* [1] las palabras de la serpiente, porque eran agradables, pudiendo fácilmente y con poco exámen echar de ver que eran falsas y engañosas. Pues siendo Dios la primera verdad, no podia mentir, ni engañar; y siendo suma bondad, no podia tener envidia. Mas la *ignorante cegóse* con el resplandor exterior de las palabras, *para no ver* el veneno que venia dentro de ellas [2]; y con la misma ligereza con que creyó, puso por obra lo que creia, tomando luego de la fruta; porque los soberbios y curiosos, como son fáciles en creer cosas semejantes, así son impetuosos y apresurados en ejecutarlas, solicitándolos el demonio, para que no den entrada al arrepentimiento, ó á una detenida deliberacion ó consulta.

3. Y este fué el tercer yerro de Eva en haberse fiado tanto de su juicio y del dicho de la serpiente, que no quiso consultarlo con Adan, que era su cabeza y varon sabio. Porque es de creer, que si antes de comer la fruta consultara con él lo que decia la serpiente, él la desengañara, y la culpa interior no pasara á la transgresion exterior. Mayor cordura fuera responder á la serpiente, no quiero hacer lo que me dices, hasta consultarlo con mi marido; aunque si diera esta respuesta, el demonio procurara con nuevos engaños estorbarlo, porque aborrece sumamente, que sus tentaciones se consulten con los padres espirituales, y este

[1] Eccli. 19, v. 4.— [2] Ibid. v. 24.

aborrecimiento pega á los que son muy amigos de su propio juicio, pareciéndoles que no tienen necesidad de maestro ni consejero, pues ellos pueden dar consejo á los demás.

4. Y entonces llega el error á su cumbre, porque la miserable Eva, siendo tentada y vencida, se convirtió en tentadora; y habiendo de ser discípula, se quiso hacer maestra y enseñar el error que habia aprendido, diciéndoselo á Adan, para persuadirle lo que ella habia creido. Y fácilmente le venció, porque en esta batalla juntó el demonio con la codicia de los ojos la concupiscencia de la carne; y el deseo de agradar á su muger le hizo comer de la fruta. Y aunque *Adan* como dijo S. Pablo [1], *no fué engañado* inmediatamente por la serpiente; pero, como dicen S. Ignacio Mártir, y otros Santos Padres [2], fué algo engañado por medio de Eva, cuyas palabras le provocaron á los movimientos de soberbia y á la curiosa codicia de los ojos, deseando probar la virtud de aquella fruta, dudando algo si la sentencia de Dios solamente seria comminatoria, pues Eva no se habia muerto, aunque habia comido de ella.

§ I.

Esta serpiente, cuyos engaños hemos contado, es el segundo tentador, que vió salir S. Juan [3], en un caballo negro, con un peso en la mano, para tentar y engañar á los cristianos; y unas veces los engaña por sí solo, y otras por medio de otros hombres. Cuando tienta por sí mismo, como á Eva, su caballo negro es el propio juicio del que es tentado, cuando está muy aferrado á su parecer, y muy pagado de su ciencia y

[1] Tim. 2, v. 14. — [2] Epistol. ad Trallianos. — Iræneus, lib. contra hœreses c. 35. — Hilar. cap. 3, in Matth. Psalm. Vide Pereiram, lib. 6, cap. 3, in id, deditque viro suo.— [3] Apocal. 6, v. 5.

prudencia. Y bien se llama caballo de Satanás, porque él le rige en sus dictámenes, llevándole á todos los errores y engaños que pretende. Y estos se representan por el color negro, porque el propio juicio es ignorante, imprudente y ciego; aunque presume de tener ojos muy claros para ver la verdad; y piensa que acierta en lo que juzga: y por esto el tentador traia en su mano un peso, como quien publicaba verdad y justicia, ciencia y santidad, con las cuales encubre sus tentaciones para engañar; porque su peso es falso y engañoso, y todo lo que pesa es falsedad é injusticia, con nombre de fidelidad, diciendo que lo tiene muy bien mirado y pesado. Y de aquí es, que cuando ha engañado á algunos hombres de grandes dotes naturales, ó que presumen con soberbia de letrados y santos, sírvese de ellos como de caballos negros para tentar y engañar á los demás. De este género han sido todos los heresiarcas, como Arrio, Lutero, y otros falsos maestros, que enseñan perversas doctrinas contra las buenas costumbres, pretendiendo deshacer ó alterar lo que Cristo nuestro Señor enseñó en su evangelio en el cual nos avisó de este género de tentaciones, diciendo [1]: *Mirad que no os engañen, porque algunos vendrán en mi nombre, diciendo: Yo soy Cristo, y engañarán á muchos. Levantaránse muchos falsos Cristos y falsos profetas, y muchos serán engañados por ellos.* Y el apóstol S. Pablo avisa lo mismo, diciendo [2]: *Ninguno os engañe con palabras vanas, fingiendo humildad y religion de ángeles, como si fuera mensajero de Dios, enseñando lo que nunca supo, viviendo hinchado con su carnal sentido, y apartándose de lo que enseña Cristo, porque atienden á los espíritus de error y á las doctrinas de los demonios, que con hipocresía, y aficion enseñan mentiras, y traen las conciencias cauterizadas con pecados.*

[1] Matth. 24, vv. 4, 5, 24. — [2] Ephes. 5, v. 6. — Col. 2, vv. 18, 19. — I Tim. 4, v. 1, 2.

De este linaje son tambien muchos hijos de este siglo, por cuyo medio el demonio nos tienta, y provoca á lo que el mundo tiene canonizado por conveniente; porque engañados por su propio juicio, lo aprueban como verdadero y santo. De los cuales dijo el mismo apóstol [1]: *En los dias postreros se levantarán unos hombres, amadores de sí mismos, codiciosos, hinchados, protervos, mas amigos de los deleites, que de Dios porque tomando la figura de piedad, niegan su virtud; entran en las casas, y traen á sí cautivas las mugercillas, cargadas de pecados, llenas de varios deseos, procurando aprender siempre cosas nuevas, sin llegar jamás al conocimiento de la verdad.* Todos estos miserables, que son engañados, y tratan de engañar á otros, descansan en su negro y necio juicio propio; el cual para ellos es, *pseudo Christus et pseudo propheta*, un falso Cristo y un falso profeta, porque cuanto les dice, piensan que Cristo nuestro Señor ó algun profeta se lo revela. Y de este modo, como dijo S. Pedro [2], malean las sagradas Escrituras, que no entienden, interpretándolas conforme á su parecer, para perdicion suya y de otros muchos, engañándose á sí y á otros con las mentiras y errores que sacan de ellas por no entenderlas.

Esto publica la del tentador, que con venir á caballo traia en la mano el peso; porque claro está, que quien va á caballo, y mas si es brioso, no puede pesar fielmente cosa alguna, pues no puede tener la mano queda. Y por esto dijo el profeta Oseas [3], que era *engañoso el peso que tenia en su mano Canaan*, que, como dijo S. Gerónimo [4], significa *el que se mueve, ó menea de una parte á otra;* y así pesa con infidelidad y engaño. Por lo cual el soberbio y codicioso, y cualquier hombre apasionado y que se guia por su solo juicio, si toma en la mano el peso de la Sagrada Escritura y de la ra-

[1] II ad Tim. 3, v. 1, 2, 4, 5, 6, 7. — [2] II Petr. 3, v. 16. — [3] Osee. 12, v. 7. — [4] De nominibus Hebraicis in Numeros, et Genesim.

zon para pesar lo que dice ó hace, no pesará fielmente, porque siempre se menea el fiel, y se inclina la balanza á lo que su honra, ó regalo, ó interes desea, y á lo que su propio juicio le dicta, y todo lo tuerce á la parte de su gusto, porque el peso de las aficiones lleva tras sí las razones.

Pero ¿quién podrá declarar el estrago que causa este tentador con su negro caballo? El mismo Dios se lo reveló al evangelista con una voz, que se oyó luego en saliendo, y decia: *Bilibris tritici denario, et tres bilibres hordei denario.* Por un denario se venderán dos libras de trigo, y seis de cebada; que fué decir, como declaran muchos Padres [1], dásete facultad de destruir las mieses de trigo y de cebada, no todas, sino gran parte de ellas, de modo que haya grande hambre, y carestía en la tierra. Y ¿qué era esto, sino profetizar que este tentador en gran parte del mundo, por secretos juicios de Dios, habia de quitar con sus engaños el verdadero sustento de las almas, que es la fe y doctrina católica, así la mas sutil, figurada por el trigo, como la mas comun, figurada por la cebada, causando la miserable hambre, de que hicimos mencion en el primer tomo [2]? Pero no se le concede que la quite del todo, porque mal que le pese, siempre en la Iglesia habrá este sustento para los hijos fieles, y no prevalecerá contra ellos.

Contra este tentador, cuando te acometiere, has de pelear valerosamente, mortificando los ojos de su caballo negro con gran destreza. Primero has de mortificar la codicia de los ojos corporales, *haciendo un firme pacto con ellos* como Job [3], que han de estar cerrados á sus tiempos, para que no entren los malos pensamientos. Y si la curiosidad te solicitare á que los abras, para ver cosas nuevas y hermosas, mortifi-

[1] Ribera hic citat illos.— [2] Trat. 1, c. 6, y 8.— [3] Job, 31, v. 1.

cala, diciendo con S. Bernardo [1]: *¿ Para qué quieres ver lo que no te es licito desear? Y sino es culpa verlo, es á lo menos ocasion de culpa, é indicio de liviandad.* Escarmienta en Eva, que miró el manjar, que no podia comer sin pecado, y tras la vista siguió la mano para tomarlo, y *por las ventanas* de sus ojos y oidos *entró la muerte* de la culpa [2], y el ladron que robó la inocencia.

2. Luego has de hacer mucho mayor guerra á la codicia de los ojos espirituales, refrenando los deseos desordenados de saber, compañeros de la soberbia, que apetece la excelencia en las *ciencias que hinchan* [3]. Guarda el consejo del Apóstol, que dice [4]: *No querais saber mas de lo que conviene, sino sabed con moderacion.* Contentándote como dice Sto. Tomás [5], con saber las cosas buenas y provechosas, y las que son conformes á tu capacidad y estado, y por fin bueno, con afecto ordenado. Porque, como dijo el Eclesiástico [6], *no has de escudriñar las cosas que excedan á tus fuerzas,* ni querer medir con tus razones los misterios de la fe, ni los secretos juicios de Dios, ó de sus preceptos en las cosas que él no ha revelado y quiere que nos estén encubiertas; porque para todo esto has de cerrar los ojos y cautivar tu entendimiento á creer lo que la fe dice y ejecutar lo que la ley manda. Y cuando la serpiente infernal te dijere algo contra esto, ó te hiciere alguna pregunta, ó te suscitare alguna duda; nunca entres con él en disputas como Eva, ni trabes con él pláticas, ni te pares á pensar las cosas que te dice, aunque sea con pretexto de responderle; porque no hay para que darle otra respuesta, que las mismas palabras de la fe, y de la ley, sin quitar ni añadir, ni mudar ó dudar, diciéndole. Esto dice Dios, y esto

[1] Tractat. de gradibus humilitatis. — [2] Jer. 9, v. 21 — D. Gregor. lib. 21. mor. cap 2. — [3] 1 Cor. 8, v. 1. — [4] Rom. 1. 2, v. 3. — [5] 2. 2. quæst. 167. ar. 1. — [6] Eccli. 3. v. 22.

manda, esto creo, y esto quiero; pues basta que él lo diga y mande, para que sea verdadero y santo: y aunque te diga las mismas verdades de la fe, no le tomes por maestro; porque de quien tanto te aborrece, siempre has de presumir que lo ordena para tu daño.

3. De aquí se sigue el tercer aviso, que con suma vigilancia adviertas quien es el maestro que te enseña y habla, ó interior ó exteriormente, cuando no le tienes todavia conocido; no sea por ventura el demonio, que viene en algun caballo negro para engañarte con el peso que trae en su mano; pues por esto dijo S. Juan [1]: *No creais á todo espíritu, sino examinad primero los espíritus, para ver si son de Dios, porque muchos falsos profetas han ya salido al mundo.* Y lo mismo nos avisó Cristo nuestro Señor, diciendo [2]: *Guardaos de los falsos profetas, que vienen á vosotros vestidos con pieles de ovejas, y de dentro son lobos rapaces, pero conocerlo heis por sus frutos.* Si quieres conocer al caballo negro del falso maestro, no mires el color que tiene por defuera, porque muchos son como *sepulcros blanqueados en lo exterior, que están llenos de huesos muertos, y hediondos en lo interior* [3], y la negrura de estos está en lo escondido. Mira bien si es caballo brioso y desbocado; si es llevado de sus pasiones, desenfrenado en sus codicias, amigo de regalos, curioso, entonado, presuntuoso y protervo, y por estos frutos conocerás, que es profeta falso y falso el peso que trae en la mano, y que no pesa fielmente lo que dice; porque su pasion menea el peso á la parte que ella quiere. Las palabras y obras de los verdaderos maestros, sabios y santos, son pesadas como dijo el Eclesiastico [4], con verdadero peso, no con el peso falso de Canaan mudable [5], sino con el peso del San-

[1] I Joan. 4, v. 1.— [2] Matth. 7, v. 15, 16. —[3] Matth. 23, v. 27. —[4] Eccli 21, v. 23 —[5] Osee. 12, v. 7.

tuario estable, que está en la mano de Cristo y de su Iglesia, y de los verdaderos prelados de ella.

4. Además, si quieres vencer á este engañador embustero, nunca te has de fiar de tu propio juicio; porque como en otro lugar se dijo [1], es fuente de todos los engaños, y será contra ti caballo negro del demonio, sino luego has de desjarretarle y *quitarle los nervios* [2] en que estriba, no haciendo caso de tus propias razones antojadisas, mortificando los apetitos de vanidad y soberbia, de donde procede parecerte bien lo que tú sientes. *Nunca te fies de tu propia prudencia*, como dice el Sabio [3], ni pongas ligeramente por obra lo que ella te dicta, porque serás desbaratado en la batalla, si entras en ella con tal guia. Como aquellos soldados, de quienes dice la Escritura [4], que *fueron vencidos*, porque entraron en la guerra por su parecer y *sin consejo*. Finalmente, has de arraigarte mucho en la fe con gran firmeza, de modo, que como dijo S. Pablo [5]. *Cristo more en ti de asiento, por la fe arraigada de la caridad*, con una firme resolucion de no creer ni admitir cosa contra ella. A la manera que decia el mismo apóstol [6] á los de Galacia, que andaban titubeando en la fe: *Aunque nosotros, ó algun ángel del cielo os predicase otra cosa de lo que os hemos predicado, sea anatema*, y no consintais en ello. Con este espíritu fervoroso has de decir al demonio: Si fuera posible, que un ángel, ó un apóstol me dijera lo contrario de lo que la fe me dice, no les diera crédito, cuanto mas diciéndomelo tú, que eres mi enemigo, y si tú tomares máscara de apóstol y de ángel de luz para engañarme, no te creeré, pues aun cuando lo fueras en verdad, no te creyera. Este modo de hablar empleó S. Pablo con gran fervor, no porque sea posible que los apóstoles ó ángeles nos engañen, y di-

[1] En la Cuia, tratado 4. c 7. — [2] Josué. 11. v. 6. — [3] Prov. 3, v. 5. — [4] Mach 5 v 67. — [5] Ephes 3, v. 17. — [6] Gal. 1, v. 8.

gan lo contrario de lo que la fe nos enseña; sino para declarar la firmeza con que debemos resistir á los enemigos que pretenden engañarnos, encubriéndose con traje de apóstoles de Cristo ó de ángeles del cielo.

Este modo de fervor es admirable disposicion para que nuestro Señor no permita que seas engañado de este enemigo. Como lo declaró el evangelista S. Juan diciendo [1], que la voz del cielo dijo al que salía en el caballo negro: *Vinum, et oleum ne le særis*: no hagas daño al vino y aceite, ni toques á los frutos de las vides y olivos; porque la providencia de nuestro Dios, que tiene en su mano un peso fidelísimo con que pesa todas las cosas, limita, como se ha dicho, la potestad de este tentador, y no le consiente engañar con su peso falso á todos los que quiere, ni tocar en los exceptuados, que son los verdaderos y fervorosos hijos de la Iglesia católica, viña y olivar escogido de Jesucristo, en donde están plantados los justos y varones perfectos, como vides y olivas, no estériles, sino fructuosas: porque no se contentan con la fe sola, ni con solas palabras, sino que procuran producir el fervoroso vino del amor de Dios, y el copioso aceite de la misericordia con el prójimo. Con el vino se fortifican en lo interior; con el aceite se ungen como luchadores en lo exterior, para resistir á las batallas interiores y exteriores de los enemigos; y ceban sus lámparas con estas buenas obras, para que siempre ardan la luz de la fe y el fuego de la caridad, con cuya luz, en asomando el peso falso del tentador, luego le conocen y se defienden, y el mismo Dios les ayuda, é ilustra para ello; porque esto es mandar al tentador, que no dañe al vino ni al aceite, que él ha tomado debajo de su proteccion y amparo.

Concluyamos con el último motivo de nuestro con-

[1] Apocal. 6, v. 6.

suelo, para los tiempos trabajosos en que vivimos, ponderando la proteccion de nuestro Dios con su Iglesia, contra la cual no podrán prevalecer todos los demonios del infierno, aunque vengan con todos sus pesos falsos, y sobre inumerables caballos negros muy feroces, porque á todos dice Dios: *No toques al vino, ni al aceite:* Que es decir: No se te dá licencia para destruir en la Iglesia el vino y aceite de los Sacramentos, con que el piadoso Samaritano [1] cura las llagas de los pecadores; ni podrás quitar el vino y sustento de las Sagradas Escrituras, ni el fruto de las santas obras; ni podrás impedir que haya muchos varones fervosos, sabios y santos, que conozcan y deshagan tus engaños. Y aunque en tiempo de Elías creció tanto la persecucion, que le parecia haber quedado solo en el mundo, le dijo Dios que se engañaba, porque él *tenia guardados otros siete mil varones, que no habian hincado la rodilla al ídolo Baal* [2]. Y en tiempo del Anticristo, que será el caballo negro mas feroz que tendrá el demonio, cuando echará el resto de su poder para engañar con su peso falso á los hombres, habrá muchos tan constantes, que resistan á sus combates y no quieran recibir la señal de su carácter por conservar el carácter y amor de Cristo. Y por mas solícito que ande ahora corriendo en sus caballos negros por Inglaterra y otras regiones septentrionales, allí tiene Dios guardadas vides y olivas á quien no podrá dañar; y á pesar suyo habrá muchos fieles fervorosos, que vuelva por la fe y religion cristianas, y conserven el resplandor y santidad de ellas.

[1] Luc. 10, v. 34. — [2] III Reg. 19, v. 18.

CAPÍTULO IX.

DE LAS TENTACIONES QUE LEVANTAN LA CODICIA DE LAS RIQUEZAS, Y EL MODO DE PELEAR CONTRA ELLAS.

—

No es menos feroz que las pasadas la batalla de las tentaciones, que levanta la codicia de los ojos, que se ceba en las riquezas; la cual combate á los hombres por dos caminos. El uno es, con el deseo desordenado de ganarlas, y de este modo tienta á pobres y ricos: á los pobres, con pretesto de remediar las necesidades que padecen; y á los ricos, porque nunca se ven hartos, y siempre querrian ser mas ricos. El otro camino es, con el uso desordenado de las riquezas, que se poseen, gastándolas en regalos y pompas de esta vida; y de este modo combate á los ricos regalados y soberbios. Los primeros combates podemos declarar tambien por la vision que referimos en el capítulo pasado del *caballo negro*, en que venia el demonio *con su peso en la mano* [1]; porque cuadra muy bien el color negro á la pasion furiosa de la avaricia, por ser causa de inumerables engaños, pesando todas las cosas con el *peso falso de Canaan* [2], inclinándose siempre la balanza á la parte donde se inclina la codicia. Y bien lo significa el nombre de Canaan, pues no solo quiere decir el que se mueve, como arriba se dijo, sino tambien el mercader ó negociador y tratante: para que se entienda como la codicia, que suele reinar en semejantes personas, es causa de pesar con peso falso todas las cosas para engañar á otros, queriendo ganar para sí riquezas. La codicia es la que pesa engañosamente sus propias necesidades, encareciéndolas demasiado y to-

[1] Apocal. 6, v. 5. — [2] Osee. 12, v. 7.

mando de ellas ocasion para buscar mas hacienda con que remediarlas. Ella pesa el valor de las cosas, estimando en mucho las propias y en poco las agenas, para vender caro y comprar barato. Pesa con engaño el derecho de la justicia en los pleitos y negocios, torciéndola en su provecho contra el prójimo. Y lo que mas es, pesa infielmente las mismas virtudes y verdades de Dios, haciendo de ellas menos caso que de los bienes temporales. De donde viene á despreciar la caridad y misericordia y la justicia y á veces la misma fe; porque de hombres avarientos y codiciosos saca el demonio maestros falsos y engañadores, de los cuales se sirve como de caballos negros para tentar y engañar á los justos sencillos. Al modo que los escribas y fariseos, avarientos por codicia de las ofrendas, engañaban á los del pueblo, diciéndoles que era mejor darlas al templo que á los padres [1], aunque estuviesen necesitados de ellas; pues era Dios mas padre suyo que los carnales. La furia de este tentador y los daños que causa con la avaricia, declaró el Apóstol en estas palabras [2]: *Estamos contentos con tener el sustento y vestido necesarios, por cuanto los que quieren hacerse ricos, caen en tentacion y lazo del diablo, y en muchos deseos inútiles y dañosos, que sepultan al hombre en la perdicion; porque la raiz de todos los males es la codicia, por la cual muchos dieron al traste con la fe, y cayeron en graves dolores y pecados.* Esto dice S. Pablo para animarnos á pelear contra la codicia, por los innumerables daños que nacen de ella; pues por lo mismo que deseas desordenadamente ser rico, este deseo es para tí tentacion y lazo de Satanás, con el cual te llevará arrastrando, hasta despeñarte en gravísimos pecados, especialmente en los que S. Gregorio [3] llama hijos de la avaricia: conviene á saber, violencias, robos, enga-

[1] Matth. 15, vv. 5, 6. — [2] I Tim. 6, vv. 8, 9, 10. — [3] Libr. 31, Mor. c. 13, D. Thom. 2. 2. q. 118, art. 8.

ños y mentiras, perjurios, fraudes en compras y ventas y traiciones. Al modo que el miserable Judas vencido de su codicia, vendió á su maestro por treinta dineros; y siendo preso por Satanás con el lazo de la avaricia, vino á caer en el lazo de la desesperacion; y ahorcándose con un lazo, reventó por medio y se derramaron sus entrañas en la muerte, porque las habia derramado en la vida perdiendo las entrañas de misericordia. Conforme al dicho del Eclesiástico [1]: *El avariento tiene su alma puesta en venta, porque en su vida arrojó de sí sus entrañas.* Y ¿á quién vende el alma, sino al demonio que se la compra por el precio de los pecados que hace por haber dineros? Y ¿cómo arroja de sí las entrañas, sino porque no tiene misericordia de su alma, ni compasion de las miserias agenas?

Pues ¿qué diré de los innumerables deseos, que S. Pablo llama inútiles y sin provecho? Porque los codiciosos muchas veces desean cosas imposibles ó muy difíciles, entreteniéndose en inventar medios, aunque sean prohibidos, para salir con ellas; pero todos son sin provecho, porque no saldrán con su intento, pues no guardan el consejo de Salomon, que dice [2]: *No levantes los ojos á las riquezas, que no puedes alcanzar, porque tomarán alas como de águila, y volarán al cielo.* Esto es, aunque tus ojos vuelen con el deseo tras estas riquezas, ellas volarán mas alto, y las perderás de vista, y quedarás burlado y cansado. Hijo, dice el Sabio [3], no te derrames en muchas cosas por ser rico, porque *no estarás libre del pecado:* y si sigues las riquezas, no las alcanzarás: y por mucho que te des prisa á huir de la pobreza, no podrás: porque esto mas depende de la divina providencia, que de tu industria codiciosa, por la cual te castigará Dios con quitarte de las manos esta presa, cuando ya estés

[1] Eccli. 10, v. 10. — [2] Prov. 23, v. 5. — [3] Prov. 28, v. 20.

cerca de alcanzarla: y aun cuando la alcances, ¿dejarán por esto de ser tus deseos sin provecho? Harto sin provecho son, pues no hartan tu deseo; porque el rico codicioso siempre se tiene por pobre y desea ser mas rico, y todo lo que alcanza le parece poco; pues *el avariento*, dice el Eclesiástico [1], *no se harta con el dinero; y el que ama las riquezas, no sacará provecho de ellas.* Y aun cuando saques algun provecho temporal, tambien tus deseos serán inútiles, pues no sacas provecho espiritual para tu alma, sino mucho daño, conforme á lo que dice el Sabio [2]: *¿De qué aprovecha al necio tener riquezas, pues no puede comprar la sabiduría con ellas?* Pregúntalo á los condenados, y decirte han [3]: *¿De qué nos aprovechó la soberbia, y la jactancia de las riquezas, qué bien nos trajo? Todo pasó como sombra, y como correo muy apresurado, como nave que rompe las olas del mar, ó ave que vuela por el aire sin dejar señal de camino por donde pasaron*, ni provecho alguno en el lugar donde estuvieron.

3. Mas no paran estos deseos en ser inútiles, porque tambien dice el Apóstol, son dañosos, no solo contra el alma del que los tiene, sino contra todos los demás hombres, pretendiendo quitarles sus bienes para remediarse y enriquecerse con ellos, aunque sea con obras muy crueles y dañosas. Como lo testifica el apóstol Santiago, diciendo [4]: *¿De dónde nacen las guerras, los robos, pleitos, engaños y contiendas? ¿Por ventura no salen de las codicias interiores, que mueven á las potencias exteriores? Codiciais*, y permite Dios que *no alcanceis: teneis envidias de los otros ricos, y no salis con vuestros intentos; pleiteais, y moveis guerras* y disensiones sobre la hacienda, y *quedais sin ella: pedísla* á Dios, y *no la alcanzais, porque la pedís mal* y con malos fines: *ut in concupiscentiis vestris insumatis.* Y todo

[1] Eccles. 5, v. 9. — [2] Prov. 17. v. 16. — [3] Sap. 5, v. 8. — [4] Jacob 4, vv. 1, 2, 3.

esto sucede para que perezcais en vuestras codicias, y ellas mismas consuman vuestros gustos y haciendas con los pleitos que sosteneis por ellas. Esta codicia es la que introduce en el mundo aquella palabra, que S. Juan Crisóstomo [1], llama fria, *mio y tuyo*, la cual es causa de innumerables guerras y de todos los males que hay en esta miserable vida, porque con su frialdad destruye la caridad; y queriendo cada uno para sí lo que es de otro, andan en pleito sobre si es mio ó tuyo; y en razon de esto no hay paz, ni union, ni aun cristiandad. Y quien es tan cruel en tomar á otros lo que tienen, ¿cómo será piadoso en repartir con ellos lo que tiene? Si es lobo robador de lo ageno ¿cómo será oveja piadosa, dando su lana y leche á los necesitados de ella? ¿Quien mas cruel que Jezabel contra Naboth, levantándole un falso testimonio, y quitándole la vida para robarle su viña [2]? Y ¿quién mas cruel que el rico avariento contra el pobre Lázaro, hambriento y llagado, dejándole morir de hambre, por no darle ni aun las migajas de su mesa [3]? Aquella, porque tuvo entrañas crueles, fué comida de perros: este, porque no se compadeció de quien tuvieron compasion los perros, fué abrasado en terribles llamas: y con mucha razon ambos padecieron tan horrendo castigo, pues tan cruelmente trataron á su prójimo, ó matándole para robarle, ó dejándole morir por no socorrerle. Porque como dijo S. Ambrosio, *Si non pavisti, occidisti*. Si no sustentaste al pobre, tú le mataste. Y, como dice S. Basilio [4], en tantas cosas le injurias, en cuantas podias darle y no se las das, cuando su grave necesidad clama por ellas; pues en tal caso de buena razon el pan que tienes es del hambriento, la vestidura que guardas, es del desnudo; y la plata que posees, es del necesitado: y cuando

[1] Serm. de S. Philogono, tom. 3. — [2] III Reg. 21, vv. 7-15. — [3] Luc. 16, vv. 19-22. — [4] Serm. ad divites avaros.

les haces tales injurias, no solo, cuanto es de tu parte, matas los cuerpos, sino tambien las almas, haciéndoles perder la vida de la caridad con ódios, impaciencias, maldiciones y otros pecados, que cometen por vengar sus agravios. Muy manso y sufrido era David, y gran perdonador de sus injurias, cuando Saul le perseguia para quitarle la vida; pero viéndose en necesidad, acudió, como arriba ponderábamos [1], á *Nabal del Carmelo, hombre rico y poderoso*, pidiéndole con gran humildad algun socorro, siquiera por los buenos servicios que le habia prestado, *defendiendo sus pastores, y ganados en el desierto*. Pero Nabal, como era duro, feroz, y malicioso, respondió con desden: *¿Quién es David, y quién es el hijo de Isai? ¿Cómo presumen acrecentarse los siervos, que huyen de sus señores?* ¿Por ventura *tomaré mi pan y mi agua, y la carne de mis ganados, que maté para mis trasquiladores, y darélo á hombres que no sé de donde son?* Oida esta respuesta, el que perdonaba otras injurias, no pudo sufrir esta; y juntando sus soldados, les dijo: *Por demás he defendido las cosas de este hombre en el desierto, y ahora me ha vuelto mal por este bien. Mal haga Dios á los enemigos de David, si dejare vivo, ni á un perro de todo lo que le toca.* Y con efecto ejecutara su saña, si la prudente Abigail, muger de Nabal, no le saliera al encuentro, y le llevara el sustento que le habia pedido, aplacando con su liberalidad el fuego de ira que encendió Nabal con su avaricia, dando por escusa, que bien se llamaba *Nabal*, que quiere decir necio, *pues conforme á su nombre habia usado de tal necedad* contra quien padecia tal necesidad. Aplacóse con esto David: pero no se aplacó Dios, y vengó la injuria que David disimuló: porque llegando á noticia de Nabal lo que ha-

[1] En el 1. tom. trat. 1, c. 17, § 3.

bia pasado, *quedó muerto su corazon interiormente, y hecho como una piedra, y de ahí á diez dias le hirió Dios de muerte, y acabó su vida*, y con ella perdió la hacienda, que tanto estimaba [1]. Pues ¿quién no ve aquí los grandes daños de la avaricia, cuya hija, como dice S. Gregorio [2], es la dureza de corazon en hacer misericordia? Y ¿quién no ve cuan bien cuadra al miserable avariento el nombre de Nabal, que significa lo mismo que necio; pues tantas necedades hace cegado de su codicia? Con mucha razon, dijo un Santo [3], que el amor del dinero es tinieblas del alma y ceguedad del espíritu, pues á ojos vistas desliza en tan grandes necedades. Tres muy calificadas hizo Nabal contra el necesitado David, y otras tres hace el avariento contra el pobre, en quien está Cristo pidiendo remedio para su pobreza. Una fué desconocer á quien tanto bien le habia hecho, diciendo: *¿Quién es David? No conozco de donde son estos hombres.* Otra fué, en vez de darle limosna, injuriarle de palabra, llamándole por desprecio, *siervo fugitivo*. La tercera fué, pensar que si le daba lo que pedia, faltaria *para sus criados, y trasquiladores*, siendo tan rico, que daba entonces un convite como de rey. ¡Oh ciega avaricia! ¡Oh codicia necia! ¡Oh entrañas de crueldad, no solo contra el pobre, sino contra el mismo Dios, que pide por boca del pobre! ¡Cuán justamente se indignaria el verdadero David Cristo nuestro Señor, y diria á los ángeles ministros de su justicia: Por demás he guardado la hacienda de este avariento en el desierto del mundo! Yo se la dí: yo se la conservé y aumenté; yo la defendí de los ladrones, de los infortunios y de innumerables peligros; y yo le pido una nonada de lo que le dí para estos pobrecitos, que se lo piden en mi nombre; y en lugar de favorecerlos, se

[1] I Reg. 25, vv. 2-38. — [2] Libr. 31, Mor. c. 31. — [3] Chrysostomus, hom. 15 in Matheum.

indigna contra ellos; injúriales de palabra y niégales la buena obra: y siendo gastador pródigo en las cosas de su vanidad, es escaso y avaro en remediar á los pobres, pensando que le ha de faltar para sus criados; y pues tan mala paga me da por los bienes que le he dado; yo le desampararé, permitiendo que su corazon quede amortecido, y endurecido como piedra para todo lo bueno; pues estuvo empedernido contra el prójimo; y en un dia acabará la vida y perderá la hacienda y alma.

Este es el fin desastroso del avariento, por las injusticias y crueldades que comete contra sus prójimos; descargando la pena de todas sobre la cabeza del que las cometió; *alegrándose los justos* [1] como David en este caso, por la justicia de Dios, que resplandece en castigar los pecadores con pena proporcionada á sus pecados.

§ I.

Aun mas adelante pasan los males de la codicia, y siempre quedarémos cortos en contarlos; pues dijo el Apóstol [2], que era *raiz de todos;* porque como la raiz da sustento á todo el árbol, y de ella le reciben las ramas, las hojas y los frutos; así, dice Sto. Tomás [3], la vida de los pecadores es como un árbol, cuyas ramas son los hábitos de los vicios, las hojas son las malas palabras y los frutos las malas obras, pero todas reciben sustento de la codicia; porque no hay pecado, que no haga el codicioso, para ser rico; y en siéndolo, con el *dinero, á quien todas las cosas obedecen* [4], tiene cebo para cumplir todos sus malos intentos, precipitándose en innumerables vicios, hasta dar al traste, no solo con la caridad y justicia, sino con la misma fe,

[1] Psalm. 57, v. 11.— [2] 1 Tim. 6, v. 10.— [3] 1, 2, q. 84, art. 1.— [4] Eccles. 10, v. 19.

que es el fundamento de la vida espiritual y de la religion cristiana. Bien entendido tenia este peligro aquel sabio rey, que cuando era santo, pedia á Dios que no le diese demasiadas riquezas, porque no me suceda, decia [1], que *harto de bienes venga á negarte, diciendo: ¿Quién es el Señor?* Y aun cuando no le nieguen, perdiendo la fe, muchos le niegan con las obras, cayendo en la miserable idolatría de la avaricia, que S. Pablo [2] llama *servidumbre*, y adoracion *de los ídolos:* y no dice de un ídolo, sino de muchos, porque tambien sirve al ídolo del vientre y al de la honra vana, aunque su principal ídolo es el dinero, del cual dijo uno de estos idólatras [3]: *Dives effectus sum, inveni idolum mihi. Omnes labores mei non invenient mihi iniquitatem, quam peccavi;* llegado he á ser rico; ya he hallado ídolo para mí; todos mis trabajos no me serán dañosos por la maldad que hice. Como si mas claramente dijera: Huélgome de ser rico, porque he hallado un Dios conforme á mi gusto, que es el oro, de quien espero todo lo que me basta para hartar mis deseos. Con este se dorarán mis tratos, y se encubrirán mis maldades, porque no habrá quien se atreva á reprenderlas, y las miserias no darán conmigo, porque las riquezas me librarán de ellas [4]. Con esta falsa aprehension se despeñan los miserables ricos en graves pecados, sin temor del castigo, y sin memoria de que pueden caer en miseria, porque su ídolo les robó el corazon, y no les deja pensar en cosa que les de pena; cumpliéndose en ellos lo que dice David [5]: *No tienen parte en los trabajos de los hombres, ni son castigados con ellos; por esto se apoderó de ellos la soberbia, y andan cubiertos de maldad.* Mas presto les sucederá lo que dice el Eclesiástico [6]: *Lignum offensionis est aurum sacrificantium: væ illis, qui sectantur illud;* el oro para quien le sacrifica

[1] Prov. 30, vv. 8, 9. — [2] Ephes. 5, v. 5. — [3] Osee. 12, v. 8 — [4] D. Hieron. et Ruffinus, in hunc. locum. — [5] Psalm. 72, vv. 5, 6 — [6] Eccles. 31, v. 7.

como á Dios, es viga de tropiezo, y piedra de escándalo, en la cual tropieza, cayendo en graves culpas. Y ay de los que se van tras él, porque perecerán miserablemente, conforme á la sentencia del profeta Oseas, que dice [1]: *Hicieron de su plata, y de su oro ídolos: Ut interirent,* para perecer con ellos; pues pensando que los hacian para conservar la vida, por ellos incurrieron en la muerte: porque Dios los desmenuzará, y convertirá en polvo, y se los dará á beber, como Moisés [2] dió los polvos del becerro de oro á los israelitas; para que su ídolo sea tormento de su conciencia, y causa de su muerte eterna.

De aquí es, que la codicia, como dice S. Gregorio [3], es representada por el ánfora de barro que vió el profeta Zacarías [4] con la boca destapada, y una masa de plomo junto á ella; y entrando dentro del ánfora una mujer, cuyo nombre era, *impietas*, la maldad ó crueldad, luego *la taparon con la masa de plomo* para que no saliese fuera: y *arrebatando el ánfora otras dos mujeres con alas de milano, en las cuales estaba un mal espíritu, la llevaron por el aire hasta la tierra de Sennaar* en Babilonia, adonde la dejaron *para que estuviese allí de asiento.* Y ¿qué fué esto, sino decirnos que el codicioso siempre tiene la boca abierta para tragar riquezas, y con ocasion de ellas traga innumerables culpas hasta que entra dentro la suprema, que se llama impiedad, porque no tiene piedad con los pobres, ni con los ciudadanos, ni con los padres: y lo que mas es, ni con el comun Padre de todos, que es Dios, á quien niega la reverencia y amor que le debe; por lo cual permite, que la masa de plomo le tape la boca, cayendo en dureza de corazon, con obstinacion en su pecado; de modo que ni abra la boca para confesarle, ni para pedir perdon, ni misericordia al que puede re-

[1] Osee. 8, v. 4.—[2] Exod. 32, v. 20.—[3] Lib 14, Mor. c. 26.—[4] Zach. 5, vv. 6 et seq.

mediar su miseria. De donde viene que le arrebaten dos mujeres con alas de milanos, que son la soberbia y ambicion mundana, en cuyas alas está el espíritu de Satanás, que atiza la avaricia para que vuele por el mundo, acechando como milano á los polluelos, robando y hartando su hambre con la hacienda de los inocentes, hasta que llene la medida de pecados, que Dios ha determinado aguardar para tomar la última venganza de todos. Y entonces llega á Babilonia, que significa confusion, y á Sennaar, que quiere decir hedor; porque en la hora de la muerte será arrojado en la Babilonia de la confusion eterna, con el olor abominable que se padece en la tierra de los muertos, donde será sepultado con los demonios, á cuyas tentaciones se rindió por la codicia de sus riquezas.

Pero pondera mucho S. Gregorio, que dijese el ángel al profeta Zacarías: *Hæc est oculos eorum in universa terra;* esta ánfora es el ojo de los hombres en toda la tierra: pues si la avaricia es ojo del codicioso ¿cómo no ve tantos males para huir de ellos? ¿Cómo no ve la impiedad que entra en la medida? ¿la masa de plomo que la tapa? ¿las mujeres que la arrebatan? ¿las alas de milano que tienen, y el miserable lugar á donde la llevan? Pero esta es la suprema de sus miserias en esta vida; porque la avaricia abre los ojos para ver sus ganancias, y ciégalos para ver las culpas, y daños de ellas. Abre los ojos de carne para lo que está bien á sus pretensiones terrenas, y tapa con plomo los ojos del alma para no ver los fines desdichados, á donde van encaminados; como aquellos, de quienes dijo Jeremías [1]; *son sabios para hacer mal, ignorantes para hacer bien*, pero el dia de la muerte abrirá los ojos mal que le pese para ver con pena lo que ahora pudiera ver con provecho [2]: *El rico*, dice Job, *cuando dur-*

[1] Jer. 4, v. 22 — [2] Job. 27, vv. 19, 20.

miere, abrirá sus ojos, y no hallará cosa de lo que tenia : descargará sobre él la pobreza como lluvia, y de noche le oprimirá la tempestad. Nosotros, dice S. Gregorio [1], cuando dormimos, cerramos los ojos, y cuando velamos, los abrimos; pero los ricos codiciosos, mientras viven en esta vida, aunque velan con los ojos de carne, tienen cerrados los del espíritu; mas en muriendo, ciérranse con la muerte los ojos del cuerpo, y ábrense los del alma para ver sus maldades y miserias, cuando no hay esperanza de remediarlas. Así le sucedió al desventurado *rico* avariento, que gastaba su hacienda en *comer espléndidamente* y en *vestirse de púrpura*, y no tuvo ojos para ver la miseria de Lázaro y remediarla, ni la pena que le aguardaba para impedirla; pero en muriendo los abrió, y *vió á Lázaro en el seno de Abrahan*, y así mismo en *llamas de fuego*. Mas todo fué sin provecho; porque la masa de plomo, que le tapó el corazon en vida, quedó en él fija en la muerte, y la boca del infierno por donde entró, quedó cerrada. Y, lo quedó, como dijo el Santo patriarca, con un *caos de tan inmensa grandeza, que es imposible salir el rico del infierno para subir al cielo; como ni será posible salir el pobre del cielo para bajar al infierno* [2].

§ II.

1. De esta ponzoña de la codicia, has de sacar la triaca contra ella, abriendo los ojos del alma para ver sus lazos y tentaciones, y tomando alas de águila para huir de ellos, armándote con las consideraciones de estos daños, para resolverte como S. Pablo, á estar contento con tener lo necesario para pasar la vida, renunciando á las riquezas, si no con efecto, pues no

[1] Lib. 18, Mor. c. 12. — [2] Luc. 16, vv. 19-26.

te obliga Dios á tanta perfeccion, á lo menos con el afecto, mortificando valerosamente la codicia desordenada de adquirirlas, y el amor demasiado en poseerlas.

2. Mira la guerra que nuestro capitan hizo al demonio tentador de las riquezas, ahuyentándole con grande imperio, cuando le ofreció todas las cosas del mundo si le adoraba [1]. Y despues, tomando en la mano el arco de su predicacion, arrojó saetas de sentencias rigurosas contra los ricos codiciosos, amenazándoles con un lastimoso *ay;* y afirmando [2] que era *mas fácil entrar un camello por el agujero de una aguja, que un rico de estos en el cielo.* Y no contento con palabras solas, tomó el arco de la cruz para dar esclarecidos ejemplos, renunciando todas las cosas y viviendo en suma pobreza hasta morir desnudo.

3. Toma tú tambien estos arcos en la mano, y arroja tus dardos contra la codicia, procurando cortar los nervios de este caballo, cercenando y mortificando todas las demasías en que se ceba el apetito codicioso, domando sus brios interiores y el ardor con que sale á buscar sus comodidades.

4. No pongas el peso en manos de tu propio espíritu apasionado y codicioso, para que no te engañes, y engañes á los otros. Primero apacigua y aquieta tu espíritu, y líbrale de esta pasion; y entonces podrás pesar fielmente tus necesidades, y las diligencias que has de hacer con prudencia, para remediarlas, y para ganar ó conservar las riquezas convenientes: y si te tiembla la mano por el ímpetu de tu pasion, pon el peso en manos de otro tercero desapasionado, ó de algun prudente confesor ó padre espiritual, que pueda pesar bien tus cosas y aconsejarte lo que has de hacer sin peligro, inclinando siempre el fiel contra la

[1] Matth. 4, vv. 9, 10. — [2] Luc. 6, v. 24. — Matth. 19, v. 24.

codicia, en favor de la misericordia, y caridad, que está preparada para *dar la capa al que nos quiere quitar el sayo* [1], si esto fuese menester para no perderla.

5. Además has de procurar con todas tus fuerzas deshacer la fábrica de aquella medida, ó ánfora que llena la avaricia. Porque no sin causa el ángel mandó al Profeta Zacarías, que levantase los ojos á mirarla; y luego le dijo, segun otra traslacion: *Hic est oculus eorum in universa terra* en esta medida está puesto el ojo de los que moran en toda la tierra: dando á entender, que buenos y malos ponen la mira en ella, aunque con fin y de un modo muy diverso: los malos, para llenarla de riquezas y de las maldades que tragan con ellas, del modo que se ha dicho; pero los buenos y cuerdos ponen en ella los ojos de la consideracion, como el mismo profeta Zacarías, para conocer lo que tiene dentro de sí, y aborrecerla por ello.

1. No has de poner los ojos en los tesoros que tiene, sino en que es ánfora de barro quebradizo, y que en breve con muy pequeña ocasion se quebrará y entonces no será de provecho, y se perderán todos los tesoros que contenia. Oye aquella terrible sentencia, que dijo Dios á un rico codicioso [2]: *nécio, esta noche te arrancarán el alma: las cosas que aparejaste ¿de quién serán?* Como si dijera: Oh loco, esta noche se quebrará el cántaro de tu cuerpo con el golpe de la muerte: las riquezas de que gozas ¿á dónde irán? ¿de quién será el trigo que tienes en los trojes? ¿y el vino que tienes en las cubas? ¿de quién los vestidos que están en las arcas? ¿y los tesoros que guardas en los cofres? Cierto es que no podrás llevarlos contigo; acá se han de quedar todas las riquezas repartidas entre otros; llevando tú dentro del alma los pecados que

[1] Matth. 5, v. 40. — [2] Luc. 12, v. 20.

hiciste por ganarlas, para ser castigado con fuegos eternos.

2. Pero aun cuando diésemos que tardase mucho en quebrarse el cántaro de barro, no has de poner los ojos en el oro que resplandece, sino en la masa de plomo que oprime, y carga; porque en esta vida, quien tiene mas oro, tiene tambien mas plomo; y quien es mas rico, anda mas cargado y oprimido con cargas exteriores é interiores de cuidados, temores, congojas y sobresaltos en que otros le ponen, ó él se toma para aumentar ó conservar sus riquezas; aunque no son estas las mayores cargas, pues un solo pecado mortal es plomo tan pesado, que basta para dar con el alma en el infierno: y si eres cuerdo y quieres salvar tu alma, para quitar de tu corazon esta masa de plomo, has de quitar tambien la del oro, ó desprenderte de ella. Pues Cristo nuestro Señor avisa que no cargues el corazon con *los cuidados de esta vida* [1], para que puedas huir de la ira de Dios que te amenaza.

3. Además de esto, no has de mirar el lugar y asiento apacible, que la medida tiene en esta vida mortal, sino el lugar hediondo y abominable que le está guardado en la otra vida, que es eterna; donde es llevada, no á paso de buey, sino volando con alas de milano y movidas por el demonio. ¿Pues de qué te servirá la medida llena de riquezas y regalos en este mundo, si en el otro ha de estar llena de tormentos y miserias, no temporales, sino eternas? Porque en el infierno el cántaro no será de barro, sino mas que de bronce, porque el alma es inmortal: y aunque el cuerpo sea de barro, la justicia de Dios hará que siempre arda, y nunca se quiebre.

Con estas consideraciones cumplirás el consejo del Salvador, que dice [2], : *Videte, et cabete ab omni ava-*

[1] Luc. 21, v. 34.—[2] Luc. 12, v. 15.

ritia; ved, y huid de toda avaricia. Mira con atenta consideracion sus daños, y huye de toda especie de avaricia, de cualquier modo que venga disfrazada. Tapa con tiempo la boca de la codicia, que está abierta para tragar las riquezas que desea, reprimiendo sus demasiadas ansias: y si alguna vez entrare la piedad, o algo de ella, échala luego de tí, antes que la masa de plomo haga mas difícil la salida: y finalmente, como un clavo echa otro, así la caridad echa fuera del alma la codicia; y el deseo de las riquezas espirituales mortifica el demasiado deseo de las temporales. Conforme á lo que dijo el Salvador[1]: *No busqueis tesoros en la tierra, á donde los consume la polilla, y los roban los ladrones; atesoradlos en el cielo*, donde estarán seguros sin estos peligros. Si has de llenar la medida de tu corazon, sea con riquezas de virtudes, para que te dé el Señor *la medida* que tiene prometida en el cielo *tan llena, y colmada que sobre*[2], premiando las victorias que ganaste contra la codicia con la corona de eterna gloria. Amen.

CAPÍTULO X.

DE LAS TENTACIONES QUE LEVANTA LA SOBERBIA DE LA VIDA, Y LA AMBICION DE LAS GRANDEZAS, Y HONRAS MUNDANAS, Y EL MODO DE PELEAR CONTRA ELLAS.

El tercer vicio que reina en el mundo, conforme al dicho de S. Juan[3], *es la soberbia de la vida*, que es un apetito desordenado de la propia excelencia. Y con mucha razon le puso en tercer lugar, porque como dice Casiano[4], la soberbia, aunque es la primera que acomete, es la postrera que se vence y es terrible el

[1] Matth. 6, v. 19, 20, — Luc. 12, v 33. — [2] Luc. 6, v. 38. — [3] I Joan. 2, v. 16. — [4] Libr. 16, cap. 1.

estrago que hace, porque ella acometió y venció á muchos ángeles en el cielo y á los primeros padres en el paraiso, y combate á todos los hombres del mundo, así á los seglares como á los eclesiásticos y religiosos por cebarse en todas las cosas excelentes de la tierra, así espirituales como corporales, especialmente en aquellas donde resplandece mas la semejanza con Dios, que son, sabiduría, santidad, poder y riquezas. Y de aquí proceden tres ó cuatro modos de soberbia mas señalados, que pretenden subir, como dice S. Bernardo [1], á la alteza de aquellos montes, donde resplandecen estas excelencias. La primera, es la soberbia curiosa, que pretende subir al monte de la ciencia y alcanzar en esto la divina semejanza, por la honra y gloria que hay en ella, cuyos combates se expusieron en los capítulos pasados. La segunda soberbia, es tambien espiritual, pero mas útil, y pretende subir desordenadamente al monte de la santidad y combate fuertemente de tres maneras. A unos engaña, persuadiéndoles que pueden subir á ella por sus propias fuerzas naturales, ó por solos sus merecimientos, apoyándose vanamente en su sola naturaleza, ó propia industria, y no en la divina gracia, sin la cual no es posible dar un paso en la santidad. A otros engaña, persuadiéndoles que han subido á lo alto del monte y alcanzado mas altos grados de virtud, que en verdad tienen, ó que están ya en la cumbre sobrepujando á los demás hombres con virtud singular entre ellos. Pero á otros mas groseramente acomete, haciéndoles que pretendan subir á este monte solamente en la apariencia y con hipocresía, para gozar de la honra, que la santidad tiene entre los hombres. Y ¿quién habrá que viendo estos combates, no diga luego que el capitan y tentador en

[1] Serm. 4, de Ascens.

ellos viene con peso falso en un caballo negro? Porque todos descansan en un entendimiento denegrido con la ignorancia de sí mismo, de la cual procede que pesan falsamente y con engaño lo que es debido á su naturaleza, y lo que pueden con su industria, y los grados de virtud que tiene la alteza adonde han llegado, y el fin con que han de pretenderla. Mas porque de estos combates se habló largamente en el libro de la Guia espiritual[1], tratando del propio conocimiento, pasarémos á la tercera soberbia, que S. Juan[2], llama *soberbia de la vida*, que es propia del mundo, cuyo fin es subir al monte del poder y de la gloria mundana; y trae siempre en su compañía la ambicion de honras, dignidades y oficios preeminentes; la vanagloria, y deseo de gran nombre y fama entre los hombres: la presuncion, y jactancia, y todo lo que pertenece al vestido, y pompa exterior, de que se precian tanto los mundanos. Y de aquí es, que esta soberbia se ceba mucho en la codicia de riquezas y se acompaña con ellas; porque como *todas las cosas obedecen al dinero*[3], es muy codiciado de los príncipes y poderosos del siglo, por ser necesario para conservar la autoridad de sus estados y oficios, y para los demás intentos de sus altivos corazones; pues sin dinero, no hay banquetes espléndidos, ni vestidos preciosos, ni las demás cosas, que el príncipe de este mundo ha dado por leyes á los hijos de la soberbia y esclavos de la pompa mundana. Cuyas batallas se descubrieron al evangelista S. Juan[4], en figura de un *caballo amarillo, y el que iba en él tenia por nombre muerte, y despues de él seguia el infierno, y fuéle dado poder de matar, y afligir las cuatro partes de la tierra.* Y ¿qué caballo es éste, sino el vehemente apetito de la soberbia y excelencia mundanas, por el cual Sa-

[1] En el tratad. 2, c. 4. y trat. 4, c. 6.— [2] I Joan. 2, v. 16. — [3] Eccles. 10, v. 19. — [4] Apocal. 6, v. 8.

tanás vence á los ricos, nobles, poderosos y tiranos del mundo? Y despues que los ha vencido, se sirve de ellos como de caballos fuertes y feroces para tentar y perseguir á los justos. Pero con gran misterio el Evangelista declaró el color de este caballo con un nombre griego [1], que juntamente significa amarillo y verde; para dar á enteder, que como el color amarillo es señal de tristeza, desesperacion, enfermedad y muerte; y el verde, es señal de alegria, esperanza y estabilidad; así estos soberbios en lo interior tienen amarillez de muerte, y andan tristes, descoloridos y enfermos con pecados y remordimientos de conciencia y con temores de la divina justicia; y tambien andan hambrientos, y anhelosos con el hambre del oro, porque nunca se puede ver harta su codicia; y siempre es mas lo que les falta, que lo que tienen. Pero en lo exterior muestran el verde de la esperanza con grandes señales de alegria, autoridad y estabilidad en sus cosas, como si fuesen inmortales; pues su soberbia ha llegado á tanto, que algunos se han llamado Dioses, haciendo como otro Nabucodonosor [2], estátuas de oro que le representen, obligando á los demás que les adoren. Y por esta razon tienen tambien en lo exterior dos colores en su rostro, porque con el color amarillo ponen miedos y temores de muerte á los que les resisten, y no quieren condescender con sus altivas pretensiones, ni obedecerles en sus gustos sensuales. Mas con el color verde se muestran apacibles á los que son de su bando, y favorecen sus dañados intentos, alentándoles con grandes esperanzas y promesas; y por este camino los tiranos, que á la letra son figurados por este caballo, tentaron á los fieles de la primitiva Iglesia, juntando amenazas de terribles tormentos con promesas de grandes favo-

[1] Vide Viegas, ibi, sect. 6. — Tertulian lib. de pudicitia, cap. 20, transfert, viridem. — [2] Dan. 3, vv. 1-6.

res, y porque estos hacian poca mella en los cristianos, usaban mas de los tormentos, hasta quitarles la vida, como Cristo nuestro Señor lo habia dicho [1]. Y por esto el que va en este caballo amarillo se llama *Muerte*, para significar, que todos los intentos de Satanás en estos combates, van dirigidos á causar la muerte del alma si le rinden, ó la del cuerpo si le contradicen; pero el infierno va tras él, no para tragar á los justos que mueren en la demanda, pues mueren como vencedores, sino para tragar á los soberbios y crueles tiranos que les tientan y persiguen, y á todos los demás que siguen el partido de la soberbia mundana. Conforme á la profecía de Isaías, que dice [2]: *El infierno ensanchó su seno, y abrió su boca sin tasa, y bajaron á él los fuertes y los plebeyos, los generosos y gloriosos de la tierra.*

§ I.

Del primer grado de la ambicion.

Mas dejemos á estos soberbios tan desatinados, y vengamos á la guerra que el demonio, tentador de esta soberbia y ambicion, hace á las tres repúblicas de la Iglesia en todos sus estados y oficios y á cada uno en particular de muchas maneras.

1. La primera es [3], inclinándole á buscar la autoridad y honra que no merece, ó mucho mayor de la que merece, á fin de precipitarle en graves pecados. De este modo tienta y rinde á innumerables hombres, que siendo en lo interior y en secreto muy malos, pretenden ser tenidos y honrados como santos, adornándose á este fin en lo exterior y en público, con el

[1] Matth. 10, vv 17, 18, 21, 22. — Luc. 21, vv. 12, 16. — [2] Isai. 5, v. 14.
[3] Ex D. Thom. 2, 2, quæst. 131, art. 1.

resplandor de obras que en los ojos de los hombres parecen buenas. De este linaje son los hipócritas, figurados como dice Ricardo [1], por este caballo amarillo del demonio, porque á imitacion de los fariseos como dijo el Salvador [2], *enflaquecen sus rostros*, y se ponen descoloridos y macilentos con ayunos y penitencias exteriores, *para ser tenidos por muy ayunadores* y penitentes, y con solo este galardon quedan contentos. Y los miserables como dice S. Gregorio [3], viven muriendo, porque martirizan su carne y llevan en ella muy pesada cruz, como *Simon cirinense* [4], no para morir á los vicios, sino para ser tenidos por muertos al mundo; pero vive en ellos el mundo, y reinan en ellos el demonio y el pecado; y esta ficcion llega tambien á pretender por este camino las dignidades eclesiásticas ó seglares; pues por esto se dice en Job [5], *que por los pecados del pueblo permite Dios que reine el hipócrita*, esto es, el que no merece la dignidad que tiene, y la ganó con hipocresía, pensando los que se la dieron, que la merecia.

A estos hipócritas se asemejan otros soberbios, que siendo idiotas, ó teniendo pocas letras, quieren ser tenidos por muy sabios y letrados, y pretenden las cátedras y dignidades que no merecen. Como aquellos de quienes dijo el Salvador [6], que *procuraban las primeras cátedras en las sinagogas*, porque no se contentaban con menos, que la cátedra principal, teniéndose por mas letrados que todos, y preciándose como el otro soberbio de que era *mas sabio que Daniel*, y que merecia estar sentado *en la cátedra de Dios* [7], y competir con su grandeza en la sabiduría y honra de ella; y de aquí toma ocasion el demonio para provocarlos á que pretendan las honras y dignidades que no

[1] In Apoc. 6.—Vide Viegas, sect. 6.—[2] Matth. 6, v. 16.—[3] Lib. 8, Mor. cap. 26.—[4] Matth. 27, v. 32.—[5] Job. 34, v 30.- [6] Matth. 23, v. 6.—[7] Ezech. 28, v. 2, 3.

merecen, ni pueden tener conforme á razon y justicia; aunque sea desposeyendo á los que por derecho las poseen, causando con esta ocasion cismas, disensiones, pleitos y discordias en la Iglesia, y en las comunidades de que son miembros.

2. A la manera que *Dathan y Abiron* [1] pretendieron la dignidad del sumo sacerdocio, que nuestro Señor habia concedido á Aaron y sus hijos. Y no contento Satanás con haberlos derribado, los tomó como caballos de su milicia, para tentar y derribar á gran parte del pueblo, trayendo á unos para que siguiesen su partido, y alborotando á otros con grande escándalo y discordia. ¿Mas qué fin tuvo su ambicion? *Abrirse la tierra, y bajar vivos al infierno*, para que todos entendiesen por este castigo visible, que el tentador de la soberbia tiene por nombre muerte, y el infierno le sigue como paje para matar y tragar á los envidiosos, cuando están mas vivos en sus locas pretensiones: y no quedaron sin castigo los que siguieron su bando, porque de sus incensarios *salió fuego que los abrasó á todos;* para que se entienda, que los instrumentos de la culpa se convierten por justo juicio de Dios en instrumentos de su pena, y de ellos sale el fuego de las codicias que atormenta sus corazones y les precipita en los fuegos eternos. Ni pararon en esto los castigos, porque el fuego se dilató, y abrasó mas de *catorce mil hombres del pueblo*, que con falsa compasion de los muertos, *murmuraron de Moisés y de Aaron*, contra quien se habian levantado los ambiciosos; porque donde quiera que toca esta peste, inficiona, atormenta y mata, si con tiempo no se ataja. Pero mas adelante pasa este grado de ambicion, porque no contenta con una dignidad, aunque sea muy grande; suspira por otra y otra queriendo

[1] Núm. 16, vv. 2, 3, 31, 32, 35, 41, 49.

abarcarlas todas. A la manera que el rey Ozías [1], con haber sido rey Santo, dió entrada á la soberbia y no contento con la dignidad real, quiso con ambicion usurpar la dignidad sacerdotal: *Et elevatum est cor ejus in interitum suum;* ensoberbecióse, y engrióse su corazon para su muerte y perdicion; porque *queriendo*, como sumo sacerdote, *ofrecer el sacrificio del incienso*, fué castigado de Dios con *repentina lepra*. De modo, que no solo no alcanzó la dignidad sacerdotal que pretendia, sino que perdió la dignidad real que tenia, y *fué echado de su palacio, viviendo retirado como leproso;* porque justo es, que quien ambiciosamente pretende la dignidad que no merece, ni se le debe, pierda la que tenia, y se le debia; pues por la soberbia se hizo indigno de la una y de la otra. Como el perverso *Aman*, gran privado del *rey Asuero*, deseando ser adorado de *Mardoqueo* y de todos los demás, con la honra que se debe á solo Dios vino á perder la honra y privanza que tenia, *muriendo* afrentosamente en una cruz [2]. Pero aun cuando el castigo no les coja en esta vida, no podrán escapar del que les está aguardando en la otra; porque el infierno tiene muy anchos senos para tragar á los soberbios, cismáticos y revoltosos: y cuanto ellos se dan mas prisa á subir, tanto la justa ira de Dios los hará mas presto bajar; como sucedió al soberbio rey de Babilonia, que representaba la persona de Lucifer, á quien imitaba; y de ambos dice Isaías [3]: *Tu soberbia fué derribada hasta el infierno. Dijiste en tu corazon, subiré al cielo, pondré mi trono sobre las estrellas, y sobre la altura de las nubes, y seré semejante al mismo Dios; pero serás echado en el infierno, y en el profundo lago*, donde estarás tanto mas hundido, cuanto pretendias estar mas empinado.

[1] II Paral. 26, v. 16, 19, 20, 21. — [2] Esther. 3, vv. 1, 2, 5; c. 6, v. 10 et c. 7, v. 10. — [3] Isai, 14, v. 11, 13, 14, 15.

3. Mas adelante pasa la astucia de Satanás en tentar á los ambiciosos de estas dignidades por medio de otros que se las ofrecen sin pretenderlas, para que las acepten, aunque no las merezcan; y con esto hace caer en los mismos pecados y daños. A la manera que el rey Herodes, engañado de Satanás, aceptó los honores divinos, que le ofreció el *pueblo* lisonjero, cuando *le decia* que *su voz no era de hombre, sino de Dios;* y complaciéndose vanamente en esta honra, tan agena de lo que merecia, *fue herido por un ángel, y espiró comido de gusanos* [1]. Por lo cual dijo Salomon[2], que *honrar al necio, es como echar piedras al monton de Mercurio*, Dios de las ciencias, para que de aquellas piedras se edifique su templo: dando á entender, que quien honra al indigno, le tienta y provoca á que crezca su soberbia, hasta querer la suprema excelencia de Dios y la gloria vana de muy sabio. Pero como Mercurio era Dios falso é indigno de tal honra; así los necios ambiciosos son indignos de la honra y dignidad que aceptan, y vendrá á convertirse en piedras con que otros les apedreen, mofándose de la alteza que tienen sin merecerla.

Mas como el demonio es amigo del manjar mas escogido, no se descuida de tentar á los mejores y mas santos, tomando ocasion de su santidad y letras para ofrecerles semejantes dignidades. Así como tentó al gran Bautista, ofreciéndole por medio de los fariseos la dignidad de Mesías [3]; y á S. Pablo y á S. Bernabé acometió por medio de los gentiles, que vieron un gran milagro que habian hecho, y por esto *llamaron al uno Mercurio, y al otro Júpiter, y querian ofercerles sacrificios como á Dioses;* pero ellos al punto resistieron á esta tentacion diabólica; y como eran humildes, rechazaron luego las honras, que aceptaran los

[1] Act. 12, vv. 22, 23.—[2] Prov. 26, v. 3.—[3] Joan. 1, v. 20.-Act. 14, vv. 9-17.

soberbios; porque regularmente aquellos son vencidos de esta tentacion, y aceptan tanto mas presto las dignidades, en cuanto son mas indignos de ellas. Al modo que dice la divina Escritura [1], que *queriendo los árboles elegir rey*, y ofreciendo esta dignidad á *la oliva y á la vid y á la higuera*, que eran mas dignas de ella, no quisieron aceptarla; pero ofreciéndola al *espino*, luego la aceptó, y de él *salió fuego, que abrasó los cedros del monte Líbano*. Y bien se llama espino el ambicioso que acepta la dignidad que no merece, porque siempre anda espinado con espinas de pecados y cuidados para conservarla, punzando su conciencia y la de los otros, y abrasando como fuego las virtudes. Y de aquí es, que este modo de ambicion es enemigo capital de la fe, y religion cristiana, y grande estorbo para recibirla y conservarla y para alcanzar la perfeccion que profesan. Como lo avisó el Salvador á los fariseos, diciéndoles [2]: *¿Cómo podeis creer vosotros, que recibís la gloria unos de otros, y no buscais la gloria que es de solo Dios?* Como quien dice: no hay de que espantarse porque tengais tanta dificultad en creer y recibir mi doctrina, porque andais embaucados con la ambicion de la honra, recibiéndola los unos de los otros. Y pondera mucho S. Basilio [3] aquella palabra, *accipitis*, recibís; porque si tanto impide el recibir la gloria que otros ofrecen ¿cuánto mas impedirá el procurarla?

§ II.

De otros grados de ambicion.

Con el primer modo de ambicion que se ha puesto, suele acompañarse otro no menos perjudicial, que con-

[1] Judic. 9, vv 8-15. — [2] Joan 5, v. 44. — [3] Reg. 35, ex brevioribus.

siste en desear y pretender las honras, dignidades y grandezas del mundo por malos medios, atropellando las divinas leyes para alcanzarlas. Estos medios son innumerables, por ser sin cuento las artes de este vicio en buscar trazas para salir con sus intentos, solicitándole Satanás á la consecucion de todos. A unos instiga á que las pretendan con tiranía y crueldad increibles, haciendo guerra al descubierto á los que pueden ó quieren estorbarles; como lo hacen los tiranos del mundo para dilatar su imperio, hasta quitar por esta causa la vida á sus mismos padres, hijos ó hermanos. Como *Atalía la quitó á sus nietos*, para quedarse con el reino [1]: y *Abimalech mató á setenta hermanos* para reinar á solas. Para que se vea con cuanta razon este tentador tiene por nombre *muerte*, pues la da á tantos por salir con su demanda. A otros instiga á que procuren estas grandezas por sobornos y ofertas, ganando las voluntades de los que pueden ayudarles. Al modo que Absalon sobornaba al pueblo para levantarse con el reino contra su propio padre, usando para esto de mil artes, abrazando á los que venian al palacio del rey, y diciendo á los que traian pleitos, que tenian razon, pero que no habia quien se la diese, y que si él fuera rey, hiciera justicia á todos enteramente [2]. Con este soborno juntan otros tambien cohechos y dádivas para comprar la dignidad que pretenden; y crece tanto la ambicion, que llega á querer comprar las dignidades de la Iglesia; y si pudiese, compraria la facultad de hacer milagros y de dar el Espíritu Santo, como lo intentó Simon Mago, á quien por esto dijo S. Pedro [3]: *Tu dinero sea para tu perdicion, porque presumiste de comprar con él lo que es don de solo Dios.* Tambien instiga Satanás á tomar medios abominables para conservar esta grandeza, aunque hayan entrado

[1] IV Reg. 11, v. 1. — Judic. 9, v. 5. — [2] II Reg. 15, vv. 2-6. — [3] Act. 8, v. 20.

con buen pié en ella; porque tambien la soberbia y ambicion hacen su presa en la honra y dignidad, que Dios comunica á los que eran dignos; pero despues por su culpa se ensoberbecen y hacen indignos de ella; y por no perderla, cometen tantos pecados, como otros hicieron por alcanzarla. Buen ejemplo de esto tenemos en Saul, que huyó, y se escondió, por no aceptar el reino que Dios le ofrecia; pero despues que le aceptó se trocó tanto, que por conservarlo persiguió cruelmente á David [1], de quien recelaba que habia de quitárselo. Y del mismo modo Jeroboan, aunque tuvo aviso de un profeta, que seria rey de diez tribus de Israel, despues por razon de estado, para conservar el reino para sí y para sus hijos y sucesores, no quiso que sus vasallos subiesen al templo de Jerusalen á ofrecer á Dios sus sacrificios, porque no se aficionasen á los reyes de Judá sus enemigos; sino que *levantó dos ídolos de oro y puso uno en Bethel y otro en Dan; y dijo al pueblo: No subais mas á Jerusalen, estos son vuestros dioses, que os sacaron de Egipto:* á estos habeis de adorar: *y así lo hicieron* [2]. ¿Con qué colores mas vivos se pudiera pintar la terrible guerra que Satanás levanta contra Dios y contra el pueblo de los justos? Oh fiero tentador, que *en un caballo amarillo destruyes las cuatro partes de la tierra* [3], pues por medio de un príncipe soberbio y ambicioso haces caer á un reino entero en tus idolatrías. Pero ¿cómo haces esto? Primero Satanás tienta y vence á los nobles y príncipes poderosos, para que se alcen con los dones de Dios y le hagan guerra con ellos, levantando dos ídolos de oro á quienes adoren. El uno es el ídolo de la honra y gloria vana, deseando ser adorados, alabados y venerados de todos los presentes. El otro es el ídolo de la gloria y fama, deseando que su nombre y fama vuele á los

[1] I Reg. 18, v. 22, 29 et c. 19, vv. 1, 11 et alibi.— [2] IV Reg. 12, vv. 26-30. — [3] Apocal. 6, v. 8.

ausentes, y se dilate en sus hijos y sucesores por todos los siglos venideros. Estos son el sol y la luna, que adoran como á dioses, y por esto dijo el santo Job [1]: *Si miré al sol cuando resplandecia, y á la luna cuando estaba clara.* Porque, como declara S. Gregorio [2], estos mundanos tienen puesta la mira de su intencion en el sol de la gloria y honra vana, y en la luna de la fama y nombre muy claro entre los hombres. Estas son su último fin, y á ellas ordenan todo lo que dicen, hacen y padecen. Como pondera S. Agustin [3], de los romanos, que todas sus guerras, hazañas y proezas, eran por el apetito de la honra y gloria. Esta, dice, amaron ardientemente; por esta deseaban vivir; y por esta no temian de morir, pareciéndoles que aunque muriesen quedaba viva su fama entre los hombres.

Pero ¿qué misterio encierra el que Jeroboan pusiera estos dos ídolos en dos montes ó lugares muy altos, uno llamado *Bethel*, que quiere decir casa de Dios, y otro *Dan*, que quiere decir juicio? Esto es darnos á entender, que la soberbia y ambicion levanta estos ídolos en las dos repúblicas eclesiástica y seglar, en los hijos de la Iglesia, que tratan de las virtudes y de las cosas espirituales, y en los hijos de este siglo, que tratan de sus gobiernos y negocios temporales; porque tambien Satanás procura levantar el ídolo de la honra y gloria en el monte de Bethel, instigando á pretender con ambicion las grandezas de la casa de Dios y á tener allí sus mayorías, derribando por este camino á los eclesiásticos y religiosos, que dan entrada á semejantes ambiciones; y que con pretexto de que la casa de Dios ha de ser honrada y honrados sus oficios, echan de ella en cuanto está de su parte al mismo Dios y su divina gloria; y en su lugar ponen el ídolo de la gloria mundana; y habiendo de honrar esta santa casa y sus

[1] Job. 31, v. 26. — [2] Lib. 32, Mor. cap. 6. — [3] Libr. 5, de Civit. Dei, cap. 12.

ministerios y dignidades con esclarecidas virtudes, la adornan, como dice S. Bernardo [1], con ricas vestiduras, con aparato de criados y caballos y con otras pompas mundanas, olvidándose de las obras santas. Pues ¿qué diremos de los jueces y gobernadores y otras personas principales, que ponen el ídolo en Dan, que es juicio, deseando subir á estos oficios, ó conservarlos so pretexto de hacer juicio y justicia? Pero en todo lo que hacen y juzgan ponen el ídolo de la honra vana, buscándola en primer lugar, y por su ocasion atropellando la justicia, cuando no pueden hacerla sin perjuicio de su honra vana.

Pero cuando ya Satanás tiene rendidos á los príncipes y magnates, fácilmente con su mal ejemplo tienta y vence á los menores, para que tambien los adoren como ellos. Pues, como dice el Eclesiástico [2], cual es el juez, tales son sus ministros; y cual es el que rige la ciudad, tales son los que moran en ella: y los que antes adoraban á solo Dios y subian al monte santo de la Iglesia para ofrecerle sacrificios de justicia y de alabanza, ya no tratan sino de subir á los montes de la soberbia y ambicion para ofrecer sacrificios á sus ídolos. Cuyas propiedades pinta S. Basilio, diciendo así [3]: *Los que están cautivos de este vicio son envidiosos, revoltosos, calumniadores, lisongeros, humildes cuando no conviene apocados y llenos de otros seiscientos vicios y turbaciones.* Son envidiosos de los que les adelantan en las cosas de honra. Como Cain tuvo envidia de su hermano Abel, y los hijos de Jacob de su hermano José, de donde nacieron grandes disensiones, porque los ambiciosos tambien son revoltosos, atropellando la paz con los demás compañeros, solo por llevarles la delantera; como los hijos del Zebedeo, pretendiendo los primeros asientos, turbaron á los demás condiscí-

[1] Epist. 48.— [2] Eccli. 10, v. 2.— [3] De Const. Monast. c. 10.

pulos [1]. Y cada dia vemos innumerables escándalos entre ellos sobre los mejores lugares, ó por los títulos y renombres con que se han de llamar, ó por las cortesías que han de hacer. Son calumniadores y acusadores de los otros para hundirlos y para quedar ellos mas ensalzados, juzgando con temeridad sus dichos y hechos, y murmurando de ellos. A la manera que los fariseos arrastrados de su ambicion, calumniaban las palabras y obras del Salvador [2] para desacreditarle y quedar ellos mas acreditados. Son lisonjeros, alabando con demasía á los demás, para que los alaben; y honrando, para que los honren, urdiendo con las lisonjas algun engaño para su intento. Como los herodianos lisongearon á Cristo nuestro Señor, para hacerle declarar lo que sentia en la paga del tributo [3]. Son humildes cuando no conviene, diciendo de sí mal para que otros digan bien; humillándose cuando ven que serán tenidos por humildes, por cazar honra con el cebo de la humillacion, ó sujetándose á los menores, cuando por su voto pueden llegar á ser mayores, alcanzando la cátedra ó dignidad que pretenden [4]. Y aun, como pondera S. Ambrosio [5], algunas veces se humillan y postran delante del demonio, para que les dé la gloria de este mundo, y por esto son apocados, como esclavos de todos los hombres de quienes pueden recibir honra, ó temen que puedan quitársela: y como estos son sin cuento y mudables como las olas del mar; así son sin número las olas de cuidados y congojas que pasan por sus corazones, y uno solo que les desprecie es mas parte para afligirles, que mil de los que les honran para consolarles. Como lo confesó de sí el soberbio Aman, diciendo [6], que no le entraba en provecho la honra que todos le hacian, mientras solo Mardoqueo no le

[1] Matth. 20, v. 21, 24.— [2] Lucæ 11, vv. 53, 54.— [3] Matth. 22, vv. 16, 17. — [4] D. Thom. p. 3, q. 41, art. 4, ad. 3.— [5] Lib. 4 in Lucam D. Bern. Epistol 126. — [6] Esther. 5, v. 13.

honraba. Finalmente, concluye S. Gregorio [1], que ninguno puede contar los pecados que causa la ambicion de mandar, porque como la soberbia es capitan general de todos los vicios, convócalos á todos para salir con sus intentos ambiciosos.

§ III.

De los remedios contra estas tentaciones.

1. Estos son los pecados, y daños de la soberbia y ambicion de los cuales puedes sacar armas para hacerle la guerra y destruirla. Porque ¿cómo no lo aborrecerás, si miras con atencion la amarillez del caballo, el nombre del tentador, que es muerte, y el paje que le sigue, que es el infierno? Pondera el estrago que hace en el alma, las turbaciones y congojas que causa en la vida, los aprietos en que te ha de poner en la hora de la muerte, y los tormentos que te esperan en el infierno en compañía del tentador, que te provoca á este vicio; y no dejarás de aborrecerle, destruyendo luego al que pretende perderte. Baja con la consideracion á mirar los que ya ha tragado la muerte, y el estado que tienen dentro del sepulcro; y echarás de ver el poco caso que has de hacer de esta honra y gloria mundana, cuyo fin es polvo, gusanos, serpientes, hediondez y fealtad horrible. Baja luego mas abajo á considerar los que ha tragado el infierno, y la ignominia y dolor que padecen en aquellas llamas eternas, y pregunta á los soberbios lo que sieten de las grandezas que acá tuvieron, y todos te dirán [2]: *Quid nobis profuit superbia?* ¿De qué nos aprovechó la soberbia, cuyo fin ha sido eterna ignominia? No te engañe el color verde del caballo, que te dá grandes esperanzas, y te promete

[1] Libr. 24, cap ult.—[2] Sap. 5, v. 8

larga vida, espacio de penitencia, muerte dichosa, grande honra y perpétua fama. Mira que ese color verde se cambia fácilmente en amarillez de muerte, porque es falso y engañoso, y estás muy cerca de perderlo todo en un momento. Verde es, pero verde de heno, que se seca presto. *Dá voces*, dice Dios al profeta [1] *Qué diré, Señor? Di que toda carne es heno, y toda su gloria es como la flor del campo. Secóse el heno, y cayóse la flor, porque el espíritu del Señor sopló en ella.* O soberbio ¿de qué te engries? Mira que tiene Dios en su mano el viento abrasador que puede secar en un momento ese heno, y esa flor que tanto estima; y cuando menos pensares, soplará con tanta furia, que no deje rastro de ella. Pues, ¿de qué te ensorberbeces polvo y ceniza? ¿de qué presumes vana flor del campo? Mira que este sol de la gloria, á quien tú adoras, abrasará con sus rayos la flor de tu vida, y será causa de que la pierdas, perdiendo con ella el resplandor de la gloria eterna.

2. Entra, pues, en batalla contra este fiero caballo del apetito soberbio; toma en tu mano el arco de tu capitan Jesus; y arroja contra aquel las saetas de las sentencias que dijo contra los soberbios, repitiendo tantas veces que quien se ensoberbeciere será humillado; y que ninguno entrará en el cielo; sino se humillare como niño.

3. Toma tambien en la mano el arco de su cruz, imitando los ejemplos que te dió en ella, peleando contra la soberbia mundana. Y ¿qué otra cosa significa la figura de rey que allí tiene? ¿la caña que le dieron por cetro? ¿la corona que le pusieron tejida de agudas espinas? ¿el trono tan alto de la cruz en que le clavaron? y ¿el título de rey que pusieron encima de ella? Todas estas fueron insignias de rey fin-

[1] Isai 40, vv. 6, 7.

gido, inventadas por escarnio; pero aceptadas con heróica humildad para confundir tu soberbia y animarte á que pelees valerosamente contra ella. Mira que de cualquier modo que ordenes tu vida, no puedes dejar de tener alguna cruz; y la misma soberbia no está libre de ella, pero con tormento y sin provecho. Y así exclama S. Bernardo[1]: *O ambitio, ambientium Crux! Quomodo omnes torquens, omnibus places? Nihil acerbius cruciat, nihil molestius inquietat.* ¡O ambicion, cruz de los ambiciosos! ¿Cómo atormentando á todos; agradas á todos? Ninguna cosa atormenta mas amargamente, y ninguna inquieta mas pesadamente. Pues si cruz has de llevar, lleva la cruz de Cristo, y gloriate en ella; porque con esta cruz se gana verdadera libertad, suma honra, esclarecida fama, y gloria eterna.

4. *No es posible*, dice el Salvador[2] *servir juntamente á dos señores* entre sí contrarios; porque dando contento al uno, descontentarás al otro. Y pues son contrarios Cristo y el mundo, Dios y el demonio ¿cómo podrás servir á Cristo humilde, y al mundo ambicioso? ¿Dios enemigo de soberbios, y al demonio caudillo de ellos? Si quieres honra verdadera, sigue á Cristo, en cuya escuela el que mas se humilla, es digno de mayor honra: y el que desea ser *mayor*, trata de hacerse *como el menor*[3]; pero servir al mundo es cosa incomportable, porque en solo él hay señores muy contrarios y es imposible agradar á todos. ¿No ves la guerra que tienen entre sí los mundanos, sobre la pretension de sus vanas honras? Y queriendo ganar la voluntad de unos, perderás la gracia de otros: y si estos quieren honrarte, otros tratarán de despreciarte. Mejor es no hacer caso de ellos, y alcanzarás mucho mayor honra que todos. Y ¿qué mayor grandeza hay,

[1] Lib. 3 de consider.— [2] Matth. 6, v. 24 —[3] Luc. 22, v. 26.

dice S. Juan Crysóstomo [1], que despreciar la honra, que tan estimada es del mundo? Y ¿qué mayor bajeza que rendirse á ella? *Nihil humilitate altius, nihil arrogantia depressius:* Ninguna cosa hay mas alta que la humildad, y ninguna mas baja que la soberbia. ¿Qué corazon hay mas abatido, que el que está sujeto á lo que dirán los hombres? Y ¿qué corazon hay mas generoso, que el que es superior á todos sus dichos, y está libre de todos estos cuidados? Y hasta los mismos filósofos dicen [2], que los magnánimos hacen cosas dignas de grande honra; pero no obran por ella, antes la desprecian, sino en cuanto es medio para hacer bien las mismas buenas obras y ayudar á los prójimos con quienes viven. Porque en este sentido dijo el Sabio [3]: *Ten cuidado del buen nombre.* Y S. Pablo dice [4]: *Mientras fuere Apostol de las gentes honraré mi ministerio.* Y como pondera S. Bernardo [5], no dijo honraréme á mí mismo, sino honraré mi oficio, haciéndolo con la perfeccion que Dios quiere para bien de las almas; porque en esto consiste la honra del ministerio; pero mirando á la honra propia por ser propia, grandeza es despreciarla; y despreciándola no se pierde, antes se gana y conserva; porque condiciones de Dios, como dice Ecequiel [6], levantar al árbol humillado, y humillar al levantado; secar él árbol verde, y hacer que florezca el que estaba seco.

5. Con este mismo espíritu has de huir en cuanto esté de tu parte las grandezas del mundo en que se ceba la ambicion, como quien enerva este caballo furioso, para que no te haga tan cruel guerra; y no solo has de huir de pretenderlas, sino oler desde léjos las ocasiones, y huir con tiempo de ellas. A la manera que Cristo nuestro Señor, en habiendo hecho el mila-

[1] Hom. 66, in Matth. — [2] Arist. 3, et. hic c. 8. — D. Thom. 2. 2, q. 129, art. 2. — [3] Eccli. 41, v. 15. — [4] Rom. 11, v. 13. — [5] Epist. 42. — [6] Ezech. 17, v. 24

gro de los cinco panes, como entendió que la gente pretendia alzarle por rey, huyó al desierto [1]: y si te ofrecieren semejantes dignidades, en cuanto esté de tu parte, toma el consejo del olivo, y de la vid, é higuera, que por no perder sus frutos, rehusaron la primacía sobre los demás árboles [2]. No subas por tu voluntad á los montes de Bethel y Dan, ni á las dignidades ó magistraturas de la Iglesia, ó de la república: y si estás en ellas, vive con temor y temblor, no sea que Satanás ponga allí los ídolos de la honra y gloria vana, y te ciegue para que los adores, precipitándote de lo alto hasta el abismo del infierno. Acuérdate que este adversario *llevó al mismo Cristo al pináculo del Templo*, y le provocó á que se echase de allí abajo; para que el pueblo le honrase viéndole hacer cosa tan prodigiosa. Y *luego le llevó á un monte alto y le dijo, que si postrado en tierra le adorase, le daria toda la gloria, y reinos de este mundo* [3]; porque propio es de Satanás procurar que suban los hombres á lugares altos con ambicion, unos al pináculo del templo, que son las dignidades de la Iglesia; otros al monte donde se ve y goza la gloria y pompa del mundo, para que allí le adoren, y desde allí se precipiten, y so color de buscar la gloria caigan en miserable ignominia. Y si con tal clase de tentacion acometió á nuestro capitan, ¿qué maravilla será que te acometa á tí de quién presume que alcanzará fácilmente la victoria? Pero mas fácilmente la alcanzarás tú contra él, si haces lo que hizo el Salvador; el cual, ni quiso quedarse en el pináculo, ni en el monte, ni hacer lo que el enemigo le decia; antes bien le confundió, diciéndole, que á *un solo Dios se ha de adorar, y á él solo se ha de servir* [4]; pues de este modo, ni has de aceptar la grandeza que el tentador te ofre-

[1] Joan. 6, v. 15. — [2] Judic. 9, vv. 8-13 — [3] Matth. 4, vv. 5, 6, 8, 9. — [4] Ibid. v. 10.

ciere, ni hacer cosa que te dijere. No te has de postrar, ni hincar la rodilla al ídolo de la honra con injuria del verdadero Dios, á quien solamente has de adorar y servir, poniendo debajo de los pies los ídolos que el mundo adora.

CAPÍTULO XI.

DE LAS TENTACIONES QUE LEVANTA LA ENVIDIA, Y EL MODO DE VENCERLAS.

Con la soberbia y ambicion de honra andan juntos muchos vicios, que le sirven de soldados en sus batallas, como se vió en el capítulo pasado; pero entre todos son mas furiosos los dos capitanes de los siete que llamamos envidia é ira. La envidia engendra las tentaciones de ódio, rencor y tristeza, por ver á otros mas pujantes en la excelencia y honra; y la ira brota los furiosos deseos de venganza contra los que impiden la pretension de la excelencia. Ambos juntó el Apóstol con su raiz, cuando dijo [1]: *No seamos codiciosos de la gloria vana, provocándonos unos á otros con ira, ó teniendo envidia.* Y en el libro de Job está escrito [2]: *Al necio mata la ira, y al pequeño la envidia.* Y por esta causa las batallas de ambos tambien están representadas en el tentador, que montaba el *caballo amarillo, cuyo nombre era ella muerte, yendo en seguimiento suyo el infierno* [3], porque, comenzando por la envidia, bien se llama el tentador de ella *muerte*; pues, como dijo el Sabio [4], *por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo*, y se abrieron las puertas del infierno. Y la primera muerte que dió despues del pecado de Adan, fué por medio de la envidia; porque en venciendo con ella á Cain [5], luego le instigó á que

[1] Galat. 5, v. 26. — [2] Job. 5, v. 2. — [3] Apocal. 6, v. 8. — [4] Sap. 2, v. 24. — [5] 1 Joan. 3, v. 12.

matase á su hermano Abel. Pero antes de esto, atormenta al mismo envidioso, y le pone como caballo amarillo, descolorido, flaco y anheloso; mas no por esto deja de ser fuerte, brioso y atrevido, para ser instrumento del demonio en sus batallas. Como se vió en la cruel guerra que los fariseos hicieron por envidia á Cristo nuestro Señor, sirviéndose de ellos Satanás como de caballos furiosos para todas las calumnias y persecuciones que inventaron, hasta quitarle la vida; y con la misma rabia, por medio de los envidiosos, va persiguiendo á los inocentes, y armándoles mil tentaciones con que derribarlos y vencerlos.

Mas para que se entiendan las calidades de este vicio y de sus tentaciones, se ha de advertir, que la envidia, como dice Sto. Tomás [1], es una desordenada tristeza de la prosperidad agena, en cuanto disminuye la propia. Y porque esta prosperidad es de dos maneras, una temporal y mundana, y otra espiritual y religiosa; así tambien hay dos maneras de envidia. La primera es de las prosperidades temporales de nuestros prójimos, cuando nos pesa de verlos aventajados en riquezas, dignidades, oficios y privanza con príncipes, y otras cosas semejantes que el mundo ama y estima; y esta envidia es hija de la soberbia mundana, la cual como desea para sí estas excelencias, entristécese de verlas en otros con perjuicio suyo. La segunda envidia, es de las prosperidades espirituales en virtudes y ciencia; las cuales, aunque no se disminuyen en nosotros, porque otros las tengan; pero disminúyese la honra y gloria singular que deseamos, y por esta causa nos entristecemos de ver á otros mas aventajados en ellas; y esta envidia nace de la soberbia espiritual, la cual desea para sí las virtudes y ciencias, por la gloria que de ellas resulta. Y de ambas envidias

[1] 2, 2, q. 36. art. 1.

entiende S. Gregorio lo que se dice en Job [1], que *al pequeño mata la envidia*. Pequeño, dice, es el envidioso, por una de dos causas, ó porque ama los bienes temporales, que son de suyo viles y bajos, y es de pequeños corazones hacerse esclavos de ellos, y entristecerse de que otros las posean con mas abundancia; y esto es propio de la primera envidia, que atormenta á los cortesanos y pretendientes del mundo, sin perdonar á amigos y compañeros, ni hermanos. Como se vió en los hijos de Jacob, que tuvieron envidia de la prosperidad de su hermano José; y aunque no era mas que soñada, el sueño que la pronosticaba fué cebo de la envidia [2]; y aunque sean reyes, no pueden sufrir que sus súbditos les sean en algo preferidos; como Saul fué arrastrado de este perverso espíritu, oyendo las alabanzas de David, y los buenos resultados que tenian sus empresas [3]. De otra manera es pequeño el envidioso de las cosas espirituales, aunque sean dignas de mucha estima; porque si no se tuviera por inferior en ellas, no tendria envidia de los que le exceden. Esta envidia es la que atormenta al demonio, viendo levantado al hombre á la dignidad de hijo de Dios, con derecho á la bienaventuranza, que él perdió. Y en ella, como dijo el Sabio [4], *le imitan los envidiosos*, como Cain, que se entristeció por ver favorecido de Dios á su hermano Abel. De donde resulta, que este vicio acomete á todos los mortales; pero mucho mas á los amadores de honra y gloria, y á los pusilánimes, que tienen cualquier bien por grande y en viendo que otros les exceden se afligen por ello.

Mas porque no te engañes en calificar esta tristeza, advierte Sto. Tomás [5], que cuatro suertes de tristezas puedes tener del bien ageno. La primera es, en cuanto por su causa temes algun daño propio, ó de otros, lo

[1] Job. 5, v. 2.—[2] Genes. 37, vv. 5-11.—[3] I Reg. 18, vv. 6-8.—[4] Sap 2, v. 25.—[5] D. Thom. art. 1, ad 3.

cual algunas veces puede suceder sin pecado: porque, como dice S. Gregorio [1], sin perder la caridad, puede ser que la caida del enemigo te alegre, y su prosperidad sin culpa de envidia te entristezca, cuando por su caida otros buenos y afligidos levantan la cabeza, y por su prosperidad otros injustamente están oprimidos. Mas tambien puede ser culpable esta tristeza si te pesa de verle engrandecido, porque te puede hacer daño, aunque no sea injusto; y siempre es sospechosa, por la proximidad que tiene con el ódio y rencor que anda con ella, aborreciendo la persona del enemigo so color de aborrecer tu daño. Otra tristeza hay, ocasionada del bien ageno, no porque otro le tenga, sino porque te aflige no tenerle tú tambien: y si esta tristeza es por faltarte los bienes espirituales, que otros tienen, es loable y se llama celo ó emulacion, deseando igualar á los buenos para ser como ellos. Al modo que decia S. Pablo [2]: *Tened emulacion de las cosas espirituales, y celad, é imitad al bueno en lo que es bueno.* Y esta emulacion solemos llamar santa envidia, de la cual dijo S. Gerónimo, escribiendo á Leta [3]: Tenga tu hija algunas compañeras, con las cuales aprenda y de las cuales tenga envidia, cuyas alabanzas la exciten á que imite el bien que viere en ellas. Mas si esta tristeza fuese por faltarle los bienes temporales que otro tiene, seria puramente viciosa, si fuese por faltar los supérfluos; pero no si fuere por faltar los necesarios ó convenientes á tu estado: aunque mayor perfeccion seria llevar esta falta con alegría. La tercera suerte de tristeza es de los bienes que tienen otros hombres indignos de tenerlos; y si es porque usan de ellos mal para ofender á Dios, es tristeza santa nacida de la caridad; mas si solamente es por parecerte que los bienes temporales están mal empleados en los malos, es

[1] Libr. 22, Mor. c. 11.— [2] I Cor. 14, v. 1.— Gal. 4, v. 18.— [3] Epistol. ad Latam, de institutione filiæ.

tristeza excusada: pues la providencia de Dios, que todo lo gobierna, quiere dárselos, ó para que se enmienden, ó para premiarles en esta vida algun bien que hacen, ó por otros fines que no alcanzamos. Finalmente, hay otra tristeza del bien ageno en cuanto obscurece el propio, y esta es la que llamamos envidia, uno de los siete vicios capitales, segun S. Gregorio [1], porque es principio de otros muchos pecados, especialmente de los que llama sus hijas; conviene á saber, murmuracion del prójimo para desacreditarle, alegría de sus adversidades y afliccion de no poder impedir sus prosperidades, aborrecimiento con ira y rabia para quitarle la vida; y aun á veces llega á tanto [2], que aborrece el bien espiritual del prójimo y el aumento de gracia que tiene, que es uno de los pecados que llaman contra el Espíritu Santo, porque es como tener envidia de la gloria que refluye de este bien al mismo Espíritu Santo, de quien procede.

§ I.

1. De lo dicho consta la gravedad de este vicio, del cual con mucha razon se dice [3], que *mata al pequeño*, y el tentador de él tiene por nombre *muerte*, porque causa terribles muertes; una espiritual quitando la gracia y caridad, que es vida del alma; otra corporal y temporal, en cuanto atormenta el corazon, y seca los huesos y los pudre. Y por esto dice S. Agustin [4], que la envidia es como la víbora, que rompe las entrañas de la madre que la concibió, y con su muerte sale fuera. Y S. Juan Crisóstomo [5] la llama gusano que roe el pecho, y serpiente enroscada en el corazon, *et expressa quædam Sathanæ imago;* y una expresa imá-

[1] Libr. 31, Mor. c. 31, et D. Thom. art. 4.—[2] D. Thom 2, 2, q. 34, art 6 et 2, 2, quæst. 14, art. 2.—[3] Job. 5, v. 2.—[4] Serm. 83, de tempore.—[5] Homil. in Cor. 12.

gen de Satanás, y retrato del infierno. «Porque, como «dice S. Gregorio [1], aunque la serpiente vomita su «ponzoña por cada vicio; mas por la envidia mueve «todas sus entrañas para vomitar su pestilencial vene«no, con que destruya al género humano; y en reci«biendo el corazon este veneno, luego se descubre «por señales exteriores. El rostro se pone amarillo, «los ojos caidos, el semblante triste, los miembros «helados, el espíritu encendido en ira, los pensamien«tos llenos de rabia, hasta crujir los dientes con el «furor; y si el ódio crece en el corazon, obscurécese la «razon, y tortura la conciencia con un dolor muy ín«timo; quita la alegría de las prosperidades propias, «porque atormentan las agenas; y cuanto la fábrica «de los otros sube mas alto, tanto el fundamento de «los envidiosos se hunde mas en lo profundo; y si al«guna virtud habian ganado, la envidia la consume. «Pues por esto dijo el Sabio [2], *que la envidia es podre«dumbre de los huesos*, en cuanto pudre y gasta las «fuerzas del cuerpo y destruye las virtudes principa«les, que son como huesos del espíritu.»

2. Por lo cual se ve, que la envidia para todos es mala, no solo para el envidioso, sino tambien para el envidiado. Porque los envidiosos, dice S. Juan Crisóstomo [3], á modo de furiosos suelen matarse con su propia espada, y son mas crueles que las fieras, iguales á los demonios y quizá peores; porque las fieras no nos acometen, sino es movidas del hambre, ó irritadas por nosotros; pero los envidiosos, á los mismos amigos persiguen como enemigos. Los demonios, aunque tienen envidia de los hombres á quienes persiguen, entre sí no están discordes, como dijo el Salvador á los judíos [4]; pero los envidiosos, á los de su misma naturaleza persiguen. Y como el basilisco tiene el ve-

[1] Ubi supra, el 3, p. Pastoral. admonit. 11. — [2] Prov. 14, v. 30. — [3] Hom. 36, in Joan. — [4] Luc. 11, v. 18.

neno en la vista, y con ella mata; así, dice San Bernardo [1], el ojo del envidioso, mirando el bien ageno, se emponzoña á sí mismo, y en cuanto está de su parte mata y destruye el bien que mira, porque lo aborrece. Y de aquí es, que *el ojo del envidioso*, como dijo el Sabio [2], *es malicioso* y sospechoso, buscando siempre calumnias de los otros, y cegándose con ellas de tal modo, *que en medio de la luz está en tinieblas, y al medio dia anda como de noche* [3]; porque como el sol con su mucha luz ciega los ojos, así la prosperidad de los buenos suele cegar á los envidiosos. Los cuales, como declara S. Gregorio [4], cuando ven las buenas obras de los justos, andan buscando algunas malas para obscurecer su gloria; mas ellos quedan obscurecidos, porque no hallan lo que desean, aunque fingen lo que querrian. A la manera que los de Sodoma, queriendo oprimir á Loth y entrar por fuerza en su casa, *fueron heridos de ceguedad por los ángeles* [5]; para significar, que los envidiosos, aunque buscan las ocasiones para acusar á los justos, como los fariseos las buscaban para acusar al Salvador, no las hallan; y en castigo de su envidia, quedan obscurecidos en la razon, y en la fama.

3. A lo dicho se añade, que este vicio, como afirma S. Juan Crisóstomo [6], es mas difícil de curar que los otros. Y los tocados de esta peste dice Casiano [7], son casi incurables; y de ellos se entiende lo que dijo Dios por Jeremías [8]: *Yo enviaré contra vosotros serpientes y basiliscos, que no puedan ser encantados, y morderos han.* ¿Qué basiliscos son estos, sino los afectos de la envidia? Los cuales permite nuestro Señor en castigo de otros pecados, para que muerdan, atormenten y abrasen á los envidiosos, y contra ellos no hay

[1] Serm. 12, in id Psalm. 90.— [2] Eccli. 14, v. 8.— [3] Job. 5, v. 14.— [4] Lib. 6, Mor. cap. 16.— [5] Genes. 19, vv. 9-11.— [6] Ubi supra. — [7] Cas. collat, 18 c. 17 — [8] Jerem. 8, v. 17.

fuerza en los encantadores, porque resisten fuertemente á su cura; lo uno, porque tienen vergüenza de manifestar su envidia, por ser de ánimos bajos el tenerla; y como encubren la llaga, no puede el médico curarla; y lo otro, porque con los mismos remedios suele crecer su ponzoña, pues el avariento aplácase con dones, el iracundo con rendírsele, y el soberbio con humillársele; mas el envidioso, con el bien que se le hace, aumenta su envidia, porque le pesa de ver al otro humilde, dadivoso y bueno. Como lo vimos en los hijos de Jacob y en Saul, á los cuales nunca pudo aplacar la humillacion, y sujecion de José y David, antes bien cada dia crecia mas: como ni los Fariseos pudieron sosegar sus envidiosos ánimos, aunque Cristo nuestro Señor les hacia innumerables beneficios. Y esta es la causa, porque tras el caballo amarillo seguia el infierno, como quien habia luego de tragarlo, por estar endurecido en su pecado.

§ II.

Mas como ningun vicio hay en esta vida del todo incurable, por ser muy fácil á Dios lo que parece imposible á los hombres, has de entrar en batalla contra este fiero caballo, confiando en la divina potencia que podrás desjarretarle, mortificando las dos ambiciones, que son los nervios de las dos envidias: y pues la envidia mundana solamente mata á los pequeñuelos que tienen por grandes los bienes de esta vida y la honra que los acompaña, vístete de un corazon magnánimo con que tengas por pequeño todo lo temporal, pues en verdad es nada respecto de lo eterno. Si el hombre noble no tiene envidia de la honra de un zapatero por hacer bien unos zapatos, ni de la que tiene el sastre por cortar bien los vestidos, porque tiene estas cosas por bajas é indignas de su nobleza, aunque sean nece-

sarias para pasar la vida; mucho mas el cristiano, que es hijo de Dios y heredero del mayorazgo eterno, no ha de tener envidia por ver á otros honrados con la posesion de estos bienes temporales, pues en verdad son bajos y viles en comparacion de los que él tiene en el alma, y espera en la vida eterna. Bien léjos estaba de esta envidia el que tenia todo lo de la tierra *por estiércol*, y basura, y antes bien *por pérdida* que por ganancia, á fin de contentar á Cristo y *alcanzar su eminente ciencia* [1], en que está nuestra bienaventuranza.

2. Considera bien el nombre del tentador de esta envidia, y hallarás que él mismo te quita la tentacion, si reparas en ella; porque si él se llama muerte, con la muerte se acaba la envidia, la cual nunca se tiene de los muertos. No atiendas tanto á la pujanza presente del que te lleva la delantera, cuanto al fin que tendrá muy presto con la muerte que no tarda, y con esto cesará tu envidia. Pues por esto dijo el Salmista [2]: *No te entristezcas, ni aflijas, cuando vieres al hombre que se hace rico, y que se multiplica la gloria de su casa; porque cuando se muera, nada llevará consigo, ni bajará con él su gloria. Mientras le durare la vida, será bendecido; pero en muriendo, irá con sus padres al abismo, y nunca jamás verá la luz*, ni tendrá próspero dia. ¿Quién tendrá envidia de la prosperidad de Alejandro Magno, si le considera ardiendo en el infierno? No tengas envidia de la prosperidad mundana, que quizá será ocasion de la adversidad y desdicha eterna.

3. Y si eres guerrero diestro como David, no has menester otras armas para cortar la cabeza al gigante Goliath, que su propia espada [3]; porque permision es de Dios, que el gigante de la soberbia mundana traiga

[1] Philip. 3, v. 8. — [2] Psalm. 18, vv. 17-20. — [3] I Reg. 17, v. 51.

consigo la espada de la envidia, para que le cortes la cabeza con ella, y ella quede embotada y destruida, quitándola al gigante que la conservaba. Dime, ó soberbia mundana, si buscas honra, ¿cómo dás entrada á la envidia? ¿Hay cosa mas afrentosa que ser envidioso de tu prójimo, pues con esto protestas que él es mas honrado y que tú tienes corazon muy apocado? Si te correrías de que otro te llamase ambicioso ó envidioso, por la honra que con esto pierdes ¿por qué admites el vicio que te quita la honra que pretendes? Si procuras encubrirle, para que no te afrente, mejor es no tenerle y ganar honra en desbaratarle.

4. Mas si quieres triunfar generosamente de ambas envidias, ármate con las armas de la humildad y caridad cristianas y fácilmente darás en tierra con ellas; porque el humilde, como ama su desprecio huélgase de ver á otros ensalzados, aunque él sea humillado, diciendo de su prójimo, lo que S. Juan Bautista dijo de Cristo nuestro Señor [1]: *Illum oportet crescere, me autem minui.* Conviene que mi hermano crezca, y que yo descrezca. Muy bien me está que él sea ensalzado y yo humillado: y el que tiene caridad perfecta, como ama mucho al Criador, ama tambien cualquier bien que vé en sus criaturas, gozándose de la bondad divina, que resplandece en los bienes que tienen ellas: y como ama su propio bien, así ama el de los prójimos, porque con el amor lo hace suyo, y participa del bien ajeno, haciéndole con el gozo bien propio. Quien desea carecer de envidia, dice san Gregorio [2], ame aquella herencia, que no se menoscaba con la muchedumbre de los herederos, porque en todos es una, y en cada uno toda; y tanto mas se descubre su grandeza, cuanto la multitud de los que la reciben mas se dilata: *Imminutio ergo livoris, est*

[1] Joan 3, v. 30. — [2] Lib. 5, Mor. cap. 33.

affectus surgens interne dulcedinis, et plena mors ejus est perfectus amor eternitatis; la diminucion de la envidia es el afecto de la interior dulzura, y su entera muerte es el perfecto amor de la eternidad; porque quien gusta la interior suavidad del espíritu, echa de sí toda tristeza del bien ageno, alegrándose de él como si fuera propio: y quien perfectamente ama los bienes eternos, no tiene envidia de otros; ni por los bienes temporales, porque los desprecia; ni por los espirituales, porque no le impiden, antes le ayudan para sus intentos.

5. Mas para que no desmayes con las tentaciones importunas de este vicio, has de entender, que muchas veces nos tocan estos afectos de la envidia; mas si no se detienen, no dañan, pues vienen sin quererlos, y mereces en resistirlos. Lo cual declaró S. Bernardo por estas palabras [1]: «Rara virtud es no tener «envidia de la virtud agena, aunque no por sentirla «has de desmayar en tu aprovechamiento. Y si me di- «ces, ¿cómo puedo aprovechar en la virtud, si tengo «envidia del que aprovecha? Responderéte: Si te pesa «de tenerla, sientes el movimiento, pero no consien- «tes. Pasion es que algun dia se sanará, no es obra «que te condenará. Procura no hacer asiento en ella, «ni cebes tu enfermedad, persiguiendo al inocente, «calumniando el bien que hace, ó impidiendo el que «desea hacer. No te dañará este sentimiento, si te «avergüenzas de verte tan mal afecto; y si procuras «echar de tí, el vicio envejecido, confesándolo, llo- «rándolo y orando á Dios que te lo quite: y si del to- «do no le vences, quedarás siquiera mas humilde en «tí mismo, y mas manso con los demás.» En lo dicho enseña S. Bernardo los medios generales para pelear contra este vicio, cuando nos hace guerra al descubierto.

[1] Serm. 49, in Cant.

6. Pero algunas veces suele hacer guerra de secreto con capa de religion y piedad; porque como es tan fea, cubre su rostro por no ser conocida. Algunos justos dice S. Diadoco [1], con pretesto de amor de Dios caen en un celo envidioso, deseando que ninguno sirva tanto á Dios como ellos, pesándoles de que otro se les adelanten. Lo cual procede de falta de humildad y caridad; y así con el ejercicio de estas dos virtudes, depuradas de esta imperfeccion tan ignorante, han de corregir su celo. Tambien algunos prelados, dice S. Gregorio [2], queriendo hacer su oficio por sí solos, prohiben con envidia á otros que prediquen y enseñen, y dicen mal de los que hacen este oficio bien. Contra los cuales dijo el apóstol Santiago [3]: *Si hay entre vosotros algun celo amargo, y contiendas en vuestros corazones, no es esta sabiduría que viene del cielo, sino la terrena, animal y diabólica;* porque quien no busca su gloria sino la de su Señor, desea ser ayudado en lo que hace, para que de todos sea Dios mas glorificado. Á la manera que dijo Moisés á su envidioso criado, que queria mandase callar á los que profetizaban [4]: *¿Por qué tienes emulacion por mí? ¿Quién me diese que todo el pueblo profetizase, y á todos diese Dios su santo espíritu?*

7. Otros con pretexto de antigüedad en la virtud y religion, sienten mal de los mas nuevos en ella que por su fervor les pasan adelante y reciben mayores favores de Dios; y carcomidos de esta envidia dicen mal de ellos, y aun se vuelven contra Dios, porque no les hace semejantes ó mayores favores. Al modo que el hermano mayor del Hijo pródigo, tuvo envidia de los regalos que su padre le hacia y murmuró de ambos por ello [5]. Como tambien los que trabajaron todo el dia en la viña, envidiosos de que se diese el mismo

[1] Lib de Spirituali perfecti., cap. 99. — [2] Libr. 22. Mor. c. 16. — [3] Jacobi 3, vv. 14, 15. — [4] Num. 11, v. 29. — [5] Luc. 15, v. 28-30

jornal á los que habian trabajado una hora, murmuraron del padre de familias. Mas él respondió á uno de ellos [1]: *¿Por ventura ha de ser tu ojo malo, porque yo sea bueno?* Como quien dice: Si yo quiero mostrar mi bondad en hacer bien á quien no lo merece ¿tu ojo que lo vé ha de ser como basilisco, que arroje ponzoña por la envidia? Mas ¿quién no se admira de la ocasion que toman nuestros ojos para ser malos? Pues en verdad ninguna otra hay, sino ser Dios bueno. Los demás vicios, dice S. Juan Crisóstomo [2], tienen algun modo de escusa, fundándose, ó en la inclinacion de la carne al regalo, ó en la necesidad del sustento, ó en la injuria que se ha recibido, ó en la honra que se pretende: mas el envidioso ninguna excusa tiene, porque sin perder nada hace guerra al bueno y al mismo que le hace bien, solo porque es bueno en sí, y porque Dios es bueno con él. Toma, pues, en la mano el arco de tu soberano maestro: y cuando la envidia te acometiere, dispara contra ella estas saetas para derribarla. Avergüénzate, ó basilisco, de que tu ojo sea malo, solo porque Dios es bueno. No seas como araña, que todo lo convierte en ponzoña; sino como abeja, que todo lo cambia en dulzura. No imites á Satanás, que del bien saca mal; sino al mismo Dios, que del mismo mal saca bien [3] *Tolle quod tuum est, et vade.* Toma lo que es tuyo, está contento con el bien que Dios te ha dado, dale gracias porque te lo dió, y no te hagas indigno por la envidia de que te lo conserve; porque quien tiene tristeza de los bienes agenos, digno es de perder los propios. ¡O si ahondases en conocer lo que es tuyo, para que vieses como no tienes porque tener envidia de lo ageno! Mira lo que dijo el Padre del pródigo al hijo mayor envidioso [4]: *Todas mis cosas son tuyas:* ¿Por qué tienes envidia de los favores que ha-

[1] Matth. 20, v. 15.—[2] Hom. 36, in Joan.—[3] Matth. 20, v. 14.—[4] Luc 15, v. 31.

go á tu hermano? Si Dios es tu Padre, y son tuyas todas sus cosas ¿qué te falta de que puedas tener envidia? Por esto no hay envidia en el cielo entre los bienaventurados, aunque unos tienen mas que otros, porque todos tienen consigo á Dios, y en él tienen todas las cosas que hartan su deseo; y tienen por parte de este gozo el designio de la divina sabiduría, y su eterna disposicion en hacer bien á todos y unirse con ellos de modos tan diversos. Procura, pues, desde luego imitar á los santos, con quienes deseas eterna compañía; y si esta semejanza, por ser muy alta, te deslumbra, entra dentro de ti mismo y hallarás otra muy proporcionada. ¿Por ventura el pié tiene envidia de la mano [1]? ¿ó la mano del ojo? No hay tal envidia entre los miembros de un mismo cuerpo, porque todos tienen una misma alma, y tan unida está con ella el pié, como el ojo y la mano: y si el ojo es necesario para bien del cuerpo, tambien lo son el pié y la mano: y pues Dios te ha hecho miembro del cuerpo místico de su Iglesia, conténtate con el grado que te ha dado en ella, sin tener envidia del que tiene lugar mas alto; porque tambien en el dia de la resurreccion será glorificado el pié, como la mano; y los grandes y los pequeños estarán hartos, contentos y honrados cuando vean á Dios y le gocen en su gloria por todos los siglos de los siglos. Amen.

CAPÍTULO XII.

DE LAS FURIOSAS TENTACIONES QUE BROTAN DE LA IRA É IMPACIENCIA, Y DE SUS CAUSAS, Y REMEDIOS.

Entre los sietes vicios, que sirven á Satanás de capitanes en sus batallas, ha señalado á la ira por ven-

[1] I Cor. 12, v. 15.

gadora de las injurias que se hacen á los hombres, celando la honra de la soberbia mundana, que no puede sufrir ni una pequeña injuria; y hace su oficio con tanta crueldad, que viene sobre un caballo amarillo, amenazando con espantos y tormentos; y su nombre es la muerte, porque á ningun injuriador quisiera perdonar la vida; y su paje es el infierno, porque con su rabia desea enviar allá al que le agravia, para tomar de él venganza eterna. Pero él bajará primero, porque la divina justicia tomará venganza del que se atrevió á tomarla de otros con autoridad propia. Mas para que se entiendan las propiedades de este vicio, comencemos por la semejanza que tiene con la impaciencia. La cual como nota S. Gregorio [1], es una tristeza demasiada en las injurias y trabajos, nacida del deseo de no tenerlos. Mas la ira añade un apetito vehemente de vengarse del que le hace la injuria para librarse de ella; de suerte, que impaciente es quien no sufre el mal que le viene con quietud de corazon, sino con amargura desordenada; pero airado es el que además dá á los otros ocasion de impaciencia con los afectos de venganza. Y por esto dijo el Sabio [2]: *El iracundo provoca á rencillas, como la leña enciende el fuego, y los carbones las brasas.* Verdad es que estos dos vicios andan muy unidos, porque el impaciente luego dá en ser airado, brotando murmuraciones, quejas, y otras señales de indignacion contra los otros; y el airado siempre es impaciente, porque la tristeza de la injuria es causa de vengarse de ella. Y así de ambos tratarémos juntamente, declarando los grados por donde van subiendo hasta el supremo como lo hace S. Doroteo [3], por la semejanza del que pretende encender fuego, el cual primero trae una brasa pequeña y la echa entre pajas poniendo encima

[1] 5. p. Pastor jd. Mor 17 — [2] Prov. 15, v. 18. et c. 26. v 21.— [3] Serm. 8.

leña, y luego sopla para encenderla, de donde resultan cuatro cosas por su órden. Primero humo, luego llama, despues brasas que se hacen de la leña, y finalmente, carbones negros en que se convierten las brasas.

1. De este modo dice este Santo, cuando te sucede alguna cosa contraria á tu gusto, ó te dicen alguna palabra injuriosa, que es como centella pequeñita, sueles admitirla en el hogar de tu imaginacion, allegando paja y leña de varias razones, que se te ofrecen para cebarla, y soplando con el pensamiento y discurso sobre ellas, revuelves gran tropel de imaginaciones dentro de tí, diciendo: ¿Quién es este que me ha injuriado? ¿qué le hice yo? ¿qué intencion ha tenido? ¿por qué se me atrevió? ¿qué cosas le podré responder? ¿cómo me vengaré? Porque sino me vengo, será peor, y otros se me atreverán, y nunca tendré quietud. Con estos soplos brota luego el primer grado de ira, que es turbacion del alma [1] y guerra de pensamientos que alteran y derraman el corazon, y son como humo que precede al fuego, porque ciegan los ojos de la razon, y obscurecen los discursos, sin tener luz para concertarlos. Por lo cual díjo David [2]: *Mi ojo se turbó con el furor, y con la ira quedó turbada mi alma, y alterada mi memoria.*

2. Y la primera cosa en que se ciega el airado, es en parecerle que tiene razon para airarse. Pues como dice S. Agustin [3], á ninguno parece injusta su ira, y so color de justicia apetece la venganza; porque *omne quod furor suggerit, rectum putat;* cualquier cosa, dice S. Gregorio [4], que el furor dicta, piensa que es justa; y por esto la Escritura le llama necio, diciendo [5], que *la ira descansa en el seno del necio*, porque necio es quien la admite, y por admitirla se hace mas

[1] D. Thom. 2. 2. q. 48. art. 3. — [2] Psalm. 6, v. 8. et. Psalm 30, v. 10. — [3] In Psalm 149. — [4] Lib 5 Mor. cap. 32. — [5] Eccles. 7, v. 10.

necio, perdiendo la luz de la verdadera sabiduría, y el resplandor de la divina gracia. Y en este sentido, dijo el Apóstol [1]; que *el Sol no se pusiese sobre nuestra ira;* esto es, que no durase tanto nuestra ira, que se pusiese el Sol de justicia; y quedase obscurecida la razon con el humo de las turbaciones que la pasion levanta. Y de aquí procede, que tambien la ira impide la contemplacion de las cosas celestiales, como S. Dionisio [2] lo avisó á un monge, llamado Demófilo, diciéndole, que quien pierde la mansedumbre, pierde la familiaridad con Dios, el cual no gusta de conversar con los airados. Y el apóstol S. Pablo [3], para perseverar en la oracion, nos aconseja que *levantemos á Dios las manos puras, sin ira y sin contiendas;* porque los ojos turbados con el furor, ni están para verse á sí, ni para ver á Dios; ni pueden estar dentro de su corazon, porque las muchas turbaciones interiores les echan fuera de él: y como el humo hace huir las abejas, asi los pensamientos de la ira hacen huir los dulces pensamientos de Dios, y llenan de otros muy amargos. Por cuanto los humos de esta pasion, como dice S. Juan Damasceno [4], son vapores de la hiel, que turban amargando, ó, como dice S. Gregorio, son de casta de víboras, que comen las entrañas de su madre, y la dejan vacía de todo lo que es devocion y misericordia.

3. Despues de este humo se levanta la llama de la ira, que es un fervor, ó ímpetu vehemente del corazon, que altera el cuerpo y enciende la sangre, y arroja llamaradas de malos afectos contra el que le injuria. Porque esta pasion, como dice Sto. Tomás [5], trae consigo un hervor de la sangre, que está cerca del corazon; de donde resulta, como dice S. Grego-

[1] Ephes. 4, v. 26 — Ita D. Greg. et Cassianus, lib. 8, cap. 9. — [2] Epistol 8. — [3] I Tim. 2, v. 8. — [4] Lib. 2. fidei, cap 16. — D. Thom. supra art. 2. — [5] D. Th. ubi supra.

rio [1], que el corazon palpita, el cuerpo se estremece, la lengua se entorpece, el rostro se enciende, los ojos centellean, y no conocen á los que tienen delante, y en aquel entonces el airado es como el endemoniado y el que está fuera de sí. Y S. Basilio [2], y San Juan Crisóstomo [3] añaden, que la ira es una locura ó frenesí breve, en los movimientos furiosos que tiene.

4. De este segundo grado se sube al tercero, que S. Doroteo compara á las brasas encendidas y llama ira perfecta, que es un propósito determinado de vengarse del que le injurió, buscando varios modos para ello, ó con obras, volviéndole mal por mal ó negándole el bien que le pudiera hacer; ó con palabras, diciéndole algunas injuriosas ó descompuestas; ó con señas, dando muestras de su enojo con el rostro, ojos y manos. Todo lo cual comprendió Cristo nuestro Señor, cuando dijo [4]: *Quien se aira contra su hermano, es digno de juicio; y quien le llama raca, es digno de concilio: y quien le llama necio, es digno del fuego del infierno.* Como si dijera: No solo desagrada á Dios la venganza por obra, matando al prójimo; sino tambien la venganza por palabra, llamándole necio; ó por señas, mofándose de él con desden; ó por solo deseo, admitiendo la ira dentro del corazon; aunque lo primero es mas grave que lo segundo, y lo segundo mas que lo tercero; porque cuando la venganza se ejecuta, ya es cosa muy sabida, que el fuego de la ira será castigado con el fuego del infierno, y que á las brasas de la venganza propia, sucederán las brasas de la venganza divina.

5. De aqui se pasa al cuarto grado de la ira consumada y arraigada, que se compara á los carbones negros y muertos, porque es una continua memoria de las injurias con aborrecimiento del prójimo. Esta es

[1] D. Greg. loco citato. — [2] Hom. 10, variarum. — [3] Hom. 47 in Joan. — [4] Matth. 5, v. 22.

la ira, que reposa en el seno del necio, de quien dijo S. Gregorio, que la paja en el ojo del airado se convierte en viga, cuando la ira se muda en aborrecimiento. Y S. Agustin [1] dice, que la ira envejecida se hace odio, cuando el gusto que se junta con los pensamientos vengativos la detiene en el vaso del corazon, hasta que todo él se agria, y se corrompe con innumerables pecados. Porque como dijo Salomon [2]: *El que es fácil en indignarse, es muy inclinado á pecar.* Sobre lo cual dice la Glosa [3], que la ira abre la puerta á todos los vicios, especialmente los seis que S. Gregorio llama sus hijos; conviene á saber, pensamientos hinchados, indignaciones, palabras afrentosas, vocinglerias, blasfemias y rencillas. Estos, dice San Buenaventura, son como *los seis hombres con seis instrumentos de muerte*, que vió Ezequiel [4] *entrar por la puerta superior, que miraba al Septentrion*; porque entran por la puerta de la soberbia, cuando está en frente de la adversidad; y cada uno trae instrumento de muerte quitando la vida de la gracia al que los admite; pues entonces se cumple la maldicion que profetizó David, cuando dijo [5]: *Si volví mal al que me lo hacia, caiga vacío delante de mis enemigos. Persiga el enemigo mi alma, y prendala. Pise en la tierra mi vida, y vuelva en polvo mi gloria.* Donde toca cuatro graves daños, que corresponden á los cuatro grados de ira que se han dicho; porque el airado, primero cae por la culpa mortal, y queda vacío sin la caridad, paciencia y mansedumbre, que le tenian vivo y en pié antes de ser tentado. Luego es preso y atado con la cadena de su misma pasion, que le quita el perfecto señorío de sí mismo; porque como la paciencia da entera posesion del alma [6]: así, dice S. Buenaventura [7] la

[1] In Psalm. 149. — [2] Prov. 29, v. 22. — [3] D. Th. 2. 2. q. 86. art. 6 et 7. — [4] Ezech. 9. v. 2. — [5] Psalm. 7, v 5. 6. — [6] Luc. 21, v. 19 — [7] In dict. salutis, tract 1, cap. 5.

impaciencia la destruye. Despues es pisado y arrastrado de sus enemigos, por la muchedumbre de los pecados y trabajos que trae consigo el apetito de la venganza. Y últimamente, su gloria se convierte en polvo, porque permite nuestro Señor que, pretendiendo volver por su propia honra, la pierda, y en los ojos de Dios queda mas afrentado por haberse vengado.

Finalmente [1], este vicio hace mayor presa y daño en unos hombres que en otros; porque, como dice san Gregorio [2], hay tres modos de naturales coléricos: unos que fácilmente se airan y se apaciguan, como la estopa, que presto se enciende y presto se apaga; otros tardan en airarse, mas una vez admitida la ira, tarde la arrojan de sí; como el hierro, que tarda mucho en recibir el calor del fuego, pero que despues de recibido, retiénele mucho tiempo; pero otros tienen lo malo de ambos sin lo bueno, porque de pronto admiten la ira, y son tardos en dejarla, como la tea, que presto recibe el fuego, y le conserva: y este natural, y su ira son los mas dañosos de todos.

§ I.

De las causas, y remedios de la ira.

Siendo, pues, tantos y tan graves los daños de la ira, como se han visto, ningun hombre cuerdo ha de haber que deje de aborrecerla con propósito muy eficaz de destruir á quien le destruye, airándose contra su ira para aniquilarla. Mas para que la curacion sea de raiz, será bien averiguar las causas de donde procede. Estas son principalmente dos [3], una interior y otra exterior. La interior es la natural complexion,

[1] Vide D. Thom. 1, 2, q. 46, art. 6, et 2, 2, q 158, art. 5. — [2] Lib 5, Mor. c. 31. — [3] D. Thom. 1, 2, q. 46. art. 1.

colérica y fogosa, que se enciende presto en ira, ó en alguna mala disposicion del cuerpo ó del alma, adquirida por costumbre ó enfermedad. Pero ninguno piense que la ira es tan natural, que no pueda ser vencida; pues por esto dijo el Espíritu Santo [1], que *no fué criada con el hombre la soberbia, ni la ira con la nacion de las mujeres;* para que entiendan todos que, si quieren, pueden vencerla.

La causa exterior de la ira y venganza, es la cosa que mueve á ella; porque, como dice Sto. Tomás[2], esta pasion tiene esto especial entre las demás, que no se levanta sin alguna ocasion exterior que la provoque; porque la venganza presupone haber recibido injuria ó daño, que afligen al vengativo. Y por esta causa S. Buenaventura [3] compara el afecto de la ira al fuego que sale del pedernal herido con el eslabon; porque el natural colérico es como pedernal de naturaleza de fuego; pero no echa centellas, sino es herido con el eslabon de la ocasion; ni bastara el toque del eslabon, si el natural no fuera como pedernal; porque el toque de las injurias, no altera á los que tienen el natural muy pacífico y mortificado; ni los que lo tienen fogoso se alteran sin alguna clase de ocasion. Por lo cual dijo Casiano [4], que muchos solitarios parecen mansos porque no hay quien los provoque á ira; como en el desierto hay muchas víboras y serpientes que no muerden, porque no tienen á quien morder; y así este vicio no se ha de curar del todo con solo huir de la compañía de los hombres, sino con domar los brios de la naturaleza, para que no muerda, ni se embravezca, aunque sea tocada.

1. Las causas exteriores de la ira, suelen reducirse á una que llama Aristóteles [5], *parvi pensio*, ser tenido en poco. Mas para mayor claridad las reducirémos

[1] Eccles 10, v. 22.—[2] 1, 2, q. 47, art. 1.—[3] Cap. 5, cit.—[4] Lib. 8, cap. 15, et seq. — [5] II Rhetor. cap. 2.

dos, que se incluyen en esta. La primera [1], es impedir el cumplimiento de nuestra propia voluntad, lo cual nos entristece y es un modo de desprecio; porque es indicio de tenernos en poco, contradecir fácilmente á lo que deseamos; y poco estima nuestra amistad, quien fácilmente resiste á nuestra voluntad. Y de aquí es, que hombres muy acostumbrados á hacer su voluntad, son fáciles en airarse; y esta inclinacion á cumplir su gusto, es la mala disposicion interior que engendra la ira contra el que la contradice. Á la manera que los amos se indignan contra los criados y los superiores contra los súbditos, sino hacen presto lo que les mandan; y los súbditos y criados se indignan contra sus superiores y señores, sino les conceden lo que les piden; y unos contra otros, cuando les impiden sus intentos. Y llega á tanto este desórden, que, como dice S. Buenaventura [2], estos muy voluntariosos suelen airarse contra las bestias y cosas inanimadas, cuando no les dejan lograr su gusto; contra la cabalgadura que anda mal, ó contra el perro que ladra, ó contra la pluma que no despide la tinta, de donde procede romperla y maldecirla y rasgar el papel con rabia. Á la manera que Jonás [3] se airó contra la yedra, que le daba sombra porque se habia secado. De aquí tambien procede, como dice S. Doroteo [4], que los enfermos y achacosos, y los que están tentados ó desconsolados en el espíritu, son mas fáciles en airarse, porque la enfermedad y el desconsuelo suelen hacerles mas amigos de mirar por su gusto, y la tristeza que tienen es causa de afligirse y airarse mas por cualquier cosa que se les niegue.

Conforme á esto, si deseas curar de raiz la ira, has de aborrecer tu propia voluntad deseando hallar ocasiones en que negarla, creyendo que justamente to-

[1] D. Thom. q. 47, art. 2.— [2] De informatione mentis, p 2, cap 10.— [3] Jonæ 4, v. 6-9.— [4] Isai. 42, v. 3.

dos los hombres y todas las criaturas son instrumentos de Dios para mortificarla, por haber ella reveládose contra su Criador. Y ¿qué mucho lleves con paciencia que la quebranten, pues tu Redentor con admirable paciencia sufrió se la quebantasen para curar los males de la tuya? De él se dice; que fué tan manso, que *no apagó la torcida que humeaba*, sufriendo aquel disgusto sin hacer daño al que se lo daba. Procura, pues, prevenirte para las injurias con decir á nuestro Señor [1]: *No se haga mi voluntad, sino la tuya*. Y cuando ellas vinieren, hallando ya la voluntad propia rendida, no la provocarán á ira.

2. La segunda causa exterior de la ira, es ser despreciado ó afrentado de cualquier modo que fuere, por obra ó palabra; por señas ó por no darse la honra que merece ó desea; ó por mostrar alegría de los males, ó tristeza de los bienes de alguien; ó por olvidarse de él y de sus cosas; pues todo esto es señal de tenerle en poco [2]. Y por esto los muy amigos de honra y gloria, son fáciles en airarse, y el amor desordenado de esta vana estimacion es otra mala disposicion interior que engendra la ira; y por esta causa los que tienen alguna escelencia en su estado se airan con mas facilidad y vehemencia, porque sienten mas el desprecio. A la manera que *Amán se indignó grandemente contra Mardoqueo, porque no le hincaba la rodilla* [3]: y Nabucodonosor contra los tres mancebos, porque no adoraban su estátua [4]. Y los soberbios se airan, cuando los contradicen, ó no hacen caso de sus opiniones: y generalmente, cualquier aficion desordenada á personas ó cosas de esta vida es ocasion de airarnos contra el que las agravia, porque tomamos aquel agravio por nuestro; y quien nos toca en la cosa amada, nos toca en la pupila del ojo. Segun esto, el segundo remedio con-

Luc. 22, v. 42. — [2] D. Th. ubi. sup. art. 1, ad 3.—[3] Esther. 3, v. 5.—[4] Dan 3, vv. 18, 19.

tra la ira es mortificar el deseo desordenado de la honra, abrazando el desprecio y amando la humildad, que es fiel compañera de la mansedumbre, á quien toca refrenar la ira. Y por esta causa las juntó Cristo nuestro Señor, cuando dijo [1]: *Aprended de mí, que soy manso, y humilde de corazon.* Y cuando los diez apóstoles se indignaron contra los dos que pretendian mayorías, los reprimió con el ejemplo de su humildad, diciendo, que habia venido á servir como el menor de todos [2]. Y el santo Job [3], cuenta entre sus virtudes, que *el desprecio de sus parientes no le atemorizó, ni le hizo salir por la puerta de su lengua;* porque, como advierte S. Gregorio [4], al que no teme ser despreciado, no le vence la impaciencia para echarle fuera de sí por la lengua. Y si quieres, dice [5], no ser vencido, imagina todas las cosas afrentosas y adversas que se pueden ofrecer en el decurso del dia, y disponte para recibirlas con ánimo paciente; porque los tiros previstos, hieren con menos fuerza.

3. Acuérdate tambien de las veces que tú has injuriado á Dios y merecido su justa ira: y pues te ha sufrido con paciencia, no es mucho que sufras las injurias que te hacen los hombres, siquiera para que no te diga [6]: *Siervo malo, perdonéte la deuda de diez mil talentos, porque me lo rogaste; luego razon fuera que tuvieras misericordia de tu hermano, y le sufrieras como yo te sufrí.*

4. Y si conoces que por tus pecados mereces que todos te desprecien, no tienes de que indignarte; porque ninguno, dice el Filósofo [7], se aira cuando vé que justamente es afrentado; y si no halla algun modo de sinrazon y agravio, no halla motivo de indignarse contra otro. Y por esta causa decia S. Doroteo [8], que

[1] Matth. 12, v. 29. — [2] Matth. 20, vv. 24-28 — [3] Job. 31, v. 34. — [4] Lib. 22. Mor. c. 12.— [5] Lib. 5. Mor. c. 32. — [6] Matth. 18, vv. 32, 33.— [7] Vide D. Thom 72, q. 47, art. 2.— [8] Serm. 8.

era único medio contra la impaciencia acusarse en todas las cosas, teniéndose por culpado y digno de cualquier castigo, diciendo con David [1]: *Por su maldad castigaste al hombre, y antes de ser humillado pequé.* Y como el buen ladron [2]: *Digna factis recipimus;* recibimos lo que merecen nuestras obras.

5. A esta consideracion puedes añadir otra de los bienes que ganas con el sufrimiento; pues por esto permite nuestro Señor estas ocasiones de ira, para que las conviertas en ejercicio de paciencia, y crezcas en la santidad: porque como la pelota de viento arrojada al suelo salta hácia arriba, y cuanto dá mas fuerte golpe tanto sube mas alto; así el justo, cuando es humillado y herido con trabajos, crece y sube en las virtudes, porque está lleno del viento del Espíritu Santo, que le levanta de lo terreno á lo celestial. Mas el impaciente es como pelota de borra y fofa, que, cuando es arrojada á tierra, allí se queda; porque la injuria le hace terreno, llevándola con impaciencia y decaimiento de ánimo.

§ II.

De algunos remedios prácticos.

1. Mas porque no bastan solas consideraciones para vencer la ira, es necesario poner manos á la obra para mortificarla, procurando conocer tu natural; y si hallares que es muy colérico, imagina que es caballo de Satanás para tentarte; y quítale los nervios en que estriba, mortificando sus inclinaciones y reprimiendo sus furiosos ímpetus.

2. Y en tal caso ten, como avisa S. Agustin [3], por sospechosa á qualquier ira, aunque venga cubierta

[1] Psalm. 38, v. 12, et. v. 67, 118. — [2] Luc. 23, v. 41, D. Dorot. serm. 7, et 13. — [3] In Psalm. 149.

con capa de justicia y zelo; porque mas fácil es no admitirla, que despues de admitida, no despeñarte con ella; y mucho mejor es no airarte justamente contra alguno, que airándote con justicia deslizar en odio: y pues la ira buena fácilmente se trueca en mala, mas seguro es apartarte de la buena, cuando hay peligro de traspasar los límites de la razon en ella.

3. Procura tambien, como dice S. Doroteo [1], apagar luego en sus principios el movimiento de la ira, matando aquella centella que salta del corazon cuando oyes la injuria; porque, como dice el Sabio [2], con *una centella se enciende un gran fuego*, el cual dificilmente se apaga despues que ha crecido, y fácilmente se atajará en su principio, fijando el pensamiento en otras cosas buenas para quitar el cebo de la indignacion; porque, como dijo Salomon [3], *en faltando la leña, se acaba el fuego.*

4. Tambien es necesario que cierres la boca en tiempo de ira para no hablar [4], y esto no por desprecio del que te injuria, como quien no hace caso de él, porque seria indignarle mas, como dice Sto. Tomás [5], sino con humildad interior y exterior. Como decia David [6]: *Enmudecí, y humilléme cuando me sentia airado.* Porque como el fuego se muere, sino hay por donde respirar la llama; así la ira suele apagarse, sino brota por la boca. Y por esto dijo el mismo Salmista [7]: *Estuve turbado, pero no hablé.* Mas en esto es menester mucho tiento; porque como advierte S. Gregorio [8], muchas veces sucede que la ira, encerrada con el silencio, se enciende con mas vehemencia dentro del corazon; como la olla llena de agua puesta al fuego, si está tapada, hierve con mayor furia y suele reventar con ella. Por lo cual dijo Salomon [9], que se-

[1] Serm. 8. — [2] Eccli. 11, v. 34. — [3] Prov. 26, v. 20. — [4] D. Bonav. de inform. mentis, p. 2. cap. 11. — [5] 1. 2. quæst. 47, art. 1. ad 3. — [6] Psalm. 38, v. 3. — [7] Psalm 76, v. 5. — [8] Lib. 5, Mor. cap. 71. — [9] Prov. 11, v. 23.

mejante ira suele parar en furor. Y el mismo David, que siendo injuriado callaba, dice[1], que callando *se renovó su dolor*, porque hablaba mucho dentro de sí, meditando en sus trabajos, y *con la meditacion se encendió el corazon*, y estuvo á punto de brotar el fuego de la ira. Y muchas veces, dice S. Gregorio[2], quien venció los primeros ímpetus de la ira callando, despues dando lugar á estos pensamientos, es vencido de ella, pesándole de haber callado y de no haberse vengado y proponiendo vengarse. Y este tal es semejante al que salió vencedor en el campamento de los enemigos, y despues es vencido en la ciudad por su descuido. Y como el que escapó de una enfermedad mortal, y despues le mata un vientecico frio. Por esta causa para vencer, no te has de contentar con solo el silencio de la boca, sino procurar tambien el silencio del corazon, no dando, ni tomando con los pensamientos de tus injurias, sino, en cuanto fuere posible, olvidándote de ellas.

5. Mas porque este silencio es muy difícil, haráse mas fácil juntándole con la oracion, trabando pláticas interiores con Dios. Como lo hizo el mismo David, cuando vió el peligro de su silencio exterior, por el combate interior que sentia. Entonces, dice, hablé con mi lengua, diciendo[3]: *Descúbreme, Señor, mi fin, y el número de mis años, para que sepa lo que me falta;* porque viendo con tu luz cuan pocos son estos años, me animaré á sufrir mis injurias. *Toda mi sustancia, y cuanto tengo es como nada delante de tí; y todo hombre que vive es una vanidad, que pasa como sombra. Pues ¿de qué me quejo, y por qué me indigno?* Y en otro salmo dice[4]: *Turbéme, mas no hablé;* y para acompañar mi silencio, y demorar mi grande turbacion, *pensé en los dias antiguos, y acordéme de los años eternos.*

[1] Psalm. 38, vv. 3, 4. — [2] 3. p. Pastor admonit 10. — [3] Psalm. 38, vv. 5, 7 — [4] Psalm. 76. 5, vv. 6.

Porque quien revuelve semejantes cosas en su memoria, refrena fácilmente su interior, y guarda sin peligro el silencio exterior, porque conoce que el hombre *frustra conturbatur*, por demás se turba é indigna por cosa tan ligera; pues todo el mal de esta vida es un soplo, respecto del mal de la otra que es eterno.

6. Finalmente, en estos combates, alcanzarás quietud y victoria, si pones tu confianza en la divina providencia, por cuya ordenacion ó permision viene el trabajo y la injuria; apartando los ojos del injuriador, y levantándolos, como lo hacia David, al Señor, que justísimamente le dió la licencia, del modo que arriba queda declarado.

Estas son en suma las tentaciones mas generales que acometen en todos los estados; mas como cada estado tiene algunas propias, iránse declarando en los tratados siguientes.

TRATADO TERCERO.

DE LA PERFECCION

DE LA REPÚBLICA EN EL TRATO COMUN ENTRE MAYORES Y MENORES É IGUALES, Y EN EL GOBIERNO DE LAS FAMILIAS.

CAPÍTULO PRIMERO.

COMO LA PERFECCION Y FELICIDAD DE LA REPÚBLICA ESTRIBAN EN DOS COLUMNAS; VERDAD Y VIRTUD.

Como la república en general es una congregacion de muchos hombres, que se gobiernan por unas mismas leyes, tiene su perfeccion y felicidad, fundadas sobre dos insignes columnas, que podemos llamar; *Verdad y Virtud.* La verdad ilustra nuestro entendimiento y abraza todas las cosas que estamos obligados á saber para alcanzar nuestro último y supremo fin. Y son de dos maneras: unas naturales, conformes á la lumbre de la razon, á la cual David [1] llama *luz del rostro de Dios*, que nos descubre el bien que hemos de hacer y el mal de que debemos huir. De don-

[1] Psalm. 4, v. 7.

de proceden, como dice Sto. Tomás [1], todos los preceptos de la ley natural, que obligan á todos los hombres; mas otras verdades son sobrenaturales, reveladas por Dios nuestro Señor para manifestarnos los misterios que hemos de creer y las obras que hemos de hacer, con la excelencia que enseña la ley evangélica en sus especiales preceptos y consejos. Esta verdad es la primera columna en que estriba la perfeccion de la república, y de todas sus partes. En ella se funda la rectitud de las leyes humanas, la sinceridad de nuestras palabras, la fidelidad de nuestras promesas, la justicia de nuestros contratos, la amistad y afabilidad de unos hombres para con otros, la religion con que todos han de honrar á Dios, todas las artes y ciencias, y la vida contemplativa en todas sus obras, cuyo blanco es la suprema verdad, que es el mismo Dios, y las demás que suele manifestar á *sus amigos* [2].

Mas porque no basta para nuestra salvacion y perfeccion el conocimiento de la verdad, es necesaria la segunda columna de la virtud, que nos inclina á obrar las cosas que hemos conocido. Y como dijo Aristóteles [3], es el fin de las repúblicas y ciudades, á donde se juntan muchos, no solo para vivir la vida natural, con ventajas; sino para vivir virtuosamente, obrando por el supremo bien de esta vida, que es la virtud, la cual tiene dos suertes de hábitos: unos que siguen el dictámen de la razon, y estos pertenecen á la república, en cuanto humana; otros mas excelentes y sobrenaturales, que siguen la luz de la fe y la mocion del Espíritu Santo, y estos son fin de la república en cuanto cristiana. Y son tan excelentes, que hablando el Sabio de la templanza, prudencia, justicia, y fortaleza, que nacen de la divina sabiduría, añade [4]: *Quibus utilius nihil est in vita hominibus;* que no hay

[1] 1, 2, q. 91, art. 2, et q. 94, art. 2. — [2] D. Thom. 2, 2, q 180 art. 4. — Joan. 15, v. 15. — [3] 3 Polit. 3, c. 6. — [4] Sap. 8, v. 7.

cosa en la vida mas provechosa á los hombres que ellas, por ser innumerables y excelentísimos los favores y premios que están prometidos en esta vida y en la otra á los que las practican; para que todos los ciudadanos de la Iglesia y república cristiana se animen á fundar sus vidas, sobre estas dos columnas juntamente; porque la virtud no se halla sin la verdad, y la verdad siempre está suspirando por la compañía de la virtud, y con ambas alcanzarán la perfeccion y felicidad que pueden desear.

1. De todo esto verémos una figura maravillosa en aquellas *dos famosas columnas de bronce, que el rey Salomon* [1] *puso en las puertas del templo, una al lado derecho, que llamó* Jachin *y* quiere decir firmeza; *otra al lado izquierdo que llamó* Booz, y significa fortaleza, *ambas muy altas y anchas, por dentro huecas, con cuatro dedos de grueso, y encima con un hermoso capitel á manera de lirio, con una faja de red ó cadenilla, que daba siete vueltas al rededor hácia lo alto, en la cual habia doscientas granadas en dos órdenes, á saber: cien metidas en los agujeros de la red, cada cual en el suyo, y las otras cien colgando háeia fuera, siendo toda esta obra vaciada en cobre.* Representan estas dos columnas, en sentido moral, la verdad y la virtud, que adornan el templo de la Iglesia, y sostienen con firmeza y fortaleza la república cristiana; porque no hay en el mundo cosa mas mas alta, ni mas bella, ni mas firme y fuerte que ellas. La verdad de la fe sube tan alto, que llega á lo supremo del mismo Dios trino y uno, y descubre los mas soberanos misterios, y los mas altos dictámenes de perfeccion que se pueden pensar; y la virtud cristiana es tan elevada, que llega hasta la union con el mismo Dios, transformando el espíritu humano en el divino, con grande semejanza entre los

[1] III Reg. 7, vv. 15-22. — II Par. 3, vv. 15-17. — Jer. 52, vv. 20-23.

dos. *La verdad*, como dice el libro de Esdras [1] *es la mas fuerte de todas las cosas, contra la cual no puede prevalecer el vino, ni el rey, ni la mujer, ni cosa criada*; y la verdad de nuestra fe es columna tan firme, *que los poderes del infierno no bastarán para derribarla* [2], aunque puedan combatirla, porque su firmeza en Cristo es invencible; y la virtud cristiana es columna tan fuerte, que todos los trabajos y persecuciones del mundo y de la carne, no podrán hundirla [3], porque se apoya en la divina omnipotencia y en la eficacia de su gracia. Pero sin embargo, las columnas por dentro estaban huecas, porque el entendimiento y voluntad, sobre quienes se sientan la verdad y la virtud, son de su cosecha cosa hueca, y vacía, sin firmeza, ni fortaleza alguna. Y ¿qué cosa hay mas mudable y vana, que un entendimiento humano sin fe? Y ¿qué cosa puede haber mas inconstante y frágil, que una voluntad sin virtud? Pero esto mismo ayuda para que la verdad y la virtud estén mas firmes en el justo; el cual conociendo su vaciedad, y su nada, no se fia de sí, sino de Dios, de quien le han de venir su firmeza y fortaleza. Conforme á lo que dijo por David [4]: *La tierra se derritió y deshizo como nada: pero yo confirmé las columnas de ella*, porque en almas humildes echan muy hondas raices las verdades, y las virtudes. Y no sin misterio las columnas tenian de ancho doce codos y cuatro dedos de grueso; para significar, como dice Beda [5], que la doctrina y vida ejemplar de los doce apóstoles, declaradas en los cuatro evangelios, es la regla con la cual hemos de medir la nuestra, y en que ha de estribar nuestra firmeza. Conforme á lo que dice S. Pablo [6], que *estamos fundados sobre el fundamento de los apóstoles*, y *unidos con la piedra angular que es Cristo.*

[1] III Esdr. c. 4, v. 36. — [2] Matth. 16, v. 18. — [3] Rom. 8, v. 35. — [4] Psalm. 74, v. 4. — [5] Lib. de Templo, cap. 18. — [6] Ephes. 1, v. 20.

2. Pero ¿qué diremos del capitel, que es lo supremo de la columna? Porque la verdad y la virtud tienen sus capiteles de admirable belleza y excelencia, cuyo remate son lirios y azucenas, con muchas granadas entremetidas en las redes, ó colgando de ellas; para que se entienda que cuando la verdad y la virtud crecen y llegan á su grado mas alto, entonces descubren su hermosura y felicidad y la excelencia de los bienes que en sí encierran. La verdad es á modo de una red, tejida de muchos misterios y varios preceptos y consejos que propone. La virtud es como una cadena con muchos eslabones de hábitos virtuosos, unidos entre sí por la prudencia y caridad; y ambas dan siete vueltas por el capitel hácia lo alto, para significar la firmeza con que los justos abrazan la cadena de las verdades y virtudes y van siempre aprovechando en ellas [1]. Para lo cual siempre nos inclinan á obras muy gloriosas: unas interiores, significadas por las cien granadas que estaban metidas en los agujeros de las redes; otras exteriores, figuradas por las otras ciento, que colgaban por de fuera. Y llámanse ciento, que es número de perfeccion; para declarar la multitud y excelencia de todas estas obras, concurriendo en cada una muchos ejercicios de virtudes, como en la granada se juntan muchos granos; porque en una limosna bien hecha suelen juntarse la fe que la endereza, la caridad que la manda, la misericordia que la ejecuta, la obediencia que la acompaña, la mortificacion que quita el estorbo y la esperanza que la facilita.

Vengamos á los lirios y azucenas en que se rematan los capiteles, y son símbolo de los esclarecidos premios y coronas que concede nuestro Señor á los que han abrazado la verdad y la virtud, con la perfeccion

[1] Psalm. 83, v. 8.

y firmeza que se ha dicho. Lirio es la paz de Dios, que sobrepuja á todo sentido, el gozo en el Espíritu Santo, la alegría de la buena conciencia, la victoria de los enemigos, la libertad del espíritu, la grandeza de corazon sobre todo lo criado, la contemplacion del sumo bien, y la union con él por estrecho amor; pero sobre todo, el lirio que corona estas columnas, es el mismo Dios, que se dignó de llamarse lirio y azucena [1], por su infinita hermosura y excelencia: cuya vista y posesion basta para hacer bienaventurados á todos los que le miran; con cuyo olor se confortan los que tienen esperanza de verle y poseerle; pues con las prendas de alcanzarle comienza desde luego parte de su buena dicha. Finalmente, tambien es lirio oloroso el premio temporal, que *se les dá por añadidura* [2] y entretenimiento, con riquezas y honras en el grado que les convienen para pasar esta vida, de modo que ganen la eterna.

3. Pero ¿quién podrá subir á tanta alteza? Y ¿quién sabrá trazar dentro del templo de su alma tan grandiosa fábrica? No sin causa estas columnas con sus capiteles, lirios y granadas, se hicieron de cobre derretido, y vaciado en su molde; porque como el fuego derrite el metal, y el molde le dá la figura, y cual es el molde, tal sale lo que en él se funde; así es propio del Espíritu Santo, con el fuego de su divino amor, derretir y ablandar nuestro duro corazon para que se ajuste en todas las cosas con su molde, que es Cristo nuestro Señor, columna de perfeccion infinita, de la cual toman su figura todos los justos, especialmente los que S. Pablo [3], llama columnas de la Iglesia. Él es el molde de todas las verdades y virtudes que se han de imprimir en nuestros corazones; y tanto serán mas perfectas, cuanto fueren mas conformes con las suyas.

[1] Cantic. 2, v. 1, et 2 — [2] Matth. 6, v. 33. — [3] Gal. 2, v. 9.

Molde es tambien de las obras excelentes, que á modo de granadas producen los justos; y tanto lo serán mas, cuanto se parecieren mas á las que él hizo para nuestro ejemplo. Tambien es molde de los lirios y premios, que se han de dar á los escogidos; porque como han de imitarle en la vida, así serán semejantes á él en la gloria, *reformando nuestro cuerpo mortal para que se conforme con el suyo glorificado* [1].

4. Finalmente, cuando la república cristiana se conformare con la vida y doctrina de este Señor, entonces tendrá toda su perfeccion y felicidad, y le cuadrarán los dos ilustres nombres, que le dió el profeta Isaías [2], diciendo: *Vocaberis civitas justi, urbs fidelis;* llamarte has ciudad del justo, en la cual el justo de los justos more por fe y caridad, y en la que resplandezcan la virtud y la verdad, la justicia y la santidad, con abundancia de paz. Tambien te llamarás pueblo fiel, porque serás fiel en creer las cosas que Dios revela, y en guardar las leyes que te dá, y en esperar las promesas que te hace. Y Dios será fidelísimo en cumplirlas, porque este *soberano legislador te dará su copiosa bendicion, para que subas* de verdad en verdad, *y de virtud en virtud, hasta ver al Dios de los dioses en la santa Sion* [3], en donde serás llamada, *ciudad de Dios vivo, Jerusalen celestial, cuyos ciudadanos son millones de ángeles* [4], participando de la misma gloria que ellos, por todos los siglos de los siglos. Amen.

---

[1] Philip. 3, v. 21. — [2] Isaí. 1, v. 26. — [3] Psalm. 83, v. 8. — [4] Hebr. 12, v. 22.

CAPÍTULO II.

COMO MAYORES, MENORES É IGUALES HAN DE CUMPLIR CON SUS OBLIGACIONES, Y TRATARSE CON CARIDAD Y AFABILIDAD CRISTIANAS.

—

Cualquier república, sea seglar, eclesiástica ó religiosa, en todas sus comunidades y familias, comprende tres grados de personas, que podemos llamar mayores, menores é iguales. Por los mayores en la república seglar de que tratarémos aquí mas particularmente por ser la primera entendemos los reyes, príncipes, gobernadores y jueces, y todos los señores, particulares y padres de familia. Menores se llaman los súbditos, vasallos, criados y jornaleros, los hijos respecto de sus padres y las mujeres respecto de sus maridos. Iguales, son los demás ciudadanos, amigos, vecinos y hermanos, y los señores ó criados entre sí mismos; y como la salud y hermosura del cuerpo consisten en que todas sus partes estén sanas y perfectas; así la perfeccion de la república y familia está en que todos estos sean perfectos, los superiores en su grado, y los súbditos é iguales en el suyo tambien. Lo cual alcanzarán principalmente con estas cuatro cosas.

1. La primera, si están contentos con el estado, oficio y grado, que les han cabido por disposicion de la divina providencia, del modo que se dijo en el capítulo séptimo del primer tratado. La segunda, si están unidos entre sí mismos con verdadero amor y conformidad; porque como dice S. Agustin [1], la ciudad es una reunion de muchos hombres, ligados con el vínculo de alguna buena amistad; y si este vínculo fal-

[1] Lib. 15, de Civit. c. 8.

tase, luego pereceria; pues, como dijo el Salvador [1]: *El reino dividido, luego es destruido*. La tercera es, si todos procuran saber bien sus obligaciones y cumplir con ellas, imprimiendo, como dijo Salomon [2], *en las tablas de su corazon*, que son, memoria, entendimiento y voluntad, las leyes divinas y humanas, que les corresponden, y las propias de su estado y oficio, para no dejar de guardarlas por ignorancia, olvido, desamor ó desprecio, ó como cosa de poco mas, ó menos; si no con el esmero que piden las virtudes, cuyos actos se mandan ó encargan en las mismas. Pero han de añadir lo cuarto, que pone el sello á la perfeccion, tratándose unos á otros con afabilidad, haciéndose buenas obras, no solo en las cosas de obligacion y justicia, sino en muchas de grande liberalidad y misericordia.

2. Porque á todo esto inclinan las perfectas virtudes, especialmente la caridad, que es reina de todas, ley viva impresa en el alma, vínculo y lazo de la perfeccion, y que tiene mas á su cargo lo que pertenece á los tres grados de personas que se han dicho: porque el amor, como dice S. Dionisio [3], hace que los justos se olviden de sí [4], y se apliquen á mirar por los otros, obedeciendo á los mayores, rigiendo á los menores, y portándose bien con los iguales. La caridad mueve tambien á la justicia, cuyo oficio es dar á cada uno lo que es suyo, para que pague, como dice San Bernardo [5], la deuda que debe á los superiores y á los súbditos y á los demás compañeros. Y porque ninguno por sí solo sabe y puede hacer esto como conviene, mueve á la oracion y contemplacion, para que negocien la entrada en las tres celdas, que tiene nuestro Señor, como dice el mismo Santo [6], para enseñar el modo de regir, obedecer y tratar á los demás; cum-

[1] Luc. 11, v. 17.— [2] Prov. 3, v. 4.— [3] Cap. 4, de divin. nominibus.— [4] I Cor. 13, v. 5.— [5] Serm. 3, de Advent. et lib. 3.de consid.— [6] Serm. 23, in Cant.

pliendo lo que dijo S. Pablo [1]: *Pagad á todos lo que les debeis: á quién debeis tributo, pagadle tributo: á quien temor, temor: á quién honra, honra. No debais nada á nadie, sino amaos unos á otros, porque quien ama á su prójimo, ha cumplido la ley; y todos los preceptos se encierran en esta palabra: Amarás á tu prójimo, como á tí mismo, porque el amor del prójimo no hace cosa mala, y el cumplimiento de la ley es el amor.* Esto dice el Apostol, para que se entienda, que la caridad nos inclina á tratar con nuestros prójimos, mayores y menores é iguales, como quisiéramos ser tratados de ellos [2]; porque con admirable providencia dispuso nuestro Señor que estos tres grados se junten casi en todos los hombres, respecto de diversas personas, para que cada uno rija como desea ser regido, y obedezca como quiere ser obedecido, y trate de modo que quisiera ser tratado.

3. Para esto tambien la caridad se sirve mucho de otra virtud moral, que Sto. Tomás [3] llama afabilidad ó amistad humana, anexa á la virtud de la justicia, realzándola con la amistad sobrenatural que causa la misma caridad; y su oficio es, inclinarnos á tratar amigablemente con todos, como buenos ciudadanos. Porque, como dijo Aristóteles [4], distinta cosa es ser buen hombre, de ser buen ciudadano. Para lo primero, basta vivir bien á sus solas; mas para lo segundo, es menester saber tratar bien con los otros, que forman parte de su comunidad. Y por esto, preguntando cierto hombre á un filósofo, en que podia mas servir á su república; le respondió cuerdamente: Que en hacerse buen ciudadano: así como en ninguna cosa pueden tanto servir los ojos y manos á todo el cuerpo, como en ser buenos ojos y buenas manos, haciendo bien sus oficios. Y de aquí es, que no se llamará nadie buen se-

[1] Ad Rom. 13, v 7-10.—[2] Matth. 7, v. 12.—[3] 2, 2 quæst. 114.—[4] 3, Polit. c. 3.

ñor y buen criado ó buen ciudadano, por ser devoto y rezador, si es descuidado en regir ó servir como debe, ó si es muy áspero é intratable; porque el bien resulta de tener todo lo que conviene, segun el estado, y el mal de cualquier falta que se tenga. Y á estos podiamos decir lo que dijo Cristo nuestro Señor á los fariseos [1]: *Hæc oportuit facere, et illa non omittere;* conviene hacer las cosas de vuestro propio aprovechamiento, sin dejar las que son propias de vuestro estado y oficio para bien de los otros.

4. De donde concluyo, que el buen ser de la ciudad y familia principalmente consiste en que los superiores y súbditos y los iguales resplandezcan en la caridad con sus dos compañeras la justicia y afabilidad, mostrándolas en todas las palabras y obras que son propias de cada una, de las cuales mostrarémos las mas principales en el decurso de este tratado, tomando por dechado lo que cuenta la Sagrada Escritura del venerable Booz y su familia. El cual no por acaso tuvo este nombre, que despues puso Salomon á la segunda columna del templo, como se vió en el capítulo pasado; porque resplandeció con gran fortaleza en las virtudes que aquella columna representaba, como se verá por lo que de ellas se irá diciendo.

§ I.

De los saludos, y cortesías.

Pongamos ejemplo de todo lo que se ha dicho, en la primera cosa que suele suceder en el trato de unas personas con otras, que son los acostumbrados saludos y cortesías que se hacen cuando se encuentran ó visitan. En las cuales la justicia paga la reverencia y

[1] Matth. 23, v. 23

honra que debe á cada uno, y la afabilidad da señales del amor que le tiene; porque los enemigos, aunque se encuentren, no se saludan; imitando á su padre Satanás que con haberse hecho encontradizo con Eva en el paraiso [1], no la saludó, por el terrible ódio que le tenia. Mas los que se precian de afables y benignos, comienzan por estos saludos, como nuestro Booz. El cual en llegando donde estaban sus segadores, les dijo: *Dominus vobiscum. El Señor sea con vosotros.* Y ellos respondieron: *Bendígate el Señor.* Y luego prosiguió sus pláticas, mostrándose justo y afable con todos, y especialmente con Ruth, con ser pobre y estrangera [2]: porque la afabilidad, como dijo Aristóteles [3], estiéndese á conocidos y no conocidos, á domésticos y extraños: y no solamente los iguales han de ser afables entre sí, sino tambien los ricos con los pobres, los señores con los criados, y los príncipes con sus vasallos, conforme á lo que dice el Eclesiástico [4]: *en la congregacion de los pobres, muéstrate afable: y si te han hecho gobernador, no te engrias, sino anda entre todos como uno de ellos*, aunque has de huir de los extremos viciosos. Porque, como dijo S. Bernardo al Papa Eugenio [5], la mucha severidad hace al hombre aborrecible, y la falta de gravedad hácele despreciable; mas el medio que pone la afabilidad hácele amable. Pero no ha de ser solamente política, sino cristiana y perfecta, cuyas primeras palabras y saludos huelan á santidad, como las de Booz y sus criados. Conforme á lo que despues encargaron los apóstoles, diciendo [6]: *Salutate invicem in osculo santo;* saludaos unos á otros con señales de amor santo y puro, sin mezcla de carnalidad y profanidad, como conviene á los que profesan santidad. En lo cual

[1] Genes 3, v. 1.— [2] Ruth. 2, v. 4, et seq.— [3] 4, Ethic. c. 6.— [4] Eccli. 4, v. 7. et c. 32, v. 1.— [5] Lib. 4, de consider. prope finem — [6] I Petr. 5, v. 14, I, Cor. 16, v. 20, et II Cor. 13, v. 12.

como advierte S. Ambrosio [1], enseñaban la forma de saludo que se habia de usar en la Iglesia. No quiero condenar el modo de saludar de que ordinariamente usan los ciudadanos y hombres cuerdos, segun la costumbre de su república, pues basta este por señal de su afabilidad; pero no puedo dejar de alabar la perfeccion de aquellos en que resplandece la piedad cristiana haciendo alguna mencion de Dios, ó de Cristo nuestro Señor, de quien procede toda nuestra salud; porque es razon que los cristianos, y mucho mas los eclesiásticos y religiosos, muestren serlo en sus primeras palabras, no usando de saludos totalmente profanos y mundanos, sino cristianos y religiosos, por los cuales se pide á Dios algun bien espiritual para el prójimo, ó con gran afecto se le desea: y á veces suele nuestro Señor por este medio concederlo, cuando hay en el prójimo disposicion para recibirlo. Y por esta causa Cristo nuestro Señor saludaba á sus discípulos, diciéndoles [2]: *Paz con vosotros.* Y á ellos mandó que saludasen con las mismas palabras [3], entendiendo por la paz la reconciliacion y amistad con Dios, mediante la gracia y tambien la union y concordia de unos con otros, que es efecto de la caridad. Y para que entendiesen que su saludo no seria vano, como quien habla palabras al aire, añadió, que *su paz bajaria sobre los que fuesen hijos de la paz* [4], deseosos de ella, con disposicion para recibirla. Y esto mismo resplandeció en la salutacion de la Vírgen nuestra Señora á santa Isabel [5]; porque aunque el Evangelio no cuenta las palabras que le dijo, es de creer que la diria las de Booz, que en aquel tiempo eran usadas de los varones justos, y de los mismos Angeles [6], como se vió por las que S. Gabriel la dijo en su Anunciacion [7]: Y así es de creer que le diria: *Dominus tecum;* el Señor sea

[1] In II ad Corinth. 13.— [2] Joan. 20, vv. 19, et 26.— [3] Matth. 10, v. 12.— [4] Luc. 10, v. 6.— [5] Luc. 1, v. 41.— [6] Judic. 6, v. 12.— [7] Luc. 1, v. 28.

contigo. Por cuyo medio, usando nuestro Señor de estas palabras, quiso hacerlas verdaderas con gran perfeccion, comenzando á estar por gracia en el niño Juan, que Sta. Isabel tenia en sus entrañas y llenando tambien á ella de su divino Espíritu. Y pues ya sabemos la voluntad y liberalidad de nuestro Dios, gran perfeccion es usar este modo de saludos, no con ánimo fingido como Joab [1] y Judas el traidor [2], ni por puro cumplimiento, como quien dice palabras al aire; sino con intencion y deseo de que nuestro Señor conceda el bien que las palabras significan.

Y de aquí es, que cuando el profeta Eliseo mandó á su criado Giezi [3] y Cristo nuestro Señor á sus discípulos [4], que *á ninguno saludasen por el camino*, no pretendió prohibirles este acto de amistad; antes bien declaró su importancia, poniéndole, como dice S. Ambrosio [5], en segundo lugar despues de la obediencia. Como si dijera: Habeis de ser tan diligentes en la obra que os encomiendo, que si os impidiese cumplirlas el saludar á los pasajeros, no habeis de saludarlos, con ser cosa de suyo tan decente. Y por consiguiente, no quita la salutacion virtuosa, porque esta nunca impide; sino la vana, con mezcla de pláticas impertinentes, porque esta estorba.

Mas adelante han de pasar la afabilidad y amistad cristianas, guardando el consejo del Salvador, que dice [6]: Que saludes, no solamente á los amigos, sino tambien á los enemigos, y extraños; *porque si solamente saludas á tus hermanos, ¿que mas haces que los gentiles? pues ellos tambien los saludan.* Haz lo que ellos no hacen, para que ellos vengan á hacer lo que no hacian, imitando lo que tú haces y convirtiéndose de enemigos en amigos. Conforme á lo que dijo S. Pablo [7]: *No seas vencido del malo, aborreciendo al que te*

[1] II Reg. 20, v. 9.— [2] Matth. 26, v. 49.— [3] IV Reg. 4, v. 29.— [4] Luc. 10, v. 4. — [5] In Lucam. — [6] Matth. 5, v. 47.— [7] Rom. 12, v. 21.

aborrece, sino vence al malo con lo bueno, haciéndole bien para que deje de ser malo. En las vidas de los Padres se lee, que un discípulo imperfecto de S. Macario encontró en el camino á un gentil cargado con un haz de leña, y díjole con aspereza: ¿De dónde vienes demonio? Por lo cual, indignado el hombre, hirió muy mal al monje. Poco despues encontróle S. Macario, sin saber lo que habia pasado, y díjole amorosamente: Dios te salve, buen labrador. Respondió el otro: ¿Qué viste en mí para saludarme de esta manera? Porque te veo, dice, trabajar y no estar ocioso. Admirado el gentil de esta blandura y comedimiento, se arrojó á los piés del Santo, pidiendo que le hiciese cristiano y despues salió excelente religioso.

3. De aquí es, que la perfecta humildad y caridad en estos casos, previenen con los saludos á los otros, no contentándose con saludar á quien saluda, porque esto es como deuda de justicia, sino que quiere ganarle por la mano, y saludar primero, no solamente á los mayores; porque esto es obligacion, á la cual no se puede faltar sin gran grosería, sino tambien á los iguales y aun á los menores; porque esto es humildad digna de los imitadores de Cristo. *Por la cual,* como dijo el Apóstol [1] *se tienen unos á otros por superiores,* y *se anticipan mútuamente en honrarse,* y en los saludos acostumbrados. Como lo hizo Booz con sus criados, y lo hacia Cristo nuestro Señor con sus discípulos, y la Vírgen nuestra Señora con Sta. Isabel, para que la humildad de los mayores, como dice S. Ambrosio [2], fuese enseñanza y exaltacion de los menores. Cumpliendo lo que dijo el Eclesiástico [3]: *Cuanto fueres mayor, humíllate en todas las cosas, y hallarás gracia delante de Dios,* y aun tambien delante de los hombres, cuyas voluntades ganarás, si con humildad te les an-

[1] Philip. 2, v. 4. — Rom 12, v. 10. — [2] D. Ambros. et Beda in Luc. — [3] Eccli 3, v. 20.

ticipas en las honras. Y por esto Cristo nuestro Señor dijo á sus apóstoles[1]: *En entrando en alguna casa, salutate eam, saludad á todos los que moran en ella*, no solo á las cabezas, sino á los hijos, y criados, acariciando á todos, porque con esto les disponeis para que os oigan, y se muestren afables con vosotros; á la manera que los trabajadores de Booz, viéndose saludados con tanto amor por su amo, aprendieron de su ejemplo; y no sabiendo con qué pagarle aquella buena voluntad, acudieron al fiador universal de los pobres, diciendo: *Bendígate el Señor*. Como si dijeran: El Señor Dios de Israel te llene de bendiciones, por el amor que nos muestras, y por la honra que nos haces.

CAPÍTULO III.

DE LA REVERENCIA Y OBEDIENCIA QUE LOS SÚBDITOS Y CRIADOS HAN DE TENER Á SUS SUPERIORES Y SEÑORES, Y CUAN EXCELENTE ES LA QUE S. PABLO LES ENCARGA.

—

Con mucha razon, dice S. Ambrosio[2], que como los miembros del cuerpo humano de tal manera hacen sus propios oficios que el uno no usurpa lo que pertenece al otro, porque los ojos atienden á ver y no á oir, los oidos á oir y no á ver; así en la república y familia cada uno debe atender á las cosas de su estado y oficio, sin meterse en las que no le tocan con injuria y turbacion de los otros, cuyos oficios usurpa. Al modo que Aaron por órden de Dios dividia entre los levitas los oficios del tabernáculo y las cargas que habian de llevar, y cada uno llevaba la que le tocaba, sin tomar la que pertenecia á los otros: *Unumquem-*

[1] Matth. 10, v. 12.— [2] Lib. 3. offic. cap. 3.

que juxta officium, et onera sua, sicut præceperat ei Dominus; cada uno tomaba el oficio y cargas que le correspondian, como el Señor lo habia ordenado [1], contra cuya voluntad es que turbes el órden de la república, ó descuidando tu oficio, ó cargándote con el que no es tuyo. Bástate, como dijo Cristo nuestro Señor [2], *llevar tu propia cruz*, sin cargarte indiscretamente con la agena; y harto harás en dar buena cuenta de tu propia carga; porque como dice S. Pablo [3], *Unusquisque onus suum portabit*, cada uno ha de dar cuenta de lo que está á su cargo, y será castigado sino lo hizo. El señor dará cuenta de lo que es gobernar, y el criado de lo que es obedecer; porque esto les toca y en hacerlo como deben está su propia perfeccion. La cual declaró el Apóstol, diciendo así de los criados [4]: *Los que servís, obedeced á vuestros señores temporales en todas las cosas, con temor y temblor, y con sencillo corazon, como á Cristo, no sirviéndoles solamente en presencia, como quien pretende agradar á hombres, sino como siervos de Cristo, haciendo en esto la voluntad de Dios con gusto, y con buena voluntad, como quien sirve á Dios, y no á solos hombres; pues sabeis que cada uno recibirá del Señor el premio del bien que hiciere, ora sea siervo, ora libre: y el que hace agravio, recibirá el castigo del mal que hace, porque Dios no es aceptador de personas.* Esta es la regla de altísima perfeccion, que dá S. Pablo á todos los que son súbditos, en la cual indica ocho excelencias que han de acompañar la obediencia, para que sea del todo perfecta.

1 La primera, en que se fundan las demás, es que sirvan y obedezcan á los señores, no como á hombres sino como á Dios y como á Cristo, de quien procede el señorio y poder entre los hombres; y es su volun-

[1] Num. 4, vv. 19, 49.— [2] Luc. 9, v. 23. — [3] Gal. 6, v. 5. — [4] Ephes. 6, vv. 5-8. — Col. 3, v. 22-25.

tad que los súbditos obedezcan á los superiores, los vasallos á los príncipes, y los criados á los amos. Y por esto dijo el mismo Santo [1], *que todo poder*, así el eclesiástico, como el seglar, *nace de Dios, cuyas cosas están bien ordenadas; y que quien resiste al poder, resiste á la ordenacion de Dios*, con daño de su conciencia: mas si la sujecion se realza con esta intencion tan noble, vestirse ha de gran nobleza cristiana, reconociendo en el señor temporal al Señor eterno. Y de esta manera, como dice S. Juan Crisóstomo [2], no es bajeza, sino nobleza muy grande servir y obedecer al hombre, pues en él se obedece á Dios, á quien servir es reinar.

2. De aquí nace la segunda condicion, que llama S. Pablo *temor y temblor*, teniéndole reverencia interior y exterior; porque la exterior, pertenece á la cortesanía humana, pero la interior, es propia de la perfeccion cristiana, respetando con humildad al que Dios ha puesto en su lugar en la tierra. Y en este sentido dijo S. Pedro [3] á los siervos, que estén sujetos á sus señores, *in omni timore*. Que, como declara Sto. Tomás [4], quiere decir, con temor entero y perfecto, no servil, como los forzados, sino filial y casto; manifestándolo en las obras y palabras, y en todos los comedimientos acostumbrados, no por cumplimiento humano, sino de corazon, y como á Cristo, cuya persona representan. De este modo David respetaba á Saul, porque era rey y *cristo ungido del Señor* [5]; y aunque por su persona era malo, veneraba en él la dignidad real, que era buena: y una vez *se compungió, porque con poco respeto le cortó un poquito de la orla de su vestido* [6]; enseñándonos con este ejemplo, que no solamente la persona del superior, sino cualquier cosa suya, ha de ser tratada con mucha reverencia; teniendo

[1] Rom. 13, v. 1. — [2] Hom. 22, in epist. ad Ephesios. — [3] 1 Petr. 2, v. 18. — [4] D. Thom. in hunc loc. — [5] I Reg. 24, v. 7. — [6] Ibid. v. 6.

por grave culpa cualquier injuria ó descortesía, aunque parezcan pequeñas. Especialmente, porque como dijo S. Pablo [1], con ella se da ocasion á los señores para que sean impacientes y aun blasfemos; y el buen criado ha de quitar todo lo que puede ser tropiezo, y escándalo para su señor.

3. Con esta condicion se junta la tercera, que llama el Apóstol *corazon sencillo*, ó sea, *simplicidad de corazon* [2], con la cual quiere Dios ser servido, y que lo sean los señores. Y consiste en servirles con intencion pura y sencilla, sin fingimiento, doblez, ni engaño, con fidelidad y verdad, teniendo en el corazon el buen ánimo que se muestre por defuera; y mostrando por defuera el buen ánimo que se tiene dentro, conformando las palabras con las obras, y ambas con los buenos afectos interiores.

4. Y por esto añade: *Non ad oculum servientes, quasi hominibus placentes;* que no les sirvan solamente en su presencia, como lo hacen los que pretenden solo agradar á hombres, y esperan de ellos algun provecho temporal, sino que sean cuidadosos y fieles en presencia y en ausencia y en todo lugar; porque en todo lugar está presente el supremo Señor de todos, que lo manda y quiere, y ve lo que hacen, y gusta de ello. Y, como advierte S. Juan Crisóstomo [3], si haces las cosas que te mandan con igual gusto cuando no eres visto de los hombres, das á entender, *quod ea propter oculum Dei perpetuo vigilem, cuncta videntem facias*, que las haces por el ojo clarísimo de Dios, que siempre vela y ve todo lo que se hace. Y si la presencia del mayordomo celoso es bastante para que los criados sean diligentes, aunque esté ausente el señor; cuanto mas les ha de bastar la presencia del Señor de cielos y tierra, que es muy celoso de que sean obede-

[1] I ad Tim. 6, v. 1. — [2] Sap. 1, v. 1. — [3] Hom. 22, in epist. ad Ephes.

cidos los señores temporales, porque de otra manera sucederles ha lo que dijo el Salvador en una parábola [1]: *Si el siervo dijere, mi Señor está ausente, y tarda en venir, y por esto trataré mal á los demás criados y criadas; y se diere á comer, y beber hasta embriagarse; vendrá su señor, cuando menos piense, y pondrále entre los hipócritas, donde hay llanto, y crujir de dientes.* Y bien dice, que le pondrá entre los hipócritas, porque hipócrita es y fingido siervo el que sirve en presencia y no en ausencia; pues de no servir en ausencia, se sigue claramente que no sirve de corazon en presencia, sino de puro cumplimiento fingiendo el ánimo que no tiene.

5. Y de aquí tambien procede la quinta condicion, que es obedecer con gusto y buena voluntad, acompañando su obediencia con alegría, prontitud y presteza como acuden los hombres á las cosas de que mucho gustan, y con una voluntad que merezca el nombre de buena, por fundarse en el amor puro de Cristo, por el cual obran con mucho gusto. Y esta pronta voluntad, dice S. Juan Crisóstomo [2], convierte la necesidad en virtud, y es causa de que los criados merezcan mucho en todo lo que trabajan, no solo delante de los hombres, sino tambien delante de Dios. Y por esto añadió el Apóstol: *Facientes voluntatem Dei.* En todo lo que hiciereis, hacedlo con el mismo fervor y espíritu, que si el mismo Dios lo mandara, pues él es el que manda lo que todos los superiores mandan en su nombre, y de todos se entiende lo que dijo á sus discípulos [3]: *El que á vosotros oye, á mí oye.* Con tal condicion, que los señores manden como conviene, guardando la subordinacion que han de tener al supremo Señor, á quien deben obedecer.

6. Y de este modo se ha de entender lo que dice el

[1] Luc. 12, vv. 45, 46.—Matth. 24, vv. 48-51.—[2] Ubi supra.—[3] Luc. 10, v. 16.

mismo Apóstol[1], que la obediencia y sujecion de los criados, han de ser *per omnia*, en todas las cosas; esto es, en todas las que son lícitas y honestas, porque en las malas y prohibidas, aunque no sea mas que pecado venial, de ninguna manera han de obedecerlos, antes bien han de responderles lo que dijeron los apóstoles[2]: *Conviene obedecer á Dios mas que á los hombres; y vosotros mismos sed los jueces; ¿á cuál de los dos mandatos se ha de estar, al divino, ó al humano?* Porque si el corregidor manda algo contra lo que el rey ha ordenado, no es voluntad del rey que sea obedecido; pues en eso no hace oficio de corregidor, sino de transgresor; y el Señor que manda cosa injusta, no hace oficio de señor legítimo, sino de tirano; ni representa á Dios en esto, sino al demonio, de quien procede originariamente ese mandato injusto. Fuera de este caso, la obediencia ha de ser universal en todas las cosas que son mandadas, grandes y pequeñas, fáciles y difíciles, porque en todas resplandece la voluntad de Dios que manda ejecutarlas, como no pasen de los límites que tiene el poder del que manda, ni excedan claramente á las fuerzas y facultades del que las ejecuta, porque todo esto toca á la prudencia, que es regla de todas las demás virtudes, y principalmente necesaria á los que gobiernan, como despues se dirá; porque la prudencia de los que obedecen solamente pide sujetarse en todo lo que conocidamente no es malo, ni imposible ó indecente, ó ageno de su profesion y estado.

7. De aquí es, que su obediencia y sujecion se han de acompañar con insigne paciencia, porque se han de extender no solamente á servir y obedecer fielmente á los príncipes y señores que son buenos, mansos y afables, sino tambien á los que son malos, duros y de-

[1] Ad Col. 3, v. 22.—[2] Act. 5, v. 29, et c. 4, v. 19.

sabridos. Lo cual declaró mas S. Pedro [1], diciendo expresamente, que se sujeten, *Etiam dyscolis*, tambien á los señores desaforados y de mala condicion; y da la razon luego [2]: *Hæc est enim gratia si propter Dei conscientiam sustinet quis tristitias patiens injuste.* Porque en esto consiste la gracia y amistad de Dios, y por este camino se alcanza, si el criado por conservar la conciencia pura con Dios y por deseo de agradarle, sufre con paciencia las tristezas y aflicciones que injustamente le causa la furia de su señor. De modo, que sirviendo bien, reciba mal; y por la obra que merecia premio, reciba castigo. Y *¿qué gloria,* dice el mejor apóstol, *se puede ganar con Dios si solamente sufrís, cuando sois castigados por vuestro, pecado? Pero si haciendo bien*, y obedeciendo, como estais obligados, *sufrís con paciencia*, sin murmuracion, ni queja, las injurias que os dicen vuestros señores, *con esto alcanzaréis* grande *gracia con vuestro Dios, in hoc enim vocati estis;* porque vuestra vocacion es para obedecer, no solamente á los señores que os tratan con blandura, sino tambien á los que os tratan con aspereza y os hacen algun agravio. *Porque Cristo*, añade, *padeció por nosotros, dándoos ejemplo para que sigais sus pisadas; el cual con no haber pecado, ni haberse hallado en su boca engaño, no maldecia, cuando era maldecido: y cuando padecia, no amenazaba, antes se entregaba al que injustamente le juzgaba* [3]. Pues si el Salvador del mundo, siendo inocente, se sujetó á los presidentes y jueces injustos, y cumplió sus mandatos desaforados, ¿cuanta mas razon será que los súbditos, por amor del mismo Salvador, se sujeten á sus señores, y les obedezcan, aunque sean desapiadados? Porque dado que esta vez padezcan sin culpa presente, han hecho otras culpas, que merecen estas y otras mas graves penas.

[1] I Petr. 2, v. 18. — [2] Ibid. v. 19. — [3] I Petr. 2, vv. 20-23.

8. Mas para que no se desconsuelen los súbditos y criados que sirven, y no medran ni reciben paga de sus servicios, sino nuevo tormento por ellos, concluye S. Pablo con decir [1]: *Servid de buena gana, entendiendo que habeis de recibir en pago la eterna herencia de Dios, y cada uno recibirá el premio del bien que hiciere.* Como si dijera: Si los señores temporales se descuidaren de premiar vuestros servicios, no se descuidará Dios de premiarlos, con tal que les sirvais, por su amor: y si perdiereis la paga temporal, no perderéis la paga de la herencia eterna: y si los señores fueren tiranos é injustos, no perdais la paciencia, ni deseeis venganza; porque á cuenta de Dios queda vengar vuestras injurias y castigar los agravios, sin aceptar personas: y si en esta vida no lo hiciere, harálo en la otra, castigando poderosamente á los poderosos, trocando las suertes que tuvieron en este mundo; porque á los señores y poderosos, que tuvieron aquí la derecha y usaron de ella con crueldad, les pondrá á la mano izquierda con los que están destinados á los fuegos eternos: y á los súbditos y criados, que tuvieron aquí la izquierda y vivieron con humildad, los pondrá á la mano derecha, entre los que están señalados para entrar en el reino de los cielos.

Estas son en suma las condiciones de la perfecta obediencia y sujecion, en que consiste la perfeccion de los súbditos seglares, de las cuales se habla mas extensamente en el tratado del estado religioso. Pero ha sido conveniente ponerlas aquí, para que entiendan los seglares la alteza de la perfeccion que les pide la ley de Cristo, y no la dejen solamente para los religiosos; pues ellos tambien deben y pueden procurarla; y tienen facultades para alcanzarla con facilidad, sin añadir nuevos trabajos exteriores, con solo mudar y

[1] Col. 3, vv. 23, 24.

mejorar las intenciones y afectos interiores; y si advirtiesen esto, no solo los criados comunes, sino los nobles y distinguidos, que sirven á los reyes y príncipes, con igual trabajo sacarian incomparablemente mayor provecho. Y ¿qué hombre habria tan loco, que cavase en una mina de hierro, si con el mismo trabajo pudiese cavar en otra de oro? O ¿qué mercader seria tan ignorante, que emplease todo su caudal en un trato, donde no puede ganar sino diez por uno, pudiendo emplearle en otro, donde gane por uno ciento? Pues si con los mismos trabajos y servicios exteriores puedes merecer el reino de los cielos, realzando la intencion en hacerlos, del modo que se ha dicho, ¿qué indiscrecion será contentarte con galardones temporales, por hacerlos con intenciones humanas y mezquinas? Cuanto mas, que tu trabajo será menor, porque lo hacen mas suave la gracia y la paciencia y la esperanza del eterno galardon; ni perderás el temporal que te conviniere, pues sabrá nuestro Señor mover á los que te han de galardonar para que no dejen de hacerlo.

CAPÍTULO IV.

DEL MODO COMO LOS SEÑORES HAN DE REGIR SUS FAMILIAS Y TRATAR Á SUS CRIADOS, Y PROVEERLOS DE LO TEMPORAL QUE HAN MENESTER.

Como la perfeccion de los criados consiste en obedecer á sus señores, del modo que se ha dicho, así la perfeccion de los señores consiste en mandar y regir bien á sus criados y á todos los de su familia, conforme á las reglas de la prudencia, especialmente la que llamamos *económica*, cuyo oficio es gobernar bien la familia: y aunque es diferente de las otras dos, que llamamos *política*, *y regnativa*, á quien pertenece go-

bernar bien las ciudades, y los reinos; en muchas cosas tienen no obstante semejanza; y por lo que dirémos en el tratado siguiente de la perfeccion propia á los reyes y gobernadores de la república, se entenderá mas lo que corresponde á los señores particulares en el gobierno de sus casas. Pues, como dijo S. Juan Crisóstomo [1]: *Civitas quædam est uniuscujusque domus: Princeps est quisquam domus suæ;* cada casa es como una ciudad, y cada uno es como rey y príncipe de su familia: y lo que el rey hace en su reino, el corregidor en la ciudad y el juez en la república; esto mismo á su modo ha de hacer el señor en su casa, especialmente cuando la familia es numerosa, y hay en ella diversos órdenes de criados, unos mayores y otros menores. Pero fuera de esto ha de guardar otras muchas reglas, que pertenecen á su especial modo de gobierno; en las cuales se han de señalar tambien los príncipes y grandes señores y todos los gobernadores y jueces eclesiásticos y seglares. Conforme á un aviso maravilloso, que S. Bernardo dió al Papa Eugenio, diciéndole [2]: *In Palatio Papam, domi te Patrem Familias exhibe.* En el palacio has de hacer oficio de Papa, y en tu casa oficio de padre de familia. Y de la misma manera el rey y el gran señor, en lo público haga oficio de rey y de grande, con la grandeza y autoridad que su estado exige; pero cuando entra en su casa ha de hacer oficio de padre de familia, afable y amoroso, atendiendo al gobierno de ella, en el cual todos los señores y padres de familia han de guardar aquella regla de perfeccion que dió S. Pablo despues que contó las obligaciones de los criados para con sus señores, porque luego añadió las de los señores para con sus criados, diciendo [3]: *Vosotros, señores, haced con ellos las mismas cosas, suavizando las amena-*

[1] Hom. 22, in Epist. ad Ephes. — [2] Libr. 4. de consid. prope finem. — [3] Ephes. 6, v. 9.

zas, porque el Señor de ellos y vuestro está en los cielos, ante quien no hay acepcion de personas. Y ¿qué es, dice S. Juan Crisóstomo [1], haced con ellos las mismas cosas, sino servidlos como os sirven? Porque si cumplís con todas las obligaciones que teneis á la ley, de señores cristianos y perfectos, hallaréis muchas cosas en que servís á vuestros criados y trabajais por ellos, como ellos por vosotros. De suerte, que el oficio de los señores no es mandar como quiera, sino mandar sirviendo y obedeciendo á Dios en lo que mandan: porque si los criados han de servir á los señores como al mismo Dios, cuya persona representan, y porque el mismo Dios quiere que les sirvan y obedezcan, justo es que los señores manden y rijan á los criados en nombre de Dios y haciendo sus veces en la forma que el mismo Dios quiere que les manden. Y pues Dios aunque es señor absoluto, no rige como tirano sino como padre manda á sus criados con amor, mansedumbre y afabilidad; manda con prudencia, y rectitud siempre cosas buenas, y nunca malas; siempre acomodadas á la capacidad y fuerzas de cada uno y nunca desproporcionadas ni excesivas; manda á sus tiempos y coyunturas, compadeciéndose de sus criados; provéelos con abundancia de lo que han menester; corrige sus defectos con caridad y sufre á tiempos y disimula sus flaquezas con paciencia. Estas cosas y otras semejantes hace Dios con sus siervos y criados, convidando con su ejemplo á los señores que le imiten y hagan este oficio como él hace el suyo: y pues ellos quieren ser obedecidos como Dios lo manda, manden como Dios lo quiere: y como Dios junta con el oficio del señor el espíritu de padre, así ellos se precien de ser juntamente señores y padres de sus criados, para que los criados les sirvan tambien como hijos [2].

[1] Ubi supra. — [2] Véase el tratad. 4, c. 7.

§ I.

Esto que se ha dicho declaró mas el mismo S. Pablo en otro lugar, diciendo [1]: *Los que sois señores, haced con vuestros criados lo que es justo, y conveniente, acordándoos, que teneis otro señor en el cielo.* Como si dijera: Mirad que nunca les habeis de mandar, ni pedir cosa injusta, contraria á la ley de Dios y á la razon, sino siempre lo que es justo y conforme á la divina voluntad. Pero tampoco les habeis de mandar, ni pedir todo lo que es lícito, sino con moderacion, lo que es conveniente y hacedero, segun su estado; sin apretarles ni apurarles á que trabajen hasta desfallecer. Así mismo habeis de oir sus quejas justas, y aliviarles cuando están oprimidos y piden alivio en sus trabajos. No seais como Faraon, que con tirania oprimia á los hebreos, que le servian en hacer ladrillos imponiéndoles tareas excesivas, y forzándoles á hacer el mismo número, buscando las pajas, como cuando les proveia de ellas; y aunque se quejaban y daban gritos, no se compadecia ni cesaba de oprimirlos [2]. Antes habeis de ser como otro Job, ejemplo de señores seglares, el cual con tener tanta autoridad, que todos callaban en su presencia, dice de sí mismo [3]: *Si me desdeñé de entrar en juicio con mi esclavo ó esclava, cuando tenia alguna queja contra mí; ¿qué haré yo, cuando venga Dios á juzgarme? y cuando me preguntare lo que hice ¿qué le responderé? ¿por ventura no es un mismo Dios el que formó á él, y á mí en el vientre?* En cuyas palabras, como pondera S. Gregorio [4], expresa dos razones, que le servian de freno para no tratar mal á sus criados, mirando á Dios, que es el supremo Señor, y lo que ha de hacer con todos al fin de la vida,

[1] Col. 4, v. 1. — [2] Exod. 5, vv. 7-9. — [3] Job 31, vv. 13-15. — [4] Libr. 22, Mor. c. 20.

y lo que hizo al principio de ella. Y porque lo primero es motivo mas fuerte, lo pone en primer lugar acordándose que Dios es juez de todos, sin aceptar personas. Y si el señor hiciere algun agravio al esclavo, ¿qué hará cuando Dios entre con él en cuenta? ¿Qué le responderá, cuando le pida razon del mal que hizo? ¿por ventura valdrále por escusa decir que era su esclavo? Esa no será admitida, porque la ley de Dios le amparaba; y pues él tambien era esclavo de Dios, estaba obligado á guardar la ley que Dios le imponia; el cual es tan celoso de que se guarden las leyes que hizo en favor de los esclavos, que amenazó con terribles castigos por Jeremías [1], á los quebrantadores de ellas. Con este freno se han de refrenar los señores y los prelados, para que el señorío no les haga caer; porque si mirando á los que tienen debajo de sí se engrien, alzando los ojos al juez que tienen sobre sí se humillen, y no se desdeñen de entrar en juicio con sus criados cuando les piden cosas justas, haciendo ellos mismos oficios de buenos jueces, porque ha de entrar Dios en juicio con ellos para juzgar y castigar á los señores injustos, volviendo por la justicia de los criados afligidos.

La otra razon con que con el Sto. Job se reprimia era, que un mismo Dios es Criador de señores y criados; los cuales, como dice S. Gregorio [2], en la naturaleza son iguales, y en el nacimiento semejantes; aunque por secreta dispensacion de Dios unos son mayores y otros menores; pero los que desean ser santos, para conservarse en humildad y reprimir la hinchazon de la soberbia, apartan los ojos de su preeminencia, y pónenlos en la igualdad que tienen por la naturaleza: *Nec præesse gaudent hominibus, sed prodesse;* ni ponen su gozo en mandar, sino en aprovechar, primero á sí mis-

[1] Jer. 34, vv. 13, 22.— [2] Ubi supra.

mos y despues á los otros: y de tal manera andan y gobiernan, que ni pierdan la humildad, ni falten en la autoridad; mandando en lo exterior como señores y conservando la humildad interior como iguales; ajustándose con las leyes de Dios, que igualmente ligan á todos para que no les diga el profeta Malaquías [1]: *¿Por ventura no es uno el padre de todos, y un mismo Dios el que nos crió? ¿ Pues por qué desprecia cada uno de vosotros á su hermano, quebrantando el pacto de vuestros padres?* Y pues superiores y súbditos son hermanos, segun la naturaleza y en la fe y ser de gracia, y tienen un mismo Padre y Criador que es Dios, y están obligados á un mismo pacto que es su ley; no es razon que el uno desprecie al otro: y como el criado no ha de despreciar al señor, ni quebrantar la ley de Dios en la fidelidad y servicio que le encarga; así el señor no ha de despreciar al criado, ni quebrantar la ley de Dios en la justicia, y vigilancia que le encomienda: *Mei enim sunt servi*, dice el Señor [2]. Los siervos, mios son, yo los crié, yo los redimí, y saqué de la servidumbre del pecado; y así quiero que se guarden con ellos las leyes que yo he puesto.

§ II.

De estos fundamentos se han de sacar las cosas particulares, que pertenecen al gobierno de las familias, y son necesarias á todos los señores, so pena de caer en aquella infidelidad, de que dijo el Apóstol [3]: *Si alguno no tiene cuidado de los suyos, especialmente de los domésticos, ha negado la fe, y es peor que el infiel.* En cuyas palabras indica S. Pablo dos clases de súbditos que tienen los señores: unos que generalmente llama suyos, porque se ocupan en algunas cosas de su ser-

[1] Malach 2, v. 10. — [2] Levit. 25, v. 42, 55. — [3] I ad Tim. 5, v. 8

vicio, como son los vasallos, renteros y jornaleros; otros que llama domésticos, porque están dentro de su propia casa, y son parte de su familia. Entre los cuales son mas íntimos los hijos, y los que son de su propia sangre; y quien pierde el cuidado de todos estos, especialmente de los segundos, niega la fe, ya que no con palabras, á lo menos con las obras; pues con su descuido protesta que no tiene la fidelidad que la divina ley le encarga y la fe cristiana le encomienda. Y en esto es peor que el infiel, porque no solamente atropella el dictámen de la luz natural, sino el de la fe, que le obligaba á ser mas cuidadoso de los súbditos, que los otros señores infieles de los suyos. Y para no caer en esta infidelidad, su cuidado se ha de extender á tener providencia de ellos, como dice S. Juan Crisóstomo [1], en las cosas que tocan al cuerpo y alma; porque no se puede llamar cuidado el que es del cuerpo solo, si falta el del alma, que es lo que mas importa; ni bastará el del alma, sino le hay del cuerpo. Y este ha de ser el primero, proveyendo á los que te sirven de todo lo necesario segun las leyes de la justicia, ora sea jornal, ó salario, ó racion, ó la ordinaria provision de vestido, comida y habitacion convenientes, segun la calidad de la persona.

1. Porque si dice el Eclesiástico [2], que trates al criado fiel como á hermano, y que *sit tibi sicut anima tua*, que le tengas como á tu alma, y le ames como á tí mismo; mira lo que tú haces contigo, y á su manera has de hacer otro tanto con tu criado y con tu esclavo, porque respecto de ellos, tambien se entiende, aquel dictámen de la ley natural, que dice [3]: *Lo que quieres para tí, quiere para tu prójimo; y lo que deseas que otros hagan contigo, házlo tú con ellos.* Mira, pues, si tú fueras criado, como quisieras que te tra-

[1] Hom. 14, in I ad Tim. — [2] Eccli. 33, v. 31. — [3] Matth 7, v. 12. — Tob. 4, v. 16.

tara tu señor; y, pues eres señor, trata de esta manera á tus criados.

2. Y si la ley de la misericordia te obliga á tener cuidado de los pobres, dando de comer á los hambrientos, vistiendo á los desnudos, visitando á los enfermos y hospedando á los peregrinos, ¿cuánto mas te obligará la ley de la justicia, hermanada con la misericordia cristiana, para hacer esto mismo con tus criados?

2. Esto dió á entender el profeta Isaías, cuando dijo [1]: *Reparte tu pan con el hambriento, y mete al pobre en tu casa: y cuando vieres algun desnudo, cúbrele, y no desprecies á tu propia carne.* En donde lee San Juan Crisostomo [2]: *Et domesticos seminis tui ne despexeris;* y no desprecies á los que son de tu familia y de tu sangre; porque aunque la misericordia se extiende á todos los pobres; pero mucho mas á los parientes ó criados, los cuales son como carne tuya; y has de tener con ellos el cuidado que pide la caridad en cosa propia [3].

3. Además, si tú quieres que ellos tengan cuidado de trabajar en tu servicio; tambien has de tenerlo tú de darles el vestido y sustento necesarios para perseverar en su trabajo. Pues de la mujer fuerte se dice [4], que con solicitud *madruga para dar á sus domésticos y criados la racion competente, y la tarea de lo que han de hacer entre dia, proveyéndoles de doblado vestido en tiempo de frio*, porque no levanten mano del trabajo.

4. Y si en esto eres descuidado, ó les haces agravio ¿qué han de hacer, sino maldecirte, quejarse de tí, y levantar clamores al cielo? Los cuales serán oidos de Dios, y permitirá que otros se descuiden de tus cosas propias, como tú te descuidas de las de los tuyos. Esto es lo que dijo Moisés á su pueblo [5]: *No*

[1] Isai. c. 58, v. 7. — Tob. 4, v. 17. — [2] Ubi supra. — [3] D. Th. 2, 2, q. 32, art. 9. — [4] Prov. 31, vv. 15, 21. — [5] Deut. 24, vv. 4, 15. — Tob. 4, v. 15.

niegues el jornal al necesitado y pobre, sino el mismo dia le pagarás el precio de su trabajo antes que se ponga el sol, porque es pobre y sostiene con él su vida; no sea que clame contra ti al Señor, y te lo impute á pecado. Y el apóstol Santiago, amenazando á los ricos del siglo por sus grandes pecados, pone el primero diciendo [1]: *El jornal que debeis á los segadores, que segaron vuestras tierras, está clamando, y su clamor entró en los oidos del Señor de los ejércitos.* Y es estilo de la Sagrada Escritura declarar la gravedad de los pecados por nombre de clamor; y así advierte Sto. Tomás [2], que cuatro suertes de pecados claman delante de Dios: el homicidio, como clamaba la sangre de Abel [3]: la sodomia, como clamaban los vicios de Sodoma [4]: la opresion de los justos inocentes, cual fué la de los hebreos en Egipto [5]; y el jornal de los trabajadores defraudado. Y si este clama tanto ¿cuánto mas clamará el salario, ó la racion del criado, que no se le paga cuando tiene necesidad de ello para pasar su vida?

5. Finalmente, si quieres ver la diferencia entre los señores mundanos y los cristianos, acuérdate de aquel mozo egipcio, á quien hallaron los soldados de David en el campo á punto de expirar; y movidos de misericordia, le regalaron con *pan y agua, higos y pasas.* Y preguntándole David ¿quién era? Respondió: *Soy criado de un hombre amalecita, y mi señor me desamparó, porque comencé á enfermar habrá tres dias* [6]. Bien se vé que este Señor era amalecita, infiel y cruel tirano; pues se servia de su criado cuando estaba sano, y en comenzando á estar enfermo, le dejó desamparado en medio del camino, sin ningun género de alivio, para que muriese de hambre y fuese comido de las bestias. Mas su necesidad clamó al cielo contra su señor, y fué oido, porque socorriéndole

[1] Jacobi 5, v. 4.—[2] Ibi.—[3] Genes. 4, v. 10.—[4] Genes 18, v. 20. [5] Exod 3, v. 9.—[6] I Reg. 30, vv. 11-13.

David, como se ha dicho, fué guiado este por él, adonde estaba aquel mal amo y todo el ejército, y los pasó casi todos á cuchillo [1]. Mas los que se precian de señores cristianos, compadécense como David de los criados enfermos, y procuran regalarlos; acordándose que les servian cuando sanos.

CAPÍTULO V.

DEL MODO COMO LOS SEÑORES HAN DE TENER CUIDADO DEL BIEN ESPIRITUAL DE SU FAMILIA, PRECEDIENDO Á TODOS CON EL EJEMPLO.

—

Los señores prudentes y cristianos ante todas cosas se deberian preciar de escoger criados virtuosos, siquiera por su propio interés, y por el grande alivio que tendrán con ellos en muchas cosas. Porque primeramente, si los criados son fieles á Dios, tambien lo serán á sus señores en todas las cosas que están á su cargo; y por su medio se las conservará y acrecentará nuestro Señor; como hizo grandes bienes á Laban, cuando Jacob entró á servirle [2]; y á Putifar en Egipto, por tener á su servicio á José, por cuya fidelidad tuvo segura su honra, cuando su propia mujer no hacia caso de ella [3]. Y S. Pablo, escribiendo á Filemon, pidiéndole que recibiese á su esclavo Onésimo, que habia huido de su casa, le asegura, que despues que se habia convertido, y mudado de vida, le seria muy provechoso, aunque antes fuese de poco provecho [4]. Y si la obediencia que arriba se dijo resplandeciese en los criados, ¿cuán gran descanso tendrian los señores? Cuanto mas, que si se precian de cristianos, esto ha de bastar para no admitir en su

[1] I Reg. 30, vv. 15-17.— [2] Genes. 30, v. 27.—[3] Genes. 39, v. 5-12.—[4] Philem. vv. 10, 11.

servicio á los que conocen ser viciosos, imitando al santo rey, que decia [1]: *Andaba en medio de mi casa con limpieza de mi corazon: aborrecia á los que vivian mal, y no consentia que se me llegase el que tenia corazon dañado. Perseguia al que de secreto murmuraba de su prójimo, y no queria que me sirviese á la mesa el que tenia ojos altivos, y corazon muy codicioso. Ponia los ojos en los mejores de la tierra, para tener amistad, y trato con ellos: y el que trataba de vivir con pureza, á ese escogia para que me sirviese. No consentia que morase en mi casa el que obraba mal con soberbia, ni hallaba gracia en mis ojos el que hablaba cosas malas.* Como quien dice: No recibia en mi servicio á los malos, con esperanza de que con mi ejemplo se harian buenos; antes bien procuraba escogerlos tan justos como yo deseaba serlo, y que anduviesen con la misma inocencia y pureza con que yo andaba. Y en especial, no consentia que morasen en mi casa los soberbios, porque turbaban la paz de ella; ni privaba conmigo el que hablaba cosas feas ó injuriosas contra los prójimos, ó vanas y juglares; porque esto fuera aprobar su maldad y alentar á otros que la procurasen para alcanzar la misma privanza.

2. Mas porque no siempre se pueden hallar criados tan buenos, ha de velar y cuidar el señor en hacer tales á los que tiene á su servicio, procurando con gran celo que guarden la ley de Dios, sin permitir jamás que por ocasion de su servicio hagan algo contra ella; y si quisieren hacerlo, ha de estorbarlo y reprenderles por ello: y si le pidieren licencia para cosa semejante, ha de responderles lo que dijo David á sus criados [2]: *Cur efficimini mihi hodie in Sathan.* ¿Por qué sois para mí como Satanás, provocándome á consentir en cosa mala? Cualquiera que me quisie-

[1] Psalm. 100, vv. 2,-7.— [2] II Reg. cap. 19, v. 22.

re servir, dejando el servicio de Dios por el mio, no es criado, sino contrario; no hace oficio de amigo, sino de enemigo.

3. Pero fuera de esto, como advierte S. Agustin [1], cada padre de familia ha de ser en su casa como obispo y pastor eclesiástico; haciendo el oficio de superintendente y guarda de toda su familia; cumpliendo á su modo las obligaciones de un buen prelado: *Pro Christo*, dice, *et pro vita æterna suos admoneat, doceat, hortetur, corripiat, impendat benevolentiam, exerceat charitatem, ita in domo suo ecclesiasticum, et quodam modo episcopale implebit officium, ministrans Christo, ut in æternum sit cum ipso.* Por Cristo, y por la vida eterna amoneste á los suyos, enséñelos, exhórtelos, corríjalos, muéstreles benevolencia, ejercite con ellos la caridad, y de esta manera hará en su casa oficio de buen eclesiástico, y de obispo, sirviendo á Cristo para vivir eternamente con él en el cielo. Entienda, pues, el señor, que es verdadero ministro de Cristo, y cooperador suyo en la salvacion de las almas de sus criados, ayudándoles segun su caudal para que se aparten de vicios y crezcan en las virtudes y alcancen el reino de los cielos.

§ I.

La práctica de esto se verá en aquel hecho famoso de Jacob, despues que sus hijos destruyeron la ciudad de Siquem, vengando el estupro de su hermana Dina, cuando estando con gran temor de que las ciudades comarcanas habian de levantarse contra él, reunió por mandato de Dios á su familia, y le dijo [2]: *Dejad los dioses ajenos, que están en medio de vosotros, y limpiaos, y mudad vuestras vestiduras. Levantaos, y*

[1] Tract. 51, in Joan.— [2] Genes. 35, vv. 2-3.

subamos á Bethel, para que hagamos allí un altar á Dios, que me ayudó en el dia de mi tribulacion, y fué compañero de mi camino. Y luego todos le dieron los dioses ajenos que tenian, y los zarcillos de oro, que llevaban en sus orejas, y él lo enterró todo debajo de un terebinto; y comenzando á caminar, el espanto de Dios cayó sobre todas las ciudades comarcanas, y no se atrevieron á perseguir al que se iba. Para explicar los grandes avisos que encierra esta historia, se ha de presuponer que Raquel, mujer de Jacob, cuando salió de casa de su padre Laban, le hurtó los ídolos de oro y plata que tenia [1], ora sea como dicen S. Juan Crisóstomo, y Ruperto [2] porque estaba pegada con aficion á la idolatría, que habia mamado con la leche; ora sea como dicen S. Basilio, y S. Gregorio Nazianceno [3], por quitar á su padre la ocasion de idolatrar, que ella aborrecia, por la buena enseñanza que habia recibido de su marido Jacob. Mas como las intenciones son secretas, puede ser que hubiese sido menos recatada en guardar los ídolos, y que algunos de su familia diesen en adorarlos. A lo cual se añade, que del saqueo de Siquem, Simon, y Leví tomaron tambien algunos ídolos de oro y plata, que llevaban consigo, con ofensa del verdadero Dios y con peligro de idolatría: y como Jacob oliese todo esto, procuró luego quitar la ocasion de tan grave daño, diciendo las palabras que hemos referido.

1. De las cuales el primer aviso que se saca, es, que cualquier padre de familia ha de velar con mucho cuidado, registrando su casa para ver si hay algunos ídolos escondidos en ella. Idolos llamo los vicios, y pecados, á que se rinden los pecadores, segun se dijo en el tratado precedente [4]; de los cuales suele estar llena la familia mal gobernada, que es un mundo pe-

[1] Genes. 31, v. 19. — [2] Hom. 57. in. Gen. — Vide Pereiram, ibi. — [3] Initio libri proverbio.— Orat. de Sancto Paschate.— [4] En el capit. 6.

queño, donde no reinan sino *concupiscencias de carne, codicias de hacienda, y soberbia de vida* [1]. Y la Escritura los llama dioses ajenos y extraños, porque enajenan y apartan del verdadero Dios, y habian de ser muy ajenos de cualquier familia cristiana, y mucho mas del que la gobierna; porque si tú, siendo padre y señor, no tienes por ajenos á estos dioses, ¿qué maravilla que tus hijos y criados los tengan por propios? Y si tú estás muy pegado á los vicios, ¿cómo podrás decir á los de tu familia, que se alejen de ellos? Tampoco serás tan desalmado, que consientas esta pública idolatría entre los tuyos, dejando pasar los vicios que ves, sin reprension ni castigo. Mas porque los malos hijos y criados procuran esconder estos ídolos, y que sus vicios no lleguen á noticia de sus padres y señores, es menester ser muy diligente en buscarlos, preguntando, inquiriendo y observando las entradas y salidas, los tratos y compañías, y las demás cosas que la prudencia dicta; no con pesquisa congojosa como enemigo que desea encontrar algo que reprender [2], sino como amigo que desea no haya cosa digna de reprension, y que si la busca, es con prudencia, para atajarla y remediarla. Mas despues que hubieres puesto toda la diligencia que pudieres, aunque no halles vicio, no tengas el negocio de tu casa por seguro del todo; porque suelen ser los súbditos mas diestros en encubrirlos, que los superiores en buscarlos; y á veces tiene escondido el ídolo la persona que estaba mas al abrigo de tal sospecha. Acuérdate de lo que sucedió á Jacob en el caso de lo que hablamos, porque quejándose Laban su suegro de que le habian hurtado los ídolos que tenia, él respondió con muy gran seguridad, que escudriñase toda su casa, y que luego fuese muerto

[1] I Joan 2, v. 16.—[2] Prov. 24, v. 15

aquel en cuyo poder hallase el hurto. Comenzó Laban á buscar los ídolos con grande orgullo, pero fué mas sagaz Raquel en ocultarlos, poniéndolos debajo de la montura de un camello, y sentándose encima, fingiendo una causa aparente que la impedia levantarse, y con esto quedó burlada la solicitud de Laban, y Jacob muy ufano pensando que entre los suyos no habia ningun culpado [1]; pero ambos se engañaron, porque los hijos de este siglo son muy prudentes [2], y cautelosos en sus hechos, dejando burlados á los que presumen de diligentes en inquirirlos; y cuando los superiores y padres de familia piensan que su casa es muy santa, no faltará una Raquel, de quien menos sospechaban, que *cometa la culpa y la encubra* [3], urdiendo los embustes y ficciones, que su cautelosa astucia le dictare.

De aquí vino á decir Ruperto [4], que Jacob, por revelacion de Dios, supo que en su casa habia ídolos escondidos; porque queriendo nuestro Señor librarle del peligro que temia, por la persecucion de las ciudades confederadas con Siquem, se le apareció y le dijo: Que su familia estaba tocada del vicio de la idolatria, y que sino la purificaba de aquel delito, no le seria propicio. A la manera que despues dijo á Josué, que no libraria á su pueblo, sino le purificaba primero del hurto, que uno de ellos habia cometido [5]. Y movido Jacob de aquel aviso del cielo, juntó á todos los de su casa, y les pidió que echasen de sí los ídolos que tenian.

2. Mas para imitar á este patriarca, no son menester nuevas revelaciones, sino dar semejantes avisos en general á todos los de la familia, especialmente en dos tiempos y coyunturas, cuales fueron las de Jacob. Un tiempo es, cuando sobreviene algun peligro y

[1] Genes. 31, vv. 30-42. — [2] Luc. 16, v. 8. — [3] Prov. 30 v. 20. — [4] Lib 8, in Gen. cap. 12. — [5] Josue 7, v. 12.

aprieto grande, que amenaza á toda la familia; porque entonces puedes temer que esto sea en castigo de algunos pecados secretos que hay en ella; y es bien reunirlos á todos y exhortarlos á la penitencia y confesion, diciéndoles: *Abjicite deos alienos, qui sunt in medio vestri;* sospecho, que en medio de vosotros hay algunos ídolos escondidos, y que algunos teneis las conciencias manchadas con pecados; apartad de vosotros tan mala compañía, y confesad vuestros pecados, para que aplaquemos la ira de Dios, que viene contra nosotros.

Mas si eres celoso de la gloria de Dios y del bien de tu casa, no has de esperar á verla en tal aprieto, para darle tan buen recuerdo, sino que como Jocob dió este aviso, cuando le mandó nuestro Señor subir á Bethel para ofrecerle allí sacrificio, porque echaba de ver que no le seria acepto, sino precedia esta diligencia; así tambien en las fiestas mas solemnes del año has de reunir toda tu familia, avisándoles de la subida que han de hacer á Bethel que significa casa de Dios, para asistir á los oficios divinos y gozar de la solemnidad que la Iglesia celebra. Y para que lo hagan con la pureza que Dios quiere, has de decirles con espíritu: *Echad de entre vosotros los dioses agenos: mundamini, et mutate vestimenta vestra.* Limpiaos y cambiad vuestras vestiduras, no solamente las del cuerpo, como suelen hacerlo los criados en las fiestas, sino mucho mas las del alma, desnudándoos de las vestiduras de los vicios y adornándoos con las de las virtudes, para que podamos todos parecer con decencia y limpieza en la presencia de nuestro Dios.

Estos avisos, dados en general con amor y fervor de espíritu y en buena coyuntura, suelen ser muy eficaces para remediar los pecados, como se vió en este caso. Porque luego dice la Escritura, todos los de la familia de Jacob, le obedecieron y entregaron

los ídolos que tenian. Y Raquel, que con astucia los ocultó á su padre Laban, si todavía los tenia en su poder, los manifestó á su marido Jacob; porque Laban los buscaba por su propio interés, y Jacob solamente por el bien del alma. Laban tratábala con aspereza y como á extraña; Jacob con amor y con caricia. Y la naturaleza, que gusta de encubrir las culpas al hombre que habla como hombre y se muestra desabrido, es favorecida de la divina gracia, para que las descubra al hombre que está en lugar de Dios y se muestra blando y compasivo. Y por esto dijimos arriba que es de suma importancia encaminar el gobierno por amor y blandura, especialmente con los de mas nobles cualidades: los cuales por amor se rinden y no niegan sus flaquezas para ser remediados de ellas. Y de este modo los vicios que estaban arraigados muchos años habia, suelen desarraigarse del corazon; y manifestándolos quedan curados, y la casa queda limpia y purificada de la idolatría espiritual, que en ella de secreto prevalecia.

Pero mas adelante pasó la fervorosa diligencia de Jacob, porque con ser los ídolos de oro y plata, y los zarcillos que tenian muy preciosos, no dió entrada á la codicia, ni se aficionó al metal precioso, ni quiso convertirle en su uso; para que no fuese ocasion cuando le viesen los suyos, de acordarse del ídolo que de él se hizo, ó al cual habian adorado; sino que al punto enterró todo el oro y plata para que nunca mas le viesen. Y pondera mas el Abulense[1], que Jacob no se contentó con romper los ídolos, sino que hizo un grande hoyo, y con fuego derritió todo el metal para que se derramase por las venas de la tierra, y nunca mas pareciese; para que no sirviese á los hombres lo que habia servido á los ídolos. Y ¿qué

[1] In dictum locum

es esto, sino avisar á los superiores y señores cuidadosos del bien de sus familias, que no se han de contentar con que se quiten como quiera los pecados, sino que tambien han de quitar muy de raiz las ocasiones de ellos? No se han de cegar con avaricia; y por conservar una no nada de hacienda, dejar en su casa lo que ha de ser ocasion de mancillarla con alguna culpa. Viva en ellos el celo del amor de Dios, para que entierren todo lo que puede resucitar el pecado. Procuren que los zarcillos de oro, que adornaban las orejas de los ídolos, en testimonio de la obediencia que les daban sus adoradores, sean abrasados, derretidos y deshechos con el fuego del divino amor, aborreciendo tan maldita obediencia, y hundiéndola siete estadios debajo de tierra, donde nunca mas parezca; para que no viva en el alma otra obediencia, que la que se ofrece á su verdadero Dios, y á Cristo Señor nuestro, que con su preciosa sangre nos compró por esclavos, y nos lavó y limpió de nuestros pecados, echando en el profundo del mar todas nuestras maldades. Y esto significa, como dice Ruperto [1] haber Jacob enterrado los ídolos cerca del árbol terebinto de donde sale la resina, el cual es figura de la cruz de Cristo en donde brotó la resina de su preciosa sangre, para medicina de nuestras llagas, en cuya virtud quedan enterradas todas nuestras culpas.

§ II.

Finalmente, el señor de tal manera ha de exhortar á los de su familia, que los preceda con el ejemplo, diciendo como Jacob: *Levantaos, y subamos á Bethel, y hagamos allí un altar al Señor, que me ayudó en el dia de mi tribulacion, y fué compañero de mi peregrinacion.*

[1] Lib. 8. in Gen. c. 12.

No dice, subid y haced un altar, sino subamos y hagamos; porque en estas obras de religion las cabezas han de ser los guias, llevando tras sí á los demás. Ellos han de ser como velas encendidas que dan luz á toda la casa y como sal que hace sabrosa la virtud á todos los que están en ella [1]; porque los criados hacen con mas gusto lo que ven hacer á sus señores, preciándose de lo que ellos se precian y despreciando lo que desprecian; y así ellos han de ser los primeros que han de ir á misa y sermon, y á recibir los sacramentos, llevando consigo á los otros, no solo para honrarse con el acompañamiento de sus hijos y criados, sino tambien para que todos en su compañía honren á Dios, y participen de los mismos bienes. Póngales delante las mercedes que Dios les ha hecho en los tiempos pasados, los peligros de que les ha librado, la buena compañía que con él han tenido, y los favores y regalos que de él han recibido y como deben mostrarse agradecidos por ellos; para que con esto se alienten á servir á un Dios que tanto bien hace á los que le sirven, y le sean agradecidos por las mercedes que les ha hecho, y se dispongan á recibir de nuevo otras mayores.

No teman los peligros con que amenazan los demonios en estas subidas al templo, y los ejercicios de devocion; porque así como en comenzando Jacob su jornada, *terror Dei invasit omnes*, puso Dios tanto miedo en sus enemigos, que no se atrevieron á detenerle, ni molestarle; así los que se emplean en obras santas para honrar á su Criador con ellas, sienten el favor del cielo, atemorizando á los enemigos, que pretenden impedirlas ó mancharlas. Porque, como dijo S. Juan Crisóstomo, ponderando este caso [2]: *Nihil beatius est eo, qui divinam gratiam asecutus est;* no hay hombre mas

[1] Matth. 5, vv. 13-15. — [2] Hom 59, in Genes.

dichoso que el que ha hallado gracia delante de Dios, cuya providencia vela siempre para ampararle de sus enemigos y librarle de sus peligros.

Y si quieres ver un efecto notable de esta providencia, oye lo que pondera Ruperto [1] acerca de esta historia á saber: que en este mismo capítulo cuenta la divina Escritura la muerte de Raquel de un parto muy difícil; y da á entender, que fué en aquel mismo verano, yendo de camino á Belen; para que se entendiese la soberana providencia de Dios en haber inspirado á Jacob que quitase los ídolos de toda su familia, para que no se condenase Raquel si muriera con ellos, y la buena dicha de Raquel en haber tenido marido tan santo y cuidadoso que con tiempo le quitase este tropiezo, para que la muerte la cogiese en buen estado; cumpliéndose en ella lo que dijo despues S. Pablo [2], que el buen marido es causa de que se salve su mujer. Aprendan, pues, de este ejemplo los padres de familia á no descuidarse en procurar que los de su casa confiesen á menudo sus pecados y vivan vida digna de cristianos; porque quizá entre los muchos á quienes dan el aviso, haya alguno muy necesitado, cuya muerte esté cercana y cuya salvacion esté en mucho peligro; y depende su remedio de ser avisado de tal modo, que ponga en ejecucion el aviso. Y aprendan tambien de este ejemplo los que tienen escondidos algunos ídolos en los rincones de su conciencia á echarlos con tiempo fuera de ella, para que no les coja la muerte con tan mala compañía, que sea causa de su condenacion eterna.

---

[1] Ubi supra. — [2] I Cor. 7, v. 16.

CAPÍTULO VI.

COMO LOS SEÑORES HAN DE CORREGIR Y CASTIGAR LOS VICIOS DE SU FAMILIA, MODERANDO LOS RIGORES, Y HACIÉNDOSE AYUDAR EN ESTO POR OTROS.

—

Aunque el precepto de la correccion fraterna, como dice Sto. Tomás [1], obliga generalmente á todos los hombres, amonestando á sus prójimos con amor para que se enmienden de los pecados; pero mas especialmente obliga á los prelados, á quienes no solo toca amonestar, sino tambien, si fuere menester, reprender con aspereza y castigar á los culpados: y debajo del nombre de prelado se comprende cualquier superior, eclesiástico ó seglar con sus súbditos, el señor con sus criados, el padre con sus hijos, y el gobernador con sus ciudadanos; los cuales si descuidan hacer este oficio por flojedad ó so pretexto de piedad, son crueles contra el súbdito y contra toda su república ó familia y contra sí mismos, con grave ofensa de su Dios, que vengará esa falsa piedad y verdadera crueldad.

1. Lo primero, porque si el criado está enfermo en el cuerpo, crueldad seria no curarle, dejándole sin medicinas para que se muera mas presto; pues ¿cómo no será crueldad, dice S. Basilio [2], cuando está enfermo en el alma, no corregirle, ni ayudarle para que no muera? Crueldad fué grande del sacerdote, y del levita ver al pobre hombre que cayó en manos de ladrones estar tendido en el suelo medio muerto, y no apiadarse de él, ni atarle las heridas, ni curarle las llagas. Y al contrario, fué grande la misericordia del

[1] 2. 2. q. 33, art. 3. — [2] Reg. 46, ex fusis.

samaritano que se las vendó y curó, no solo con el aceite que mitiga, sino con el vino que escuece [1]. Luego tambien será crueldad, dice S. Agustin [2], dejar morir á tus prójimos y súbditos, por no corregirlos y reprenderlos; y será suma piedad usar de la medicina que haya de escocer y lastimar al que es corregido.

2. Y si Dios nuestro Señor, dice S. Juan Crisóstomo [3] mandaba en la ley vieja [4], que si alguno viese al jumento de su prójimo andar errante por el campo, le pusiese en cobro, juzgando que esto era humanidad y lo contrario indicio de enemistad: *Et quomodo non est summa inhumanitas, et ferina crudelitas nos non tantum curæ impendere hominibus, quantum alii jumentis?* Pues ¿cómo no será suma inhumanidad y fiera crueldad, no tener nosotros tanto cuidado de los hombres, como estos de los jumentos?

3. Si tu jumento se pierde, sales á buscarlo; y si se pierde el alma de tu criado, ¿no tratarás de remediarla? Piedad fué grande del buen pastor, que tenia cien ovejas, dejar á buen recaudo las noventa y nueve, para ir á buscar una, que se le habia perdido; y en hallándola, la tomó sobre sus hombros con amor para volverla á su rebaño [5].

4. Si se pierde tu criado por el pecado, no le dejes en la boca del lobo infernal que lo despedace, sino procura reducirle para que se salve. Cuanto mas, que en esto mismo serás cruel contra tí; porque disimulando el pecado que debes corregir, te haces participante de él, y aun muchas veces de otro mayor, como dijo S. Agustin [6]; porque el pecado del otro quizá es contra la templanza ó castidad, y el tuyo siempre es

[1] Luc. 10, vv. 30-34. — [2] In Reg. ad Fratres, c. 7, refertur. 5, q. 5, c. 1. — [3] Hom. de ferendis reprehensionibus, tom. 2, ad finem. — [4] Exod. 23, v. 4. — Deut. 22, v. 1. — [5] Luc. 15, vv. 4, 5. — [6] Serm. 16, de verbis Domini, tom 10.

contra la caridad; y á veces contra la justicia y fidelidad de tu oficio. Aquel se excusará con ignorancia ó pasion; pero el tuyo no tiene excusa, pues le ves morir, y no impides sus daños [1]: por lo cual incurrirás en la ira de Dios, que dice por Ezequiel [2]: *¡Ay de los pastores de Israel! No confortásteis á la res flaca, ni curásteis á la enferma, ni buscásteis á la perdida, sino solo mandabais con aspereza, y potestad. Dispersáronse mis ovejas, y perecieron, porque los pastores no cuidaban de ellas. Yo,* dice el Señor, *tomaré cuenta á los pastores del ganado que les habia encargado.*

5. A esto se añade, que este descuido es crueldad contra toda la república y familia, cuyo bien suele perecer por faltar la correccion. ¿Quién dirá que el sacerdote Helino fué cruel en dejar de corregir, pues por esta causa murieron desastrosamente él y sus hijos y treinta mil ciudadanos, y hasta la misma Arca del testamento quedó cautiva de los filisteos [3]? Para que se entienda, como el descuido de los superiores en corregir los vicios, es causa de que perezca el que no corrige y el que no es corregido, y la comunidad donde viven y la gloria de Dios sufren menoscabo por causa de ellos. Y lo que da mayor grima, es, que Heli reprendió los vicios de sus hijos; pero con tanta blandura, que no fué de provecho [4]. Y por esto le dijo Dios [5]: *Mas honraste á tus hijos, que á mí,* teniendo mas cuidado de que la honra de los tuyos no se menoscabase con el castigo, que no de que se evitase el pecado. Para que entiendas, que no cumples con la correccion blanda, cuando esta no basta; sino que tambien has de usar de la áspera, y de la vara del rigor, para que no se te impute la culpa, y no tome Dios venganza de tí y de tu familia. Acuérdate, dice S. Juan Crisóstomo [6], que

[1] D. Th. 22, q. 33, art. 2. — [2] Ezech. 34, vv. 2, 3, 4, 5, 10. — [3] I Reg. 4, vv. 10, 11. — [4] I Reg. 2, vv. 23–25. — [5] Ibid. v. 29. — [6] Hom. 1. de verbis Isai.

pecando solo Acan, dijo Dios [1]: *Pecó Israel, y quebrantó mi pacto.* Y por el pecado de uno castigó á muchos, porque el peligro era de todos; por ser el pecado á modo de peste, que se pega en la comunidad, sino se corta con el castigo.

6. Finalmente, si amas á Dios mas que á tí, y al prójimo como á tí; estos dos amores te obligarán á que le corrijas. Pues por esta causa Cristo nuestro Señor, cuando promulgó el precepto de la correccion fraterna, dijo [2]: *Si pecare tu hermano in te, contra tí, corrígele.* No puso esta palabra contra tí, limitando la correccion á los pecados que son contra tí y en tu solo daño, pues mucho mas obliga en los pecados que son contra Dios y contra los demás prójimos; sino que te avisa el motivo y celo de la correccion, citando cualquier pecado del prójimo, como cosa que te toca; porque si amas á Dios y eres una cosa con él por el amor, el pecado contra Dios será contra tí, y has de procurar atajarle como si fuera contra tí solo; y si amas á tu prójimo como á tí mismo, su daño has de tenerlo por propio; y como impides el tuyo, has de impedir el suyo. No digas como Cain [3]: *¿Por ventura soy yo guarda de mi hermano?* Porque esta palabra, dice S. Bernardo [4], no es de hermano, sino de enemigo cruel y envidioso porque á cada uno, dice el Eclesiástico [5], *ha encomendado Dios el cuidado de su prójimo*, y es hermandad no dejarle perecer. No pienses, dice Orígenes [6], que aciertas en decir: ¿Qué se me da de que el otro peque? Porque esto es como si la cabeza dijera al pié: ¿Qué se me da de que estés llagado, con tal que yo esté sano? Errado sentimiento es este, porque el mal de un miembro daña á todo el cuerpo, si con la correccion, ó castigo no se ataja.

[1] Josué 7, v. 11. — [2] Matth. 18, v. 15. — [3] Gen. 4, v 9. — [4] Serm. 5. de S. Joanne Baptista.— Idem. D. Chrisost. Hom. ult. in 1. ad Corinth.— [5] Eccli. 17, v. 12. — [6] Homil. 7, in Jesum Nave.

§ I.

1. Mas porque los señores seglares, arrebatados de la ira, suelen cometer grandes yerros en la correccion, y mayores en el castigo, han de procurar en su gobierno, lo primero, guardar aquel consejo del Apóstol, que dice [1]: *Remittentes minas;* moderad las amenazas. No dice que las quiten del todo, sino que no sean demasiadamente rigurosos y desabridos. Como dijo el Eclesiástico [2]: *No seas como leon en tu casa, alborotando á los domésticos, y oprimiendo á los criados.* Que es decir: No gobiernes como tirano con espíritu de crueldad, llenando la casa de clamores furiosos, de mandatos insoportables, de amenazas terribles, y de castigos desaforados, porque esto será destruir tu familia en lugar de conservarla; y á tí mismo te haces daño, pues destruyes lo que es tuyo. Mira que no eres leon, sino hombre, y que has de gobernar y corregir *in spiritu lenitatis*, con espíritu de piedad y blandura, pues tú puedes caer en semejante delito [3]. Justo es usar de amenazas y castigos, cuando lo pide la dureza y rebeldía de los criados; pero entonces has de proceder, como dijo el mismo Apóstol á los de Corinto [4]: *Que quereis, tengo de ir á visitaros con vara, ó con caridad, y espíritu de mansedumbre?* No son contrarias dice Sto. Tomás [5], la vara del castigo y la caridad y mansedumbre con el súbdito, antes bien en lo interior son muy hermanas. Y el Sabio dice [6]: *Aborrece á su hijo quien no usa de la vara, y ámale cuando le castiga.* Y cuando el Apóstol fuera á visitarlos con vara de castigo, fuera tambien con espíritu interior de caridad y mansedumbre, aunque en lo exterior mostrara rigor; pero esta demostracion mas ha de nacer de la disposi-

[1] Ephes. 6, v. 9. — [2] Eccli. 4, v. 35. — [3] Gal. 6, v. 1. — [4] 1 Cor. 4, v. 21. — [5] Ibi. — [6] Prov. 13, v. 24.

cion del súbdito, que de la voluntad del superior. Y por esto dijo S. Pablo: Mirad lo que quereis, que de vuestra voluntad depende. Si os enmendais, y atajais la culpa, no será menester que vaya con rigor, sino con blandura. Mas si estais rebeldes, y duros en el pecado, será menester usar del castigo. De este modo, cuando el espíritu de mansedumbre no bastare para corregir al criado, háse de tomar con caridad la vara del castigo, para atajar el pecado y remediar el daño. Porque *algunos criados hay*, dice Salomon [1], *que no se enmiendan con solas palabras; y aunque entienden lo que les mandan, no quieren hacerlo*, sino les fuerza el temor del castigo. Y por esto dijo S. Bernardo [2]: *Ament te domestici tui, si non, facito ut timeant;* ámente los de tu casa; y si esto no logras, haz que te teman, para que consiga el temor lo que no puede el amor.

2. Maravillosa es la regla, que acerca de esto dá el Eclesiástico, diciendo [3]: que como gobernamos *al jumento con cebada, vara y carga*, así se ha de gobernar *al siervo con pan, disciplina y tarea;* proveyéndole de la comida necesaria, para que tenga fuerzas; de tarea y ocupacion, para que no esté ocioso, sino que trabaje con provecho; y de disciplina y correccion para que no sea perezoso. Pero si es rebelde y no quiere obedecer á lo que se le manda, hánse de añadir, dice [4]: *tormentos y grillos*, para castigar sus rebeldías, y domar su dureza. Mas luego lo modera, diciendo [5]: *No seas demasiado contra toda carne, y sin juicio no hagas cosa grave.* Como si dijera: No seas cruel, ni demasiado el castigo, acordándote que tu esclavo y criado es de carne como tú, y que ha de ser tratado con humanidad y con prudencia; no haciendo cosa grave sin consideracion reposada. De modo que el castigo

[1] Prov 29, v. 19.— [2] Lib. 4 de consider. prope finem.— [3] Eccli. 33, v. 25. — [4] Ibid. v. 28.— [5] Ibid. v. 30.

no salga de corazon airado, vengativo y furioso: ni sea contra las leyes de la justicia y caridad cristianas, cometiendo tú nuevas culpas por remediar las agenas; porque, ó castigas la falta corporal que se hizo en tu servicio, ó la culpa tambien que se hace contra el servicio de Dios. Si lo primero, es grande imprudencia querer atajar la falta agena con la propia y la falta menor con otra mayor; porque si mezclas maldiciones, iras, impaciencias y palabras injuriosas, todo es cargarte á tí de culpas y faltas en el servicio de tu Dios, por remediar las que tu criado hace en tu servicio, que son mucho menores; y si dices que pretendes corregir la culpa que se hace contra Dios, no será celo, sino ira, ni será gusto de Dios, sino ofensa nueva corregir la culpa de ese modo. Ni es cordura corregir y castigar de manera que en lo que haces merezcas tú ser corregido y castigado; y en lugar de remediar la llaga, la empeoras con el mal ejemplo que das, siendo causa de que el criado cometa nuevas culpas con ocasion de tus iras: y si este desórden es tan malo cuando castigas las culpas y faltas verdaderas cuanto peor será, cuando solamente nace de tu mala condicion áspera, insufrible y muy voluntariosa; pues con ella pervierte á los criados, y de buenos los haces malos, y de leales desleales y fugitivos? Y por esto añadió el Eclesiástico [1]: *Si tienes algun siervo, y criado leal, ámale como á tu vida, y á tu alma: quiérele como á tí mismo, y trátale como á hermano, pues es como sangre de tu alma, y alivio de tu casa: y si injustamente le oprimes, dásle ocasion para que te deje, y perderás el bien que con él tenias.* Refrena, pues, tu áspera condicion, para que no pierdas los buenos criados; antes bien ganes á los malos, haciéndolos con tu prudencia buenos.

[1] Eccli. 33, vv. 31-33; et c. 7, v. 23.

Otro aviso muy importante para este fin han de guardar los señores, que tienen familia numerosa, escogiendo entre los criados alguno, ó algunos de prudencia y virtud mas probada, que les ayuden en lo que se ha dicho y cuiden de los otros, atajando sus vicios y celando sus buenas costumbres, encargándoles, como dijo Jetró á Moisés [1], que acudan á él con las cosas de mas importancia, especialmente las que tocan á la honra de Dios, para que se remedien con mas eficacia. Este consejo dió S. Bernardo al Papa Eugenio en estas palabras [2]: «Escoge una persona «para el gobierno de tu casa, que sea, como dijo el «Salvador [3], *siervo fiel, y prudente:* fiel, para que no «engañe; y prudente, para que no sea engañado. «Pero no bastará esto, si le falta lo tercero, que es la «autoridad; porque de poco aprovecharia saber y que«rer disponer bien las cosas, sino tiene autoridad y «manos para ejecutarlas. Conviene, pues, darle poder «y facultad para hacer lo que quisiere: y si dijeres «que es contra razon darle tantas facultades, acuér«date que si es fiel, no querrá nada contra razon; y «si es prudente, sabrá lo que es conforme á ella: y «siendo la voluntad fiel y discreta, será provechosa «cuando tuviere potestad de hacer lo que quisiere; obe«deciendo los demás á lo que mandare, porque con el «poder que tiene será respetado de todos, para pro«vecho de todos. Y si el otro señor gentil entregó «todas sus cosas á José, sin meterse en saber lo que «tenia en su casa, por la gran confianza que en él «tenia [4]; no es mucho que un señor cristiano haga «esta confianza de otro criado cristiano, cuando hu«biere probado la fidelidad y prudencia que tiene.» Pero añade S. Bernardo, que aunque se le ha de dar esta facultad en lo temporal, no ha de descuidar por

[1] Exod. 18, vv. 18-23. — [2] Lib. 4. de consideratione prope finem. — [3] Matth. 24, v. 45. — [4] Genes. 39, v. 4.

eso el señor el bien espiritual. «Muchas cosas, dice, «puedes dejar de saber, y otras puedes disimular, «pero hay algunas que no querria que ignorases; con- «viene á saber, las costumbres y tratos de todos los «tuyos. No es conveniente que seas tú el postrero en «saber los vicios de los de tu casa; y aunque confies «á otro el cuidado de las otras cosas, no descuides tú «las que tocan al alma.» Porque aunque no es de los señores ejecutar el castigo, sino ordenarlo; pero es muy propio de ellos dar la reprension y el aviso, por ser de mayor eficacia, y por esto importa que sepan los defectos de sus criados, que son sus ovejas, haciendo con ellos oficio de vigilantes pastores. Conforme á lo que dice el Sabio [1]: *Conoce diligentemente el rostro de tu oveja, y considera tus rebaños: y si lo haces, alcanzarás corona de gloria sempiterna*, por el buen oficio que has hecho con los que estaban á tu cargo, no fiándolo á otros, sino atendiendo tú mismo á ello. Así lo hacia nuestro Booz, el cual con haber señalado un mayordomo fiel, que cuidase de los segadores y criados, quiso personalmente visitarlos, y ver todo lo que pasaba con sus propios ojos [2]; porque como los obispos y prelados de la Iglesia tienen obligacion de visitar sus obispados, y conocer de cerca á sus ovejas, para ver como los curas y los demás clérigos hacen sus oficios, y tambien para confirmar y dirigir á los demás fieles, y remediar los daños de todos: así tambien los señores seglares han de hacer sus modos de visitas, y conocer bien lo que hay en todos sus criados, en los mayores y en los menores, para confirmar y alentar á los buenos, y reprimir y corregir á los malos. Han de visitar á los mayores para ver si son fieles y prudentes, y como se aprovechan de las facultades que les han dado, y como cumplen con las

[1] Prov. 27, v. 23. — Eccli. 7, v. 24. — [2] Ruth. 2, v. 4.

obligaciones de su oficio, sin hacer agravio á los menores. Y á estos, para ver como obedecen, y se sujetan á los mayores, cumpliendo cada uno con lo que está á su cargo. De este modo se entiende á la letra lo que dijo un amigo de Job [1]: *Visitans speciem tuam non peccabis.* Visitando la belleza de tu casa, quedarás libre de pecado, porque con tu visita se conservará en paz, y justicia; y todos, así la mujer, como los hijos y criados, harán lo que deben, poniéndose en órden con tu presencia.

CAPÍTULO VII.

COMO EN EL GOBIERNO Y TRATO CON OTROS SE HAN DE JUNTAR SINCERIDAD Y PRUDENCIA PARA NO JUZGAR TEMERARIAMENTE, NI DEJARSE ENGAÑAR.

Una de las cosas difíciles que hay en el gobierno de cualquier familia y en el trato con los hombres, es saber juntar sinceridad y cautela, porque la mucha sinceridad suele ser engañada con perjuicio de la cautela, y la mucha cautela suele ser muy sospechosa con perjuicio de la sinceridad. Pero Cristo nuestro Señor, que no manda cosas imposibles, dijo á sus discípulos [2]: *Sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas.* Como si dijera: Apartad en las serpientes y palomas lo precioso de lo vil, y lo bueno de lo malo, dejando lo vil y malo, y tomando solamente lo que es precioso y bueno. De la paloma tomad la sinceridad y mansedumbre sin la ignorancia y flojedad, para que no se diga de vosotros lo que de Efrain, que fué *Sicut columba seducta, non habens cor;* como paloma boba y engañada, que no tiene corazon, ni pe-

[1] Job. 5, v. 24.—[2] Matth. 10, v. 16.— Osee 7, v. 11.

cho. Pero de las serpientes tomad la prudencia y cautela, sin la malicia, doblez y engaño. De suerte, que para las personas y cosas que no os tocan, habeis de tener ojos de palomas, no curiosos, ni sospechosos, sino sencillos y puros; no entremetiéndoos en mirar y escudriñar las vidas agenas con curiosidad, temeridad y malicia, sino pasando por lo que veis, y ois con sinceridad y mansedumbre, sin turbacion, ni congoja; pues no es cosa que os pertenece. Mas no habeis de ser necios, flojos y descuidados para las cosas propias, ó agenas, que están á vuestro cargo, descuidándoos de mirarlas y saberlas, con riesgo de ser engañados en ellas. Antes habeis de ser como las serpientes astutas y sagaces, de quienes se dice, que alcoholan sus ojos para tener clara vista, y guardan su cabeza con grande astucia; así habeis de aguzar la vista, y con gran solicitud mirar todo lo que conviene para guardar vuestra conciencia y la de vuestros prójimos, para que no peligre por vuestro descuido, sino atajais con tiempo el daño; pero esto ha de ser sin malicia, ni doblez, ni otro fin torcido. Este es el admirable consejo, que Cristo nuestro Señor da á todos los superiores y súbditos y á los iguales, para que sepan huir de los extremos viciosos, y escoger el medio entre ellos; pero de tal manera, que en los superiores ha de prevalecer la cautela y en los demás la sinceridad, como se irá declarando.

§ I.

De los juicios temerarios y sus remedios.

Comencemos por los juicios temerarios, que destruyen la santa sinceridad; los cuales son unas sentencias definitivas de nuestro propio juicio, condenando los dichos ó hechos agenos por solo nuestro pare-

cer, sin tener bastante fundamento para ello: y cuando esta sentencia es con alguna especie de duda y por leves conjeturas, se llama sospechosa. Como el sacerdote Helí juzgó que Ana, madre de Samuel, estaba tomada del vino [1], porque la vió orar con muchos movimientos exteriores, que nacian del fervor de espíritu.

1. Y los isleños de Malta sospecharon que S. Pablo era homicida, porque le mordió una víbora, habiendo escapado de la tempestad del mar [2]. Por estos juicios se hace grande injuria á nuestro Señor entremetiéndose en lo que pertenece á solo su tribunal; porque como seria gran desórden y daño de la república, si cada uno por su antojo se hiciese juez de los pleitos que hay entre los otros ciudadanos, ó si el juez seglar se entremetiese en las causas eclesiásticas, que no son de su jurisdiccion; así es gravísimo desórden, que tú vil gusanillo te atrevas á usurpar el oficio de Dios y de Jesucristo, juez universal de vivos y muertos, á quien pertenece juzgar sus dichos y hechos y todas sus intenciones y pensamientos; porque él solo los conoce y todos están sujetos á su jurisdiccion. *Quién eres tú,* dice S. Pablo [3], *que juzgas al siervo ageno?* ¿No sabes, dice el apóstol Santiago [4], *que no hay mas que un juez, que puede librar, ó condenar?* Pues *¿quién eres tú, que te atreves á juzgar á tu prójimo?* ¿No ves que con la obra protestas que el juez, no es uno, pues tú tambien quieres serlo? *Cómo te atreves,* dice Job [5], *á tomar rostro, y máscara de Dios, y hacerte juez como él,* usurpando lo que es propio de su deidad? No quieras juzgar antes de tiempo, pues tiene Dios señalado dia para su juicio. Espantoso es el ejemplo que cuenta á este propósito S. Doroteo [6] de un monje, que oyendo decir de otro, que habia caido en fornicacion, sin mas

[1] I Reg. 1, v. 14. — [2] Act. 28, v. 4. — [3] Rom. 14, v. 4. — [4] Jacobi 4, vv. 12, 13. — [5] Job. 13, v. 8. — I Cor. 4, v. 5. — [6] Serm. 6.

exámen le condenó. Y muriendo poco despues el que pecó, vino á él un ángel, con el alma del difunto, diciéndole, que la juzgase y diese sentencia en su causa, pues ya habia comenzado á ser juez de ella. Y atónito de esto el monje, cayó en la cuenta de su grave yerro, y de allí adelante diria como el otro [1]: *Yo á ser juzgado vine, y no á juzgar.*

2. Además de esto, ¿qué mayor desórden puede haber, que juzgar de las cosas ocultas, que no sabes, ni puedes saber? *¿Quién conoce*, dice S. Pablo [2], *lo que está dentro del hombre, sino el mismo espíritu del hombre, que está en él?* Y aun al mismo se le pasan muchas cosas sin percibirlas, y solamente las conoce el Espíritu Divino, que escudriña lo secreto del corazon. ¿Cómo puedes juzgar de este, que hoy es malo, que mañana tambien lo será, ó que no se convertirá, pues solo Dios sabe lo que está por venir? Y si dices, que por indicios se puede conocer lo que está dentro del espíritu, y lo que sucederá despues; esto mismo condena tu temeridad, y descubre tu falta de prudencia; pues aun cuando fueras legítimo juez de tu prójimo, no habias de dar sentencia contra él sin prueba bastante y si por leves indicios le condenas, en esto le agravias. Pues el mismo Dios como ponderan S. Evaristo Papa [3] y S. Gregorio [4], para enfrenar nuestra temeridad no quiso juzgar los pecados de Sodoma, sino diciendo [5], que queria primero venir y ver con sus ojos si obraban segun el clamor, que habia llegado á sus oidos; usando de este modo de hablar para que se entendiese que no juzgaba por sola relacion ó leves conjeturas, sino con ciencia cierta é informacion bastante. *No querais*, dice el Señor [6], *juzgar por solas apariencias, sino juzgad con juicio, justo*, y conforme á la verdad.

[1] Apud. Climacum, c. 4.—[2] I Cor. 2, v. 11.—Jer. 17, v. 9.—[3] Epist. 2, decretal —[4] Lib. 19, mor. c. 14.—[5] Genes. 18, v. 21.—[6] Joan. 7, v. 24.

3. Además la ley natural dicta que no quieras para tu prójimo, lo que no quieres para tí. Tú no quisieras que otro juzgase tus cosas precipitadamente; pues ¿por qué juzgas así las suyas? No quieres que otro te desprecie en su corazon; pues ¿por qué tú le desprecias? Y sino quieres que otro te levante falso testimonio, ¿por qué tú se lo levantas? Pues el juicio temerario, no es otra cosa que un desprecio de tu prójimo, y un falso testimonio que le levantas dentro de tu corazon formando de él opinion desfavorable.

4. Y si tan mal te parece el pecado del prójimo que juzgas, mira que muchas veces será mayor el tuyo en juzgarle. Oye lo que dice nuestro supremo juez [1]: *No querais juzgar, y no seréis juzgados: no querais condenar y no seréis condenados; y ¿cómo ves tú la paja, que está en el ojo de tu hermano, y no consideras la viga que está en el tuyo?* Oh necio dice S. Doroteo [2], mira que el juicio temerario, y el desprecio que tienes de tu prójimo, es como viga gruesa, que traspasa tus ojos; y el pecado del prójimo que juzgas, es como paja: luego mas riguroso juicio te aguarda, y mayor condenacion será la tuya. El Fariseo, que subió á orar al templo con el publicano, salió de allí condenado [3]; no porque daba gracias á Dios, sino porque temerariamente juzgó y despreció al publicano, teniendo por malo al que ya se habia justificado por la penitencia.

5. Y como el juicio de este Fariseo no dañó al publicano, sino al mismo que lo hizo; así tambien dice S. Agustin [4], muchas veces el juicio temerario no daña al que es juzgado; mas la temeridad siempre daña al que juzga, y sin la culpa presente se causará otros dos daños muy grandes. El uno, que por justa permision de Dios vendrás á caer en los mismos pecados de

[1] Matth. 7, vv. 1, 3.— Luc. 6, vv. 37, 41.— [2] Serm. 6.— [3] Luc. 18, vv. 11, 12. — [4] Libr. 2, de serm. Dom. in monte, cap. 6.

que juzgas. Como aquel buen viejo, que decia de sí mismo, segun refiere Casiano [1], en tres cosas juzgué y reprendí á mis hermanos, y en todas tres vine á caer. Comprendiéndote aquella terrible sentencia del Salvador, que dice [2]: *Con el juicio que juzgareis, seréis vosotros juzgados.* Y la de S. Pablo [3]: *O hombre que juzgas, ¡qué excusa tienes, pues en lo que juzgas te condenas, haciendo lo mismo que tú juzgas!*

6. Y de aquí viene otro daño, que permitirá Dios que tú tambien seas juzgado de los hombres, y que ellos juzguen temerariamente de tus cosas, como tú juzgas de las suyas. Pues por esto dijo el profeta [4]: *¡Ay del que roba, porque será robado! ¡Ay del que desprecia, porque será despreciado!* Porque justo es que seas medido con la medida con que mides á tu prójimo.

7. Finalmente, ¿quién podrá contar la mala vida, ó amarga muerte, que te darán tales juicios y sospechas, si te rindes á ellas con viciosa costumbre? Porque, como pondera S. Doroteo [5], ellas te apartan del trato con Dios, el cual no comunica su luz á los ojos, que están impedidos con tales vigas. No te dejan conocer tus propios errores y pecados, entremetiéndote curiosamente en los ajenos; llenan tu alma de turbaciones, congojas y sobresaltos; y brotan por la boca innumerables murmuraciones, quejas y rencillas. Las sospechas, dice S. Agustin [6], son veneno de la amistad, porque deshacen la union, quitan la paz, menoscaban la confianza y rompen la fidelidad que ha de haber entre amigos. ¿Cómo habrá concordia entre los casados, si andan entre sí con sospechas? ¿Cómo entre los superiores y súbditos, si unos sospechan siempre mal de los otros? ¿Cómo entre los hermanos y entre los religiosos, si se juzgan las intenciones?

[1] Lib. 5, cap. 30. — [2] Matth 7, v. 2. — [3] Rom. 2, v. 1. — [4] Isai. 33, v. 1. — [5] Serm. 9. — [6] Lib. de amicitia, c. 24.

¡O maldita temeridad, que tantos males acarreas!

8. Pero ¿qué maravilla que lleve tan malos frutos la que procede, como dijo Sto. Tomás [1], de tan malas raices, como son la malicia del que juzga, y su afecto depravado, con odio, rencor, envidia ó presuncion? por lo cual dijo Salomon [2]: *El corazon del sabio está al lado derecho, el del necio al izquierdo: y el necio, andando por su camino, piensa que todos son necios como él.* Claro está, que en cuanto á lo natural todos tienen el corazon al mismo lado: mas el malo, el enemigo, y el envidioso y presuntuoso tiénenle al lado izquierdo, porque sienten mas de los otros. Y como dijo Plutarco [3], el odio les ciega para echar lo que ven á la peor parte: y donde ellos tropiezan, piensan que tropiezan los demás. Y como se dice en el libro de Job [4]: *Donde hay paz, piensa el impío que hay acechanzas.* Porque como declara S. Gregorio [5], todo cuanto él piensa contra los prójimos, sospecha que los prójimos lo piensan contra él. Arranca, pues, tu corazon del lado izquierdo donde le tienes, y múdale al lugar derecho, adonde le tienen los justos caritativos, humildes y sencillos, para que juzgues de los otros, que le tienen como tú en el mismo lugar. Mira dice S. Doroteo [6], que un mismo manjar el sano le convierte en buen humor, y el enfermo en malo: y aun el de buena complexion suele convertir el ruin manjar en buena sangre: y si eres santo, lo que otros condenan con temeridad, tú lo excusarás con caridad; la cual, como dijo el Apóstol, *no piensa mal de nadie* [7], *y cubre la muchedumbre de los pecados* [8], y echa á buena parte lo que hacen sus hermanos. Como aquel santo monge, que si veia descompuesta la celda de los otros, lo atribuia al mucho cui-

[1] 2, 2, q. 60, art. 5 — [2] Eccles. 10, vv. 2, 3. — [3] Lib. de utilit. ab inimicis capienda. — [4] Job. 15, v. 21. — [5] Lib. 12, mor. c. 21 et lib. 14, cap. 2. D. August. serm 12, in Psalm. 142 — [6] Serm. 6 — [7] I Cor. 13, v. 5. — [8] I Petr. 4, v. 8.

dado de lo espiritual, que les hacia descuidar lo corporal; y si estaba bien compuesta, decia, que como componian bien el alma, así tambien las demás cosas. Y á esto vá dirigido lo que dijo S. Pablo [1]: *El que come, no desprecie al que no come: y el que no come, no juzgue al que come.* Porque cuando las cosas pueden hacerse bien y mal, cada uno ha de presumir del otro, que no yerra en lo que hace. Y sino pudieres excusar la obra exterior, excusa, dice S. Bernardo [2], la intencion, pensando que fué por ignorancia, ó inadvertencia, ó acaso: y cuando mas no pudieres, por ser la culpa manifiesta, dí á tí mismo: Alguna vehemente tentacion derribó á este hombre: ¿qué hiciera, yo si fuera combatido de ella? Y S. Doroteo [3] añade, que en estos casos decia otro santo monge: Este hombre pecó hoy, yo quizá pecaré mañana: este volverá sobre sí y hará penitencia; yo quizá no la haré, porque soy perezoso en todo lo bueno: y aunque seria posible que en estas excusas alguna vez te engañases, no por esto se han de dejar; porque, como dice S. Agustin [4], mas tolerable cosa es creer que los malos son buenos, que no con la costumbre de juzgar, sospechar que los buenos son malos; porque en lo segundo agravias á los buenos, y en lo primero no haces daño á los malos, ni á tí mismo, pues procedes con sana intencion, y segun las reglas de la prudencia cristiana. que en caso de duda favorece al prójimo, que tiene posesion de su buena fama [5].

§ II.

De la cautela para no ser engañados.

Los que no tienen cargo de gobernar á otros, fácilmente pueden conservar la sinceridad de palomas por

[1] Rom. 14, v. 3. — [2] Serm. 40, in Cant. — [3] Serm. 6. — [4] Hom. in id; Nolite judicare, tom. 8. — [5] D. Thom. 2, 2, q. 60, art. 4, ad 1.

los medios que se han dicho, porque con seguridad pueden apartar los ojos de los defectos agenos (pues no les toca remediarlos) diciendo á sus sospechas [1]: *Quid ad te?* ¿Qué té vá á tí en que sea esto, ó aquello? Déjalo, pues no está á tu cargo. Mas los superiores y señores han de tener los ojos abiertos para conocer las faltas de los súbditos y remediarlas, ó prevenir con tiempo los peligros; y así es necesario que de tal manera sean sencillos como palomas, que juntamente sean prudentes como serpientes; y cuando tienen algunas conjeturas, y sospechas de los delitos, pueden como dice Sto. Tomás [2], inquirir y preguntar lo que sea menester para certificarse de ellos y corregirlos, guardando las reglas de la caridad y justicia. Conforme á lo que dijo el eclesiástico [3]: *Antes de preguntar, no condenes á ninguno: y despues que hubieres preguntado, corrígele justamente*, de modo que no traspases los límites de la justicia en preguntar, ni en corregir; ni tampoco quedes corto por flojedad, é indiscrecion en cumplir la obligacion que tienes de ello. Así lo hizo el venerable Booz cuando visitó á sus criados y segadores; porque como vió entre ellos á Ruth, muger moza y estrangera, sin conocerla; tuvo celo, prudencia y cautela de serpiente para saber quien era, para conservar la honestidad entre los suyos, si acaso fuese alguna muger mala, aunque encubierta con máscara exterior buena; pero juntamente tuvo sinceridad y mansedumbre de paloma para no juzgar ó sospechar mal de ella, ni echarla de allí con indignacion y furia: y como prudente no quiso dar sentencia sin haberlo examinado, por no ponerse á peligro de condenar á la inocente, ó admitir á la culpada: y como zeloso, no dilató mucho la averiguacion, sino que al punto llamó al criado, que tenia á su cargo los trabajadores,

[1] Joan. 21, v. 22. — [2] 2. 2. q. 67, art. 2, ad 3. — [3] Eccli. 11, v. 7.

y examinado de paso el cuidado con que hacia su oficio, le preguntó [1]: *cujus est hæc puella?* ¿Qué muger es esta? ¿de dónde vino? ¿quién la trajo aquí? Y ¿cómo anda entre nuestros segadores? Y la pregunta no fué imprudente, ni curiosa, sino discreta y necesaria; porque los superiores no han de ser flojos en inquirir las cosas de los súbditos, ni fiarse ligeramente de lo que parece bueno, sino quieren ser engañados. Como lo fué el capitan Josué de los gabaonitas, que fingieron venir de tierras muy distantes á tratar de paces, dando como prueba de su largo camino, que traian los vestidos rotos y el pan ya endurecido: y sin mas exámen, ni preguntas les dió crédito, é hizo paces con ellos contra lo que Dios habia ordenado [2]. Y aunque S. Ambrosio lo escusa, diciendo [3]: *Quis hoc reprehendat in Sanctis, qui cæteros de suo afectu æstimant;* como los Santos son amigos de la verdad y enemigos de engañar á otros, piensan con sinceridad que ninguno los engaña. Pero la divina escritura dá á entender, que hubo algun descuido y negligencia en creer y fiarse de aquella gente y hacer paces con ella, antes de preguntarlo, y consultarlo con Dios, como lo hacian en otras cosas: para que se entienda, que no basta la sinceridad, sino se junta con la prudencia que libra de engaños. Pues por esto dijo el Espíritu Santo, que los ojos de la esposa son como de palomas [4]: *absque eo quod intrinsecus latet*, fuera de lo que está escondido dentro; dando á entender, que siendo los ojos sinceros en mirar las cosas exteriores, tiene en lo interior otra vista muy aguda y penetrante para mirar su provecho y el ajeno. Y á esta vista llamó Cristo nuestro Señor prudencia de serpientes, y la encomendó á sus discípulos antes que la sinceridad de palomas; porque habian de ser maestros y su-

[1] Ruth. 2, v. 5. — [2] Josue 9, vv. 3-15. — [3] Lib. 3, offic. cap. 10. — [4] Cant. 4, v. 1.

periores de los otros, para lo cual no ayuda tanto la sinceridad como la prudencia, segun se verá en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO VIII.

DE LA VERDAD Y FIDELIDAD EN LAS PALABRAS Y PROMESAS, EVITANDO TODO GÉNERO DE MENTIRA Y ENGAÑO.

El trato de unos hombres con otros, para tener su debida perfeccion, ha de ir siempre acompañado con aquellos tres insignes compañeros que Jeremias [1], llama *verdad, juicio y justicia.* Y aunque los señala por compañeros de palabras que se confirman con juramento porque la reverencia debida al Santo nombre de Dios, obliga con mayor rigor á procurarlos; pero tambien como dice Sto. Tomás [2], han de acompañar todas nuestras pláticas para ser perfectas, porque incluyen tres virtudes principales, cuyo oficio es enfrenar la lengua para que no deslice en malas palabras. Conforme á lo que dijo el Eclesiástico [3], que *de toda la plata y oro que tuviéramos hiciésemos frenos rectos para nuestras bocas y pesos justos para nuestras palabras.* Y los materiales de los cuales se han de hacer son la plata y oro de estas tres virtudes; conviene á saber, la verdad, ó veracidad y fidelidad, que, dice lo mismo que siente y tiene ánimo de cumplir lo que promete; el juicio, ó discrecion que lo piensa bien, y lo dice como conviene; y la justicia que habla lo que es justo para provecho de todos, sin daño de ninguno. Y todas tres ayudan á cumplir lo que dijo S. Pablo [4], *Ninguna mala palabra salga de vuestra boca, sino siempre lo que fuere bueno, y decente, para gloria de Dios, y provecho del*

[1] Jer. 4, v. 2. — [2] 2. 2. q. 89. art. 3, ad. 5. — [3] Eccli. 28, v. 29. — [4] Ephes. 4, v. 29.

prójimo. Pero la esfera de estas tres virtudes se extiende mas, comprendiendo tambien los estados, oficios y ministerios y toda suerte de obras, en lo cual, ha de resplandecer tambien verdad, jucio y justicia para que sea perfecto.

§ I.

De la verdad en las palabras.

Comenzando por la verdad, dejemos la que llama S. Jerónimo[1], verdad en la vida, de quien dice S. Juan[2]: *No tengo mayor gozo, que cuando oigo decir, que mis hijos andan en verdad*, ajustando la vida con su regla, que es la ley de Dios, y del estado, y conformando lo exterior con lo interior, sin fingimiento de hipocresía. Mas porque esta verdad es muy universal, vengamos á la especial, que pertenece á las palabras, la cual es de dos maneras. La una, consiste en que las palabras sean conformes con lo que de hecho pasa, ó con lo que es ó tiene la misma cosa de que se habla; y lo contrario de esto se llama falsedad, y procede de ignorancia. La otra consiste en que las palabras sean conformes con lo que se siente en el corazon; y lo contrario de esto se llama mentira, y procede de malicia: y por consiguiente, no es lo mismo mentir que decir falso: porque mentir, es decir algo contra lo que sientes, aunque de echo fuese verdadero: como mentirias delante de Dios, diciendo, que tres y cuatro son siete, si pensabas que eran ocho. Pero decir falso, no siempre es pecado, cuando por ignorancia piensas que es verdadero lo que dices. Y puédese hacer sin intencion de engañar al otro, pero la mentira tiene por su propio fin engañarle, y por esto

[1] Apud glos. Matth 15. D Th 2. 2 q. 109 art 3 ad 3.— [2] III Joan. v. 4.

siempre es mala; conforme á lo que dice el Eclesiástico[1]: *No quieras querer mentir con ningun género de mentira.* Que es decir, como declara S. Agustin[2], ni digas la mentira sacrílega, contra Dios, ni la dañosa contra el prójimo, ni la jocosa, que se dice por entretenimiento, ni la oficiosa, que es por algun provecho propio ó ageno, porque no es lícito mentir, como definió Inocencio Papa[3], aunque sea por la salud de todo el mundo; pues nunca puede ser bueno, lo que por su naturaleza es malo; por lo cual no es posible que Dios mienta, como no puede dejar de ser Dios. Pero tiene misterio aquella palabra *no quieras querer*, para significar, que aunque es malo mentir por alguna inadvertencia, ó pasion arrebatada; pero mucho peor es el mentir advertido y afectado, y así raras veces se halla en los muy perfectos. Como lo pondera S. Gregorio[4], declarando aquellos fervorosos propósitos del santo Job, que decia[5]: *Vive el Señor, que mientras me durare la vida, mis labios no hablarán cosa mala, ni mi lengua meditará mentira.* Mas fea cosa, dice, «es «meditar maldad, que hablarla; porque el decirla, «procede muchas veces de precipitacion ó arrebata«miento; pero meditarla, es de malicia afectada y «procurada. Mas el varon santo de uno, y otro se «aparta: y aunque mentir por salvar la vida del pró«jimo sea pecado ligero, no quiere defender la vida «de los otros con su mentiroso engaño, porque no «tiene por bueno hacer daño á su alma por dar vida «á la carne agena. Y aunque las comadronas de Egip«to mintieron, por librar de la muerte á los niños «hebreos[6], y semejantemente se refieren en el Viejo «Testamento otras personas, que dijeron algunas «mentiras; mas no se hallará que las admitiesen los «varones perfectos.

[1] Eccli. 7, v. 14. — [2] In Psalm. 5. — D. Thom. 2. 2. q. 110. art. 3, et 4. — [3] Inn. III. c. super usuris. — [4] Lib. 18, Mor. cap. 2. — [5] Job. 27, vv. 2, 3, 4. — [6] Exod. 1, vv. 17-19.

3. A lo cual se añade, que el mentir á sabiendas desdice mucho, no solo de la perfeccion evangélica, sino de la nobleza humana; porque la costumbre de mentir dice el Eclesiástico [1], es afrentosa, y *los mal educados se rinden á ella. Menos malo*, dice, *es el ladron, que el mentiroso;* porque aquel roba la hacienda, y este roba la verdad y muchas veces la honra; y ambos turban la paz de la república; y adonde quiera que van les sigue la ignominia; y aun en el mundo, entre hombres honrados, es grande afrenta decirles que mienten, y con razon, porque la mentira es de mala casta.

4. Y, como dice S. Doroteo [2], es hija del demonio, de quien dijo el Salvador [3], que *no permaneció en la verdad;* y que cuando miente habla de suyo, porque es mentiroso, y padre de la mentira, que de el tuvo principio, cuando con una mentira engañó á Eva, y fué causa de nuestra muerte. Y por consiguiente, los mentirosos imitan al demonio, y dejan de imitar á Dios, que es suprema verdad, y no pueden seguir al Cordero donde quiera que va; porque de los que le siguen, dice S. Juan [4], que *en su boca no se halló mentira.*

5. Ni entrará en el cielo el que está manchado con ella, no porque la mentira oficiosa, ó jocosa excluya para siempre del cielo, pues no es mas que pecado venial, sino porque se ha de purgar primero, y porque dispone para la dañosa, que es pecado mortal. Por la cual dice la Escritura [5], *destruirá Dios á todos los que hablan mentira; y la boca que miente mata el alma* [6]; y aun á veces es causa de que muera el cuerpo, cuando el atrevimiento de los súbditos llega á mentir á los superiores, que en lugar de Dios les gobiernan. Como Ananías, y Safira murieron desastrosamente,

[1] Eccli. 20, vv. 26, 27. — [2] Serm. 9. — [3] Joan 8, v. 44. — [4] Apoc. 14, v. 5. — Apoc. 21, v. 27. — [5] Psalm 5, v. 7. — [6] Sap. 1, v. 11.

porque mintieron, queriendo engañar á S. Pedro; el cual les dijo [1], que no habian *mentido á los hombres, sino á Dios*, cuyas veces hacia.

6. Finalmente, no sin motivo Cristo nuestro Señor no quiso que los cristianos se acostumbrasen á jurar, sino que su ordinario hablar fuese, sí por sí, y nó por nó [2]; para que entendiesen, que habian de ser tan verdaderos en sus palabras; que mereciesen sin juramento ser creidos en lo que afirman, ó niegan, ó prometen.

Por todas estas razones se ha de aborrecer todo género de mentira; y no solamente la que es clara, sino tambien la solapada y disfrazada, que, por venir encubierta, no se tiene por afrentosa, y por esto es muy usada, unas veces por carta de mas y otras por carta de menos, en lo cual se señalan dos vicios, que Santo Tomás [3], con Aristóteles llama *jactancia, e ironía*. La jactancia dice de sí cosas grandiosas, mayores de lo que son de verdad, y unas veces son contra la honra de Dios; como el soberbio que decia [4]: *Yo soy Dios:* otras veces contra la honra del prójimo, como el fariseo que decia grandezas de sí, despreciando á los otros [5]: y otras veces no son mas que por vanidad, ó por algun interés, y entonces será pecado venial, en los demás casos mortal. La ironía dice de sí menos de lo que es, con pretexto de humildad; pero como dice S. Agustin [6], cuando mientes por causa de humildad, sino eras pecador antes que mintieses, mintiendo lo eres. Y unas veces procede esto de malicia é hipocresía, por ganar honra de santidad, y otras de indiscrecion y poca cautela. Y por esto dijo el Eclesiástico [7]: *Hay quien se humilla mañosamente, y su interior está lleno de engaño.* Tambien faltan en la verdad por los

[1] Act. 5, v. 4.— [2] Matth. 5, v. 37.— [3] 2, 2, Quest. 112, et 113.— [4] Ezech. 28, v. 2.— [5] Luc. 18, vv. 11, 12.— [6] Serm. 29, et 31, de verbis Apostoli.— [7] Eccli 19, v. 23.

extremos de mas y menos, los lisonjeros y encarecedores, y los que usan de muchos cumplimientos humanos. Así mismo, los solapados y burlones, los maliciosos y muy astutos, que usan de equivocaciones y enredos para disimular lo que han dicho ó hecho ó pretenden hacer, ó desean negar. Como dice el Sabio [1] de la *mujer adúltera, que come, y limpia su boca, diciendo no he obrado cosa mala.* Estos embustes dice S. Doroteo [2], suelen proceder de tres causas, especialmente en los súbditos: unas veces nacen de soberbia, encubriendo la culpa, para que no les reprendan y castiguen; ó excusándola con engaño, cuando las reprenden; ó porfiando contra la verdad por salir con la suya; otras veces nacen de sensualidad, fingiendo necesidades y cansancios para alcanzar el alivio que pretenden, ó para excusarse del trabajo que les ordenan, ó para holgarse y entretenerse en hablar, contando mentiras que suelen ser mas agradables: otras veces procede de avaricia y codicia de sus comodidades, como el que niega lo que tiene por no darlo, ó para que el prelado no se lo quite, ó finje razones falsas para negociar lo que desea, donde se refieren las innumerables mentiras de todos los negociantes por sus intereses: y los mas sútiles van con solapamientos, usando de palabras que pueden tener muchos sentidos para mentir, de tal manera que no les cojan en mentira; y, pareciendo que no mienten, nunca dicen verdad. Y añade este Santo, que si alguna vez fuese necesario encubrir ó disimular la verdad por salvar la vida del prójimo, ó conservar la paz de muchos; se ha de hacer con gran cautela, como quien está puesto en tentacion y en peligro de tropezar; porque como seria dañoso usar á menudo de las purgas; así es muy perjudicial usar á menudo de este

[1] Prov. 30, v. 20. — [2] Serm. 9.

lenguaje con que se encubre la verdad: y solamente se ha de admitir en extrema necesidad y con gran temblor, manifestando primero á Dios nuestra intencion y el deseo que tenemos de acertar y la necesidad que nos obliga á usar de tales rodeos. Esto dice San Doroteo, por donde se ve el cuidado con que miran los Santos la verdad de sus palabras, para que ni la sombra de mentira parezca en ellas.

§ II.

De la fidelidad en hacer, y cumplir las promesas.

Con la verdad de que se ha tratado se junta como dice Sto. Tomás [1], la fidelidad en las ofertas y promesas que hacemos á otros, la cual obliga á dos cosas. La primera es, que al tiempo que se hacen las promesas haya verdadera intencion de cumplirlas; porque si esta faltase, serian claras mentiras y engaños; pues lo que dice la lengua, no es conforme á lo que está en el corazon. Mas no basta tener entonces esta intencion, sino tambien es menester á su tiempo cumplir en efecto lo que se ha ofrecido ó prometido, teniendo firmeza y constancia en ponerlo por obra. Conforme al decreto de S. Gregorio, que dice [2]: *Studiose agendum est ut quæ promittuntur, opere compleantur;* con mucho cuidado se ha de procurar que se cumplan las cosas que se prometen, y esto es lo mas propio de la fidelidad; la cual como dijo Ciceron [3], es fundamento de la justicia y de todo el comercio y trato de los hombres, y de los contratos y pactos que hay entre ellos, y del buen ser de toda la república; para que todos puedan hacer bien sus oficios y cumplir enteramente sus obligaciones; los superiores con los súb-

[1] 2, 2, q. 80, art. 2, ad 3, q. 110, ar. 3, ad 5. — [2] Lib. 8, epist. 38, de pactis, cap. qualiter. — [3] Lib. 2 de officiis.

ditos, los súbditos con los superiores, y los iguales entre sí mismos. De aquí es, que la fidelidad anda siempre en medio de la verdad y de la justicia; la verdad la precede, la justicia la sigue; ambas la acompañan y todas tres son muy hermanas y muy propias de aquel soberano Señor, de quien dice S. Juan [1], que le vió venir en un caballo blanco, y que su nombre era, *Fidelis, et verax, et cum justitia judicat, et pugnat*, fiel y verdadero, que con justicia juzga y pelea; para que se entendiese, que el Verbo divino encarnado, el cual preside á su sacratísima humanidad y á la congregacion de los fieles, figuradas como arriba se dijo [2], por el caballo blanco, los rige con verdad en todo lo que dice, con fidelidad en cumplir lo que promete, y con justicia en lo que decreta y determina; y que en las mismas batallas que sostiene contra sus enemigos guarda estas virtudes, y juntamente inclina y mueve á sus siervos para que las guarden y sean verdaderos fieles y justos en cuanto dicen, prometen y hacen, siguiendo en todo la disposicion del Señor que les preside; pues por esto los compara al caballo blanco y generoso, que toma bien el freno, y se deja regir bien del prudente y diestro caballero.

De aquí es, que la fidelidad para su mayor firmeza suele servirse de la virtud de la religion, que mira al culto y honra de Dios, cuyo acto es el juramento, confirmando con él la promesa, para que el santo nombre de Dios y la reverencia que le debemos nos obliguen con nuevo motivo de religion á cumplirla; y la fidelidad que se debe á los hombres crece mucho, por juntarse con la fidelidad que se debe á Dios, el cual toma la causa por suya, y venga la injuria que se le hace; porque es gran desprecio de la divina Majestad no cumplir la palabra que se dió al hombre, ponien-

[1] Apoc. 19, v. 11.— [2] En el tratad 2.

do á Dios por fiador y testigo de que se cumpliria. Buen testimonio de ambas cosas tenemos en el caso de los gabaonitas, cuando engañaron á Josué, y á sus capitanes, diciendo que no eran de los cananeos, con quienes tenian guerra, sino que habian venido de tierras muy distantes á tratar de paces con ellos: y dándoles crédito Josué, les prometió con juramento no destruirlos. Y lo mismo juraron los otros príncipes del pueblo de Israel; pero descubierto el engaño, tuvieron todos tanto respeto al santo nombre de Dios, que resolvieron guardar su palabra y cumplir la promesa, aunque en rigor no estaban obligados á cumplirla [1]; porque es tan generosa la virtud de la fidelidad con la noble compañía de la religion, que cumple sus promesas, no solo á los amigos, sino á los enemigos, y no solamente á los que las impetran con sinceridad, sino á los que las obtienen con alguna astucia, cuando pueden cumplirse sin pecado y sin notable daño; porque no quiere el justo dar ocasion á que piensen los enemigos que falta en hacer lo que debe, porque ellos faltaron en hacer lo que debian, y que cae en la falta que reprende, engañando á los que le engañaron en no cumplirles la palabra que le sacaron con engaño; porque aun cuando esto sea lícito, lo contrario es mas generoso y perfecto, y mas conforme al respeto que se debe al sagrado juramento. Y buen indicio es de esto lo que despues sucedió en este caso, cuando el rey Saul, por codicia de tomar las ciudades que poseian los gabaonitas, quebrantó este juramento; y en su castigo envió Dios una grande hambre en todo el pueblo, y reveló á David, que ya era rey, que no cesaria la plaga, hasta que se diese satisfaccion á los gabaonitas. Y como ellos pidiesen siete varones del linaje de Saul para crucificarlos, David por órden de Dios se los en-

[1] Josué 9, vv. 6, 15, 18, 19, 20.

tregó, con lo que cesó el castigo [1]. Para que se vea el rigor con que Dios cela su honra castigando la infidelidad de los que no cumplen lo que juran, aunque sean reyes, y las personas á quienes se juró sean pobres y viles.

Pero además de esto, la virtud de la fidelidad, por sí misma obliga á cumplir lo que se promete, so pena de faltar á la verdad y á lo que es decente y conveniente segun el dictámen de la razon y de la ley natural; y es especie de mentira no cumplir su palabra sin bastante causa, y ha de estar esto muy léjos de cualquier persona honrada, y mucho mas de los grandes señores, cuyas palabras sencillas han de merecer mas fe y crédito que los juramentos de otros, estimando en mas su palabra que ser señores del mundo. Como lo dijo Sexto Pompeyo á un capitan, que le pedia licencia de hacer cierta cosa contra ella [2].

Pero mejor responde á los tales Salomon, diciendo [3]: *El varon glorioso, que no cumple lo que promete, es como nubes, y vientos, sin seguirse lluvia.* Para que entiendan lo mucho que desdicen de su nobleza, pues por una parte se precian de muy honrados y se levantan hasta las nubes y tienen su trono sobre los otros, y por otra parte todo lo que ofrecen y prometen para en viento y en vana ostentacion, sin provecho alguno; dejando burlados y entristecidos á los que habian puesto sus esperanzas en ellos. De donde viene, que así como faltando las nubes y vientos en enviar á la tierra la lluvia que prometian, falta tambien la tierra á dar sus frutos, porque no puede producirlos sin la ayuda de esta lluvia; así tambien si los príncipes y los señores faltan en cumplir fielmente lo que prometen á los vasallos y súbditos, estos vienen á faltar en la fidelidad que deben á sus señores, por no poder mu-

[1] II Reg. 21, vv. 1-9.—[2] Plutarco en la vida de Antonio Ribadeneyra, lib. 2, del Príncipe, cap. 15.—[3] Prov. 25, v. 14.—[3] Eccli. 33, v. 3.

chas veces cumplir la palabra al que ha faltado en cumplir la suya. Y al contrario, la fidelidad de los unos mueve á que procuren tenerla los otros. Conforme dice el Eclesiástico [1], que *el justo se fia de la ley, y la ley es fiel al justo;* así el criado se fia de su señor, y el señor ha de ser fiel á su criado. Sea, pues, el varon noble como nube cargada de agua, que se mueve, no por viento de vanidad, sino por el impulso de la razon; y á su tiempo dé el agua que promete, para que corresponda en esto á la nobleza que tiene; porque tambien es indicio de liviandad de ánimo mudar de parecer sin causa bastante, pues del *necio* se dice [2], que *se muda como la luna;* y del *sábio*, que *permanece en su sentencia como el sol;* y quien promete algo, y no lo cumple por solo su antojo, múdase con liviandad, y da claramente á entender que, ó fué necio en prometer, ó es necio en dejar de cumplir. Mas si despues ocurriese algun motivo justo de mudar de parecer, no seria liviandad, ni culpa dejar de cumplir la palabra; porque mudándose las cosas como dijo Séneca [3] bien pueden mudarse las promesas, diciendo al que se quejare de este cambio lo que dice el Proverbio: *Fac tu res esse easdem, et ego ero idem;* haz tú que las cosas sean las mismas, y yo seré siempre el mismo.

Para no faltar, así en la verdad, como en la fidelidad de nuestras palabras y promesas, ayuda mucho el segundo compañero de ellas, que el profeta Jeremías llamó juicio. Y como declara Sto. Tomás [4], es acto de la prudencia, cuyo oficio es advertir bien todo lo que se ha de hacer y prometer, pensándolo, y apurándolo bien antes que salga por la boca. Conforme á lo que dijo David [5]: *Que la boca del justo meditaria sabiduría, y su lengua hablaria juicio.* No porque la lengua me-

[1] Eccli. 33, v. 3.— [2] Eccli. 27, v. 12.— [3] Libr. 4, de beneficiis, cap. 34. — [4] 2, 2, q. 89, art. 7.— [5] Psalm. 36, v. 30.

dite, sino porque ninguna palabra sale por ella, que no esté bien pensada y meditada, juzgando que es bueno decirla. Y por esto dice [1], que *dispone y ordena sus pláticas en juicio*, imitando al Señor, de quien dijo, el Sábio [2], que *dispone todas sus cosas en número, peso y medida*, porque cuentan las palabras para que no sean supérfluas, ni muchas en demasía, por cuanto en la multitud de ellas hay peligro de faltar á la exactitud de la verdad. Pésalas tambien para que sean graves, reposadas y modestas, sin liviandad alguna, y sin dejarse llevar del ímpetu de la pasion, que turba el juicio, ó de la furia y priesa que no da lugar á la ponderacion: mídelas tambien con la medida de la perfeccion que Dios les señala, procurando que la intencion sea santa, las cosas buenas, las circunstancias del lugar y tiempo convenientes, y con la reverencia que conviene á la majestad de Dios, en cuya presencia habla, y que está oyendo lo que dice, de lo cual largamente se trató en el libro de la Guia Espíritual [3].

1. Todo esto con particular esmero se ha de guardar en las promesas y ofertas que se hacen, de modo que salgan con su número, peso y medida, procurando lo primero, que sean conformes á nuestras fuerzas para poder cumplirlas; porque es grande imprudencia prometer tantas cosas, ó tan difíciles, que por ser muchas ó muy pesadas, no pueden ser cumplidas; como los oficiales, ó personas de negocios, que dan palabra á muchos de hacer tales cosas para tal dia, viendo que no pueden cumplir lo que dicen, ó inhabilitándose con las postreras promesas para cumplir las primeras.

2. Tambien se han de medir con la regla de la razon y de la ley de Dios; porque ninguna cosa se ha

[1] Psalm. 111, v. 5. — [2] Sap. 11, v. 21. — [3] En el tratad. 4, cap 16.

de prometer, que no sea lícita y decente, de otra manera no habrá obligacion de cumplirla; antes bien como pecaste en la promesa, pecarás en el cumplimiento de ella; y por tener fidelidad con el hombre, no la tendrás con Dios; aunque como dijo S. Agustin [1], no será verdadera virtud de fidelidad la que cumple la palabra y promesa injusta, pues la misma justicia pide que no se cumpla. Conforme á la regla de derecho, que dice [2]: *In malis promissis rescinde fidem: impia est promissio quæ scelere adimpletur.* En las malas promesas revoca la fe y palabra que diste, porque es impía la promesa que se ha de cumplir con pecado.

3. De aquí resulta ser grande imprudencia prometer á bulto y ofrecerse á hacer todo lo que otro pidiere, especialmente siendo persona de quien se puede temer, que pedirá cosa injusta, como sucedió á Herodes, cuando prometió con juramento á la hija de Herodías, que le daria cuanto le pidiese, y ella le pidió la cabeza de S. Juan Bautista [3]. Y, como dice S. Ambrosio [4], fué ligero en la promesa, y mucho peor en cumplirla, porque nunca puede ser materia de fidelidad, lo que es materia de injusticia. Mucho mejor dice S. Agustin [5], lo hizo David, cuando juró matar á Nabal del Carmelo, y por intercesion de su mujer Abigail no lo hizo, atajando con el arrepentimiento el daño que se siguiera de su poco meditado juramento. Pero de este punto se dirá mas largamente, cuando se trate de los votos mas adelante.

---

[1] De bono conjugali. cap. 4. — [2] 2, 2, q. 4, cap. 22, in malis. — [3] Marc. 6, vv. 22-24. — [4] Libr. 1, de offic. c. 50, et lib. 3. cap. 18. — [5] Serm. 11, de Sanctis. — 2, 2, q. 4, c. est etiam, et c. quod David.

CAPÍTULO IX.

DE LA PERFECCION EN HABLAR BIEN DE LOS PRÓJIMOS SIN DECIR LISONJAS, Y DE LA CAUTELA EN ALABARLOS EN SU PRESENCIA.

—

Con mucha razon, dice el Espíritu Santo [1], que *los labios* de la Iglesia son *como cinta de grana*, y que *tiene leche y miel en su lengua;* porque como la cinta recoge, y ata los cabellos esparcidos, así la caridad junta los fieles que son partes de la república cristiana, y los tienen muy concordes, con la dulzura y suavidad de sus buenas palabras y razones, con las cuales acaricia á todos, y les hace el bien que puede, alabándolos, honrándolos, escusándolos, defendiéndolos, y volviendo por ellos en todo lo que conviene. Este es el lenguaje de la caridad, en que deberias ejercitarte con prudencia, tomando aquel consejo del Eclesiástico, que dice [2]: *El varon sábio hácese amable en sus palabras*. porque habla tan bien de todos, que todos le aman, y estiman por ello. Mas porque en esto puede haber algun yerro, es menester que huyas de dos estremos viciosos, uno por carta de mas, y otro por carta de menos. Por carta de menos, faltan los que callan el bien del prójimo, en el lugar, tiempo y sazon que fuera bien decirle. Lo cual, aunque algunas veces procede de cortedad natural; porque, como dijo el Sábio [3], *hay quien calla, porque no tiene discrecion para hablar:* pero mas ordinariamente nace de rencor, ó envidia, cuya propiedad es, si no dice mal de los otros, á lo menos callar el bien y tener pesar de que otros lo digan, y no ayudarles en ello. Por carta de

[1] Cant. 4, v. 3, et 11 — [2] Eccli. 20, v. 13. — [3] Eccli. 20, v. 6.

mas, pecan los que alaban á otros mas de lo que conviene lo que generalmente se llama adulacion ó lisonja, y en cuatro casos, como dice Sto. Tomás [1], es viciosa.

1. El primero es, alabarlos del mal que han hecho, como de la venganza que han tomado del enemigo. Con lo cual, como pondera S. Gregorio [2], se les da ocasion á perseverar en su mal estado. Conforme á lo que dijo David [3]: *El pecador es alabado en los deseos de su alma, y el malo es bendecido, y por esto enoja á Dios, y llevado de su furor no busca lo que le conviene, ni pone á Dios delante de sus ojos, y sus caminos en todo tiempo están manchados.* Porque, como dice S. Gerónimo [4], no hay cosa que tan fácilmente estrague las costumbres de los hombres, como las lisonjas y vanas alabanzas; las cuales son pecado mortal, cuando lo es la cosa de que alaban: y venial, si alaban de pecado venial, incurriendo en la amenaza de Isaías, que dice [5]: *Ay de los que llamais bueno á lo malo, diciendo bien al mal.* Y el Sabio dice [6]: *El que justifica al malo, y condena al bueno, ambos son abominables delante del Señor.*

2. El segundo caso es, cuando se alaba á otro por la apariencia exterior solamente, sin otra conjetura de que es bueno, ó ensalzándole mas de lo que merece. Y por esto dice el Eclesiástico [7]: *No alabes al hombre in specie sua*, por la hermosura, ó exterior apariencia, haciendo demasiado caso de la hermosura del cuerpo, ó sacando de ella sola la hermosura del alma, y alabándole como á santo por solo verle bien compuesto. Y otra vez dice [8]: *No alabes al hombre antes de oirle hablar*, porque sus palabras descubren lo que es: y antes de conocerle, no es bien alabarle, porque te po-

[1] 2, 2, quæst. 115, art. 1, et 2.— [2] D. Greg. lib. 4, Mor. c. 3.— [3] Psalm. 9, vv. 3, 4, 5 — [4] Epist. ad celantiam, de ratione pie vivendi. — [5] Isai. 5, v. 20 — [6] Prov. 17, v. 15.— [7] Eccli. 11, v. 2.— [8] Eccli. 27, v. 8.

nes á peligro de calificar de justo al que es malo, y perjudicial á otros. Y esta es, dice S. Ambrosio [1], la causa porque Dios nuestro Señor, luego en haciendo las demás cosas corporales, las alabó, porque su bondad consistia en lo exterior que parecia en ellas; pero en criando al hombre, no quiso alabarle; porque su bondad está en lo interior y secreto que no se vé; y hasta que se descubra por las obras no ha de ser alabado.

3. El tercer caso es, cuando probablemente se teme que nuestra alabanza ha de provocarle á vanagloria y soberbia, con que pierda, ó menoscabe la virtud que tiene. Por esto dijo el Eclesiástico [2]: *Antes de la muerte no alabes al hombre*, canonizándole por santo, porque puede ser que por tu alabanza se mude, y pierda la felicidad y santidad que tiene. Y por esta causa, dice tambien S. Ambrosio, que no alabó nuestro Señor al primer hombre en criándole, reservando su alabanza para el fin, cuando será mas segura y la habrá merecido con su buena vida.

4. El cuarto caso es, cuando con la alabanza pretendemos principalmente agradar á los hombres para que nos alaben, ó por algun interés temporal. De suerte, que el fin de la loa sea vanagloria, ó avaricia, ó el vano deleite de los otros; porque entonces se verifica lo que dijo S. Pablo [3] *Si pretendiese agradar á los hombres, no seria siervo de Cristo; porque Dios*, dice David [4], *destruirá los huesos de los que tienen por fin el agrado de los hombres*. En todos estos casos el lisongero hace oficio de enemigo blando y de amigo cruel, por el grave daño que hace á su prójimo. Conforme á lo que dijo Salomon [5]: *El hombre que con palabras blandas, y fingidas habla á su amigo, tiende la red á sus piés para que caiga, tropezando en graves culpas con ocasion de las*

[1] In instit. vir. cap. 3.—[2] Eccles 11, v. 30.—[3] Gal. 1, v. 10.—[4] Psalm. 52, v. 6.—[5] Prov. 29, v. 5.

lisonjas. Y mas claramente lo avisó nuestro Señor por Isaías, diciendo [1]: *Pueblo mio, los que te llaman bienaventurado, estos te engañan, y destruyen tus caminos*. Porque si te alaban por lo malo, dante ocasion á que continúes en ello: si de lo bueno que tienes, dántela para perderlo, asegurándote con la buena fama para que despues des mayor caida: y si te alaban del bien que no tienes, haránte creer que lo tienes; porque como te amas á tí mismo, crerás fácilmente que hay en tí lo que se dice de tí. Por esta causa el lisonjero, como dice S. Gregorio [2], es como langosta, que roe y consume los frutos; y como abeja, que tiene la miel en la boca y hiere con el aguijon: y quien desea la perfeccion, ha de aborrecer sumamente en sí este vicio, por el daño que con él hace á su alma y á la de sus prójimos. Mas no por esto se han de dejar las alabanzas prudentes y caritativas, en ausencia y en presencia del prójimo, observando las circunstancias que irémos diciendo.

§ I.

De las alabanzas en ausencia.

Las alabanzas de los prójimos en su ausencia, contando sus bienes delante de otros, para que los estimen y tengan en buen concepto, son mucho mas seguras que en su presencia, así porque no hay peligro de parte de los que son alabados, como porque es alabanza mas agena de lisonja, y mas pura y desinteresada; pues quien alaba en presencia, suele luego recibir el agradecimiento en premio de su alabanza. Mas quien alaba en ausencia da testimonio de que no busca premio de los hombres, sino de Dios que está presente; y que se mueve mas por honrar á la virtud

[1] Isai. 3, v. 12 —[2] 31, Mor. cap. 20

para que sea de todos estimada, que no por la honra que espera de las personas á quien alaba; aunque no carecerá de la honra, que es premio de la virtud, porque siempre es amado y venerado el que tiene buena lengua, y dice bien de los otros en su ausencia, porque presumimos que tambien lo dirá de nosotros, cuando se ofrezca ocasion de alabarnos.

1. Este buen oficio has de hacer en tres ocasiones principalmente. La primera, cuando es necesario para atajar algun mal y daño del prójimo; porque si ves que peligra su honra y fama, hacienda ó vida, ó su justa pretension, y puedes atajar este daño con decir de él el bien que sabes, justo es que lo digas, y le alabes con toda la largueza que la verdad permite. A la manera que Jonatás, viendo la ira que su padre Saul tenia contra David, y que contra toda razon y justicia le perseguia y trataba de matarle: *Locutus est de David bona ad Saul*, habló con Saul, diciéndole tantas cosas buenas de David, que se aplacó por entonces y cesó de perseguirle [1]. Y si algun envidioso tomare ocasion de aquí para enfadarse, pesándole del bien que oye; no por eso se ha de dejar la discreta alabanza, porque este es el escándalo, que llaman pasivo, tomado por la malicia del que oye, y no dado por culpa del que habla. Al modo que nuestro Señor alabó al santo Job en presencia de Satanás [2], á pesar de que sabia que Satanás por su envidia habia de tener gana de tentarle y perseguirle; aunque la mayor parte de las veces será bien de tal manera alabar al bueno, que no sea prefiriéndole á los que están presentes; porque esto es semillero de envidias y discordias. Como vimos que toda la envidia y furor de Saul contra David nacieron de que las doncellas de Jerusalen alabaron mas á David que á él, diciendo: *Saul mató á mil, y David á diez mil* [3].

[1] 1 Reg. 19, vv. 1, 4-6 — [2] Job. 1, v. 8. — [3] 1 Reg. 18, vv. 7, 8.

2. La otra ocasion de decir bien del prójimo, es cuando puede alcanzarse algun bien de la persona delante de quien se alaba, especialmente cuando eres preguntado y provocado á decir lo que sientes; porque entonces no has de contentarte con decir la verdad necesaria para satisfacer con justicia á la pregunta, sino que es bien añadir todo lo que se puede decir con verdad para acreditar al prójimo, y hacerle algun bien por este camino; como se puede ver en la respuesta que dió Booz su buen criado, cuando le preguntó quien era la mujer que allí estaba; y aunque bastara decirle, que aquella mujer era la estranjera moabita, que habia venido con Noemi. Pero no se contentó con esto, sino que añadió algunas alabanzas de Ruth, dándole buenos informes de lo que habia visto en ella, contando la humildad y modestia con que le pidió licencia para coger las espigas que dejasen los segadores, la continuacion en su trabajo con silencio y sin ofensa de nadie, y sin apartarse de allí á la sombra de alguna cabaña, por no dar ocasion alguna de sospecha; con lo cual no solo acreditó á Ruth, sino que movió á su señor Booz para que la acariciase y favoreciese con larga mano[1]: para que se vea cuan propio es de los buenos alabar el bien que ven en los otros, cuando hablan á los prelados y príncipes, y á las personas que pueden premiar á los virtuosos y favorecerlos en sus necesidades; y mucho mas cuando por ser pobres y estar olvidados y arrinconados en el mundo, no tienen quien les dé la mano, ni quien hable por ellos. Y este es un modo de misericordia y de limosna muy fácil para todos; porque muchas veces, como dijo el Eclesiástico[2]: *Verbum melius quam datum;* es mejor limosna la buena palabra, que la buena dádiva: y si no tienes que dar, puedes de este mo-

[1] Ruth. c. 2 et 3, passim.— [2] Eccli. 18, v. 16.

do interceder con el que tiene para que lo dé, abogando por los necesitados, y acreditando su virtud para que guste de remediarlos: y como los hombres no tienen menos necesidad de honra y fama, que de hacienda, si es limosna dar algun dinero al pobre con que sustente su vida, tambien lo será dar por el prójimo algunas buenas palabras con que se conserven y aumenten su fama y honra. *La cual*, como dijo Salomon [1], *vale mas que muchas riquezas*, y suele ser medio para alcanzarlas; como las alcanzó una pobre viuda, desposeida de las que tenia, porque al tiempo que llegó á tratar de ello con el rey de Israel, Giezi, criado de Eliseo, que se halló presente, la abonó, contando las cosas maravillosas que le habian pasado con el profeta [2].

3. La tercera ocasion de alabar al prójimo, es cuando conviene acreditarle, especialmente si es persona pública, para que otros se aprovechen de su doctrina, ó de sus ejemplos. A la manera que Cristo nuestro Señor [3] alabó á S. Juan Bautista delante de sus discípulos y de los judíos, para acreditar la doctrina que predicaba y la vida que vivia; á fin de que todos recibiesen su doctrina ó imitasen en algo su santa vida: y con este fin es gran prudencia alabar á los predicadores fervorosos y á los buenos prelados y jueces y á todos los que tienen oficio en bien de los prójimos, inclinándoles á que se aprovechen de sus buenos ejemplos y consejos.

4. Finalmente, la lengua ha sido criada, como dice Santiago apóstol [4], para ser fuente de agua dulce, hablando palabras agradables y provechosas á gloria de Dios y bien de los prójimos, aunque sean enemigos; porque, como dijo el Salvador [5], hemos de bendecir á los que nos maldicen, diciendo bien de los que dicen

[1] Prov. 22, v. 1. — [2] IV Reg. 8, vv. 3-6. — [3] Matth. 11, vv. 7-15.— Joan. 5, vv. 33, 35.— [4] Jacobi 3, v. 11. — [5] Luc. 6, v. 28.

mal de nosotros. Y pues ninguno hay tan malo, que no tenga algo bueno de que pueda ser alabado; justo es que la lengua haga su oficio, callando lo malo y diciendo lo bueno, conforme á las reglas de la razon: porque como dijo el mismo Apóstol [1], *de una fuente no puede salir agua dulce, y amarga;* ni la dulce podrá endulzar la amarga, antes la amarga echará á perder la dulce: y así la lengua siempre ha de tener dulzura en sus palabras, sin mezclar algunas malas, que echen á perderla.

§ II.

De las alabanzas en presencia.

Mayor tiento es menester para alabar á los prójimos en su presencia, á fin de que la alabanza les sea de provecho y no les dañe; presuponiendo que aunque ordinariamente alabamos á los hombres, por algunas buenas dotes naturales que tienen, como son la belleza, ó fortaleza del cuerpo, la memoria, ingenio, y otras prendas del alma. Pero propiamente como dijo Aristóteles [2], y lo confirma Sto. Tomás [3], no son dignos de alabanza, ni vituperio por las cosas naturales que no están en su potestad, sino por las que dependen de su libre alvedrío; ni todas estas merecen alabanza en los ojos de Dios, sino solamente las virtuosas; porque la virtud hace al hombre absolutamente digno de alabanza, y el vicio vituperable. De este modo declara S. Bernardo [4] el dicho del Eclesiástico, que él refiere de esta manera [5]: *Neminem laudaveris in vita sua;* no alabarás al hombre en su vida. Dos vidas, dice tiene el hombre, una propia, de su naturaleza estragada y de su ruin cosecha; y por esta, como ya

[1] Jacobi 3, v. 11. — [2] Lib. 3, Eth. cap. 5. — [3] 1, 2, q. 21, art. 2. — [4] Epist 23, et sem. 5, de Sanctis — [5] Eccli. 11, v. 30, juxta LXX.

se ha dicho, no merece ser alabado; sino vituperado: otra vida tiene que no es suya, sino de Dios, comunicada por su divina gracia, y por esta bien puede ser loado; porque la alabanza entonces principalmente no es del hombre, sino de Dios, cuyas son la tal vida y la gloria de ella. Y como el justo no vive en sí, sino en Cristo, cuando es alabado, no es en su vida, sino en la de Cristo, que puso en él los dones de su gracia. Y de aquí es, que de tal manera se ha de alabar al bueno en su presencia, que le traigan á la memoria el principal autor de su bien, para que no reciba daño de la alabanza, sino el provecho á que se ordena, que es alentarle y confortarle en la virtud, para que persevere y se perficione en ella; lo cual se alcanza recordándole, que el bien que tiene no es suyo, sino de Dios, á quien ha de dar la gloria, y en quien ha de poner su confianza; porque de otra manera vendrá á perderle por su soberbia, ó confianza propia, ó seguridad demasiada.

1. De esta manera alabó Cristo nuestro Señor á muchas personas en presencia de ellas, así para alentarlas, como para confundir á los tibios y murmuradores y provocarles á que los imitasen. Alabó el hecho de la Magdalena, cuando le bañaba los pies con lágrimas, y los limpiaba con sus propios cabellos; confundiendo la tibieza del fariseo, que sentia mal de ella [1]. Tambien alabó el celo de Zaqueo, cuando dijo que daba la mitad de sus bienes á los pobres, y restituia lo que habia tomado con el cuádruplo, para alentar con esto á los demás publicanos que hiciesen otro tanto [2]. Alabó tambien la fe del centurion [3], para confundir la incredulidad de los judíos: y la confesion de San Pedro, para alentar á los demás discípulos. Pero díjole [4]: *Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan, por-*

[1] Luc. 7, v. 44-46. — [2] Luc. 19, vv. 8, 9 — [3] Matth. 8, v. 10. — [4] Matth. 16, v. 17.

que no te ha revelado esto la carne, y sangre, sino mi Padre, que está en los cielos. Para que entendiese á quien habia de tributar la gloria de aquella alabanza, y el agradecimiento que debia al que tal merced le habia hecho. Y en el Apocalipsis con admirable artificio alababa á los obispos de Asia, á quienes escribia las cartas, contando sus virtudes y buenas obras. Mas luego añadia alguna falta que tenian, para que si la alabanza les engriese, el aviso de la falta les humillase [1]; y por lo menos les avisaba, que les faltaba la perseverancia, como dijo á uno [2]: *Ten lo que tienes, porque no reciba otro tu corona.* Para que la alabanza no le asegurase, advirtiéndole de la mutabilidad á que estaba sugeto en esta vida. Por lo cual dijo el Eclesiástico [3]: *Que á ninguno alabásemos antes de la muerte,* con alabanza que se debe á los bienaventurados, que han alcanzado la victoria; pues durante la guerra, hay peligro de perecer en ella. Y por esta causa, habiendo nuestro Señor dicho grandes alabanzas de S. Juan Bautista, y que no habia otro mayor entre los nacidos de las mujeres, añadió luego [4]: *Que el menor del reino de los cielos era mayor que él.* Como si dijera: Todos estos elogios son de hombre que vive en la tierra y está sugeto á mudanza; y así por muy santo que sea Juan, no llega á la seguridad del menor bienaventurado, el cual por razon de su estado puede ser loado con entera y cumplida alabanza como quien ha conseguido la victoria.

2. Pero viniendo á nuestra historia, fué muy esclarecida la discrecion de Booz en alabar á Ruth de las buenas obras que habia hecho: *Sabido he,* dice [5], *todas las cosas que hiciste con tu suegra Noemi, despues de la muerte de tu marido: y como dejaste á tus padres, y la tierra en que naciste, y has venido al pueblo que an-*

[1] Apocal. c. 2 et 3, passim. — [2] Ibid. 3, v. 11. — [3] Eccles. 11, v. 30. — [4] Matth 11, v. 11. — [5] Ruth. 2, vv. 11, 12 — Tom. I trat. 2, c. 10, § 4.

tes no conocias: el Señor premie tu obra, y recibas entero galardon del Señor Dios de Israel á quien veniste, y debajo de cuyas alas te acogiste. En cuyas palabras mostró bien este perfecto varon el celo que tenia, y el que han de tener los mayores de confirmar y alentar á los que de nuevo comienzan á servir á Dios alabándoles, y aprobando la mudanza de vida que han hecho, el haber dejado los vicios y apartádose de malas compañías, ó haber salido del mundo y de la casa de sus padres por entrar en religion; porque así como se amilanan y entristecen, cuando otros reprueban el bien que hacen, y á veces por esta causa vuelven atrás y lo dejan; así al contrario se alientan y alegran muchos cuando otros lo aprueban y alaban, especialmente cuando son personas de autoridad, cuya aprobacion y elogio es de mas estima. Y por esto dice el Proverbio: *Virtus laudata, crescit;* la virtud, siendo alabada, crece; como las plantas tiernas crecen con el riego del agua; no porque obre pricipalmente por la alabanza, porque esto no fuera virtud, sino vicio de vanidad; sino porque toma de ella motivo para perfeccionar las obras que son alabadas de los buenos, aprobadas de los sabios y estimadas de los poderosos.

3. Finalmente, hay otro caso mas especial en que es conveniente alabar al prójimo, cuando está muy triste, pusilánime y desconfiado, con peligro de caer en el abismo de la desesperacion; porque entonces justo es alabar las cosas que ha hecho, y traer á la memoria las gracias y dones que Dios le ha dado, con el fin de que se aliente y cobre nueva confianza. A la manera que S. Pablo, escribiendo á los hebreos, que estaban en este aprieto, les dijo estas palabras[1]: *Acordaos de los dias pasados, cuando recibisteis el bautismo, y sufristeis una grande batalla de trabajos, y*

[1] Hebr. 10, vv. 32-36.

aflicciones: por una parte erais un espectáculo de tribulaciones, y oprobios; y por otra erais compañeros de los que se ejercitaban en santas obras. Tuvisteis compasion de los presos, y llevasteis con gozo que os robasen vuestras haciendas, porque sabiais que os esperaba otra mejor, y mas durable riqueza. No querais perder vuestra confianza, que ha de ser premiada con gran galardon, porque teneis necesidad de paciencia, para que haciendo la voluntad de Dios alcanceis su promesa. Esto dice el Apóstol, el cual en estos casos muchas veces en sus cartas alaba la virtud de los afligidos para consolarlos en sus trabajos y no es mucho que por este fin alabemos la virtud agena; pues en semejante peligro es lícito y conveniente alabar la propia. Alabar, digo, contando las virtudes y obras grandes que Dios ha hecho por nosotros, para alentar nuestro corazon desmayado y confundir á los demonios y á los enemigos, que pretenden sepultarnos en el profundo de la desesperacion. Así lo hizo el santo Job [1], contando sus alabanzas; no por vanidad, sino por no caer en el abismo de la desesperacion, donde el demonio por medio de sus amigos queria despeñarle: y es cierto que no erró, pues el mismo Dios alabó y aprobó sus palabras [2].

CAPÍTULO X.

DE TRES MALAS LENGUAS QUE DICEN MAL DE OTROS, EN PRESENCIA Y EN AUSENCIA, Y TURBAN LA PAZ CON CHISMES, Y EL MODO COMO CADA UNO HA DE ENFRENARLAS EN SÍ MISMO.

—

La virtud de la justicia, á la cual pertenece guardar el derecho de los prójimos, ha de acompañar siem-

[1] Job. cap. 31, vv. 1-39. — [2] Job. 42, v. 7.

pre nuestras pláticas, enfrenando tres malditas lenguas de que hace mencion el Eclesiástico [1], cuyo empleo no es otro, que decir mal de los prójimos, quitándoles la honra y la reverencia debida á sus propias personas, ú oscureciendo la fama ó buen nombre que tienen entre los demás hombres y deshaciendo la amistad y concordia que tienen unos con otros. Estas tres lenguas son como los *tres espíritus inmundos*, que vió San Juan [2] salir *de la boca del dragon á manera de ranas* charlatanas y *cenagosas*. Son tambien los tres tentadores, de quienes proceden las palabras ásperas, que llama David [3]: *Saeta que vuela de dia, negocio que anda en tinieblas, encuentro, y demonio meridiano*. La primera, es como saeta que vuela de dia, porque hiere con la palabra injuriosa al descubierto y en presencia del que es injuriado. La segunda, es como negocio que se trata en tinieblas, porque sus pláticas son en ausencia del prójimo, contra quien se dicen, deseando que no lleguen á su noticia. La tercera, es como encuentro y demonio del medio dia, porque causa encuentros entre los prójimos, haciendo que la luz y ardor de la caridad, que entre ellos hervia por su causa se resfrie.

§ I.

De estas tres lenguas, la primera es mas perjudicial, por ser mayor descortesía injuriar á los prójimos en su presencia vomitando delante de ellos la ponzoña que se tiene en el corazon, escupiéndoles como dice San Gregorio [4] en su propio rostro con salivas asquerosas de injurias y denuestos, arrojando saetas de afrentosas palabras á su misma cara, y apedreándoles á ojos vistas con duras piedras de mofas. Al modo que

[1] Eccli. 28, v 15. — [2] Apoc. 16, v. 13. — [3] Psalm. 90, v. 6. — [4] Lib. 20, Mor. cap. 18.

Semei, cruel enemigo de David [1], le apedreaba con las manos; pero mas terriblemente con la lengua, llamándole hijo del demonio, homicida, usurpador del reino ageno y merecedor de todos los males que padecia.

1. Esta lengua como dice Sto. Tomás [2], suele lastimar, manifestando tres suertes de defectos afrentosos. Unos del alma, cuales son los vicios é ignorancias, llamándole á uno por desprecio ladron, ó necio, tonto y bobo. Contra cuyo pecado pronunció Cristo nuestro Señor sentencia de condenacion eterna, diciendo [3], que *quien llamase á su hermano* fatue, *necio*, ó loco por injuriarle, *era digno del fuego del infierno*.

2. Otros defectos hay del cuerpo, que causan alguna vergüenza y confusion, los cuales suelen los hombres echar en cara á sus prójimos por via de mofa, llamándoles tuertos, ó legañosos: y cuan grave pecado sea este, vese por el riguroso castigo de cuarenta y dos muchachos, que mofándose del profeta Eliseo le llamaban *calvo*, á los cuales mataron luego dos terribles osos [4], como verdugos de la justicia de Dios, que vengaban la injuria hecha á su profeta.

3. Otros defectos hay en los bienes de fortuna, que ocasionan desprecio entre los hombres, y con ellos injurian unos á otros, motejándolos de villanos, ó judíos, ó afrentándolos por la bajeza de su oficio; á la manera que los Fariseos llamaban á Cristo *hijo del carpintero* [5], ó zahiriéndolos por lo que hicieron con ellos al tiempo de su necesidad; como dice el Eclesiástico del necio [6], que *da poco y zahiere mucho, abriendo su boca, y echando llamas por ella*.

4. A estos pecados se parece mucho el de la irrision ó burla, manifestando estos defectos, no tanto por sacar sangre de deshonra, cuanto por sacar colores de

[1] II Reg. 16, vv. 5-8. — [2] 2. 2, q. 73, art. 1 ad 3. — [3] Matth. 5, v. 22. — [4] IV Reg. 2, v. 23, 24. — [5] Matth. 13, v. 55. — [6] Eccli. 20, v. 15.

vergüenza, haciendo salir los colores al rostro por la confusion que se siente en oirlos, aunque se digan por burla; y en tal caso el pecado no es tan grave; pero serialo mucho mas que los pasados, como dice Santo Tomás [1], si el escarnio fuese de veras, por tener tan baja estima de las cosas del prójimo, como si fuesen cosas de juego y burla; y si este escarnio se hace de las personas virtuosas, será el pecado gravísimo. Porque, como dijo S. Gregorio [2], *Sæpe lingua á bono opere, dum vituperat, revocat:* la lengua que vitupera la buena obra, aparta á los hombres de hacerla; porque si es vituperada la modestia de los mancebos, la mendiguez de los religiosos, la oracion y frecuencia de Sacramentos, el perdonar las injurias y el servir á los pobres, cierto es que los flacos y pusilánimes huirán de estos ejercicios virtuosos, para huir del escarnio que los hombres burladores hacen de ellos.

3. Pero mucho mayor daño hacen estas palabras, cuando son saetas que vuelan de dia, no solo por decirse en presencia y al descubierto, sino por decirse con apariencia de luz y claridad: á la manera que los celosos indiscretos en sus disputas ó lecciones suelen arrojar saetas de palabras injuriosas, pareciéndoles que vuelven por la honra de Dios y por la verdad; y como los amigos de Job con las lenguas llagaron su espíritu, mas cruelmente que el demonio llagó su cuerpo [3]: y aunque no le herian con malicia, herianle con grande fuerza; porque muchas veces es mayor la furia del espíritu celoso, que la del malicioso, pues el celo sin discrecion es furor; y como piensa que acierta, arroja el golpe con gran furia.

A esta maldita lengua enfrena la virtud de la justicia con el freno del temor santo de Dios, considerando el agravio que con tales palabras hace á su prójimo,

[1] 2, 2, q. 75, art. 2. — [2] Lib. 9, Mor. cap. 5. — [3] Job. 6, v. 27 et cap. 12, v. 4.

el daño que causa en el alma de su hermano y en la suya propia, y el terrible castigo temporal y eterno que por ello merece. Quién no enfrenará su lengua, si pondera como dice S. Juan Crisóstomo [1]: *Quod majora vulnera efficiunt verba quam tela,* que las palabras causan mayores llagas que las saetas? Porque estas llagan el cuerpo, aquellas el alma: estas se paran en la carne, aquellas *penetran el corazon* [2]: estas privan de la vida corporal, aquellas de la vida espiritual y eterna: y primero matan al mismo que las arroja, que á los otros contra quien las endereza. Víbora es la palabra injuriosa, que para salir por la boca rompe las entrañas de su misma madre: y en saliendo, con su veneno inficiona y mata á los que cabe sí tiene. Cuchillo es dice S. Bernardo [3], de dos filos, y aun de tres, porque con un golpe suele matar tres almas, la que habla y la que recibe el golpe con impaciencia y las que lo oyen con gusto, ó de ello reciben escándalo; porque como el amor engendra amor, así el aborrecimiento engendra aborrecimiento: y como estas palabras son señal de rencor y odio, así lo engendran en los que las oyen, sino son muy perfectos, como lo era David, á quien las pedradas de Semei no movieron á odio, ni impaciencia por su mucha santidad; pero llagaron á sus capitanes, provocándoles á grande ira y venganza, si David no lo estorbara [4]. Mas no porque sea paciente quien oye la injuria, deja de pecar gravemente quien la dice: pues en cuanto está de su parte, ya hizo todo el daño que pudo; como peca quien arroja á otro un dardo, ó le da una puñalada, aunque no le hiera, por estar vestido de una fuerte cota: y cuando no le haga daño en el alma, hacéselo en la honra y consuelo, y en la paz y quietud de la conciencia; y á veces todo sin remedio, porque con gran

[1] Hom. 8, super Epistol. ad Rom. — [2] Prov. 18, v. 8, et cap. 26, v. 22. — [3] Serm. de custodia manus, linguæ et cordis — [4] II Reg. 16, vv. 9-12.

dificultad se restituye la honra, que con facilidad se quita. Por lo cual dijo el mismo S. Bernardo [1]: «Ligera cosa es la palabra, porque ligeramente vuela; «mas gravemente llaga: ligeramente pasa; mas terriblemente abrasa: prestamente penetra el alma; «mas no sale prestamente de ella: presto se dice; mas «no se retracta presto: fácilmente vuela, y así fácilmente mata, quitando la caridad, que es vida del «alma.»

§ II.

Contra las murmuraciones.

Por lo dicho se puede colegir la maldad de la lengua murmuradora, que dice mal del prójimo en su ausencia, aunque le alabe en presencia. Y por esta causa los murmuradores se llaman en la Escritura Sagrada hombres *de dos lenguas* [2], porque ordinariamente son tambien grandes lisongeros, y con una lengua hablan bien del prójimo en su presencia, y le lisogean con grandes muestras de amor; pero con otra lengua en ausencia dicen mal de él, y le vituperan con señales de rencor; y en ambas cosas dice S. Bernardo [3], son como raposas, que destruyen las viñas de Dios, que son las conciencias. Y aunque es mala raposa el lisonjero halagüeño, pero *pesima vulpes occultus detractor*, malísima vulpeja es el murmurador oculto, de quien dijo el Eclesiastés [4], *Si mordiere la serpiente en silencio, no hace menos mal quien secretamente murmura.* porque tanto mas á la segura derrama la ponzoña de la murmuracion, cuanto menos es sentido del que es murmurado. Y por esta causa su herida se llama en la Escritura [5], *azote de la lengua;* porque como el azo-

[1] Ubi supra.—[2] Prov. 18, v. 8.—Eccli. 28, v. 15. —[3] Serm 63. in Cant. —[4] Eccles. 10, v. 11. —[5] Job. 5, v. 21.

te hiere por las espaldas, así él hiere en ausencia. Pero ¿quién contará las maneras como hiere? Las mas ordinarias son [1], ó levantando algun falso testimonio al prójimo; ó manifestando su delito secreto, ó algun defecto afrentoso, pero oculto; ó negando el bien que tiene; ó apocándole mucho; ó calumniando sus dichos y hechos, echándolos siempre á la peor parte. Y estas murmuraciones ordinariamente proceden de una general inclinacion que tienen los hombres á tratar de las cosas agenas, conforme á la pasion que predomina en su corazon, hablando en esto con grande gusto y entretenimiento. Porque, como dice S. Gregorio Nacianceno [2]: *Nihil hominibus suavius, quam aliena loqui, aliena curare, maxime si eveniat aliquos odio, vel amore preveniri.* No hay cosa mas dulce á los hombres, que hablar de cosas agenas y entremeterse en ellas, especialmente si están dominados del odio ó del amor. De aquí es, que cuatro pasiones principalmente sueltan la lengua en estas murmuraciones. A unos desenfrena la pasion del aborrecimiento contra el prójimo; como los fariseos por el odio que tenian á Cristo nuestro Señor murmuraban de sus cosas, levantándole muchos falsos testimonios y diciendo contra él grandes blasfemias. A otros mueve la envidia, viendo á sus compañeros mas honrados y levantados á mayores dignidades, como Datán y Abiron murmuraban contra Moisés y Aaron [3]. Otros con ira é impaciencia, por los males que padecen, se vuelven con la lengua contra el prójimo de quien les vienen. Como murmuraban los israelitas por el trabajo que padecian en el desierto y por la falta de comida ó bebida [4]. Finalmente, la codicia de cualquier cosa que nos gusta es causa de murmurar contra el que nos estorba alcanzarla, como murmuró Judas [5], de la Magdalena, porque no vendió

[1] D. Thom. 2, 2. q. 73.—[2] In apologestico á principio.—[3] Núm. 16, vv. 1, 3.—[4] Núm. 11, vv. 16. Psalm. 18, v. 16.—[5] Joan. 12, v. 5.

el ungüento en trescientos dineros para darlos á los pobres, pues esperaba hurtar alguna parte. Y nunca faltan al murmurador pretestos y astucias como á Judas, para encubrir su murmuracion con apariencia de alguna virtud; y cuando afirma que no dice aquella falta del prójimo por murmurar, entonces murmura mas como traidor, para desplegar la lengua con mayor libertad. Y de aquí es, que esta peste, como dice la Glosa [1], cunde mucho por todo el linage humano, y por su causa corre muy grande riesgo; porque apenas hay, dice Sto. Tomás [2], quien se escape de murmurar en algo, y de lo poco se sube á lo mucho; y cada uno añade algo á lo que dijo otro. A la manera, dice S. Gregorio [3], que suelen convidarse los hombres, trayendo cada uno algun manjar para todos. Y de aquí procede preguntarse unos á otros los delitos ó defectos secretos de los prójimos, parte por curiosidad de saber vidas agenas, y parte por tener de que murmurar; provocando al que sabe el secreto para que sea infiel en revelarlo. Pero la virtud de la justicia poderosamente resiste tambien á esta maldita lengua y la mortifica y enfrena con el mismo temor de Dios, porque causa los mismos daños que la primera, matando al que murmura y á los que le oyen y ayudan, y al mismo murmurado, á cuya noticia llega tarde ó temprano el mal que contra él se ha dicho.

Por lo cual solia decir S. Pedro, como refiere San Clemente [4], que el murmurador era homicida de su prójimo, como dice S. Juan [5], que *es homicida quien aborrece á su hermano*: y como el que mata con cuchillo, con cuchillo ha de morir, así este homicidio tiene su terrible castigo. ¿Quién llenó de lepra á Maria hermana de Moisés [6]? ¿Quién abrió la tierra, para

[1] In Prov. 24. — [2] 2, 2. q. 72, art. 2, ad. 2. — [3] Libr. 14, Mor. c. 14. in id Prov. 23, v. 21: dantes símbola — [4] Epist. 1. — D Th. 2, 2, q. 73, art. 3, ad 2. — [5] I Joan. 3, v. 15. — [6] Num. 12, v. 10.

tragar vivos á Datan y Abiron [1]? ¿Quién hizo salir fuego, que abrasase gran parte del campamento hebreo [2]? ¿Quién engendró las serpientes abrasadoras, que mordian y abrasaban á los israelitas en el desierto [3]? ¿Quién los excluyó de la tierra de promision, que manaba leche y miel [4]? ¿Por ventura la murmuracion no causó todo este daño en los cuerpos? ¿Pues, cuánto mayor estrago causará en las almas? y ¿cuánto mas terrible será el castigo eterno cuya sombra fué tan espantoso daño temporal? Y con mucha razon padece tales castigos; porque infamando á los prójimos, tambien *infama*, como dijo Santiago apóstol [5], *á la ley* que prohibe su detraccion, no haciendo caso de ella, ó sintiendo mal de ella, porque la prohibe. Y tambien como dice San Juan Crisóstomo [6], infama á la Igesia, ó religion, cuyo miembro es, y á la república donde mora; y ninguno se tiene por seguro de su lengua. Por lo cual dijo Salomon [7], que *el murmurador era abominacion de los hombres*, porque todos le abominan, y le tienen por afrenta del linage humano, pues afrenta á los que son de su misma naturaleza. *Por tanto* dice [8], *teme á Dios, y al rey, y no te juntes con los murmuradores, porque de repente vendrá á su perdicion.* Y *¿quién podrá saber cuando vendrá?* Huye, pues, de esta mala compañia, porque no te pegue su sarna. Teme la justicia del cielo y de la tierra, para enfrenar la lengua, y mira que murmuras en la presencia de Dios, cuyo oido dice el Sabio [9], *con gran celo oye lo que estás diciendo;* y sino te atrevieras á murmurar de otro, aunque esté ausente, si estuviese presente su padre, ó hermano ó algun grande amigo suyo poderoso para volver por él, y vengar la injuria que se le hace; ¿cómo te atreves á murmurar del prójimo en presencia

[1] Ibid. 16, v. 31-33. — [2] Ibid. v. 35. — [3] Ibid. 21, v. 6. — [4] Ibid. 14, vv. 22, 23. — [5] Jacob. 4, v. 11. — [6] Hom. 3, ad Pop — [7] Prov. 24, v. 9. — [8] Prov. 24, vv. 21, 22. — [9] Sap. 1, v. 10.

de Dios vivo, que es su padre y amigo, y juntamente juez muy justo?

Con estas consideraciones te has de alentar á tomar por compañero de tus palabras á la soberana virtud de la justicia, no consintiendo que se mezcle con ellas murmuracion grande, ni pequeña; y si tropezares en alguna, aunque sea ligera, atájala luego con la penitencia, porque no crezca. A la manera que David [1], estando en una cueva escondido con sus soldados, como entrase allí su enemigo el rey Saul, y los soldados le persuadiesen que le matase, pues podia hacerlo tan á su salvo, él nunca quiso consentir con ellos; pero cortóle con su espada un poco de la orla de la vestidura, tan sutilmente, que no fué sentido; y con todo esto, *Percusit cor suum David*, su corazon hirió á David; esto es, su conciencia le reprendió, y le remordió por lo que hizo; para dar á entender como pondera S. Gregorio [2], que el justo, si por descuido toca á la honra de su prójimo, aunque sea en cosa poca, luego es reprendido de su conciencia, porque cortándole con el cuchillo de la murmuracion algo de la ropa con que se cubre y honra, se corta á sí mismo algo de la ropa de la caridad con que se cubria, y queda mas afrentado en los ojos de Dios, que el prójimo en los de los hombres. Y aunque el prójimo sea enemigo suyo y pueda murmurar de él á mansalva y sin peligro, no quiere hacerlo, porque allí le ve Dios, y allí tiene el ayo de la conciencia, que le reprime y enfrena. Por lo cual dijo S. Ambrosio [3], que el justo, aunque tuviera el anillo de Giges, para pecar sin ser visto, no pecara; porque no se aparta del mal porque le ven los hombres, sino porque le ven Dios y su conciencia.

Pero mucho mas dice S. Gregorio, nos avisa este

[1] I Reg. 24, vv. 4-6. — [2] 3. p. Past, admon. 5 — [3] Libr. 3, de offic. c. 4, et 5.

hecho de David, dando por razon de su pena, que Saul, cuya vestidura cortó, era Cristo ungido del Señor; para que se entienda, cuan fea cosa es murmurar de los príncipes y prelados, que son cabezas de la república, aunque sean malos, porque representan la persona de Dios; el cual dice [1]: *No querais tocar á mis cristos, ni agraviar á mis profetas*, pues basta ser mios, y estar en mi lugar, para que no toqueis á sus personas, ni á sus vestiduras, que son sus obras, ni á la orla de ellas, que son las mas terrenas venerando el oficio, y á la dignidad que tienen. Y si la murmuracion fuese contra ellos, por hacer con rectitud su oficio, seria mas perjudicial y redundaria en injuria del mismo Dios, que se lo encargó; pues por esto dijeron Moisés y Aaron á su pueblo [2], *Nec contra nos est murmur vestrum, sed contra Dominum.* Vuestra murmuracion no es contra nosotros, sino contra Dios, por cuyo mandato hacemos esto que os da pena, y es motivo de que murmureis. Y así á nuestro Señor toca castigar las murmuraciones contra los prelados, volviendo por la honra de ellos, para que sean venerados de sus súbditos, y no se atrevan á poner en ellos sus lenguas. Como sucedió en otro caso, cuando Maria y Aaron murmuraron de Moisés, porque con ser ambos cómplices en la misma culpa, sola Maria, que era súbdita, fué castigada [3]; porque fué mayor su descortesía, disimulando nuestro Señor la culpa de Aaron que era igual á su hermano Moisés en la dignidad y mayor en edad, y por esta parte fué su descortesía menor. Y no sin misterio el castigo fué hiriéndola con lepra, para significar que los súbditos que murmuran de sus prelados, están manchados con la lepra del propio juicio y de la propia voluntad; pues si los tuvieran rendidos, no abrieran la boca para decir mal de lo que se les ordena.

[1] Psalm. 104, v. 15 — [2] Exod. 16, v. 8. — [3] Num. 12, v. 10.

§ III.

De los chismes.

Pasemos á la tercera lengua de los chismosos, la cual encierra todos los males que se han dicho de la murmuracion, y añade otro mayor; porque los chismosos, como dice Sto. Tomás [1], tienen dos lenguas como los murmuradores, y tercian mal con ellas entre los amigos, congraciándose con cada uno, y diciéndole mal de otro, á fin de deshacer su amistad. destruyendo con esto la caridad fraterna, que es el vínculo de la república y familia, como arriba se dijo. Y por consiguiente, quién pone discordia en ella, es causa de que perezca; porque como dijo el Salvador, todo reino dividido será asolado. Esto prosigue enseñando el Eclesiástico, diciendo [2]. *El chismoso, y hombre de dos lenguas será maldito, porque turbó á muchos que estaban en paz. La lengua tercera alteró á muchas personas, y las hizo andar de provincia en provincia, destruyó muchas ciudades fuertes, derribó palacios muy suntuosos, asoló grandes fortalezas, y desbarató gentes muy belicosas. La lengua tercera á muchas mugeres casadas echó de sus casas, y las apartó de sus maridos, y las privó de sus buenas industrias. El que la ama, no tendrá descanso, ni amigo que le dé alivio.* Todo esto dice el Eclesiástico; pero mucho mas es lo que significa, que lo que suena la corteza: porque la lengua tercera, en cuanto está de su parte, destruye el reino de Dios, que es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo, atropellando la justicia, y causando discordia y tristeza. Y, como dijo S. Pablo [3], con sus malas palabras contrista en cuanto está de su parte al Espíritu

[1] 2, 2, q. 74, art. 1, et 3. — [2] Eccli. 28, vv. 15-20. — [3] Ephes. 4, v. 30.

Santo, que mora en el alma de su hermano, y le echa de su casa; porque como [1] *Dios es caridad, y quien está en caridad está en Dios, y Dios en él;* quien destruye la caridad, hace que Dios deje de morar donde solia. Pues ¿cómo la caridad no ha de aborrecer á lengua tan enemiga, que pone su fin en destruirla? ¿Cómo la justicia no ha de salir á vengar el daño que se hace á su hermana? ¿Cómo ambas no han de abominar la lengua, que Dios sumamente abomina? *Seis cosas* dice el Sabio [2], *aborrece Dios, y la séptima abomina su alma, y esta es, el que siembra discordia entre los hermanos*, destruyendo en ellos la union de su fraternidad cristiana. Y es cosa de admiracion, que con haber contado entre las seis cosas el homicidio, y testimonio falso, y otros grandes pecados, pone la séptima como mas aborrecible, en cuanto destruye la caridad, que es el nervio de cualquier comunidad. Bastante prueba de esto es el primer chismoso, que hubo en el mundo despues del diluvio, sembrando zizaña en la familia de Noé, incurriendo por ello en la maldicion que amenazó el Eclesiástico, como se verá en el capítulo que sigue.

CAPÍTULO XI.

COMO SE HAN DE ATAJAR, Y CORREGIR LOS QUE DICEN MAL DE OTROS, Y PREGUNTAN DE LOS DEFECTOS AGENOS; Y EN QUÉ CASOS ES LÍCITO MANIFESTARLOS.

No basta para el bien de la República y familia y para el tuyo propio, que no abras la boca para decir mal de otros, sino que tambien has de procurar con prudencia y destreza atajar las murmuraciones y chis-

[1] I Joan. 4, v. 16 — [2] Prov. 6, vv. 16,-19

mes, y cualesquiera palabras que oyeres contra los prójimos, volviendo por ellos del mejor modo que pudieres, por tres motivos que obligan á ello. El primero, por librarte á tí de culpa, y no mancharte con tener parte en la agena; porque como dice Sto. Tomás [1], la justicia, y caridad obligan á no oir semejantes murmuraciones y chismosidades, con aprobacion y muestras de gusto, y á que procuremos atajarlas, cuando cómodamente podemos hacerlo. Porque como dijo S. Bernardo [2], no es fácil averiguar cual es mayor mal, murmurar y chismear, ó dar oidos á los murmuradores y chismosos: porque sino hubiese oidos abiertos para escucharlos con gusto, no abririan su boca para soltar su lengua. Y además, quien gusta de oirlos, está muy cerca de ayudarlos; y por esto dijo el Eclesiástico [3]: *Cerca tus orejas con espinas, y no quieras oir la lengua mala: haz puertas para tu boca,* y cerraduras para tus oidos. Como quien dice: Guárdate de la lengua agena, cerrando tus oidos para que no entren por ellos sus malas palabras; y guarda tambien tu propia lengua, cerrándola, para que no salga por ella palabra mala. Y dice primero, que guardes los oidos, porque lo que entra por ellos suele desenfrenar la lengua para que responda semejantemente á lo que oye. Y la guarda ha de ser cercándolos con espinas, que te puncen á tí y puncen al que murmura, porque sus murmuraciones han de ser como espinas, que puncen y lastimen tu corazon, dando muestras del sentimiento que tienes en oirlas; para que el murmurador tambien se punce y lastime por lo que dice, y no pase mas adelante. Por lo cual dijo el Sabio [4], que como el *viento cierzo esparce las nubes, y deshace las lluvias, así el rostro triste ataja la lengua murmuradora*, y hace cesar la lluvia de malas palabras que salen por ella.

[1] 2, 2, q. 75 art. 4. — [2] Lib. 2. de consid circa finem. — [3] Eccli. 28, v. 28. — [4] Prov. 25, v. 23.

2. Y no hace esto la caridad solo por librarse á sí de culpa, sino tambien por librar de ella al murmurador, y atajar la ofensa que hace á Dios, y el daño que recibe su alma; en lo cual le ama como verdadero amigo, y usa con él de misericordia no pequeña, librándole de su miseria, y corrigiéndole con aquel semblante triste, para que reconozca el mal que hace; ó avisándole de ello con blandura; ó reprendiéndole con alguna aspereza, si la culpa lo merece y el que corrige tiene autoridad para ello; porque en estos casos obliga el precepto de la correccion fraterna, que declaró Cristo nuestro Señor, cuando dijo [1]: *Si tu hermano pecare, in te, que quiere decir*, como declara San Agustin [2], *delante de ti, y contra ti, corrígele: y si te oyere habráste ganado librándole del pecado.* Y en especial en este caso la murmuracion, aunque sea contra el prójimo, es tambien contra tí; no solo porque has de tomar la injuria del prójimo como tuya, sino porque te provoca é instiga á participar de ella.

3. Y á esto se añade el tercer motivo, no menos generoso, de reprimir las murmuraciones y chismosidades, pretendiendo volver de esta manera por la honra del prójimo contra quien se dicen y atajar los daños que se pueden seguir de ellas á la república ó á la familia; porque muy propio es de la caridad tomar la causa agena como propia; y si amas á tu hermano, has de favorecerle en estos aprietos, como quisieras ser favorecido cuando te vieses en otros semejantes. Si el que es murmurado es tu superior, has de volver por su honra, como el buen hijo vuelve por la honra de su padre; si es menor, has de favorecerle como á hijo; y si es igual, como á hermano y amigo; y si no lo haces, das testimonio de que eres falso hijo, hermano fingido, ó muy cobarde.

[1] Matt. 18, v. 15. — [2] Apud D. Thom. in Catena.

§ I.

Esto se puede bien declarar por lo que sucedió á los tres hijos de Noé, cuando su padre, habiendo bebido mucho vino, se embriagó y quedó dormido en el suelo, descubierto con indecencia; y viéndole el menor, llamado Cam, como mal hijo, en lugar de cubrirle y encubrirle, le escarneció y se fué á los otros dos hermanos, Sem y Jafet, contándoles lo que pasaba, murmurando y mordiendo como perro al que le engendró, ó provocándoles á que hiciesen lo mismo. Pero ellos, como buenos hijos, cubrieron la desnudez de su padre, tendiendo sobre él las capas sin mirarle; y con la tristeza de su rostro corrigieron la liviandad y desvergüenza del hermano mofador; pero en despertando el viejo, y sabiendo lo que habia pasado, echó su maldicion á Cam, y su bendicion á Sem y Jafet, y les comprendió á todos [1].

1. Esta es la historia, llena de avisos muy provechosos para nuestro intento. Y comenzando por la falta, que fué materia de la murmuracion y escarnio, no sin motivo cuenta la divina Escritura esta flaqueza de Noé; el cual con ser tan santo y perfecto, por quien Dios habia hecho tantas maravillas y tanto bien á sus hijos, librándoles del diluvio, que anegó á todos los demás hombres, vino en su vejez á embriagarse y caer en una falta tan vergonzosa é indigna de su persona. Y aunque en él no fué culpa, como dice S. Juan Crisóstomo [2], sino ignorancia, y descuido, por no haber experimentado la fortaleza del vino; pero es señal de lo que sucede en los prelados y varones muy perfectos; los cuales por justa permision de Dios suelen tropezar y caer en algunas faltas, ó por ignorancia ó

[1] Genes. 9, vv. 21-27.— [2] Hom. 29, in Genes.

por flaqueza, para que vivan con humildad, y no presuman de sus obras con alguna soberbia; y al propio tiempo la falta de los mayores sea piedra de toque en que se descubra la virtud de los menores.

2. Porque los malos hijos y súbditos como Cam, aunque sepan estas faltas en secreto, luego las sacan en público, mofándose de sus prelados, padres y superiores, y murmurando de sus hechos entre los demás compañeros; lo cual suele proceder mas ordinariamente de dos causas malas. La una es, porque como Cam aborrecia, ó amaba poco á su padre Noé, quiza porque le reprendia con aspereza sus malas costumbres; así los malos súbditos aborrecen á los buenos; y en viendo en ellos alguna falta, la publican por venganza. Como quien dice: Mirad quien es el que así me reprende, mereciendo él mas ser reprendido. Y de aquí nace la otra causa, consolándose en sus maldades, con decir que los mayores caen tambien en otras, gustando de publicarlas para que no parezcan tan mal las suyas. Ponderó bien esto S. Ambrosio con estas palabras [1]: *Mens impia cum putat errasse sapientem, insultandum arbitratur ei, cujus sibi putat mores esse contrarios, eo quod lætandum sibi, quod justo viro neque eruditio ipsius profuerit, neque justitia suffragata sit;* el malo, cuando ve que ha errado el sabio, mófase del que tenia por contrario en sus costumbres, alegrándose de que el justo haya tropezado, sin que le haya valido su discrecion, ni la virtud que tenia, pareciéndole que con esto queda mas excusada su malicia. Porque si cae el fuerte, ¿qué maravilla es que caiga el flaco? Y si tropiezan el prelado y el maestro, ¿qué mucho es que tropiecen el súbdito y el discípulo? Y como los buitres, dice S. Basilio [2], dejan los prados olorosos, y se van á los cuerpos

[1] Lib. de Noé et Arca, cap. 30. — [2] Orat. de invidia.

muertos, que huelen mal; y las moscas no van á la parte sana y entera del cuerpo, sino á la enferma y llagada: así los maliciosos, no miran las obras gloriosas que hacen otros, sino las viles y despreciadas. Y si el superior y el justo caen en algun yerro, como es propio de hombres caer en faltas, ese publican y de ese murmuran, queriendo que por ese sean despreciados.

3. Mas los buenos súbditos, á imitacion de Sem y Jafet, aborrecen las lenguas de los maldicientes y murmuradores, aunque sean verdaderas las faltas de que murmuran, y muestran sentimiento de oirlas por el amor y reverencia que tienen á sus mayores, acordándose de lo que dice el Eclesiástico [1]: *No te glories del desprecio de tu padre, porque no es gloria tuya, sino grande afrenta.* Y como toman la injuria del prelado como propia, aunque no les agrada la culpa, procuran cubrirla con la capa de la caridad, que cubre la muchedumbre de los pecados. Conforme á lo que dice S. Gregorio [2], moralizando esta misma historia. Como los hijos de Noé, vueltas las espaldas á su padre, cubrieron su desnudez; así los buenos súbditos de tal manera han de reprobar los males de sus superiores, que procuren ocultarlos: *Operimentum aversi deferunt, quia improbantes factum, et venerantes magisterium, nolunt videre quod tegunt;* llevan la cubierta vueltas las espaldas, porque reprobando el hecho, y respetando el magisterio y dignidad del prelado, no quieren ver lo que cubren para imitarlo, ni quieren que esté descubierto para que otros burlen de ello. Este fué el espíritu de aquel gran emperador Constantino cuando en el Concilio Niceno le ofrecieron los obispos muchos memoriales cerrados, con grades quejas de unos contra otros, los cuales muchas veces no son

[1] Eccli. 3, v. 12. — [2] Libr. 25, Mor. c. 15.

otra cosa, que murmuraciones y chismosidades, escritas y firmadas de sus nombres; mas él no quiso leerlos, sino que cerrados como estaban los echó al fuego, diciendo que los vicios de los sacerdotes no se han de publicar al pueblo, para que no tome ocasion de pecar con mas licencia. Y si viera, dice, con mis ojos fornicar á un obispo, yo mismo le cubriera con mi capa, porque la vista de este pecado no diese á otros algun escándalo [1]. O caridad digna de pecho cristiano, que sin favorecer á los pecadores encubre sus pecados; para que no inficionen con su mal olor, ni ellos queden infamados, conservándoles el buen nombre, para que no deslicen en otro daño mayor. Y por esto, dice S. Gerónimo [2], mandó Cristo nuestro Señor, que la correccion se hiciese con mucho secreto; porque perdida una vez la fama y la vergüenza, perseverarán mas en la culpa.

§ II.

De dos casos en que se han de decir los defectos secretos de otros.

Mas ofrece no pequeña dificultad lo que dice el Texto sagrado, que en despertando Noé del sueño, luego supo lo que habia pasado [3]. ¿Por ventura contáronselo luego los dos hijos, Sem y Jafet, murmurando del mal que habia hecho su hermano Cam? Y si esto fué así, ¿cómo no cubrieron con la capa de la caridad el feo hecho de su hermano, como habian cubierto la fea desnudez de su padre? Porque si fué grave pecado en Cam escarnecer al padre, manifestando la desnudez secreta; tambien seria grave pecado de Sem y Jafet murmurar de su hermano, manifestando

[1] Ex Theod. lib. 1. Hist. Eccles. cap. 11. — [2] In Matth. 18. — [3] Genes. 9, v. 24.

su delito, que tambien era secreto. Y como pecó Cam, queriendo entibiar el amor de los hijos á su padre; así pecarian los otros dos, entibiando el amor de su padre á su mal hijo. Para desatar este nudo se ha de advertir, que no corre parejas el descubrir los delitos ocultos de los superiores á los súbditos, ó los de los súbditos á los superiores; porque lo primero, como ordinariamente no tiene causa que lo justifique, será contra la justicia y caridad, que obligan á ocultarlos; pues no toca al súbdito corregir al superior, ni remediar sus delitos. Y cuando alguna vez fuese menester, háse de hacer, como dice Sto. Tomás [1], en secreto y con reverencia y humildad. Mas como los superiores son padres, á quienes toca corregir á los súbditos como hijos, y remediar sus daños espirituales y atajarlos, lícito es por este fin descubrirles tales defectos, aunque sean secretos; ni será esto murmuracion, ó chismosidad, sino obra de caridad. La cual muchas veces obliga á ello, como dice el mismo doctor angélico [2], para que la llaga encubierta no se encancere, y mate al que la tiene; y es menos mal que el súbdito padezca un poco de daño en la honra, que permanecer en el peligro de perder el alma, ó que se pierda por esta ocasion el bien comun, que es mas precioso que el particular. No fué murmurador, ni chismoso José cuando dió cuenta á su padre del delito enorme de sus hermanos [3]; porque no le movió á ello envidia ó rencor, sino el celo de la honra de su padre, que se menoscababa con los delitos de sus hijos; y el celo del bien de su casa, la cual podia inficionarse con aquella peste; y el celo tambien de la salvacion de sus hermanos, que corrian riesgo de condenarse; y finalmente, el celo de atajar los pecados, que eran injuria de Dios, sin que hubiese otro medio de impedirlos. Todos

[1] 2, 2, q. 32, art. 4. — [2] 2, 2, q. 32, art. 7, et 8, ad 2. — [3] Genes. 37, v. 2.

estos motivos son bastantes para que se descubran los delitos secretos al superior y padre, que pueden remediarlos, cuando nosotros no podemos hacerlo. Y en José fueron actos de escelente caridad con insigne fortaleza, porque presumiendo que sus hermanos por esta causa habian de aborrecerle y perseguirle, quiso mas padecer estos daños temporales que dejar de remediar los daños espirituales de sus prójimos. Pero háse de presumir, que este santo varon guardó el órden natural de la correccion fraterna, avisando primero, como dice Sto. Tomás [1] á sus hermanos en secreto, para que se enmendasen; porque sino precede este aviso en cosas secretas, no es bien publicar los defectos agenos, conforme á la regla que nos dió Cristo nuestro Señor, cuando dijo [2]: *Corrige á tu hermano; inter te, et ipsum solum*, entre tí, y él solamente, sin añadir testigos que no sepan el caso. Porque, como dijo S. Agustin [3], si tú solo sabes el delito, porque se hizo delante de tí y le publicas á otros sin necesidad, *Non es correptor, sed proditor*, no será corregirle, sino infamarle; ni será curarle, sino empeorarle; porque la vergüenza que siente será ocasion de que defienda la culpa que cometió, y con esto la acreciente, ó persevere mas en ella.

Verdad es que en dos casos se puede dar luego cuenta al superior como á padre, cuando del delito hay algun rumor, ó cuando se presume que nuestra correccion será de poco provecho, por la mucha fiereza del que peca, y por la poca autoridad del que corrige. Y por estas causas es mas creible que José no dió este aviso á sus hermanos, porque conocia su fiera condicion, y el poco cariño que le tenian, y la poca autoridad que tendria con ellos, por ser el menor y el mas mozo. Por estas mismas causas se puede creer que los dos hijos de Noé le dieron noticia de la des-

[1] 2, 2, q. 33, art. 7, ad 2. — [2] Matth. 18, v. 15. — [3] Serm. 16, de verbis Domini.

cortesía de su hermano Cam, para que le corrigiese y reprendiese como padre y atajase la corriente de sus malas costumbres, y la irrision y burla que solia hacer de todos. Pero sin embargo de esto, cuando el delito es contra la persona del mismo superior, de ordinario no es cordura, ni cosa segura avisárselo al mismo, por la ocasion que se le da de indignarse contra el súbdito, y convertir la correccion en venganza de su propia injuria. Y así tengo por mas cierto que Sem y Jafet no contaron á su padre el escarnio que de él habia hecho Cam, sino obligados por la autoridad del mismo Noé; el cual en despertando del sueño, como se vió desnudo y cubierto con las capas de sus hijos, los llamó y preguntó lo que habia pasado, de modo que no pudieron encubrírselo; porque cuando el superior con indicios bastantes hace inquisicion de los delitos, no es lícito encubrírselos aunque de allí haya de resultar algun daño [1], como resultó en este caso; pues dice la divina Escritura, que Noé cuando lo supo echó su maldicion á Cam, no con espíritu de venganza porque era varon perfecto, sino con espíritu profético, vaticinando lo que habia de suceder en castigo de aquel pecado, por el cual Cam y los de su linaje serian siervos de los siervos de sus hermanos. Y á los otros dos echó su bendicion, profetizando el galardon que Dios les daria, por el celo que tuvieron de cubrir la desnudez de su padre. Todo lo cual es figura de lo que es propio del hombre en estos casos, y de lo que es propio de Dios, que como juez asiste á ellos; porque el hombre, dejado á su inclinacion, no sabe otra cosa que maldecir al que le maldice, y desear vengarse del que le injuria: y al contrario, bendecir al que dice bien de él, y desear que sea honrado el que le honra y favorece. Pero Dios nuestro Señor con espíritu de

[1] D. Th. 2, 2, q. 69, art. 1, et q. 70, art. 1.

juez hace una y otra cosa, castigando á los murmuradores, y galardonando á los que vuelven por los que son murmurados; y de ambas cosas has de hacer un freno y una espuela para enfrenar tu lengua cuando quisiere imitar á Cam, y para espolearla y hacer que imite á Sem.

§ III.

Contra las preguntas indiscretas.

De aquí has de sacar el modo de responder á las preguntas indiscretas ó temerarias, que despiertan las murmuraciones, guardando la regla de Salomon, que dice [1]: *No respondas al necio, segun su necedad, para que no le seas semejante en ella. Responde al necio, segun su necedad, para que no se tenga por sabio.* Y aunque parecen contrarios consejos responder y no responder al necio, segun su necedad, pero no son sino muy conformes, y discretos: porque al necio, cuando pregunta neciamente, no has de responderle conforme á su deseo, porque esto seria imitar su necedad y ser participante de su culpa; pues si te pregunta con curiosidad el secreto, que tu amigo te encomendó, ó el delito secreto del prójimo, no has de manifestárselo, porque seria tan necia y tan injusta la respuesta, como la pregunta, contra lo que dice el Sabio [2]: *El que anda con fraudes, revela las cosas secretas; pero el que es fiel, cælat amici commissum, encubre lo que el amigo le encomendó, ó el delito que cometió.* Del mismo modo, si las preguntas son de cosas vanas ó dañosas, no es lícito responderle á ellas, ayudando á sus malas conversaciones. Pero en tales casos has de responder al necio como merece su necedad, para que no persevere en

1 Prov. 26, v. 4. — 2 Prov. 11, v. 13.

ella y se desengañe si pensaba que no erraba, ó se enmiende si erraba con malicia. Como seria decirle, no es lícito descubrir las faltas secretas del prójimo cuando las tuviese, como no quisiéramos que otros descubriesen las nuestras.

1. Y esta clase de respuestas corresponden mas á los que tienen alguna autoridad para enseñar ó corregir; á la manera que Cristo nuestro Señor no respondia á las preguntas curiosas de sus discípulos, cumpliendo su deseo, sino reprimiéndolo [1].

2. Finalmente, en estos casos se puede guardar la regla, que dan los doctores [2] al reo ó testigo, que son preguntados del delito secreto por el que no es juez, y no tiene indicios bastantes para preguntarlo; porque como no pregunta juridicamente, no es lícito descubrirle lo que es secreto en daño de otro. Y si le obligase á responder, le puede decir, que no sabe tal cosa, entendiendo que no la sabe para decirla, ni de modo que pueda declararla; como responden los confesores á semejantes preguntas de cosas que han sabido en la confesion; porque lícito es este modo de hablar, cuando es necesario para encubrir la verdad secreta, y no hay otro camino para encubrirla; y no es mentira, porque es conforme á la mente del que responde, aunque no lo sea á la del que pregunta; el cual es digno de quedar engañado, porque pregunta contra razon y justicia.

Pero no pasemos en silencio los avisos que nos dió el hecho de Cristo nuestro Señor la noche de la cena [3], cuando los apóstoles se preguntaban unos á otros, quien era el que habia vendido á su maestro; y san Juan, inducido de S. Pedro, se lo preguntó al mismo Señor; porque con saber que aquel delito dentro de pocas horas habia de ser publicado, no quiso manifes-

[1] Joan. 21, v. 22. — [2] D. Th. 2, 2, q. 70, art. 1.— [3] Luc. 22, v. 23. — Joan. 13, vv. 22-26.

tar la persona á todos los apóstoles, por evitar turbaciones y por conservar el buen crédito de Judas aquel breve tiempo, hasta que él se infamase con su misma obra. Pero con una secreta señal respondió á S. Juan, manifestándole el traidor; porque su pregunta no fué por indignacion y curiosidad, sino por compasion y caridad; y no se seguia daño de manifestarlo á él solo, sino provecho, porque habia de ser su cronista, y convenia que pusiese por escrito en su evangelio todo lo que el Salvador habia hecho con aquel desventurado; enseñándonos con este ejemplo, el recato que hemos de tener en responder á semejantes preguntas, aunque sean de cosas que presto han de ser sabidas; conservando el secreto y el buen nombre del prójimo, mientras él no lo pierda por su culpa manifiesta, ó sea necesario manifestarla para su provecho, ú otro fin santo, como ya se ha dicho.

CAPÍTULO XII.

COMO SE PORTARÁ EL QUE ES ALABADO, Ó MURMURADO DE OTROS, Y CUANDO CONVIENE DAR RAZON DE SÍ Á LOS MURMURADORES.

—

No basta para nuestra perfeccion enfrenar bien nuestra lengua, de modo que no deslice en lisonjas ni murmuraciones contra otros; sino que tambien es necesario saber aprovecharnos de semejantes palabras, cuando otros las dijeren contra nosotros ó en favor nuestro; porque ordinariamente no faltan en el mundo dos perseguidores, que S. Agustin [1] llama lisongeros y detractores, cuyas lenguas muchas veces persiguen mas que las manos y espadas de los homi-

[1] In id Psalm. 69, *euge*, *euge*.

cidas, sirviéndose de ellos el demonio para tentar y vencer á los justos, derribándolos con las alabanzas y lisonjas en soberbia y vanidad, ó con las murmuraciones y vituperios en impaciencia y pusilanimidad. Pero ha ordenado nuestro Señor, dice este santo doctor, que sus escogidos pasen por estas dos pruebas y tentaciones, para que por ellas sean purificados y afinados en sus virtudes. ¿Quién pensara que las alabanzas son fuego para el que es alabado, sino dijera el Espíritu Santo [1], *que como la plata, y el oro se prueban en el crisol, así es probado, y examinado el hombre en la boca del que le alaba?* Fragua es esta boca, y fuego la alabanza, en el cual entra la virtud del que es alabado; y si es virtud imperfecta y mal fundada, toda se resuelve en humo de vanidad, y en escoria de gustos terrenos, y en estaño de apariencias exteriores. Mas si es virtud sólida y arraigada, queda mas pura y mas resplandeciente; porque el perfecto no hace caso de las alabanzas humanas, sabiendo que lo que es delante de Dios, eso es y no mas; y que si algo bueno tiene, no es suyo sino de Dios, á quien se debe toda gloria y alabanza. A lo cual añade S. Gregorio [2], esponiendo este lugar, que la alabanza atormenta á los buenos y alegra á los malos; pero atormentando á los buenos los purifica como fuego, y alegrando á los malos descubre ser réprobos. Los pecadores apaciéntanse con sus alabanzas, porque no buscan la gloria de su Criador; pero los justos como la buscan, aflígense con ellas, temiendo que por ventura no tienen dentro de sí lo que oyen fuera; y si lo tienen, temen no se pierda con la alabanza; ó que no sea premio de su virtud, lo que habia de ser espuela para continuarla, premiándoles Dios en esta vida con el buen crédito que cobran en ella; y con este santo temor aborrecen sus alanzas, y así no reciben daño de ellas.

[1] Prov. 27, v. 21. — [2] Lib. 6, Mor. cap. 23.

De este fuego pasan los justos al otro de los vituperios y murmuraciones, que se dicen contra ellos; porque como la boca del que alaba es fuego en que se prueba el que es alabado; así la boca del que murmura es fuego en que se prueba el que es vituperado, por el cual dice el Eclesiástico [1], han de pasar los que han de ser agradables á Dios. Y con gran rigor examina, y prueba los quilates de la virtud; porque si es flaca é imperfecta, suele deshacerse y convertirse en humo de tristezas, impaciencias y congojas, que hacen caer en graves pecados. Mas si es firme y perfecta, queda mas pura con el sufrimiento, y echa de sí mayores resplandores de santidad. Y pues todos, dice S. Agustin [2] entran en estos dos fuegos, para salir de ellos has de procurar que la salida sea buena como la entrada, suplicando á nuestro Señor, á quien corresponde, como dijo David [3], guardar nuestra entrada y nuestra salida, que como entraste entero, así salgas entero y perfecto; porque como eres vaso de barro, te quebrarás, como arriba se dijo fácilmente por tu flaqueza, sino te fortalece la divina gracia.

De aquí procede, que la divina providencia, como advierte S. Gregorio [4], por la seguridad de sus escogidos dispone que estos fuegos se sucedan uno á otro, para que el uno repare el daño que el otro hiciere. De modo, que si la alabanza nos envanece, el desprecio nos humille; y si este nos acobarda, aquella nos alienta; como árbol que es combatido en diversos tiempos de vientos contrarios, que si el uno le inclina á un lado, el otro le vuelve al otro, y viene á quedar derecho. Así el justo, combatido de alabanzas y desprecios, viene á estar firme, caminando, como dice San Pablo [5], *por gloria é ignominia, por infamia y buena fama*, con un ánimo superior á estos sucesos; segun se

[1] Eccli. 2, v. 5. — [2] Ubi supra. — [3] Psalm. 120, v. 8. — [4] Libr. 22, Mor. c. 5. — [5] II ad Cor. 6, v. 8.

declaró en el primer tomo [1], con el ejemplo de Noemi y Ruth, las cuales con variedad de adversidades y prosperidades, alcanzaron gran firmeza en las virtudes.

§ I.

Pero es bien que declaremos dos modos que hay de vencer en estos combates, uno callando con perfeto silencio, y otro hablando con discrecion. El silencio ha de nacer de un corazon humilde, que no reconoce en sí cosa digna de elogio, sino muchas dignas de vituperio; y ha de mostrarse en el semblante, aunque de diferente manera; porque en las alabanzas has de mostrar el rostro triste, en señal que no gustas de oirlas, para atajarlas: porque si las oyes con gusto, luego, como dice S. Gregorio [2] crecen, prosiguiendo los lisongeros en alegrarte, y poco á poco te ablandarán el corazon, y te harán perder el rigor de tu rectitud. Y por esto al punto has de rechazarlas, diciendo dentro de tí con David [3]: *Sean de presto confundidos los que me dicen: Euge, euge;* levántate y alégrate, dándome ocasion con sus vanos dichos de vana alegría y soberbia. No has de ser como los mundanos, que á estas vanas alabanzas responden con besamanos, en señal de que les agradan; porque nunca besarán la mano agena, si primero no hubieran besado la propia con la vana complacencia, contra lo que dijo el santo Job de sí mismo [4]: *Si besé mi mano con mi boca*, complaciéndome vanamente en mis cosas, y gustando de alabarlas, ó de que las alabasen otros. En lo cual mostró su rara virtud; porque, como dice S. Agustin [5], aunque es fácil no buscar la alabanza cuando se nos

[1] Trat. 2, cap. 10.— [2] Hom. 11, in Ezech. — [3] Psalm. 69, v. 40. — [4] Job 31, v. 27 — [5] Glos. in 1, ad Thes. 2. - D. Th. 2, 2, q. 132, art 3, arg 3.

niega pero muy difícil es no alegrarse con ella cuando se nos ofrece. Y S. Juan Crisostomo [1] confiesa de sí, que cuando los oyentes alababan sus sermones padecia lo que es humano, alegrándose con ellos; aunque es de creer, que esto no era por gustar de sus alabanzas, sino por el provecho que recibian los oyentes, y por la gloria que resultaba á Dios de ellas.

Pero cuando se ha de hablar en estos casos, es menester mayor discrecion; porque á los lisongeros has de reprender con aspereza, si tienes autoridad para ella; como Cristo nuestro Señor reprendia á los fariseos, cuando le decian alguna lisonja [2]. Y á aquel que con lisonja, como pondera Sto. Tomás, le llamó *Maestro bueno*, le dijo: *¿Para qué me llamas bueno* [3]? Para que entendiese, que habia de estar tan léjos de decir lisonjas, como él lo estaba de escucharlas. Mas cuando el que alaba lo hace con sana intencion, hanse de rechazar con razones humildes y verdaderas, no para que te alaben mas, sino para que se conozca quien eres. Como respondió S. Gregorio á S. Leandro, cuando le alababa de la ejemplar vida que hacia. «Quiero, dice, [4] responderte con las palabras de una buena matrona, que dijo [5]: *No me llameis Noemi, que quiere decir hermosa, sino llamadme Mara, que quiere decir amarga, porque el Señor me ha llenado de amargura.* No pienses, venerable varon, que soy ahora el que antes conociste; porque aunque he crecido en lo esterior por la dignidad, he desmedrado mucho en lo interior del espíritu, y venido á ser uno de aquellos de quien se dice [6]: *Abatístelos cuando eran ensalzados.* Aquel siendo ensalzado es abatido, que sube en las dignidades, y cae en las costumbres.» Por donde se ve, que al humilde nunca le faltan razones con que deshacer sus

[1] Hom. 38, ad popul. — [2] Matth. 22, vv. 16-18. — [3] Matth. 19, v. 16, 17. — [4] Libr. 7, Epist. 125. — [5] Ruth. 1, v. 20. — [6] Psalm. 71, v. 18.

alabanzas. Y estas razones son las que llama David [1] *saetas del poderoso*, *y brasas encendidas*, comunicadas por nuestro Señor contra las lenguas lisonjeras, y engañosas.

Mas si eres nuevo en la virtud, y te oyes alabar de tus mayores, has de atribuirlo con verdadera humildad á tu grande flaqueza, y á la necesidad que tienes como niño de semejante aliento. Al modo que la humilde Ruth, cuando se oyó alabar de Booz, se postró á sus piés, y le dijo [2]: *Hallé gracia delante de tí, Señor mio, y has querido consolar á tu esclava, no siendo yo como la menor de tus criadas.* Como quien dice: Tu prudencia, por mi gran flaqueza, es causa de esta alabanza; aunque yo no soy digna de ella.

Por estos dos caminos has tambien de aprovecharte cuando fueres murmurado y despreciado, unas veces callando y otras hablando, siempre con humildad y con el semblante sereno; porque aunque las murmuraciones, contra otros se han de oir con *rostro triste* [3] para mostrar el disgusto que tienes de oirlas; mas en las que se dicen contra tí, mejor es no dar señales de tristeza y enfado por tu desprecio. Si son de alguna cosa mala que hiciste, justo es que te pese de ella [4], reconociendo que mereces justamente esta pena, y que te la envia Dios para limpiarte de la culpa y para que procures la enmienda. Mas si son de alguna buena obra, has de callar y no dejarla, abandonando tu defensa á la providencia de Dios, que suele volver por los que padecen semejantes murmuraciones, como Cristo nuestro Señor volvió por la Magdalena tres veces, que fué murmurada del bien que hacia [5]: y si algo has de hablar, sea confirmando con humildad tus propósitos. A la manera que David, cuando su mujer Micol murmuró de él y le despreció, porque danzaba

[1] Psalm. 119, v. 4. — [2] Ruth. 2, v. 13. — [3] Prov. 25, v. 23. — [4] Job 33, v. 27. — [5] Luc. 7, vv. 39-50, et ca. 10, vv. 40-42. — Joan. 12, vv. 5, 7.

delante del Arca del Testamento, él le respondió humillándose y despreciándose mas [1], como despues verémos; con lo cual la hizo callar: porque de un modo muy secreto y muy glorioso triunfarás de tus murmuradores, si muestras gozarte de tus desprecios, ó confiesas que eres digno de ellos, como se declaró al fin del tratado precedente [2].

§ II.

Verdad es que en semejantes casos los superiores pueden y deben algunas veces dar razon de lo que han hecho para atajar la murmuracion que hay contra ellos, y para quitar el escándalo ó tropiezo de los ignorantes que por no entender el motivo que tuvieron, les condenan y se quejan. Como lo hizo el padre de familia, contra quien *murmuraban* los que habian trabajado todo el dia en su viña, porque mandó dar el mismo jornal á los que habian trabajado sola una hora; pues en sabiéndolo, llamó á uno de ellos, y con grande blandura le *corrigió diciéndole: Amigo, no te hago agravio. ¿Por ventura no te concertaste conmigo por un denario? Toma lo que es tuyo, y vete, porque yo quiero de gracia dar á este otro tanto como á tí. ¿No puedo yo hacer de mi hacienda lo que quisiere? ¿Y ha de ser tu ojo malo, porque yo sea bueno* [3]. Con esta admirable prudencia atajó la queja de los que murmuraban, descubriéndoles la poca razon que tenian para ello, el agravio que le hacian, el daño que intentaban contra su prójimo, y la gravedad de su pecado; aplicando la medicina á la raiz de la dolencia; y por esto dijo: *An oculus tuus nequam est, quia ego bonus sum?* Como quien dice: Mira que de mi liberalidad ha tomado ocasion tu ojo para ser temerario, co-

[1] II Reg. 6, vv. 20-22. — [2] En el tratad. 4 cap. 2. — [3] Matth. 20, v. 11. 15.

dicioso y envidioso. Es temerario, porque me juzgas por aceptador de personas, é injusto en dar igual galardon por desigual trabajo. Pero engañaste, porque de mi hacienda puedo yo hacer limosna, y dar de gracia lo que no se ha merecido de justicia; cuanto mas, que tambien eres temerario en juzgar que tu prójimo trabajó menos que tú, por haber trabajado menos tiempo; porque mas labor hizo él en una hora por su mucha diligencia, que tú en doce por tu mucha tibieza. Tambien tu ojo es codicioso, porque no te contentas con lo que es tuyo, sino deseas tambien lo que no se te debe; pidiendo como de justicia lo que no ha merecido tu trabajo. Y tambien, es envidioso, pesándote del bien de tu prójimo, y del favor que yo le hice; habiendo antes de holgarte: pues tú no pierdes de lo que es tuyo, porque yo le dé liberalmente de lo que es mio, para que se enriquezca con ello. Mira, pues, que sin causa te enojas y pierdes la paz, y turbas á los otros, metiendo cizaña en mi familia, habiendo de advertir, que no te hice agravio en lo que dí á tu prójimo, antes bien tú me lo haces en lo que dices de mí. Pero yo te perdono esta injuria, y te pago lo que te debo, sin vengarme de la murmuracion y queja que has tenido.

Este es el dechado que Cristo nuestro Señor nos pone en esta parábola, para que veamos en ella la malicia de la murmuracion y sus raices y daños, y juntamente la destreza de los prelados en curarla, no tanto á fin de volver por su honra y de dar satisfaccion de lo que han hecho, para que no les tengan por injustos; cuanto para poner paz en su familia, y atajar la culpa y los daños de ella.

Mas no pasemos en silencio el motivo que tuvo el padre de familia para no corregir á todos los obreros juntos, murmurando muchos de ellos, sino en particular á uno solo, para enseñarnos el modo como se

han de hacer estas correcciones, aunque no siempre es el mismo; porque en las comunidades entre los culpados siempre hay algunos sin culpa, y reprender en comun á todos, suele ser ocasion de afliccion y desconsuelo para los inocentes viéndose contados en el número de los culpados. Y por esta causa con gran discrecion el padre de familia echó mano de uno, que era capitan de la murmuracion, ó se distinguia mas en ella, y á este corrigió y reprendió mas particularmente; pero de tal manera, que todos los que fueron cómplices en su pecado, quedasen con las mismas razones convencidos y corregidos del suyo. Y de este modo los demás que no tienen culpa quedan contentos con la satisfaccion de su conciencia, sin ser notados de haber caido, y la misma comunidad queda honrada, dándose á entender la inocencia que tienen muchos de ella.

Pero otras veces la prudencia va por otro camino, avisando á la comunidad de la culpa para alcanzar la enmienda que pretende, y corrigiendo á todos de ella, aunque sean pocos los culpados; porque ni es conveniente nombrarlos, ni tampoco dejar de avisarlos y corregirlos; y corrigiéndolos junto con otros muchos, quedan corregidos y no agriados, y los inocentes quedan tambien avisados para no caer en semejante pecado. Buen ejemplo de esto tenemos en Cristo nuestro Señor [1], cuando algunos discípulos, y señaladamente Judas, murmuraron de la Magdalena; pues reprendió en comun á todos, porque ni Judas por su dureza era capaz de reprension especial, ni era bien que los demás dejasen de ver el yerro de la murmuracion y la cura de ella.

---

[1] Matth. 26, vv. 8-13. — Joan. 12, vv. 4-8.

CAPÍTULO XIII.

COMO IMPORTA PARA LA CONCORDIA Y BUEN TRATO CON TODOS, MORTIFICAR EL NATURAL MUY MELANCÓLICO, Ó MUY COLÉRICO, PORFIADO, Ó VENGATIVO.

—

Una de las cosas que mas destruye la concordia de la república y familia, y el trato afable de unos con otros, es la contrariedad de los naturales, rindiéndose cada uno á los desarreglos y demasías, á que le inclina su natural complexion; por la cual unos son coléricos y precipitados, otros flemáticos y calmosos: unos muy melancólicos, tímidos y pusilánimes; otros muy alegres, audaces y atrevidos, de donde suele proceder una natural aversion ó enemistad, que los filósofos llaman *antipatía*, entre los que tienen estos diversos naturales; aborreciendo los unos las acciones, y gestos de los otros, y huyendo de conversar con ellos: y como los hombres por la mayor parte se dejan llevar de estos desórdenes; así tienen poca union y paz con los que no están conformes con ellos: y los muy coléricos huyen de los muy flemáticos, y estos de los muy coléricos. Los tristes y melancólicos se enfadan de los muy alegres, y estos de los muy melancólicos; y así andan desunidos.

De aquí es, que ninguna cosa ayuda tanto para la paz, y buen trato de unos con otros, como conocer cada uno los desórdenes y demasías á que le inclina su mal natural, y con valor mortificarse y vencerse á sí mismo, inclinándose al otro extremo para ponerse en el medio virtuoso, que señala la prudencia, á la cual pertenece esta direccion, y gobierno; aunque el principal gobernador es el Espíritu Santo, por medio de sus celestiales inspiraciones y de los dictámenes de la

conciencia, ilustrada con la fe, y adornada con las inclinaciones de las virtudes, que tienen por oficio domar estas pasiones: porque como un diestro cochero, que rige un coche de cuatro caballos, unos briosos y corredores, otros torpes y lentos, lleva en las manos las riendas de todos, y apresura á los tardos, y detiene á los precipitados, para que vayan todos á un paso; así el Espíritu Santo rige la república de los escogidos con sus impulsos y con las riendas de las virtudes, deteniendo á los muy coléricos, apresurando á los muy flemáticos, alentando á los pusilánimes, reprimiendo á los atrevidos, alegrando á los tristes, y moderando á los muy alegres, para que todos vayan á un paso en el ejercicio de las buenas obras. A la manera que deciamos arriba [1] de los santos cuatro animales, que llevaban el carro de la gloria de Dios: y con ser tan diversos iban á la una, porque *seguian el ímpetu de un mismo espíritu* [2] el cual apresura al hombre tardo como buey, para que salga de su paso lento; y detiene la furia del apresurado, como leon, ó águila, para que se acomode al paso moderado, que es de mayor duracion: porque la divina inspiracion es freno de los muy apresurados, y espuela de los muy calmosos, para que todos lleven las cargas de sus oficios y sirvan á Dios, como dijo un profeta [3], *humero uno*, con un mismo hombro, mortificando cada uno el exceso en que es pesado y gravoso al otro.

De todo esto verémos un ejemplo maravilloso en las nobles y distinguidas condiciones que el profeta Isaías atribuye á Cristo nuestro Señor, diciendo así [4]: *No será porfiado, ni vocinglero, ni aceptador de personas, ni se oirá su voz en las plazas. No desmenuzará la caña rota, ni apagará la torcida que humea. No será triste, ni alborotador, hasta que asiente su juicio en la tierra.* En

[1] Trat. 1, c. 1.—[2] Ezech. 1, v. 12.—[3] Sophon 3, v. 9.—[4] Isai. 42, v. 2-4. —Matth. 12, vv. 19, 20.

cuyas palabras cita el profeta siete cualidades del Salvador, en que le han de imitar los buenos ciudadanos.

§ I.

1. La primera propiedad, que importa mucho para el trato afable es, *non erit tristis*, no será triste, ni por complexion, ni por desórden alguno; porque hay tres modos de tristeza, una virtuosa, otra natural y otra viciosa. La primera, pudo estar en Cristo nuestro Señor, el cual en su pasion dijo de sí [1], que *estaba triste su alma hasta la muerte*. Y S. Pablo dice [2], que *la tristeza, segun Dios, causa salud del alma*. Tal es la que se tiene de los pecados propios ó agenos, y de las miserias de los prójimos; y anda junta principalmente con estas tres virtudes, penitencia, misericordia y celo de caridad; y siempre es moderada con las reglas de la razon, para que no se haga viciosa por la demasía. La tristeza natural se funda en humor melancólico, pesado y desabrido; y aunque esta complexion no es culpable, pero sino se refrena y corrige, es muy ocasionada á deslizar en los daños de la tristeza viciosa; la cual suele juntarse principalmente con estos tres vicios: impaciencia por los males que suceden, ó por los bienes que se pierden; envidia y pesar de las prosperidades agenas; pereza ó tédio de las buenas obras, con desconfianzas y desesperaciones, y con las demás tentaciones, de que arriba se hizo mencion [3].

2. Y generalmente, como la tristeza, segun dice San Agustin [4] es de las cosas que suceden contra nuestra voluntad; de aquí es, que los hombres muy voluntariosos y descontentadizos, están muy sujetos á estas tristezas desordenadas, con las cuales son pe-

[1] Matth. 26, v. 38. — [2] II Cor. 7, v. 10. — [3] Trat. 2, c. 5, § 3. — [4] 14, de Civit. c. 6, 7, et 8.

sados á sí y á los demás. A sí, porque *como la polilla come la vestidura, y la carcoma el madero : así*, dice Salomon [1], *la tristeza roe, consume, y atormenta al corazon, y el espíritu triste seca los huesos ; pero el espíritu alegre hace la edad florida. No te dejes llevar*, dice el Eclesiástico [2], *de la tristeza, ni te congojes en las cosas de que tratas ;* porque la *alegría del corazon es vida del hombre, y un tesoro de santidad, que nunca falta ; y el gozo alarga los años ;* mas la tristeza demasiada mató á muchos ; y la que llama S. Pablo [3] *tristeza del siglo, causa la muerte.* Y de aquí es, que desmaya el corazon, rompe las alas, é inhabilita para hacer bien los oficios y cumplir con sus obligaciones ; porque como el deleite, segun dice el Filósofo [4] acaba las obras, así por el contrario la tristeza las hace con muchos defectos. Al modo que Aaron, estando muy triste por la muerte repentina de sus hijos, erró en ofrecer el sacrificio ; y reprendiéndole por ello Moisés, le respondió [5] : *Habiéndome sucedido lo que has visto, ¿ cómo podia agradar á Dios en las ceremonias mente lugubri ; estando con alma triste ?* Y oyendo esta respuesta Moisés, aceptó la satisfaccion, pareciéndole bastante excusa estar afligido con tanta tristeza. Finalmente, los muy tristes son pesados á los otros en su trato, y todos huyen de conversar con ellos, y gustan de juntarse con los que tienen alegría modesta y grave. Y por esto dijo David de Cristo nuestro Señor [6] : *Que le ungió Dios con óleo de alegría mas que á sus compañeros.* Dando á entender, que estaria en el alma lleno de esta alegría celestial, de donde la participaria el cuerpo con una gravedad y modestia divina, para que todos se le aficionasen ; y tambien todos sus compañeros que eran sus discípulos participarian de la mis-

[1] Prov. 25, v. 20, et cap. 17, v. 22.— [2] Eccli. 30, vv. 22, 23 — [3] II Cor. 7, v. 10.— [4] Libr. 10, Ethic. c. 4. —D. Th. 1, 2, q. 57, art. 3. — [5] Levit. 10 v. 19.— [6] Psalm. 44, v. 8.

ma alegría, porque gusta mucho de ser servido con ella. Conforme á lo que dijo el mismo David [1]: *Servid al Señor con gozo, y entrad en su presencia con regocijo.* Y Salomon concluye un largo discurso, diciendo [2]: *Cognovi non esse melius nisi lætari, et facere bene in vita sua;* eché de ver, que no hay cosa mejor que alegrarse, y hacer bien en su vida; porque la buena alegría ayuda para la buena vida; y esta aumenta la alegría. Segun esto, si te hubiere cabido en suerte el natural triste, has de mortificar su demasía, pues la gracia corrige la naturaleza y la caridad es fuerte como la muerte, para matar el desórden connaturalizado; y la buena conciencia causa cordial alegría, que destierra ó modera la tristeza. Pero con mayor cuidado has de huir de la tristeza viciosa, procurando no ser muy amigo de tu propia voluntad, sino conformarla con la divina en todas las cosas. Pues por esto dice el Sabio [3], que *al justo no le entristecerá cosa que le suceda*, porque nada le sucede contra su gusto, en cuanto le ha colocado en el de Dios, por cuya voluntad y providencia acepta todo lo que no es pecado; y la confianza en ella corta las raices de la tristeza, y llena el corazon de paz y gozo, y de grande afabilidad con todos los de su república y familia.

§ II.

De esta primera propiedad nace la segunda, que llama el Profeta. *Neque turbulentus.* Que quiere decir: No será hombre turbado, precipitado y apresurado, á modo de torbellino y viento vehemente, que en un momento lo revuelven y alborotan todo; lo cual es propio de personas coléricas, impetuosas y vehementes en sus dichos y hechos, y con esto turban la paz

[1] Psalm. 99, v. 2. — [2] Eccles. 3, v. 12. — [3] Prov. 28, v. 1.

de los otros, y revuelven la familia y aun la ciudad; contra los cuales dijo el Ecclesiástico [1]: *No seas precipitado, y apresurado en tu lengua, ni como leon en tu casa, turbando á los que viven en ella*, porque con esta furia haces daño á tí, y á ellos, y destierras de tu casa al espíritu de Dios, que no mora en los corazones turbados, sino en los quietos y pacíficos. Y como se dijo al profeta Elías [2], que el *Señor no venia en el torbellino*, sino en *un silbo de aire sutil;* así no se halla Dios en las personas, que en su trato son como torbellinos y truenos, espantando y turbando sin causa, sino en los que son mansos, blandos y apacibles como aire y viento sosegado, que refresca, y no ciega, ni turba. Tal ha de ser el trato del justo, y sus palabras han de salir con una calma, reposo y sosiego, que atraigan, y reconcilien los ánimos, refrenando la cólera natural ó viciosa, que le mueve á hablar con ímpetu y turbacion. Pues por esto se dice de la Esposa [3], *que sus labios eran como panal* fabricado con las abejas de los santos pensamientos; *que destilaba miel*, hablando palabras dulces con reposo y sosiego poco á poco. Mas para que se entienda, que esto mismo se ha de guardar en las reprensiones de los vicios, cuando suele encenderse la cólera; tambien se dice, que los labios del Esposo destilan *mirra escogida* [4]; porque no solamente la miel de las palabras dulces, sino la mirra de las amargas, ha de salir con reposo, y no á borbotones, con ánimo turbado y desasosegado.

Mas huyendo de este extremo, no has de caer en el otro de hablar con demasiada calma y flema, que suelen ser tan penosas como la cólera. La voz, dice S. Ambrosio [5], no ha de ser floja ni cascada, ni afeminada, como algunos la fingen, con pretexto de gravedad, sino entera y varonil, como conviene á gente grave,

[1] Eccli. 4, vv. 34, 35.— [2] III Reg. 19, v. 12.— [3] Cant. 4, v. 11.— [4] Cant. 5. v. 13.— [5] Lib. 1, offic. cap. 9, et 13.

atendiendo cada cual á mortificar el extremo vicioso á que su natural le inclina. De modo, que el muy flemático use de espuela para no ser tan calmoso, y el muy colérico use de freno para no ser tan apresurado. Como se escribe de nuestro glorioso padre S. Ignacio, que siendo de complexion colérica, refrenó tanto su cólera en el hablar, que parecia flemático.

Con esta propiedad tiene mucha relacion la tercera, que es no ser vocinglero y clamoroso, hablando á gritos y demasiadamente alto, que es tambien efecto de la ira, y cólera, como lo advierte S. Gregorio [1], alegando lo que dijo S. Pablo [2]: *Esté muy léjos de vosotros toda amargura, ira, é indignacion y clamor.* El cual es muy contrario á la gravedad y modestia cristiana, cuyo oficio es, como dice S. Ambrosio [3], moderar estos clamores: *Ipsum vocis sonum libret modestia, nec cujusquam offendat aurem vox fortior;* la modestia pese el sonido de la voz, para que no sea tan fuerte, que ofenda los oidos del que oye. Y avisa, que al principio comencemos la plática en voz baja, aun mas de lo acostumbrado, para ir subiendo poco á poco hasta ponernos en el medio conveniente; como lo hacen los cantores y predicadores para que los principios modestos sean testimonio del buen progreso que ha de haber en la continuacion. Pero mucho mas declaró esto S. Basilio [4], diciendo, que el tono de la voz se ha de medir conforme á la necesidad de los que oyen; de modo, que ni sea tan baja, que no la oiga aquel con quien hablas; ni mas alta de lo que es menester para que te oiga; y si hablando mas bajo te puede oir, ya será clamor condenado por el Apóstol. Pero no lo será cuando se alza la voz, porque se habla á muchos, como lo hacen los predicadores; ó para despertar á los dormidos; ó avivar á los tibios; ó para manifestar al-

[1] Lib. 31, Mor. —[2] Ephes. 4, v. 31, — [3] Lib. 1, offic. cap. 18. —[4] Reg. 115, Ex brevioribus.

gun grande afecto y sentimiento del corazon. Como escriben los evangelistas haberlo hecho algunas veces Cristo nuestro Señor [1], y sin embargo de esto dice de él el Profeta: *Non clamabit, et non vociferabitur;* no clamará ni dará gritos con clamor de hombre apasionado, sino en su conversacion ordinaria hablará con voz modesta, baja y grave. Lo cual es gran medio para la perfeccion, como lo comprendió un filósofo, que dijo [2]: *Ad summam perfectionem volo te esse brevi loquum, rariloquum, et submissa voce loquentem;* para llegar á la suma perfeccion, conviene que hables pocas palabras, y de tarde en tarde, y en voz baja; siguiendo el medio que se ha dicho.

Para lo cual ayudará mucho quitar las ocasiones de hablar alto con inmodestia, como es; hablar con otros desde muy léjos, pudiendo cómodamente llegarse cerca; y hablar cuando hablan muchos á la vez, sin esperar á que acaben. Y esto tambien significó el Profeta, cuando dijo de Cristo nuestro Señor: *Que no se oiria su voz en las plazas.* Que fué decir: No será parlero, ni hablador, como los que se juntan á hablar en los corrillos de muchos, donde es fuerza hablar con desórden, por ser muchos los que hablan. Tambien ayuda no soltar la rienda á la risa en las cosas de placer. Porque, como dijo el Eclesiástico [3]: *El necio, con la risa levanta su voz; pero el sabio, apenas se reirá secretamente.* Y tambien importa atajar las porfías y contiendas, que andan siempre acompañadas con voces. Y por esto juntamente se dijo de Cristo nuestro Señor: *Non contendet, et non clamabit;* no será contencioso, ni hablará á gritos.

4. Y esta es la cuarta cosa que ayuda grandemente á la paz y buen trato, apartándote cuanto fuere posible de contradecir á los otros, y porfiar con ellos sin

[1] Joan. 7, v. 37, et c. 12, v. 44.— [2] Refert Tur. tractat. 35, in Reg. D. Bened.— [3] Eccli. 21, v 23

causa de manifiesta necesidad; conforme á lo que dice el Eclesiástico [1]: *De re, quæ te non molestat, ne certeris;* por la cosa que no te toca, ni te agravia, no contiendas ni porfies. Y S. Pablo dijo á su discípulo Timoteo [2]: *No quieras ser contencioso y porfiado en tus palabras, porque no sirve sino para turbar á los que las oyen,* y escandalizarlos con el mal ejemplo de la porfía, que es señal de ánimo soberbio, presuntuoso y pertinaz en su parecer, que quiere salir siempre con la suya. Como al contrario edifica grandemente abandonar estas porfías con modestia y humildad. Y por esto dijo Salomon [3]: *Honor est homini qui separat se a contentionibus: omnes autem stulti miscentur contumeliis;* grande honra gana el hombre en apartarse de contiendas porque gana honra de discreto humilde y modesto, y se hace amable á todos, cediendo de su derecho por tener paz con ellos: pero los necios siempre andan en contiendas y porfías, hablando muchas palabras pesadas contra los prójimos.

Esto declaró mas S. Ambrosio [4], diciendo, que nuestras pláticas se dividen en conversaciones familiares y en disputas para averiguar las verdades en las ciencias; y que en ambas cosas se ha de procurar que no haya turbacion alguna, sino que nuestro hablar sea manso, apacible, afable, lleno de benevolencia y gracia, sin resabio de desprecio: *Absit pertinax in familiari sermone contentio.* Pero la conversacion familiar ha de estar muy léjos de contienda porfiada y pertinaz, porque siempre trae mas vanidad, que utilidad; y la conversacion que se toma por recreacion, se convierte en amargura: y la que era cebo de amistad, es cebo de rencor. «La disputa, dice, sea sin ira, la suavidad sin amargura, la amonestacion sin aspereza, «la exhortacion sin ofensa: y como en todas las obras

[1] Eccli. 11, v. 9.—[2] II Tim. 2, v. 14.—[3] Prov. 20, v. 3.—[4] Lib. 1, offic. c. 22.

«hemos de procurar, que el demasiado afecto no atro-«pelle la razon, sino que demos lugar al consejo; así «en las palabras se ha de estudiar que no se digan «con señales de ira ó aborrecimiento ó codicia, ó de «otro mal afecto.»

Pero dejando lo que toca á las porfías en las disputas, de que se hablará mas tarde, pondrémos lo quinto que se dice de Cristo nuestro Señor: *No desmenuzará la caña quebrada.* Que fué decir: usará de mansedumbre, clemencia y moderacion con los flacos y afligidos, y con los que van de vencida y andan cojeando; porque propio es de los soberbios y coléricos mostrar su altivez é impaciencia con los menores y flacos en quienes pueden hacer sus suertes: y si en las porfías y disputas los llevan de vencida, no paran hasta vencerlos del todo: y si tienen competencia con otros, y ven que comienzan á sufrir descalabro, no cesan hasta desmenuzarlos y deshacerlos. Mas el humilde y caritativo, es manso, clemente y piadoso: no quiebra la caña entera, ni desmenuza la quebrada: no derriba al que está en pié, ni pisa al que está caido: no abate á los que están ensalzados, ni triunfa de los que están humillados; antes con entrañas de compasion procura soldar las quiebras, levantar á los caidos, y enzalzar á los oprimidos; y si entre ellos hubiere algunos muy impacientes, con estos muestra mas su caridad, en que como dice Isaías *no apagará la torcida de lino que está humeando.* Como si dijera: Si los hombres que han perdido la luz y resplandor de la honra que tenian, se enfurecen por verse humillados y reprehendidos, y con este furor son como la torcida de lino que ardia en la lámpara, y que cuando la matan con un soplo, despide humo muy molesto; así ellos arrojan humo á las narices, injuriando y ofendiendo al que los humilló y reprendió. Sin embargo el justo caritativo sufre con paciencia este humo, y no acaba de hundir

al impaciente y furioso, aunque esté descomedido, sino con mansedumbre le soporta, y aguarda á que se acabe aquel furor para tratar de su remedio; imitando el ilustrísimo ejemplo del Salvador, contra quien se levantaron los escribas y fariseos, afligiéndole con el humo de muchas injurias y blasfemias, porque reprendia sus vicios; el cual aunque pudiera hundirlos y deshacerlos, no quiso vengarse, sino sufrirlos con admirable paciencia, dándoles tiempo de arrepentirse para que pudiesen resucitar á nueva vida.

CAPÍTULO XIV.

DE LAS DISCORDIAS QUE CAUSA LA ACEPCION DE PERSONAS EN EL TRATO DE UNOS CON OTROS, Ó EL TOMAR PARA SÍ LO MEJOR SIN JUSTO TÍTULO, Y EL MODO DE ATAJARLAS.

El vicio que llamamos acepcion de personas, anteponiendo una á otra sin razon bastante, es ocasion de innumerables ódios y rencores, envidias y discordias en la república y familia, y por esto es muy reprendido en la Sagrada Escritura, é Isaías dijo [1], que estaria muy léjos de Cristo nuestro Señor en su trato. Para cuya explicacion se ha de presuponer, que este vicio tiene algo interior y algo exterior. Lo interior consiste en el juicio y calificacion de las personas, aprobándolas sin causa bastante, solo por la diferencia que se ve por defuera, sin que sea indicio suficiente de lo que tienen dentro.

1. Y de aquí nace lo exterior muy perjudicial en nueve casos, ó de nueve modos que refiere Sto. Tomás [2], de los cuales algunos se refieren á los jueces,

[1] Isaí. 12, v. 2.— [2] In cap. 2, in Epist. Jacob.

de que se hablará en el tratado siguiente; pero dos son mas comunes á toda clase de personas. El uno, está en las atenciones y cortesías, títulos, renombres, lugares y asientos, honrando mas á los que menos lo merecen, ó por títulos indignos de tal honra, ó usando de singularidad con uno entre muchos iguales, sin razon especial que lo abone. Todo lo cual prohibió el apóstol Santiago, cuando dijo [1]: *No querais tener la fe de nuestro Señor Jesucristo con acepcion de personas; porque si entra en vuestras reuniones algun varon con vestidura preciosa, y anillo de oro, y entra otro pobre mal vestido, y luego poneis los ojos en el rico, y le dais el lugar mas alto, y al pobre poneis en el mas bajo ¿por ventura no juzgais mal dentro de vosotros, y sois jueces por lo que os dictan vuestros injustos pensamientos?* Como quien dice: Mirad que en el tribunal de vuestro corazon sois jueces injustos, juzgando por mejor el rico muy adornado, y por peor al pobre mal vestido. Y lo que de este juicio tan errado procede, tambien es vicioso dando la honra de justo al rico, solo por su riqueza, y negándola al pobre, solo por su pobreza; porque cosa clara es que la vestidura exterior no hace al hombre bueno, ni el hábito solo hace al monge, sino la bondad de las costumbres le hace justo y religioso. Este ejemplo trae el santo apóstol como advierte santo Tomás [2], para que se entienda que la honra no se ha de negar al que en verdad la merece cualquiera que sea su traje; ni se ha de dar al indigno por el título que no tiene. Como seria desórden negar la honra de sabio, ó santo, por el solo título de ser pobre ó mal nacido; ó darla por título de ser príncipe, noble ó rico: pero á los tales, aunque sean malos é idiotas, se les debe otra honra, por razon de la dignidad, oficio ó preeminencia que tienen en la república; y guardando

[1] Jacob. 2, v. 2.— [2] 2, 2, q. 63, art. 3.

esta regla, no se dará ocasion legítima de discordia.

2. Esto se entenderá mas por el otro modo de acepcion de personas en las amistades particulares, que se fundan en causas que no piden especial amor y comunicacion, atendiendo no mas que al propio gusto, sin hacer caso de otras razones, aunque sean muy justas. Lo cual en las familias y comunidades suele ser ocasion de grandes envidias y discordias; porque los que son menos amados que otros, sin haber causa especial para ello, se tienen por aborrecidos, desfavorecidos y despreciados, y convierten su saña contra el que es preferido y contra el que le prefiere á ellos. Y ¿qué mucho haya esta discordia, cuando se hace esto sin justo título; pues suele suceder aun cuando hay causa bastante para ello? Como se vió en los hermanos de José, de quienes dice la Escritura [1], que *viendo como su padre le amaba mas que á ellos, le aborrecieron, ni podian decirle una buena palabra*, mostrándole un rostro airado, hasta querer matarle por quitarle de su presencia. Y aun entre los apóstoles hubo turbacion, cuando vieron que Cristo nuestro Señor preferia á los hijos del Zebedeo [2].

Mas porque los padres y prelados y los señores, conservando la afabilidad con todos, pueden y deben hacer mas caso de los mejores, y pueden tambien tener algun privado ó amigo especial, por el bien y provecho que de ello les resulta, han de tener cuidado de evitar la discordia que suele nacer, poniendo el remedio, antes que venga el daño [3]. Como lo hizo el mismo patriarca José, cuando en Egipto se dió á conocer á sus hermanos; porque como hubiese hecho mayores regalos á Benjamin, por ser su hermano de padre y madre, acordándose de la envidia y rencor que habian tenido contra él por otra causa semejante,

[1] Genes. 37, v. 4. — [2] Matth. 20, vv. 23, 24. — [3] Eccli 18, v. 20.

quiso prevenirles al tiempo que los despidió, diciéndoles: *No tengais rencillas, ni enojos en el camino* [1]. Como si dijera: No deis lugar á la envidia por el mayor favor y mas crecidos dones que he otorgado á Benjamin pues sabeis la causa que he tenido para ello; sino conservad la paz y afabilidadad unos con otros, para que en esto se vea que sois mis hermanos.

§ I.

Con esta acepcion de personas frisa otro vicio que causa la misma discordia, cuando alguno sin causa bastante escoge para sí lo mejor en materia de honra ó hacienda y comodidad temporal. Lo cual ordinariamente nace de dos malas raices. La primera, es ambicion; porque como dice el Sabio [2], *entre los soberbios siempre hay rencillas* sobre puntos de honra, queriendo cada uno para si el mejor lugar en todo, sin justo título para ello. Como los hijos del Zebedeo, pretendiendo los mejores lugares en el reino de Cristo por título de parentesco, causaron grande alboroto entre sus condiscípulos; á los cuales corrigió el Señor, diciéndoles, que aquel espíritu era de señores gentiles, que cursan en la escuela ambiciosa del mundo, pero que sus discípulos han de tomar para sí el postrer lugar, dejando á otros el mejor [3], aunque sea perdiendo algo de su derecho por conservar la paz. Para lo cual has de guardar estas cuatro reglas, que son muy propias de la humildad cristiana.

1. La primera, es dar liberalmente á cada uno la honra que se le debe en las cortesías y atenciones, nombres, títulos y lugares, procurando ser antes liberal, que escaso en honrar á otros; pues vale mas que te llamen demasiado, que no que se turben y quejen de que quedaste corto.

[1] Genes. 45, vv. 22, 24. — [2] Prov. 13, v. 10. — [3] Matth. 20, v. 20-29. — Luc. 14, v. 10

2. La segunda, es contentarte con la cortesía y honra que se te debe, segun tu estado, sin pretender, ni aceptar la demasiada, aunque otros te la ofrezcan, antes con buen modo impedirla; porque si estas cosas se ofrecen con lisonja ó fingimiento, es cordura rechazarlas; y si con ignorancia ó demasiada humillacion, es humildad desecharlas. A la manera que S. Pedro no consintió que Cornelio se postrase en tierra delante de él, diciéndole [1]: *Levántate, que yo tambien soy hombre como tú.* Y lo mismo hizo un ángel, cuando S. Juan se postró para adorarle, diciéndole [2]: *No hagas eso, porque yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos.*

3. La tereera regla, es no indignarte, ni perder la paz, porque otros con desórden quieran usurpar los obsequios y títulos que no merecen; pues aunque no puede parecer bien lo malo, la indignacion en estos casos es indicio de soberbia, sintiendo el envanecimiento del otro, en cuanto redunda en menosprecio propio; y si en verdad amas como humilde el postrer lugar, no te turbarás porque otro se alce con el mejor.

4. De aquí nace la cuarta regla, que consiste en sufrir con magnanimidad las faltas que otros hicieren en hacerte los cumplidos y cortesías que se te deben; porque aunque sea lícito desear que se te hagan, y naturalmente se sienta la falta, que contra esto se comete; empero no es lícito indignarte por ello con ánimo vengativo, antes bien es magnanimidad cristiana saber disimular estas cosas, y no hacer caso de estos puntos, pues no sirven sino para punzar y turbar las conciencias, y son efectos de la ambicion, cuyos daños y remedios se espusieron en el tratado precedente [3].

5. La otra raiz de las discordias, es la codicia de

[1] Act. 10, vv. 25, 26. — [2] Apoc. 22. vv. 8, 9. — [3] Cap. 10 y 12.

los bienes temporales, que se inclina siempre á tomar para sí lo mejor y mas acomodado, aunque sea con agravio y daño de otro; y apenas se puede atajar, sino con la caridad y humildad, que se contentan con lo peor y pierden de su derecho por no perder la paz. De lo cual tenemos un admirable y muy provechoso ejemplo en el patriarca Abrahan, cuando supo las rencillas que habia entre sus pastores y los de su sobrino Lot, sobre los pastos, queriendo todos para sí los mejores. Pero él procuró luego atajar la discordia con palabras y obras ejemplares; porque hablando con Lot, le dijo [1]: *Ruégote que no haya discordia entre yo, y tú, y entre mis pastores, y los tuyos, porque somos hermanos.* ¿Qué palabras se podian decir mas humildes y amorosas, ni mas poderosas para atajar estas riñas? Porque somos, dice, hermanos y no es razon que entre hermanos haya disensiones. Y pues todos los fieles somos hermanos de Jesucristo, hijos de un mismo Padre, que es Dios, y de una madre, que es su Iglesia; justo es que no haya entre nosotros disension, ni queja alguna. Mas porque no bastan palabras para esto, si con efecto no se quitan las ocasiones, añadió el santo Patriarca [2]: Pues la discordia es sobre los pastos, *tiende los ojos por toda la tierra*, y escoge para tí los que quisieres, y tuvieres por mejores. *Si escogieres los de la mano izquierda, yo tomaré los de la derecha: y si tú tomares los de la derecha, yo me quedaré con los de la izquierda.* ¡O caridad heróica digna de tal varon! ¡ó cuán libre se mostró de codicia! ¡cuán apartado de ambicion, y de todo género de rencor, é ira! Y ¿qué medio puede haber mas eficaz para conservar la concordia, que ceder su derecho, y dar al prójimo libertad de escoger lo que quisiere, y le esté mejor? Porque todas las discordias y pleitos entre los hombres se fundan en

[1] Genes. 13, v. 8. — [2] Ibid, v. 9.

querer cada uno lo mejor para sí, y en que se siga su plan, y no seguir ellos el del otro. Y quien cede en todo esto, quita de raiz la ocasion de este daño. Pero nuestro patriarca sobrepujó á todo lo que otros justos hacen de ordinario. Porque, como pondera S. Juan Crisóstomo [1], el derecho de escoger el lugar que quisiese, era suyo por muchos títulos; por ser tio de Lot y como tutor suyo; por ser cabeza de aquella familia; por ser mas anciano y mas sabio, mucho mas poderoso y rico: por lo cual fuera razon que Lot se le sujetara, y le dejara escoger primero. Pero él, cuanto mayor, tanto se mostró mas humilde; y por conservar la paz quiso ceder todo este derecho; humillándose, no al mayor ó al igual, sino al menor; honrando al sobrino; y dándole facultad de escoger primero; y contentándose con tomar lo que dejase, aunque fuese mucho peor; porque juzgó valia mas poco en paz, que mucho con turbacion. Pero aun mas descubrió su humildad y caridad, dice S. Ambrosio [2], en que viendo discordes á sus criados, no se tuvo por tan fuerte, que presumiese podrian tener concordia los señores; los cuales suelen perder la amistad por las chismosidades y riñas de los criados. Y así, en cuanto humilde, quiso quitar la ocasion de la discordia; pero en cuanto caritativo, quiso que hubiese concordia tambien entre los pastores, y que estuviesen muy unidas ambas familias, para que se conservase la union entre las cabezas, aunque fuese á costa suya; enseñando con este ejemplo el cuidado grande que han de tener los padres de familia, en conservar la union y paz entre los suyos, pues de ellas depende la paz de ellos mismos. Y es de grande importancia, en asomando la riña entre los criados, atajarla luego, como lo hizo Abrahan, antes que crezca; porque como dijo el

[1] Hom. 33. in Genes. — [2] Libr. 1. de Abraham, cap. 3.

Eclesiástico [1], *de una centella se enciende gran fuego*, y de una pequeña discordia suele nacer una sangrienta batalla; y aun será mayor prudencia prevenir las ocasiones para que no salten estas centellas. A la manera que Booz [2], temiendo la discordia de sus criados, si viesen que Ruth se ponia á segar con ellos, les previno, diciéndoles, que no se lo impidiesen, ni la reprendiesen; porque sabia que la discordia en la familia suele venir muchas veces, de que unos se meten en el oficio de los otros, ó les reprenden de lo que hacen, sin tener autoridad para ello, ó por la envidia que tienen de verlos mas favorecidos de sus señores; y es bien por lo mismo avisarles con tiempo, que no den entrada á lo que es semilla de discordia.

Pero no es razon pasar en silencio el fruto que sacó Abrahan de esta obra de tanta caridad y humildad. Pues no sin misterio permitió nuestro Señor que Lot, aceptando la oferta de Abrahan, se engañase en su eleccion, dejando á su tio lo mejor, y tomando para sí lo peor, aunque sin pensarlo; porque escogió la region de Sodoma, que por entonces era como un paraíso; pero dentro de poco tiempo fué la peor y mas miserable del mundo; porque primero fué saqueada de los enemigos, y llevado cautivo Lot con toda su familia, si Abrahan no les libertara; y despues vino á ser abrasada con fuego del cielo, quedando tambien abrasada toda la hacienda del mismo Lot. Para que se entienda, como la divina providencia tiene cuidado de los humildes, disponiendo las cosas de manera que ganen por donde parece que pierden; y permitiendo que los menos humildes pierdan por donde piensan que ganan. Y si con caridad y humildad dejas al otro el mejor lugar y la cosa mas provechosa y mas honrosa, sabrá nuestro Señor disponer como quedes mas

[1] Eccli. 11, v. 34.— [2] Ruth. 2, vv. 15, 16.

honrado y medrado, y el otro mas abatido y desacomodado. Cumpliendo lo que está escrito [1]: *Quien se humillare, será ensalzado: y quien se ensalzare, será humillado.*

CAPÍTULO XV.

EN QUÉ SE DECLARA MAS LA PERFECCION DE LA CARIDAD EN ATAJAR LAS DISCORDIAS, Y ESPECIALMENTE LOS PLEITOS; LOS PELIGROS QUE ESTOS ENCIERRAN, Y EN QUÉ CASOS SON LÍCITOS.

—

Por lo que se ha dicho en el capítulo pasado, se vé como la codicia de bienes temporales es causa de las discordias domésticas y tambien de innumerables pleitos, de que están llenos los tribunales de las repúblicas seglar y eclesiástica, con gravísimos daños que nacen de ellos; los cuales bastantemente atajara la virtud de la justicia, si los hombres quisieran abrazarla y venerarla, porque los inclina á contentarse cada uno con lo que es suyo, sin tomar lo ageno; y á dar al otro lo que le pertenece, sin querer alzarse con ello. Mas está tan enflaquecida esta virtud entre los hombres, que tiene extrema necesidad de ser ayudada de su hermana la caridad, del modo que Cristo nuestro Señor le encargó en su ley evangélica, dando avisos y consejos con mucha instancia para conservar la concordia de unos con otros, aunque sea menester perder algo de su derecho y sufrir algun agravio contra la justicia. Lo cual fácilmente hace la caridad cuando es perfecta, porque es cuchillo de la codicia. A esto va dirigido aquel consejo del Salvador [2]: *Si alguno quisiere pleitear contigo, y quitarte la capa, dále tam-*

[1] Luc. 18, v. 14. — [2] Matth. 5, v. 40.

bien el sayo. Como quien dice: No tengas tan desordenado amor á tu propia hacienda, ni aferres tanto á tu propia capa, que, por no soltarla, vengas á perder la caridad y á enemistarte con Dios y con tu prójimo; antes bien has de poseerla con un corazon tan desprendido, y ordenado, que fácilmente sueltes los bienes temporales por no perder los espirituales, porque mas vale que el cuerpo quede desnudo de su capa, que quedar tu alma ó la de tu prójimo por tu causa desnudas de la ropa preciosísima de la caridad. Y como seria locura perder mil por conservar lo que vale uno; así dice S. Doroteo [1], por ningun interés temporal se ha de perder la caridad, que excede á todos los bienes de la tierra, mas que mil á uno. Y ¿de qué te servirá haber ganado todo el mundo, si tu alma se pierde por ganarle [2]? En cuya confirmacion decian los Padres antiguos, como refiere Casiano [3], que todas las cosas de esta vida, por muy provechosas que parezcan, se han de dejar por no consentir con la ira y discordia, en daño de la caridad fraterna; pues Cristo N. S. aconsejó [4], que dejases el sacrificio por reconciliarte con tu hermano, cuando tuviese alguna queja de tí. Y advierte S. Juan Crisóstomo, que habla Jesucristo en general, sea la queja con razon ó sin ella, por lo mucho que desea que se conserve la caridad. Y S. Pablo dijo [5], que dejaria de comer carne para siempre, si fuese menester, por conservarla. Pero mas declaró esto el Salvador en el segundo consejo que añadió, diciendo [6]: *Si alguno te alquilare para que camines mil pasos, vete con él dos mil.* Que es decir: Si eres peon y trabajador, procura no solamente cumplir lo que está pactado para no faltar á lo que debes de justicia; sino tambien añade mucho mas de gracia, cuando fuere menester para conservar la con-

[1] Serm. 4. — [2] Matth. 16, v. 26. — [3] Collat. 16, cap. 7. — [4] Matth. 5, vv. 23, 24. — [5] I. Cor. 8, v. 13. — [6] Matth. 5, v. 41.

cordia con tu prójimo. Y si con agravio te forzaren á trabajar mas de lo convenido, y á caminar dos mil pasos, habiendo sido el trato no mas que de andar mil, llévalo con paciencia. Y si doblándose el trabajo no se doblare el jornal, no te vengues por tu propia autoridad, ni caigas en ira ó impaciencia, sino conserva la paz de tu alma; y no pierdas la caridad con tu prójimo, ni le des ocasion para que él la pierda. Este es el consejo digno de aquel Señor, que se llama angel del gran consejo. Y aunque no pretende quitar que puedas cobrar por via de justicia lo que se te debe, y atajar el agravio que otros te hacen; pero manda que esto sea sin perder de tu parte la caridad: y aconséjate, que la estimes en tanto, que por no menoscabarla y desdorarla pierdas algo de tu derecho, esperando en su infinita liberalidad que volverá por él, ó por otra parte remediará el daño que padeces por no perder la caridad. Acuérdate de lo que sucedió á Isaac cuando los palestinos, en cuya region moraba, envidiosos de su prosperidad, cegaron los pozos que habia abierto su padre Abrahan; porque sufriendo con paciencia este agravio, cavó en otra parte un pozo donde halló agua muy copiosa. Mas los Pastores de la tierra trabaron pendencias con los suyos sobre el agua, y puso por nombre al pozo, *Calumnia*, sufriéndola en paciencia sin tomar venganza; antes bien cavó otro segundo pozo, y sobreviniendo la misma riña, llamóle *Enemistades*, y tambien las sufrió, dejándoles el pozo, que con trabajo de sus criados habia cavado; y luego cavó otro tercero, y no tuvo mas discordias, ni contradicciones, y por esto le llamó, *Latitud, ó anchura*, porque Dios le habia dilatado el corazon y aumentado la hacienda en premio de su paciencia y perseverancia [1]. Para que entiendan los

[1] Genes. 26, vv. 14-22.

ricos y poderosos, que han de ser envidiados y molestados de otros semejantes; y que si no saben sufrir y disimular, vendrán á promover tal discordia, que sea causa de su total ruina. Mas disimulando con sufrimiento lo que no pueden remediar sin grande alboroto, vienen á vencer la porfía de los envidiosos, y alcanzar la satisfaccion del acrecentamiento que deseaban.

De aquí podemos sacar lo que se ha de hacer en los pleitos, de que trata S. Pablo en la carta que escribió á los Corintios, reprendiéndoles por dos géneros de faltas que hacian en ellos, una contra la justicia, y caridad fraterna, y otra contra los consejos de la perfeccion que profesaban: *Ya*, dice [1], *se halla en vosotros un delito, que traeis pleitos unos con otros. ¿Por qué no tratais mas de sufrir la injuria? Y ¿por qué no padeceis bien el engaño? Antes vosotros agraviais, y engañais, y esto á vuestros hermanos. ¿No sabeis que los malos no poseerán el reino de Dios? No querais engañaros, porque os hago saber, que ni los carnales, ni los ladrones, ni los avaros, ni los maldicientes, ni robadores, no alcanzarán este reino. Mirad que muchas cosas son lícitas, pero no todas son convenientes, y de ninguna es bien ser esclavos.* Si lo haceis por tener de comer, *sabed que la comida es para el vientre, y el vientre para la comida: pero Dios destruirá al uno, y á la otra.* En cuyas palabras unas cosas están prohibidas como delitos, y otras como imperfecciones poco religiosas. Delito es, dice Sto Tomás [2], traer pleitos cuando concurren tres, ó cuatro cosas en ellos. La primera es, si la causa del pleito es sola avaricia y codicia desordenada de la hacienda; la cual reprendió Cristo nuestro Señor en aquel hombre que se llegó á él, diciéndole [3]: *Maestro, dí á mi hermano, que parta conmigo la herencia.*

[1] I Cor. 6, vv. 7-13.—[2] Ibi lect. 2.—[3] Luc. 12, vv. 13-15.

Y respondió el Señor: *Hombre, ¿quién me ha hecho juez, para hacer particion entre vosotros? Mirad, y guardaos de toda avaricia, porque no está la vida del hombre en tener mucha abundancia.* Bien le llamó hombre, porque no trataba sino de cosas carnales y terrenas, y andaba metido en pleitos con su mismo hermano; y aunque era sobre la herencia, pero todo nacia de avaricia, deseando cada uno tener mas que el otro.

2. Y esto es propio de hombres, conforme á lo que dijo el mismo apóstol á los corintios [1]: *Habiendo entre vosotros envidia, y contienda ¿por ventura no sois carnales, y andais como hombres?* Y el apóstol Santiago confirma lo que decimos contra los ricos [2]: *¿De dónde* dice *vienen las guerras, y pleitos entre vosotros? ¿Por ventura no proceden de las codicias que guerrean en vuestras potencias?* Como si dijera: Los pleitos y la poca paz que teneis unos con otros, vienen de que teneis poca paz dentro de vosotros mismos, batallando vuestras codicias y pasiones unas con otras; porque si tuvierais mortificadas las codicias, luego cesaran las contiendas. Y de aquí es, que la segunda cosa que vicia los pleitos, es el modo como se traen, con disension y daño de la paz, y con perjuicio de la fraternidad, que pide la religion cristiana. Y esto es lo que sentia san Pablo, cuando dijo con admiracion: *¡Un hermano anda en contiendas, y pleitos con otro hermano!* Como quien dice: ¿Dónde está la fraternidad que teneis en Cristo? ¿Dónde la paz y caridad que tanto os encomendó? *¿No sabeis* dice Santiago apóstol [3], *que donde hay celo de envidia y contienda, hay tambien mutabilidad, é inconstancia en lo bueno, y todo género de obra mala*, porque está en el corazon lo que provoca á ella?

3. Y de aquí procede la tercera cosa que condena

[1] I Cor. 3, v. 3. — [2] Jacob 4, v. 1. — [3] Jacobi 3, v. 16.

los pleitos, cuando se mezclan en ellos injusticias y engaños, pidiendo lo que no es suyo, ó usando de astucias calumniosas para salir con ello. Y esto es lo que S. Pablo reprende mas ásperamente, cuando dice: *Vosotros haceis injuria, y tramais engaño contra vuestros hermanos, habiendo de amarlos como á vosotros mismos, queriendo para ellos lo que quereis para vosotros.* Esta es la piedra de escándalo en que tropiezan, y se rompen las cabezas, no solamente los litigantes, sino tambien los jueces, abogados, procuradores, escribanos, y los demás que les ayudan en cosas injustas, ó usando de modos y medios engañosos. Contra los cuales desembaina su espada el profeta Isaías, diciendo [1]: *¡Ay de los que hacen estatutos, y ordenanzas injustas, y cuando escriben, ó interpretan las leyes, escriben injusticias para oprimir en juicio á los pobres, y hacer extorciones á los pleitos de los pequeños del pueblo, para robar á las viudas, y huérfanos, con título aparente de justicia! ¿Qué harèis ó miserables en el dia de la visita? Y cuando asome de léjos la calamidad ¿á quién acudiréis para que os ayude? Y ¿adónde se acogerá vuestra gloria?* ¡O si los litigantes, y los que les ayudan se acordasen de la rigurosa visita que ha de hacer á todos el Juez de vivos y muertos, cuando venga á sentenciar sus causas! ¡O si resolviesen por su memoria el pleito que tienen pendiente en el tribunal de Dios sobre el mayorazgo del cielo, en que les va la vida eterna, cuya sentencia definitiva se dará en la hora de la muerte, y se publicará á todo el mundo el dia del juicio? ¿Qué harás, ó miserable de ti, si has seguido pleitos injustos, cuando asome esta calamidad, que aunque te parece estar muy léjos, no está sino cerca, pues quizá hoy te verás hundido en ella? ¿Quién será tu abogado en aquel aprieto? ¿quién tu solicitador

[1] Isai. 10, v. 1-3.

en esta causa? Si tus obras te condenan, ¿quién te absolverá? Si los pobres y las viudas oprimidos por tus injusticias te acusan, ¿quién te defenderá? ¿qué te aprovechará la gloria del oficio que ahora tienes, ó la mucha hacienda que posees? Acá se quedará todo, y solo entrarás en el juicio, donde serás condenado justamente, porque seguiste pleito injusto.

4. A estas tres cosas, que hacen viciosos los pleitos, se añade, como dice este santo doctor, la cuarta del escándalo, y turbacion que se sigue al prójimo, cuando toma ocasion de nuestra resistencia para caer en graves pecados. Por lo cual dijo el Salvador [1]: *Que no resistiésemos al que quiere quitarnos la capa, antes le diésemos la túnica.* Pero esto raras veces es de precepto, y solamente es de consejo del modo que se ha dicho. Y en esta razon dijo S. Pablo: *¿Por qué no escogeis mas sufrir la injuria, que hacerla? ¿Y dejaros engañar, mas que engañar á otros?* No niego, dice, que sea lícito algunas veces seguir pleito; mas mirad, que no siempre es conveniente; y que es mas perfeccion conservar la paz y concordia, perdiendo algo de la hacienda y padeciendo alguna falta en la comida; porque esto es temporal y se acaba con la vida del cuerpo; pero la del alma ha de ser eterna. *No quieras* dice [2], *por tu comida destruir al hermano, por quien Cristo murió.* Ni tengas por de provecho propio, lo que ocasiona tanto daño ageno. De aquí infiere Sto. Tomás, que los religiosos que profesan pobreza y han dejado todas las cosas por Cristo, para conservar su perfeccion han de huir de pleitos, no pretendiendo para sí cosa propia; aunque lícito les es como á los seglares conservar los bienes comunes de la religion por via de pleito, cuando no hay otro camino para ello. Y añade S. Gregorio [3], que cuando la necesidad nos obli-

[1] Matth. 5, v. 40.— [2] Rom. 14, v. 15. — [3] Refert.D. Thom. ibi.

ga á tener cuidado de los bienes temporales, si otros se quieren alzar con ellos, alguna vez será conveniente tolerarlos, pero otras veces conservando la caridad, es mejor impedirlos: *Ne rapientes non sua, semetipsos perdant:* para que no pierdan sus almas, reteniendo las cosas que no son suyas. Como quien quita por fuerza la ocasion próxima de la culpa al que de grado no quiere quitarla, para que pueda hacer verdadera penitencia. Fuera de esto, en otros muchos casos es obligatorio el medio de pleitos, cuando es necesario para defender su propia hacienda y la de sus hijos, sin la cual no se puede sustentar la familia con la decencia que conviene á su propio estado. Pero en tales casos hanse de guardar las condiciones que lo justifican; conviene á saber, pureza de intencion y moderacion de la codicia, cumpliendo lo que dice S. Pablo, que ninguno sea esclavo de la hacienda, ni del pleito; sino que proceda sin pasion, con libertad de espíritu, de un modo pacífico, sin injuria ni agravio, ni engaño, y sin dar ocasion culpable de ira ó turbacion, que sea escándalo para el prójimo; y finalmente, que se vea obligado á ello, porque el otro le fuerza á ponerle pleito, ó á defenderles en el que él le pone, trayendo siempre delante de los ojos aquel dicho del Apóstol [1]: *Servum Domini non oportet litigare, sed mansuetum esse ad omnes;* no conviene que el siervo de Dios sea pleitista, y ande en barajas con otros, sino que sea manso con todos. Y *si alguno* dice [2], *hay entre vosotros que sea contencioso, entienda que nosotros no tenemos tal costumbre, ni la Iglesia de Dios la tiene,* porque como paloma es amiga de la paz y concordia, y está fundada en la union con su esposo Cristo.

---

[1] II ad Tim. 2, v. 24. — I ad Tim. 3, v. 3. — [2] I Cor. 11. v. 16.

CAPÍTULO XVI.

DE LAS OBRAS DE LIBERALIDAD Y MISERICORDIA CON QUE SE CONSERVA LA PERFECCION DE LA REPÚBLICA Y COMO SE HAN DE EXTENDER Á LOS POBRES PEREGRINOS Y EXTRANGEROS.

—

No basta para la entera perfeccion de la república que los ciudadanos ejerciten las obras de justicia unos con otros del modo que se ha declarado, sino tambien es menester, como se apuntó al principio de este tratado [1], que ejerciten las obras de gracia que pertenecen á las dos virtudes que llamamos: liberalidad y misericordia, compañeras fieles de la caridad y amistad humana; y se emplean en hacer bien á todos los que tienen por amigos, visitándolos, convidándolos á comer, hospedándolos en su casa, prestándoles lo que han menester, ó dándoselo de gracia; acudiendo á todas las cosas de su alivio y consuelo y al remedio de todas sus necesidades, del mejor modo que pueden; *llevando los unos las cargas de los otros, para cumplir de esta manera,* como dice S. Pablo [2] *la ley de Cristo,* que es la caridad; por la cual todas las cosas son comunes á los que se aman, y en cada uno tiene el otro lo que le falta; y uno puede lo que todos porque todos le ayudan. Y por esto dijo Salomon [3]: *Que cuando un hermano ayuda á otro, son como una ciudad muy fuerte.* Y lo que son los nervios en el cuerpo, es en la ciudad la verdadera amistad, amándose unos á otros, como dijo S. Juan [4], *no con solas palabras, sino mucho mas con obras.*

Y como en la república hay muchos pobres y necesitados de comida, y vestido, muchos enfermos y

[1] Cap. 2. — [2] Gal. 6, v. 2. — [3] Prov. 18, v 19. — [4] I Joan. 3, v 18.

flacos, y acuden á ella peregrinos y extrangeros con varias ocasiones, es necesario que florezca en ella la caridad, con liberalidad y misericordia tan perfecta, que se extienda á todos estos, y remedie del mejor modo que puede sus necesidades. Y por esto Platon [1] encargó mucho en la república, que se instituya la virtud de la hospitalidad. Y Ciceron dijo [2], que era muy importante á la república la virtud de la benignidad, redimiendo á los cautivos, y favoreciendo á los menesterosos. Y cada ciudadano; si es rico y poderoso ha de honrar á su república en remediar la parte que puede de las necesidades que otros padecen. Has de ceñirte, como dijo el Salvador [3], cercenando los gastos demasiados, para que puedas tener en tus manos, no una, sino muchas velas de santas obras; en una mano las obras de justicia, y en la otra las de misericordia. Y bien se llaman velas, que alumbran á su costa, perdiendo de lo que tienen; porque has de quitar de lo que tienes para resplandecer con estas obras. Has de ser, dice S. Buenaventura [4], semejante al Hijo del hombre, que vió S. Juan [5] en medio de siete candeleros de oro, con siete estrellas en la mano, porque has de estar cercado de las siete obras de misericordia corporales y de las otras siete espirituales, resplandeciendo con todas para provecho de todos, especialmente de los mas necesitados; creyendo que estas dos suertes de obras son como las dos puertas de olivo, por donde se entra al *Sancta Sanctorum* [6] de la gloria. Has tambien de guardar el consejo que dió el Salvador á un hombre, que le convidó á comer diciéndole [7]: *Cuando hicieres algun banquete, no convides,* solamente como se usa en el mundo, *á tus amigos, hermanos y deudos, y á tus vecinos ricos, que te lo pagarán con convidarte otra*

[1] Dial. 8, de Legibus. — [2] Lib. 2, de Offic. — [3] Luc. 12, v. 35. — [4] In dict salutis. tit. 7, cap. 4. — [5] Apoc. 1, vv. 13, 16. — [6] III Reg. 6, v. 32. — [7] Luc. 14, vv. 12-14.

vez ellos; sino llama á los pobres, flacos, cojos, y ciegos, que no te pueden convidar; para que te lo pague Dios el dia de la resurreccion. Y del mismo modo, no solo has de hospedar á tus conocidos y á los ricos que pasan por tu ciudad, los cuales te hospedarán otra vez, cuando tu pases por la suya; sino tambien hospeda á los pobres peregrinos y extranjeros que no conoces de quienes no puedes recibir retorno; porque con esto, dice S. Ambrosio [1], descubres que no haces estas obras por codicia de interés temporal, sino por la esperanza del premio eterno, para que Dios te hospede en su cielo. Conforme á lo que dijo S. Agustin [2]: *Da tectum, et accipe cælum.* Aunque mas puro fin es hacerlas por honrar á Dios en sus pobres, y por amor de la misma virtud, y por mostrar la caridad y amistad con todos, aunque no sean conocidos. Y por esto fué tan estimada la hospitalidad entre los Padres antiguos, y entre los primitivos cristianos [3], que trataban á los peregrinos con la misma afabilidad y amistad que á sus amigos. Y esta dice Tertuliano [4] era una de las señales en que se conocian los verdaderos discípulos de Cristo. De donde vino á decir S. Pablo á los hebreos [5]: *La caridad fraterna dure siempre entre vosotros, y no os olvideis de la hospitalidad, por la cual algunos hospedaron á los ángeles sin conocerlos. Acordaos tambien de los presos, y cautivos, como si estuvieseis presos con ellos; y de los que andan trabajados, como quien vive tambien en trabajos:* ejercitando finalmente estas obras con los otros, como quisierais que otros las ejercitasen con vosotros, pues estais sujetos á las mismas miserias.

§ I.

El modo de hacer estas obras con excelencia, pudiéramos declarar por lo que hizo el Venerable Booz con Ruth, pobre y extranjera, sino se hubiera puesto

[1] Libr. 7, in Luc. c. 14. — [2] Apud. D. Bona ubi supra. — [3] III Joan. vv. 5-8. — [4] Lib. de præscript. cap. 20. — [5] Hebr. 13, v. 1-3.

en el primer tomo [1]. Pero mucho mejor se declarará por los ilustres ejemplos, que apunta el santo Apóstol de los que hospedaron ángeles pensando que eran hombres; ejercitando con ellos la hospitalidad y las demás obras de misericordia qne la acompañan, como lo hacian con otros; teniendo como decia Job de sí mismo [2], la puerta de su casa siempre abierta para los peregrinos, sin consentir que se quedasen á dormir fuera de ella. El primero de estos fué el patriarca Abrahan, de quien cuenta la Escritura [3], *que estando á la puerta de su tienda al mediodía, levantó los ojos, y vió á tres varones, que estaban no léjos de él. Y en viéndolos, corrió á donde estaban, y adorólos postrado en tierra, diciendo: Señor, si hallé gracia en tus ojos, no pases de aquí, sino traeré un poco de agua con que se laven vuestros piés, y descansaréis á la sombra de este árbol, y pondréos un bocado de pan con que se conforte vuestro corazon, y despues proseguiréis vuestro camino, pues por esto habeis llegado á casa de vuestro siervo. Y en aceptando ellos la oferta, fué luego Abrahan con gran priesa á su tienda, y dijo á Sara: Toma enseguida tres medidas de flor de harina, y cuece algunos panes al rescoldo. Y él fué á los rebaños, y trajo una ternera muy escogida, y tierna, y dióla á un criado, el cual al punto la coció. Tomó tambien manteca, y leche, y la ternera cocida, y pusosela en la mesa, y él estaba en pié cerca de ellos á la sombra del árbol.* ¿A quién no admira el fervor de este santo varon en esta obra? Bien dice la escritura que sucedió, *In fervore diei*, en el fervor del dia para significar el fervor de la caridad que tenia con todos, aunque fuesen extrangeros, y desconocidos.

1. Estaba en aquella hora á la puerta de su tienda; y cuando los demás dormian, él como dice S. Am-

[1] Tratad. 3, c. 12. — [2] Job 31, v. 32. — [3] Genes. 18, vv 1-8.

brosio [1] no reposaba, mirando si pasaba algun peregrino para hospedarle y regalarle; porque sus regalos eran «hospedar, y acariciar á los demás. Y la hospi-«talidad, dice este santo, ha de ser de tal condicion, «que esté el hombre pronto á recibir á los huéspedes; «salga al encuentro á los que vienen; mire los cami-«nos por donde suelen venir; hágase encontradizo «con los que no le buscan; y fuerce á venir consigo «á los que pasan de largo. Y así, en viendo Abraham á los peregrinos, no aguardó á que llegasen, ni á que le pidiesen posada; sino que con gran caridad corrió con ligereza á donde estaban, y con profunda reverencia se echó á sus piés, y los besó, porque esto es decir que los adoró y con grande humildad les suplicó admitiesen el servicio que deseaba hacerles [2].

2. Porque propio es de los justos realzar sus obras con la intencion, mirando al Criador en las criaturas que llevan su imágen, á Dios en los ciudadanos, y á Cristo en los pobres; y con este espíritu se humillan, y reverencian á los peregrinos, reconociendo en ellos la majestad del Señor á quien representan. Pues él dijo [3]: *Yo era peregrino, y hospedásteisme.* Y bien se vió en este caso, pues en traje de peregrinos se aparecieron los ángeles, agradando mucho á nuestro Señor como dijo S. Pablo [4], la hospitalidad que se les daba, pensando que eran hombres.

3. De aquí procedió otro fervoroso acto de este santo varon, el cual con tener muchos criados, no fió esta obra á ellos, sino que él mismo quiso hacerla con sus propias manos: *Traeré*, dice, *un poco de agua con que se laven vuestros piés, y pondréos la mesa para que comais.* Porque de esta manera se mostró mas amoroso y afable. A la manera que Cristo N. S. con ser de tan alta magestad, no se desdeñó, como pondera san

[1] Libr. 1, de Abraham, cap. 5. — [2] Vide Perciram ibi. — [3] Matth. 25, v. 35. — [4] Hebr. 13, v. 2.

Juan [1], de quitarse las vestiduras y ceñirse un lienzo, y echar agua en una vacía, y lavar con ella los piés de sus discípulos; enseñando con este ejemplo la caridad y afabilidad que han de tener los superiores con los súbditos, y los súbditos entre sí mismos. Y de aquí es, que los buenos padres de familia en algunas cosas de estas quieren ayudarse de sus hijos y criados, así por concluir la obra mas pronto, como tambien para que ellos tengan parte en su misericordia, y se aficionen á ella. Y por esto Abrahan encargó á su mujer Sara hacer el pan para los peregrinos, y al criado que cociese la ternera. Pero mas allá pasó su caridad, porque en las palabras fué corto, y en las obras largo; prometió poco, y dió mucho: dijo que traeria un bocado de pan, y mandó hacer muchos panes, y no de cualquiera harina, sino de la flor mas escogida. Y él mismo fué al rebaño y escogió á la mejor ternera, no fiando esto á los criados, que suelen tomar lo peor para los otros; y tambien llevó leche y manteca para regalar á los peregrinos con todo lo que tenia; y lo que es mas, no se sentó á la mesa con ellos, sino que estaba allí en pié, como ministro que servia, para proveer de todo lo que faltase. Con lo cual descubrió las propiedades de la perfecta caridad y afabilidad, que hace mas de lo que dice, y da de lo mejor que tiene, y se precia de servir á sus amigos. Como aquel Señor, que dijo á sus discípulos [2]: *Yo estoy en medio de vosotros, como el que sirve á los demás.* Pero aun hay mas que ponderar en este hecho porque dado que Abrahan, como dicen algunos doctores [3], mostrase mas reverencia á uno de los varones; que parecia el mayor; pero la obras de caridad igualmente las ofreció á todos tres, ofreciéndose á lavar los piés de todos, y á dar de comer á todos; porque la perfecta

[1] Joan 13, vv. 4, 5, 15. — [2] Luc 22, v. 27. — [3] Vide Pereiram, ibi.

caridad, aunque hace diferencia de unos á otros, pero á todos admite y con todos reparte de sus bienes, y de tan buena gana lava los piés del pequeño, como del grande; y dá de comer al menor, como al mayor; si todos tienen necesidad de su socorro.

Pero no pasemos en silencio lo que dice la Escritura, y pondera S. Ambrosio [1], que en todo este tiempo Sara estaba dentro de su tienda encerrada aderezando lo que era menester para los huéspedes, sin salir en público á servirlos; porque las matronas honestas, aunque han de tener grande afabilidad con otras mujeres, como se ha dicho de hombres con hombres, mas no han de mostrarla tanto con los hombres, especialmente pasajeros, y desconocidos, basta que de puertas adentro pidan lo que es menester, para que sus maridos cumplan bien con lo que deben.

Esta fué la caridad y afabilidad de Abrahan, con las cuales se hizo digno de que Dios se le manifestase [2], como lo hizo Cristo nuestro Señor con los discípulos, que le hospedaron en traje de peregrino en Emaus [3]. Y luego le premió, mostrándosele muy afable, y prometiéndole un hijo [4], que fuese alegria de toda su familia; para que entiendan los señores y todos los ciudadanos, que si fueren amorosos y afables con sus prójimos, mostrándolo con palabras y obras, Dios lo será mucho mas con ellos.

Semejante caridad con éxito no menos favorable fué la de Lot, porque dos de aquellos ángeles la misma tarde se fueron á Sodoma en traje de caminantes, estando Lot sentado á la puerta de la ciudad, aguardando si venian algunos peregrinos para hospedarlos; y en viéndolos, tambien se fué á ellos, reverenciándolos postrado en tierra, y les dijo: *Suplicoos, señó-*

[1] Ubi supra. — [2] Genes 18, passim. — [3] Luc. 24, v. 31. — [4] Genes. 18, vv. 10.-14.

res, que os vengais á casa de vuestro siervo, y os hospedeis en ella: lavaránse vuestros piés, y mañana podréis partir. Y respondiendo ellos que se quedarian en la plaza de la ciudad, Lot les obligó á que con presteza se viniesen á su casa, por el peligro que corrian, quedándose fuera de ella; y en entrando les dió un gran convite [1], regalándolos con muchas caricias, en que mostró el fervor de su caridad; la cual cuando es perfecta, no solamente hace la limosna, sino que ruega para que se acepte; y no solamente ruega, sino que cuando el pobre y el peregrino se excusan, tambien les fuerza á que la acepten, especialmente cuando ve su peligro, y daño sino la admiten. Con esta caridad se hizo digno este varon de que Dios le librase del fuego de Sodoma, gratificándole los ángeles el hospedaje en la misma moneda; porque Lot pretendió librarles del peligro, que á su parecer tenian, quedándose en la plaza de la ciudad, y ellos le libraron del verdadero peligro que tenia de perecer, y ser abrasado en ella [2]; porque no puede sufrir el corazon misericordioso de nuestro Dios que perezca el misericordioso [3].

§ II.

Concluyamos este tratado, reduciendo con S. Agustin [4] todas las repúblicas, y ciudades del mundo á dos mas señaladas, una celestial y otra terrena: una de Jerusalen y otra de Babilonia. La primera, es la congregacion de los fieles, fundada en el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo; descansando sobre dos colunas, verdad y virtud, fe y caridad; y guardando las leyes de Cristo y de su Iglesia, y las propias del estado y oficio de cada uno; ejercitando tambien las obras de misericordia, del modo que se ha declarado

[1] Genes. 19, vv. 1-3. — [2] Genes. 19, vv. 12-23. — [3] Matth. 5, v. 7. — [4] Lib. 14 de Civit Dei, cap. 28.

en los capítulos pasados, y se declarará mas en el tratado siguiente. La segunda, es la congregacion de los pecadores, fundada en el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios; desenfrenándose en la *concupiscencia de la carne, en la codicia de los ojos y en la soberbia de la vida* [1]; atropellando para esto las leyes y obras de justicia y misericordia. Y aunque estas dos repúblicas y ciudades estan en esta vida mezcladas, porque el mar de este mundo y la red de la Iglesia Católica abraza buenos y malos peces; y en la heredad, y era de esta tierra está mezclado trigo con cizaña [2] y grano con paja; mas en el dia del juicio universal Cristo, rey eterno, las apartará con eterna separacion, y pondrá á su mano derecha la república de los justos en compañía de los ángeles, alabándolos y honrándolos delante de todo el mundo; adjudicándoles el reino de los cielos porque ejercitaron las obras de misericordia, cumpliendo tambien con las de justicia; y luego los llevará á la celestial Jerusalen, que es el cielo empíreo [3]; adonde les pondrá la corona eterna de gloria, que merecieron con su santa vida. Pero á la república de los malos pondrá á su mano izquierda en compañía de los demonios, despreciándolos, y condenándolos á los fuegos eternos, porque no guardaron los divinos mandamientos, ni cumplieron las obras de misericordia con los necesitados; y al punto los sepultará en la eterna Babilonia del infierno, donde paguen las penas eternas que merecen sus pecados [4]. Y pues nuestro Señor te ha hecho miembro de la república cristiana y ciudadano de su Iglesia, lo que falta es que procures ser miembro vivo, ciudadano perfecto, y parte principal de la ciudad celestial, apartándote, como dijo la voz del cielo [5], de los pecados en que caen los moradores de la maldita ciudad de Babilonia, para no ser participan-

[1] I Joan. 2, v. 16. — [2] Matth. 13, vv. 47, et 26. — [3] Matth. 25, vv. 32, 40, 46. — [4] Ibid. vv. 33, 41-46 — [5] Apoc. 18, v. 4.

te de sus castigos; alentándote tambien á guardar todas las leyes y cumplir con tus obligaciones, siendo justo y misericordioso con todos.

Y si te hubiese cabido en suerte vivir en alguna ciudad ó comunidad llena de tantos pecadores, que mereciese ser abrasada como Sodoma por sus delitos, has de estar allí como otro Lot, de quien dice S. Pedro [1]: *Que era justo en la vista, y en el oido, con vivir entre hombres, que cada dia afligian su alma con obras muy injustas.* Pero él estaba tan léjos de imitarlos que se desvelaba en darles buen ejemplo, y en hacer bien á todos. Y si esto haces, el Señor te librará como á Lot de la opresion que padeces; y en el dia del juicio te pondrá con suma honra á su mano derecha, y te hará perpétuo morador de la celestial Jerusalen, y viva columna de su santo templo, con la excelencia de las gracias y dones que las otras columnas representaban, sentado con Cristo nuestro Señor en el trono de su gloria, y gozando de su dulce presencia por todos los siglos de los siglos. Amen.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

[1] II Petr. 2, v. 8. — Apocal 3, v 12 et 21.

ÍNDICE DE LOS CAPÍTULOS

CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

Al cristiano lector.. 7

TRATADO PRIMERO.

Capítulo primero. — Como la divina sabiduría ha dispuesto grande variedad de estados y oficios en la Iglesia, y en la república cristiana para el bien comun y particular de los fieles. 11

Cap. ii. — Como Cristo nuestro Señor tiene especial providencia de los estados, y oficios de su cuerpo místico, que es la Iglesia; como es dechado de la perfeccion de cada uno; y cual sea esta. . . 27

Cap. iii. — De la secreta providencia de Dios en repartir los estados, y modos de vida; y de lo mucho que importa seguir su ordenacion en nuestras elecciones.. 42

Cap. iv. — De la providencia de Dios en el repartimiento de las inclinaciones, talentos y vocaciones para varios estados.. 58

Cap. v. — De tres medios especiales por los que nuestro Señor descubre su voluntad, y eleccion eterna para algunos estados, especialmente de gobierno. . 67

Cap. vi. — De las diligencias y consultas, que se han de hacer para cooperar con la providencia de

Dios, y conocer su voluntad en las elecciones de los estados y oficios.. 79

Cap. VII. — Como todos han de estar contentos con el estado que tienen por la divina providencia y como en él pueden alcanzar la perfeccion usando bien de sus talentos.. 97

Cap. VIII. — De la providencia de Dios en repartir las dotes del cuerpo, los linajes, naciones, y otras suertes temporales, y como todos han de estar contentos con la suya.. 114

Cap. IX. — De la providencia de Dios en distribuir las suertes de riqueza y pobreza, comunicando consuelo y perfeccion por ambas, y como alcanzarán esta pobres y ricos. 128

Cap. X. — De la providencia de Dios en repartir las inclinaciones, ingenios, y talentos para diversas ciencias, y como se han de juntar con las virtudes. 142

Cap. XI. — De la secreta providencia de Dios en repartir los grados de las virtudes, y las gracias para hacer obras grandiosas y milagrosas, y como la caridad está sobre todas. 156

Cap. XII. — Como nuestro Señor reparte las vocaciones para los modos extraordinarios de santidad, y á que suerte de personas escoge para ellos.. . . 170

Cap. XIII. — Del peligro que tienen los modos de vida extraordinarios, y como nuestras elecciones han de ser de los ordinarios.. 184

Cap. XIV. — Contiene un catálogo de todos los medios ordinarios para alcanzar gran santidad en cualquier estado. 194

TRATADO SEGUNDO.

Capítulo primero. — En qué se pone una suma de las tentaciones del demonio, y otra de las ayudas que da la divina providencia contra ellas. 201

Cap. II. — Como las tentaciones del demonio vienen re-

gistradas por la providencia de Dios para grandes bienes de los escogidos, y qué bienes sean estos. 216

Cap. III. — De otras causas por las cuales nuestro Señor permite las tentaciones, aunque muchos sean vencidos, y el por qué unos vencen y otros se pierden. 229

Cap. IV. — De las armas que se han de preparar contra las tentaciones, y de la luz y prudencia para conocer las que vienen encubiertas y disfrazadas.. 239

Cap. V. — De las tentaciones interiores por parte de la imaginacion, y sensualidad, con sus pasiones, y el modo de vencerlas.. 251

Cap. VI. — De las batallas contra los tres vehementes apetitos de deleites, riquezas y excelencias y del modo como Cristo nuestro Señor los venció y vence en nosotros. 266

Cap. VII. — Como las primeras batallas son contra la concupiscencia de la carne, y contra los deleites, en que se ceban la gula, y lujuria, y el modo de vencerlas. 274

Cap. VIII. — Como la codicia de los ojos, que es el deseo curioso de saber, y el propio juicio, son orígen de muchas tentaciones contra la fe y perfeccion cristiana, y el modo de vencerlas.. 283

Cap. IX. — De las tentaciones que levantan la codicia de las riquezas, y el modo de pelear contra ellas. 297

Cap. X. — De las tentaciones que levanta la soberbia de la vida, y la ambicion de las grandezas, y honras mundanas, y el modo de pelear contra ellas.. . 312

Cap. XI. — De las tentaciones que levanta la envidia, y el modo de vencerlas. 332

Cap. XII. — De las furiosas tentaciones que brotan de la ira é impaciencia, y de sus causas, y remedios. 345

TRATADO TERCERO.

Capítulo primero. — Como la perfeccion y felicidad de la república estriban en dos colunas; verdad y virtud. 361

CAP. II. — Como mayores, menores é iguales han de cumplir con sus obligaciones, y tratarse con caridad y afabilidad cristianas. 368
CAP. III. — De la reverencia y obediencia que los súbditos y criados han de tener á sus superiores y señores, y cuan excelente es la que S. Pablo les encarga. 376
CAP. IV. — Del modo como los señores han de regir sus familias y tratar á sus criados, y proveerlos de lo temporal que han menester. 384
CAP. V. — Del modo como los señores han de tener cuidado del bien espiritual de su familia, precediendo á todos con el ejemplo. 393
CAP. VI. — Como los señores han de corregir y castigar los vicios de su familia, moderando los rigores, y haciéndose ayudar en esto por otros. 404
CAP. VII. — Como en el gobierno y trato con otros se han de juntar sinceridad y prudencia para no juzgar temerariamente, ni dejarse engañar. . . . 413
CAP. VIII. — De la verdad y fidelidad en las palabras y promesas, evitando todo genero de mentira y engaño. 423
CAP. IX. — De la perfeccion en hablar bien de los prójimos sin decir lisonjas, y de la cautela en alabarlos en su presencia. 436
CAP X. — De tres malas lenguas que dicen mal de otros, en presencia y en ausencia, y turban la paz con chismes, y el modo como cada uno ha de enfrenarlas en sí mismo. 447
CAP. XI. — Como se han de atajar, y corregir los que dicen mal de otros, y preguntan de los defectos agenos ; y en qué casos es lícito manifestarlos. . 459
CAP. XII. — Como se portará el que es alabado, ó murmurado de otros, y cuando conviene dar razon de sí á los murmuradores. 471
CAP. XIII. — Como importa para la concordia y buen trato con todos, mortificar el natural muy melancólico, ó muy colérico, porfiado, ó vengativo. . 480
CAP. XIV. — De las discordias que causa la acepcion de

personas en el trato de unos con otros ó el tomar para sí lo mejor sin justo título, y el modo de atajarlas. 490

Cap. xv. — En qué se declara mas la perfeccion de la caridad en atajar las discordias, y especialmente los pleitos; los peligros que estos encierran, y en qué casos son lícitos. 498

Cap. xvi. — De las obras de liberalidad y misericordia con que se conserva la perfeccion de la república y como se han de extender á los pobres peregrinos y extranjeros. 506

248.4
P777
48176
PUENTE, S. J., LUIS DE LA, VEN.
AUTHOR
De La Perfección Del Cristiano
TITLE
En El Estado Seglar. Tomo I.

DATE LOANED	BORROWER'S NAME	DATE RETURNED
	STORAGE - CBEL	

48176